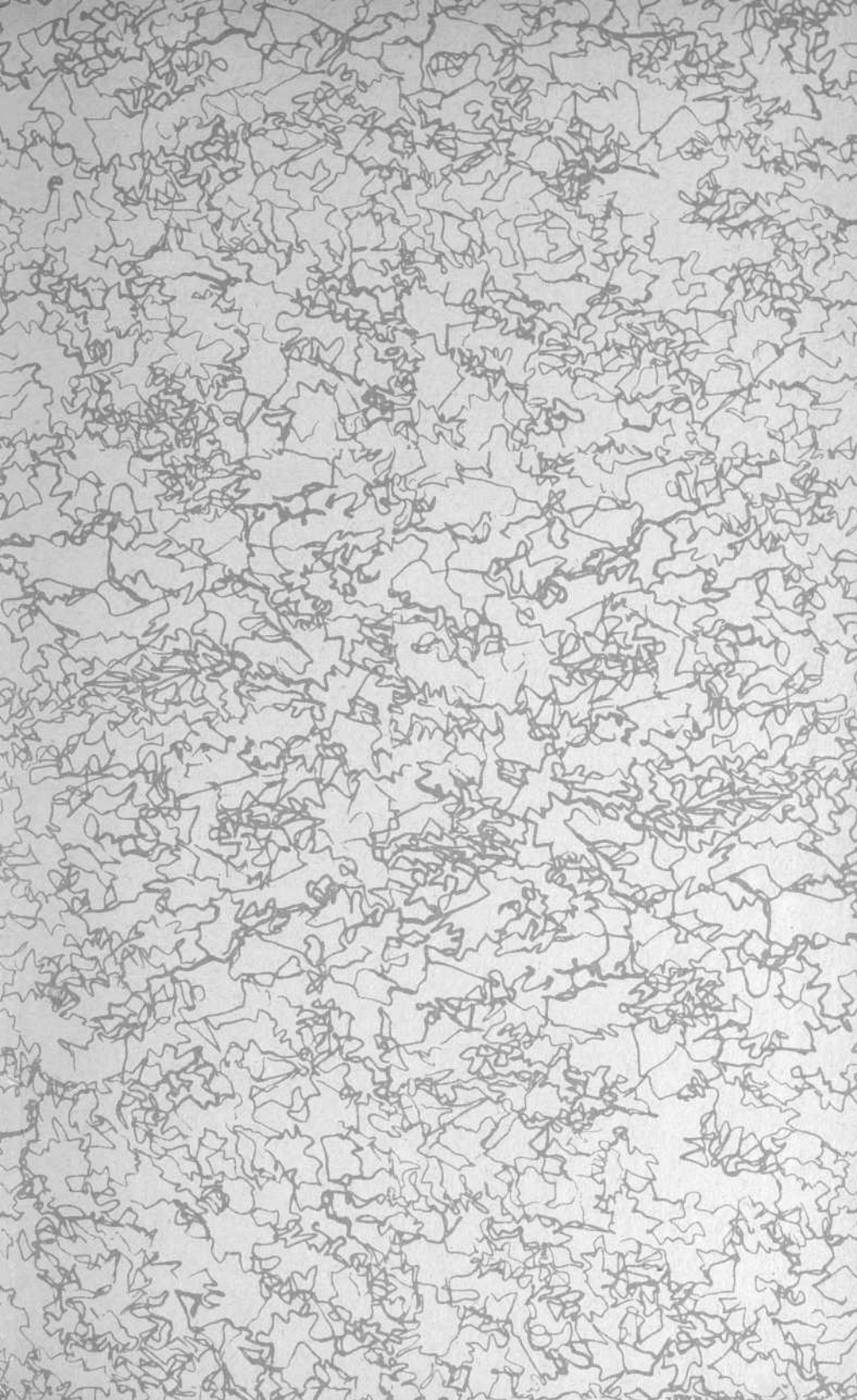




163456
DR
441

Nicolás Ciobanescu -
1954

BOSQUEJO PSICOLOGICO DE LOS PUEBLOS EUROPEOS

EN PREPARACION

Arreat.—«Psicología del pintor.»

Binet.—«El Fetichismo en el amor.»

Bray.—«Lo Bello.»

Ferriére.—«Errores científicos de la Biblia.»

Gauckler.—«Lo bello y su historia.»

Grasserie.—«Psicología de las religiones.»

Gustavo le Bon.—«Psicología de las multitudes.»

—«Psicología del socialismo.»

Hirth.—«Fisiología del arte.»

Lange.—«Historia del materialismo», dos tomos.

Levêque.—«El espiritualismo en el arte.»

Payot.—«De la creencia.»

Tissié.—«Los sueños.»

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

Fouillée.

Bosquejo psicológico de los pueblos europeos.

TRADUCCIÓN DE
RICARDO RUBIO

DANIEL JORRO, EDITOR
Paz, 23.-MADRID
1903

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria
441

Es propiedad.

PREFACIO [1]

Posibilidad y dificultad de una psicología de los pueblos.

La numerosas lecturas, los diversos viajes, las largas conversaciones con hombres de nacionalidades distintas, no pueden menos de dejar, en el espíritu de un filósofo que se ocupe de la psicología y la sociología, una impresión más ó menos exacta acerca de los rasgos característicos de los pueblos europeos. El estudio de su formación étnica y de los elementos que los constituyen, la interpretación de su historia y el examen de sus literaturas, y sobre todo de su religión y su filosofía, todos estos datos me ha parecido que daban lugar á algunos resultados muy generales que merecen quizás atención. En Francia importa tanto más no perder de vista la psicología de los pueblos, cuanto que uno de los rasgos de nuestro temperamento nacional es la propensión á juzgar de los demás por nosotros mismos. Excelente medio de engañarnos. «Es tan esencial, ha dicho Bismarck, conocer los caracteres de los pueblos como conocer sus intereses.» Ya se sabe cómo planteó el canciller, en otro tiempo, sus

(1) Este volumen es el fin de los estudios de psicología aplicada que emprendimos, después de haber publicado la psicología de las ideas fuerzas y que han dado lugar á diversos libros sobre el temperamento y el carácter, sobre la psicología del pueblo francés, sobre Francia desde el punto de vista moral. Tenemos la intención de consagrarnos en lo sucesivo á los problemas morales y sociales, así como á las grandes cuestiones de la filosofía, con la constante preocupación de no perder de vista ni el aspecto especulativo ni el práctico.

cálculos sobre la psicología del pueblo francés y la del pueblo alemán. Los escritores extranjeros observan que Francia, bajo el segundo imperio, por virtud del despotismo y el marasmo de la conciencia pública, había perdido el sentimiento, tanto de su verdadero genio nacional, como de sus verdaderos intereses internacionales. Toda la política imperial, desde la guerra de Crimea hasta la de Italia y la de México, ¿no fué una larga serie de contrasentidos psicológicos y sociológicos? La Francia entera se asoció, por otra parte, á ellos, por sus ilusiones persistentes sobre el carácter de los diversos pueblos, sobre los sentimientos de los extranjeros hacia ella, sobre la dominación que debían ejercer las ideas francesas en el mundo entero. De aquí las debilidades y los errores de la diplomacia. El Imperio, para no citar más que un ejemplo, quiso convertir á Italia en gran potencia y hacer de ella, por la gratitud, una «aliada útil y afecta.» M. Thiers se mostraba mejor psicólogo, cuando decía: «Sería inicuo crear una potencia para que estuviese eternamente dependiendo de nosotros. La fidelidad de Italia durará justamente tanto como dure su debilidad.» ¡Cuántas veces y durante cuántos años nos hemos alimentado de visiones sentimentales, de ensueños caballerescos, de utopias igualitarias y humanitarias, en lugar de preguntarnos cuál era la naturaleza de los hombres y los pueblos con que teníamos que tratar, lo que somos nosotros realmente y lo que son los que están á nuestro alrededor! Pero los tiempos han cambiado: el pueblo francés comienza á abrir los ojos á la vez, respecto de los demás y respecto de sí mismo. Creemos ser útiles á nuestro país si logramos hacer comprender cuánto difieren del nuestro los pueblos que lo rodean, sobre todo nuestros vecinos inmediatos, Alemania, Italia, Inglaterra y nuestra lejana aliada, Rusia. ¡Cuánto debemos tener en cuenta estas diferencias en nuestra vida internacional, cómo se imponen á nuestra atención en nuestra vida nacional!

Es una utopia creer que podemos hacer todo y atrevernos á todo como si estuviésemos sólos, ó aun como si estuviésemos «sin patria».

El libro que se va á leer no es, evidentemente, más que un simple bosquejo psicológico y sociológico. Pero, en un asunto como éste, un bosquejo es quizá preferible á un retrato genérico, demasiado acabado, y, por lo mismo, demasiado arbitrario y lleno de pormenores, tanto más discutibles, cuanto más numerosos y particulares son. Un pueblo no podría entrar en una fórmula precisa y estricta; excede de ella necesariamente. Así, en estas materias, hay que mezclar con la ciencia cierto arte: el retrato moral de un pueblo, como el retrato físico de un individuo, exige una parte de adivinación, ateniéndose á datos exactos. El psicólogo está obligado á hacerse pintor, y cuando se trata de asuntos tan vastos como personalidades colectivas, no puede esperar que ha de producir, después de un examen minucioso de los hechos, más que grandes manchas, tanto más parecidas cuantos más pormenores dejen en una semisombra, para sacar á plena luz los rasgos esenciales de las diversas fisonomías.

El estudio psicológico y sociológico de los pueblos *europeos* es particularmente difícil, porque éstos representan el más alto grado de complicación social, debido á la vida civilizada. Es ardua tarea apartar de ellos el carácter nacional de las costumbres ó máximas de la vida colectiva. Sin embargo, el problema no es tan insoluble coma parece á primera vista. El pueblo francés, por ejemplo, el pueblo inglés, el pueblo alemán, el pueblo italiano, el pueblo ruso, el pueblo español, figuran entre aquellos cuya fisonomía social está más determinada. El carácter natural, en efecto, depende del temperamento y de la constitución, que á su vez dependen de la raza y del medio físico; ahora bien, los caracteres de las razas componentes, como hemos ya mostrado en nuestra *Psicología del pueblo francés*, comienzan á ser conocidos:

se puede decir de una manera muy general en qué se distinguen las constituciones físicas y aun psíquicas del germano y del celta, del eslavo y del ibero. Por otra parte, se han estudiado perfectamente los medios, así como su influjo sobre el temperamento, y después, á modo de consecuencia sobre el humor, la forma de sensibilidad, de imaginación, de actividad. Por último, se conoce la historia de los diferentes pueblos, así como su religión, su literatura, sus artes, su estado social. Se puede, pues, determinar muy bien el fondo de su carácter. Por otra parte, es más bien la *constancia* que la *intensidad* la que pertenece á las cualidades comunes á los individuos de un mismo pueblo. Razón de más para buscar, sobre todo, los grandes rasgos constantes de la fisonomía, y no fijarnos en los pormenores, aun cuando aparezcan éstos en algunos hombres con una intensidad excepcional.

Una de las grandes dificultades que se presentan cuando se trata de hacer el retrato psicológico de una nación, es la de que si se pertenece á la misma nación, se tiende á hacer involuntariamente el retrato de la individualidad propia. Si, por el contrario, se habla de una nación extranjera, no se puede verdaderamente *sentir* como ella siente; es uno, en gran parte, un pintor infiel. Sin embargo, no hay que exagerar esta doble dificultad, inherente á la obra del psicólogo. Sí, yo me pinto á mí mismo al pintar al francés; pero como soy francés, he debido encontrar en mí los grandes rasgos fundamentales de mi nación: estarán, pues, en mi retrato, si tengo alguna inteligencia como psicólogo, sólo que irán envueltos en cierto número de rasgos personales, pues no habré podido abstraer enteramente mi individualidad propia de la de mi propia nación. El caso es el mismo que el de un pintor de retratos, que se pinta indirectamente al pintar á su modelo. ¿Se negará, sin embargo, que un pintor muy personal y muy original puede hacer un cuadro parecido?

La única conclusión que hay que sacar de esto es que el retrato de los franceses por un francés necesita ser examinado, completado por otros retratos. Lo mismo ocurre con todo trabajo de psicología, de historia y hasta de ciencia.

Queda la segunda dificultad. Si yo, francés, hago el retrato del inglés ó del alemán, nunca podré *sentir* como siente un verdadero alemán ó un verdadero inglés, y la manera de sentir es precisamente de importancia capital. Esto es cierto; pero este elemento de inexactitud parcial no basta para tachar de completa inexactitud á un bosquejo psicológico. Ante todo, nosotros los modernos penetramos cada vez más unos en el alma de otros. Cuando se ha hablado mucho con los extranjeros, se han leído sus obras, se acaba por vislumbrar su manera de sentir. Esto se verifica, sobre todo, en la literatura. Pasad de Racine á Shakespeare ó á Goethe: si no *sentís* de una manera nueva, no *raciniana*, será porque tengáis bien cerrados el espíritu y el corazón. Leed novelas inglesas ó alemanas: os iniciaréis en sentimientos completamente distintos, lo mismo que en costumbres enteramente diversas. Leed, por último, los diferentes retratos que los ingleses ó alemanes han hecho de sí mismos; leed también los que han pretendido hacer de la nación francesa; si en el cuadro de sus naciones respectivas y hasta en los errores que cometen sobre la nación francesa, no apreciáis algún rasgo que los revele, á ellos, que abren así perspectivas sobre el alma inglesa ó alemana, será porque carecéis de espíritu de agudeza, así como de saber positivo. Finalmente, hay en la psicología de las naciones un lado sociológico que adquirirá en el porvenir una mayor importancia, por la reacción creciente de los cambios sociales sobre los fenómenos psicológicos y morales. Ahora bien, el estado sociológico de un pueblo, en un momento dado, es mucho más apreciable que su estado psicológico. Aquí tenéis, pues, elementos *objetivos* de la mayor importancia.

Una última dificultad es que los pueblos, como los individuos, cambian á través de los siglos: lo que era cierto respecto del alemán del siglo XVII, no lo es tanto del alemán del siglo XX. Sin duda; pero basta sencillamente con dar lo que corresponde al desarrollo histórico en el carácter psicológico y, sobre todo, sociológico. Dígase lo que se quiera, el fondo permanece poco más ó menos el mismo, porque depende, sobre todo, del temperamento y de la constitución cerebral hereditaria. ¿No os choca reconocer todavía el francés de hoy en el antiguo galo del tiempo de César?

Guardémonos, pues, á la vez del dogmatismo y del escepticismo en materia de psicología colectiva. Por mi parte, acepto de antemano todas las contradicciones que se opongan á mis apreciaciones: tendrán, ciertamente, su parte de verdad. En cambio, se tendrá la bondad de reconocer también una parte de verdad en mis afirmaciones. Por la fusión de los juicios sucesivos y contrarios es por lo que progresará la psicología de los pueblos. Insistiré otra vez en que no tengo la pretensión de presentar mi ensayo como un modelo, ni mucho menos. Cuanto más discusiones y correcciones provoque, estaré más contento. De antemano respondo á todas las objeciones que se me puedan hacer: «Sí, tenéis razón *hasta cierto punto*, hasta el punto en que yo también comienzo á tener razón.» Y si yo pudiese agregar inmediatamente vuestro punto de vista al mío para hacer la síntesis de ellos, lo haría. Mi única ambición es traer algunos elementos verdaderos, aunque incompletos. También de antemano pido perdón á los extranjeros si no los he comprendido de la manera como se comprenden ellos mismos: es en vano que uno quiera *ponerse en el lugar de los demás;* no se puede lograr por completo.

Por lo demás, yo no busco más que la verdad para todos y la utilidad para mi país, sin creerla opuesta á la utilidad para las demás naciones. Yo repito á los france-

ses la frase de Sócrates: «Conócete á ti mismo», y añado: Conoce también á los demás pueblos, sin lo cual serás su juguete y su presa. He creído, pues, cumplir con una especie de deber, á la vez filosófico y patriótico, entregando á los lectores el resultado de mis investigaciones sobre los caracteres extranjeros. Casi me atrevo á decir que, por imperfectas que sean las investigaciones de este género (en la penuria de trabajos de conjunto sobre la psicología de los pueblos), sería, sin embargo, también una especie de deber patriótico para mis lectores leer mis observaciones, comprobarlas, contradecirlas en caso necesario; en una palabra, instruirse lo más posible sobre los términos del gran problema nacional é internacional, que contiene de antemano nuestros destinos. En Francia hemos dado todos, hasta ahora, tantas pruebas de ignorancia psicológica y de ligereza política, que ya es hora de imponernos estudios más serios, por largos y difíciles que sean.

En este mismo momento, ¡cuántos reformadores ó agitadores querrían lanzarnos, ya en experimentos sociales (¡ó antisociales!), ya en revoluciones interiores por el sistema de tabla rasa, como si estuviésemos rodeados de una muralla de China!; nuestros vecinos están dispuestos á aprovechar nuestras faltas, nuestras discordias, todo lo que puede debilitarnos. Mientras unos llevan el nacionalismo y el «chauvinismo» hasta el ridículo, otros nos predican el desdén de la «patria» en beneficio de la humanidad colectivista. Se convierten las más nobles ideas en candideces políticas ó sociales, y so pretexto de que la oveja es moralmente superior al lobo, se nos obliga á hacernos ovejas y dejarnos devorar por los lobos. Se espera aplicar así una llamada filosofía *humanitaria*, sin preocuparse absolutamente nada de las naciones vecinas, que tienen una filosofía antihumanitaria, apoyada por numerosos cañones y por masas siempre crecientes de soldados. ¿Es qué ambicionamos el papel de Grecia? ¿Ser

conquistados por alguna Roma, con el consuelo de conquistar á nuestra vez por nuestras «ideas», que quizá no se aplicarán hasta pasados diez siglos? *¡Græcia capta ferum victorem cepit!...* Los iluminados y los violentos de la Revolución francesa se imaginaban también que sus «principios» y su «derecho» iban á conquistar inmediatamente el mundo; pues bien: el siglo XIX ha sido todo él una reacción contra estos principios y contra este derecho, una inmensa protesta contra aquella Francia turbulenta y sangrienta que había guillotinado en nombre de la fraternidad, y que quería esclavizar á Europa en nombre de la libertad (1). Hoy expíamos nuestras ignorancias y nuestras faltas. Esforcémonos por adquirir un sentimiento más exacto de los verdaderos *derechos* y de los *hechos* reales. Legislemos en nuestros libros para el siglo XXX; pero, entre tanto, no nos dejemos devorar ó no nos devoremos nosotros mismos en el XX.

¡Ojalá que este bosquejo, aunque incompleto, baste, sin embargo, para mostrar lo que había de falso en el fatalismo étnico ó geográfico, hace poco en moda; lo que hay de cierto, por el contrario, en el punto de vista psicológico y sociológico, cuya importancia cada vez se pone más de manifiesto por los sucesos de la historia contemporánea! Estamos lejos de sostener, con Lazarus, que el ser de los pueblos no descansa sobre ninguna relación exterior y propiamente natural, identidad de razas ó comunidad de lengua, régimen de los bienes, etc. Pero sostenemos que las relaciones psicológicas y las dependencias sociales van aumentando sin cesar; que un pueblo es ante todo un conjunto de hombres que se consideran como un pueblo. «Obra espiritual de los que la crean sin cesar, la esencia de una nación, dice Lazarus, está en su conciencia y en su voluntad.»

(1) V. la conclusión de nuestro libro sobre *La France au point de vue moral.*

Sin querer deconocer los defectos de los diversos países, pues hago, hasta donde es posible, obra de ciencia psicológica y sociológica, consideraré, sin embargo, como regla de justicia, insistir sobre todo en sus buenas cualidades, que son lo esencial y lo fundamental. En cuanto al carácter de los pueblos, así como respecto de las obras individuales, «la gran crítica es la de las bellezas más bien que la de los defectos»; es también la más difícil, porque las buenas cualidades de un pueblo son de ordinario mucho más profundas y más secretas que sus vicios ó sus ridiculeces, que saltan á la vista en seguida y son los únicos que se dejan ver de los observadores superficiales. Cuanto mejor se conocen los grandes pueblos, más razones se encuentran para amarlos. Esta es la ventaja moral que se obtiene de los estudios psicológicos y sociológicos aplicados á los diversos miembros de la Humanidad. En ellos se aprende á la vez justicia y simpatía.

INTRODUCCIÓN

BASES DE LA PSICOLOGÍA DE LOS PUEBLOS

I

EL DESEO DE VIVIR COLECTIVO Y LOS CARACTERES NACIONALES

I.—Es fácil reconocer en los pueblos un *deseo de vivir* colectivo que se expresa bajo formas particulares, como el deseo de vivir individual se proyecta en el organismo y en las acciones relativas al medio exterior. Hay *especies* de animales, y es imposible preguntar al buey lo que quiere y hace el león. En una misma especie hay variedades, y el perro de Terranova querrá ó hará lo que no hace ninguno de presa. ¿Cómo, pues, han de ser idénticas las diversas variedades humanas? ¿Cómo los diversos pueblos que, desde hace siglos, tienen una vida á la vez propia y general, costumbres y reglas colectivas, pasiones é ideas comunes, la misma lengua, el mismo clima, la misma posición geográfica, la misma historia; esos pueblos, cómo no han de tener una complexión mental diferente, un tipo nacional, al cual vienen á sobreponerse las variaciones individuales? ¿No se reconoce á un inglés por su fisonomía física? ¿No se le reconocerá mejor por su fisonomía moral?

Ya se sabe que un sabio inglés, Galton, por medio de fotografías superpuestas y fundidas en una fotografía única, logra hacer visibles tipos genéricos. Reunid así en una imagen á cien ingleses, ó cien franceses, ó cien alemanes, y obtendréis para cada nación fisonomías carac-

terizadas por rasgos recognoscibles. Cuantos más rasgos haya comunes á todos, más clara y determinada será la figura genérica. Lo mismo pasa con lo moral. Cuando, por efecto de la herencia, de la educación, de la imitación mutua, de la adaptación á su mismo medio, se han generalizado un gran número de rasgos característicos, produciendo la homogeneidad en una gran extensión, el tipo moral mismo se hace rico en determinados elementos, contiene una multiplicidad considerable reducida á una unidad fuerte. El tipo de los ingleses y de los franceses nos dan notables ejemplos de esto. Aparte de Irlanda y las tierras altas de Escocia, se puede reconocer hoy un mismo carácter en casi todos los ingleses; ésta es una de las causas de su fuerza. Su gran originalidad individual no les impide tener una asombrosa comunidad de sentimientos, de ideas y de voluntad. En nosotros, la fusión es también muy completa; pero, por ser menos insulares y más abiertos al continente entero, ofrecemos tipos más variados, lo mismo que nuestro clima ofrece producciones más diversas; podemos estar menos unidos por naturaleza, pero estamos muy unidos socialmente.

Por otra parte, la nación y el individuo pueden diferir hasta tal punto, que las buenas cualidades de uno puedan convertirse en defectos para el otro. Renan, en una de sus ocurrencias, decía que un individuo que tuviese los defectos considerados como buenas cualidades para las naciones, que se pagase de la gloria vana, que en punto á esto fuese envidioso, egoísta, pendenciero, que no pudiese soportar nada sin desenvainar la espada, sería el más intolerable de los hombres. Pero, añadía, «todas estas disonancias de pormenor desaparecen en el conjunto».

Los dos pueblos, en que los individuos se parecen menos á su propia nación, á pesar de todos los carácteres que tienen con ella, son quizá España é Inglaterra. En

Francia, por el contrario, individuos y colectividad, se parecen mucho, porque hay sin cesar aproximación y fusión de los dos términos: cada individuo vive una vida social intensa y continua. El individualismo menos exclusivo deja ver en cada ciudadano los caracteres más generales de la colectividad, y éste es uno de los caracteres que el sociólogo debe reconocer, ante todo, en el pueblo francés.

II

ELEMENTOS ÉTNICOS DE LOS CARACTERES NACIONALES

Ya se sabe que Augusto Comte distinguía en la sociología la estática y la dinámica: estas dos partes se encuentran en la psicología colectiva. Los elementos *estáticos* del carácter nacional son: 1.°, la raza, excepto las variaciones introducidas poco á poco por los diversos cruzamientos; 2.°, el medio físico, excepto las diferencias llevadas por la civilización á este medio y que le hacen cada vez más apropiado á la vida de la nación. Los elementos *dinámicos* del carácter nacional son fisiológicos ó sociológicos. Los primeros consisten en la selección de las razas ó variedades mejor adaptadas al medio físico ó social, lo cual no quiere decir necesariamente que sean las «mejores». El elemento dinámico es la historia del pueblo, sus relaciones con los pueblos vecinos, su desarrollo interno en el aspecto intelectual, estético y moral. Este desarrollo se verifica muy frecuentemente por medio de las selecciones sociales, sea para mejor, sea para peor.

Hay, pues, que distinguir en los pueblos el carácter innato y el carácter adquirido. El uno es psicológico; el otro es, sobre todo, psico-sociológico.

Para comprender el carácter psico-fisiológico de un

pueblo, lo primero es determinar sus razas componentes. Una raza debe definirse como el conjunto de individuos que poseen en común un cierto tipo hereditario. Recordemos que la antropología actual distingue, *grosso modo*, como elementos principales en Europa: el *Homo Europæus*, dolicocéfalo rubio; el *Homo Alpinus*, braquicéfalo moreno y el *Homo Mediterraneus*, dolicocéfalo moreno, menos claramente determinado que los otros dos (1).

Ciertos caracteres físicos son manifiestamente innatos y diferentes en los diversos individuos dolicoides ó braquis; pero los caracteres mentales son, en gran parte, adquiridos gracias al medio físico y, sobre todo, al social, gracias al desarrollo histórico de las diversas variedades humanas. Ciertos caracteres mentales deben existir también en virtud de la relación entre lo físico y lo moral; pero sólo podemos conjeturarlo de lejos. Se comprende que la forma del cráneo, por ejemplo, favorezca, ya la energía voluntaria, como en los dolicocéfalos rubios de Inglaterra; ya el desarrollo intelectual, como en los braquicéfalos morenos de Francia; ya la violencia de las pasiones, como en los dolicocéfalos del Mediodía. Pero no se pueden juzgar estas cosas más que por sus efectos á través de la historia, que es á su vez un vasto campo de conjeturas.

Hay una doctrina antropo-sociológica que, considerando á la raza como el factor dominante de la historia, atribuye el papel principal á los dolicoides, y se lamenta del

(1) El índice cefálico es, como se sabe, el cociente del diámetro trasversal máximo del cráneo, multiplicado por 100 y dividido por su diámetro longitudinal máximo. Este cociente varía entre 70 y 96 próximamente. Los autores no están de acuerdo sobre el límite que separa la braquicefalia de la dolicocefalia. En la práctica, se llama dolicocéfalos á los pueblos cuyo índice es inferior á 80; braquicéfalos, á los que tienen un índice superior á 85; mesaticéfalos, á aquellos en que varía entre 80 y 85. H. Europæus es, según se ha dicho, «el inglés ideal»; H. Alpinus, «el turco ó el auvernés»; H. Mediterraneus, «el napolitano y el español y, sobre todo, el andaluz».

universal aumento de los braquicéfalos (1). Sin dejar de reconocer el interés de las estadísticas presentadas por los antropólogos, consideramos problemáticos sus primeros principios y sus últimas conclusiones. Primeramente, la dolicocefalia, ¿puede constituir una verdadera «raza», aun agregándola una elevada estatura, cabello rubio y ojos azules? Esto es lo discutible y lo discutido entre los mismos antropólogos. Estamos únicamente en presencia de subrazas ó variedades interesantes. Por otra parte, nos dan por únicas características en el orden mental, descripciones que pueden resumirse así: — Los dolicorubios parecen tener voluntad más enérgica y aun violenta, ingenio más inquieto y emprendedor y quizá una inteligencia más inventiva.—Sea. Pero fundar todo un sistema histórico y político sobre datos tan poco precisos, es aventurarse mucho. Concedemos que los dólico-rubios parezcan, en efecto, más activos y más movibles, lo cual parece explicar su preferencia por la vida urbana y su mayor aptitud para mantenerse en ella. Su concentración progresiva en el seno de las ciudades, en los países en que se encuentran mezclados con hombres de raza alpina, parece ser el resultado mejor adquirido por las estadísticas de la antropo-sociología. Y eso que el fenómeno no existe en los lugares en que son muy comunes los dolicocéfalos, en Italia del Sur y en España, lo cual disminuye mucho la importancia atribuída á la forma del cráneo. Por lo demás, la estadística está llena de maravillas. ¿No se ha leído hace poco la que han hecho los viticultores de Burdeos para saber si la longevidad es mayor en los países de vinos blancos ó en los de vinos tintos? En favor de estos últimos, las cifras tuvieron una superioridad abrumadora, en el mismo momento en que los médicos nos elogiaban el vino blanco y, mejor aún, el agua. ¿Quien

(1) Hemos examinado detenidamente esta teoría en la introducción de nuestra *Psychologie du peuple français*.

interpretará estas cifras? ¿Qué papel no representa en ella la casualidad, ese dios tutelar de las estadísticas? Considerad la forma de la nariz y haced estadísticas de esto: llegaréis, sin duda, á resultados curiosos. Considerad la forma de las barbillas ó las líneas de la mano y ocurrirá lo mismo. Habría que llegar á grandes números y eliminar la acción de todas las demás causas para estar seguros de un resultado estadístico determinado.

Una de las ventajas de los dolicocéfalos, y que, en nuestra opinión, representa un papel más importante que su índice cefálido, es su elevada estatura. En todos los tiempos, los hombres de gran talla se han mostrado emprendedores, conquistadores, llenos de osadía y de iniciativa. No es de extrañar que estos hombres, y, sobre todo, los dolicocéfalos rubios, tengan gusto en emigrar á las ciudades donde pueden ejercer mejor sus facultades emprendedoras. Son los más ambiciosos y los más inquietos. Con frecuencia también son los que se dejan seducir por el cebo de ganancias mayores, placeres más numerosos y más fáciles. Entre ellos hasta los hay perezosos, que creen que saldrán del paso sin gran trabajo.

«Desde los tiempos prehistóricos, se dice, el índice cefálico tiende á aumentar constantemente y por todas partes.»—Según esto, mientras que todo el resto progresa, la civilización avanza, la ciencia multiplica sus descubrimientos, la humanidad lleva á cabo mil prodigios, esta misma humanidad se deteriora respecto del cráneo, y pierde su cualidad más preciosa, la dolicocefalia. Es difícil tomar por lo trágico un fenómeno tan «universal», que precisamente coincide con el desarrollo universal de las inteligencias.

Otros antropólogos, como M. Manœuvrier, han discutido justamente los resultados de las observaciones y estadísticas en honor de los dolicoides. Deduciremos, por tanto, que, sin dejar de reconocer la importancia de ciertos caracteres físicos, desde el punto de vista de la antro-

pología y de la distinción entre las variedades humanas, es imposible concederles la importancia moral y social que les prestan los «antropo-sociólogos».

Aceptamos los datos de estos últimos como indicaciones de subrazas; aceptaremos hasta ciertas características psicológicas que parecen comprobadas por la historia de esas subrazas; pero no trasformemos una cuestión secundaria de temperamento en una cuestión de valor moral, absoluta y definitiva. Estamos en presencia de relaciones curiosas, establecidas todavía imperfectamente, y cuya interpretación es difícil; no tenemos derecho á sacar de ellas consecuencias optimistas ó pesimistas para el porvenir de la civilización.

En nuestra opinión, la verdadera razón de que la composición étnica de un pueblo tenga un valor sociológico, es que los efectos sociales difieren necesariamente, según el número y la proporción de los elementos mezclados. En Francia, lo que sorprende, ante todo, al sociólogo, es la extraordinaria *complejidad* y la extraordinaria *mezcla* de las razas. Comparad Francia, por ejemplo, con Inglaterra ó España; los dos países en que las razas parecen más puras. En Inglaterra, á pesar de los nombres diversos de sus pueblos componentes, la variedad dolicocéfala rubia de elevada estatura es la que predomina claramente y la que imprime su marca al conjunto. Inglaterra es uno de los pueblos en que el índice cefálico ofrece más constancia relativa. De igual modo, en España la raza es sumamente uniforme; allí también se encuentra una raza dolicocéfala; pero es la morena, de estatura baja, la raza mediterránea. Esta uniformidad relativa de la raza, da, tanto al pueblo inglés como al español, una fisonomía completamente determinada. En Francia, por el contrario, hay una mezcla mucho menos unificada de razas diversas, cuyos elementos pueden, sin embargo, reducirse á tres principales: celtas braquicéfalos morenos, germanos ó escandinavos dolicocéfalos rubios, y, por

último, mediterráneos dolicocéfalos morenos. Además, tenemos una gran diversidad, según las provincias: imposible tomar un bretón ó un normando por un provenzal, un languedociano ó un gascón por un lorenés, un picardo por un auvernés.

Se puede, pues, admitir que la raza ó la mezcla de las razas *acondiciona* el desarrollo social de un pueblo; es decir, le asigna cierto campo más ó menos extenso, con límites más ó menos estrictos; pero es falso que la razón *determine* este desarrollo. Ocurre con la constitución étnica de un pueblo lo que con la constitución fisiológica y cerebral del individuo. Cada hombre nace con facultades intelectuales mayores ó menores; si es poco inteligente, ningún trabajo lo hará capaz de pasar de ciertos límites que le asigna su naturaleza propia. De igual modo, si un individuo pertenece á una raza humana manifiestamente inferior ó degenerada, será todavía susceptible de cierta educación; pero la conformación nativa de su cerebro le prohibirá todo desarrollo que exceda de ciertos límites.

Las razas europeas son parientes muy cercanas, capaces todas del más alto desarrollo intelectual y social; además, sus proporciones relativas en las mezclas nacionales no llegan hasta producir diferencias considerables de composición étnica: no se puede, pues, considerar ninguno de los grandes pueblos europeos atacado de incapacidad nativa, ni se le dirá de antemano: *No irás más adelante.*

III

ELEMENTOS SOCIOLÓGICOS DE LOS CARACTERES NACIONALES: SU IMPORTANCIA CRECIENTE

Por falta de condiciones determinantes que dependan de la constitución fisiológica, tendremos que considerar, sobre todo en este libro, los verdaderos y activos resortes

de la evolución de los pueblos, que consisten en las causas psicológicas y sociológicas. Si el clima no puede nada sin la raza; si la raza puede mucho, á pesar del clima, cuando este último no ofrece obstáculos físicos infranqueables, son, sobre todo, los hombres mismos, reunidos en sociedad, los que pueden casi todo entre sí. Estos inventan, aquéllos imitan; los unos se atienen á la tradición, los otros procuran hacer lo contrario de sus predecesores. Los diversos espíritus, con sus diversas obras, accionan así unos sobre otros, y se encadenan por una especie de sucesión espiritual. Todos los elementos de raza, de clima, de medio físico y de temperamento, no representan, pues, como hemos dicho, más que la parte estática del carácter, la que subsiste á través de las adquisiciones de la vida social y civilizada; pero en los pueblos modernos, especialmente en Francia, donde está tan desarrollada la vida social, las adquisiciones y elementos dinámicos toman una importancia siempre creciente.

No hay, por otra parte, sobre la tierra, pueblos propiamente incultos y en estado natural (Naturvölker). El salvajismo es ya un primer grado de civilización; todo grupo es una sociedad, y no hay sociedad sin ciertos fenómenos sociológicos, que constituyen precisamente su grado de civilización. Los pueblos más próximos á la naturaleza, á los ojos de un Rousseau, son precisamente los que tienen la organización social más rígida, más inflexible, más esclava de las tradiciones (1). La diferencia de los pueblos primitivos y los pueblos civilizados, es, por lo demás, muy conocida. Los primeros se parecen todos en ciertos rasgos fundamentales. Recordemos que, de un modo general, la vida instintiva domina en el bárbaro, á expensas de la vida reflexiva, que no puede estar muy desarrollada en él: de aquí los impulsos violentos, pero poco duraderos, obedeciendo á pasiones fugaces

(1) V. sobre este punto *L'année sociologique*, (4.° año), pág. 141.

también, que parecen una sucesión de crisis; de aquí también la ausencia de previsión y de prudencia, el despilfarro de las fuerzas y los productos, una inteligencia completamente asociativa, una imaginación enteramente mitológica, una imaginación supersticiosa en absoluto, una moral puramente exterior. Los pueblos se parecen entre sí, tanto más cuanto más primitivos son. Por el contrario, la civilización, con la conciencia de sí misma y el desarrollo social que produce, ocasiona numerosas diferencias, y, al mismo tiempo, por otra parte, nuevos parecidos. Como el observador se encuentra aquí en plena luz y predominan las causas intelectuales, morales y sociales, puede llegar á formarse una idea clara de las fisonomías nacionales.

Ciertos sociólogos, por una reacción exagerada contra los etnólogos, han pretendido que la tierra, el clima, el suelo y la raza carecen de importancia, y que el valor de un pueblo está en función de su población solamente. Nueva tesis no menos excesiva que las precedentes. La población tiene valor: 1.°, por sus elementos, en que representa un papel la raza; no es indiferente que se trate de un millón de blancos ó de un millón de negros, de un millón de ingleses ó de un millón de turcos; 2.°, por su densidad; 3.°, por su homogeneidad, etc. Por último, tiene, sobre todo, valor por su cultura intelectual, moral, religiosa. M. Coste, en su libro *L'expérience des peuples*, considera tres datos: 1.°, la población de la capital; 2.°, la de las grandes ciudades; 3.°, la del conjunto que comprenden las ciudades de menos de 50.000 almas, y las campiñas. La perfección de la organización social ó *socialidad*, según el mismo autor, está en razón del desarrollo de las grandes ciudades y de la capital, lugares de contacto y de mixtificación social, así como de progreso social. La *potencia* es también una función de estos tres elementos; si la potencia de Francia está representada por 100, la de

Inglaterra es de 155; la de Alemania 121. Estas cifras pueden ser interesantes; pero producen reflejo engañoso. Potencia y socialidad son términos mal definidos. Hay demasiados elementos diversos en la potencia material, intelectual, moral y social de una nación para que se pueda formular así en cifras.

Por lo demás, la población no es más que un fenómeno de cantidad, demasiado material y demasiado exterior. Hay fuerzas psico-sociales más profundas que accionan para dar forma á los pueblos: la simpatía ó comunidad sensitiva, el acuerdo de las inteligencias, que se verifica sobre todo por la razón, y, por último, el acuerdo de las voluntades, que produce la acción en común ó sinergia. En los diferentes caracteres nacionales tendremos ocasión de ver la acción de estas fuerzas. Examinaremos también en ellos la acción de las principales leyes sociológicas, que son las de imitación, invención, competencia y cooperación. Estas leyes están á su vez ligadas á los grandes *fines* de la sociedad: libertad social, igualdad social, fraternidad ó solidaridad social. Por último, existen *formas* sociales que resultan del *volumen* de la *densidad*, de la *diferenciación* y de la *unificación* de las sociedades; tendremos que buscar el influjo de estas mismas formas en el fondo del carácter social que se ha desarrollado en este país.

De las consideraciones que preceden resulta que la psicología de los pueblos debe estudiar el carácter de éstos, sobre todo desde el punto de vista sociológico, es decir, en tanto que está formado en cada uno y en todos por la acción y la reacción de los unos sobre los otros. Esta reciprocidad de acción y de causa es, en efecto, lo que constituye el objeto mismo de la sociología. El carácter sociológico de un pueblo es un resultado de su vida en común, prolongada durante siglos. Mientras que una simple multitud es un «ser provisional», que, sin embar-

go, ofrece ya rasgos psicológicos debidos á la acción mutua, una nación es un ser duradero, que todos los individuos contribuyen á formar. Contribuyen á ello tanto más cuanto más accionan, de una manera más poderosa, más extensa en el espacio, más larga en el tiempo (1). Hay ideas y sentimientos que reciben los individuos de la nación y *por* la nación; hay también cualidades de carácter que reciben también de la nación y por la nación. No se puede comprender el individuo sino como miembro de un *sistema de voluntades*, cuyas relaciones mutuas constituyen, según Hegel, la *esencia inteligible* de cada uno. Un francés, por ejemplo, no es inteligible sino como miembro del sistema de sensibilidades y de voluntades que constituye la nación francesa y que hace de él, no sólo un hombre en general, sino un francés. De aquí se derivan verdaderamente, no *razas*, sino *tipos* nacionales; el tipo francés, sociológicamente considerado, no es ya el tipo italiano ó español, ni más ni menos que no es el tipo inglés ó alemán, cualesquiera que sean sus razas componentes. En una palabra, cada pueblo comprende lo que hemos llamado en otra parte un «determinismo sociológico», es decir, un conjunto de sentimientos y de ideas producido por la acción de los sentimientos de todos sobre cada uno y de los sentimientos de cada uno sobre todos. Este determinismo sociológico es lo que le caracteriza y le define. De aquí resulta, en nuestra opinión, un sistema de *deas-fuerzas colectivas*, que, en último análisis, constituye la *conciencia nacional*, el alma de un pueblo. Además, hemos establecido como ley el predominio progresivo de los factores psicológicos y sociológicos á través de la historia (2). Esta importante ley, que ya hemos comprobado por el estudio del pueblo francés, lo será de nuevo en este libro por el de los demás pueblos europeos:

---

(1) V. *Psychologie du peuple français*, introducción.
(2) V. *Psychologie du peuple français*, introducción.

veremos dominar en las diversas naciones cada vez más la vida y el pensamiento. Evidentemente, no podremos más que dar simples indicaciones sobre todos estos puntos, por lo numerosos y complejos que son los problemas planteados por la psicología colectiva; pero, aun cuando no hubiésemos logrado más que inspirar desconfianza al lector, respecto de los juicios superficiales que llenan libros y periódicos, creeríamos que no se había perdido nuestro trabajo.

Bosquejo psicológico de los pueblos europeos

LIBRO PRIMERO

El pueblo griego.

CAPÍTULO PRIMERO

LA GRECIA ANTIGUA

Los descubrimientos recientes de la arqueología y la etnografía han modificado en puntos importantes las antiguas ideas relativas á la Grecia. ¿Cuáles fueron los orígenes y la naturaleza del espíritu helénico, tal como se ha revelado en las artes, las ciencias, la filosofía y la religión? Los griegos de nuestros días, ¿son los descendientes de los contemporáneos de Leónidas y de Milciades? Y si se discute esta sucesión, ¿son, sin embargo, los herederos en una parte notable de las buenas cualidades y defectos de sus antecesores? Aun cuando haya dicho Renán otra cosa, fantaseando sobre el Acrópolis, no ha habido «milagro griego»; en la historia de los pueblos, una vez que se han separado las razas, los medios, las individualidades, todo se explica por leyes de psicología y de sociología, que están siempre en acción; por esto la buena ó mala fortuna de los unos ha podido servir siempre de lección á los otros.

I

LA GRECIA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LAS RAZAS Y DEL CLIMA

I.—Los destinos de la Grecia han tenido, en nuestra opinión, dos causas principales: una es la feliz mezcla de

dos razas superiores; la otra es la situación privilegiada de la Grecia en un punto en que por fuerza tenían que encontrarse y mezclarse las civilizaciones europea, asiática y egipcia, de tal modo, que la Grecia, el Archipiélago y la costa del Asia menor han utilizado el esfuerzo intelectual ya acumulado por otras razas. En cuanto al hermoso cielo de la Grecia, sin duda que no ha perjudicado; pero el principal influjo lo han ejercido el mar y las islas, gracias á las comunicaciones que permitieron entre los espíritus más refinados de aquel tiempo.

Sin conceder á la raza una acción tan omnipotente como estaba de moda en la época de Taine y de Renan, es, sin embargo, indiscutible que en la antigüedad la raza explicaba, en gran parte, los rasgos dominantes del carácter nacional. Pero los que hablan del «genio de la raza griega», olvidan que ésta no es una sola. Se ha discutido mucho sobre los más antiguos habitantes de la Grecia, los pelasgos, término vago que puede designar diversas capas. Eissner, Reinisch, Beeck, han creído que los pelasgos eran un cruzamiento de sangre blanca y sangre negra; Donaldson ve en ellos los *sombríos asiáticos* (πέλος, negro). Parece probable que la capa más antigua pertenecía, salvo las mezclas de rubios, á la primera de las tres grandes razas que han poblado Europa, á la raza «mediterránea» morena, de la cual sabemos que el cráneo es alargado, los cabellos y los ojos negros y la estatura regular; raza enérgica y viva, de pasiones ardientes y concentradas, muy inteligente, de una voluntad paciente y tenaz. Según la tradición griega, los muros de Tirinto y de Micenas, así como la famosa Puerta de los Leones, fueron construídos por cíclopes ó por pelasgos; según la *Odisea*, había cíclopes también en Sicilia; finalmente, ya se sabe que hay en Italia construcciones ciclópeas, probablemente anteriores á las de Grecia. Los verdaderos pelasgos eran, sin duda, de esos mediterráneos que se llaman en Italia etruscos, sardos y sicilianos; en Grecia, mi-

nyos, selegos y carios; pertenecen á la antigua raza que en otro tiempo cubrió gran parte de Europa: iberos, viejos ligures, etc., y que en Francia se llama raza de Cro-Magnon.

El principal resultado de los descubrimientos que se han sucedido desde hace medio siglo, es haber disipado el «espejismo oriental»; hoy ya no se admite el pretendido origen asiático de la primera civilización greco-italiana. Los vasos y cerámica encontrados por Schliemann junto á la antigua Troya, en Tirinto, en Micenas, revelan un primer período anterior al influjo fenicio, un segundo en que se reconoce el influjo oriental, y un tercero en que el genio griego se emancipa. Precisamente en este período, que es la edad heroica, entran en escena los helenos, llegados del Norte. El Oriente semítico ó kuschita no ha tenido ningún influjo en la época de la piedra pulimentada ó al comienzo de la era de los metales, sobre la Europa central, septentrional y occidental. En una época posterior, la del comercio marítimo de los fenicios (á partir próximamente del siglo XIII antes de J. C.), es cuando la civilización occidental sufre el influjo del Asia. Las excavaciones de Troya, de Chipre, de Micenas, de Tirinto, del bajo Egipto, nos han dado maravillosos documentos que han echado abajo todo el sistema de los partidarios del Oriente. Estos descubrimientos han mostrado que los pretendidos «bárbaros» de Europa, por lo menos los del Sur, en el momento en que entran en contacto con el Oriente, tenían ya un largo pasado de civilización. Los diversos pueblos mediterráneos, en el siglo XV y antes, tenían una misma cultura intelectual y eran, sin duda, de una misma raza «dolico-morena». Su civilización, ya notable, no tenía nada de babilonio, ni de egipcio, ni de sirio. Las representaciones toscas de ídolos femeninos, encontrados en los monumentos megalíticos y en las paredes de las grutas funerarias en Uzès, en Bourg, en Blaye, tienen sus equivalentes exactos en la cerámica de

Troya y de Chipre; se encuentran los mismos tipos, en una época posterior, en Baviera, en la Prusia occidental, en Galitzia, en Rusia (1).

Hay, pues, que admitir, como primera base, en Grecia lo mismo que en los países vecinos, una civilización neolítica primitiva que, desde la Europa central y aun desde la Europa del Norte, «irradió en forma de abanico hacia el Mediterráneo.» En España, hasta en Italia, sustraída al contacto del Egipto y del mundo semítico, permaneció estacionaria y se aletargó en una especie de medianía. En Grecia, por el contrario, en todas las costas

---

(1) Quatrefages: *Histoire des races humaines*, t. I, pág 282. Reinach: *Le mirage oriental*, pág. 55. Los dólmenes de la Alemania del Norte, formados por bloques erráticos, son los más antiguos que se conocen. Los de la India y el Africa del Norte son mucho más recientes. En los países favorecidos que se civilizaron pronto, como Italia y Grecia, no se encuentran dólmenes propiamente dichos, sino construcciones de grandes bloques, llamadas ciclópeas, que atestiguan ya un progreso muy grande en el arte de construir. Se creyó al principio que el estaño venía de la India; por el contrario, es la palabra sánscrita *Kastira* la que viene del griego κασσίτερος y hay textos griegos que demuestran que la India, pretendida patria del bronce, recibía el estaño de Alejandría en el siglo III antes de J. C.

Las espadas de bronce descubiertas en Micenas son de seda, dice M. Reinach, y tienen con frecuencia puños de alabastro y adornos de oro; la mayoría de las espadas del valle de Ródano y de toda Francia son de este tipo de seda, con puños de madera, de cuerno ó de oro. Los puñales de seda y las hachas planas encontradas en Troya y en la isla de Chipre, son idénticos á los puñales y hachas más antiguos de Sicilia, de Italia, de Francia y, sobre todo, del valle del Ródano. Una misma industria de bronce ha existido, pues, y ha irradiado en toda la cuenca del Mediterráneo.

Si fuese cierta la antigua teoría, la isla de Chipre, fértil y rica en metales, muy próxima al Egipto y á la Siria, debería ofrecer á los arqueólogos una capa inferior de civilización completamente oriental, á la cual se había superpuesto más tarde una capa helénica. Las excavaciones recientes de M. Ohnefalsch-Richter, han probado, por el contrario, que en Chipre, como en otros muchos puntos, la civilización egea ó mediterránea, análoga á la de Troya, es la primitiva; después viene una capa oriental y, por último, una capa que corresponde á la Grecia histórica.

egeas la rivalidad y el contacto de las diversas civilizaciones produjo la vida, el movimiento, el progreso.

Pero la raza á que principalmente debió la Grecia su desarrollo, fué la de los helenos. Esta segunda capa no venía tampoco de Oriente. Había bajado de la Escitia por el Danubio y las orillas del Adriático, hacia el siglo XVI antes de J. C.; era, por lo tanto, con respecto á la otra «hiperbórea», según la expresión de los mismos griegos. Formaba parte probablemente de la raza rubia de cráneo alargado y de ojos azules. Llamada injustamente aria, por el nombre de una de sus tribus emigradas al Asia; esta raza se parece por el esqueleto á las razas cuaternarias y neolíticas de la Europa Occidental, y, según la opinión hoy en boga, se debe buscar su cuna, no en Asia, sino en Europa (1).

En diversas épocas se ha producido una serie de in-

---

(1) La lengua griega, según las investigaciones más recientes, no proviene en modo alguno del sánscrito. Este último, con las lenguas de la India, está, en muchos sentidos, más lejos de la lengua aria primitiva que las lenguas europeas, especialmente el lituanio, el griego, el antiguo latín; y la lengua madre ha debido ser europea, no asiática (Sayce, *Principes de philosophie comparée*, página 13, París 1884). La escritura india, que se creía tan antigua, se deriva de los alfabetos griegos y arameos; es posterior á Alejandro Magno. Los *Vedas*, donde se había querido ver la «primera efusión lírica de la humanidad», no son cantos primitivos ni inocentes; son obras sabias posteriores al año 1000 antes de nuestra era, y escritas hacia el siglo III después de J. C. (Bergaigne: *La religion védique*, 3 vols. 1878-1883.) Lo mismo ocurre con el *Avesta*; según M. James Darmesteter, esta literatura es posterior, no sólo á Alejandro Magno, sino al renacimiento del imperio persa bajo los sasanidas, es decir, tres siglos después de J. C. (Halévy: *Comptes rendus de l'Academie des Inscriptions*, 1884, pág. 214.)

Se ha demostrado también que el origen asiático de nuestras especies domésticas es un puro mito. Por otra parte, si los asiáticos hubiesen introducido animales domésticos en Europa, no habrían dejado de importar camellos y, sobre todo, asnos, que faltan precisamente en la edad de la piedra (A. Otto, *Zur Geschichte der aeltesten Hausthiere*, Breslau 1890). Nada prueba tampoco que el trigo viene de Mesopotamia. En una palabra, todos los argumentos en favor de los orígenes orientales son hoy muy discutidos.

vasiones de hombres del Norte que no tienen nada de asiáticos. La Galia fué uno de los primeros países conquistados por estos septentrionales, los verdaderos galos ó gálatas, que de allí pasaron á Italia y á España. Según la filología, las invasiones hacia el Oriente son posteriores. Encontrando cerrado el camino del Sur por el primer grupo que se había establecido allí, los hombres del Norte buscaron una salida por el Este del Báltico y se mezclaron con los pelasgos de Grecia y más tarde con los persas y los indios. En cuanto á los germanos, propiamente dichos, á los belgas y á los normandos, representan un tercer grupo de emigraciones ulteriores, siempre de la misma raza. En Grecia todas las leyendas están acordes en presentar á los helenos, jonios, aqueos, como aristocracias procedentes del Norte y superpuestas á los pelasgos de la costa Oriental. En el Atica misma habían sido precedidos, en cuatrocientos ó quinientos años, por los tracios, sus congéneres y «dólico-rubios», como ellos. Los tracios rubios de cráneo alargado se habían establecido en Beocia bajo el Helicón, sobre el monte Parnaso, en la Tesalia, al pie del Monte Olimpo, en la Pieria. Diferentes leyendas los han representado como los autores de la cultura helénica; aquéllas fueron divulgadas del siglo VI al V antes de J. C. por los sectarios de las religiones místicas de origen tracio, del culto de Dionisos y Demeter; por esto se ha discutido el valor de estas tradiciones; no obstante, si se las compara con otras tradiciones referentes á la venida de los helenos y con los datos relativos á su tipo étnicos, se ve uno inclinado á creer que los tracios y los helenos eran semejantes á los antiguos gálatas ó kymrís, por su aspecto, por su carácter, por su raza.

Los galos de los monumentos greco-romanos tienen los mismos vestidos y el mismo aire que los dacios, los escitas y los tracios de los monumentos griegos. Ya se sabe que los «aqueos» conquistadores de los tiempos heroicos, según las pinturas egipcias y según los poemas

de Homero, eran hombres de elevada estatura y de largos cabellos rubios. Si los rubios parecían á los griegos de esencia superior, es porque la aristocracia era generalmente rubia, y además porque aquel pueblo artista creyó reconocer en el tinte rosado, en el azul de los ojos y en el oro de los cabellos una delicadeza mayor de colorido, algo más floral en cierto modo que en la uniformidad relativa de los cabellos negros, de los ojos negros y de los tintes morenos. Se ha pretendido que los epitetos homéricos que representan á los griegos rubios pueden explicarse por una predilección, por un matiz menos común. Pero aunque la mayoría de los griegos serían probablemente morenos, había gran cantidad del tipo rubio. ¿Y de dónde habrían venido éstos si no hubiese habido en Grecia más que mediterráneos dólico-morenos? No olvidemos que el fisonomista Filemón representa á los griegos de raza antigua y noble, como rubios de ojos azules, de piel blanca y de elevada estatura, μεγάλοι, εὐφύτεροι, ὄρθιοι, εὐπαγεῖς, λευχοτεροι, τὴν χόαν ξανθοί. Todo el mundo sabe también que «el tipo griego» implica una frente bastante prominente y elevada, ojos grandes, cejas muy arqueadas, boca pequeña y bien dibujada; observemos también una nariz recta, sin depresión en su raíz, punto capital para los antropólogos; pues bien: estos son los caracteres de la raza dólicocéfala-morena, sea escandinava, gálata ó germana. Imposible es creer que esta raza enérgica, esencialmente aventurera y batalladora, que ocupaba ya la Tracia, no haya hecho incursiones en Grecia; sólo ella puede haber importado allí los numerosos elementos rubios de la edad heroica. Más tarde, la mayoría quizás de los personajes de la Historia parece haber vuelto al tipo moreno de cráneo largo, sin duda pelásgico; pero este hecho no tiene nada de chocante. Los sabios eran conquistadores, que se mezclaron pronto con la raza anterior, y ya se sabe la tendencia de los rubios á ir en disminución entre una población morena.

Los pelasgos permanecieron aislados y casi sin mezcla en la Arcadia, país montañoso separado de todo el resto, en medio del Peloponeso. Los arcadios, auverneses de Morea, siempre fueron atrasados y sólo tomaron una parte muy pequeña en los progresos de la civilización helénica. Los pelasgos de Atenas, por el contrario, mezclados con los helenos rubios, en contacto con el mar y por el mar con el mundo conocido, desarrollaron todas las cualidades de dos razas superiores.

Los semitas de Fenicia eran en el fondo mediterráneos como los pelasgos, pero con una constitución cerebral diferente en muchos puntos importantes, con una lengua de otra familia, costumbres muy opuestas, un genio más duro y cruel, una religión más fanática y más cerrada. Navegantes y comerciantes más bien que colonos, estos semitas llevaron á los pueblos de las orillas griegas los elementos de una civilización más avanzada, tal como la que existía en la Caldea, la Siria y el Egipto. Danaus desembarca con sus fenicios en el golfo de Argos hacia el siglo XV; Cadmo se instala en Tebas hacia el fin del siglo XIV.

En el período heroico es en el que los helenos procedentes del Norte entran en escena y en el que el genio griego se emancipa del influjo oriental y fenicio. A la cabeza de los antiguos pelasgos, los helenos lucharon contra los semitas extranjeros, por los cuales tenían una profunda antipatía, hasta que lograron eliminarlos por completo. La expedición de los siete jefes contra Tebas representa el movimiento de la Hélada contra el influjo de Oriente. Es también visible este movimiento en la guerra contra los asiáticos de Troya. Contra los Alejandro-París, los Hector-Darío, de cabellos «rubios»; por último, se encuentra en las antiguas expediciones contra el Bajo Egipto, reveladas por los monumentos egipcios, en que se ve figurar los griegos de tipo rubio. Los relatos homéricos y las antiguas tradiciones de la Grecia hablaban de las emi-

graciones y perpetuos movimientos de navegación á que estaban acostumbrados los predecesores de los helenos; los historiadores modernos habían tomado todos estos relatos por fábulas; los recientes descubrimientos de los egiptólogos han confirmado todo. Dos ó tres siglos después de Tutmés III los rubios aqueos se pusieron en movimiento y quisieron fundar una patria nueva á las orillas del Nilo; se dejaron derrotar en pleno Delta antes de establecerse en Chipre, como los tirrenos antes de volverse hacia Italia.

Invadida por los tracios y los helenos, la Grecia no había acabado todavía con los conquistadores septentrionales. Sesenta años después de la guerra de Troya, los dorios bajan á su vez de las montañas del Olimpo y acaban por apoderarse del Peloponeso. Estos dorios no introdujeron en Grecia elementos étnicos verdaderamente nuevos. Eran una especie de equivalente de los germanos, probablemente de raza análoga. Su invasión fué, por otra parte, presentada como un «regreso» de los heráclidas. Estos dorios habían venido de la Hélada primitiva, que se extendía desde el Esperquios hasta Dodona, y se habían establecido al pie del Olimpo. El movimiento de emigración, determinado por la invasión de los tesalios, se propagó á los dorios que, con la familia helena de los heráclidas á la cabeza, se dirigió hacia el Sur. Entonces participaron de la más general de las federaciones griegas, la anfictionía de Delfos, que parece haber generalizado el nombre de helenos y haber creado una especie de Derecho público de los helenos, fundado sobre la unidad religiosa. Estos dorios eran también helenos, que habían permanecido más enérgicos y más toscos en las montañas del Norte. En Esparta, en las gimnopedias, se relega al fin del desfile á los hombres que no tienen una estatura bastante elevada, aunque sean ilustres. Los espartanos condenan á una multa á su rey Arquidama, porque se ha casado con una mujer baja «que les daría reye-

zuelos y no reyes». No es una raza de hombres pequeños la que ha tenido este culto por las elevadas estaturas y que ha podido suministrar tan hermosos ejemplares de ellas: el elemento «hiperbóreo» es aquí visible. «Entre los espartanos, dice Jenofonte, es donde se encuentran los hombres y las mujeres más hermosas de la Grecia.»

Mediante la emigración doria, un gran número de tribus aqueas y jonias se habían establecido simultáneamente en Atenas. Muchos personajes importantes de esta ciudad descendían por su padre ó por su madre de la nobleza mesenia, que había emigrado allí; Codro, Solón, Pisístrato, Clistenes, Pericles, Platón, Alcibiades. En cuanto á la nobleza de los jonios y aqueos, estaba ligada, en gran parte, con los conquistadores helénicos.

O. Müller ha demostrado que si los dorios eran más rudos y más belicosos que los demás helenos, no eran, sin embargo, tan bárbaros como se ha supuesto, y que, en el fondo, tenían las mismas cualidades que sus congéneres. No por eso dejaron de producir ellos y todos los demás pueblos arrastrados por la emigración, una especie de «Edad Media helénica», lo mismo que las invasiones de los pueblos germanos, de raza no menos inteligente, debían producir más tarde nuestra Edad Media. Durante este tiempo, el comercio fenicio se hizo preponderante, y con él los influjos orientales en la industria. Gracias á estos mismos influjos, la Edad Media doria terminó rápidamente, y pudo producirse, por último, la civilización propiamente helénica.

Taine, engañado por la ciencia, todavía mal informada, de su época, exclamaba: «Cosa rara, en los albores de la civilización, cuando en otras partes el hombre es fogoso, inocente y brutal, uno de sus dos héroes es el sutil Ulises, á quien la misma Palas dice: ¡Oh pillo, embustero, insaciable de astucias! ¿Quién te ganaría en habilidad sino quizá un dios?» Y es cierto que el héroe griego es típico; pero, á decir verdad, no representa el albor de

una civilización, sino más bien su decadencia. Los griegos de Homero no son, de ningún modo, primitivos; están más adelantados que casi todos los demás pueblos de su época.

En suma, de todos los documentos reunidos por la ciencia contemporánea, la antropología puede deducir que la Grecia antigua ofrecía un doble carácter: casi toda ella de cráneo alargado, su fondo era dólico-moreno, pero con una proporción considerable de dólico-rubios. Todavía hoy se encuentran en Grecia mujeres de ojos grandes azul pálido. Los albaneses, en quienes parece haberse conservado mejor el tipo griego, son dolicocéfalos morenos en el Norte, pero en su mayoría rubios en el Sur, es decir, en la parte más griega. Como, por otra parte, los conquistadores de cráneo alargado parece que han llevado consigo por todas partes braquicéfalos morenos ó celto-eslavos (la tercera de las razas principales que han poblado Europa), es probable que cierta cantidad de estos últimos se ha debido encontrar aun en la Grecia antigua, como se encuentra en todo el resto de Europa. El examen de los cráneos y de las estatuas prueba igualmente que la masa de la nación griega tenía la cabeza ovalada.

El carácter de los antiguos griegos está de acuerdo, como veremos más adelante, con lo que ha debido producir la mezcla de las dos razas mediterránea y gálata: se sabe que éstas son las más inteligentes de todas, como lo atestigua la historia de los diversos pueblos en que se han mostrado. La vieja sangre pelásgica é ibero-bereber, un poco ruda y dura, más salvaje y más concentrada, no explicaría por sí sola esta vivacidad ligera, esta voluntad movible, aventurera y expansiva que se encuentra en los griegos. Se reconoce en ellos un elemento étnico que recuerda entre nosotros el elemento galo, con la diferencia de que, en los tiempos antiguos, el elemento celto-eslavo, importante en Galia, era mínimo en Grecia. De aquí una mezcla particularmente rara de las dos razas más inteli-

gentes y más emprendedoras. Además, esta mezcla ha tenido por teatro un país particularmente apto para su desarrollo.

II.—La Grecia, en efecto, no es más que una sola y única montaña de cumbres múltiples, que emerge de las aguas y extiende sus brazos por todos lados, comprendiendo en ellos golfos innumerables. En este macizo montañoso, los diversos valles ó las raras y pequeñas llanuras forman como otras tantas divisiones abiertas por el lado del mar, cerradas casi por el de la tierra y separadas entre sí por tabiques difíciles de atravesar. Es una Suiza sumergida en el agua, y cuyos cantones, aislados por las vías terrestres, pueden comunicar entre sí por la vía marítima. Ningún país del mundo ofrece, en proporción á su superficie, tan gran desarrollo de costas; sólo en la Grecia continental miden ya más de 2.000 kilómetros. Así Estrabón llamaba á los griegos pueblo anfibio. El resultado de esta configuración es doble. Respecto de los extranjeros que hubieran podido invadirla, la Grecia era, en otro tiempo, casi inabordable. La otra consecuencia fué la incesante vida marítima, el incesante encuentro de los griegos entre sí y con los países vecinos. Sin poder casi comunicarse por las montañas, los distritos helénicos se frecuentaban mutuamente por las costas: cada uno conservaba su independencia y su fisonomía propia, y, sin embargo, todos estaban en perpetuas relaciones. Era el individualismo de las ciudades, unido á la expansión y á la posibilidad de la asociación. Si la Grecia ha nacido dividida, según la frase de José de Maistre, ha sido sólo por el lado de tierra; el mar ha llevado á cabo su unidad, pero una unidad enteramente moral y toda de acción, que no excluye rivalidades continuas. De aquí ha resultado un desarrollo maravilloso de la vida comunal: el Estado no ha ahogado á las ciudades, el despotismo no ha detenido la iniciativa individual; á su vez, esta iniciativa no

ha entregado, sin defenderse, á Grecia á los enemigos exteriores. Así la naturaleza ha cooperado á los destinos de los griegos; pero la verdadera primera causa de estos destinos era su carácter, con sus aptitudes étnicas y sus cualidades sociales.

Es increíble la cantidad de disertaciones relativas al clima de Grecia, por el cual se quiere explicar la asombrosa superioridad del genio griego. Ya, según Hipócrates, si los asiáticos son de una naturaleza más dulce y menos belicosa que los europeos, es, sobre todo, por la igualdad de las estaciones: una perpetua uniformidad mantiene la indolencia; un clima variable ejercita el cuerpo y el alma. Aristóteles explica la superioridad de la Grecia, por la situación intermedia que ocupa entre las regiones frías de la Europa septentrional y las comarcas cálidas del Asia; «por esto, dice, los griegos reúnen la energía de los bárbaros del Norte y la vivacidad de espíritu de los asiáticos.» Sin negar la parte de verdad que estas reflexiones contienen, hay que reconocer que el clima es insuficiente para explicar el carácter griego. ¿Cómo creer que el cielo trasparente y puro del Ática sea una razón seria de otra cosa que de cierto gusto por la claridad y la luz, que se puede encontrar también en todos los países meridionales? Las costas de Liguria, desde Niza á Génova, están cortadas por innumerables sinuosidades como las de la Grecia; tienen la misma pureza de cielo, la misma limpieza de contornos en las montañas y en las orillas; ¿por qué los ligures no han sido artistas? ¿Por qué ha sido necesario que viniesen los griegos á Niza y á Antibes como á Marsella? Los griegos han pululado por todas las costas del Mediterráneo y en todas partes han mostrado cualidades análogas; lo cual prueba que estas cualidades dependían de la raza y del desarrollo cerebral, más bien que de la situación y del medio. Se ha comparado muy justamente la Grecia antigua con la Gran Bretaña de hoy, por lo menos, desde el punto de vista

del comercio marítimo y de la expansión colonial, las cualidades de los ingleses, lo mismo que las de los griegos, se encuentran dondequiera que van. El clima de Grecia es tan variado como sus formas: por el Norte es el clima de la Alemania central; si se baja un poco se encuentra el clima de la Lombardía, el de Nápoles y el de Sicilia. Desde las nieves del Olimpo ó del Parnaso se pasa á la región de las palmeras. La inteligencia y la actividad del griego están continuamente en ejercicio: por mar, con la fatiga y la vigilancia siempre necesarias; por tierra, con la variedad del suelo y de los climas, con la necesidad de utilizar la menor porción de terreno y de pagar al contado, en un trabajo diario, todos los dones de un país medianamente fértil. Este es el verdadero efecto del clima y del suelo. En cuanto al aspecto que ofrece la Grecia á las miradas, todo lo que se puede decir es que favorece las percepciones claras y distintas, que introducen así en la imaginación formas luminosas y precisas, conjuntos cuyas diversas partes ofrecen relaciones exactamente determinadas; de aquí se sigue que el sentido y el gusto de la proporción sean naturales. Nada de inmenso ni de confuso solicita á los vagos ensueños: el sentimiento de lo finito supera al de lo infinito.

En el pueblo griego, sobre todo, es donde han mostrado su fecundidad y su prominencia los factores morales y sociológicos de la civilización, sacrificados con demasiada frecuencia por cierta escuela histórica.

II

EL CARÁCTER GRIEGO

Hipócrates y Aristóteles señalan con razón el equilibrio de las facultades y su euritmia como el atributo distintivo de sus compatriotas. La mezcla de dos razas bien dotadas parece haber refinado y hecho hereditarias sus

cualidades esenciales. Al mismo tiempo, los dos temperamentos típicos, uno sanguíneo-nervioso, más frecuente en el Norte, otro bilioso-nervioso, más frecuente en el Mediodía, parecen haber producido un compuesto armónico.

La sensibilidad griega tenía la vivacidad meridional sin ser violenta ni colérica; esto lo decimos, sobre todo, de los jonios; pero los mismos dorios, conforme se ha visto, han sido un poco calumniados. Los griegos, por otra parte, eran y han seguido siendo, menos sensibles que sensuales, y todavía menos sensuales que intelectuales. El pensamiento tuvo siempre una gran parte en sus emociones. En el ateniense, las pasiones son movibles como las ideas; tiene el amor del cambio, el apetito de la novedad. Le gusta coger la flor de las cosas para pasar ligeramente de un placer á otro placer. Esta necesidad de todos los goces es innata en él y encuentra en el goce hasta algo de sagrado. En el fondo de los placeres que le ofrece la naturaleza, cualesquiera que sean, apenas se pregunta si no hay una secreta amargura. Siente más bien la armonía que la desproporción entre lo real y lo ideal. A pesar de profundas incursiones en la tristeza de las cosas, que no podían dejar de abrirse al espíritu de sus grandes pensadores, la Grecia conserva un optimismo sonriente. Según la frase de Renán, este pueblo tiene siempre veinte años, y aun en ciertos respectos, merece lo que decía el sacerdote egipcio á Solón: «¡Oh griegos, sois unos niños!»

Su sensibilidad, en lugar de estar enérgicamente concentrada en sí, como la de los romanos, se expansiona de buen grado; es comunicativa. El griego tiene la simpatía más pronta que el ibero ó el romano; en lugar de instintos salvajes y crueles, tiene el de la dulzura y la humanidad. ¿No se elevó en Atenas un altar á la Piedad, donde encontraban un refugio vencidos, proscritos y esclavos? En Tebas, tenían el asilo de Cadmo; en Antioquía, el bos-

que de Dafné. El esclavo ateniense entra en la familia después de haber recibido en la cabeza el agua lustral; en lo sucesivo, asistirá á las oraciones y participará de las fiestas: el hogar lo protege. Su dueño puede hacerle salir de la baja esclavitud y tratarlo como hombre libre; pero el servidor no por eso abandona á la familia, de la cual no puede separarse sin incurrir en impiedad. En Esparta, aunque la condición de los esclavos era más dura, no lo era tanto como se ha pretendido; y esto es lo que ha puesto Müller fuera de duda.

Como la simpatía fácil engendra la sociabilidad, el sociólogo puede esperar encontrar en el heleno (como más tarde en el galo-romano y el francés) el instinto social en su más alto desarrollo: el heleno tiene el horror de la soledad, la necesidad de tratar con sus amigos y con sus compatriotas; de pasar su vida al aire libre, en conversaciones y discusiones interminables. Platón llamaba al ateateniense φιλολόγος, ὁ πολυλόγος y Aristóteles pensaba en el griego cuando definía al hombre ζῶον πολιτικόν.

El antiguo heleno, sobre todo el ateniense, es un intelectual. Parece, como dice Tucídides, «que no tiene, en realidad, más que su pensamiento»; pero este tesoro vale más que todos los otros; hasta tal punto es flexible, ágil, inventivo. Maravilloso en sus aplicaciones prácticas, lo es más en su ejercicio especulativo. Los pueblos son como los individuos: cuando su cerebro está conformado de modo que les haga fácil un cierto género de trabajo, un instinto irresistible los impulsa por la pendiente más suave: un pueblo extraordinariamente inteligente tiene gusto en pensar, por el placer mismo de pensar. Este fué el placer griego por excelencia. Sin dejar de tenerlo en cuenta, el resultado positivo (1), «parece relativamente

(1) Los aqueos de Orcomena habían encontrado ya el medio de desecar la copaiba para hacer trabajos que todavía no han podido renovar nuestros ingenieros.

secundario al heleno», dice M. V. Egger. Percibir pormenores y conjuntos; tener siempre en movimiento los ojos del espíritu; sorprender ó adivinar detrás de lo que se ve lo que es invisible; encadenar largas series de razones; dividir las ideas en menudas partículas ó reunirlas en vastas generalizaciones; en una palabra, hacer circular y penetrar en todas partes la sutil llama de aquel pensamiento que Homero comparaba con un fuego vivo: este el supremo goce de los contemporáneos de Sócrates y de Platón. Este desinterés del pensamiento ó, por mejor decir, este interés por el pensamiento en sí mismo es lo que debía producir, ya la ciencia, ya la filosofía, según el carácter particular ó universal de su objeto. Sólo un griego, en la antigüedad, podía encontrar que los matemáticos de Sicilia degradaban la ciencia no preocupándose más que de aplicarla á las máquinas; sólo él podía oponer á lo útil el amor de lo verdadero en sí mismo, y ese griego fué Platón. Euclides perseguía, de igual modo, el rigor del razonamiento, no los resultados prácticos.

El intelectualismo griego explica mucho mejor que el «cielo de la Grecia», cuya suavidad no deja de tener caprichos, la necesidad de claridad, el odio á lo vago, el desdén por lo enorme y lo monstruoso, el sentimiento de la medida esencial al orden. El heleno tiene el instinto razonable y la razón instintiva. Uno de sus rasgos dominantes es una curiosidad siempre despierta; se interesa por todo lo que es nuevo, por todo lo que presenta ante su espíritu un punto de interrogación, por todo lo que ofrece una dificultad que resolver. Mientras que los egipcios y los caldeos, satisfechos de su gran desarrollo, se quedan detenidos, el griego experimenta la necesidad de renovar sin cesar el horizonte. Su ideal es Ulises, «que ha visto las ciudades y ha conocido á muchos hombres». Los griegos no tenían sólo el espíritu de aventura en la vida real; lo tenían también en la vida intelectual». «Los caminos líquidos», como dice Homero,

eran casi los únicos que les estaban abiertos, y sus espíritus, como sus navíos, eran siempre llevados á lo lejos por las mudables olas.

Taine opone con razón á los griegos los egipcios, que interrogados por Herodoto sobre la causa de las crisis periódicas del Nilo, no habían podido responder nada, por no haber hecho siquiera una hipótesis sobre un punto tan importante; los griegos, por su parte, habían imaginado ya tres explicaciones, que Herodoto discute para proponer una cuarta. El fenicio semita es todavía más utilitario que el egipcio: es un negociante. Las obras de arte son para él artículos de comercio: las fabrica sobre modelos casi invariables, según los gustos de la clientela: apenas se preocupa de la belleza en sí misma; por esto, recorre el mundo entero y no adelanta un paso. El griego, en cambio, une al sentido práctico y á la astucia comercial, un amor instintivo por lo bello y por lo verdadero; no es sólo fabricante y negociante: es pensador y artista. El genio griego tiene, pues, dos fases: la imaginación, que vive en un mundo ideal; la réflexión, que se dedica á las realidades de la vida. Homero representa el primer aspecto; el segundo está representado por Hesiodo.

La aptitud para percibir los menores matices y las menores relaciones de las cosas, se muestra en la riqueza de la lengua griega, en la abundancia de las simetrías, en la existencia simultánea de un vocabulario para la poesía y otro para la prosa, en la asombrosa facilidad para formar compuestos, en la variedad de las formas del verbo, en los recursos de que dispone para marcar la subordinación de los diferentes miembros de la frase, en las partículas que precisan las simetrías ó las oposiciones de ideas. Es una lengua de dialécticos, en que la lógica no es rectilínea, sino ascendente y descendente con la síntesis y el análisis, y es al mismo tiempo una lengua de artistas por la variedad y el brillo de las formas, por la riqueza de los epítetos en que viene á condensarse todo un cuadro vivo,

por la ondulación y la libertad rítmica de los períodos y de las estrofas, que contrasta con la rigidez un poco monótona y la solemnidad oratoria de la lengua latina. El genio libre de la Grecia se ha expresado fielmente en la lengua griega.

En los griegos no dorios, la voluntad es la que se ha mostrado relativamente inferior. Son, sin duda, capaces de un gran impulso, y les gusta, como dice Platón, correr un peligro hermoso; pero lo que les falta es la perseverancia en un mismo deseo, seguido con obstinación. Son, como los galos, movibles y demasiado aficionados á la novedad. Además, no tienen la necesidad de subordinación á un gran todo: su sentido individual les inclina con frecuencia á la indisciplina. El extraordinario desarrollo de su inteligencia les hace ver el pro y la contra de cada cosa demasiado bien para que su voluntad se entregue entera y para siempre. Dispuestos para el entusiasmo, conocen demasiado el apasionamiento y sus fáciles decepciones, con el desaliento que los sigue.

III

LA RELIGIÓN GRIEGA

Renan considera á los griegos como la menos religiosa de las razas, porque no tienen la preocupación de la muerte: «es, en su opinión, una raza superficial, que toma la vida como una cosa sin nada de sobrenatural ni de segunda intención». Vivir, para ellos, es «dar flor y después fruto; ¿para qué más?» Este juicio de un amigo de los matices, apenas parece matizado; ni más ni menos que el de Taine, que nos representa á los griegos tan poco respetuosos para con sus divinidades, y bromeando sobre las aventuras de Júpiter. Por un exceso contrario, Fustel de Coulanges supedita toda la vida griega á la religión. Habien-

do sido el genio heleno el más variado y el más rico de la antigüedad, es muy difícil y casi imposible encerrarlo así en fórmulas: los griegos han visto ó adivinado todo; nada de lo que es inteligible ha sido extraño para ellos. Y aun á lo inteligible le han asignado su parte más allá del mundo del pensamiento, sin experimentar en su presencia el terror profundo ó la profunda veneración de los pueblos místicos. Eran demasiado lógicos para atribuir á lo incognoscible otra cosa que un sentimiento negativo, y aun elevando un altar al Dios desconocido, se han ocupado prudentemente de lo conocido ó de lo cognoscible. Por esto es por lo que tienen, sobre todo, el culto de la vida presente, la vida en que se piensa, en que se siente, en que se obra. Es cierto que Platón ha dicho que la sabiduría es una meditación de la muerte; pero, al decirlo, hace orientalismo. Espinosa expresa un pensamiento más griego al decir que la sabiduría es una meditación de la vida. Sólo que la vida, para satisfacer á la inteligencia y á los sentidos, debe ser hermosa y buena: una regla de bondad, de serenidad, de alegría y que, por otra parte, exige el sacrificio entero de uno, ésta es por excelencia la moral griega, cuya expresión simbólica es la religión.

Se ha pretendido hacer derivar los dioses griegos de los dioses indios; estas fantasías son hoy refutadas. Las divinidades helénicas no se encuentran en forma de epítetos en los Vedas ó en los poemas de la India, que son, por otra parte, más recientes (como hemos visto) que la religión helénica. Una sola identificación ha subsistido: la de Dyâus con Zeus; pero estas dos palabras designaban simplemente el cielo, no una divinidad propiamente dicha que los griegos hubieran tomado de los orientales (1).

Se cuenta de los viejos pelasgos que adoraban al Dios

---

(1) Otto Gruppe, *Die Griechischen Culte und Mythen,* Leipzig, 1887.

del cielo sobre sus montañas sagradas, sin imágenes, sin darle un nombre determinado. Cuando se trata de estos tiempos antiguos, una divinidad «sin nombre y sin imágenes», es simplemente un poder de la naturaleza que todavía no se ha humanizado, pero al cual, sin embargo, se consagran fetiches, como las piedas sagradas y la encina de Dodona, el águila, el lobo, la lechuza, que se hicieron más tarde los «atributos» de Júpiter, Apolo y Atenea (1). En el fondo, la religión griega más antigua era análoga á todas las religiones primitivas. Las excavaciones de Micenas y de Tirinto, además de los restos de una edad de la piedra tallada y pulimentada, han descubierto ídolos informes, á veces de forma animal. Sin embargo, ya se prefiere la forma humana, y el gusto por esta forma irá aumentando siempre; ha de caracterizar el politeísmo helénico. No es el punto importante que los dioses de Grecia hayan sido primitivamente objetos de la naturaleza; claro está que en todas las mitologías el sol, la luna, los astros, la tierra, representan necesariamente un papel; pero lo que distingue los genios de los pueblos es la manera cómo conciben y realizan las grandes causas de los fenómenos. Ahora bien: el griego revela á la vez su instinto artista y social por la hermosa forma humana que erige en representación de los poderes superiores, y revela su instinto filosófico por la naturaleza espiritual del hombre, que diviniza. Herodoto, sobre este particular, tiene una frase de asombrosa profundidad: «Las divinidades de Asia—dice—son de *forma* humana ἀνθρωποειδεις, pero las divinidades de la Grecia son de *naturaleza* humana ἀνθρωπιφυεις. En efecto, hay en el hombre un elemento divino: el pensamiento; los helenos lo trasfieren á sus dioses y, al mismo tiempo, purifican las formas humanas, para reducirlas en cierto modo á sus proporciones eternas, constitutivas de la belleza: hacen de ellas cuerpos glorio-

(1) V. Tiele, *Manuel de l'Histoire des religions.*

sos é inmortales, envolturas sutiles del pensamiento sutil. En lugar de ser, pues, simplemente las fuerzas físicas, las divinidades griegas son más bien las victoriosas de estas fuerzas, subyugadas para siempre por la inteligencia. Mientras que los dioses védicos permanecen, por decirlo así, incrustrados en la naturaleza, luchando en ella y contra ella, los dioses griegos han alcanzado, con la plena conciencia, la gloria triunfante y la inmortal serenidad. No por esto es inmóvil la existencia divina; las divinidades son todavía personas morales y libres, que tienen su carácter individual y sus relaciones sociales, de tal modo que la religión griega es sobre todo psicológica y no sociológica.» La monarquía existe en el cielo como en la tierra, con Zeus todopoderoso, y está próxima al monoteísmo; pero Zeus no es la divinidad solitaria, envidiosa y devoradora de los cultos semíticos. El rey de los dioses helenos no podía ser un déspota oriental. Gobierna y juzga con ayuda del consejo de los dioses; está obligado á respetar una ley superior, sea la costumbre, sea la necesidad, que simboliza el Moira. Por medio de su balanza, Zeus consulta el Destino, y está absolutamente atado por él; pero este vínculo es el de la justicia.

Así vemos muy pronto introducirse en la antigua religión naturalista un elemento moral con el elemento humano y social. En Homero, la justicia está ya divinizada en la forma de Temis; muchas nociones abstractas, como la del Destino y la de las Parcas, han recibido ya su consagración religiosa. En Hesiodo, un pueblo de genios, emanados de Zeus—como todo emana de él—, recorren la tierra; su principal función, esencialmente moral, consiste en observar «los juicios equitativos y las malas acciones». La Justicia, hija de Zeus, presenta ante el trono de su padre los juicios inicuos de los reyes. Los dioses helenos están, pues, lejos de crear lo justo ó lo injusto por su voluntad. Minerva y Apolo, que personifican la sabiduría, y como el verbo de Zeus, están íntimamente

unidos á él y no son tampoco más que emanaciones de su divina naturaleza. Muchos mitos orientales penetraron en Grecia, como el de Astarté, convertida en Afrodita; pero la magia de la imaginación helénica cambió su brutalidad en gracia, su crudeza sensual en hermosura serena; todo lo idealizó. Sólo los griegos podían sacar del mito de Prometeo la más alta filosofía y, al mismo tiempo, la más alta poesía.

El culto de Apolo, dios «hiperbóreo», hijo y revelador del pensamiento supremo, llegó á ser en Delfos, bajo el influjo dorio, el inspirador moral de la liga anfictiónica, el centro religioso de la nacionalidad griega. Por boca de los sacerdotes de Delfos, Apolo reglamentaba todo lo que ofrecía alguna importancia. No se podía introducir, sin su asentimiento, ninguna nueva institución política, ningún culto, ningún juego. Pero lo notable aquí es también el predominio creciente del elemento moral y social sobre el elemento naturalista. Ninguna acción exterior se considera suficiente: «hay que acercarse á la divinidad con un corazón puro». Al que tiene el corazón puro le basta una sola gota de la fuente Castalia; pero al que viene con un mal pensamiento no le bastaría el «mar entero» para borrar su mancha. Ya los antiguos helenos habían expresado el alto concepto de que todos los signos exteriores que revelan á la divinidad no son nada en frente de la voz divina que se hace oir en el fondo de las conciencias y que ordena ser justos sin inquietarse por los resultados. La religión se convertía en guardiana augusta de la justicia. Si los espartanos matan á los heraldos de Jerjes, en contra del Derecho de gentes, las entrañas de las víctimas se muestran desfavorables, y los sacerdotes declaran que el heraldo de Agamemnón, Taltibios, ha sufrido la ofensa; para apaciguarlo, dos hombres ricos y nobles de Esparta van á Asia á ofrecerse á Jerjes.

La sabiduría que aconseja Apolo es conocerse á sí mismo y juzgarse moralmente. El débil tiene la protección

del dios, el arrepentido su perdón; el pillo no recibirá nunca su luz, ni el malhechor su asistencia. Ningún Estado helénico pueden consultar al oráculo con intenciones hostiles contra uno de los Estados helénicos; el recuerdo de una guerra civil no puede perpetuarse por trofeos permanentes, en el templo de Apolo. El sacerdocio délfico, formando una aristocracia espiritual, estaba en relación con los hombres eminentes de los diversos países; designaba entre ellos «los mejores y los más sabios»; alentaba á los poetas, á los historiadores, á los moralistas.

La religión griega, á pesar del prejuicio contrario, tuvo su intolerancia; prueba de ello es la historia de Anaxágoras, de Alcibiades, de Pericles, de Fidias y, finalmente, de Sócrates; se hizo sobre todo intolerante cuando la ciudad se sintió conmovida y el triunfo de la democracia hizo temer, no sin razón, el derrumbamiento de toda autoridad civil al mismo tiempo que religiosa. Los mismos atenienses eran de los más religiosos entre los griegos y tenían singular respeto á los antiguos ritos; pero en todo lo que no tocaba directamente á la religión, ¿cómo negar la independencia de espíritu de que dieron pruebas?

En Atenas, la acusación de impiedad, γραφή ἀσεβείας, perseguía los ataques contra la religión nacional; pero «el Derecho ático, dicen Meir y Schoemann, no había definido claramente los crímenes y los delitos que se debían calificar de ασεβεια, de tal modo, que se dejaba amplia extensión á la apreciación del juez». Sin embargo, como observa Mr. Durckheim, estos son todos ó casi todos delitos de acción, no de abstención, mientras que en el derecho teocrático de los hebreos, por ejemplo, abundan las prescripciones positivas. Los principales delitos de impiedad en Atenas, son: la negación de las creencias relativas á los dioses, á su existencia, á su papel en los asuntos humanos; la profanación de las fiestas, de los sacrificios, de los juegos, de los templos y de los altares; la violación

del derecho de asilo, las faltas en los deberes para con los muertos, la omisión ó la alteración de las prácticas rituales por el sacerdote, el hecho de iniciar al vulgo en el secreto de los misterios, el arrancar los olivos sagrados, el visitar templos las personas á quienes está prohibido hacerlo. El crimen consistía, pues, dice Mr. Durckheim, no en celebrar el culto, sino en perturbarlo por actos positivos ó palabras; aún, añadiremos, por opiniones subversivas expresadas demasiado públicamente, como las de Sócrates. Meir y Schoemann observan que la introducción de nuevas divinidades no necesita ser autorizado regularmente, y que no se la trataba formalmente de impiedad, aunque la elasticidad natural de esta acusación lo hubiese permitido. Creemos, pues, con Mr. Durckheim, que la religiosidad griega dejaba una gran parte á la libertad individual. Para que la filosofía haya podido nacer y desarrollarse en Grecia como lo ha hecho, «ha sido preciso que las creencias tradicionales no fuesen lo bastante fuertes para impedir el desarrollo de aquélla» (1). Este es un rasgo psicológico y sociológico de la mayo importancia. Aunque en la antigüedad, en ninguna parte se ha reconocido la plena libertad individual en frente de la ciudad, también es cierto que algunas ciudades eran opresivas en todo, mientras que otras erigían en virtudes cívicas y religiosas el desarrollo del pensamiento, el culto de la verdad y de la belleza.

En la teología griega se encuentran dos conceptos distintos del mundo de los muertos. Según el primero, los dobles de los difuntos llevan una vida de sombra, pálida continuación de su existencia terrenal. Esta noción, que recuerda el Schéol de los semitas, nos parece que ha sido principalmente pelásgica; y, por otra parte, la raza mediterránea, en nuestra opinión, ha constituído en el fondo una sola y misma raza, á pesar de la divergencia ulterior

(1) Durckheim: *Division du temps social*, pág. 174.

de la rama pelasgo-ibérica y la rama semítica. El segundo concepto, que parece más bien heleno y «aria», es el de un mundo de muertos situado al Oeste, cerca del sol poniente, con los Campos Elíseos para los bienaventurados y un lugar de suplicio para los culpables. Es decir, que la idea moral, por un progreso en que se revela el genio propiamente helénico, se introduce en el antiguo concepto animista, que había sido sin duda el de los pelasgos. Agamenon toma á las divinidades por testigo de su juramento: «Vosotros, que en la tierra, castigáis á los hombres muertos cuando han violado su promesa, sed mis testigos.» La religión griega ponía la palabra dada, ese gran vínculo social, bajo la custodia de las Euménides, «hijas de la noche, benévolas para los buenos, terribles para los malos». Según Hesiodo, cuyos libros constituían una autoridad para los teólogos, las sombras de los hombres de la edad de oro, convertidas en buenos genios, «recorren la tierra para prodigar la riqueza y reprimir la injusticia. Los espíritus de los malos son atormentados y atormentan á los hombres». Luego si es cierto que la preocupación de la vida futura no fué en los griegos—ni tampoco en los hebreos—una terrible «obsesión», como debía serlo en los cristianos; si aun el genio griego, en el mismo Homero, se reconoce por el poco caso que hacen los guerreros de una existencia reducida al estado de sombra; si Aquiles declara en los infiernos que preferiría ser un pobre labrador que mandar á todos los muertos, no se puede, á pesar de ello, negar que la idea moral y social de una sanción hubiese trasformado ya, en los helenos, el fetichismo animista de los pelasgos y los semitas. Y es digno de notarse que, también entre los antiguos germanos, la admisión de los dioses en la *Valhala* de Odin, implica la transición de una doctrina de pura «supervivencia» anímica al concepto moral y social de la «retribución». En esto también se muestran parientes cercanos germanos, gálatas y helenos.

IV

LA FILOSOFIA Y LA CIENCIA GRIEGAS

Los griegos, artistas del pensamiento, como lo eran de todo lo demás, tenían que ser filósofos y bosquejar ó completar todos los sistemas metafísicos; tenían también, gracias al noble ejercicio de las facultades intelectuales á que se dedicaron, que humanizar la moral, fundar las ciencias deductivas, hasta vislumbrar una multitud de verdades inductivas; pero su intelectualismo artista debía impedirles llegar á la verdadera ciencia experimental.

Ante todo, ¿por qué el carácter griego se prestaba tan maravillosamente al desarrollo de la alta filosofía? Es porque ésta, en gran parte, es un arte, por lo mismo que es una especulación sobre un conjunto que la ciencia positiva no puede abrazar por completo. Un pueblo que tiene gusto en ordenar las formas; un pueblo enamorado de la verdad por la satisfacción que da á la inteligencia y de la belleza por la satisfacción que da á los sentidos y á la imaginación; un pueblo así tiene que ser especulativo y no descansará hasta que haya agotado todas las hipótesis, todas las construcciones intelectuales; elevará, bajo la plena luz del cielo inteligible, Partenones metafóricos.

En cuanto á la moral griega, es la de la inteligencia concibiendo lo finito bajo las leyes del orden, de la armonía y de la belleza. La idea de infinito, que parece al griego la de lo informe, no le atormenta. El poder sólo le parece bueno en tanto que está sometido á la inteligencia. El derecho del poder y de la fuerza falta en toda la moral helénica, que no admite otro derecho á mandar más que el de la razón. Este es uno de los rasgos más notables de este pueblo.

Atenas era una ciudad abierta que recibía á los extranjeros, observaba sus costumbres, los interrogaba y

los escuchaba. Los atenienses trataban en vano de bárbaros á los demás hombres; eran demasiado hospitalarios y demasiado viajeros para no observar en seguida cómo varían los hombres en ciertos respectos y se parecen por una infinidad de lados. La noción de variabilidad humana, unida á la de semejanza humana, es el germen de la idea de igualdad humana (1).

Pero el racionalismo griego, y sobre todo el ateniense, representó un papel todavía más grande en este desarrollo de ideas igualitarias y, más tarde, humanitarias. Casi todos los filósofos griegos han adorado el νοῦς ó el λόγος: han visto en la razón el principio de unidad universal, la marca de la verdadera divinidad y, al mismo tiempo, la de la verdadera humanidad. Ya para Platón, los hombres están unificados por la razón, son iguales por la razón; casi se podría decir que son, si no hermanos, á lo menos amigos por la razón; esto es poco más ó menos lo que sostiene Aristóteles cuando habla de la filantropía. Pensamos, pues, con M. Croiset, que el racionalismo ha

(1) Bouglé, *Les idées égalitaires*. La Grecia era muy comerciante y se ha observado que el espíritu de comercio tiende á producir el espíritu de igualdad. En las relaciones económicas, ha dicho M. Bouglé, no se considera la cualidad propia de los hombres, sino el cambio igual de las cantidades de moneda. Ihering ha dicho: «La moneda es el gran apóstol de la igualdad.» El mismo Marx añade: «La moneda, con la cual se borran todas las diferencias cualitativas entre las mercancías, borra á su vez, como nivelador social, todas las distinciones.» Fuera del mercado, deduce M. Bouglé, no hay más que un cambista enfrente de otro cambista: raza, nación, religión, todo lo que distingue á los hombres se olvida momentáneamente.»— Sin embargo, observaremos que es preciso que el comercio se haga por espíritus bastante amplios y bastante abiertos, para operar las abstracciones y las generalizaciones indispensables. Los fenicios también eran comerciantes y no se ve que en ellos haya producido el comercio el mismo efecto que en el espíritu griego. Los cartagineses eran comerciantes como los romanos, y el efecto no fué el mismo en los dos pueblos. A pesar de esto, el espíritu comerciante, unido á otros caracteres intelectuales, da lugar de ordinario á una ampliación del punto de vista y á un espíritu menos concentrado en sí

sido el principal factor de las ideas religiosas en Atenas. M. Bouglé ha podido responder que el racionalismo se explicaba á su vez por las formas sociales que, en Atenas, han contribuído al desarrollo de los espíritus. También se han necesitado espíritus, y espíritus capaces de desarrollarse. Es de presumir que no son las formas sociales las que han formado los Sócrates y los Platón, aunque los han hecho posibles.

Según Zeller, el valor intrínseco de la determinación voluntaria que resulta de una convicción personal, y por otra parte, la idea de los derechos y los deberes del hombre en general, no han sido principios reconocidos generalmente en la antigüedad más que «en el período de transición que coincide con la desaparición del antiguo punto de vista griego». El verdadero valor del individuo, según Fustel, ha sido desconocido en la ciudad griega. «La ciudad era la única fuerza viva, sin nada encima ni nada debajo», ni humanidad ni individualidad. Si la filosofía del siglo v difiere de la del siglo iv, dice también M. Bouglé, si la moral estoica y cristiana difiere de la moral platónica y aristotélica, es tanto por individualismo como por cosmopolitismo.

Sin dejar de reconocer el progreso de estas dos últimas ideas con el estoicismo y el cristianismo, no podíamos admitir, sin embargo, las negaciones, en nuestra opinión demasiado resueltas, de Fustel y aun de Zeller. Tampoco podríamos atribuir, con M. Bouglé, el desarrollo del individualismo y del humanitarismo sólo á la acción de las formas sociales, de la cantidad y de la movilidad de las unidades sociales, de su diferenciación é integración progresiva. Sócrates, Platón y Aristóteles tienen ya la idea del hombre en general, del hombre que no es más que hombre y cuya propiedad es la razón. El racionalismo platónico ha influído más en el estoicismo que el volumen ó la movilidad de las unidades sociales.

La misma constitución democrática igualaba á los ciu-

dadanos. «Si se quiere fundar la democracia, dice Aristóteles, se hará lo que hizo Clistenes con los atenienses; se establecerán nuevas tribus y nuevas patrias; se sustituirán los sacrificios hereditarios de las familias por otros en que se admitirá á *todos los hombres;* se *confundirán*, en lo posible, las relaciones de los hombres entre sí, teniendo cuidado de romper todas sus asociaciones anteriores.» Sucesivamente y por medio de sorteo, los ciudadanos de Atenas podían llegar á todos los cargos. En la Asamblea del pueblo, todos los ciudadanos de una edad determinada podían tomar igualmente la palabra y dar su parecer sobre las cuestiones. En las calles, en las plazas, los sofistas y Sócrates tenían la mayor libertad de lenguaje, y esta libertad suponía la igualdad racional. Ante la dialéctica y por la dialéctica, que es el uso de la razón, todos los hombres son iguales: con tal que puedan definir las nociones y ordenarlas en su orden verdadero, διαλέγειν κατὰ γένη, se valen uno de otro (1); de los objetos mismos, y de su jerarquía es de donde proviene la jerarquía de los hombres; se debe fundar objetivamente. Si sólo se les considera como animales racionales, forman una unidad. Ya Alcidamas habla contra la esclavitud. En el tratado de la *Constitución de Atenas*, atribuído á Jenofonte, un lacedemonio se queja á un ateniense de la libertad demasiado grande de los esclavos en Atenas. El esclavo tiene el mismo vestido que el hombre libre; no se atreven á pegarlo en la calle por miedo á equivocarse, pues no se distingue del ciudadano. Aquél usa de esta ventaja, lleva la acera y no la cede á un hombre libre. Y el lacedemonio se escandaliza. Mr. Croiset cita con razón este hecho para mostrar el influjo de las ideas romanas en Grecia. El ateniense racionalista creía que todos los seres que piensan participan de la dialéctica: Sócrates habría

(1) V. nuestra *Philosophie de Socrates* y nuestra *Philosophie de Platon.*

seguramente atribuído á un esclavo lo mismo que á un hombre libre el poder de la mayéutica, la facultad de responder á las preguntas y de planteárselas racionalmente á sí mismo. Y para todos los atenienses, razón y palabra se confundían, λόγος; un esclavo de lengua suelta, capaz de encadenar razonamientos y argumentos, se hacía, pues, igual á su dueño en dialéctica y en retórica.

Entre las ciencias hay una que, especulativa en su esencia y próxima por esto á la construcción filosófica, no es más que una larga serie de nociones encadenadas por lazos necesarios: las matemáticas. También debía ser el triunfo del pensamiento griego. Razonar por razonar, sin otra preocupación que el rigor y la elegancia de las demostraciones, encantarse á sí mismo con las maravillosas propiedades de los números, descubrir en las combinaciones geométricas figuras, con las leyes de las formas, los primeros rudimentos de la belleza, ¡qué alegría para los pensadores adoradores del orden y de la armonía que habían dado al mundo el nombre de Cosmos!

Pero para nosotros, los hombres, la verdad, si no la percibimos más que abstracta, no es la realidad misma; la idea no es el hecho, lo «inteligible no es lo sensible», lo racional no es lo experimental. Aquí es donde debía fracasar el espíritu griego, por el defecto que constituía sus buenas cualidades. El griego era, efectivamente, demasiado curioso para no ser *observador;* fué el más observador de los pueblos antiguos y bosquejó las ciencias de observación; pero no llegó, como habría podido, hasta la *experimentación* constante y metódica, que habría exigido, al mismo tiempo que cierta exclusión de los sistemas y de las verdades abstractas, la investigación minuciosa de las realidades de hecho. Por otra parte, hay que distinguir entre las diversas escuelas griegas, que manifestaron tendencias diferentes. Para el racionalismo de Platón y de sus discípulos, carece casi de valor lo que no se explica por ideas y se reduce á ideas: el hecho natural,

puramente sensible, perturba al intelectualismo del filósofo. ¿Cómo éste habría de tener la paciencia de recoger y aun de provocar una multitud de fenómenos sin enterarse de sus causas, para ligarlos en seguida por esas conexiones de hecho que llamamos leyes «empíricas»? Hasta les parece á estos artistas de la ciencia que la sumisión á los hechos tiene algo de servil, que trasciende demasiado á la industria del obrero y no al arte del pensador libre. Verdad es que otras escuelas toman una dirección diferente, sin llegar nunca demasiado lejos (1). Demócrito tiene ya la verdadera idea de la ciencia: escribe una enciclopedia en que se trata de cada ciencia particular, y en que el conjunto está ligado por el concepto mecanista del mundo. El genio, todavía más enciclopédico, de Aristóteles establece á su vez la base de todas las ciencias, sin excepción; pero, preocupado por buscar las cualidades en lugar de las cantidades, deja sin emplear el concepto del mecanismo universal; por lo demás, no llega ni á fundar reglas ni á dar el ejemplo de la experimentación regular. No es que la experimentación fuese extraña á los griegos: ¿qué es lo que no han visto ó vislumbrado? Médicos y cirujanos habían experimentado ya; desde los primeros pitagóricos se experimentaba en acústica, pero entonces creían sin duda «dedicarse á una rama de las matemáticas y apoyar con una teoría sabia un arte muy estimado: la música» (2). Agatarco, bajo la dirección de Esquilo, había experimentado las condiciones de la perspectiva teatral y consignado sus resultados en un libro que excitó un vivo interés en Demócrito (3). Pero ningún filósofo griego tuvo la idea de erigir la experimentación en órgano de la ciencia, y si no hubo esta idea, si tuvo

(1) V. el excelente trabajo de Mr. Egger, *Science ancienne et sciencie moderne.*

(2) V. Egger, *Ibid.*, pág. 21.

(3) Ch. Lévêque, «El atomismo griego y la metafísica» (*Revue philosophique*, 1868).

que esperar siglos enteros, la razón de esto está en la constitución del espíritu griego, artista y demasiado racionalista, que siempre se preocupó de explicar todavía más que de comprobar. Tal fué, sin embargo, la superioridad de los helenos que, aun en este punto, estuvieron muy adelantados sobre todos los demás pueblos, y poco faltó para que creasen el método experimental de los modernos. Por lo demás, éste debe una parte de su desarrollo á la necesidad social, económica é industrial.

V

DEFECTOS SOCIALES DE LOS GRIEGOS

I.—El individualismo de los ciudadanos, el individualismo de las ciudades, eso es, desde el punto de vista sociológico, lo que constituyó la grandeza, pero también la debilidad del pueblo griego. Nunca tuvieron los helenos, ni el espíritu de consecuencia, ni el espíritu de organización en común que debía caracterizar á los romanos. El amor á la independencia es, por otra parte, un móvil más negativo que positivo: ¿no es lo importante saber qué uso se hará de la libertad? Quizá por lo que debía á sus orígenes germano-gálatas, el griego tuvo el amor de la libertad personal; por lo que debía á la configuración dividida de la Grecia, tuvo el amor de la ciudad libre; pero la patria no fué para él esa vasta unidad en que el individuo tiende á perderse como el infinitamente pequeño en el infinitamente grande. El Estado, para el heleno, es la ciudad, siempre visible y palpable; la ciudad en que ha nacido, en que han nacido sus antepasados, la mansión de la familia secular, el hogar ensanchado, alrededor del cual vienen á colocarse sucesivamente las generaciones.

La gran conciencia colectiva no puede, pues, por razones á la vez psicológicas y sociológicas, desarrollarse

en los helenos tanto como en los romanos. Enfrente de un peligro, cuando amenazaban los bárbaros, las ciudades griegas sabían, sin duda, unir sus esfuerzos; pero la unión no era ni completa ni duradera. Una vez pasado el peligro, volvía á aparecer la rivalidad entre ellas. Esta rivalidad las había hecho vivir y tenía que hacerlas morir. Ninguna de estas ciudades, excepto quizás la Roma del Peloponeso, Esparta, tuvo la ambición constante del poder, del influjo sobre las demás: el heleno, en general, no era dominador. Desde ningún punto de vista experimentó, pues, el deseo imperioso de la unidad. Esta característica de la historia griega proviene de una buena cualidad y de un defecto de la voluntad helénica: la primera era la necesidad de ser propios y dueños de sí mismos; el segundo, la falta de energía y, sobre todo, de constancia. Se ha dicho con mucha razón que Grecia tuvo hombres políticos; pero no tuvo, como Roma, una política.

En la educación, el griego se propone, no sólo, como el romano, procurar al Estado ciudadanos y guerreros, sino desarrollar armoniosamente el cuerpo y el alma por la gimnasia y la música, y formar así hombres completos, hermosos y buenos, individuos que valen por sí mismos. Milciades, Arístides, Pericles, Epaminondas, Arato—un vencedor del pentato — son hombres al mismo tiempo que capitanes. Sófocles baila el pean después de la victoria de Salamina; Platón, Crisipo, el poeta Timocleon habían sido al principio atletas; se decía que Pitágoras había ganado el premio del pugilato; Eurípides fué coronado como atleta en los juegos eleúsicos. Aparte de los deberes públicos, que no deja de conocer, el griego reserva siempre al individuo un descanso para consagrarlo al cultivo de las artes y al desarrollo de la inteligencia. Tiene una personalidad. Personifica á su imagen todo lo que ve; personifica todo lo que adora.

Este pueblo dialéctico y artista tenía que dar lugar á la sofística, que juega con las ideas; á la retórica, que juega

con las palabras. Ya en Homero, los héroes pasan una gran parte de su tiempo en discutir: también ellos, como los gálatas, unen á la pasión de la *rem militarem* la del *argute loqui,* y al valor de su brazo sólo iguala el valor de su lengua. El gusto por la dialéctica, que es el pensamiento ejercitándose en sí mismo y en el pensamiento de los demás, con un hermoso desprendimiento respecto de las cosas, hizo asombrosos progresos en aquella nación razonadora. Y como la palabra es inseparable del pensamiento, dialéctica y retórica se confundieron. Discutir sobre todo hasta perderse de vista, llegó á ser la ocupación por excelencia de los hombres libres. La acción concluyó por resentirse de esto. La política misma se redujo, para los griegos, con mucha frecuencia, á la dialéctica y á la retórica en que, entonces como ahora, triunfaban los sofistas y los demagogos. La política y las guerras intestinas han perdido á la Grecia.

II.—Entre los antropólogos contemporáneos, el mismo que ha insistido sobre el influjo de las razas, es también uno de los que han mostrado mejor cuánto predominan en la historia, particularmente en la de Grecia, las selecciones sociales de orden militar, político, religioso, económico, de tal modo que los mejores argumentos de este antropólogo se vuelven contra su teoría (1). ¿Es una cuestión de rubios y morenos la que ha causado las desgracias de la Grecia? De ningún modo. Las causas morales y sociales son las que lo han hecho todo. Obsérvese, ante todo, la obra nefasta de las selecciones militares. La guerra puede producir buenos resultados en los salvajes, eligiendo los más fuertes y los más resistentes; pero en los pueblos civilizados es extraordinariamente desastrosa: produce el exterminio mutuo de los mejores y los más valientes. Los mesenios eran verdaderos aqueos, que combatían con

(1) V. M. de Lapouge, *Les selections sociales.*

el desorden y la impetuosidad de los tiempos heroicos, y que fueron vencidos por la disciplina espartana; pero las pérdidas sufridas por los espartanos nunca se repararon por completo. Según Teopompo, hasta se necesitó, desde aquella época, alterar la sangre doria para perpetuarla, y dar maridos aqueos á las mujeres espartanas que quedaron viudas por las armas mesenias. «Es poco más ó menos la historia que se contaba en otro tiempo respecto de la nobleza de Champaña. La misma alteración se hizo muchas veces en la sangre espartana durante los siglos siguientes, cuando la selección militar había reducido la población viril» (1). Después de las guerras médicas, en que murieron pocos griegos, vino la lucha sangrienta de Atenas y Esparta. Es un espectáculo doloroso, dice con razón M. de Lapouge, esta lucha sin descanso, «guerra de raza entre Esparta dórica y Atenas jónica, guerra de principios entre Esparta aristocrática y militar y Atenas democrática y política». Pero, ¿cómo tomar aquí la palabra raza en el sentido antropológico, si los dorios y los jonios eran en el fondo descendientes de la misma raza? Ello es que el período de 431 á 421 fué una serie de homicidios al pormenor, con batallas sangrientas. Esta historia de las guerras fratricidas entre los diversos pueblos de la Grecia, ¿es una lección de antropología ó una lección de moral y de sociología?

Lo mismo ocurre con la selección política, y la antropología tiene bien poca parte en el cuadro que nos trazan de aquélla: «Luchas de clases, luchas de grupos de ambiciosos, asesinatos, guerras civiles, proscripciones, las ciudades se desgarran en el interior con una ferocidad de que nos cuesta trabajo formarnos idea.» El régimen revolucionario de 1792-93, el golpe de Estado de Diciembre y la *Commune*, son crisis aisladas: con pocas excepciones, todas las ciudades griegas han vivido casi

(1) De Lapouge, *Les selections sociales*, pág. 432.

permanentemente en el tumulto y la sangre. «La colonización griega, á su vez, es comparada con una sangría constantemente repetida.» Ha contribuído á debilitar y á envilecer á Grecia. Unicamente la selección religiosa merece la gracia de los neodarwinistas, precisamente porque ha sido casi nula. El culto de Venus, que no ponía «ningún inconveniente al acto sexual», y el culto de los antepasados, inclinaba fuertemente al matrimonio y á la propagación. Como cada individuo no tenía otros medios de asegurar el reposo á su sombra que dejar hijos capaces de hacer los sacrificios rituales, todos estaban interesados en dejar una posteridad tan numerosa como fuera posible, para multiplicar las probalidades de que se continuase indefinidamente la ejecución de los ritos (1). Con la incredulidad vino la esterilidad voluntaria. Aquí también se ve cómo las causas intelectuales y sociológicas triunfan sobre las causas étnicas.

El arte y la democracia tuvieron por primer efecto sociológico desencadenar el lujo. Nos lo muestran prodigioso en la época clásica y en la epoca romana; y el contagio fué tanto más fácil, cuanto que en la mayor parte de los Estados que vivían bajo un régimen casi democrático, «el deseo de imitar al más rico torturaba más á la clase acomodada», y hasta quizás á la clase pobre. Entonces se vieron, como entre nosotros, estuches llenos y cunas vacías.

La ruina no provenía sólo de los gastos inútiles y del contagio del lujo: hay que considerar en qué estado se encontraba entonces la sociedad económica. Comprendía tres elementos: los ricos, los trabajadores libres y los esclavos. El esclavo griego, dice con razón Mr. de Lapouge, no era digno de compasión; se le trataba mejor que al obrero moderno; el dueño estaba interesado en su bienestar y su conservación, y tenía más facilidades que

(1) De Lapouge, *Les sélections sociales*.

el hombre libre para vivir y reproducirse. Pero la organización de los talleres serviles, que Aristóteles creía tan necesaria, tenía el inconveniente de permitir la producción á un precio muy bajo, que mantenía en el mismo nivel inferior el salario del trabajador libre. La clase obrera libre se encontraba, pues, como la clase rica, imposibilitada de sostener numerosos hijos. «Por esto la vemos extingirse, á partir de cierta época, con extraordinaria rapidez, á medida que el número de esclavos iba aumentando.»

Otra miseria sociológica, más bien que antropológica: la emigración de los campos hacia las ciudades. En Atenas, desde el más brillante período de su historia, se ve á los rurales, arruinados y desposeídos, afluir á la ciudad y ocuparse allí en lo que pueden. Los tetas atenienses, incapaces de luchar contra la competencia del trabajo servil y las industrias de los metecas, no tienen ya otro medio de vida que el parasitismo político. ¡De aquí esos hombres libres, que nos muestra Aristóteles á merced de los políticos, y esperando ocasión de juzgar para poder vivir de su salario de jueces! (1).

En suma, se deduce que «han sido precisos seis siglos de helenismo para preparar el esplendor de la Grecia. En el momento justo en que todo está dispuesto, se producen dos fenómenos simultáneos: el florecimiento brusco de la brillante cultura ateniense y el de la democracia, que recibe al principio un esplendor inesperado del desarrollo de las letras y de las artes, pero que no tarda en agotar el manantial.» A medida que la democracia se hace más demagógica, los fenómenos de la «selección destructiva» se suceden con la rapidez del rayo.

Después de los primeros tiempos helénicos, el período aristocrático duró seis siglos por lo menos; se necesitó todo este tiempo para preparar la grandeza de la Gre-

(1) *Ibid*, pág. 426.

cia y el brillante florecimiento de Atenas. «La democracia cogió el poder ateniense en pleno florecimiento; en menos de siglo y medio lo destruyó todo.» La reforma de Clistenes, la organización de las diez tribus y el acceso á la ciudad de la primera bandada de extranjeros y de libertos data de 510. El establecimiento definitivo de la democracia por Arístides y la apertura de todas las funciones electivas á la plebe, se verificaron treinta años más tarde. La guerra de 461 es ya una guerra de principios políticos. La guerra del Peloponeso estalló en 431. La toma de Atenas es en 404. El combate de Haliarte, comienzo de las guerras tebanas, data de 398; la batalla de Mantinea, de 362. La batalla de Querenoa y la supremacía de Macedonia, datan de 338. «La selección política había llevado á cabo su obra» (1). Hemos querido citar estas páginas elocuentes, en que el antropólogo se convierte en moralista, y, sin notarlo, demuestra la superioridad de las causas sociales sobre las causas étnicas. La Grecia ha sido víctima de sus propios errores y de sus propias faltas sociales ó políticas, no de la configuración étnica de su cráneo.

(1) *Ibid*, pág. 442.

CAPÍTULO II

LOS GRIEGOS MODERNOS

Los griegos de nuestros días se consideran, desde el punto de vista de la raza, los descendientes de los antiguos helenos. Este punto ha sido sumamente discutido, sobre todo por Fallmerayer. En 1851, en la época de la generación que siguió á su emancipación, la Grecia propiamente dicha, contenía próximamente un millón de habitantes, y ese millón, del cual había que restar todavía 200.000 albaneses reconocidos y 50.000 válacos, representaba el residuo de las más completas revoluciones de que puede darnos ejemplo la historia. La antigua Hélada se componía de ciudades rodeadas de un pequeño distrito rural; en las guerras sin número que desolaron á aquel país, el vencedor elegía á todos los hombres que podían combatir y después «vendía á las mujeres y niños como esclavos». Esta es la fórmula tan conocida que se repite sin cesar en los relatos históricos. Como la civilización antigua era esencialmente urbana, los ciudadanos, que eran al mismo tiempo propietarios rurales, perecían con la ciudad (1). Filipo extermina á los Focios, Alejandro á los Tebanos; los atenienses son deportados en masa. Convertido Delos en el gran mercado de esclavos, los romanos, después de la toma de Cartago y de Corinto, llevan allí hasta 100.000 griegos á la vez; los simples traficantes llevan á veces hasta 10.000, que se venden en un solo día. Los piratas y los usureros romanos se dedican á una verdadera «caza de hombres» en las costas del

(1) V. M. A. Berthelot, en la *Grande Encyclopédie,* art. *Grèce.*

mar Egeo. Más tarde se ve emigrar á Roma para buscar allí la fortuna á la mayor parte de la población que quedaba; esta corriente dura siglos enteros. Más tarde todavía, godos y hérulos incendian á Esparta, Argos, Corinto; saquean á Atenas, matan ó se llevan en masa á toda la población. Después vienen los visigodos de Alarico, que destruyen casi todas las ciudades, asesinan á los habitantes ó los llevan como esclavos. Búlgaros y válacos invaden la Grecia diferentes veces; los eslavos se establecen en diversos sitios. Por último, viene el turco. Hace desaparecer, hasta donde puede, las grandes familias bizantinas que podían perjudicarle; sólo perdona al labrador, del cual necesitaba para alimentarse. Las clases superiores desaparecen de las ciudades; unas huyen al extranjero; otras, que quedan allí, sufren malos tratos ó se hacen mahometanas y hasta se pasan al enemigo. Las montañas fueron el refugio de los menos sumisos y de los más valientes, lo cual aumentó el número de los kleftas. Montañeses y marinos debían ser más tarde los héroes de la guerra de independencia (1).

M. René Berthelot deduce de estos hechos que los griegos antiguos han sido exterminados por las guerras y por las revoluciones sociales, ó eliminados por la trasformación del régimen de la propiedad. En su opinión, los esclavos han terminado por reemplazarlos. Hemos visto que los griegos, muy humanos, dejaban á sus esclavos fundar familias, hasta el punto de que Jenofonte aconseja restringir esta facultad. A medida que los dueños desaparecían en las guerras, los servidores debieron reemplazarlos. La población compuesta que resulta de estas mezclas, estaba constituída al fin del imperio romano. A pesar de la introducción ulterior de los eslavos, de los albaneses, de los latinos, esta población forma aún la mayoría de los griegos actuales. Es, pues, exa-

(1) V. *Ibid*, el notable artículo de Mr. René Berthelot.

gerado pretender, con Fallmerayer, que los griegos contemporáneos descienden únicamente de eslavos helenizados. No tienen más que cierta cantidad de sangre eslava propiamente dicha y descienden de los griegos del imperio romano, por ejemplo, de los del tiempo de Justiniano. Estos últimos han suministrado próximamente la mitad de su sangre y han impuesto su lengua, sus costumbres y otros elementos más ó menos heterogéneos. Según el mapa etnográfico de los países griegos, publicado por la Sociedad para la propagación de la literatura griega en 1878, los romanos y los servios están claramente circunscritos; los búlgaros dominan de Misch á Vorna, ocupan hasta la parte Noroeste de la Macedonia, el país que tiene por centro á Filipolis, toda la Tracia y el Sudeste de la Macedonia. El Sur de la Albania, Chipre, y, por último, Creta, objeto de la última guerra, son en su mayoría helénicas; pero se ve que es un helenismo de segunda ó tercera mano, alterado por mezclas muy numerosas.

Una cosa segura es que el índice cefálico ha subido en Grecia de 76 á 81: el número de los dólico-rubios y aun de los dólico-morenos se ha hecho mínimo. Esto indica un cambio profundo del tipo: la Grecia es hoy braquicéfala, y, por consiguiente, desde el punto de vista antropológico, es en su mayoría lo que se llama «celto-eslava». Sin embargo, hemos visto que se encuentran todavía por todos lados, pero en estado de diseminación, los diversos rasgos del tipo griego clásico: nez recta, ojos grandes y azules, hermoso cabello rubio. M. E. Reclus, no sin cierta complacencia, cree reconocer en el beocio de hoy el mismo modo de andar pesado «que le hacía objeto de burla entre los griegos»; el joven ateniense le parece que tiene «la flexibilidad, la gracia y el ademán intrépido» que se le reconocía en la antigüedad. Las mujeres de Atenas, según M. Gaston Deschamps, se parecen más bien á figuritas de Tanagra que á la Venus de Milo, «con un toque de salvajismo rebelde», que recuerda la

proximidad de la raza albanesa. En general, «sus cabellos son sumamente negros y sus ojos brillan bajo el velo de largas pestañas; su tez es mate, ligeramente pálida». Se admira, por otra parte, en las mujeres griegas, la dignidad serena, la vivacidad de sentimiento, la inocencia, la completa abnegación por los que aman.

Hay semejanzas de hábitos, de costumbres, de género de vida, que atraviesan necesariamente los siglos, sobre todo en los países en que el movimiento de la civilización moderna ha sido poco intenso. Un país de costas y de islas como Grecia favorecerá siempre la vida marítima, y sus montañas conservarán costumbres que datan de siglos. Pero estas son reminiscencias superficiales. Lo mismo se puede decir de las buenas cualidades ó de los defectos que dependen inmediatamente del género de vida que exige el país. La misma lengua impone cierta forma, favorece determinados modos de pensar y sobre todo de hablar. Hay retórica en las mismas lenguas del Mediodía; la hay, como hemos visto, y también dialéctica en la lengua de los griegos. Pero aquí también estamos en presencia de herencias intelectuales, de una educación del pensamiento y de la palabra que no supone necesariamente las mismas facultades profundas que en la gran época helénica. Juzgar los caracteres nacionales por todos estos signos sería juzgar por el exterior.

La Grecia moderna no se ha podido trasformar radicalmente desde su emancipación; queda, pues, más de una huella de los tiempos desgraciados. Los defectos tradicionales de la voluntad griega no han podido hacer más que aumentar por la mezcla de una gran cantidad de sangre eslava y por la larga esclavitud que sufrió la nación: ligereza, movilidad, horror á los grandes esfuerzos, y sobre todo á los esfuerzos continuados, propensión á una pereza agitada y atareada, que hace más ruido que trabajo. La agricultura, por ser muy penosa, es abandonada. El griego, prefiriendo hacer uso de su espíritu á hacerlo

de sus brazos, muestra predilección por el comercio, para el cual tiene, además, una gran aptitud. A más de comerciantes, la Grecia actual produce banqueros, que no dejan de recordar las buenas cualidades y los defectos de los banqueros israelitas; produce marinos, abogados, y sobre todo políticos. El placer supremo de este pueblo sobrio, se ha dicho, es hablar de política alrededor de un vaso de agua, «desde las nueve de la noche hasta las tres de la mañana». El griego es el más sobrio de los meridionales; bebe mucho, pero bebe agua; el alimento de un labrador inglés, dice About, bastaría en Grecia para una familia de seis personas. Los antiguos nos mostraban ya al ateniense, que se contentaba con una cabeza de pescado, una cebolla, algunas aceitunas. Esta moderación en la manera de vivir subsiste todavía hoy y constituye una de las buenas cualidades de esta nación, temperante y frugal por necesidad tanto como por hábito. Por la castidad, lo mismo que por la sobriedad, el griego va á la cabeza de los demás europeos. La natalidad ilegítima es muy pequeña en Grecia, 12 por 1.000, y en los campos casi cero. La opinión, por lo demás, es muy severa en este respecto: se impone al seductor el matrimonio, so pena de muerte (1). No se bromea con el amor.

La sensibilidad griega, como la de todos los meridionales, es eminentemente irritable: los rencores son eternos, la *vendetta* terrible. En este respecto se parecen griegos, sicilianos, napolitanos, corsos y españoles. Este es, quizá, también un carácter de la raza ibero-ligur. El humor del griego no es por eso menos alegre; le gustan los placeres fáciles y que se logran sin esfuerzo, el dulce trascurso de las horas ligeras. A un viajero que le preguntaba el por qué de sus ocupaciones, respondió un grie-

---

(1) La natalidad, en general, es elevada, aunque inferior á la de Rusia y Alemania. La mortalidad es pequeña, 20 por 1.000. Sólo los países escandinavos ofrecen cifras tan favorables.

go: el tiempo pasa (1). El heleno es apasionado por la música, el baile y las fiestas. Sus rapsodas errantes son todavía numerosos. Sus canciones populares se cantan con un ritmo monótono y melancólico, pero la melancolía no está casi más que en la música. Al heleno le gusta la representación, la gloria; pero ha conservado el sentimiento igualitario de las repúblicas. Los títulos de nobleza no han podido implantarse en Grecia: trascienden á orgullo y lo que el griego tiene es simplemente vanidad. Y esta vanidad es demasiado universal para crear diferencias sociales.

El elemento pelasgo-ibérico, mezclado con el elemento eslavo en países esclavizados largo tiempo, engendra fácilmente caracteres concentrados en sí, desconfiados con los demás, sobre todo con los extranjeros, poco comunicativos, bajo apariencias de franqueza y que prefieren las líneas tortuosas á la línea recta. El *groeculus* fué en todos los tiempos acusado de poner su sutileza al servicio de las intrigas.

La sociabilidad de la raza es siempre la misma: el griego es cortés, hospitalario; es expresivo, pero no se franquea. De todos los pueblos charlatanes y amables, se ha dicho, este es «el que se descubre menos al extranjero que pasa». Como el italiano, el heleno se embriaga con su propia elocuencia, pero no se entusiasma fácilmente, como tampoco el italiano. Tiene una flema expresiva y locuaz, si se quiere dar el nombre de flema á esa gracia que posee, á esa razón lúcida á la cual no calienta el calor de las palabras. Los cruzados de 1204 «prud'hommes et droicturiers», no pudieron vivir en buena inteligencia con los bizantinos. «Eran, sin embargo, razas de igual talento y con puntos comunes. Pero están separadas, dice M. Deschamps, por diferencias fundamentales que se borrarán con dificultad». En las *Crónicas de Morea* los compatriotas

(1) M. Gaston Deschamps, *La Grèce d'anjourd' hui.*

de Villehardouin, príncipe de Acaya, se quejan de la excesiva sutileza del pueblo demasiado ingenioso que han conquistado. El griego moderno tiene siempre el espíritu dispuesto, previsor, «inagotable en astucias», que Atenea admiraba en Ulises.

Lo que se alaba más, y con razón, son las cualidades intelectuales de los griegos modernos. Hay que hacer aquí distinciones necesarias. El hecho de que entre ellos todas las gentes cultas comprendan el francés y el inglés no prueba por sí solo más que una fácil asimilación de las lenguas, que se encuentra todavía en más alto grado en los eslavos. La vivacidad intelectual, común á los eslavos y á los meridionales, no es, pues, tampoco una prueba suficiente de superioridad. Pero, sea identidad parcial de raza, sea más bien efecto de la educación y de la tradición sociales, el griego moderno, como el antiguo, es eminentemente curioso; además le gusta la discusión, y en ella se muestra sutil y agudo. Su imaginación, como la de los antiguos griegos, es viva y coloreada; es gracioso, tiene facilidad de palabra y facundia. Nace ya abogado, como el circasiano nace soldado. Edmundo About, que era conocedor de esto, encontraba en los griegos más talento que en ningún otro pueblo del mundo: no hay, dice, «trabajo intelectual de que no sean capaces». Los obreros, en algunos meses, aprenden un oficio difícil. Taine, á su vez, nos muestra á una aldea entera, con el cura á la cabeza, preguntando y escuchando con curiosidad á unos viajeros, rasgos todos que recuerdan á nuestros antepasados gálatas como á los suyos griegos.

Un pueblo tan intelectual no podía dejar de abrirse con interés á la instrucción moderna. ¿Cómo no admirar esa sed de instruirse, tan difundida en Grecia, esos aldeanos que, á pesar de su pobreza, fundan escuelas y hasta tienen «clases al aire libre»; esos estudiantes que para cubrir sus necesidades durante sus estudios ejercen un oficio—con la salvedad de rechazar más adelante toda

ocupación «no liberal»—; la iniciativa privada y las ciudades consagrando sumas considerables á fundaciones para la instrucción pública, para las sociedades científicas, los Museos, las Bibliotecas, las Universidades?

En 1832, Grecia no tenía más que 75 escuelas primarias elementales, 18 escuelas primarias superiores y tres colegios. En 1892 contaba ya 2.400 escuelas elementales, ó profesionales, 80 escuelas privadas, 300 escuelas primarias superiores, cinco escuelas eclesiásticas, cinco escuelas normales, cinco escuelas náuticas, una escuela superior para muchachas, 35 colegios, una escuela politécnica y, por último, una Universidad, con alumnos, que vienen de todas las playas del mar Egeo. El 86 por 100 de los hombres y el 23 por 100 de las mujeres saben leer. En 1832, no había más imprentas griegas que las de Constantinopla, Corfú y Zante. En el año 1878, Grecia contaba 104 imprentas y 80 librerías, y había publicado 1.479 libros de 1807 á 1877. Este dichoso país posee ahora más de 50 periódicos y cerca de 30 revistas. La lengua francesa se enseña en todas partes, al mismo tiempo que el griego clásico. Nuestro espíritu, nuestra literatura, nuestras artes, nuestra educación, están más en armonía con el genio griego que las de otros países.

Ahora bien; ¿no hay sombras en el cuadro? Se tacha á esta educación de ser un poco superficial, que busca «el bien parecer», y el exterior de la ciencia más bien que la ciencia sólida y los conocimientos positivos. Aquí se ve también la tradición helénica. Se critica sobre todo á esta educación generalizada por no estar en relación con las necesidades reales del país y por excitar en los espíritus ambiciones imposibles de satisfacer. Este mal universal es más sensible en Grecia que en otras partes, porque está favorecido por el carácter mismo de la nación y es más peligroso porque una nación pobre necesita más trabajadores que oradores. En el año de 1876, de 2.634 estudiantes que llenaban la Universidad de Atenas, la

mitad próximamente, 1.281, seguían los estudios de Derecho, 867 los de Medicina. Atenas es una gran fábrica de abogados inútiles ó perjudiciales. Un cierto número de estudiantes de Medicina van á completar sus estudios á París ó á Viena; después de lo cual no quieren enterrarse en una aldea, aunque fuese en las faldas sagradas del Pindo ó del Parnaso (1).

Capo de Istria, político previsor, temía la extensión demasiado repentina y demasiado completa de los conocimientos modernos, y, sobre todo, de la instrucción literaria, en un pueblo arruinado, en que la agricultura y la industria carecen de brazos y en que la retórica siempre estuvo demasiado en boga (2). Preveía el impulso hacia las carreras liberales y el abandono de las artes; se oponía á la creación de un número demasiado grande de establecimientos de instrucción secundaria; quería multiplicar las escuelas prácticas y profesionales; quería que la nueva Grecia viviese antes de filosofar. Todos saben cómo algunos fanáticos condenaron á muerte á aquel «enemigo de la libertad y del progreso». Hoy, todos los griegos ilustrados que se preocupan del porvenir, nos señalan las dos plagas sociológicas que padece Grecia: extensión del funcionarismo y aumento del ejército de las gentes que no ocupan en la sociedad el lugar que deben. Todo griego, ó poco menos, dice M. Nocolas Politis, cree que la principal misión del gobierno es darle un «destino» á él, ó á un miembro de su familia. Hay una serie de funcionarios afiliados en cada partido: los de la oposición

---

(1) V. en la *Revue des Deux Mondes* del 1.° de Marzo 1887, el estudio de M. Emilio Burnouf.

(2) La agricultura en Grecia ha permanecido rudimentaria, así como la industria. Es inútil que tengan grandes bosques en las montañas; no saben explotarlos, y hacen traer las maderas para construir de Austria, de Prusia, de Italia, de Alemania. Además, los pastores griegos tienen la costumbre de incendiar los bosques para llevar allí sus rebaños. «El gobierno asiste impasible al incendio de los bosques.» (V. M. N. Politis, *Revue de Sociologie*, 1894.)

esperan la caída del ministerio para ocupar los destinos de sus rivales; cada partido tiene un estado mayor, y desde su advenimiento al poder, todo su personal queda colocado, «desde el primer gobernador al último maestro de escuela». Durante este tiempo, ¿qué hacen los de la oposición? ¿Cómo viven? Vegetan en la miseria y, sin profesión ninguna, se ganan la vida como pueden, esperando la caída del ministerio y el triunfo de la antistrofa sobre la estrofa. M. Politis nos refiere que algunos dignos compatriotas del prudente Ulises, se cuidan de tener en su propia familia miembros que están en el partido enemigo al suyo, de modo que, por un lado ó por otro, haya siempre un *destino* en la familia. En cuanto á los que ocupan el lugar que no deben son, en su mayoría, jóvenes instruídos que creerían desmerecer continuando la profesión de sus padres, más ó menos manual y «servil». En Grecia, como en todas partes, se hacen políticos, lo cual está conforme con la tradición ateniense, ó periodista, profesión que también tuvo en Atenas el mayor éxito, ó bien socialistas, lo cual es propio para el ejercicio de la dialéctica. M. Politis nos refiere que gran número de ellos van á parar á los Tribunales, se escapan de la prisión y se hacen bandidos, pues el bandolerismo no es otra cosa que la forma adoptada en Oriente por la anarquía. Verdad es que estas cuadrillas de bandidos, lejos de ser anárquicas, están muy bien organizadas y forman «pequeños estados dentro del Estado». Envían «circulares», levantan impuestos en forma de rescate, designan ministros plenipotenciarios, que envían al gobierno «para pedir grandes sumas», hasta que el gobierno, cansado de pagar, los presenta batalla finalmente. Hace algunos años, cerca de Lamia, se vió al famoso capitán de cuadrilla Papakyritzopoulos, antiguo alumno de la escuela preparatoria de suboficiales, hacer prisioneros, por una feliz elección, al mismo fiscal y al juez de instrucción, y después intimar al gobierno la orden de retirar las tropas, con amenaza, en

caso de negativa, de matar á los prisioneros. El gobierno, sacrificando á los dos magistrados, se decidió á perseguir á los bandidos y á darlos batalla. Recientemente, inquieto por el número de abogados sin causas y de médicos sin clientes que discuten en Atenas y en otras partes, el gobierno griego ha establecido derechos de inscripción para los estudiantes de la Universidad, con objeto de librar á Grecia de cierto número de dialécticos ó de políticos, medida cuya prudencia nunca se alabará bastante. Apenas emancipado de la dominación turca y sin previo aprendizaje, el griego moderno ha recibido de una vez todas las libertades que en nuestros días puede tener un ciudadano: libertad política, sufragio universal, instrucción pública, libertad de prensa; muchos griegos prudentes encuentran que un arma es sólo buena para el que sabe manejarla. Hay que convenir en que las libertades modernas son particularmente peligrosas en un país que tiene todas las miserias con todas las ambiciones. La Grecia carece absolutamente de capitales, lo cual no impide que sus retóricos socialistas den conferencias públicas sobre la «tiranía del capital», tesis que Gorgias sentiría no haber conocido. En nuestros días, como en otro tiempo, la política y los políticos son los que han perdido á Grecia. Si prestáis atención á los que han seguido de cerca las cuestiones de este país, os dirán que la autoridad, en lugar de ser considerada como el guardián del orden público, se ha convertido en un instrumento al servicio de los partidos; que para la administración sólo una clase de ciudadanos merece protección y solicitud, á saber: la de los partidarios del gobierno; todo ciudadano que no está afiliado á la «bandera gubernamental» es considerado como un «enemigo». Se añade que, como la administración lo es todo, los diputados sólo se cuidan de una cosa: de mantenerse en buenas relaciones con ella. Nombrados principalmente para gestionar los negocios de sus electores, sostienen á los ministros que les ayudan á ello.

Cuando nos pintan el cuadro de la ingerencia de los diputados en el nombramiento de los funcionarios, elegidos por el favor, convertidos en agentes políticos y encargados de la defensa de intereses individuales; cuando nos muestran esta ingerencia, extendida á la distribución de la justicia, en virtud del derecho que tiene el gobierno á trasladar y ascender á los magistrados; cuando, por último, nos describen la intromisión de los diputados en las cosas del ejército, el desorden de la política produciendo la desorganización de los diferentes servicios, la indisciplina y el favoritismo; los diputados distribuyendo exenciones y dispensas, hasta asegurando la impunidad á los desertores y á los rebeldes; el derecho concedido á todo oficial á presentarse en las elecciones, la política, finalmente, presidiendo la formación de los estados mayores, la política, poniendo sus favoritos á la cabeza de los ejércitos, se comprenden los desastres que ha sufrido Grecia y se vislumbra los que esperarían, en cualquier país, á los imitadores de este régimen social.

Uno de los más hermosos rasgos del carácter griego es el amor apasionado por la libertad y la independencia: todos saben á qué heroísmo se ha elevado esta pasión y en esto también se reconoce á los dignos hijos de los griegos. Descendientes ó no de los antiguos helenos por la sangre, se ha dicho que lo son desde el punto de vista moral; formados por el mismo medio, herederos de sus tradiciones y de su lengua, pueden, como Italia, ser llamados un día á un verdadero «risorgimento», si se juzga por su admirable desarrollo en los pocos años que hace que se emanciparon. Su error es haber querido ir demasiado de prisa y, lo que es más, ir solos, sin el concurso de Europa. Esto era olvidar que la política internacional, hoy más que nunca, está sometida á condiciones de solidaridad. Era olvidar también que, en nuestro vasto mundo moderno, que le debe sus ciencias y sus artes, la Grecia se

ha hecho demasiado pequeña materialmente. Ya exigua en otro tiempo, lo es ahora todavía más con relación á nuestra civilización actual; aun cuando estuviese habitada por la más pura raza helénica, tendría mucha dificultad en recuperar su antigua gloria. Además no tiene ya la situación privilegiada que la hizo aprovecharse á la vez de Europa, de Asia, de Africa; el eje de la civilización ha cambiado de lugar. Finalmente, las condiciones de la guerra moderna han disminuído, en favor del número, del armamento y de la táctica, la importancia de las fronteras y defensas naturales. El Olimpo y las Termópilas ya no son infranqueables; la Grecia no es ya la «trampa de tres fondos» de que habla Michelet; por donde vinieron á perderse las hordas persas, los batallones turcos, armados y mandados á la alemana, pueden pasar muy bien. La población que los siglos han dejado á Hélada es insuficiente: dos millones de habitantes próximamente. La sociología en acción de los tiempos modernos opera en una escala más vasta, con mayor «volumen» y mayor «densidad» de población.

La política da muchas vueltas y los pueblos que quieren vivir tienen muchos recursos. Si las circunstancias la vuelven á ser favorables, si sabe recogerse, fortalecerse y esperar, Grecia podrá un día, como se lo han predicho más de una vez, recuperar la preponderancia marítima en el Mediterráneo oriental. Los que tienen confianza en sus destinos—y nosotros nos contamos en ese número—nos muestran los motivos de consuelo que les quedan en sus desgracias, el lado generoso de sus más locas empresas, el ardor de su impulso nacional, la movilización verificada con rapidez, 70.000 hombres reunidos en poco tiempo, los reservistas contestando todos á los llamamientos, sin que nadie elevase la voz para quejarse, á pesar de una interrupción de seis meses en los negocios y en la administración de justicia; el país dando sin tasa y consintiendo en todos los sacrificios de hombres y de dinero

que le pide el gobierno: ¿no hay en esto pruebas de las más preciosas cualidades de abnegación? El ardiente patriotismo de este pueblo demasiado pequeño, la profunda unidad de los espíritus, la estrecha fraternidad que une á los griegos con los otros griegos que residen en la Turquía de Europa ó de Asia, la «vida nacional» que viven con ellos «aparte del gobierno», la persuasión en que están de formar una familia única, el orgullo de su antigua gloria, que es su verdadero vínculo, la completa confianza que tienen en los destinos de su «raza», todos estos caracteres muestran la importancia y la fuerza de las tradiciones del orden moral y social, que unen realmente los espíritus y hacen de ellos una misma alma, á pesar de la intrincada mezcla de elementos étnicos que han podido constituir el cuerpo de la nación. Si es así, los psicólogos y los sociólogos pueden todavía esperar mucho, á pesar de sus reservas, de un pueblo que ha conservado con el indomable recuerdo, la indomable esperanza.

LIBRO II

El carácter italiano.

CAPÍTULO PRIMERO

EL PUEBLO ROMANO

I

RAZAS, TEMPERAMENTO Y CARÁCTER DE LOS LATINOS

Antes de las inmigraciones de la raza rubia, llamada aria, la península italiana estaba ocupada por pueblos probablemente bereberes. Los bereberes antiguos eran de raza blanca, análogos á los libios y á los kabilas, diseminados en una gran parte del litoral del Mediterráneo. Era esta la raza mediterránea morena, de cráneo alargado; los etruscos mismos parecen haber pertenecido á este tipo.

Los latinos, propiamente dichos, parecían de origen ario, ó si se quiere, septentrional. Una primera rama escandinava se separó del tronco común, y llenó el Norte, incluso la Galia; la segunda, que debía poblar los países del Sur y del Oeste de Europa, estaba compuesta de las naciones que, en la antigüedad, se conocían con los nombres de tracios, ilirios y ligures. La raza de los helenos se dirigió hacia el Sudeste. Dos ó trescientos años más tarde, los italiotas se posesionaron de la península italiana, en la cual se separaron en dos ramas distintas, latinos y umbríos. Más tarde, por último, vinieron á Italia los ga-

los y los celtas, que ocuparon el Norte y formaron los celto-ligures; este es el elemento impropiamente llamado celto-eslavo, de cráneo ancho. Numerosos mediterráneos morenos, de cráneo largo, habían ocupado las costas y el Sur. El conjunto está hoy mezclado con un resto de las invasiones septentrionales dólico-rubias que disminuye cada vez más. El elemento rubio, que existía en otro tiempo en proporción bastante grande entre los romanos, al lado del elemento céltico y del elemento mediterráneo, se ha ido eliminando á través de los siglos: ya no es más que 2 por 100 (Beddoe); allí, como en otras partes, la aristocracia se ha absorbido poco á poco en las masas, más bien morenas y de cabeza ancha, que tenían, sin duda, una constitución más apropiada al clima meridional.

En Italia, el índice cefálico medio es de 0,83. Es decir, que en su conjunto, la nación es braquicéfala. En los valles Alpinos, como Aosta, en que el elemento celta se conserva en estado de pureza, el índice llega á 89,1, lo cual supone un cráneo muy ancho. En Roma son subbraquicéfalos (0,80), mientras que en Sicilia, el cráneo se alarga (0,78 á 79). En suma: si la Italia actual es romana por las tradiciones, apenas lo es por las razas (1).

Agreguemos que en Italia los genios y los talentos parecen más numerosos donde dominan la raza etrusca y la raza griega (Mantua, Módena, Luca, la Toscana, Catania, etc.); son inferiores donde predomina la raza céltica.

La fusión de razas tan diversas, desde la antigüedad, parece haber contribuído á producir el espíritu asimila-

---

(1) En la Italia del Norte dominan los braquicéfalos, sobre todo en los campos: Milán tiene de índice 83,8; sus alrededores, 84,3; Florencia, 81,7; sus alrededores, 83,1 (*Anthropometrie militaire*, Roma, 1896). La Italia del Sur, dolicocéfala morena, presenta entre las ciudades y los campos un fenómeno inverso: los campos son un poco más dolicocéfalos que las ciudades. Messina, 79,8; su provincia, 78,8; Bari, 82,4; su provincia, 80,7.

dor y equilibrado de los romanos. Además, la posesión de Roma hizo de sus habitantes un pueblo agricultor al mismo tiempo que militar. Este último carácter dependía, sobre todo, según M. Bovio y M. Puglia, de un factor psicológico de gran importancia: «Un natural violento que no se puede negar, ya se admita la leyenda que atribuye la formación de la ciudad á malhechores, ya la que la atribuye á pueblos errantes.» La violencia romana suponía, en nuestra opinión, el predominio del temperamento bilioso y colérico, que va acompañado de una voluntad tan enérgica como tenaz, sucesivamente contenida y desencadenada. Esta voluntad, á la vez impulsiva y dueña de sí misma, fué la verdadera característica de los romanos y lo que constituyó su fuerza.

Una de las leyes de la sociología es que en un pueblo de agricultores, las relaciones sociales son más sencillas que en otro de comerciantes; las costumbres parecen participar de la estabilidad y firmeza de la tierra en que el labrador emplea su esfuerzo; los límites mismos de los campos tienen una fijeza sagrada. En los pueblos de comerciantes, por el contrario, las ganancias y las pérdidas repentinas, con todas las alternativas que los negocios traen consigo, favorecen el espíritu de especulación más ó menos audaz, así como las innovaciones de toda especie. Los griegos fueron un ejemplo de ello; la vida agrícola tiene algo mucho más rígido y tradicional; testigo Roma. Añádase la natural economía del aldeano, su prudencia, su previsión, su perpetuo pensar en el día siguiente, su gran paciencia en espera de la lejana recolección. Si, por otra parte, un pueblo agrícola es al propio tiempo guerrero, resultará una mezcla original del espíritu militar con el conservador ó jurídico. Labradores, soldados, abogados, tales son los antiguos latinos, raza ordenada y regular, avara y ávida. Adquirir, cuando se tiene el genio belicoso, es conquistar. Michelet compara á los romanos con los normandos de la Edad Media, pueblo

agrícola, trapacero y conquistador que, como ellos mismos confiesan en sus crónicas, siempre querían *ganar*, y que han ganado, en efecto, la Inglaterra y las dos Sicilias. Pero, á pesar de las semejanzas, distinto es el aventurero y fogoso normando, del prudente y tenaz romano. Unas veces encorvado sobre el arado, otras armado con la lanza, el romano trabaja constantemente; no pelea, como el galo ó el nomando, por el placer de la guerra y por buscar lejanas aventuras: la batalla es para él tarea aún más penosa que la lucha con un suelo ingrato. El pueblo romano, dice Lucilio, ha sido vencido en numerosos combates; en una guerra, jamás: y estas palabras lo dicen todo. Los romanos, en efecto, fueron casi siempre derrotados en su primer encuentro con un nuevo enemigo (galos, Pirro, Jantipo, Aníbal, cimbros), y han vencido menos por el genio militar que por el político, la obstinación, disciplina, fría perseverancia, prudente firmeza, el cálculo y las combinaciones lentas, la regularidad de los esfuerzos dirigidos á un fin inmutable, conquistar la tierra. ¿No habían hallado, al cavar los cimientos del Capitolio, una cabeza humana, y los adivinos, á quienes se consultó, no respondieron: «aquí estará la cabeza del mundo?» Tenían fe en sus destinos, la tenían en sí mismos; cuando Aníbal estaba á las puertas de Roma se presentó comprador para el sitio en que acampaba.

La gran virtud intelectual de los romanos fué el sentimiento profundo de lo general en lo particular, virtud que debía hacerles el pueblo organizador y legislador por excelencia; su gran virtud moral y social, paralela á la anterior, fué la abnegación y sacrificio completo del individuo al cuerpo social; el clan, la *gens*, constituía un cuerpo del cual los individuos eran tan sólo miembros (1). De aquí derivaron, ya el vigor de su unidad política, ya la

(1) V. Vitali, *Elementi etnici e storici del carattere degli Italiani. (Rivista italiana di Sociologia,* anno II, fase VI).

creciente universalidad de su dominación. En otros términos, si la fuerza viril *(virtus)* fué la primera cualidad de Roma, la segunda fué el orden. Nunca pueblo alguno supo organizar mejor la fuerza. Su espíritu ordenador concilió la tradición con el progreso. Su destino fué trazar en el mundo y en todos sentidos caminos eternos. Roma ha conquistado la tierra por un desenvolvimiento regular y lento de su poder, hasta lograr que la sombra de la «gran loba» se proyectase sobre el universo. El romano amaba lo que á la vez es grandioso y está bien dispuesto, lo que obedece á reglas fijas. Adonde iba llevaba el orden y con «la severidad del orden», la seguridad de las personas, el sentimiento de la disciplina, el respeto á la autoridad, una especie de austeridad fundamental.

Los defectos del carácter romano son bien conocidos: rapacidad, egoísmo, dureza, astucia, perfidia. Sabidos son también los excesos del sentido positivo y práctico en este pueblo de labradores soldados. Para los italianos de la antigüedad, dice Vico, «hecho y verdad fueron siempre sinónimos». Eran utilitarios por esencia, y la misma virtud era á sus ojos la primera de las cosas provechosas: *omnium utilitatum ac virtutum rapacissimus.* Estos caracteres de la raza latina se hallan, en su mayor parte, en perfecto contraste con las cualidades y defectos de nuestros antepasados galos, tan bien descritos por César. Es, además, como veremos más adelante, por una inadvertencia extraña, por lo que sin cesar se nos habla de nuestra «sangre latina».

La lengua de los latinos primitivos era de la misma familia que el griego arcaico, y más aproximada al dialecto eólico; las tradiciones y los mitos eran también análogos; pero absorbiéndolo todo en Roma la vida agrícola y guerrera, no podían desenvolverse la poesía y la literatura, faltas del apoyo social que necesitan. La clase patricia, que marcó la ley en los primeros siglos, estaba ocupada en cosas bien distintas de las letras: guerras y

conquistas en el exterior, y lucha contra los plebeyos en el interior. Finalmente, existía en los romanos, como obstáculos á la poesía, un fondo de dureza y rigidez que no tenían los griegos, al menos los de Atenas, y que más bien hacía recordar á los espartanos. En tanto que el cultivo de las artes era para el griego un descanso, despreciaba el romano el *grœcum otium* y ponía frente á él la *occupatio fori*. En Grecia la education tenía por fin formar al hombre completo; en Roma, al soldado y al ciudadano. El educador romano no se preocupa del individuo, sino del Estado:

Moribus antiquis res stat romana virisque.

Fiestas y juegos tienen un carácter exclusivamente guerrero, no están dominados, como en Grecia, por la idea de lo bello. El medio exterior no favorecía en mayor grado el desarrollo de la imaginación poética. ¿Cuál fué la cuna de la grandeza romana? Un país ingrato, pobre, malsano, desolado regularmente por el hambre y la peste, donde era necesario, dice Catón el viejo, labrar guijarros. La vista de naturaleza tal no recordaba más que el trabajo y no excitaba entusiasmo alguno: la guerra misma, labor aún más pesada, no tenía poesía. La ley era dura y fuerte. Tampoco los jóvenes tenían á las Musas por educadoras. «En nuestra infancia, dice Cicerón, como único poema necesario, *carmen necessarium*, aprendíamos la ley de las Doce Tablas».

La lengua latina, menos rica y flexible que la griega, tiene formas más fijas, contornos más rígidos. Contraria á todo lo que es arbitrario y confuso, se complace en lo regulado y normal, somete todo á leyes invariables. Sus cualidades dominantes son la fuerza y energía en los vocablos, al mismo tiempo que su disposición armónica, su equilibrio, inteligente distribución, y ordenación bella. Cuando el pensamiento lo exige, la lengua adquiere rapidez y fuerza vibrante, pero su movimiento general es más bien de una lentitud regular; los períodos redondeados se suceden en buen orden, como los soldados en la

legión. La solemnidad romana se manifiesta en la lengua misma. Se ha notado que el epígrafe fué una de las formas preferidas del pensamiento latino; concisión, fuerza, majestad, tales son sus caracteres, que expresan de modo excelente el genio á la vez militar y jurídico de Roma.

En este pueblo rudo y positivo debía dominar en todas épocas el lado sensual y material del arte. En las representaciones teatrales seducía al pueblo la música y principalmente la mímica. Livio Andrónico, que representaba sus mismas tragedias, perdida la voz, hizo que dijera las palabras un esclavo y se limitó á hacer los gestos: esto último era lo único que importaba. A las comedias y tragedias, el romano prefirió siempre las danzas de osos y saltimbanquis, el desfile de los grandes triunfos, en fin, y principalmente, el realismo de los combates de gladiadores; entonces brotaban á su vista oleadas de verdadera sangre. El triunfo y el circo fueron los espectáculos de Roma, arte dramático en acción, llevado hasta la identidad con la vida, y, sobre todo, con la muerte.

Cuando el triunfo faltaba, tenían las saturnales, de las que ha venido más tarde el carnaval.

Si no podía haber inventiva ni aliento en la poesía romana, en cambio la energía del romano, su patriotismo, la gravedad de sus costumbres, su sentido práctico, político y jurídico, hallaron en la prosa su natural expresión. Los géneros literarios que en Roma ofrecieron una verdadera originalidad fueron la elocuencia, y más tarde, en el género poético, la sátira. La elocuencia tiende á la acción, es arte aplicado á los hechos, la belleza de la forma para la utilidad del fin, y nada más romano. Quintiliano decía: «la Retórica es una virtud», y puede decirse al menos que era una virtud romana. En cuanto á la sátira, es un arma de ideas y palabras con la que se puede fustigar á las gentes, mejorar las costumbres, hacer que las ideas encarnen en los hechos. Sin esfuerzo son burlones los espíritus positivos y prosaicos: el romano

poseyó el genio de la fuerza y de la burla: «*Satira tota nostra est*».

Del mismo modo que la literatura, la filosofía latina fué importada de Grecia; pero no podía poseer ni la originalidad ni el ingenio sutil de los griegos. Durante seiscientos años se temió y despreció la filosofía. Los romanos tenían un espíritu demasiado terrestre para perderse en las especulaciones de los metafísicos; sólo doctrinas, como las de Epicuro y Lucrecio, convenían á su modo de ser, sobre todo el estoicismo, que deifica con la fuerza de la voluntad, el orgullo de la virtud.

II

LOS INFLUJOS SOCIOLÓGICOS ENTRE LOS ROMANOS

Las condiciones sociales de Grecia, en Atenas sobre todo, habían dejado enorme lugar, el principal á veces, á las individualidades, á los talentos de todas clases y á las ideas, de que fué tan pródiga aquella raza, particularmente bien dotada; en Roma no tenía la raza, como acabamos de ver, ni el mismo poder intelectual ni aquel genio artístico; pero las condiciones sociales, por la extensión enteramente nueva de su campo de acción, tuvieron en el espíritu latino un influjo maravilloso. En el imperio romano, principalmente, pueden encontrar los sociólogos la confirmación de una multitud de sus tesis, ya se trate del influjo ejercido por «el volumen, densidad y movilidad de las unidades sociales», ó del ejercido por «su heterogeneidad y su homogeneidad», por su complicación y unificación, ó también de los efectos debidos á la «imitación social» y á sus diversas formas, desde la costumbre hasta la moda.

El simple crecimiento del Estado romano respecto á la masa y la cantidad debía tener su resonancia psicoló-

gica. El *ciudadano* romano no fué primeramente más que el quírite; pero ¿qué no fué más tarde? ¡Cuántos hombres y de cuántas razas obtuvieron el derecho á pronunciar las palabras libertadoras: *civis romanus sum!* Poco á poco se comprendía que para ser ciudadano basta en el fondo ser hombre y que en muchos respectos esenciales los hombres pueden valer tanto unos como otros, mejor dicho, valen.

El romano debía acabar por pensar: *civis sum totius mundi*. Al derecho de «ciudad» y al de «clase», sustituye el derecho humano, el derecho universal. Ihering ha tenido razón al decir que Roma fué el campeón de la universalidad.

Los antropólogos, que todo lo atribuyen á la raza, y especialmente á la raza blanca, se lamentan de la rápida desaparición de los quírites primitivos y nos refieren que en tiempos de Cicerón, para un descendiente, y no de limpio linaje, de aquéllos, había diez latinos no puros y diez etruscos; que, en sucesivas naturalizaciones, la ciudad romana comprendió bretones, sirios, tracios y africanos, cuando los romanos de pura raza habían ya desaparecido. Es cierto que toda esta confusión de elementos produjo efectos disolventes en el gran cuerpo latino, pero fué principalmente porque estaban malamente fundidos, en grados de civilización muy diversos, y no porque los cráneos tuvieran una configuración ligeramente distinta. Por lo demás, el cráneo de los galos ó de los germanos tenía igual valor que el de los romanos, y todos estos elementos diferentes debían formar la Italia moderna.

Además de la mezcla de razas consideramos el número, la densidad y movilidad de los individuos que forman la nación. Para que el *número de unidades sociales* influya en las ideas sociales mismas, es preciso que los miembros numerosos de un mismo Estado influyan realmente unos sobre otros, y por consecuencia, dice Mr. Bouglé, que estén agrupados y no dispersos. La concentración es la

característica de las naciones modernas; lo que las dintingue, dice Von Mayr, no es su gran extensión, sino su fuerte *densidad*. Las ciudades son un agente de concentración, cuya importancia se ha puesto fuera de duda por los sociólogos. La *Urbs*, la Roma antigua, debía ser la ciudad adonde, de los cuatro puntos del horizonte, las masas de pueblos diversos venían para compenetrarse (1). Por otra parte, la movilidad de las unidades sociales da al espíritu social mismo un carácter, si no más ligero, al menos más abierto, más lato, menos hostil á lo nuevo, menos esclavo de las tradiciones locales y de las costumbres históricas. Da aire y luz al cerebro. El espíritu latino, con el engrandecimiento de la República y del Imperio, debía dar prueba de ello. Los romanos construyeron entre las más apartadas regiones del mundo anchas vías de comunicación, cuyos restos pueden verse aún desde las Sirtes, en Africa, hasta la Gran Bretaña ó el Eufrates (2). Al propio tiempo, se dejaba de permanecer recluído en la ciudad natal, se viajaba, trabando conocimientos en las tierras más lejanas y con las costumbres más nuevas. En cuanto al efecto psicológico de esta movilidad de lugares, es bien conocido: se opera por sí misma, en los espíritus, una separación entre lo mudable y lo permanente, entre lo particular y lo general, y se produce finalmente una especie de generación espontánea. El espíritu generalizador de los romanos debía manifestarse tanto mejor á la larga cuanto que tenían que relacionarse con los pueblos y los hombres más diversos, cuyas particularidades fué preciso descuidar para no mantener, desde el punto de vista de la administración y del derecho, más que los caracteres comunes de la humanidad.

De un extremo á otro del Imperio romano había, según

(1) Bouglé, *Des idées égalitaires*, pág. 162.

(2) Hemos admirado más de una vez en la Mortola, entre Menton y Vintimille, los restos de la gran vía romana que va por la orilla del mar.

las palabras de Montesquieu, una incesante circulación de hombres. Tenemos la idea, concluye Friedlaender, de que las gentes no viajaban entonces menos, y quizás viajaban más que en Europa en la época moderna, antes de la construccion de los caminos de hierro.

Los sociólogos que insisten, con tanta razón, sobre la importancia de la *movilidad social* y hacen ver en ella un aumento indirecto de densidad (1), nos muestran también por esto mismo un desarrollo de los puntos de contacto entre los hombres, es decir, entre las conciencias, los sentimientos y las ideas. La movilidad de lugares trae consigo la psicología, quiero decir, el movimiento de ideas y sus modificaciones incesantes.

La *complicación* creciente de la sociedad romana ejerció también su influjo en los espíritus, estableciendo entre los hombres relaciones cada vez más diferentes, á veces opuestas entre sí. En el seno de la gran colectividad se formaban grupos menos vastos, asociaciones ó «colegios» de todas clases. Era inútil que el Estado romano, con celoso rigor, defendiera su supremacía y sus derechos; no podía impedir que estas asociaciones se hicieran más y más numerosas y complejas. De aquí «un cambio en la estimación social», que debía variar las situaciones y atribuir finalmente el respeto de la casta al individuo. En Roma, nota Mr. Boissier, la primitiva jerarquía, fundada en la religión de la familia, debía caer el día en que un hijo, encargado de vigilar los intereses del Estado, imponiendo respeto á los ancianos, pudiera, rodeado de sus lictores, exigir la vida misma de su padre. Por idénticos motivos, pocas instituciones debían contribuir más á la mejora del esclavo que los colegios del Imperio. No solamente le permitían salir del hogar, donde estaba severamente encerrado, sino trasponer su posición ordinaria y, en caso de ser nombrado tesorero ó presidente, dominar,

(1) Bouglé, *Les idées égalitaires.*

por algunos instantes al menos, á hombres libres. «¿Cuánto no debía ganar en dignidad, dice Mr. Boissier, el esclavo que hubiera vestido, aun cuando sólo fuera por unas horas, la túnica del magistrado?» Del mismo modo, y posteriormente, según Fustel de Coulanges, al admitir la Iglesia cristiana en sus dignidades esclavos en las órdenes y nombrarlos pastores de hombres libres, trabajaba indirectamente por la igualdad de condiciones sociales (1).

No solamente el Imperio romano ofrecía en sus partes componentes una extremada complicación, sino que también presentaba, bajo respectos esenciales, una maravillosa *unificación*. Se ha dicho la última palabra sobre la centralización romana, acerca de aquella administración, á la vez firme y suave, que sujetaba á las mismas reglas de civilización á los bárbaros de los más distantes é ignorados territorios, de aquella justicia temible y acertada que pesaba en la misma balanza las acciones más diversas y á los hombres más distintos. Tal papel desempeñado por el romano no podía menos de desenvolver en él el sentido jurídico, que forma uno de los rasgos más notables de su carácter. Inflexible sobre las condiciones todas indispensables á la *paz romana*, que era también la paz social, el romano debía ceder y mostrarse tolerante para todo lo que no entraba en estas condiciones: las creencias particulares de los diversos pueblos, cambios de religión, costumbres, trajes y modas. Los pueblos podrían adorar á los dioses más diversos, siempre que coincidieran en un respeto igual á la ley romana y al emperador, personificación de la ley. Todos los historiadores y sociólogos jurisconsultos han notado la distancia que separa al antiguo Derecho romano del Derecho nuevo, ampliado por los edictos de los pretores. Pero el influjo de las ideas sociales no podía hacer desconocer en este punto el de las ideas y su fuerza. M. Bouglé mismo, tan desdeñoso para

(1) V. Bouglé, *Des idées égalitaires*, pág. 201.

las explicaciones «ideológicas», recuerda que el Derecho nuevo es un Derecho de principios filosóficos: «los autores de las Pandectas, como juristas estoicos, pretenden arreglar las leyes á exigencias de la razón; para educación de la humanidad inscriben las máximas igualitarias en el frontón del templo». Y si se exagera al representar, al fin del Imperio romano, á todo el pueblo penetrado de las nuevas ideas, «no habrá menor engaño creyendo que vivían ocultas en el cerebro de algunos jurisconsultos aislados». Son numerosos y de todas condiciones «los romanos que razonan y piden á la filosofía máximas de conducta». Sabido es que los estoicos reinaron con los emperadores, y con bastante brillantez para conmover la opinión. Epicteto, dice Orígenes, estaba en manos de todos. «Una escuela que reunía á un esclavo como Epicteto, amigo de Adriano, á un caballero como Musonio Rufo, á un consular cual Séneca, un emperador como Marco Aurelio, no podía menos de ejercer, tanto por el ejemplo como por la doctrina, un gran influjo igualitario (1). De hecho, dice Mr. Bouglé, en tanto que un Aristóteles, cediendo sin duda á la presión de su tiempo, no se atreve á asimilar los esclavos á los hombres, no una, sino veinte voces, se elevan, en tiempos del Imperio, para pedir que los esclavos sean tratados como hombres. Si la ley duda en emanciparlos, las clases superiores se enorgullecen de mejorar su condición, y las populares de sostenerlos. Cristianismo y estoicismo conspiran por el desenvolvimiento de las sociedades y emancipación de los individuos. En una palabra, á pesar de todas las supervivencias del espíritu de la ciudad antigua, al final del Imperio romano, el extranjero ha forzado las puertas del derecho, el esclavo va á abrirlas á su vez. El pensamiento ve claro que existe una humanidad» (2).—¿Se nota tan sólo en esto,

(1) V. Friedlaender, *Darstellungen*, III, pág. 674 á 676.
(2) V. Havet, *Le Christianisme et ses origines*, II, cap. XIV.

preguntaremos, el influjo de las formas sociales, ó más bien, dentro del cuadro mismo de estas formas, no se ven crecer y dibujarse las ideas sociales y las morales?

Por nuestra parte, concederemos por lo demás que para que la idea primeramente concebida por personalidades superiores llegue á hacerse colectiva y descienda á las masas, importa que las trasformaciones del medio la preparen el camino. La «universalidad» propia del Imperio romano hacía de él, por tanto, un terreno enteramente preparado para que florecieran las doctrinas estoica y cristiana, «designaba para siempre á Roma como sede consagrada de las ideas *católicas*».

Los sociólogos añaden aún, con razón, que si la extensión de las sociedades ayuda á la concepción de los derechos de humanidad, favorece al propio tiempo la de los *del individuo:* la aparición de este nuevo grupo, el más extenso de todos, y que forma el género humano, «quita á los grupos anteriores y más restringidos, en los cuales las personas corrían el riesgo de quedar como absorbidas, una parte de su autoridad; de igual modo que los hace menos exclusivos, los vuelve también menos opresores.» Según H. Denis, la moral antigua en tiempo de Alejandro había llegado ya á ser á la vez más universal y más *personal.* Según Burkhardt, el «descubrimiento de la idea de humanidad» debía coincidir, en el Renacimiento, con el desarrollo del sentido de la individualidad. «Cuando los conceptos sociales se ensanchan, dice Mr. Bouglé, la moralidad tiende á definirse, no ya como sumisión á las necesidades de una colectividad cualquiera, sino en busca de la perfección individual» (1). La recopilación de los *mœnia mundi* lleva á los hombres al respeto del foro interno: los fines últimos llegan á ser los fines íntimos.» El mismo aumento de la *cantidad social*, «que eleva por encima de todas las clasificaciones parciales á la humanidad, pone

(1) Bouglé, *Ibid.*, 115, 118.

en el centro de todas ellas al individuo» (1). A condición, añadiremos, de que en esta cantidad social exista una cierta *calidad* de hombres y de espíritus que sean capaces de concebir tales ó cuales *ideas*, para obrar en seguida conforme á ellas.

Se ha preguntado si Roma tuvo verdaderamente espíritu *nacional*, entendiendo por nación una personalidad consciente de sí, de su misma unidad, qne percibe su fuerza y la responsabilidad de ésta. Según M. Lavisse, el mundo no ha conocido nación alguna, propiamente dicha, antes de nuestros tiempos. Hay en esta afirmación, al parecer, alguna exageración. Los pequeños pueblos democráticos de Grecia eran ya, por la unidad de su espíritu y la claridad de su conciencia, pequeñas nacionalidades, cada una con su fisonomía psíquica. El pueblo romano, que tuvo que dilatarse hasta comprender germanos de razas distintas, tuvo también conciencia de su unidad, de su común voluntad, potente é invasora, de su carácter nacional. En todo caso, si el Imperio romano no fué verdaderamente una gran *nacionalidad*, fué el primer ejemplo de un grande *Estado*, es decir, de un poder político organizado y centralizado, á la vez uno en su organismo motor y vario en su punto de aplicación.

No existía, dice Eusebio, esta muchedumbre de jefes, príncipes, tiranos y gobernadores de pueblos; «el Imperio romano sólo se extendía sobre todos». Y el obispo de Cesarea hace notar que de este modo disponía el Imperio el mundo á la idea de la unidad de Dios. Lo preparaba á la vez, añade Mr. Bouglé, á la idea de la igualdad entre los hombres y de la unidad romana. Sin embargo, «la idea de igualdad no aparece entonces sino para eclipsarse en seguida, como debía bien pronto borrarse la unificación romana. La unidad de una sociedad tan extensa y heterogénea sólo podía ser superficial». Estaba en cierto modo

(1) *Ibid.*

promulgada más que aceptada, formulada más bien que establecida en la realidad. «El Imperio, dice Mr. Duruy (1), es sólo un gran cuerpo sin músculos y sin nervios, que se mantiene en pie por los únicos lazos con que le ha ligado la administración.» Los ciudadanos no cooperan suficientemente al gobierno, las partes de este conjunto inmenso no colaboran á su propia unidad. Diríamos sin esfuerzo, por nuestra parte, que el Imperio romano constituía un mecanismo gubernamental, no un *organismo contractual*, en el que la vida procede del consensus más ó menos consciente y voluntario de todas las unidades sociales.

Siendo la política á manera de alma del Estado romano, el espíritu político llegó á ser, como el jurídico, un elemento integrante de la inteligencia latina. Roma se igualaba al mundo, *fiebat orbis urbs*, y era bien necesario que el pensamiento romano se igualara al pensamiento humano, que Roma borrara las distinciones de raza, tiempos y lugares, para ver sólo lo que une á los hombres bajo unas mismas leyes de razón. La verdadera originalidad *intelectual* de los romanos estuvo en su doctrina del derecho. Una vez dueños del mundo establecieron en él el derecho concebido bajo una forma universal. Leibnitz ha podido comparar las respuestas de los jurisconsultos romanos á los enunciados de la geometría. Pero al mismo tiempo los romanos jamás pierden su sentido de la realidad, de las necesidades civiles ó políticas. La ley es verdaderamente para ellos «la utilidad» sometida á la regla universal de la «razón» y apoyada sobre la «fuerza». Su misión no es contemplar el ideal, sino trabajar la realidad, ya con la inflexible espada, ya con la rígida ley.

(1) *Histoire des Romains*, VI, p. 313.

III

LA RELIGIÓN ROMANA

Fustel de Coulanges ha insistido en el carácter religioso de la ciudad romana, lo mismo que en el de la griega; pero se ve obligado á reconocer finalmente que el carácter religioso estaba mucho más marcado en la ciudad ateniense. Acabamos de ver que la sociedad romana, por su masa y su extensión, ofrecía ya un tipo muy diferente de las ciudades griegas, y que además era eminentemente política. Las funciones políticas se separon en ella bien pronto de las religiosas, que quedaron subordinadas á aquéllas. «Gracias á esta preponderancia del principio político—dice Reiss en su *Derecho criminal de los romanos* (pág. 887)—, y al carácter político de la religión romana, el Estado no prestaba su apoyo á la religión, sino en tanto que los atentados contra ella dirigidos constituían para él un peligro indirecto. Las creencias religiosas de naciones extranjeras ó de extranjeros que vivieran dentro del Imperio eran toleradas si se encerraban en sus justos límites, y no tocaban demasiado cerca al Estado.» Además se ve en Roma definirse claramente los atentados contra la religión, circunscribirse, disminuir en número y aun también en gravedad. Lo que era crimen *inexpiable* en Atenas, se hace *capaz de redención* en Roma (por medio de un simple sacrificio ofrecido á los dioses): profanación de cualquier *locus sacer*, de cualquier *locus religiosus*, exposición de un cadáver á los rayos del sol, etcétera (1). Las razones sociológicas han desempeñado allí su papel, toda vez que la ciudad romana era sociológicamente más *moderna* que la griega.

En la religión de los romanos, como M. Puglia obser-

(1) Durkheim: *Division du trawail social*, pág. 175.

va con Mommsen, no es el sentimiento interior lo que prevalece, sino la forma exterior y social. El culto de las diversas divinidades no tiene el valor de un fin, sino el de un medio dirigido á fines políticos ó, por mejor decir, á miras terrenales. Por esto los romanos concedieron tanta tolerancia á todas las creencias religiosas, que dejaron penetrar en Roma, con los pueblos vencidos, á todos los dioses de estos pueblos; jamás tuvo lugar una guerra en el interior ni en el exterior por una causa puramente religiosa. No se preocuparon—dice M. Puglia—de la vida ulterior, sino principalmente de la presente, y la religión á su ojos tiene más valor para ésta que para aquélla. Este sentido de positivismo terrenal no podía dejar de introducir poco á poco la moral social en la religión, y más tarde la política. Los sacerdotes, y especialmente los pontífices, aprovecharon el temor inspirado por los dioses para fortalecer los deberes morales y sociales, en particular aquellos para los que la ley no ofrecía sanción suficiente. Así—dice Mommsen—, el que al labrar había traspuesto sus lindes, el que había hecho un robo nocturno en el campo, sufría, á más de la pena civil, la maldición de esta ó aquella divinidad particular. Otros crímenes que la ley no penaba, tales como la venta de una mujer ó de un hijo casado, las violencias contra un padre, la violación de la hospitalidad, llevaban consigo el anatema de los dioses. Además de esta utilidad moral y social, la religión tenía una alta importancia política y servía para dar carácter de solemnidad á los actos públicos más importantes: véase, por ejemplo, las formalidades de ritual en la declaración de guerra. La ventaja sociológica de una religión tan utilitaria era la falta de fanatismo; su desventaja social y moral, el ser infecunda para la vida del alma, impedir la libre manifestación del sentimiento y del pensamiento, y no alentar ni á la especulación, ni á la poesía, ni al arte. La religión griega se había desenvuelto en el sentido de la libertad bajo el influjo de la

más variada imaginación: los dioses de Grecia tienen movimiento y vida, su nacimiento, sus amores, alegrías y tristezas. Los romanos, por el contrario, no tienen individualidad; son signos de los seres y de las cosas, y tampoco tienen historia. Se ve hasta en la teología romana reinar el orden, la necesidad, una uniformidad inflexible. En vez de perseguir, como los griegos, un antropomorfismo cada vez más completo, que había de alcanzar su perfección en la cultura ática, el romano sólo ve en las divinidades abstracciones personificadas; así las deja nebulosas, sin sexo determinado, sin casamientos: *Sive Deo, sive Deæ, sive quo alio nomine te appellari volueris.*

Lo que caracteriza á la religión romana es la cantidad innumerable de ideas más ó menos abstractas, elevadas artificialmente al rango de seres superiores. Todo hombre tiene su *genius*, toda mujer su *Juno:* en cada circunstancia de la vida social, para cada operación agrícola, la misma apertura de los graneros, la provisión anual de granos *(Annona),* la carne sana del cuerpo humano *(Carnia),* todo tiene su divinidad. Cuando la moneda de plata es introducida en Roma, el viejo genio de la moneda de cobre, *Aesculanus*, tiene en seguida un hijo, *Argentinus.* El terror y la palidez en el combate, la paz, la libertad, la esperanza, la fortuna, la indulgencia, la clemencia, aun el César, son erigidos como divinidades y tienen altares. El culto, esto es, lo esencial de la religión, la doctrina, no tiene importancia; basta con un nombre siempre que vaya acompañado de ritos. La omisión de la práctica más insignificante quita su virtud al sacrificio: el ritual es inflexible, todo está regulado por los desvelos de la autoridad. La inspección del Gobierno se ejerce sobre el sacerdocio y sobre su jefe supremo. Es, por tanto, una perfecta religión del Estado. Júpiter el muy poderoso (en el sentido antiguo de *optimus)* y el muy grande no es ya el dios patriarcal de la luz y de la pureza: es sobre el Capitolio, la personificación divina del Estado conquistador,

simboliza la universalidad del Imperio romano. Solamente el pueblo judío tuvo para su dios la misma pretensión á la dominación universal, y de aquí, como ha hecho notar muy justamente Tiele, la lucha final que debía estallar entre ambas religiones. Sin este motivo de lucha fundamental hubiéranse acomodado la una á la otra, puesto que cualquier dios que no se alzara contra el Júpiter romano, era con gusto acogido en el Panteón. La frialdad del culto del Estado no podía satisfacer á las muchedumbres, que incesantemente tomaron á los cultos extraños, no sus mejores elementos, sino los más sensuales y groseros. Finalmente, bajo los Césares, esta religión había llegado á dos resultados importantes: primero á la deificación de los mismos emperadores, luego á la identificación de Júpiter en todos los dioses supremos de los demás pueblos. «Cada divinidad principal era realmente un Júpiter, y su culto, bajo sus diferentes formas, combinado con el de su encarnación visible sobre la tierra, el emperador, llegó á ser en adelante la religión universal del gran imperio universal (1). De esto al catolicismo, tan justamente llamado *romano*, no había más que un paso; el emperador fué simplemente reemplazado por el Papa. La fuerte organización y la unidad de la religión romana obtuvieron el gran resultado social de extender el cristianismo é imponerle en todas partes, del mismo modo que se había extendido la supremacía romana. Tras la majestad de la paz romana reinó la de la paz cristiana.

(1) Tiele: *Histoire des religions.*

CAPÍTULO II

EL CARÁCTER ITALIANO

I

INFLUJO DE LAS INVASIONES DE LOS BÁRBAROS Y DEL CATOLICISMO

No podía dejar con el tiempo de modificarse el carácter romano. Pasó por tres crisis principales: las invasiones de los bárbaros, que eran precisamente los germanos y sajones de entonces; el catolicismo, y últimamente las revoluciones italianas. Vinieron razas nuevas á mezclarse con las antiguas en la Península, y todos estos cruzamientos introdujeron poco á poco una falta de equilibrio en el antiguo espíritu de los romanos, tan uno y tan rígido. La cuestión no es saber si los elementos importados eran superiores ó inferiores desde el punto de vista étnico, eran otros, y en en el respecto de la civilización estaban entonces en inferioridad.

Con razón, en efecto, se ha llamado á Italia región ecuménica, «lugar de reunión secular de todas las razas humanas». Mr. Gebhardt ha mostrado en ella «el punto de paso de una eterna caravana». Galos, españoles, griegos, asiáticos, egipcios, judíos, germanos, bretones, africanos, godos, lombardos, bizantinos, en Rávena; eslavos, en Venecia; alemanes, normandos, angevinos, sarracenos, etc.; ¡buscad en esta mezcla confusa la «raza latina!» Lo que ha acabado por dominar en la Italia moderna en lo étnico no es el elemento latino, sino, como ya hemos visto, el celto-eslavo, de cráneo redondo en el Norte, con

numerosos mediterráneos de cráneo alargado en el Mediodía. De la «sangre» de los quirites no queda hoy casi nada; es, por tanto, el llamado elemento latino el que más falta á las razas que llevan el nombre «de latinas», trátese de los modernos italianos ó de los españoles ó franceses.

Tras de las modificaciones étnicas vino la revolución religiosa, bastante más importante que la fisiología de las razas.

Hemos visto en otro lugar anterior que la moral griega era intelectualista, hecha para sabios de pensamiento culto, para una elegida aristocracia; ahora bien: en tiempos de la decadencia romana eran las muchedumbres las encargadas de dirigir y conducir, y éstas hacían que predominara la acción sobre el elemento contemplativo, el instinto sobre la razón. Además la miseria iba creciendo, así como el sentimiento de esta miseria, al que se agregó bien pronto el del pecado y la corrupción interna. La filosofía griega no había descendido á las miserias físicas y morales que sufría la humanidad, ni tampoco se elevaba tampoco «hasta las ambiciones nuevas que realzaban el alma» (1). El cristianismo, por el contrario, nada desconoció de lo que hay más bajo y humilde en el mundo, ni de lo que existe más alto y sublime «en el cielo».

Contenía el cristianismo gérmenes fecundos de libertad espiritual. Al atribuir el supremo valor á la vida del espíritu, reducía las cosas terrenales á un valor inferior, rebajaba toda grandeza política ó social. Representando el alma del individuo de un valor infinito, digna de ser admitida por la muerte de un Dios, daba al individualismo un fundamento tal como nunca lo había tenido. Representando, por otra parte, la sociedad humana como un solo y mismo cuerpo cuyos miembros todos son hermanos, imagen anticipada de la sociedad celestial, daba

(1) E. Boutroux, *Questiones de morale et d'éducation*.

también á un cierto socialismo su base legítima moral y social.

La intolerancia que el cristianismo había de mostrar posteriormente, no dejaba de ser un progreso con respecto á la intolerancia antigua ó aun sobre aquella tolerancia que está tan próxima á la indiferencia. La esfera de la intolerancia cristiana es muy limitada, porque sólo se extiende á ciertas creencias fundamentales, y á más constituye un sistema de defensa, más que de ataque. Mr. Durckheim hace notar con este motivo que el sacrilegio, del que la blasfemia es sólo una variedad, y la herejía, bajo diferentes formas, son de aquí en adelante los únicos crímenes de religión, en oposición á los innumerables de la antigüedad. Aún más; la severidad en contra de ellos fué tardía: en el siglo IX el sacrilegio es todavía compensado por el pago de 30 libras de plata. En una Ordenanza de 1226 se ve por primera vez figurar la pena de muerte contra los herejes.

Desde sus principios, sectas opuestas y escuelas diferentes habían agitado, vivificado el cristianismo. La escolástica fué un primer esfuerzo de libre reflexión y raciocinio. Aunque limitados á una cierta esfera, «los derechos á discutir son reconocidos en principio» (1). Necesario es, pues, no desconocer los servicios prestados desde el principio por el cristianismo al libre pensamiento y á la misma filosofía. Hay en ello un ejemplo de la fuerza de las ideas, que nos muestra que las formas sociales no lo son todo, que el fondo moral, ó filosófico moral, ó filosófico, tiene todavía mayor importancia. Penetrará en adelante el cristianismo, con sus ideas y sus sentimientos fundamentales, en los diversos caracteres nacionales como una especie de elemento integrante, que tomará formas diversas, según el medio. Espiritualizará más ó menos los temperamentos todos de los pueblos.

---

(1) Durkheim, *La División du travail social*, pág. 177.

Trasportado al medio social de Roma, donde estableció su centro, el cristianismo debía también trasformarse, acomodándose al carácter romano y á la situación de Italia. Para las creencias religiosas, como para todo lo demás, el espíritu clásico y latino, herencia de Roma, había dejado su sello en el pueblo italiano y en todos los de cultura latina. Por carecer de misticismo la Italia moderna, lo mismo que la antigua, se libró de ser fanática. Su tendencia constante fué traer á la tierra el cielo evangélico é introducirle en el dominio del arte. Del alma italiana no podía esperarse mucho la fe germánica en el divino «misterio» de las cosas y de la vida: atiénese con más preferencia á los hechos, y con excesiva frecuencia, á la observación del ritual, que es á modo de parte legal del Código religioso. Pero la complicación de los ritos y de las prácticas no tuvo en menor grado un sentido profundo en la Italia moderna, que el que representaba para los antiguos romanos; era representación de los lazos sociales, de la unión del ciudadano con su país; era la religión, dice M. Barzellotti, «una función de la vida pública».

Por poderosa que haya sido la acción social del catolicismo, ¿podía trasformar radicalmente el espíritu de la nación italiana? Unos han acusado al Papado de defectos que se desarrollaron en el carácter italiano á través de la historia; otros han reprochado á éste los defectos mismos del Papado. La discusión se entablaba aún recientemente sobre este punto de psicología y de historia, entre M. Mariano y M. Barzellotti. Creemos, por nuestra parte, que hubo en este caso una reacción mutua, pero que es preciso atribuir principalmente al carácter y á las instituciones romanas la forma que tomó en Roma misma la religión de Cristo.

En España el catolicismo había de encontrarse frente al islamismo árabe; en Francia, con el maniqueísmo albigense ó la Reforma calvinista; en Alemania, con la Re-

forma luterana; ¿cómo hubiera podido rendirse y dormitar, como lo hizo en Italia? El ardor y valor de la fe se miden en parte por el número de herejías que suscita, porque cada una de ellas atestigua la importancia que se da á las ideas, el deseo de mejora que agita los espíritus; por el contrario, el estancamiento en las mismas creencias y en iguales prácticas exteriores, acusa el cambio de la fe viva por otra muerta; del esfuerzo moral por rutina mecánica. Lo mismo que las inteligencias, se templan las voluntades en las luchas religiosas y en las discusiones de creencias, porque entonces se ven obligadas á un gasto de energía, y éste se hace con la mira de un alto ideal. Lutero decía con razón: «Mi nombre arrebatará para siempre la paz de entre vosotros hasta que, ó hayáis consumado vuestra perdición, ó vuéltoos mejores». Francia ha tenido sus albigenses, Calvino y los hugonotes, Port-Royal y los jansenistas, los quietistas y aun los galicanos, todos animados de un pensamiento más ó menos elevado, animados todos por un espíritu de vivificadora libertad. Con frecuencia se ha hecho notar de qué modo en Alemania, en Inglaterra, en América, al contacto, y por la rivalidad con los protestantes, gana en nuestros días el viejo catolicismo. Desde su origen mismo, la lucha ha dado vida al cristianismo, en oposición á la indiferente multiplicidad del paganismo y á la rígida unidad de la religión judía.

No sin razón, pues, los mismos italianos ilustrados deploran la dictadura de las conciencias y la servidumbre uniforme de los espíritus que entre ellos ha producido el «catolicismo romano», heredero de la centralización del Imperio y de la religión del Estado romano.

¿Dónde están, en la historia del cristianismo, los místicos y los heréticos? La mayoría, entre los celtas y los germanos. ¿Dónde los doctores ortodoxos que sostienen la dominación y resoluciones de la Iglesia? La mayor parte, desde Anselmo de Aosta hasta Tomás de Aquino,

son italianos. Con este último renace el espíritu de toda la raza latina. Mantiénese á igual distancia del fanatismo escolástico y del misticismo, trata de conciliar la fe y la razón, lo natural y sobrenatural, intenta una síntesis armónica de todas las doctrinas y de todas las creencias, es, como el legislador romano de la teología y la filosofía.

Italia misma ha tenido, sin embargo, algunos heréticos y místicos; pero, en suma, los más moderados de todos, del mismo modo que sus filósofos fueron los más extraños á lo que los alemanes llaman trascendentalismo. Y lo que constituye la originalidad de los místicos italianos, está en que su aparente misticismo, no es sino un sentido más profundo de la humanidad y la naturaleza. ¿Meditó Francisco, sobre todo, los misterios divinos? ¿Se absorbió en los arcanos de la teología sublime? De ningún modo. Según él, Dios se revela en la humanidad y en la naturaleza entera; allí es necesario buscarle y amarle. La simpatía del santo poeta se extiende no sólo á sus hermanos y hermanas en la humanidad, sino también á sus hermanos los pajarillos, á sus hermanas las palomas, á los cuales predica el amor, el amor universal á Dios. Cuando entona el *Cántico de las criaturas*, cuando canta sus hermanas las estrellas y su hermano el sol, su misticismo se despliega en una especie de naturalismo. Nada sombrío, nada triste en sus doctrinas, creyendo volver al cristianismo primitivo, se mantenía en parte todavía en las concepciones primitivas de Grecia y Roma. Al propio tiempo, este dulce soñador tiene el sentido práctico y político de los romanos, realiza su reforma en la Iglesia misma y con ella; nada de herejía, sino un respeto escrupuloso á las tradiciones, ningún fanatismo á la española, ni dogmatismo escolástico á la alemana ó aun á la francesa, sino un cristianismo de artista, familiar con el hombre y con la naturaleza. Así el que había tenido por primeros maestros á los trovadores tendría por discípulos á los poetas,

quienes á su ejemplo escribirán en lengua «vulgar», y el primero, Dante: tendrá también por discípulos indirectos á pintores como Giotto, animados por su espíritu y su simpatía universal hacia hombres y cosas. ¿Y Catalina de Siena? ¿Han impedido sus éxtasis á la esposa del Señor, realizar las más difíciles misiones de política y diplomacia romana? ¿No es ella quien, durante la guerra que hacían á Gregorio XI güelfos y gibelinos unidos, mantiene en la obediencia las ciudades de Arezzo, Lucca y Siena? ¿Quién, enviada por los florentinos, negocia la paz con el Pontífice? ¿Ella, en fin, quien determina al Papa á abandonar Avignon y Francia para volver á Roma, á la patria verdadera del catolicismo? Los místicos latinos, y sobre todo los heréticos, jamás formaron una escuela demasiado numerosa, á menos que no llegaran á ser, como Arnoldo de Brescia, agitadores políticos. Después de haber anunciado la vuelta á la sencillez de la primitiva Iglesia, sueñan con restablecer en Roma el imperio universal, y tratan de realizar sus ensueños. Joaquín de Flora y Francisco de Asís quedan, pues, como «figuras aisladas». Los otros grandes creyentes de Italia, no solamente Arnoldo, sino Dante, Dolcino, Savonarola, no están animados por un espíritu exclusivamente religioso; tienen ideas patrióticas, sociales, humanitarias. El espíritu latino jamás se enardeció mucho tiempo por las abstracciones de la teología pura. Aun en el gran Bruno mismo, el panteísmo termina en un vasto naturalismo; la religión que él quiere fundar es la del pensamiento y la vida, y lejos de predicar, con el autor de la *Imitación*, el anatema de la naturaleza, sus *Eroici furori* son apoteosis de ésta; su entusiasmo, dice, es «*Un furore sensato*».

La Iglesia romana siempre fué menos un apostolado que un sistema de dominación. En Italia habría podido definirse el catolicismo romano como un cristianismo semi-paganizado. El humanismo latino quedó con profundas raíces en el genio italiano. Los Papas mismos del XVI,

en su amor á las letras y á las artes antiguas, estaban poseídos de él, tanto que la religión trabajó en el mismo sentido que las tradiciones de raza é historia, y materializaba el espíritu nacional. Los venecianos gustaban repetir: primero venecianos; luego cristianos. Machiavelo ha escrito en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio:* «Tenemos nosotros los italianos una primera deuda para con la Iglesia: la de haber llegado á ser irreligiosos y malvados; pero tenemos otra mayor aún, que explica nuesta misma ruina, y es que la Iglesia ha mantenido y mantiene aún á Italia desunida.» Una de las principales causas que, en efecto, impidieron la unidad de Italia y contribuyeron á sus divisiones políticas, y por lo mismo á la desmoralización de los caracteres, fué la situación cosmopolita del Papa. Por una parte, era el Papado romano una institución no menos política que espiritual, que además de poseer un poder temporal, ejercía en todas partes influjo del mismo género, y por otro, aunque romano de origen y de espíritu, no podía tener un fin nacional, sino cosmopolita. De aquí, en el seno mismo de Italia, una causa permanente de flaqueza, de conflictos interiores y conquistas extranjeras. Era inútil que el Papado tuviese su fundamento y su punto de apoyo en Roma, pues gravitaba necesariamente al exterior, y no pudiendo identificarse con los intereses civiles y políticos de Italia, rompía en ellos el equilibrio de las fuerzas nacionales, é introducía una especie de constante división contra sí misma. Es lo que M. Barzellotti, siguiendo á Maquiavelo y á Taine, nos parece haber demostrado.

Además, sin dar el imperio del mundo á Italia, y aun impidiéndola hacer su unidad y mandar en sí misma, el Papado fué también obstáculo para el progreso de la secularización intelectual de Italia, detuvo en ella el desarrollo del pensamiento moderno, que, en otras partes, debía conducir á la Reforma, luego á la libertad filosófica

y á la Revolución francesa. Educado por la Iglesia romana, el italiano tuvo siempre, como el romano antiguo, una indiferencia natural con respecto al fondo metafísico de las religiones. A causa de ella fué siempre tan grande en Italia la observancia de las prácticas externas; la negación franca y resuelta de una creencia implica una fe profunda en sentido negativo, el indiferente no se toma el cuidado de combatir ó negar, no quiere más que la propia tranquilidad. Este estado de incredulidad religiosa no excluía la credulidad en supersticiones: en el *Quattrocento*, los que negaban los milagros tenían fe en la astrología (1).

No pudo la Iglesia mantener el entusiasmo religioso, y aun impidió se produjeran todos los demás entusiasmos. Las amenazas de la Inquisición ejercieron sobre el alma de la Italia toda el mismo efecto que en la de Galileo, que abjuró al verse preso. El filósofo fué reducido al silencio, los conocimientos positivos pudieron sólo, y en límites estrechos, darse á conocer. De este modo, dice Barzellotti, desde el suplicio de Bruno y la prisión de Campanella, «no hemos tenido en Italia, á excepción de Vico, sino experimentalistas y hombres de escuela». Las ciencias morales han sido ahogadas por la atmósfera romana.

Terencio Mamiani mismo, que presidía el Gabinete del Papa Pío IX en 1848, escribía en Octubre de 1870: «El romanismo ha concluído por producir tres resultados deplorables: superstición en el pueblo bajo; indiferencia en las demás clases; falta de fe en la mayor parte de los pensadores y escritores». El barón Ricasoli escribía en Junio de 1871: «Temo que ya no exista la fe entre nosotros; que la religión no sea en Italia más que un cadáver». «Inútil, dice Luis Ferri, no ver en los hechos la sustitución de lo exterior á lo eterno, de lo *externo* á lo *eterno*

(1) Véanse los estudios de M. F. Gabotto, sobre la filosofía del Renacimiento en Italia. *Rivista di filosofía scientifica*, 1889.

en los actos y objetos del culto; no podía, allí donde se ha producido, permanecer sin armonizarse con las tendencias sensuales de nuestro pueblo». «Mantengo siempre con firmeza el pensamiento, dice á su vez M. Mariano, de que el mal profundo que aflige y aniquila á Italia, es el sueño en que se ha como petrificado en el verbo católico papal, forma enteramente externa y mecánica del cristianismo. Por esto se ha agotado la fuente de sus energías espirituales y morales. Sé bien que entre los italianos pensadores, muy pocos están dispuestos á convenir en este hecho, pero no es razón para que abandone mi convencimiento... El supremo y desastroso efecto del imperio absoluto y de la acción del catolicismo papal sobre el pueblo italiano, es haberle reducido al silencio, haber ahogado en él toda iniciativa, toda mira curiosa respecto á los problemas del mundo moral y á las cosas del espíritu.

M. Gebhardt ha hecho notar que si Italia se libró del fanatismo fué, en parte, á causa del terror religioso: el terror, como el fanatismo, «es útil para la perpetuidad é integridad de las religiones». No infundiéndole miedo Dios, Italia «le amó tiernamente en ocasiones», pero «se reservó el servirle muy libremente». Si San Francisco fué su gran apóstol, lo fué porque fundó su iglesia sobre la libertad como sobre el amor. M. Gebhardt declara haberle chocado siempre la poca seriedad que los pintores primitivos de la península han mostrado en las representaciones del infierno: el diablo, evidentemente, no inquietaba gran cosa á sus contemporáneos. M. Mariano observa que el italiano del Mediodía, supersticioso é idólatra á la vez, no es pagano á la manera del de Toscana. El hombre del Mediodía, el semisalvaje de Calabria, el pobre pescador del golfo de Tarento, aún ennoblecen su devoción pueril y sus creencias en un mundo sobrenatural de fantasmas con un resto de religión ciega, muy sincera, pero, en fin, con un elemento de cristianismo; en Toscana la

superstición popular se mezcla con una incredulidad fría, con «un positivismo burlón é impío» (1).

La lucha contra el poder temporal del Papa era legítima, puesto que este poder ha producido las consecuencias

(1) «Nos encontramos, dice respecto á esto M. Gebhardt, en el país de los antiguos cuentistas florentinos: burguesía, populacho, aldeanos, se mofan de las gentes de iglesia, que les parecen traficantes, vestidos completamente de negro, á quienes se pide, á cambio de dinero contante, el bautismo y la extremaunción, y que el sacerdote distribuye los sacramentos con la precipitación é indiferencia con que un comerciante despacha sus géneros. En Florencia, la catedral no se llena de fieles más que la misa del Sábado de Gloria. En el momento del *Gloria in excelsis*, el oficiante prende en el altar una mecha que corre á lo largo de un alambre é inflama al exterior en la plaza, llena de curiosos, un carro de fuegos artificiales, enorme, ridículo, cuyos petardos salpican chispas sobre la muchedumbre: tal es el *Aleluia* que el pueblo más delicado de toda Italia canta á su Dios resucitado. En Pisa he visto la catedral absolutamente vacía la mañana del Domingo de Ramos, mientras una capilla admirable salmodiaba el evangelio de la Pasión... La fe de las grandes almas, como la de los corazones sencillos, está bien extinguida en el país del Dante. En Nápoles, en los montes de la Calabria, en la antigua Magna Grecia hallaréis muchas señales de un paganismo ingenuo, paganismo de imágenes y vírgenes negras, que hace pensar en los bizantinos». En todas partes, por lo demás, en las regiones más civilizadas de Italia, en Toscana, Romaña, Lombardía, Venecia, Piamonte, en Roma, «desde que un régimen liberal ha dispensado á los italianos de un falso exterior de religiosidad política, el rasgo característico del catolicismo es la indiferencia. Bien querría hallar otra palabra, puesto que ésta tiene para nosotros los franceses un sentido filosófico demasiado preciso, en cuanto expresa una convicción racional, y por consiguiente sólo conviene á un número escogido de espíritus muy reflexivos. En Italia la indiferencia religiosa ha penetrado más profundamente que en Francia en la burguesía y el pueblo; es endémica y como inconsciente, pero no implica sentimiento alguno de hostilidad ó desdén con respecto á la Iglesia. En nada impide una práctica lánguida, distraída, por decirlo así, fragmentaria ó fortuita, del culto ó la disciplina sacramental. El italiano entra en la iglesia cuando tiene momentos de ocio, toma agua bendita, si tiene la pila al alcance de su mano, asiste á un trozo de misa y cree sinceramente cumplir con el buen Dios. Pero esta piedad superficial no es en nada efecto de una religión seria, ni repercute beneficiosamente en modo alguno en la vida moral del individuo. Tocamos aquí quizás el elemento interesante pagano del catolicismo italiano, la impotencia de la religión para reformar ó reglamentar las conciencias.»

que acabamos de examinar. Además, al reconquistar su unidad, Italia ha realizado una obra grande y gloriosa. Pero es justo añadir que si el papado ejerció influjos tan perjudiciales, realizó, sin embargo, una acción buena manteniendo en la burguesía y en el pueblo tradiciones de obediencia á la ley: á pesar de su decadencia durante el Renacimiento, en parte gracias á ella, ha podido más tarde la nación rehacerse y levantarse de nuevo. Hoy mismo, el papado podría todavía mucho para concluir este renacimiento. ¿Es falta del verdadero cristianismo, dice M. Garofalo, cristiano convencido, el que una gran parte de los ministros del culto católico concedan importancia sólo á los dogmas, misterios, milagros, ayunos y letanías? Según él, podría realizarse en las naciones neo-latinas una reforma que en nada imitara á la protestante (fundada en una evolución dogmática), que dejara, por el contrario, intactos los dogmas del catolicismo, pero que «cambiase las bases del sistema de enseñanza y predicación». Por desgracia, una reforma tal nos parece bien poco conciliable con la inmovilidad dogmática de la curia romana.

II

INFLUJO DEL RENACIMIENTO EN EL CARÁCTER ITALIANO

La prolongada desconfianza de los antiguos romanos con respecto á las artes les había impedido mostrar cuán artistas eran en el fondo, por el sentimiento mismo de la forma bien ordenada y de la belleza en la magnitud. Sin embargo, hay un arte en que ya se había manifestado su genio propio: la arquitectura. Cuando el espíritu griego hubo poco á poco suavizado y embellecido al latino, comunicándole por contacto el amor á lo bello, el pueblo legislador y organizador por excelencia, reveló nuevas aptitudes. Lo que el pueblo romano había primeramente

realizado con un fin práctico—hacer reinar en todos sitios el orden y la forma—, lo hizo más tarde con la sola mira de agradar, trasportó á las artes el mismo amor á la ordenación bella y á la armonía..

El genio neo-latino se personificó en un hombre que, lejos de representar á una raza «inferior á la anglo-sajona», es uno de los más hermosos tipos de la humanidad eterna. Filólogo y teólogo, Dante es gran creador porque es gran observador. Como Homero, ve las cosas por sus caracteres más significativos y en una palabra las hace surgir ante nuestra vista. Ya nos muestre á Sordello, que «mira como el león en reposo», ó á Beltrán de Born, sosteniendo su cabeza como una linterna y levantándola en lo alto de los brazos para «aproximar su palabra» á su interlocutor, ó los copos de nieve cayendo con calma sobre los Alpes, ó «las ranas que en una charca tienen la cabeza á flor de agua, escondiendo las patas y el resto del cuerpo», ó los estorninos que llegan en bandadas grandes y densas, las grullas que forman una larga hilera en los aires, la alondra que levanta el vuelo cantando y luego calla, contenta de la dulzura última que la llena de placer Dante es tan realista como idealista. A más, persigue en su poema, según confiesa, la moral práctica ó «ética». No hace el arte por el arte, es un luchador, pero ardiente y apasionado.

Desgracia es que este fervor por la moral debía concluir bien pronto entre los neo-latinos: su literatura quedó huérfana de altas ideas teológicas ó éticas. Hemos visto ya que la forma había tenido siempre entre los antiguos latinos una gran importancia: cuando el espíritu romano no era formalista, puede decirse que al menos era formal, La armonía exterior, imagen de la interna, ley visible á sus ojos, era lo que siempre había seducido al pueblo pacificador del mundo. Cuando llegó la época llamada Renacimiento, Roma, que no podía emplear su sentido de lo bello y de lo grandioso en la conquista y la organización,

se desentendió de los fines superiores y llegó al arte por el arte. Entonces, al antiguo ideal, juntamente moral y político, de la *virtus romana*, sucedió el ideal artístico de la *virtù*. M. Brunetière ha mostrado de modo excelente que esta *virtù* del artista, género del cual la *virtuosidad* es sólo una especie, y que consiste, según creemos, en la energía productora, únicamente sometida á la belleza de la forma, es la preocupación de los neo-latinos del Renacimiento. La *virtù* acabó por suplir á todo: «Los hombres del mérito de Cellini, decía Paulo III, están por encima de las leyes.» Los griegos mismos no habían tenido este culto de la forma por sí misma; eran demasiado pensadores, demasiado filósofos y sabios para dejarse seducir por el solo aspecto de las cosas visibles. Su literatura, en sus grandes períodos, tuvo siempre la solidez de las ideas; bajo la belleza superficial, persiguió siempre las profundidades de lo verdadero y lo bueno, lo καλοκἀγαθόν. Los griegos no eran artistas puros, en el sentido puro de la palabra, en el de *dilettanti* y *virtuosi*; siempre se preocuparon de la idea y del sentimiento. Entre los latinos la vida del pensamiento no había alcanzado esta fuerza, en Roma el arte debía esparcirse finalmente en sus propias formas. Así se produjo este fenómeno que admira á primera vista, pero que es en realidad lógico; un pueblo que, no pudiendo serlo de acción y de dominación, ni, de otro lado, pensador y filósofo, acabó por ser un pueblo artista.

Lo que coronó en Italia el triunfo al naturalismo y el individualismo, y alteró al propio tiempo en el más alto grado las conciencias italianas, fué la política del Renacimiento. Allí está la gran crisis del carácter nacional. En esta época, Italia nos da en plena civilización el espectáculo de la vida bárbara. Ya no hay justicia ni orden, es necesario recurrir á la fuerza, apelar á sí mismo para protegerse: el que se hace temer ya no tendrá tanto que temer de los demás. Violencia y engaño son á la vez armas

ofensivas y defensivas, armas de salvajes en manos de hombres cultos, educados en las letras antiguas, admiradores de las ciencias nacientes ó de las que renacen. El éxito es de las voluntades más enérgicas, de la más capaces á un tiempo de reflexiones lentas y de repentinas resoluciones. Es necesario saber disimular y esperar; preciso también, cuando el peligro apremia, no esperar. El veneno y el acero se emplean sucesivamente. Sin cesar se arriesga el todo por el todo, porque sin cesar la vida está en peligro. El italiano del Renacimiento, si se le ataca personalmente, sabrá defenderse y vengarse; su puñal está pronto, pero el crimen que no le alcanza á él ó á los suyos no le inspira horror alguno; mira con la mayor indiferencia los asuntos que no son suyos.

M. Mariano dice que no se puede hacer á los humanistas del Renacimiento responsables de la decadencia del cristianismo italiano; M. Gebhart pregunta también cómo algunas gentes de letras, una docena de filósofos, un puñado de espíritus elevados hubieran podido arrastrar el alma de las muchedumbres, y de qué modo su credulidad irónica habría bastado para abolir el antiguo *credo*. El escepticismo ilustrado, dice, no se apodera nunca por contagio de las gentes del mundo, que ya sólo tenían creencias poco seguras. «Las supersticiones mismas de los humanistas no eran peligrosas para la conciencia popular; por ejemplo, la astrología, en la que creían Maquiavelo y Paulo III.» Responderemos á M. Mariano y á monsieur Gebhart que no se trata aquí del escepticismo sabio, sino del práctico, y este último es eminentemente contagioso. ¿De qué modo el pueblo habría continuado creyendo, sobre todo en la moral religiosa, cuando veía á los grandes, á los cardenales, á los papas mismos, mostrar la más profunda incredulidad acerca de los hechos y las acciones, y la inmoralidad más radical? ¿No es la imitación uno de los grandes resortes de la humanidad?

Así, el *renacimiento* fué por muchos conceptos en Ita-

lia una «muerte» religiosa y moral. No nos ofrece esta época ni aun la lucha aguda entre el mal y el bien, del vicio y la virtud dentro de las almas; nos muestra sólo la supresión de toda barrera entre lo bueno y lo malo. No hay ya inmoralidad, sino amoralidad. La desorganización política, la indiferencia religiosa, el escepticismo científico y filosófico, el entusiasmo sin límites por la antigüedad pagana, el excesivo desarrollo de la industria y el comercio, lo mismo que la investigación puramente especulativa, á expensas de las faenas de la guerra ó las preocupaciones religiosas, concluyeron por reducir al caos los sentimientos morales de la nación. Gracias al culto renaciente de la naturaleza y al naciente de la ciencia, al paralelo desenvolvimiento del individualismo, la facultad de razonar sobre las causas y los efectos reemplazó á la de juzgar el valor de la conducta. El criterio único de las acciones fué el éxito personal, su único límite el poder personal. Nadie se revolvía contra el crimen ni contra la virtud; permanecíase indiferente ante ambos. Menos eran los hombres monstruosos que el medio social en que vivían y que en ellos se reflejaba. Cuando Víctor Hugo quiere pintarnos á Lucrecia Borgia, hace de ella una furia sobrehumana de incontinencia y crueldad. La Lucrecia histórica, mitad española mitad italiana, es sólo una criatura indiferente, sin carácter, pasiva á los influjos de fuerza, ciega para el bien y para el mal; «infame» en la Roma infame, grave y graciosa en la grave y graciosa Ferrara, entre poetas platónicos y pacíficos cortesanos de los Este (1). Borgia cometía serenamente todos sus crímenes, y esta serenidad era tan general á su alrededor, que los horrores del tiempo no inspiraban ningún sentimiento trágico sino á los testigos extranjeros. Los soldados de Carlos VIII, para entretener sus ocios, habían le-

(1) Véanse las hermosas páginas de Vernon Lee, *The Italian Renaissance* en la *British Quaterly Review*, Abril de 1882.

vantado en su campo un teatro de madera y en él representaban rudos misterios; el asunto que escogieron no fué la historia de José vendido por sus hermanos, ni el nacimiento del Salvador, ni las tentaciones de San Antonio; fué la representación, mitad alegórica mitad dramática, del papa reinante Borgia y de sus hijos. Tal fué la primera tragedia inspirada á los extranjeros por los horrores del Renacimiento italiano; los italianos, por su parte, se recreaban con pastorales. Los ingleses, en seguida, en tiempo de Isabel, se inspiraron para sus dramas en todos los crímenes de Italia. No hay tragedia sino allí donde hay lucha, conflicto moral, como cuando Macbeth sufre lentamente su absorción consciente, irresistible, pero en una iniquidad que reconoce. Allí donde calla la conciencia no hay nada trágico, es simplemente un fenómeno natural que hace se produzcan los efectos de sus causas por una necesidad indiferente. Los criminales de entonces, no son ya más demonios, se ha dicho (1), que otros del mismo tiempo son ángeles: son hombres reducidos, por el medio social en que viven, á un estado de naturaleza en que la distinción entre el bien y el mal no existe ya, es casi la inocencia del crimen. La Judith de Mantegna mete la cabeza de Holofernes en su saco con la serenidad de una musa: he aquí la imagen del Renacimiento italiano.

Recordad con qué tranquilidad de analizador, Maquiavelo, educador terrible, hace el elogio de su hérce Castracani en uno de los libros que hoy están en manos de la juventud italiana: muéstrale afable con sus amigos, terrible con sus enemigos, justo con sus súbditos y falto de fe para con los extranjeros, no empleando jamás la fuerza sino donde no podía vencer por astucia; persuadido, en una palabra, de que es la victoria y no la manera de vencer lo que da la gloria. «Los hombres son tan simples, y obedecen tanto á la necesidad presente, añade,

(1) Vernon Lee, *Ibid.*

que el que engaña encuentra siempre alguien que se deje engañar». Tales son las lecciones que el italiano recibe todavía del gran autor nacional. Macaulay muestra con razón, bajo contradicciones aparentes, las secretas armonías del italiano educado desde su juventud en la escuela de Maquiavelo. Pinta esta política precoz, cuyos pensamientos y palabras «no tienen relación alguna entre sí», que no duda nunca en prestar un juramento cuando quiere atraer, á la que jamás falta un pretexto cuando quiere hacer traición; que sería capaz de dar de puñaladas á sus rivales en un abrazo amistoso, ó envenenarles con una hostia consagrada; cuyas crueldades tienen por principio profundas y frías meditaciones; «cuyas pasiones, como tropas veteranas, son impetuosas por disciplina, y no olvidan nunca, en su furor obstinado, la regla á que están sometidas». Nunca excita las sospechas de un enemigo con pequeñas provocaciones; «su designio no se deja ver sino cuando se ha realizado». Su cara retrata la calma, sus palabras son corteses, hasta el día en que se adormece la vigilancia, en que el adversario se descubre, en que la ocasión de herir directamente se presenta, «y entonces hiere por primera y última vez».

Refiriéndose á los retratos de los italianos más notables, que abundan en los Museos de aquel país, Macaulay nos muestra aquellas frentes anchas y majestuosas, con cejas negras y acentuadas, que jamás se fruncen; sin embargo, aquellos ojos cuya mirada serena y franca nada expresa, pero parece verlo todo; los labios, de una femenina delicadeza, apretados con una firmeza más que varonil, rasgos todos que indican hombres á la vez emprendedores y tímidos, tan hábiles para escudriñar las intenciones ajenas como para disimular las propias, formidables enemigos, amigos poco seguros, pero al propio tiempo «de un espíritu lo bastante grande y agudo para ser tan eminentes en la vida activa como en la contemplativa».

Sería soberanamente injusto tomar todos los consejos de Maquiavelo como distintivos del carácter italiano; pero no menos inexacto dejar de reconocer en él un genio italiano por excelencia, que ha llegado á ser clásico al otro lado de los montes, y que continúa ejerciendo allí un grande influjo. La glorificación de la fuerza no es en él puramente especulativa, como en Hobbes, y sobre todo en Espinosa, en quienes la fuerza se toma con un sentido superior y metafísicamente identificada con el derecho. Maquiavelo es un espíritu esencialmente práctico; su móvil es el amor á la patria; su fin el logro de la independencia. «Si he enseñado á los príncipes, decía, á hacerse tiranos, he enseñado también á los pueblos á deshacerse de sus tiranos». Esta docta imparcialidad se asemeja á veces bastante á la indiferencia. Es difícil conceder á Luis Ferri que los escritos de Maquiavelo «tengan una amplia compensación en los de Pablo Paruta», que reconcilió la política y la moral. ¿Habéis leído á Paruta? Por lo demás, puede convenirse con Luis Ferri, como con la mayor parte de los críticos é historiadores de Italia, que Maquiavelo «no *confunde* la honradez con su opuesta»; pero desesperando en estos tiempos de corrupción, de asegurar la grandeza de su país por la *virtù*, ha mostrado lo que la fuerza puede hacer para volver á la salud un cuerpo social debilitado é incapaz de regenerarse por otro camino. «Una fuente de pesimismo se abre camino en los escritos de este profundo observador de caracteres y de Estados, que sólo ve á su alrededor debilidad é impotencia, y que tiende por encima de todo á levantar una vez más el carácter».

Tantas consecuencias fecundas y duraderas como el Renacimiento tuvo para las demás naciones, causó en Italia efectos desastrosos. Es que en los demás pueblos había encontrado un fondo original de ideas y sentimientos al que se contentaba con llevar un gran medio de exteriorización; la vuelta á los procedimientos del arte an-

tiguo. Combinándose con el Renacimiento religioso que constituyó la Reforma, escapó del peligro del naturalismo y formalismo paganos. En Italia, por el contrario, el Renacimiento consumó la paganización. Acabó por limitarse á la imitación de los modelos antiguos en literatura, imitación que pronto ó tarde había de llevar á la esterilidad. A partir del siglo XIV, la civilización italiana se apartó de la base moral del cristianismo para llegar á ser lo que un italiano llama «reviviscencia atávica de la tradición clásica y del sensualismo pagano». Al anticiparse en dos siglos al resto de Europa, Italia gasta su rica vitalidad en una floración precoz que condujo á las maravillas de forma, pero estas formas quedaron sin contenido espiritual.

III

TEMPERAMENTO Y CARÁCTER ITALIANO

Las luchas intestinas, la larga dominación de la Iglesia y el extranjero coaligados, modelaron el carácter italiano de un modo nuevo, sin hacer desaparecer, sin embargo, el antiguo fondo romano con sus elevadas cualidades y con sus imperfecciones. El carácter histórico del pueblo vino solamente á añadirse al étnico é innato. Poco á poco un cierto equilibrio nuevo se estableció en el alma italiana moderna bajo el triple influjo de la tradición romana, de la católica y de la de los siglos llamados del Renacimiento, á la vez política y artística. Por obra de tantas causas, técnicas unas, otras sociales, morales y religiosas, el carácter nacional se trasformó históricamente y llegó á ser el que hoy es. El Renacimiento había sido la protesta del individualismo contra todos los cuadros morales, sociales y religiosos: la Italia, vamos á verlo, ha permanecido individualista (1).

(1) En este estudio del carácter italiano nos apoyamos todo lo posible, compulsándolos y discutiéndolos, en los testimonios de los

I.—El temperamento que hoy domina en Italia es el neuro-bilioso. Hemos mostrado (1) en otro lugar que este género de temperamento influye sobre la sensibilidad y da á las pasiones una forma especial: violencia innata, impulsividad á menudo irresistible en los momentos de paroxismo, unido al imperio habitual de sí mismo. En el italiano la sensación presente adquiere una finura extraordinaria; llega al último trance repentinamente; pero sus pasiones, como las del romano, como las de los hombres del Renacimiento, no son sólo bruscas, sino también concentradas. Por intensas que entonces sean, saben contenerse por reflexión, formar cálculo en provecho de su futura satisfacción. El italiano ofrece la admirable combinación de una razón fría y positiva, con el ardor del temperamento, de un sentido intelectual del orden, con una sensibilidad tumultuosa, con «la energía salvaje» que admiraba Stendhal. La misma venganza, tan familiar á las razas meridionales, toma con frecuencia este carácter razonado y esta apariencia de calma. Según el proverbio florentino, es «un plato que se come frío»». ¿Cómo la barbarie civilizada del Renacimiento no habría desarrollado estas pasiones á largo plazo, que saben disimularse para lograr su objeto?

La precocidad sexual del italiano engendra pronto las pasiones del amor, y no es la Venus Urania el objeto ordinario de culto. Como todos los pueblos de clima meridional, el italiano es libidinoso (2). Además, da á la pose-

---

mismos italianos, en la opinión que de sí mismos forman, en la interpretación que de su propio pensamiento, de sus tradiciones y su historia nos dan. Así nuestro juicio, con un carácter más impersonal, tendrá quizás mayor verdad.

(1) Véase nuestro libro *Temperamento y carácter*. Trad. española.

(2) Si se cree á Mr. Ferrero, ¡la única ocupación de los pueblos «latinos», en cuanto están satisfechas las necesidades inmediatas de la vida, sería el amor, y no el amor platónico! Hace un retrato fantástico de los «salones italianos», á los cuales agrega los de

sión individual de su objeto una importancia capital, cuestión de vida ó muerte para los rivales. Los celos son terribles en Italia como en España, y la cuestión del honor es inflexible; se la eleva al nivel de una religión. Tanto peor si la otra religión, la católica, se pone en contradicción con aquel sentimiento; la venganza primero; todo tiempo será bueno para obtener en seguida la absolución.

La imaginación del italiano es á la vez intensa y rápida, percibe inmediatamente las cosas por la imagen interna, como si estuviera ante sus ojos, y se decide á obrar en consecuencia. De aquí, en lo malo como en lo bueno,

---

Francia, so pretexto de nuestra «latinidad». Observad en éstos países, dice, «un salón en que hombres y mujeres instruídos se reúnen por una causa cualquiera, y veréis que el objeto de todos consciente ó inconsciente, es cortejarse... Hablen de literatura ó arte, de ciencia ó de política, de modas, de negocios, de deportes, la alusión amorosa se entremezcla sin cesar en sus discursos, continuamente recordada por las asociaciones de ideas más lejanas y accidentales... En nuestro país es casi imposible hablar en serio de cualquier asunto, más que en una reunión de personas del mismo sexo, porque si se hallan juntos hombres y mujeres, aun cuando todos sean personas serias y razonables, no piensan más que en agradarse mutuamente y decirse cosas que excitan en el fondo del organismo, como una memoria lejana, la voluptuosidad.

M. Ferrero nota también en los tres países neo-latinos, en medio de todas las diversiones, «una forma de sonrisa que buscaríais en vano en los labios de un inglés, y que es propiedad exclusiva de los latinos: esta sonrisa maliciosa é irónica que subraya las alusiones y que sirve al hombre y á la mujer como una mutua declaración..., sonrisa de lujuria, mitigada, adornada, casi elegante...» No sabemos si todo este retrato es verdadero con respecto á Italia; pero, ¿pueden los franceses reconocer en él las distracciones de una reunión honesta? Y si en las conversaciones el francés gusta brillar y agradar, ¿no hay en ello, salvo excepciones, más vanidad, cortesanía y sociabilidad que erotismo? No pensamos que esta excitación continua de que habla el autor italiano constituya el fondo de las conversaciones francesas, aun cuando en ellas tenga su papel la galantería; no se toman las cosas tan en serio y con tal frenesí. Guardémonos, pues, de exagerar el pretendido erotismo *latino*, tanto más, cuanto que, por desgracia nuestra, el espíritu galo no es más que un exceso de regionalismo céltico, sin que nos sea necesario tomar nada de Italia ni de los españoles.

esta mezcla tan original de improvisación y de reflexión. Por esta razón une la violencia inmediata de la reacción á los cálculos lentos, rasgo que volveremos á hallar en la criminalidad italiana.

Se ha desenvuelto en el italiano la sensibilidad estética, como ya hemos visto, mucho más que en el romano antiguo. Sobre todo, ha adquirido aquella cualidad una especie de amplitud que hace al italiano moderno mucho más apto para las bellas artes, no solamente las plásticas, sino también la música y la poesía. El comercio constante entre una viva sensibilidad y una naturaleza hermosa, unido á una inteligencia amiga de la forma y el orden, debía desenvolver á la larga la tendencia estética. Refinado y elegante, teniendo más que nunca el sentido de la armonía en las formas visibles, el espíritu italiano llegó á ser esencialmente apto para la pintura. ¿Qué es, en efecto, un pintor? ¿Es un pensador puro y abstracto? No, sin duda alguna. ¿Un sensualista puro? Tampoco; es un sensualista intelectual á quien la forma común no basta, y exige que sea bella. Otro tanto puede decirse de la escultura. Finalmente, en la música el lenguaje de la pasión se ennoblece, se somete á una regla de armonía, proporción y medida. Sentir intensamente y tener al mismo tiempo la inteligencia satisfecha por la euritmia, que todo lo somete á sus leyes, tal es el placer que el italiano busca en sus melodías, á la vez apasionadas y regulares.

No sin razón los italianos de hoy se atribuyen, como su rasgo más común quizás, el «gusto del arte», el sentimiento de lo bello en todas sus manifestaciones, sobre todo en las visuales ó auditivas. Sentimiento tal se diversifica en las distintas regiones de Italia, pero es siempre el que, con mayor intensidad que los demás, une entre sí á los italianos: «el alma del pueblo italiano podría definirse, dice M. Viccoli, como una manera común de sentir lo bello». La comunidad de sentimientos es de tal modo

más intensa que cualquiera otra, que bastaría por sí sola «para constituir un lazo poderoso de nacionalidad». El gusto clásico, renovado en más de una ocasión, ha reunido á todos los italianos en un mismo sentimiento nacional. Es que en Italia el sentimiento de lo bello, más que otro cualquiera, desempeña un papel social propio y verdadero. «Lo que nuestro pueblo tiene de espiritual, débelo únicamente al sentimiento artístico». La ornamentación, por ejemplo, que puede á primera vista parecer inútil, se aplica por los italianos á todas sus producciones, aun las más humildes: desde el vaso más pequeño al edificio más grande, es preciso que lo adornen, que lo embellezcan todo, por una necesidad natural. Hay en ello una de las causas por las cuales el arte realista y objetivo, en el sentido moderno, les es más difícil: en sus obras más realistas revelan aún, con el gusto de adornar, un cierto «sentimiento íntimo personal» que procede de su individualismo y de su manera propia de sentir lo bello, objeto del amor común. Gracias á este temperamento de artistas, el arte musical, en su carácter de espontaneidad, pasión, claridad y ornamentación más ó menos florida, ha cooperado á la «solidaridad de los pueblos italianos». De aquí puede deducirse, con los italianos mismos, que las necesidades estéticas, más aún que las intelectuales, han favorecido por su parte la unidad nacional: estas necesidades, en primer lugar, son sentidas por el pueblo entero, y después, á pesar de la distancia de siglos, constituyen la herencia más eficaz de los romanos y de los griegos. Teniendo en cuenta las exageraciones que pueden mezclarse á una teoría semejante, es incontestable que nos hallamos en presencia de uno de los rasgos más curiosos de la sensibilidad italiana.

II.—En lo intelectual, los italianos se atribuyen, como tendencia fundamental, la innata á la contemplación del mundo sensible. El desarrollo del sistema nervioso en un

clima meridional y bajo un cielo en que luce el sol, los predispone á esta especie de sensualismo instructivo. De él resulta para la inteligencia neo-latina la repugnancia en separar el pensamiento de la realidad, materia de los sentidos. Entre los italianos modernos, lo mismo que entre los romanos antiguos, se nota la aptitud para la observación, para la comparación (que impide no ver más que un lado de las cosas), el amor á los hechos y el deseo de poner en armonía con ellos las ideas. Se halla aún el sentido de utilidad; y lo que es cualidad más rara quizás, el de lo inútil. Añádase el instinto de los campesinos, una concepción eminentemente práctica de la vida; la necesidad de «recoger inmediatamente los frutos de la meditación», de obtener las ventajas de lo cierto, en vez de concentrar su energía en las esferas solitarias, y, por decirlo así, muestra del sujeto abstraído en sí. Ver es saber; saber es prever; así razona con gusto el italiano. Es positivista por naturaleza, idealizando siempre la expresión, las formas, los sonidos, las palabras, porque, no lo olvidemos, es un positivista artista, y esto forma la originalidad del genio nacional.

Desde el punto de vista de la memoria, el italiano no es, como el francés, que todo lo olvida—los males más que los bienes, las injurias más que los beneficios, lo que le ha sido penoso más que lo que le ha encantado—y que gusta tan poco hacer que su espíritu repase recuerdos desagradables. La prolongada *rumiación* intelectual es una de las características del italiano: tiene la memoria remota, tenaz, implacable, y más vale en sus registros íntimos figurar en la columna de los amigos que en la de los enemigos.

Todas estas tendencias intelectuales y sensibles, lejos de perderse á través de los tiempos, han tenido sin cesar la ocasión de ejercitarse. Y aun fueron, en las épocas de revuelta y servidumbre, medios de conservación. El profesor Carle, en su notable obra sobre la *Vida del derecho*,

Vita del Dirilto, sostiene que la inteligencia italiana mantiene siempre el genio latino en su vocación verdadera; no es ni la metafísica, ni la especulación abstracta, ni, por otra parte, la observación menuda y paciente de los hechos por sí mismos, sino más bien una cierta aptitud natural «para comparar mutuamente lo ideal y lo real», así como una tendencia á «delimitar los campos de la especulación y de la observación». A decir verdad, la balanza ha acabado por inclinarse más á lo real que á lo ideal. La razón es sencilla; las diversas formas de lo ideal han desaparecido sucesivamente en Italia, excepto el ideal de la *forma* artística.

Si, pues, es cierto que el italiano no se pierde como el inglés en el análisis minucioso de los hechos y conserva algún espíritu sintético, no lo es menos que busca la síntesis en la generalización, más bien que en la idealización. Más todavía quizá que el romano de otros tiempos, el italiano del día es profundamente realista. La idea pura, que encanta al alemán, y aun al inglés, «nada dice al espíritu italiano»; es preciso que tome forma, que se encarne en algo visible, que adquiera el relieve y los sólidos contornos de la realidad. Tratad de expresar en lengua latina las abstracciones en que gozaban los griegos, y os veréis condenado á la perífrasis ó á los barbarismos. Ciertamente, la lengua italiana no tiene ya este carácter exclusivamente concreto; está penetrada, más aún que cualquier otra, de los términos de la teología y la escolástica; pero la abstracción y lo vago no por eso repugna menos al genio claro y preciso del italiano. Las «cosas» le atraen. Objetividad, he aquí su dominante intelectual, que los italianos oponen justamente á nuestra costumbre, tan poco latina, de juzgar todo «con un criterio subjetivo». Lo que permanece subjetivo en el italiano, es la dirección del sentimiento y de la pasión, que le hace tener una vida más concentrada que expansiva. La misma originalidad del carácter italiano á nuestros ojos, y lo que

hace su fuerza, es esta combinación de una inteligencia tan objetiva con una sensibilidad personalísima. Aun en las ocasiones en que parece expansionarse más, el italiano vive con más frecuencia en sí mismo, y para sí. El español tiene una sensibilidad del mismo género, pero con una inteligencia que se pierde gustosa en lo quimérico. «En Italia no han vivido, del modo que en las demás naciones llamadas latinas, las leyendas caballerescas» (1).

Gracias á su inteligencia despierta y práctica, el italiano comprende todo, todo lo aprende, lo hace y para todo está dispuesto. Sabrá vuestra lengua bastante antes que comencéis á balbucear la suya, os conocerá claramente antes de que hayáis empezado á conocerle. De todo se enteran con medias palabras, con un ligero gesto, una tenue sonrisa, una mirada furtiva. Su espíritu tiene todos los matices, no gusta del sí y el no, que son absolutos, y prefiere al rigor matemático las ondulaciones de la vida real. Es poco apto para la deducción matemática, y no es en Italia donde hallaréis la admirable legión de matemáticos que tiene Francia. El italiano es más bien inductivo, y aún menos inductivo que observador; en las ciencias de observación es donde más brilla. Su inteligencia, complicada en extremo, presenta á un tiempo la astucia del bárbaro y los refinamientos del hombre civilizado; la agudeza instintiva se une en él á la sabiduría reflexiva. Para esta clase de espíritus nada hay sencillo, nada recto, nada completamente seguro: el pro no hace olvidar el contra, la izquierda perder de vista la derecha, lo de encima descuidar lo de debajo. Es la verdadera *circunspección*, que mira en todos sentidos, espera para decidirse y tiene por máxima: ¡será necesario ver!

El excelente autor de la *Historia de las revoluciones de Italia*, Ferrari, opone la simplicidad de estructura del francés á la complejidad del italiano. El carácter del ge-

(1) V. Vitali, *Rivista italiana di Sociologia*, II. cuaderno VI.

nio italiano, según él, es precisamente la complicación unida á la agilidad y á la prudencia práctica: vense estas cualidades, dice, en los antiguos romanos lo mismo que en los papas, en Roma como en Venecia, en los períodos de grandeza como en los de decadencia del país.—«Es una de las esperanzas de Italia». Acerca del espíritu, sobre la costumbre de tener segundas intenciones y suponerlas en los demás, los testimonios de los primeros italianos son unánimes. «En un libro, decía el abate Galiani, los franceses leen lo negro, los italianos prefieren leer lo blanco». En su obra reciente sobre la *Europa giovane*, M. Ferrero nos presenta á Mazzarino como uno de los tipos del *italiano verdadero;* es decir, hombre civil y enemigo de las armas por naturaleza, pero gran político, astuto, calculador y paciente, que no conoce las cóleras pasajeras pero sí los largos rencores, que sabe soportar impasible una afrenta personal, si por el momento tiene fines de más importancia que la venganza, que sabe marcarse un fin y tender á él en silencio, obstinadamente, á través de los más complicados rodeos (1).

III No está lejano el tiempo en que Gioberti, celebrando el *Primato* de Italia, declaraba que la mejor cualidad del hombre es la voluntad, voluntad paciente, tenaz, enérgica, constante en el italiano, en tanto es, según él, «débil é indócil en el francés». La voluntad romana subsiste, pero con menos áspera energía y también con menos dureza cruel, presenta justamente menor intensidad y mayor dulzura. Las largas revoluciones, ¿podían dejar de causar en Italia cierto desgaste? Inútilmente, dice Alfieri, la «planta hombre, *la pianta uomo*, nace en Italia, más fuerte que en otros sitios»; no estamos ya en los tiempos de los antiguos romanos.

Una cualidad capital ha permanecido, sin embargo, en

(1) Ferrero, *Europa giovane*, p. 7.

cierto número de italianos: la sangre fría, una sangre fría particular, no á la manera de la de los flemáticos alemanes ó ingleses, sino la aparente frialdad de los biliosos de «sangre ardiente». En otros términos, como ya hemos visto, el fondo es ardoroso, pero con un ardor que regula con la mayor frecuencia la voluntad. Se practica sin embargo la máxima de Guichardin: «por cierta que os parezca una cosa, procurad siempre una probabilidad por si se presenta la contraria, si podéis hacerlo sin estropear vuestras combinaciones». El hombre de este tipo es de una flexibilidad tal que un habitante de Florencia ha podido decir: «Nosotros los italianos no tenemos espina dorsal». La voluntad no abandona jamás sus designios, pero sabe diferir la ejecución; el italiano ha nacido temporizador, *cunctator*. Nada igualaba á la audacia romana, sino la precaución. El hombre, dueño de sí, no se aventura ni precipita; temiendo comprometerse, no habla ni obra á la ligera. Lento en sus decisiones siempre que puede, pero pronto si es preciso en el obrar, tiene por principio que la primera inspiración es raramente buena, y que, cuando se tiene tiempo por delante, vale más reflexionar. Si el francés es hombre del primer impulso, puede decirse que el italiano, salvo en el paroxismo de la pasión, es hombre del tercero. La *furia francesa* no agrada mucho más al italiano que al romano agradaba el *tumultus gallicus*.

Al modo que se reserva frente á los sucesos se reserva también frente á los hombres. Cuando habláis á un italiano examinad su fisonomía inteligente y reflexiva: ¡cuántas veces parece escuchar interiormente, no lo que le decís, sino lo que le calláis! No os dejéis engañar por el torbellino de hermosas palabras que parece indicar gusto de expansionarse: todo lo que es exterior y formal, lo que no importa á los asuntos propios del individuo, lo que le parece hermoso con una belleza impersonal, lo traducirá sin esfuerzo en discursos animados por gestos; pero, des-

pués de dos horas de conversación, no habréis adelantado más que anteriormente en el conocimiento íntimo de vuestro interlocutor. La retórica y la estética no son revelaciones del fondo del alma. El italiano sabe permanecer discreto en medio mismo de un torrente de palabras, callar hablando mucho. El arte oratorio no se ha hecho ni para descubrir el pensamiento, ni para convencerse á sí propio, sino, lo que es bastante distinto, para persuadir á los demás, aun de cosas falsas, y sobre todo atraerlos á los propios designios.

La finura del italiano es extremada, cortés y paciente con el extranjero, no se sonreirá ante los barbarismos ó solecismos de que está sembrada vuestra conversación. Con respecto á sus compatriotas, se guardará de cualquier burla, y desconfiará de los rasgos de ingenio y palabras mordaces, que puedan traer puñetazos. Desconfiado y sutil, tendrá cuidado de todas sus palabras. El italiano no entiende la burla, á menos que no sea sobre las materias más indiferentes del mundo ó las más lejanas, la lluvia y el buen tiempo, lo que sucede en China. Para todo lo demás, es serio y quiere que los demás lo sean. Así reprochará voluntariamente á los franceses, un Gioberti, su «frivolidad», que hace se diviertan á costa propia como de los demás, rían de sus propios defectos ó de sus desventuras. Se dice desde luego al otro lado de los Alpes: «Fulano es siciliano, insular, luego reservado», y á decir verdad, en ninguna región de Italia es habitual descubrir con aturdimiento los pensamientos íntimos. Se ha vivido demasiado, anteriormente, en una atmósfera de conspiraciones y peligros, se ha conservado en el espíritu y en las maneras algo del secreto. Es raro que alguien se descubra á otro. Era el sistema de Mazzini «dar á cada persona un hilo solo y conservar todos los demás en la mano». El amor á las conspiraciones y el hábito de sus sociedades secretas están en armonía con estos rasgos del carácter italiano, como con las costumbres á que ha

dado lugar la historia. Todavía hoy se conoce el papel de la *Camorra* y de *Maffia* (1). El gran ejercicio á que fué sometida la nación entera durante la Edad Media y el Renacimiento fué una lucha universal para dominar á los demás á fin de no ser dominado por ellos, una inmensa competencia de astucias y violencias.

Con la mutua desconfianza que es tan frecuente en Italia, comparad la confianza ordinaria en Francia, y veréis brillar la diferencia de caracteres. Siendo todo italiano un político nato, nuestra ligereza gala es para él motivo de estupefacción y de secreto desdén. Hace mucho tiempo que César se mofaba de nuestros antepasados tan fogosos y valientes, pero sencillos y sin segunda intención; «sabía el modo de atraerlos á una emboscada, en que se metían de bruces». En la vida como en la guerra hay hombres de empuje y hombres de táctica: aplicada á la conducta diaria, la táctica da el triunfo al italiano.

Podemos ahora, conforme á todo lo que precede, comprender cuán fuerte es en el italiano el yo. «La personalidad es su tipo», dice un autor italiano, fórmula feliz que hace de lo que existe más particular, la individuación, materia misma de lo más general, el tipo específico. El italiano es su especie en sí mismo. Retirado al fuero interno de sus propios sentimientos, más que de su conciencia moral, quiere ser respetado, en las palabras y las acciones al menos, si no en los pensamientos. Podéis perfectamente pensar lo que os plazca acerca de él, ¡pero no lo ataquéis! Podríais tener que sentir por una palabra, aun cuando fuera la más espiritual del mundo, si este rasgo de ingenio molesta á su personalidad.

Otro autor nota con perspicacia que si las muchedumbres son menos criminales en Italia que en otras partes, á pesar de la enorme criminalidad general, es porque, «aun para el delito, el italiano es más individualista».

(1) V. el libro de M. Alongi sobre la *Maffia*.

Su gran defecto es no tener más que en una medida insuficiente, fuera de las cuestiones de interés, el espíritu de solidaridad humana: «Es lo que nos hace tan tolerantes para con los culpables, cuando no vemos en ellos *nuestro* enemigo personal». Falta también á los italianos el sentimiento de solidaridad con los descendientes: «por orgullo de familia y por pereza, sentimos solamente con los antepasados» (1).

En relación al resto de la humanidad, el italiano no conoce el espíritu de proselitismo que el francés exagera hasta la manía; no experimenta necesidad alguna de convertir á los demás ni á sus ideas ni á sus sentimientos: pide que se le deje tranquilo y deja tranquilos á los demás en tanto no haya nadie que contraríe sus designios. No ambiciona influir en otro ni recibir las expansiones de los demás; su vida, una vez más, no tiende á la universalidad, sino á la individualidad.

La mayor parte de los psicólogos italianos están de acuerdo en reconocer en su país, como contraste con la antigüedad romana, este exceso de individualismo que acaba por ponerse con frecuencia en oposición con la disciplina social. Ya el Tasso decía:

Alla virtú italiana
O nulla manca, ó sol la disciplina.

Garofalo, con alguna exageración quizá, añade que para este pueblo toda coacción por parte de la autoridad es una vejación intolerable. «No hay ejemplo en nuestro país de un reglamento cualquiera al que se obedezca serenamente». Todos los años, muchos agentes de policía, «víctimas ignoradas del deber, caen acuchillados por los criminales á quienes habían sorprendido *in fraganti*. En cualquier ley nueva que se haga, «nuestro pueblo sólo se preocupa de una cosa: hallar el medio mejor de eludirla. La intolerancia á cualquier restricción es una de las ca-

(1) Viccoli, *Ibid.*

racterísticas del italiano; solamente el servicio militar, con sus penas severas é inmediatas, llega á someterlos por algunos años. El italiano, en todos los momentos de su vida, quiere hacer lo que le place».

Aplicadas al trabajo, las cualidades generales del italiano, como las del romano, son de las más preciosas. A pesar del prejuicio contrario, es laborioso (mucho más que el español), excepto en algunas ciudades ó provincias del Mediodía; su trabajo es regular, su régimen de una templanza ejemplar. La sobriedad física y moral del antiguo romano ha quedado como rasgo dominante del italiano moderno. «Vive de nada y aspira á todo». Sabido es que junto á los *latifundios* hay en Italia una abundante población ociosa, que bajo la presión de la miseria, emigra temporalmente ó para siempre; ahora bien, ¿por qué el campesino italiano que emigra es con frecuencia mal mirado en Europa como en América, y tratado como si fuera de «raza inferior»? Una de las principales razones es porque trabaja demasiado por pequeños salarios. «Es capaz de trabajar!» dice con razón M. G. Fiamingo. De hecho, en el trabajo y la sobriedad, el italiano rivaliza «con el chino». Tiene virtudes que para los que con ellos compiten, llegan á ser vicios.

Ferrero pretende que «un italiano vale más que un alemán, pero que cuatro alemanes *juntos*, valen más que doce italianos individualmente considerados» (1). Si así ocurre es simplemente porque los alemanes, lo mismo que los ingleses, saben repartir el trabajo y al mismo tiempo unificar los fines, mientras que los neo-latinos, que poseen el sentimiento de una inteligencia flexible y capaz de todo, pretenden hacerlo por sí y para sí.

En las cuestiones en que el interés y la pasión no entran en juego, el neo-latino se aprovecha de la unión

(1) *L'Europa giovane*, p. 376.

que existe entre una inteligencia muy lúcida, una sensibilidad vivísima, una voluntad fuerte y constante. El imparcial Kant admira con razón este profundo sentido de lo bello, esta disposición de la sensibilidad para disfrutar emociones grandiosas y sublimes, en tanto, sin embargo, que son compatibles con lo bello». Lo mismo, dice, que la vista que se presenta desde lo alto de los Alpes ofrece, en los risueños valles, algo que infunde valor y otra cosa que invita al reposo, hay en el italiano una mezcla de energía y calma.

Las costumbres de la península no han tolerado nunca entre las diversiones populares, las corridas españolas de toros, hacia las que el italiano artista profesa el más profundo desprecio. Existe, sin embargo, el gusto por los espectáculos y aun la necesidad de presentarse uno mismo en espectáculo; quiere el italiano ver y ser visto. Pero quiere ver cosas hermosas, oir bellas palabras y buena música. Ved en las aldeas italianas los carteles en que las palabras están trazadas con un pincel en papel rojo, para lograr la economía de la impresión. Cuando una humilde compañía de comediantes viene á dar representaciones, ¿qué leeis en grandes caracteres? *Norma*, ó alguna otra tragedia. Es como si en Francia unos pobres cómicos de la legua representaran *Atala*. Volviendo á Kant, censura á los italianos su sensualismo, su formalismo, y hace constar su espíritu utilitario. Para él es un rasgo distintivo la invención del *cambio*, de la *banca* y la *lotería*. Kant tiene razón. ¿Qué eran los Médicis mismos? Banqueros que por fuerza y sobre todo por destreza, llegaron á ser los primeros magistrados, los verdaderos soberanos de la ciudad, manteniendo á su alrededor poetas, pintores, escultores, sabios. El buen genovés Cristóbal Colón escribe: «El oro es lo más excelente que hay, con él se forma un tesoro y el que lo posee puede procurarse todo en el mundo, hasta llega á forzar para las almas la entrada del paraíso».

Puédese lamentar con Kant, no volver á encontrar en Italia «el espíritu francés de sociabilidad y trato social»; ¿pero cómo habría podido desenvolverse en medio de la universal desconfianza á que fué condenada la desgraciada nación? Kant compara las conversaciones italianas á una bolsa en que la señora de la casa hace depositar á cada uno algo que gastar para comunicarse las novedades del día, «sin que por lo demás la amistad intervenga allí para nada». Sin embargo, desde el despertar de la Italia, la tensión es menos grande; en las relaciones sociales, la confianza reaparece poco á poco, pero no se encontrará todavía en este país una vida expansiva y comunicativa. «Muy pocos salones, decía Taine; el espíritu de sociedad falta, y no se divierte uno gran cosa». Otra circunstancia mortal para el espíritu de sociedad, según Taine, es la falta de condescendencia; se vigila uno demasiado y se está demasiado vigilado.

Era inevitable que el pueblo italiano terminara por mostrar cualidades contrarias á las que tenía. La extrema flexibilidad práctica corre el peligro, en ciertos individuos, de degenerar en astucia; la moderación puede tener su perfidia; la individualidad, si no se expansiona, convertirse en egoísmo; el respeto exagerado al hecho puede hacer insensible á las ideas. Pero sobre los defectos posibles de un temperamento á la vez apasionado y concentrado, preferimos dejar la palabra á los italianos mismos: mejor que nadie han sabido pintar sus faltas, sus peligros morales, si se quiere. Frecuentemente aún los han exagerado, porque siendo artistas y algún tanto inclinados á aumentar, ¿cómo no habrían acusado con exceso ciertos rasgos de su fisonomía histórica? Mamiani reprocha á sus compatriotas la tendencia al amor propio, la envidia y la discordia; les declara que el medio de elevarse por encima de estos sentimientos es perseguir algo más generoso, ideal y poético. Ferrari, después de habernos des-

crito la «falsa ligereza» del veneciano, la «simpleza fingida» del milanés, la «calma violenta» del romano, la «finura capciosa» del florentino, la «perspicacia árabe» del siciliano, añade que todas estas fisonomías reflejan con una facilidad desconocida para los demás pueblos, «esa incomprensible mezcla de ironía y seriedad que se mofa de todas las ideas y de todos los combates» y de que Ariosto, en su poema, nos ha dado el tipo perfecto (1).

Uno de los más curiosos retratos de los italianos hecho por un italiano apareció en el *Paris-Guide*, publicado en 1867 con la colaboración de Víctor Hugo, Littré, Sainte-Beuve, Teófilo Gauthier; era debido al distinguido historiador, y diputado Petruccelli della Gatina. Según este observador, que no carece de fuerza ni agudeza, los italianos poseen las aptitudes todas. Son hábiles y trabajadores; la proverbial holgazanería italiana es «una insulsez de turista, que da el último toque al cuadro convencional del cielo siempre azul, el aire perfumado, la mujer fácil, el bandolerismo universal, etc. La verdad es que el italiano ve en el trabajo su independencia y la defensa de su orgullo, dos sentimientos bien profundos en el alma italiana, en cualquier forma y actitud que las circunstancias le impongan». El carácter italiano, según una curiosa definición de M. Petruccelli, es «interno, psicológico» más que exterior. No se entienda por esto que el italiano sea psicólogo: lo es cuando se trata de política, sea pública ó privada; pero ni la filosofía italiana, ni la literatura tienen propiamente el sello psicológico. Trátase simplemente en este caso del género de interioridad, que consiste en no dar á conocer el yo. «Este carácter *psicológico*, continúa M. Petruccelli, el italiano lo conserva cuidadosamente, aun en el extranjero, aun revistiendo con frecuencia la forma exterior del pueblo en que habita». En una pintura humorística y seria á la vez, Mr. Petruccelli, nos

(1) *Histoire des révolutions d'Italie*, t. IV. p. 242.

representa al italiano como no aventurando nada, sin amor al fausto improductivo, confiando sin restricción en sí mismo, con horror á los riesgos del porvenir, «corriendo tras de lo positivo ligeramente idealizado por el deseo»—fórmula encantadora!—la imaginación «limitada á la esfera de lo visible», la ambición «detenida en los límites de la seguridad del mañana».

Concediendo siempre lo que corresponde á las exageraciones á que sin esfuerzo se entregan los pintores de pueblos, como los de individualidad, difícil es desconocer, aun bajo la ironía, una parte de verdad. Desconfiando de todo y de todos, privado del criterio del bien y del mal, con nociones confusas del derecho y el deber, el italiano, si se cree á M. Petruccelli, adoptaría en todas las circunstancias de la vida la máscara de Maquiavelo. «En el extranjero, cubre además esta máscara con otra, la de las conveniencias delmedio social en que vive.» Se estime ó no á sí propio, «es raro que el italiano aprecie á los demás, aun cuando casi siempre aparente hacerlo». Su «individualidad es tan fuerte», que los mismos lazos de familia son «poco estrechos y no le arrastran para nada». La amistad es para el italiano, á causa de esto, «una función económica, un cambio de servicios más que cosa del corazón» (1). M. Petruccelli explicaba por la larga tiranía de la iglesia y del extranjero este doble juego tan antitético, del desenvolvimiento exterior y del sentimiento íntimo. «El italiano tiene casi siempre una máscara, y casi nunca es bella». Pero la fisonomía que le cubre es quizás de las más dignas de las razas europeas. Su mundo moral no se asemeja exactamente al que la conciencia de los demás pueblos ha consagrado. No quiero decidirme acerca del valor intrínseco de ambas; afirmo solamente que la ética italiana es la menos católica de

(1) Taine ha dicho igualmente, con Stendhal: «En este país no se tiene muchos amigos; por lo tanto, la única ocupación es el amor».

Europa. Maquiavelo lo ha dicho: «la culpa la tiene la Iglesia temporal».

El escritor que acabamos de citar llega hasta pretender, con visible exageración, en páginas que se dirigían á los franceses de 1869: «Entre el francés y el italiano no existe armonía alguna de conciencia; ó el italiano ha dejado de estar de acuerdo con la conciencia de su país, y se le tiene entonces en la península casi como renegado». Eso es llevar al extremo el consejo dado á los franceses. «El porvenir de Italia, concluía M. Petruccelli, está trazado como una raya en el bronce: «alianza *económica* con Francia, *política* con la Prusia». Este plan, que fué seguido, era en sí una obra maestra de política italiana: utilizar el dinero de Francia para disponerse á hacerle la guerra.

Si resumimos todos los rasgos fisionómicos que hemos analizado, nos aparecerá el carácter italiano como una mezcla de *bárbara* rudeza, debida á la persistencia efectiva de una cierta barbarie en buen número de comarcas de la Península, con un *refinamiento de civilización,* debido á los efectos de una larga *cultura intelectual*, y á los de una continua *política*, *guerrera* primero, luego *sacerdotal*. Se halla así en conjunto, en Italia, un no sé qué de atrasado y decadente, lo que existe más retrógrado con lo más avanzado. En todo tiempo, por lo demás, el lazo político y social había sido flojo en la Italia de la Edad Media y del Renacimiento. En ninguna parte las pasiones humanas fueron «más desenfrenadas» ni tuvieron mayor libertad de manifestación. Había antes partes de la península entregadas al salvajismo. Burckardt, cuenta que en el siglo xv, en ciertas regiones de Italia donde no penetraba la cultura, las gentes del campo mataban regularmente á todo extranjero que caía en sus manos. Esta costumbre existía notablemente en las partes más escondidas del reino de Nápoles. Los asesinatos y envenenamientos,

dice Dubarry en la obra *Brigandage en Italie*, habían llegado á ser tan frecuentes que la palabra *italiano* era en el extranjero sinónima de envenenador. Hemos visto cómo el Renacimiento colmó la medida del furor homicida: todas lus ciudades estaban en guerra civil; cada municipio desgarrado por facciones que se perseguían con odio sanguinario (1). El italiano del pueblo, sobre todo en el centro y Mediodía, ha permanecido brutal; con frecuencia maltrata á los animales. En Sicilia, dice Mr. Alongi en su libro sobre la *Maffia*, se ve á algunas madres, para corregir á sus hijos, correr tras ellos, y en plena calle morderlos en la cara, en los brazos ó en las piernas, hasta hacerles sangre. Entre hombres y mujeres, en Sicilia, la amenaza más común en la disputas es ésta: «*Ti ain a mangiari lu cori, de tra mi uni ain a biviri lu sanga.* (Te he de comer el corazón y beber tu sangre)». Se ha visto algunos asesinos beber ó lamer la sangre de sus víctimas, como caníbales. Son restos de salvajismo que contrastan con la cultura de las clases superiores y con los instintos de artista de la masa.

En resumen, invasión y mezcla de bárbaros, letras y artes greco-romanas, catolicismo, largas luchas de la Edad Media y del Renacimiento, supremacía del papa y de los

(1) Todavía hoy, entre una aldea y otra, son frecuentes los odios locales. En el Latium, á 20 y 30 kilómetros de Roma, hay pequeñas poblaciones que emplean en detestarse y hacerse daño un encarnizamiento feroz. Los domingos, los jóvenes de cada una de estas poblaciones, se reúnen á veces en grupos y se combaten á pedradas ó á tiros, como en la Edad Media hubieran podido hacerlo con alabardas. Hace algunos años hubo una reconciliación pública y solemne entre dos de estas poblaciones, Ariccia y Genzano; en ellas se estableció una especie de tregua de Dios. Por lo demás, en la Romaña, por ejemplo, el «furor homicida» es provocado por la política; los partidos, en aquella comarca, degeneran en verdaderas facciones que luchan entre sí, no con papeletas de votación, sino á tiros ó á puñaladas. (Véase el estudio de Mr. François Carré, sobre *la Criminalité en Italie* en el *Correspondant*, año 1895).

jesuítas; todo esto ha producido una mezcla original de las más preciosas cualidades y de los vicios más peligrosos. Y estas son, en suma, las cualidades que vencen «Amo á los italianos, decía el escultor Greenough. Si cualquier otro pueblo hubiera sido sometido á tantos años de servidumbre y depravación como ellos han sufrido, sería hoy quizás semejante al bruto y apenas conservaría trazas del aspecto humano».

IV

TENDENCIAS PSICOLÓGICAS DE LA NACIÓN ITALIANA

Si pasamos de los individuos al Estado, volvemos á encontrar el mismo carácter aumentado. Conquistador, político, legislador; he aquí, en tres palabras, cómo se ha visto el Estado romano. Conquistador ya no puede serlo el pueblo italiano, al menos del mismo modo, pero siempre ha quedado invasor. El recuerdo de la dominación romana está aún enteramente vivo en el corazón de este Estado, y Gioberti tiene razones para decir: «*Il primato è il dogma dell'Italianitá*». Si el pueblo romano era legislador, el italiano es más bien legista y criminalista. No dando ya Júpiter Capitolino la ley al mundo, Italia no podía tener más las grandes miras jurídicas de sus antepasados; el horizonte se ha limitado naturalmente.

A pesar de su genio realista y práctico, el romano tenía, como hemos visto, amor á lo general y aun á lo universal: este sentimiento tuvo que debilitarse en el italiano moderno, quien, no teniendo ya que desempeñar el gran papel de sus antepasados, no podía menos de hacerse, como sabemos, mucho más individual. A medida que todo se fraccionaba, los sentimientos perdieron su antigua convengencia hacia un fin mismo y único: la grandeza de la patria. En la Italia, desgarrada por las fracciones en que

cada una luchaba contra las demás, la preocupación de la comunidad fué aminorando poco á poco en provecho del yo, que veía en sí su único sostén. Así se produjo á la larga, con caracteres naturalmente concentrados, una nueva concentración, una gravitación creciente hacia sí. Es para el psicólogo y el sociólogo el resultado más importante y general de las diversas crisis por que atravesó la nación italiana, que fueron crisis sociales.

En el orden político algo debía también perderse á la larga de lo que los romanos habían tenido de genio y poder. ¿Dónde hallar hoy aquella especie de fe política tan profunda, que en la antigua Roma había llegado á ser una verdadera religión, por no decir la única. M. Mariano confiesa que, en lo que respecta á la política, la nación está eminentemente desengañada; ha visto demasiadas revoluciones; las ha sufrido demasiado; no concede valor absoluto á ningún instrumento de gobierno; el fin lo es todo, es preciso triunfar. El escepticismo les salva de nuestro radicalismo. Al contrario del francés, el italiano que se declara más radical, no pierde nunca el sentimiento de la medida y la moderación. No es «simplicista» ni partidario de los caminos derechos; cree que en política la línea curva es el camino más corto entre dos puntos. Si el italiano moderno no tiene ya el genio poderoso de organización que caracterizaba á los romanos, lo que ha conservado y quizás acrecido (como su recurso supremo), es el arte político de conseguir sus fines, la penetración, la destreza para ocultar su juego, las astucias todas de la diplomacia. Macaulay, que no se dejó seducir por las teorías, que han llegado á hacerse corrientes, sobre la pretendida comunidad de las naciones neolatinas, hacía notar que el valor militar, «que es orgullo del frívolo y fanfarrón francés, como del pesado alemán, y el arrogante y novelesco español»», era generalmente desdeñado por el italiano, por el positivo y calculador italiano: «¿Donde puede triunfarse por destreza política, para qué emplear la fuer-

za? Como Maquiavelo, el italiano estima de buen grado que «reivindicaciones reiteradas acaban por constituir un derecho», como Guichardín, «que el éxito se crea repitiendo que existe», de donde se sigue que es necesario no cansarse nunca de pedir, reclamar, adjudicarse la cosa de antemano como si fuera de uno. Los romanos conocían ya el procedimiento; entre los neolatinos, Italia sólo le conserva, y es entre los anglosajones donde alcanza un desarrrollo incomparable: ¡ved los ingleses!

El espíritu político italiano tiene un soberano desdén, no sólo por la «lógica puesta al servicio de la pasión», que representaba Cavour á la nación francesa, sino aun por la lógica puesta al servicio de las ideas, que es también una costumbre francesa. El italiano, por su parte, encuentra que el razonamiento es excelente para destruir, en modo alguno para crear; que la política da dos especies de faltas de lógicas, una grande y otra pequeña; la una, propia de todos los verdaderos hombres de Estado, consiste en la persuasión de que no puede aplicarse el vigor de los razonamientos á los hechos, porque la naturaleza está llena de contradicciones, y la sociedad no se desenvuelve con la perfección de las formas geométricas; la otra, la menor, es la de los partidos que tienen que defender un interés material, y que emplean el razonamiento en deducir las consecuencias ventajosas para sí, teniendo buen cuidado de olvidar las desventajosas (1). ¡Qué la lógica humana no violente la vida!

El método político del Estado italiano es, según Gioberti, «una prudencia extrema unida á una gran audacia», mientras que el método francés es la temeridad imprudente. Napoleón debió sus victorias al primer método; su caída al segundo, á la *furia* que obra «por movimientos bruscos, arrebatados, frágiles, desordenados». *Suaviter et fortiter;*

(1) Ferrero. *L'Europa giovane,* pág. 63.

la célebre congregación no deja de haber tenido sobre el carácter italiano un largo y profundo influjo.

Los juicios de los historiadores sobre la política italiana son innumerables y en suma, bastante uniformes. Según el historiador alemán Leo, «el italiano emplea á los demás hombres más bien que se entrega á ellos; él, en cualquier circunstancia, sabe estar libre con respecto á ellos, los considera como instrumentos». El hombre de Estado austriaco, que fué confidente y amigo de Maximiliano, dice en su libro titulado *El último de los Napoleones:* «Para destruirnos el italiano se hará más piadoso que el papa, más humilde que el esclavo, más abnegado que el mismo sacrificio, hasta que os haya hecho caer en el lazo». Por lo que concierne á la ambición, el sentido realista, la costumbre de no retroceder ante el empleo de la fuerza ni el de la astucia, la patria de Maquiavelo tiene derecho á compararse á la de Federico. Este último afectaba, sin embargo, con respecto á ellos, un desdén tudesco: «más astucia que inteligencia, avaricia é ignorancia, mucha superstición y no verdadera religión, esta es Italia». Retrato satírico. Con el mismo desenfado, Napoleón escribió al general Junot: «La relación del mayor del 42 es de un hombre que no conoce á los italianos, que son falsos. Sediciosos bajo un gobierno débil, sólo temen y respetan á un gobierno vigoroso». Los italianos como los alemanes reproducen de buen grado hoy la humorada en que Schopenhauer, dice que «los franceses son en Europa lo que los monos en América», olvidan añadir, que el mismo filósofo misantrópo hacía profesión de «despreciar la nación alemana á causa de su infinita tontería», y que reprochaba á los italianos de su tiempo cierta falta de pudor que hace que no se les considere, «ni demasiado malos, ni demasiado buenos para nada». Cualquiera que tenga pudor es demasiado tímido para ciertas cosas, demasiado orgulloso para otras. El italiano no es una cosa ni otra. La sátira tiene lugar de ejecutarse en todas partes.

Objeto de ironía y críticas por parte de nuestros vecinos es nuestro «humanitarismo», y de un modo general el «sentimentalismo» y el «cosmopolitismo», del que resulta á sus ojos nuestra falta de sentido político. En este respecto, en que somos tan poco latinos, Gioberti se mofaba de nuestro «amor á los antípodas y al género humano», que con frecuencia sustituye al amor patrio. El italiano es también bastante cosmopolita, pero con la diferencia, se ha dicho aún, de que el cosmopolitismo francés quiere poner la Francia al servicio de la humanidad, mientras que el del italiano, como el de los romanos, quisiera que la humanidad sirviera para engrandecer la patria (1).

A medida que el Estado italiano ha renovado su unidad, la abnegación por la patria ha hecho en Italia grandes progresos. «No hay nada, se ha dicho, que el italiano no sea capaz de hacer; pero desde el más bajo al más encumbrado, siempre es patriota.» Luis Ferri recuerda que las historias de Florencia, de Venecia, del Piamonte y de Génova ofrecen ejemplos magníficos, no sólo de virtud individual, sino también de heroísmo por parte de pueblos enteros. En momentos críticos, cuando la libertad peligra, se han visto magnánimos esfuerzos en Nápoles y en Sicilia. Las poblaciones mismas de la Italia central, que la diplomacia de la primera mitad del siglo nos representaba como absolutamente indisciplinadas é impropias para la libertad, «toman hoy su parte, como las demás, sin resistencia, en los sacrificios tan pesados, sin embargo, que se imponen al joven Estado».

La imaginación meridional, unida al recuerdo de la grandeza pasada, expone al italiano, lo mismo que al español, á la megalomanía. De la admirable fortuna que

(1) A. Brachet, *L'Italie que l'on voit et l'Italie qu'on ne voit pas*, libro demasiado pesimista, en el que abundan los documentos, pero que no ha puesto en claro los aspectos hermosos del carácter italiano.

España debió á la conquista de América, quedó en la imaginación española el amor á lo imprevisto, la perpetua esperanza en un golpe de fortuna, y por esto se ha dicho: la lotería tiene siempre tanto éxito en España. No es menor el que tiene en Italia. Además, en este último país, el orgullo de la dominación romana mantiene el ensueño perpetuo de un nuevo imperio latino. ¿Cómo impedir á un pueblo que ha tenido grandes destinos que conserve siempre grandes ambiciones? Si Francia no olvida más que Italia su historia gloriosa, ¿es de creer que el inglés ó el germano estén más inclinados al olvido ó á la modestia nacional, al sobrio amor de la *aurea mediocritas*?

V

LAS CIENCIAS, LA FILOSOFÍA, LA MORAL, LA CIENCIA SOCIAL EN ITALIA

En el dominio de las ciencias y de la filosofía, la mezcla de aptitudes diversas que tienden á equilibrarse, debía producir en los latinos y en los neolatinos la aspiración enciclopédica. Les es, por otra parte, difícil seguir una sola línea de trabajo, dice Luis Ferri, «principalmente si es de orden subjetivo y separa violentamente al intelecto de sus objetos más naturales». ¿Por qué los compatriotas de Galileo se han mostrado más particularmente aptos para el estudio de las ciencias físicas? Porque los signos objetivos de estas ciencias son tan inseparables de la realidad sensible, como apropiados á la «contemplación intelectual del mundo». Campanella, cuando conoció las ideas de Galileo, le incitaba á reducirlas á sistemas, y se sabe que el gran sabio se negó: «Prefiero un corto número de sensaciones ciertas á doctrinas especiosas y problemáticas.» Más fiel que Campanella al genio verdadero de

su raza, Galileo instituía la concepción y la práctica del método experimental.

El espíritu latino, «firmemente apoyado sobre el mundo objetivo», no ha dejado de desconfiar de la especulación metafísica. Los filósofos de Roma y de Italia son los más extraños de todos á lo que los alemanes llaman el trascendentalismo, lo mismo que, como hemos visto, los místicos italianos fueron los más razonables y moderados de todos.

Al espíritu griego de análisis sutil se oponía el romano de coordinación y generalización. A la especialidad que se encierra en un limitado estudio, prefería el romano, en ciencia como en política, los puntos de vista universales. El especialista corre el riesgo de olvidar demasiado, en su dominio particular, el valor social que el romano tenía por fin y que confiere á los trabajos, si no una especie de universalidad objetiva y metafísica, al menos una universalidad humana, análoga á la síntesis subjetiva de que habla Comte.

Más bien eclécticos y conciliadores que sistemáticos, los latinos y sus sucesores no podían elevarse mucho á estas grandes construcciones de la filosofía, que son el desenvolvimiento de una sola idea capital. Un celta, Escoto Erigenes, fué quien dió el primer impulso al neoplatonismo de la Edad Media; un germano, Nicolás de Cuss, quien con su neoplatonismo dió principio á la metafísica del Renacimiento. Las tres grandes doctrinas relativas á la naturaleza de las ideas generales habían tenido por iniciadores á tres franceses: Roscelino, Guillermo de Champeaux, Abelardo. Los italianos no han dejado de tener una especie de inspiración filosófica general, que jamás separan de la inspiración poética. Dante, Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Petrarca, Bruno, son los más gloriosos ejemplos. En vez de referir por el análisis el procedimiento artístico á las condiciones más profundas del pensamiento y el sentimiento, la filosofía italiana, como

ya había hecho la griega, tiende á erigir el procedimiento artístico como medio de explicación universal; concibe el mundo entero, á la manera de Platón, como una obra de inspiración poética, imitación y realización de la belleza. El platonismo ha ejercido, por lo demás, un influjo duradero en el alma italiana por su concepción de la belleza y del amor. Cuando se unió al influjo de los trovadores y de la caballería, influjo en gran parte francés, ¿no se vió al platonismo llegar á la deificación del sexo femenino? La belleza y el amor desempeñan tal papel en la literatura itatiana, que basta recordar «la triada de Dante, Petrarca y Boccacio» para comprender cómo la literatura del amor, como la filosofía misma, hubo de dividirse entre las tendencias idealistas y las realistas. Para Dante, el amor es á la vez «una facultad moral y estética, un principio teológico y cosmogónico». Para Francisco de Asís, el amor es una fuerza á la vez humana y divina, es el poder creador y conservador, y la moral no es sino la universalidad del amor. Las ideas de Petrarca sobre el amor son conocidas: el diálogo de Julia de Aragón se basa en «lo infinito del amor»; la misma concepción vuelve á hallarse en Campanella, y, finalmente, el poder del amor es también el asunto de los *Eroici furori*.

Caracteriza la moral enseñada por los filósofos italianos el tomar por base la doctrina del hedroísmo y de la utilidad social, pero sobreponiendo á ellas de ordinario las ideas de belleza y de felicidad. En su discurso sobre el sentido moral de los italianos, Mamiani nota que si su vida objetiva no ofrece profundidad y continuidad, encuentra este defecto una cierta compensación en su sentido estético, que ve lo bueno en lo bello más bien que lo reconoce en sí mismo y aislado de la belleza. Lo que había de triunfar en espíritus eminentemente positivos al mismo tiempo que artistas, no es «el imperativo categórico» de Kant, sino más bien la teoría aristotélica de la felicidad. Si, pues, con verdad se dice que la filosofía

italiana subordina la moral á la estética, con no menor verdad puede añadirse que subordina la estética al eudemonismo.

Más que para la psicología y la moral, el genio latino es apto para la sociología. El nombre es nuevo, pero esta ciencia siempre se cultivó en Italia: Vico esbozó los principios y leyes que en el curso de la historia regulan las múltiples manifestaciones de los grupos humanos; todos los maestros italianos en la ciencia política ó jurídica han trabajado en la solución de los problemas sociológicos. Los estudios relativos á la legislación, á sus principios y efectos sociales, han seguido muy florecientes hasta nuestros días en Italia. Bello y Gentile habían sido ya precursores de Grocio. Vico definía el derecho: la utilidad natural sometida á una regla eterna de medida. Romagnosi y Rosmini se preocuparon igualmente ya de «la utilidad», ya de «la proporción». M. Puglia observa con razón que el genio positivo de los latinos no ha podido jamás, en la idea del derecho, «hacer abstracción de lo útil, cosa que han conseguido los franceses». Para ambos pueblos hay un elemento ideal inherente al derecho; pero para el uno es la libertad, y para el otro «la proporción», que asegura el éxito (1). Este cuidado de una medida y una proporción exacta, ha inspirado asimismo, ya los trabajos de Beccaria, ya los estudios recientes de los italianos sobre los factores antropológicos, fisiológicos y sociales del crimen: trátase siempre de establecer una relación racional entre el delito y la corrección jurídica. Reconócese seguramente en los hermosos estudios de «la criminología positiva» el espíritu práctico italiano.

---

(1) M. Puglia quiere ver, por lo demás, bien erróneamente, en la jurisprudencia «la manifestación más elevada del pensamiento filosófico». En ello se muestra él mismo muy latino, algo preocupado en exceso de la aplicación de las ideas á la realidad positiva. Por nuestra parte, preferiríamos más legistas y menos moralistas y metafísicos.

VI

LA CRISIS MORAL EN ITALIA

En Italia, como en Francia, existe una crisis moral complicada con la religiosa, la *miscredenza*. Italia ha conquistado su unidad política á expensas de lo que le restaba de vida religiosa, que el influjo del catolicismo romano había acabado por confundir enteramente con la vida moral. Ya hemos visto que si la religión consiste en el fervor de la fe interna, no era muy intensa en Italia, reduciéndose casi al culto y á los actos exteriores. Aún era mucho, puesto que había en esto una regla moral y social, que impedía á espíritus, á la vez positivos y apasionados, caer en un completo materialismo. En nuestro siglo, por la fuerza de las cosas, ha estallado la lucha entre la monarquía y el papado. Ahora bien, la monarquía, no sólo ha echado por tierra el poder temporal del papa; su triunfo ha tenido por efecto, en la masa del pueblo, extraña á toda creencia filosófica, social, humanitaria, quebrantar el poder mismo espiritual del cristianismo. Se pretende que un hombre de Estado inglés, decía á un ministro italiano: «Considero imposible para una nación subsistir sin una base religiosa, cualquiera que sea», y que el ministro contestó: «Nosotros, los italianos, estamos en camino de intentar la experiencia».

Si la base teológica del deber no parece á los filósofos absolutamente necesaria, ó si al menos no debe serlo siempre, ningún filósofo, sin embargo, admitirá que una nación pueda vivir sin una fe moral ó social, sin una religión laica de la justicia y la humanidad. En Francia, después del quebrantamiento de las creencias católicas, hemos tenido una fe humanitaria desarrollada en el siglo décimooctavo, y en la revolución, una religión del «derecho» y del «progreso». «¡Oh Francia, tierra del entu-

siasmo!», exclamaba Mme. Stäel. Por mucha ingenuidad que haya en estas palabras, este entusiasmo no ha dejado de constituir por mucho tiempo nuestra fuerza. En la Italia actual, en el lugar de las creencias que se van, ¿dónde se perciben las creencias que vienen? Humanitaria, la Italia no pretende serlo; profesa en todo, como hemos hecho constar, mayor escepticismo que entusiasmo. La única idea impersonal que actualmente la sostiene, es, por tanto, la de su unidad interior y su expansión exterior: es una idea *política*. Base dudosa para la conciencia de una nación y que corre el riesgo de dejar pronto el puesto, después de las desilusiones de la «megalomanía», á las ásperas reivindicaciones de los socialistas ó de los anarquistas.

El patriotismo bien entendido es ciertamente un gran resorte moral, pero insuficiente para Italia. Esta, por lo demás, según M. Alejandro Groppali, tiene aún menos tradiciones nacionales que provinciales ó urbanas. Siempre se ha puesto de mala manera «la camisa de fuerza de la unidad». Aun en nuestros días, los diferentes Estados se han confundido más que fundido.

En su notable obra sobre Hipólito Taine, Mr. Barzellotti establece un paralelo lleno de interés entre la revolución italiana y la francesa, que había sido tan severamente juzgada por nuestro gran escritor. La revolución italiana inútilmente estuvo «pura de grandes crímenes». M. Barzellotti la reconoce inferior bajo dos conceptos á la francesa. Primeramente le ha faltado algún «gran cimiento», algo que pudiera «templar de nuevo á la nación *entera* en el fuego del sacrificio». Preparada por sus escritores y por sus antiguos mártires, «puesta en camino por Cavour y Víctor Manuel y por las audacias geniales de Garibaldi, habiendo llegado—no por su única fuerza propia, sino con la ayuda francesa, en el 59, en el 66 y en el 70, después de una guerra no feliz y á favor de inesperados sucesos—á conquistar finalmente la independencia

y la unidad nacional, nuestra revolución no es obra de la virtud y los sacrificios de todo el país. Ha sido comenzada y realizada, si así puede decirse, enteramente por una sola clase social, la burguesía, que casi sola se ha aprovechado de ella, dando por necesidades de gobierno la libertad más lata á un pueblo sin preparación y no educado para servirse de ella. En la adquisición de Roma, ocurrida en vida de Manzoni, M. Barzellotti ve «la piedra de toque que atestigua la inferioridad de las clases políticas italianas, con relación á la función histórica que les correspondía, de formar y disciplinar á nuestro pueblo para una vida nueva». A través de las ruinas de la Roma antigua y frente al papado, la mezquina altura moral del nuevo reino desaparece en la sombra gigantesca de las dos creaciones históricas más grandes, debidas á la prudencia civil organizadora de la raza latina. M. Barzellotti lamenta que la revolución italiana no haya podido aún, en treinta años, dar al país «una verdadera y estable situación económica, moral y civil, digna de sus tradiciones». El eminente filósofo y patriota pregunta, dónde hay «una sola idea verdaderamente nueva y original, digna de permanecer en la historia del país, que proceda de los hombres, demasiado inferiores, que sucedieron á Cavour». ¿Existe una sola de nuestras instituciones, excepto el ejército y la marina, «que pueda llamarse nuestra y considerarse vital? En el orden de sus relaciones morales con la Iglesia, en la instrucción del pueblo, en la organización de los estudios, «la nueva Italia no ha hecho aún, en treinta años, alentar un pensamiento nuevo y suyo. Sisifo de la Hacienda, no ha conseguido, en el tiempo citado, detener una sola vez la peña del déficit que gravita sobre sus hombros. En su régimen administrativo, muy complicado y al mismo tiempo ineficaz, tiene todos los defectos de la centralización francesa, de que es copia, sin tener sus ventajas de rapidez, precisión y regularidad casi militar. Bajo el influjo deletéreo del parlamentarismo,

el Estado entre nosotros ha llegado á ser para lo sucesivo una gran coalición de intereses locales, regionales y privados, á la que se da, con bastante error, el nombre de cosa pública; una inmensa agencia de colocaciones para los clientes y grandes electores de los diputados más activos, de los cuales el gobierno es sólo comité de distribución y gerente no responsable. Y en el vacío moral y económico hecho en todas partes por la política, las fuerzas que deberían ser vivas en el país, la agricultura, industria, comercio, artes, fe activa en el ideal, ardor para el trabajo y los estudios superiores, todo esto languidece extenuado» (1). M. Mariano y Luis Ferri, son inútilmente adversarios del «romanticismo»; no dejan por ello de declarar estos eminentes profesores universitarios, que «la lucha incesante contra el influjo *espiritual* del papado, unida al desarrollo del militarismo, trae el riesgo de que se suprima toda vida moral, sin otra compensación que la Triple Alianza con los riesgos de una guerra europea». El resultado es paralizar en Italia el vigor intelectual. «No nos faltan, dice Mr. Barzellotti, hombres iguales en alientos y en profunda erudición á los mejores de las demás naciones; pero sufrimos la ausencia de la alta vida ideal, que, según Goethe, es necesaria para dar á la ciencia vitalidad y realidad. En ningún otro país se encuentran tan pocos hombres dedicados á las ciencias morales, filosóficas, religiosas, á todo lo que está por encima de fines puramente materiales». Todo esto encuentra «la indiferencia ó la desdeñosa sonrisa de los que imaginan (y son muy numerosos, sobre todo entre los hombres de ciencia, los que pertenecen á una escuela y los economistas) que la marcha del pensamiento moderno es esencialmente materialista, y excluye, por inútil, toda consideración de los problemas últimos de la conciencia. M. Barzellotti nos mues-

(1) G. Barzellotti, profesore di filosofía all'Universitá di Napoli. *Ippolito Taine*, 1885, pág. 284. La obra ha sido traducida al francés. (Alcán.)

tra finalmente cómo la actividad peligrosa de las sectas enemigas del orden social, alentadas por «una prensa poco honrada y licenciosa», que el gobierno tolera, «hace progresos en el crimen».

Es una ley histórica y sociológica, añaden estos pensadores, que por la fuerza misma de los sucesos, una forma de gobierno tradicional caiga en la decadencia y el descrédito; no puede administrar los asuntos de una gran nación, ni fundar ya apoyo alguno sobre su vida intelectual y moral, cuando no se ha identificado jamás con sus ideales más elevados y verdaderos. Entonces, en efecto, el espíritu nacional está de un lado, el del gobierno de otro. Ahora bien; ¿de qué modo la masa del pueblo italiano conoce hoy al gobierno? «No lo conoce, dice Monsiur Barzellotti, sino á través de la vigilancia del fisco, que le impone los más pesados tributos; de la policía, que impide todo levantamiento; pero jamás siente su poder director y educador, que enteramente falta desde un punto de vista elevado». En 1872, un escritor distinguido de Italia que fué varias veces ministro de Instrucción pública, M. Pascual Villari, escribía: «Desde que Italia ha llegado á ser independiente y libre, se diría que ha dejado los tiempos como los ha encontrado; hemos obtenido todo lo que queríamos, y en vez de ensanchar nuestro horizonte, parece haberse limitado. Somos gentes gastadas y desanimadas». El ministro de Estado, decía en la Cámara de los diputados, el 3 de Mayo de 1894: «Así es como, en una nación que realzan tantas virtudes como nuestro pueblo muestra, en medio de las esperanzas de los pueblos enemigos, en una nación que no puede, sin ser suicida, dejar moralmente vacío el puesto que ocupa geográficamente, la conciencia pública ha permanecido oscurecida».

M. Ferrero recuerda, no sin melancolía, que desde el año 1848, en su tratado sobre *l'Unité italienne et les fédérations*, Proudhon trazaba un cuadro de la Italia futu-

ra «de precisión tan maravillosa, que no sólo los grandes hechos, sino hasta los pequeños incidentes escandalosos de la política actual están en él anticipados» (1). Y M. Ferrero dice en conclusión que todo el gran movimiento de Italia hacia la unidad la ha llevado «á construir el edificio gigantesco de un gran Estado centralizador sobre una montaña que amenaza hundirse» (2).

Como hace poco tiempo que los italianos han restablecido su unidad, no es de admirar que no hayan establecido para nada todavía aquella constante subordinación del individuo al Estado, que hizo posible el poder romano. En vez de esforzarse en reconquistar esta virtud fundamental, la Italia actual tiende á hacer que la patria traspase sus fronteras. Pero si siempre, en el fondo de su pensamiento, ha conservado la ambición de los romanos á lo exterior, no ha guardado su cohesión previa en el interior. Bonaparte escribía al general Gentili, al enviarle á las provincias venecianas: «No olvidéis en vuestras proclamas, hablarles de Grecia y Roma». Y el mismo Napoleón fué quien, creyendo se trataba de los franceses, y no ya de los italianos, escribía á Fouché: «Suprimid todos los periódicos, pero poned al frente del decreto seis páginas de consideraciones liberales sobre los principios». Conocía el flaco del francés lo mismo que el del italiano.

Aún en este punto, la lectura de los filósofos y sociólogos de Italia, es preciosa: «¿Con qué fin, dice uno de ellos, sino con el de ahogar las más legítimas aspiraciones de nuestro pueblo, que aún veía incompleta la obra de su rehabilitación política, nuestros gobernantes han deseado, desde hace algún tiempo, habituarnos á una política exterior completamente artificial, dejando á *otros*, mejor aconsejados que nosotros, hacer presa en los más vitales intereses de Italia?». Así habla, aludiendo á Ale-

(1) *L'Europa giovane*, p. 77.
(2) P. 35.

mania, M. Celso Ferrari en su interesante libro sobre la *Nazionalitá e la vita sociale*. Pero es curioso ver al mismo autor, en la página siguiente, erigir el irredentismo en doctrina social: «Los gobernantes intentan, dice, ahogar en nosotros el sentimiento de fraternidad que tan fuertemente nos enlaza á aquellos de nuestros conacionales á quienes una razón de gobierno mal entendida nos obliga aún á considerar como extranjeros. El irredentismo ha dejado de ser para nuestros gobernantes el símbolo de esta *expansión natural* que ellos mismos reconocían antes como la *única posible* para nuestro organismo social, el símbolo de la completa correspondencia con el medio social *exterior* del cual puede depender la existencia de nuestra nación!» De un lado, pues, el autor vitupera el militarismo á la alemana y la megalomanía; de otro, quiere la expansión de Italia en Trieste, el Trientino, Saboya y Niza, tanto esta expansión «natural» está en el corazón de los italianos.

¡Del cuadro de los males de Italia, cuántos rasgos podían aplicarse á todos los países, incluso al nuestro! El ejemplo de nuestros vecinos es para nosotros una útil advertencia. Nos enseña dónde podría llevar la decadencia de los estudios filosóficos y morales, dónde una lucha ciega contra las ideas religiosas cuando nada se ofrece para reemplazarlas en la masa de un pueblo. Si alguna vez Francia quisiera, como Italia, vivir de la política pura, no viviría; la política es sólo un medio y no un fin. Es también difícil para los librepensadores no reconocer con qué verdad León XIII recordaba ya á sus compatriotas que la religión es una de las grandes fuerzas sociales y que la Italia de hoy no tiene bastantes fuerzas de este género á su disposición para enajenar voluntariamente aquélla. Sin ser partidario del estoicismo político, M. Barzellotti dice en conclusión, á su vez: «La verdadera política no consiste en disminuir ó combatir todas las fuerzas morales que un país pueda encerrar, sino en *sostenerlas*

todas en el límite de las leyes». Esta lección de sabia política dada por italianos esclarecidos y filósofos—descreídos, pero tolerantes—es preciosa para los «neolatinos» todos.

VII

LA CRISIS ECONÓMICA EN ITALIA Y SU INFLUJO

Desde el punto de vista económico, la vitalidad y recursos de Italia son mucho mayores que lo que imaginan los detractores de la «raza latina». Los italianos, con una deuda tan grande, no tienen sino mayor mérito, como vamos á ver, al luchar con circunstancias desfavorables, y al trabajar, ahorrar, y realizar, á pesar de tantos obstáculos, los progresos que no dejan de llevar á cabo.

La población de Italia, que es de cerca de 33 millones de almas, vive en una superficie de 28 millones y medio de kilómetros cuadrados. Una tercera parte del territorio está cubierta de montañas, que son obstáculo para la producción y la circulación. Limitan estas montañas asimismo la superficie que puede habitar una población ya densa, que se concentra en las costas (de una extensión de 6.785 kilómetros, comprendidas las islas). De los 155 ríos de Italia, los del Norte son navegables y constituyen una fuente de riqueza; pero los del Mediodía, por el contrario, no solamente no son navegables, sino que «desolan y hacen inhospitalarias las tierras que riegan» (1).

Los italianos reconocen, sin embargo, siempre en su maravilloso país una comarca esencialmente agrícola, la *magna parens frugum*, la *Suturnia tellus* de los poetas antiguos. Hay en Italia 9 millones de labradores. La agricultura emplea 600 habitantes por milla, la industria 300;

(1) M. Groppali: *Revue de soeiologie*, 1898, p. 890.

Hungría, con 625 labradores, Austria con 552, Irlanda con 540 son las únicas naciones que están delante de ella. Francia la sigue con 487 de población agrícola y 242 de industrial. Alemania con 423 y 212 respectivamente. En Bélgica, Suiza, Inglaterra, Escocia, la población industrial es la más densa.

Por desgracia, en Italia el régimen de propiedad es vicioso y la riqueza rústica está mal distribuída. No se ve allí el desenvolvimiento regular que en la mayor parte de los Estados europeos, y notablemente en Francia, ha llevado lentamente á los trabajadores á la posesión del suelo. Italia ha sido llevada á dos excesos contrarios: en unos sitios, extensión indefinida de los grandes dominios, en otras fraccionamiento progresivo de las pequeñas propiedades rurales (1). Las tierras públicas son muy extensas en Italia: 500.000 hectáreas en las provincias que dependen de Nápoles y Sicilia, cerca de 200.000 en Cerdeña, 200.000 en los Estados pontificios. Los bienes patrimoniales del Estado se valoran en 100 millones de liras, los de «obras pías» en 700 millones, los de dotaciones eclesiásticas en 1.000 millones. El embargo de las propiedades que no han satisfecho el impuesto viene todavía á aumentar cada día esta especie de fondo de mano muerta, sustraído, si no á todo cultivo, al menos á cualquier explotación activamente interesada. En 1892 se hicieron 1.881 ventas públicas por cuotas inferiores á 2 francos. Todos los años se pronuncia sentencia ordenando la venta en subasta de diez ó doce mil propiedades por falta de pago de los impuestos (2).

Italia sufre á la vez, según los economistas, por el desarrollo nuevo de la producción del capital y por la actual insuficiencia del mismo. En la Italia del Norte el

---

(1) Leopoldo Mabilleau, *La Prévoyance sociale en Italie.* Véase también *Cosmopolis*, Junio de 1898.

(2) L. Mabilleau, *Ibid.*

sistema de producción capitalista ha hecho grandes progresos; en el Mediodía la forma de producción patriarcal domina. En él ya no es la teoría de las razas, sino la de Marx la que dará más bien explicaciones valederas. Las regiones septentrionales, donde sin embargo predominan los celtas braquicéfalos, han sido llamadas «la Inglaterra de Italia», aun cuando la falta del hierro y del carbón les impida ser de los países plenamente industriales. La industria del Norte está floreciente, y prescinde del auxilio de los «anglosajones». Milán, con una población igual á la de Nápoles, cuenta con 3.025 talleres, 1.210 calderas de vapor y 1.800 motores: Nápoles sólo tiene 2.704 talleres, 308 calderas y 579 motores. Milán da ocupación á 150.000 obreros, Nápoles á 50.000. El Sur de Italia, en sus grandes líneas, reproduce «la fisonomía de la Edad Media», es «la cadena del pasado atada á los pies de la Italia moderna». El campo está allí desierto, la población se disemina, prepondera el *latifundio*: el cultivo puramente extensivo empobrece el suelo. En lugar de una verdadera burguesía, sólo existe una «aristocracia absenteísta, una clase de usureros y *camorristas* (1).

---

(1) M. Groppali: *Ibid.* «En el Mediodía de Italia, escribe también M. Villari en sus *Lettere meridionali*, los paisanos dedicados al cultivo de los latifundios, que es el régimen normal de la propiedad en aquella región, residen en ella durante casi todo el año, y van unos cada quince días, otros cada veinte, á la ciudad, para ver á sus mujeres, sus hijos y su casa. En el campo viven en un gran caserón durmiendo en nichos que han abierto todo alrededor de los muros. Su cama es un saco de paja, sobre el cual duermen completamente vestidos, pues que jamás se desnudan. Están dirigidos por un *massaro*, que todos los días da á cada uno por cuenta del amo, un pan negro y duro de un kilogramo, que se llama el *panrozzo*. El campesino trabaja desde el amanecer hasta la puesta del sol; á las diez, descansa media hora y come un trozo de su pan. Por la noche, cuando termina el trabajo, el *massaro* coloca en un gran fuego, en el fondo del caserón, un enorme caldero, en el que hace hervir agua con muy poca sal, *con pochissimo sale*. (Sabido es que el impuesto sobre la sal es en Italia muy crecido, que allí la sal es casi un lujo). Durante este tiempo, los trabajadores se colocan

Al reparto defectuoso de la riqueza, factor sociológico y no étnico, se añade otro, defectuoso igualmente, de las contribuciones públicas. El profesor Pantaleoni, al calcular la riqueza privada desde 1872 á 1889 ha hallado el 16 por 100 en Piamonte y Liguria, el 14 en Lombardía, 13 en Toscana, 9 en Venecia, 7 $^1/_2$ en Nápoles, 7 en las Marcas y Umbría, 6 $^1/_2$ en Sicilia y 5 en Cerdeña. Ahora bien; el impuesto italiano es inversamente proporcional á la riqueza. La Italia alta, que posee el 48 por 100 de la riqueza, sólo paga el 40 de impuesto; la central, que sólo tiene el 25 por 100 de riqueza paga el 28 $^1/_3$ por 100; la meridional, con el 27 por 100 de riqueza, paga el 32 $^1/_4$ de tributos (1).

Mal repartidos con arreglo á las personas, no lo están mejor los impuestos conforme á las cosas. Los que pesan en Italia sobre los artículos de primera necesidad son enormes, mientras que son relativamente ligeros los concernientes á artículos nocivos á la salud, como las bebidas alcohólicas. Los economistas italianos se quejan de que pase lo contrario de lo que ocurre en las naciones civilizadas, como Inglaterra, donde pagan los artículos perjudiciales á la salud 17, 19 francos por habitante, y 0,41 francos solamente los de primera necesidad.

Los artículos de gran consumo son gravados, á su entrada en Italia, con derechos de 100, 200 á 400 por 100

---

en fila, cortan su pan en rebanadas en escudillas de madera, en las que el *massaro* vierte un poco de agua salada con algunas gotas de aceite. Esta es la sopa que comen todo el año; denomínanla *acquasale*. Y *jamás han tomado otro alimento*, excepto en la época de la recolección, que se les da uno ó dos litros de *vinetto*, y eso para ponerlos en disposición de soportar mayores trabajos. Y aun estos campesinos guardan todos los días un trozo de su kilo de *panrozzo*, que venden ó llevan á sus casas para mantener á sus familias, con un salario de 132 francos al año (proximamente 35 céntimos al día) y una determinada cantidad de granos y habas, según la cosecha».

(1) Delle regioni d'Italia in ordine alla loro richezza. *Giornale degli Economisti*, 1891, p. 73.

ad valorem. En los países vecinos, el pan cuesta ordinariamente 25 céntimos kilo, la sal 10 céntimos, el petróleo, 10 céntimos litro, el café dos francos y el azúcar, 1 franco kilo. M. Nitti ha publicado cuadros comparativos que muestran que los precios de estas mercancías son en Italia, una, dos y hasta siete veces mayores. Sin embargo, el pueblo se ha resignado á las cargas más pesadas; porque tiene fe, ya en la solidez del gobierno nuevo, ya en el porvenir de la nueva Italia. Siempre soportando estas cargas, ha trabajado y ahorrado, mostrando todas las cualidades posibles de valor, paciencia y previsión.

A pesar de esta creciente actividad de los habitantes, quedan aún en Italia 2.800.000 hectáreas de tierras cultivables que no se cultivan. La *pelagra* presenta más de 100.000 casos; la emigración saca de la patria á 200.000 italianos cada año. La *malaria* esteriliza 2.000.000 de hectáreas, contagia 5.590 Ayuntamientos (los dos tercios), envenena á un millón y medio de personas, y mata 15.000 cada año. Las dos terceras partes de la Italia agrícola se componen, como hemos visto, de una población miserable, para la que son crónicos hambre y sufrimiento. Podemos, pues, decir, en conclusión, que la fortuna pública en Italia es, en conjunto, muy escasa y está muy desigualmente repartida, lo que plantea ante el espíritu activo de este pueblo un problema de muy difícil solución.

Una vez hecha la unidad en 1870, el Gobierno nuevo intentó ponerse á la altura de las grandes potencias, y para ello quiso en todas las ocasiones «echárselas de grande». Esta ambición del Gobierno italiano traía consigo todos los gastos indispensables para obras públicas, carreteras, canales, y también para la centralización que se quería establecer, para administración y ministerios, oficinas y empleos innumerables. De aquí una enormidad de construcciones, reparaciones, expropiaciones, cuya carga no había tenido que soportar de una vez país alguno de Eu-

ropa (1). Los particulares, siguiendo el ejemplo del Gobierno, construían, derribaban para reconstruir; las grandes ciudades hacían surgir, «como por encanto», barrios enteros. Fué la edad de oro de los albañiles, carpinteros, obreros, de toda clase de artesanos, de los *braccianti*. Se les veía llegar en masa del fondo de las campiñas, más desiertas cada vez, en tanto que se llenaban las ciudades. Pero habiendo excedido la ambición á los recursos, Gobierno y particulares tuvieron que contenerse. Al trabajo sucedió el ocio: en 1878, 10.000 jornadas de huelga; en 1880, 91.000; en 1885, 24.400, y así sucesivamente. La situación de la clase baja trabajadora era grave hacia 1880. «Un grupo de economistas y sociólogos, imbuídos en las ideas de asociación y cooperación, intentó la salvación, organizándola (2). Así, á la acción política, en gran parte artificial, sucedió otra económica y social, artificial en parte todavía, en cuanto era debida á voluntades particulares. El Gobierno alentó á las Asociaciones y las confirió privilegios, con lo que inspiraba á sus miembros, en cuanto en ellas entraban, el pensamiento enteramente natural de que el Estado ó las ciudades debían darles trabajo. Las Asociaciones obreras fueron de este modo organizadas, con el fin de hallar continuos recursos en las obras públicas. El Gobierno se hallaba comprometido en el camino del socialismo del Estado de tal manera, que hoy día ya no puede ni persistir en él sin perjuicio, ni retirarse sin peligro (3).

---

(1) Leopoldo Mabilleau, *La prévoyance sociale en Italie*. Introducción, y *Cosmopolis*, Junio de 1898, pág. 784.

(2) L. Mabilleau, *Ibid.*

(3) «Al organizar legalmente los *braccianti* y concederles privilegios fiscales, el Estado italiano se ha obligado moralmente á asegurarles la vida... Se verá probablemente obligado á una continua intervención en lo que concierne á los trabajos de mejora de la tierra. Quiérase ó no, es preciso dar trabajo á los 300.000 hombres, á quienes se ha asociado expresamente. A falta del Estado, que lo proporcionen las provincias ó las ciudades. Los *braccianti* no

Los escándalos del Panamá no podían menos de tener otros análogos en Italia, aunque en escala menor. Un francés á quien conocemos, contaba á un príncipe cardenal romano la historia de uno de nuestros grandes periodistas, que había recibido en el asunto de Panamá una fuerte suma, y el cardenal preguntaba con curiosidad: —¿Cuánto? —Adivinadlo. —¿Cien mil francos? —Eso es una bagatela.—¿Quinientos mil francos?—No es eso.—Qué, ¿se trataría de un millón?—Aún no lo acertáis. —¿Es posible? ¿Cuánto, pues?—¡Un millón quinientos mil francos!—*¡Com'é bello!* Era el grito del artista. Siempre se encuentra el artista aun en un cardenal romano.

En la *Revue de Sociologie*, M. G. Fiamingo muestra que si Italia atraviesa una crisis terrible, aún en gran parte se debe á la aplicación de la tarifa diferencial francesa. Todo el mundo sabe que en 1889 Italia dejó de renovar su tratado de comercio con Francia «por interés de los productores del Norte, y sacrificando de este modo á los del Sur... Su Gobierno no ha obtenido de la alianza con Alemania otro beneficio que el espíritu absoluto y el militarismo» (1).

La deplorable situación de la agricultura, y aun de la industria, ha producido en bastantes lugares la disminución de salarios. El consumo de productos alimenticios, «termómetro exacto del bienestar de los pueblos», dice M. Bodio, ha descendido visiblemente. En ocasión de las últimas revueltas, el precio de 30 ó 35 céntimos por kilo de pan, ya excesivamente elevado, había subido á 40, 45 y 50 céntimos. Era el hambre para muchos, porque hay hasta salarios en la agricultura que no exceden de un franco y 1,50; muchos obreros, por otra parte, no tienen tra-

---

conocen las crisis financieras y se mofan de los presupuestos con déficit. Italia está, por tanto, encadenada á la prosperidad, ó al menos al gasto que la representa. (L. Mabilleau, *Cosmopolis*, Junio de 1898).

(1) *Revue de Sociologie*, Abril de 1895, pág. 314.

bajo, y, finalmente, en Italia el pan es casi el único alimento, ó el alimento esencial para un número muy grande de trabajadores.

Los motines han estallado, pero en la región más próspera de Italia, porque es también la más trabajada por las Sociedades obreras. La primera causa de malestar, remonta al movimiento nacional que ha hecho la unidad italiana, y que tuvo por instrumento la ambición patriótica de la casa de Saboya. Esta, para combatir las revueltas, ha empleado principalmente medios políticos. Han ocurrido sangrientas colisiones entre el ejército y los amotinados. Se han registrado numerosas víctimas; y si hoy parece reprimido el movimiento, es de temer que renazca con nueva fuerza al primer motivo. El pueblo tiene hambre; la carestía de los víveres, coincidiendo con la falta ó insuficiencia de los salarios, engendraba una miseria profunda; pero aún había algo más en esta agitación. Preciso es ver en ella un movimiento político organizado por los adversarios del régimen actual, que no ha sabido satisfacer las aspiraciones populares, sometiendo á los contribuyentes á una presión extraordinaria, ambicionando figurar en la Triple Alianza, á costa de sacrificios enormes, subordinando al deseo de aparentar el reposo y bienestar de la población laboriosa. La política megalomana producía sus frutos. En Hacienda, antes que recurrir á las economías para equilibrar el presupuesto nacional, siempre se ha pensado que sólo el contribuyente debía dar lo que se le pidiera. Así el Tesoro italiano está desahogado, pero el contribuyente no lo está. Contraste anormal, efecto de la imprevisión de arriba, causa de la sedición de abajo.

El presupuesto italiano para el año de 1896-97 se liquidó con un superávit efectivo de 34 millones de liras, que sirvió para la construcción de ferrocarriles. El de 1897-98 tuvo un superávit de 36 millones, dedicado igualmente en su mayor parte á construcción de ferrocarriles

y á la flota naval. El mismo excedente presenta el de 1898-99. Esta situación sería excelente, sin duda, si la carga impuesta á los contribuyentes no estuviera en completa desproporción con sus fuerzas. Pero se comete el error de creer que un tesoro rico es sinónimo de un país rico. En Italia, se desea un tesoro rico por pura ostentación. Se han colocado en la situación de los que viven en una «falsa opulencia», y para poder alternar con vecinos que gozan de buena renta todo lo sacrifican á las apariencias, y ponen lo superfluo detrás de lo necesario (1).

Armonizar las necesidades militares de una gran potencia con los recursos del presupuesto de una nación que ha llegado al límite de su fuerza contributiva, es el problema de la cuadratura del círculo. «La Italia política ha arruinado á la agrícola», decía M. Pacini en su informe sobre la investigación agraria. Los terrenos yermos que ocupan algo más de la tercera parte de Italia son inmensos recursos que podrían utilizarse; sería posible roturar y hacer fértil una gran extensión de tierras antes fecundas y abundantes en cosechas, hoy inhospitalarias y desoladas por la malaria; pero las empresas exteriores y lejanas absorben los millones del presupuesto. Los economistas han calculado que el italiano da 13 liras para el ejército y la marina, y apenas 25 céntimos en beneficio de la agricultura, que es, sin embargo, el recurso supremo del país. El ejército, por sí sólo, ha costado á la Italia moderna más de 10.000 millones, y últimamente se ha aumentado en 10 millones el presupuesto de guerra. El general Primerano, ex jefe del Estado Mayor, había dicho en el Senado, en Junio de 1896, que «si un día se llevaba el ejército á una guerra europea se sufriría un desastre mayor que el de Abba-Carima». Esto no es en modo al-

(1) En 30 de Junio de 1897, la Deuda pública entera de Italia (perpetua y amortizable) se elevaba á cerca de 13.000 millones, representando una carga anual de 583 millones en liras y en cifras redondas.

guno cierto, pero sí lo es que el ejército implica un gasto anual de 240 millones, y añadiendo 7 millones para el Africa y 100 para la marina de guerra, se tiene 347 millones en un presupuesto de 1.600, reducido á 700 realmente disponibles, pues los 900 restantes son absorbidos por la Deuda pública y otras atenciones ineludibles. Restando de estos 700 millones los 346 de gastos militares, queda sólo 354 para justicia, instrucción pública, agricultura, comercio, etc., lo cual confirma con elocuente ejemplo las reflexiones del zar sobre los inconvenientes de la paz armada. Añádase que la Deuda pública en Italia, desde 1862 á nuestros días, se ha más que cuadruplicado, que los impuestos han llegado al décuplo, y que el precio de los artículos se ha triplicado. Resultado: el haber un 40 por 100 de gentes más ó menos acomodadas, y un 60 de indigentes; esta última clase da un 86 por 100 de delincuentes, y la primera sólo el 13.

A despecho de tantos males, y de tomar los hechos en conjunto, el bienestar no ha experimentado en Italia la baja que hubiera podido temerse. Semejante resultado se ha atribuído, principalmente, á las sociedades cooperativas de consumo, á pesar de la falsa dirección que en su origen tomaron frente al Gobierno. Mutualidad, cooperación, crédito, tales son las formas bajo las cuales el esfuerzo de Italia ha mostrado una maravillosa inteligencia en el obrar en común, á pesar del individualismo paralizador que, se decía, había de quedar siempre en la sangre de todos los neolatinos. Las cualidades nativas del italiano se han desplegado en este sentido en una dirección completamente nueva. Notemos, por lo demás, que la vida diaria es muy sencilla en Italia, frugal y sin lujo; la clase media es pobre, los empleados y obreros están muy mal pagados, los pequeños comerciantes son poco numerosos; pero esta exigüidad de recursos, unida al temperamento de la nación, ha producido «una admirable

habilidad para organizar los gastos y aprovecharse de las ventajas de la cooperación (1). Constituye, por otra parte, un honor para Italia haber precedido á los demás pueblos de Europa en las obras de mutualidad. Los *Monti di Pietà*, *Monti frumentari*, desarrollados por la acción de las ideas católicas, ¿qué eran sino formas de la cooperación? Las *Opere pie* han prestado y prestan siempre los mayores servicios á un pueblo cuyo estado económico deja todavía tanto que desear. Por otra parte, las cooperativas de consumo han permitido vivir con 25 millones como se hubiera hecho con 40; además, han llegado á ser los principales resortes del comercio nacional. El ingenio y sentido práctico del italiano se han revelado en esta organización, que deja al individuo entera libertad para su vida personal, pero que establece entre él y los demás una solidaridad de intereses generales, de economía en el gasto. Así, en el arte de asociarse, que será el arte del porvenir, vemos á la más latina de las naciones aventajar á las que lo son menos, como España y Francia, y rivalizar con las naciones de más espíritu germánico ó anglosajón. No estamos perdidos, pues, por ser «neolatinos».

A pesar de sus reveses y sus cargas, Italia ha desarrollado admirablemente su mercado vinícola, sobre todo en la América meridional y aun en Inglaterra. Como consecuencia de la apertura del San Gotardo, y principalmente de la del Simplón, el mercado italiano va á encontrarse casi á las puertas de Inglaterra, y el Mediodía de Francia estará de hecho más lejos de Londres que el Norte de Italia. Ahora bien, justamente la Italia septentrional es la que progresa y da casi toda la producción de la Península. Las regiones que están al Sur de Roma producen poco y casi se dejan mantener por aquélla (2). Nuestro comercio agrícola, por consecuencia inevitable, encuentra de

(1) Véase *La Coopération*, por M. Leopoldo Mabilleau.
(2) Véase Mabilleau, *Ibid.*

este lado una activa competencia. Si nuestra lengua y nuestra actividad preponderan aún en la cuenca occidental del Mediterráneo, están cada vez más decaídas en la oriental, sobre todo por la acción de Italia, que con su maravilloso sentido utilitario envía á todas partes religiosos y maestros para fundar escuelas rivales de las de los demás pueblos.

No nos dejemos engañar por la crisis que Italia atraviesa. Este gran pueblo, por fin libre de la política de Crispi, advertido por sus reveses en Africa y revueltas en el interior, habituado á no permanecer en la inmovilidad cuando varían las circunstancias, se ha aproximado recientemente á Francia para interés común de ambos países. ¿Quién sacará más ventajas de este hecho? Es verosímil que aquel de los dos países que más había sufrido con la ruptura; Italia sabrá salir del mal paso. Y ojalá nuestra imprevisión financiera, bastante mayor que la del reino italiano, no nos exponga á dificultades como las que Italia atraviesa y de las que se librará, sin duda, en honor suyo.

VIII

LA CRISIS SOCIAL EN ITALIA

Toda crisis económica, sobre todo si se añade á otra moral y religiosa, no puede menos de resolverse en crisis social.

La marcha de las ideas socialistas en Italia se ha manifestado primeramente por el número creciente de huelgas, del que hemos hablado ya; más tarde, por los Congresos socialistas, como el de Reggio Emilia, en 1893, por la multiplicidad, siempre creciente, de publicaciones socialistas, por el movimiento social y agrario en Sicilia, y, finalmente, por el movimiento revolucionario del Norte

No olvidemos, sin embargo, que los sucesos de Sicilia no fueron, en modo alguno, resultado de un movimiento exclusivamente socialista, sino más bien una protesta contra una organización administrativa y económica verdaderamente insoportable. Era «la insurrección del hambre». M. Colajanni, diputado socialista, confiesa en su obra sobre Sicilia que muchos campesinos que se llamaban socialistas y manifestaban adherirse al *fascio* local, perdieron pronto la confianza en esta institución, y que los jefes mismos del movimiento estaban poco versados en los estudios sociales. En el Norte, por el contrario, las doctrinas colectivistas están extendidas y han tenido gran intervención en la agitación de Milán.

El partido socialista, en 1892, obtuvo 27.000 votos en Italia; en 1895 tuvo 80.000, y en las últimas elecciones 150.000. De ellos, 30.000 en el Piamonte; 29.000 en Lombardía; 14.000 en la Emilia; 11.000 en el Véneto; 10.850 en Toscana; 3.690 en Umbría; 2.320 en la Campania; 2.571 en la Apulia; 1.169 en los Abruzzos; 1.454 en Sicilia, y 397 en Cerdeña.

El carácter distintivo del socialismo italiano es su composición burguesa en gran parte. Los tránsfugas, los desertores de la burguesía, profesores, estudiantes, gentes todas, en suma, que tienen una profesión, los pequeños propietarios, finalmente, son numerosos en el partido socialista, y esta es, según un economista de la escuela de Marx, una «especialidad enteramente italiana, en la que no se pensaría en Alemania ni en Francia, porque es ilógico que un partido socialista reclute sus principales auxiliares en la burguesía y no en las clases obreras» (1). Se explica este fenómeno por la espesa red de «parasitismo» en que la producción y división del trabajo están aprisionados. «Todo depende del Estado y todo se espera de él; los empleos gubernativos son gran motivo de ambición

(1) Groppali, *Revue de sociologie*, 1898, pág. 919.

para las asociaciones obreras. Plazas en los Ministerios, provincias, ayuntamientos, administración de las obras pías, burocracia civil y militar, escuelas, tribunales, etc., este es el campo que las clases medias y altas quieren invadir». De aquí «la lucha terrible por la conquista del pan». El eminente director del Negociado general de Estadística, M. Bodio, ha mostrado que cada año salen de la Universidad 500 doctores en Derecho, 500 médicos, 50 ingenieros y 50 doctores en Letras y en Filosofía más de los que son necesarios en el país. Hay más de 1.000 personas con título superior, sin contar el número enorme de jóvenes procedentes de los liceos, gimnasios, escuelas é institutos técnicos que todos los años vienen á llamar á las puertas de la Administración «para pedir á un tiempo el empleo y el pan que ha de calmar su hambre». Los socialistas italianos son los primeros en deplorar el lugar que en sus filas toman estos tránsfugas y descontentos, en los que sólo ven «elementos muy poco sólidos» que no tienen el mismo ardor en fe y sentimiento que los proletarios, reclutas subrepticios que no son debidos «al desenvolvimiento normal del capitalismo», con el cual contaba Marx, sino á la acción y torpe intervención del Estado, así como á la insuficiencia de sus recursos.

M. de Albertis pretende, no sin exageración, que la mayor parte de los maestros del Piamonte son socialistas. En la Romaña y en Lombardía los hay que dan conferencias y organizan comedias socialistas en los pequeños centros obreros. Se nos dice el título de algunas: «La propiedad es el robo», «Ni Dios ni sacerdote», «El país de la vergüenza», «Cómo terminará esto» (1).

---

(1) Uno de los prefectos italianos escribía á M. Serena, el 15 de Mayo de 1896: «La marea socialista ha cubierto la mayor parte de mi provincia. Los afiliados ocupan muchos puestos administrativos. Aun en las escuelas elementales, la propaganda se hace por los maestros ó es tolerada por ellos; en algunas, los alumnos guardan en sus pupitres el *Himno de los trabajadores* (especie de *Car-*

El mismo M. Garófalo censura á muchos maestros italianos por hacerse políticos, agentes electorales, socialistas, revolucionarios; atribuye los progresos del socialismo al mal estado de la Hacienda, que resulta, dice, de que los gastos de guerra lo absorben todo. Hace constar, asimismo, la plétora de médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, cuyo número aumenta de año en año y que está fuera de toda proporción con el número de plazas disponibles. Finalmente, el desarrollo de la enseñanza superior le parece arrastra un número enorme de actividades sin empleo, y este proletariado intelectual, abierto á todas las utopias sociales, acaba por constituir en sí mismo un verdadero peligro.

Sin embargo, como los grandes centros industriales son todavía relativamente raros en Italia, sobre todo al Sur de Roma, no pensamos que el peligro socialista sea *actualmente* grave; es tan grande el tacto en esta nación, que no parece aún expuesta á las experiencias de los doctrinarios. La población italiana tiene horror á la revolución, y para l brarse de ella lo soporta todo, aun lo que en un principio hubiera parecido insoportable, aplaudiendo, en conjunto, cualquier represión, por rigurosa que sea, de los manejos revolucionarios. Italia no es España.

En las regiones meridionales, el socialismo es «un fenómeno pasajero, provocado por las ansias del estómago»: compónese en gran parte, como hemos visto, de «descontentos y desocupados». No intervienen para nada las condiciones económicas y sociales, á fin de formar un partido socialista propiamente dicho que tenga gran extensión. Si el Piamonte, Lombardía y Liguria cuentan con un nú-

---

mañola italiano) ó el de la *Canaglia* (especie de himno á Ravachol) y los cantan públicamente».—Y seis meses más tarde, el 8 de Noviembre, el mismo prefecto pedía «la prohibición de todas las conferencias públicas y privadas y de toda publicación periódica ó no que trate la cuestión social de otro modo que científicamente».

mero superior y siempre en aumento de votos socialistas, es porque en estas provincias la industria y la cultura tienen mayor desarrollo, y aun es un fenómeno en que el clima y la raza no tienen mucha importancia: ¿cuál es el país en que el socialismo está mejor organizado? Alemania.

No es por esto menos cierto que el malestar social y moral se hace sentir demasiado en Italia. Vamos á ver su resultado en la criminalidad.

IX

LA CRIMINALIDAD Y EL CARÁCTER ITALIANO

En 1879 escribía ya M. Garófalo: «Italia está corroída por la terrible enfermedad del crimen», *corrosa dalla terribile infirmità del delitto.* Según las estadísticas, la cifra de los delitos alcanza en aquel país el doble de la media de los demás países. Los atentados son más numerosos que en ninguna otra nación. Hay en Italia, con una cifra igual de población, diez y seis veces más homicidios que en Inglaterra (veinte veces más en 1889), nueve más que en Bélgica, cinco que en Francia, y aun dos más que en España.

En cambio por cada millón de habitantes se tiene en Italia 59 condenas por ultrajes é injurias graves, y en Alemania 218; 45 suicidios contra 392 en Sajonia, 198 en Wurtemberg, y 166 en Prusia; 2.444 robos y 2.608 en Inglaterra y país de Gales, y 4.236 en Escocia. De cada mil nacidos, son en Italia 73 ilegítimos, 127 en Sajonia, 101 en Suecia y Dinamarca. Ha habido en Prusia 230.705 matrimonios y 3.902 divorcios, y en Italia 233.931 de los primeros y 556 de los segundos. Se ve que tan sólo los atentados personales son más numerosos en Italia que en otras partes, lo cual atribuyen los italianos al fuego de

sus pasiones, y es preciso atribuir también al hábito de la venganza. Las condenas por homicidios, que en 1893 alcanzaban en Inglaterra la cifra de 0,50, en Francia de 1,72, en Alemania de 1,06, en España de 4,74, se elevaban en Italia á 8,14. Con relación á España, dice un italiano, ni aun tenemos «el consuelo de Rossini». Golpes y homicidios, según afirma M. Carelli en su *Relazione statistica*, han llegado á ser el alimento de la crónica diaria de los periódicos; «las mujeres histéricas pueden leerlos sin tener convulsiones y los ciudadanos pacíficos no experimentan otra impresión que el fastidio de la uniformidad» (1).

La estadística prueba que la premeditación es relativamente rara en Italia, salvo en los casos de vendetta; si los asesinatos son muy frecuentes, es porque el italiano, sobre todo el del pueblo, raramente sale sin ir armado de revólver ó de cuchillo (2), lo que le permite satisfacer su enojo en el momento.

(1) He aquí un simple suceso, entre mil otros, que hemos tomado de un diario italiano:

Reggio de Calabria (Italia) 28 de Mayo de 1899.

«La población de Canolo, cerca de Geracio Marina, ha sido teatro de un asesinato inexplicable. Un barbero, Domenico Guilloni, de treinta y cuatro años, estaba afeitando á un campesino, M. Giovanni Casuzo, de cuarenta años, cuando éste le dijo chanceándose: «¡Vuestra navaja es de plomo, no corta!» El barbero se sintió herido en su dignidad profesional, y apenas Casuzo salió del establecimiento, Guilloni descolgó su escopeta, y antes de que los demás parroquianos pudieran impedirlo, le disparó un tiro. M. Casuzo recibió en la espalda toda la carga de perdigones, y cayó á plomo en el suelo. Estaba muerto. El vengativo barbero ha sido detenido en seguida por los carabineros».

(2) De modo semejante en Córcega, país italiano por la lengua y las costumbres, el mayor número de atentados y asesinatos se cometen con fusiles y pistolas. Ahora bien, en Córcega, lo mismo que en ciertas provincias de Italia, los aldeanos tienen la costumbre de salir armados con su escopeta. En Italia los atentados con vitriolo, producto de una fría premeditación, son excesivamente raros y pueden considerarse como importación francesa. Del mismo modo el hombre ó la mujer cortados en pedazos son casos desconocidos en Italia.

El homicidio repentino implica la pasión llevada al paroxismo, mucho más que un acto de crueldad conscientemente concebido y fríamente ejecutado. Un escritor italiano, M. Aristides Gabelli, ha podido exclamar con razón: *L'Italia è la terra dell'omicidio improviso*. El homicidio imprevisto, instantáneo, es allí, efectivamente, el delito de sangre más frecuente. En cuarenta años ha habido 80.000 víctimas, lo que equivale á los desastres de una guerra. Se presentan cada año, por término medio, más de 4.000 querellas por homicidio consumado ó intentado. «¿Qué batalla perdida, decía un hombre de Estado italiano, puede evocar un recuerdo tan doloroso como esta cifra?» Italia es «un campo de batalla en tiempo de paz». Representa en el mundo actual un anacronismo. Alfieri ha dicho:

Italia, en este solo punto una y entera,
Tiene el homicidio en pendencia por un pecadillo
Tan grave como infringir el mandato del ayuno.
«Ha dado tres puñaladas; ¡pobre hombre!
¡Qué desgracia! ¡La Iglesia, la Iglesia! ¡Que algún fraile santo
Le permita escapar bajo su capuchón!»

La palabra de Alfieri, *Disgracia*, está tomada de los hechos, y nosotros mismos hemos oido á una sirviente decir, hablando de su marido, que había tenido que huir á Francia: «El pobre ha *tenido una desgracia*».—¿Cual?—Ha dado una puñalada, *¡disgracia!*» M. Garófalo cuenta que se censuraba un día delante de él á un individuo que había revelado un secreto comprometedor para una mujer. «¡Cómo, exclamó una señora italiana, este hombre vive todavía! Si me hubiera sucedido le habría hecho matar, *¡io lo avrai fatto ammazzare!*» Italia, añade M. Garófalo, está en este sentido en los tiempos heroicos, en todo menos en el heroísmo. El valor de la vida humana es nulo, el yo ante todo. Por lo que en las demás naciones se viene á las manos, *alle mani*, aquí se acude á las armas, *alle armi*.

Además, sabido es lo que representa la *Camorra* y la

Maffia. Según los Sres. Garófalo, Lombroso, Alongi (1), en varias de las grandes ciudades hay sociedades que ofrecen á los delincuentes un porvenir: para ser admitido es preciso probar que se sabe manejar el cuchillo; para ser propuesto á un grado superior haber matado.

Esta criminalidad es debida, en nuestra opinión, á la combinación del temperamento meridional, y no digo *latino*, con condiciones sociales todavía atrasadas, y no diré *decadentes*. Hemos hecho observar ya que la imaginación meridional en el italiano, lo mismo que en el español, tiene una vivacidad capaz de producir la inmediata renovación de la sensación pasada. A decir verdad, esta sensación no ha pasado, sino que está presente. Aun cuando sea objeto de ella una antigua injuria, revive siempre con mucha intensidad. El Código penal italiano ha tenido que inventar, como circunstancia atenuante, la que llama *forza irresistibile*. El italiano siente, imagina, y la acción sigue inmediatamente. La venganza, tan familiar á las razas meridionales, puede muy bien tomar en el italiano carácter razonado y apariencia de calma; pero no deja por eso de ser un fuego ardiente que nada extingue y cuya llama revive en cuanto se presenta ocasión. Volvemos á encontrar este fenómeno en España, es mucho más raro en Francia, aun entre nuestros meridionales, porque la venganza es hábito de los pueblos primitivos y semibárbaros todavía bajo muchos respectos.

El cuchillo acaba por formar parte integrante del italiano, lo mismo que del español y el corso, que también es más atrasado que decadente. En los mismos refranes el cuchillo desempeña el principal papel; cuando se quiere significar las divisiones entre hermanos, se dice: «*Tre fratelli, tre coltelli,* tres hermanos, tres cuchillos». Una cuchillada, para el obrero italiano, equivale con frecuencia á un puñetazo para los demás. La costumbre de la ven-

(1) *La Maffia.*

detta, inmediata ó ulterior, está impuesta por una especie de compromiso de honor, como el duelo entre nosotros. «La vendetta, dice M. Tarde, es un asesinato precedido de una declaración de guerra, con lo cual difiere profundamente del asesinato verdadero, y es una guerra ó poco menos». Hay más asesinatos en Córcega que en otras partes, decía Mérimée; pero jamás encontraréis una causa innoble en estos crímenes. Si Córcega ocupa en Francia el primer lugar en el homicidio, el asesinato, los golpes y heridas intencionadas, sólo tiene el décimoquinto (estadísticas de 1825 á 1829) en el infanticidio, el septuagésimocuarto en los atentados al pudor. Los procesos de adulterio y de separación son extremadamente raros, así como los de seducción.

Del estudio de la delincuencia italiana en los últimos años resulta un hecho notable, y es la trasformación que ha sufrido. Los crímenes violentos, tales como el homicidio, disminuyen, en tanto aumentan los robos, fraudes, actos de resistencia á la autoridad, fenómenos en gran parte enlazados con la crisis económica y en modo alguno con causas étnicas. El aumento del número de delitos cuyos autores han quedado desconocidos es constante. Finalmente, la delincuencia general ha aumentado de modo sensible. En las diferentes cárceles y establecimientos correccionales de Italia había en 1862, 15.037 presos; en 1894, 28.336. En 1889 los menores de edad condenados á penas de todas clases eran ya 69.000, es decir, la quinta parte del número total. Entre ellos había 5.500 menores de catorce años. Desde 1871 á 1891, el número de niños que recibieron instrucción en las escuelas italianas se elevó desde 1.723.000 á 2.245.000. Los delitos «grandes y pequeños» no han disminuído, lo que prueba una vez más que por sí y en sí mismo el alfabeto no es un antídoto. La reforma de los sentimientos es más importante que la adquisición pura y simple de los conocimientos primarios.

El reciente aumento de la criminalidad es debido en primer lugar á los factores sociales y á las condiciones económicas. El profesor Todde, de la Universidad de Cagliari, ha hecho constar que en Cerdeña los delitos habían disminuído de modo sensible durante el período de prosperidad económica de 1880-1887; el aumento se hizo sentir con la grave crisis económica que desde 1887 ha comenzado á sufrir la isla. Del mismo modo en la provincia de Beni y en la Apulia se había notado una mejora sensible, cuando en 1887, después del tratado de comercio con Francia, la crisis económica se inició y aumentaron rápidamente los crímenes contra la propiedad.

Otra causa reconocida del crecimiento anormal de la criminalidad italiana es la concepción y administración de la justicia penal, que representa un estado de cosas con respecto al cual debemos cuidar de no encaminarnos en Francia. La pena de muerte ha sido abolida. Escapa á las investigaciones de la policía el 35 por 100 de los delitos, el 41 de los robos, el 40,82 de rapiñas, extorsiones y *ricatti*, el 73 de falsificaciones de moneda ó documentos públicos (delito muy común en Italia) y el 10 de homicidios. Por tanto, bastante más de las dos terceras partes de los delitos escapan completamente á la acción de la justicia. La instrucción de los procesos es lenta en extremo. Otra causa, según Lombroso, es el abuso de las apelaciones, que reforman, por término medio, un 45 por 100 de las sentencias, y siempre en sentido favorable al acusado. El indulto se aplica en Italia cien veces más que en Francia. De 20.000 peticiones de indulto, se concede, por término medio, 3.000 ó más. En 1891 se registraron 3.195. Es una esperanza abierta á la impunidad y causa de nuevos crímenes. La institución del jurado, en ciertas provincias, lleva á enormidades aún mayores que entre nosotros (1). Garófalo describe irónicamente los espantosos

(1) Lombroso nos presenta ejemplos: En Terni, el jurado absolvió á un individuo que confesaba haber matado á su padre, por la

trabajos de los presidiarios, «ocupados en hacer medias», y compara esta labor á la de los obreros, en las fábricas, ó á la de los campesinos, bajo los rayos de un sol ardiente.

Podemos admitir con la mayor parte de los criminalistas, que si la criminalidad es mayor en Italia que en otras partes es porque este país reúne en este momento los delitos y crímenes de la civilización á la europea, que se le ha metido por las puertas, con los de un estado social más atrasado. Los crímenes violentos, legados de otras edades, continúan realizándose, al propio tiempo que el crimen fraudulento é inmoral sigue su marcha ascendente, lo mismo que en los demás países de Europa. La criminalidad une á la vez la extensión y la intensidad.

De este aumento de la *delinquenza* sería erróneo deducir que Italia, considerada en conjunto, sea un país inmoral. «Un indicio cierto de la moralidad de un país es

---

noche, con premeditación, y que ya antes había sido condenado á muerte. En Parma, otro mató á su mujer, con premeditación y alevosía; fué absuelto; los jurados habían admitido la *forza irresistibile*, que también admiten en Francia, cada vez más. En Espoleto, el jurado tuvo en cuenta circunstancias atenuantes para un asesino, «porque había quemado á su víctima», después de asesinarla. El crimen, sin duda, pareció más «pasional». En Pizzo Mirteto, un criminal mató á su padre con un cuchilo que había afilado durante varios días, y fué absuelto. En Siracusa, un estudiante había dicho á su profesor que le mataría si no le aprobaba en el examen: suspenso, disparó sobre él á boca de jarro, pero felizmente no le hirió. El jurado le dejó en completa libertad, so pretexto de que estaba loco, aun cuando el joven confesó completamente. Nicodemi, administrador de una Sociedad, sustrajo 100.000 francos; confesó haberse quedado con 40.000, y resultó libre. Otro, acusado de estafa y falsedad, fué igualmente absuelto, bajo pretexto de que era un caso de semi-idiotismo. La ignorancia de algunos jurados pasa los límites de lo verosímil. En un proceso, el jurado declaró *inocente, pero con circunstancias atenuantes*, á un acusado. En el Piamonte, á las preguntas del presidente: 1.ª Si existía provocación. 2.ª Si era grave. El jurado responde *negativamente* á la primera y *afirmativamente* á la segunda. En un proceso en que se presentó la cuestión de *eccesso*

seguramente la estabilidad de la familia; ahora bien, la familia está constituída en Italia sobre bases más sólidas que en otros países, por ejemplo, en Francia. En la península italiana, como en la ibérica y en la helénica, los matrimonios son muy fecundos, el azote de la esterilidad voluntaria casi se desconoce; la autoridad de los padres es respetada, el lazo que entre sí une á los diferentes miembros de la familia es muy fuerte (1). La *delinquenza* particular de Italia testifica, por tanto, más bien una falsa idea del honor, un resto de barbarie, una miseria excesiva, que una perversión radical de las costumbres. No es por esto menos verdad que, aumentando la misma criminalidad inmoral y «moderna» en Italia, el peligro aprieta,

---

di difesa (exceso en la legítima defensa), el jurado respondió *sí* por boca de su presidente, porque, según declaró éste, habiendo hablado el abogado más de dos horas, había cometido un *eccesso di difesa*. «El acusado debió la libertad á un *calembour*.» Los juicios duran casi siempre varios días, á veces varias semanas y aun más de un mes. Lombroso cita un juicio criminal en Ancona, en que fueron interrogados 747 testigos y se hizo al jurado 5.000 preguntas; «es para volverse loco». Muchos jurados se excusan, dice Lombroso, no tanto por pereza, como en Francia, sino por miedo á comprometerse, otros se venden al que ofrece más. Si el acusado es rico y poderoso, su absolución es probable. En Potenza (Calabria), en un juicio criminal, un dueño de hotel preparó el día en que debía darse sentencia una gran comida, en la cual estaban señalados los puestos de los jurados, de los acusados y sus amigos, de tal modo era segura la libertad.

En ninguna parte de Europa es tan dulce el régimen penitenciario como en Italia. Hay quienes cometen crímenes ó los simulan, para que los encierren en lo que Lombroso llama un *commodo albergo*. El mismo autor cita una canción popular en las cárceles de Nápoles:

Prisión, mi vida, vida feliz y querida;
qué placer para mí estar en ella,

Más se desea la cárcel que se la teme: *La carcere sono più desiderate che temute*.

(1) En Italia, la cifra de parricidios es, sin duda, doble que la de Francia; pero este hecho prueba una sola cosa, dice M. Carry: la brutalidad de las costumbres y la violencia de las pasiones. En cambio, como hemos visto, hay dos veces menos infanticidios en Italia que en Francia.

y que un estado semejante de cosas debería preocupar más á los que se cuidan del porvenir.

X

LOS RECURSOS Y EL PORVENIR DEL PUEBLO ITALIANO

Italia tiene en favor suyo dos importantes condiciones de progreso é influjo creciente: su gran fecundidad, que le asegura un desarrollo rápido de población, y su sobriedad, que la salva de los peligros del alcoholismo. En estos dos respectos, lejos de ofrecer la menor huella de degeneración, que hoy día quiere verse un poco en todas partes, Italia da pruebas brillantes de vitalidad y salud. La cifra de aumento de población de Italia figura entre las más altas: 38 por 1.000, deducidos los que nacen muertos (36 en Alemania). Como la nuestra, en Francia, es casi nula, resulta que Italia no tardará en tener más población que nosotros; para esto le es preciso un lapso de tiempo bastante corto, durante el cual son poco probables cambios profundos en el espíritu y las costumbres de sus familias.

El aumento continuo de la cifra de población en Italia y el descenso de la de mortalidad permiten una emigración muy considerable, definitiva ó temporal, que compensa el exceso de nacimientos sobre el de defunciones.

Por otra parte, en Italia es donde el alcoholismo figura en menor grado, manteniéndose el consumo por debajo de un litro por habitante. El verdadero meridional no necesita excitantes, se encuentra ya en perpetua excitación; el sol y el aire le mantienen en una especie de embriaguez crónica, «es borracho de nacimiento», dice Alfonso Daudet. La falta de envenenamiento alcohólico asegura al pueblo italiano el mantenimiento de su fuerza física, y aun moral, por la venturosa herencia de generaciones

sanas. A estas dos virtudes fundamentales, de orden á la vez fisiológico y psíquico, hay que añadir todas las cualidades de inteligencia y voluntad que hemos reconocido en la nación italiana, y se reconocerá que está bien dotada.

De hecho, existe en Italia una creciente actividad intelectual que no se observa en España y que se encuentra en Francia; la juventud tiene un vivo deseo de instrucción científica y positiva igualmente raro en la juventud española. Según testimonio de M. Laveleye, la nobleza italiana es más amiga que la de ningún otro país del progreso, en todas sus formas, de la ciencia, de las artes y las letras. Las obras de D'Annunzio, Fogazzaro, Verga, Carducci, etc., muestran que la fecundidad literaria de los italianos está lejos de haberse agotado. Solamente, á pesar de la realización de la unidad política, subsisten todavía diferencias provinciales, por razones de raza, y sobre todo de educación, entre las diversas partes del nuevo reino, que, además, no posee ningún verdadero centro intelectual. Es esta una de las razones que explican lo que M. Ojetti, en su «Investigación acerca del renacimiento literario en Italia», llama «falta de un alma italiana». El alma de una nación no existe sino á condición de tener un *ideal* que le pertenezca en *propiedad*, y en efecto, lo hemos mostrado (1), el alma de un pueblo no es en el fondo más que una idea dominante ó un sistema de ideas, inseparables, por lo demás, de los sentimientos que las comunican poder de movimiento y hacen de ellas ideas-fuerzas, y esto es lo que no se halla fácilmente en Italia. Falta un ideal político, social ó religioso que sea verdaderamente italiano. La lengua misma va diferenciándose de D'Annunzio á Fogazzaro, de Carducci á Verga. Esta falta de lo que Víctor Hugo

(1) Véase la *Introducción* á nuestra *Psychologie du peuple français.*

hubiera llamado verbo nacional, hace que «el lector italiano, dice Ojetti, no simpatice mucho más con el escritor de su país que con el inglés ó el francés», y aun más bien sucede lo contrario. Ya Carducci había dicho en igual sentido: «Somos hoy demasiado franceses, demasiado ingleses, alemanes ó americanos; somos doctrinarios, positivistas, evolucionistas ó eclécticos; somos individualistas, socialistas ó autoritarios; lo somos todo, menos italianos.»

La enseñanza primaria está, por otra parte, medianamente desarrollada y el número de los reclutas analfabetos se aproxima al 40 por 100, cifra relativamente elevapa con respecto á otras naciones, y sólo superada por España (1).

Además, la instrucción primaria, lo mismo en Italia que en los restantes países, incluso Alemania, se ocupa demasiado de los *conocimientos* y muy poco de los *sentimientos*. Lo mismo ocurre en la secundaria y en la superior. Los moralistas italianos lamentan que las escuelas primarias de Italia den una instrucción sin valor educativo suficiente, que crea en bastantes espíritus necesidades y deseos no satisfechos, impaciencia y un profundo abatimiento.

El ejército italiano está militarmente instruído, más ejercitado de día en día, y no dividido por opiniones políticas. Sería muy imprudente juzgarle por sus fracasos en la especie de Suiza africana llamada Eritrea. Alli mismo, á despecho de tantas calumnias como se han esparcido, ha mostrado muy elevadas cualidades de resistencia y abnegación.

Desde el punto de vista político, si hay que creer á Fiamingo, como también á Novicow, Italia inauguraria en los anales de la humanidad una era nueva, en que los Estados estarían constituídos por el consentimiento libre

(1) Bodio, *Annuario statistico italiano*. En Turin sólo el 5 por 100 de italianos no saben leer ni escribir; en Cosenza, el 80 por 100.

de sus ciudadanos. Idealizando algún tanto la historia contemporánea, Fiamingo nos dice: «En otras naciones se opone el príncipe al pueblo; en Italia, el pueblo se levantó primeramente en nombre de la libertad, arrojó á los dueños extranjeros; luego, por medio de plebiscitos, escogió un príncipe nacional» (1). La Constitución italiana, en este respecto, le parece «contractual»; realiza la hipótesis de Hobbes, que se apoyaba en el contrato «para trasformar el derecho del más fuerte en derecho del mayor número».

A pesar de los males que se hallan en grado diverso en todas las naciones, incluso los pueblos germánicos y anglosajones, el porvenir de la nación latina por excelencia puede, en bastantes respectos, aparecer abierto á grandes destinos. Pero las naciones, cualquiera que sea su raza, no deben olvidar la suprema condición de toda verdadera grandeza nacional, que es un ideal elevado y una moralidad firme á su servicio. Que los esfuerzos de la Italia nueva se dirijan, sobre todo, á sí misma, á su prosperidad y moralidad interna. Un pueblo que ha hecho tan grandes cosas, como el romano y el italiano, tiene siempre en sí mismo un tesoro de fuerzas vivas, pero no debe equivocarse en el empleo verdadero de ellas. Las primeras y más elevadas ambiciones de todo pueblo, deben ser dirigidas al interior, no hacia fuera; hacia la regeneración moral é intelectual de los caracteres, no á una expansión de fronteras ó á un aparato de poder bélico. Para todo cuerpo político, cuyos miembros separados no están más que yuxtapuestos, y en que el lazo de unión entre las diversas partes no es fuerte aún, debe ser objeto principal de preocupación la unidad y equilibrio del carácter nacional. ¿Qué sería la unidad material sin la unidad moral? Si el hombre no vive sólo de pan, tampoco vive sólo de engaños de grandeza política. Con-

(1) *Revue de Sociologie*, Marzo, de 1895.

siderando la situación de Italia con la imparcialidad del moralista y el psicólogo, y añadida la tradicional simpatía del francés por el italiano, tememos que el centro de gravedad en la actual política de este país haya sido establecido por el Gobierno en el punto opuesto al que debería ocupar. En vez de trabajar en su desenvolvimiento interior, Italia parece haber buscado en el exterior su punto de gravitación. Ambicionando uno de los primeros papeles en la política europea y aun en la colonial, ha soñado aniquilar á sus vecinos: finalmente, en vez de conservar su libertad de acción, que la hubiera colocado entre los árbitros de Europa, en posibilidad de arrojar su espada en uno ú otro platillo de la balanza, ha renunciado á su prudencia tradicional para ir detrás y al servicio de Alemania.

En suma; si volvemos á la cuestión de los caracteres nacionales, el temperamento moral de los sucesores de los romanos y el de los descendientes de los galos no se asemejan mucho. Es que los italianos, que no tienen nuestra ingenuidad, siempre han visto claro. Lo atestiguaban en el momento mismo en que nos enorgullecíamos de las más atractivas armonías naturales entre los pueblos «latinos». Nuestras armonías latinas son, en realidad, adquiridas, y esto les da mayor importancia, pero no debemos acariciar por ello ilusiones pisicológicas ni políticas. Desde Dante á Gioberti, el espíritu italiano, recordando su pasado, había tenido siempre una confianza soberbia en su superioridad nativa. Ahora bien; se ha encontrado con que Francia, después de haber en más de una ocasión turbado el reposo de Italia, ha acabado por conquistar, en el centro de las denominadas razas latinas, la supremacía intelectual y política, y resultado de esto, con respecto á nosotros, una tendencia hostil, lo que Bonaparte llamaba ya «una oposición radical por hábito secular, por prejuicio y por carácter». Hace cincuenta años los observadores atentos eran los únicos que

percibían este sentimiento de rivalidad que, decía M. de Carné en 1861, no es mucho menos vivo del otro lado de los Alpes que la añeja antipatía contra la Austria, y que sobrevirá mucho tiempo á ésta».—«Tan pronto como pueda, añadía M. de Carné, Italia se echará en brazos de Inglaterra y de Alemania para abandonar la protección francesa». La tendencia constante de Italia cuando llegó á ser grande potencia, fué, efectivamente, como ya habían dicho los sabios, sustituir dondequiera su actividad á la nuestra, reconquistar el famoso *Primato*, realizar el bien conocido programa: «Francia es el Austria de las naciones latinas; Italia debe ser la Prusia».

Ha sido necesaria la enseñanza de los acontecimientos para hacernos reconocer que Solferino, al debilitar á Austria, debía engendrar Sedan, que «pagaríamos la unidad italiana con nuestra propia desmembración»; que Italia, en fin, é Inglaterra, se unirían contra nosotros en el Mediterráneo y en Africa, en donde para los italianos son solidarios sus intereses, é igualmente opuestos á los nuestros. Si hubiéramos conocido mejor la psicología de los pueblos, y en particular la de la nación italiana, no habríamos hecho antes la guerra «por una idea», porque habríamos reconocido que era falsa. No es preciso, por lo demás, hase dicho con razón, que un segundo error psicológico nos conduzca algún día á una lucha con Italia, y que después de haberse dejado gobernar por sus ilusiones, «Francia, como los ignorantes, se deje llevar de sus cóleras». El peligro sería tanto más grande, cuanto que Alemania quizás cuenta con esta segunda celada psicológica para lanzarnos, si alguna vez tuviera necesidad, en una nueva guerra que, según cree, podría ser el fin de Francia.

Prusia ha introducido, ó al menos reducido á sistema, una nueva concepción política; el odio de raza ó de nacionalidad; ciertos hombres de Estado en Italia, hubieran querido hacerla adoptar. Pero el odio, principio negativo,

nunca será firme sostén que reemplace á la fe religiosa, á la moral, á la social, á una creencia cualquiera en una idea grande. El odio es tanto menos seguro, cuanto que, una vez penetrado en las almas, deja pronto de ser internacional para convertirse en odio de clases en el interior. Cuando da una cohesión artificial á todo un pueblo frente á otro, no por eso conduce menos á dividir la nación contra sí misma, y produce el riesgo de acarrear su pérdida. Si ha podido reprocharse á Francia su sentimentalismo humanitario, bastante menos podían contar los pueblos con un sentimentalismo de odio. La política del derecho, tan despreciada por los hábiles, pero que es en el fondo la del interés nacional, de acuerdo con los grandes intereses nacionales, es todavía la menos quimérica y la que, á pesar de las apariencias, tiene más porvenir. Debemos contar con la justicia recíproca, principalmente.

Felizmente, es evidente que este espíritu de justicia progresa hoy grandemente entre las naciones vecinas del Mediterráneo, las cuales tienen cada vez más conciencia de que sus verdaderos intereses, que son los intereses intelectuales y morales, son, en realidad, idénticos. Tienen los mismos peligros sociales que combatir, y, en suma, las mismas ideas que defender, junto á las cuales son de un orden secundario las rivalidades políticas ó económicas. Si hemos conservado en Francia creencias más numerosas, y sobre todo más internas, más ardientes é inflamables que las de los italianos, si tenemos una fe social que ellos no poseen en grado igual, no por esto estamos menos expuestos á ver como ellos, bajo el influjo de un creciente escepticismo, formarse el vacío en la conciencia nacional. Hase declarado con frecuencia que la educación, la religión misma, las instituciones políticas y administrativas no tienen influjo profundo en el carácter de un pueblo y en su destino, que se dice derivar casi únicamente de sus elementos étnicos. La historia de Roma y la de

Italia nos ha ofrecido, por el contrario, un palpable ejemplo de lo que puede llegar á ser, á través de las edades, el carácter de un pueblo, que en su temperamento puede permanecer perfectamente análogo á sí mismo, pero que sufre el cambio de influjos religiosos, morales y sociales. Italia ha sido, sucesivamente, grande y fuerte, decaída y débil, sin que su temperamento psíquico haya variado radicalmente. Sus diversas vicisitudes nos muestran lo que la nación francesa podría alcanzar si, caso imposible, llegáramos á perder todo imperio de la voluntad sobre nosotros mismos y toda aspiración á un fin elevado. Los italianos, ya realistas por naturaleza, pueden, con riesgos y peligros propios, ceder fácilmente lo que les queda de idealismo; si abandonáramos nosotros el sentido del ideal, ni aun tendríamos como compensación su realismo sólido y práctico, y quedaríamos entre cielo y tierra; no subsistiría entre nosotros, como en tiempos del Renacimiento italiano más que intereses ó pasiones, ya de individuos, ya de clase, y su insoluble conflicto sería la disolución misma del espíritu nacional. El peligro es común á todos los pueblos; ninguna fatalidad, ni de «raza» ni de «carácter» lo hace inevitable, pero todo el esfuerzo de las voluntades y de las inteligencias no es excesivo para conjurarle.

LIBRO III

El pueblo español.

Hay pueblos que han subido; otros que, después de haber decaído, tienen recursos suficientes para volver á remontarse; el estudio de unos y otros es preciso para el psicólogo y el moralista, que investigan en los caracteres nacionales las verdaderas razones profundas de la grandeza ó decadencia de las naciones. La teoría de Marx, que pretende explicar todo el movimiento de la historia por causas puramente económicas y por razones todas materialistas, no tiene gran aplicación á España, donde veremos el carácter, las costumbres y las creencias desempeñar el principal papel (1).

EL CARÁCTER ESPAÑOL

En lo físico y en lo moral, hay varias Españas que, sin embargo, forman una sola. Al Norte, desde Cataluña á Galicia, la España más propiamente europea tiene la aspereza y el suelo rugoso de Auvernia, del Limosin, de Bretaña; en ella, según frase vulgar, se hace pan con piedra. La España del Mediodía es africana, mezcla á la viña y el naranjo la palmera y la caña de azúcar. La intermedia, la verdadera España, con sus sierras y sus estepas, ha sido comparada á una vasta for-

(1) Acerca del carácter español, véase, en el siglo XVI, las *Relaciones de los embajadores venecianos;* en el XVII, la *Relation du voyage d'Espagne,* de Mme. d'Aulnoye (La Haye, 1692).—Comp. á Kant, *Anthropologie;* Laborde, *Itinéraire,* tomo V, y lo que dicen de los antiguos iberos Estrabon (III, 4, 17). Justino (44, 6, 2). Consúltese también el artículo *Espagne* en la *Grande Encyclopédie.*

taleza cuyas almenas llegan al cielo. La aridez es rasgo general del suelo español, donde la lluvia es más rara, no sólo que en Francia, sino que en Italia ó en Grecia; en este respecto, España es análoga á la región del Atlas. Si en las provincias de Andalucía, de Murcia y Valencia, el clima llega á ser completamente africano, permanece propiamente mediterráneo en el valle del Ebro; occeánico en el Oeste ó Noroeste. El conjunto de la meseta seca y fría que se extiende desde los Pirineos cantábricos hasta Sierra Morena, recuerda por varios conceptos á Rusia. «Nueve meses de invierno y tres de infierno.» Una raza, seca también, vive en medio de esta sequedad. El español presenta hasta en su carácter algo áspero como el viento de sus sierras, duro como su suelo, abrasador como su sol.

Apenas separada de África por un estrecho canal, España se halla en el punto de encuentro de los dos continentes. Desde los tiempos más remotos, las poblaciones bereberes, que parecen una mezcla de la raza mediterránea, de cráneo alargado y de algunas tribus negras de África, han podido extenderse por España, como lo prueban las excavaciones hechas en cavernas y sepulturas. Iberos y bereberes son análogos. No solamente ocuparon la Península, sino que se desbordaron por la Galia (en la cual los vascos son sus descendientes) y por el Norte de Italia. M. Siret ha hecho en España descubrimientos numerosos y del mayor interés, que han puesto en claro la civilización primitiva de la Península (1). España, rica en metales preciosos, fué muy pronto frecuentada por los fenicios, y se creía que han aportado las primeras artes y conocimientos. Ahora bien, este país sólo ha ofrecido hasta ahora un único monumento fenicio y de época decadente, y sus más antiguos monumentos no tie-

(1) *Anthropologie*, 1892, p. 385.—*Revue des questions scientifiques*, Octubre de 1893, p. 489.—G. Reinach, *Le Mirage oriental*, página 71.

nen nada de orientales, siendo análogos á todos los de la civilización egea ó mediterránea. Los fenicios, de raza semítica, consecuentemente también mediterránea, de cráneo alargado, no trajeron un elemento étnico verdaderamente nuevo; pero, en competencia con los griegos, establecieron sus mercados y factorías en la costa de Andalucía y hasta en el interior, sobre el Guadalquivir. Más tarde, los celtas realizaron su invasión por el Norte; sus cráneos se encuentran en sepulturas más recientes que las de los iberos. Estrabon, Plinio, Ptolomeo distinguen cuidadosamente, entre las tribus españolas, las celtas de las iberas. Fusionadas al pie de los Pirineos, forman la Celtiberia, poderosa y temida. Más tarde, España llega á ser cartaginesa, sufriendo así de nuevo el influjo semítico.

De Europa á España y de España á Europa, es difícil el paso, y en el interior lo es también de una región á otra. Hay pocos países en que las comunicaciones hayan sido tan raras como en España, merced á lo complicado de su orografía y á la falta de ríos navegables en el interior. Doblemente aislados, los iberos se reconcentraban sin esfuerzo en sí mismos. Es, sin duda, una de las causas que concentraron más cada vez á tribus ya feroces y poco comunicativas. Los antiguos oponen sin cesar al ibero, amigo de la soledad, y al celta, amante de la familiaridad, que vive en sociedad, es pródigo en discursos, aturdido y variable, que lanza en todos sentidos sus hordas ligeras. «Los iberos, dice Estrabon, estaban divididos en pequeñas tribus montaraces, que no se enlazaban gran cosa ni aun entre sí, «por efecto del carácter y también del orgullo, que les inspiraba confianza excesiva en sus propias fuerzas». Ni tenían la rápida simpatía ni la necesidad de compañía que arrastraban á sus vecinos galos. Su aspecto mismo, sus vestiduras negras, contrastaban con los vestidos brillantes y abigarrados de los galos. Los iberos tenían mediano talento, pero eran labo-

riosos, agricultores, mineros, unidos á la tierra para sacar de ella los metales y el trigo. Obstinados é indomables, tuvieron más bien valor para resistir que para atacar, cosa esta última tan familiar á los galos; para que se unieran fué nesesaria la conquista del exterior, la conquista en el interior; y otras razas más expansivas y unitarias son las que han concluído por reducirlo todo, y con gran trabajo, á un sólo mando.

La energía para resistir brilla en la defensa de España contra los romanos, en aquellos dos siglos de guerra tenaz que hubo de sufrir el vencedor. Los prisioneros embarcados como esclavos y què agujereaban la cala del navío para hundirse en el mar con sus dueños; el pastor Viriato, nueve años invencible, hasta que Roma le hizo asesinar; los 60.000 legionarios de Escipión y el hambre, no pudiendo reducir á los 4.000 numantinos, que prefirieron morir á rendirse; Sertorio, derrotando á Metelo y á Pompeyo; César, admirado de ver en Munda, durante un día entero, indecisa la victoria; finalmente, y hasta en el reinado de Augusto, las gargantas de los cántabros y los astures, siempre agitadas; pruebas son éstas de una voluntad llena de energía, reconcentrada en sí hasta el momento en que, de una vez, estalla y hiere.

Una cierta cantidad de sangre germánica, que debía modificar el carácter ibero, fué introducida en España por los godos, establecidos en el valle del Ebro; por los suevos, en Lusitania; por los vándalos, en la Bética. Sabido es que los visigodos fueron los más dulces y aptos para la civilización de todos los bárbaros cristianos; muy pronto, hablando la lengua de Roma, adaptados á sus instituciones, poseían á la vez el valor aventurero y la reflexión de las razas germánicas, juntamente con el sentimiento muy desarrollado de la libertad individual. «Sólo reconocían por jefe al que ellos mismos habían elegido.» La monarquía electiva no pudo nunca quedar abolida; raramente pudo un soberano hacer que se aceptara

á su hijo, y siempre el nuevo rey hubo de ser reconocido por la asamblea de los guerreros, grandes y obispos. Los reyes no podían dar ó hacer que se diera una sentencia que se apartara de las fórmulas ordinarias para administrar la justicia. La servidumbre, considerablemente aliviada en España, no conservó nada de la esclavitud antigua.

Ante los peligros comunes, godos é hispanolatinos adquirieron un sentimiento de solidaridad y se mostraron unidos. De este modo se ingería en el carácter español un elemento de verdadero individualismo y de sociabilidad juntamente. El valor germánico y el ibero, ardiente y más expansivo el uno, resistente y más intensivo el otro, se mezclaron en voluntades igualmente enérgicas y amantes de la independencia. Los sentimientos de dignidad personal y honor se desenvolvieron; los aspectos admirables del carácter español comenzaron á dibujarse. Este concurso de voluntades emprendedoras y voluntades tenaces, nos explica la cruzada heroica de ocho siglos, mediante la cual, desde el rincón á que había sido reducido el español, paso á paso, reconquista su patria á los moros, hasta que Boabdil, fugitivo, llora su reino perdido. Un puñado de godos refugiado en las montañas, se constituye en centro de la patria, concentrando sus fuerzas para reconquistarla; germanos, compañeros de Pelayo, pariente del rey D. Rodrigo, los que extienden poco á poco su poder sobre las Asturias, Galicia, León, y preparan la liberación de la España entera. El mismo amor á la libertad y obstinación para la lucha, debían más tarde arrojarnos de España, después de la loca y culpable invasión de Napoleón I.

Según todos estos datos concordantes de la antropología y la historia, podemos ver que domina, en la España del Mediodía y central, la raza morena de craneo alargado, es decir, mediterránea y semita. Dominada por los moros durante varios siglos, España ha recibido

una gran cantidad de sangre africana. Al Norte y al Oeste se encuentran algunos elementos célticos y germánicos, pero éstos se han conservado principalmente en la aristocracia española.

El índice cefálico es notablemente semejante en toda la Península ibérica, y además, es generalmente reducido; la raza dolicocéfala mediterránea, á la que pertenecían las poblaciones primitivas, así como las sucesivas inmigraciones de fenicios, moros y judíos, ha quedado, por tanto, casi pura. Es un hecho que es preciso tener en cuenta. España es de este modo, con Inglaterra, el país más homogéneo de Europa, con respecto á la raza. Ambos son dolicocéfalos, pero uno de la raza morena del Mediodía y otro de la rubia del Norte. Esta semejanza fundamental de los ciudadanos entre sí, en España, como en Inglaterra, lleva consigo una notable unidad de carácter nacional dentro de las mayores variantes provinciales. Nunca tuvo España inmigración en masa de braquicéfalos ó cráneos redondeados del lado de los Pirineos. Sólo en las provincias dominadas transitoriamente por razas germánicas, suevos en Galicia, godos en Toledo, vándalos en Andalucía, aumenta algo la anchura de los cráneos. No debe, por lo demás, atribuirse esto á la raza germánica misma, sino, según nota M. Otto-Ammon, á siervos braquicéfalos traídos de la Galia por los germanos. Federico Oloriz, profesor de anatomía en la Universidad de Madrid, ha publicado un libro notable sobre la *Distribución geográfica del índice cefálico en España* (1894) y mostrado que la población es casi enteramente dolicocéfala morena. Las ciudades presentan un índice casi igual al de los campos, aunque en general aún más reducido. Por todos estos rasgos, España se asemeja á la Sicilia ó Italia del Mediodía, no á la Italia central, y mucho menos todavía á la del Norte. En cuanto á Francia, no presenta ninguna semejanza étnica con España, si se exceptúa una pequeña parte de nuestros me-

diterráneos y vascos. Se ve lo que es preciso pensar de todos los lugares comunes anticientíficos acerca de las *razas latinas,* que llenan los periódicos y les proveen de los argumentos necesarios. Estas diversas razas, digámoslo una vez más, nada tienen de latino, excepto la cultura, y nada menos parecido á un francés que un italiano ó un español, que en nada, por su parte se asemejan.

El conjunto de influjos étnicos sufridos por España, ha producido una raza fuerte y vigorosa, de cráneo abultado. El castellano representa perfectamente el tipo medio, dolicocéfalo moreno, con cara ovalada. El español es generalmente bajo de estatura, de músculos fuertes, sobrio, muy avezado á la fatiga, capaz de soportar privaciones de todo género. La mujer española, de grandes ojos negros, largas y espesas pestañas, talle estrecho y marcha ondulante, pertenece también al tipo mediterráneo semita. El temperamento español es casi siempre bilioso-nervioso, es decir, que, abrasado por un fuego intenso, sabe ocultar la pasión que le consume, que es también capaz de alimentar rencores durante largo tiempo. Como todos los mediterráneos, el español gusta del placer, tiene un fondo de buen humor y finura de espíritu; pero más que todos conoce las pasiones violentas, concentradas y no expansivas. Su sensibilidad es irritable, y, al propio tiempo, le domina el amor propio; estas son sus dos características. Tampoco lleva lejos de la mano el cuchillo. Las *ferias* son ocasión de numerosos homicidios. Las condenas por esta causa, que en 1893 eran 0,50 por 1.000 en Inglaterra, 1,06 en Alemania, 1,72 en Francia, llegaban en España á 4,74 (y, si se recuerda, á 8,14 en Italia).

Los españoles son leales, fieles á la palabra dada; poseen el sentimiento de la dignidad y del honor. Son generosos, hospitalarios, quizás todavía más en el Sur que en el Norte, y, sin embargo, no podría decirse en

general que sean humanitarios. Duros para con los animales domésticos, para con los hombres, para consigo mismos, contrastan con otros pueblos por la falta de bondad simpática y sociable. Esta dureza es uno de los signos característicos de la raza ibera y berebere, igual que de la semítica, tal, sobre todo, como se muestra en los fenicios. Los españoles se juzgaban muy diferentes de los moros; desde el punto de vista étnico, estaban muy próximos. No han recibido elementos célticos y germánicos bastantes para tener dulzura en la masa de la sangre; han permanecido africanos, y aun cuando occidentales, son también orientales. Su insensibilidad, que experimentaron los indios conquistados, llegó con frecuencia á la crueldad fría y á la ferocidad. Los pintores mismos se complacen en representar suplicios. Mantenida anteriormente por el espectáculo de los autos de fe, su dureza lo es hoy por las enseñanzas de las corridas de toros. Algunos espíritus ingenuos, siguiendo á Edgard Quinet, se han persuadido de que tal ejercicio contribuía á mantener el valor español, como si la crueldad y el valor fueran idénticos. ¿Se conocían las corridas de toros en Numancia? ¿Enseñó el toreo á ser valientes á los godos de Pelayo y del Cid? Lo que estos espectáculos contribuyen á mantener es simplemente la barbarie: el gusto de ver correr la sangre nunca fué necesario para formar héroes.

Durante la última guerra, y á pesar de las noticias de los desastres, estos malaventurados españoles no podían privarse de sus corridas de toros, tan necesarias á su degenerada existencia, como el comer y el beber. En vano los obispos mismos les invitaron á abstenerse de los regocijos de costumbre: ¿cómo renunciar á beber con los ojos la sangre de los caballos destripados? Así es como el toro ha mantenido la «virilidad española».

La imaginación del español se exalta interiormente y se alimenta de visiones internas, hasta el momento en que todo brota tumultuosamente al exterior. Pero aunque

rica, esta imaginación es al propio tiempo limitada. Por la misma razón, las pasiones conservan algo de sencillo y monótono, desprovistas como están de todo lo que vastos horizontes podrían darles en extensión y variedad. Simplificad el sentimiento religioso, conservándole su energía, y tendréis el fanatismo estrecho y violento; haced lo mismo con el sentimiento de la propia dignidad, y obtendréis el orgullo feroz; simplificad el amor, y veréis los celos exclusivos y siempre amenazadores. Esta última pasión es una de las más frecuentes entre los meridionales biliosos y de sangre ardiente; sabido es qué intensidad alcanza en el español; qué parte toma en toda su literatura. Sin embargo, en España el celoso piensa todavía más en su honor que en su amor. «Hay en esta pasión, decía madame d'Aulnoy, menos amor que resentimiento y pundonor; los españoles no pueden ver que se prefiere á otro, y todo lo que tiende á afrentarles les desespera».

La combinación de los celos más feroces con el más exagerado pundonor, puede conducir á una moral extraordinaria. El amante ó el marido que sabe ha sido burlado debe tomar venganza, primera ley; mas su honor pide que el ultraje recibido quede ignorado de todos, segunda ley; es necesario, por lo tanto, que el motivo de la venganza permanezca secreto. Por esto en *El castigo sin venganza*, de Lope de Vega, el marido, que tiene á su hijo por rival, manifiesta á la esposa que conoce su crimen, para que se desvanezca; la amordaza y envuelve en telas, la presenta como un noble que conspiraba contra él, ordena á su hijo que mate al conspirador, y últimamente denuncia á su hijo á la justicia como asesino de su madrastra, y manda que le maten. Igualmente Calderón, en *El médico de su honra*, presenta al marido haciendo sangrar á su mujer, hasta que muere, por un cirujano enmascarado, al cual ha amenazado de muerte, y después figura que las vendas se han desatado, y va celebrando

por todas partes la virtud de su esposa. Gracias á este engaño, su honor conyugal queda sano y salvo. Un asunto no menos feroz vemos en otra comedia de Calderón, cuyo título es expresivo: *A secreto ultraje, secreta venganza.* Italia solamente, con la *vendetta* fría y largamente meditada, rivaliza con España, pero es más impulsiva (1).

Tanto como la sensibilidad del español, su voluntad indomable, pero igualmente limitada, se resiente de la falta de un elevado desarrollo intelectual. La lucha larga y monótona contra el enemigo no ha hecho más que hacerla aún más inflexible y seca. No por eso deja de presentar cualidades de valor varonil que son dignas de profunda meditación, á pesar de la falta de los rasgos de ternura y humanidad que excitan más particularmente la simpatía. Pero la voluntad del español, gravitando sobre sí misma, se exterioriza difícilmente en grandes iniciativas, expresa menos de lo que siente, resiste, se priva y padece.

Angel Ganivet, diplomático español, representante de España primero en Bélgica y después en Finlandia, autor de las *Cartas finlandesas* y de *Granada la bella*, ha trazado en un libro sustancial un bosquejo de la filosofía de la historia española, con este título: *Idearium español*. Según él, el rasgo más acentuado del alma española es un cierto estoicismo que en nada recuerda «ni la calma olímpica y la ataraxia de Marco Aurelio, ni el rígido y seco estoicismo de Epicteto». El fondo de la complexión moral del español es el estoicismo de Séneca, más humano y natural. «Séneca es español de nacimiento; y aun cuando nacido en la Bética, es ante todo castellano. Su doctrina, á través de las mil variantes de la idea estoica,

(1) El teatro español, desenvolviéndose con toda libertad, apartado de las reglas clásicas y con la norma única de dar «siempre gusto», como dice Lope de Vega, no puede menos de ofrecer una representación particularmente fiel de lo que el público conoce mejor: las costumbres nacionales.

puede resumirse en esta simple máxima: «Condúcete de suerte que, sean los que quieran los acontecimientos, pueda siempre decirse de ti que eres un hombre». *Esto vir* es una expresión tan profundamente española, que Séneca, si se cree á Ganivet, no tuvo más que interrogar el alma de su país é interrogarse para hallar la fórmula más apropiada al carácter nacional. «La primera vez que, siendo aún estudiante, continúa Ganivet, leí las obras de Séneca, me sentí aturdido como aquel que habiendo perdido vista y oído, los recobrara de pronto. La parte que el estoicismo ha tomado en la formación del espíritu español, es inmensa; su influjo decisivo se hace sentir no sólo en el derecho y el arte, en religión y política, sino hasta en los refranes populares». Ganivet exagera seguramente la intervención que tiene el influjo estoico en un pueblo que no se ocupaba gran cosa de filosofía, y está más en lo cierto cuando dice que el influjo árabe ha sido de los más preponderantes en la formación intelectual de España.

La mezcla de sangre europea y sangre árabe es, sin duda, una de las causas de esta universal aspiración á lo grande y lo noble que se ve en todos los pueblos de raza española. Hasta en la conversación común admira la solemnidad de las maneras y de la expresión. Kant nota que la chanza familiar al francés, es antipática al español, lo que no impide á este último divertirse en los días de fiesta, con cantos y danzas; pero «el fandango mismo, dice Kant, exige cierta seriedad». Los campesinos andaluces, galantes cual caballeros, «orgullosos como príncipes», elegantes como artistas, vanidosos cual los gascones, creen, si no por su origen por sus maneras al menos, ser señores. Un mendigo, á la puerta de una catedral, os tenderá la mano, como todos saben, con la dignidad de un hidalgo. En uno de sus viajes, madame Arvède Barine había preguntado el camino y dado una moneda á un mendigo de Granada; este último la indicó el camino con

seriedad, se quitó dignamente su sombrero roto, y «devolvió la moneda». Un salario hubiera sido vergonzoso; la limosna es noble; un mendigo español no pierde su dignidad.

Buckle cree que existe en las diversas naciones un espíritu insular, peninsular ó continental. El insular, en una gran nación comercial é industrial, engendra el de colonización y conquista; por ejemplo, Inglaterra. La posición continental, al exponer á invasiones, favorece el espíritu propiamente militar, el hábito de organización armada, defensiva y ofensiva; por ejemplo, Francia y Alenia. En cuanto á la peninsular, participa de las otras dos, pero conduce, sobre todo, al espíritu orgulloso é independiente que caracteriza á los españoles. Consideraciones tales son muy inciertas; la península italiana y la ibérica no se asemejan mucho. Lo que es cierto, y sostiene por su parte Ganivet, es la existencia del espíritu «regional» en España; este hecho nos explica cómo esta nación, que ha luchado tanto en el interior y en lo exterior, «nunca ha poseído espíritu *militar*, sino *guerrero*, formado de espontaneidad, de valor individual fundamentalmente aventurero, contrario á toda verdadera organización». En los actuales momentos, España no tiene todavía un ejército organizado científicamente á la moderna; «sólo posee una admirable milicia, animada por ese amor al suelo patrio, que la permite mirar su independencia tan segura como Inglaterra con su posición insular y sus fuerzas navales».

La falta de unión natural que se manifiesta en la configuración de la península ha ejercido también influjo sobre el carácter y los destinos de sus poblaciones. La comunidad de una larga serie de sucesos históricos, luchas y personalidades, debería haber producido una fusión completa de los diversos grupos; por desgracia, el país está «naturalmente dividido en pedazos» (1). El re-

(1) Vidal-Lablache, *États et Nations de l'Europe.*

gionalismo permanece «incrustado» en el espíritu de estas poblaciones, todavía más separadas del resto de Europa que aisladas entre sí.

Oponer el individualismo anglosajón ó germánico al socialismo de las naciones neolatinas, ha llegado á ser lugar común, y, sin embargo, existe en éstas cierto individualismo, el formado por la vida únicamente reconcentrada en sí, sin expansión, molesta bajo el yugo y la disciplina social, extraña á la cooperación y al esfuerzo en común, individualismo que es muy frecuente en España, como lo es en Italia, y con demasiada frecuencia en Francia; en este sentido, España es profundamente individualista.

A pesar de las variedades provinciales, el fondo común se reconoce en todas partes. Los vascongados, que representan á los iberos más puros, no sin tener caracteres propios, no se fusionan con ninguna otra raza, se encierran en su aislamiento, á menos que emigren y se lancen á las más lejanas aventuras. De extraña imaginación y espíritu aventurero, sólo salen del estrecho marco de la vida local para perderse en lo universal y absoluto. Al lado de sus marinos, la región vasca cita misioneros, Francisco Javier, y sobre todo Ignacio de Loyola. Celosos de sus *fueros*, los vascongados, como los navarros y aragoneses, tienen, con el apego á las costumbres tradicionales, la tenacidad, la agilidad, la bravura. Encuentran intolerables el servicio militar é impuestos ligeros, pero dieron con placer al carlismo todas sus rentas, toda su población útil: sacrificaron en cuatro años, como ha hecho notar Luis Lande, más que el Gobierno español les hubiera exigido en un cuarto de siglo.

Los catalanes han formado durante mucho tiempo un solo pueblo con los provenzales, á los que se acercan por su carácter. Es de alabar su espíritu activo é industrioso, su audacia, acompañada de buen sentido, su espíritu em-

prendedor en busca de la fortunaa. Menos ruido y más que labor útil era ya el lema de los catalanes. Gracias á la vecindad de Francia, han conquistado la parte mayor y más sólida de la industria y el comercio españoles. Almirall, en su libro sobre *Lo catalanism*, pone en oposición el genio práctico del catalán con el quijotismo castellano, la actividad material de su región con la inercia de las demás. La imaginación del catalán se dirige á la acción y á los negocios más que al arte y la elocuencia: no sólo en la Península, sino en las colonias, toma la parte más principal del comercio, banca é industria; la política general le es casi indiferente; tanto más, cuanto que se confunde demasiado con la política madrileña, por la cual tiene una antipatía innata. Particularista por instinto, ha sabido devolver á su idioma, que degeneraba en dialecto, el carácter de lengua literaria. ¿Hay motivo para felicitarle, en un país donde el mayor de los males es el particularismo?

Vivos, ligeros, espirituales, gascones de España, los andaluces se enorgullecen de la sangre mora que corre abundantemente por sus venas. Los habitantes de Murcia y Alicante, más indolentes, son fatalistas como los árabes. Los de Valencia, laboriosos, pero amigos del lujo y los placeres, dan gran contingente de toreros (!) y bailadores. «Los valencianos, dice Murillo, son alegres, ingeniosos, aficionados á las letras, ligeros, dados á las danzas, bailes y á todos los ejercicios que exigen agilidad. Algunos recorren España y se ganan la vida bailando». Se compara á los de Auvernia con los gallegos, obligados á emigrar por la población excesiva de su país, y que en España tienen el monopolio de los oficios más rudos. Pesados, fuertes, se alaba su sencillez y su franqueza (!) su probidad y amor al trabajo.

Tanto como el andaluz es vivo y exuberante, el habitante de las grandes llanuras grises de Castilla es serio, lento y grave, envuelto en su «*capa* de clásicos pliegues».

En su miseria disimulada conserva la actitud orgullosa del conquistador y amo. Solemne, altanero, muy celoso de su honor, apático ante las necesidades de la vida, el castellano, que impuso su dominio á España entera, es poco querido del resto de los españoles; no por eso deja de tener quizás las cualidades mejores de la raza. A pesar de tantas diferencias regionales, el español tiene una fisonomía distinta y única. Ha conservado en todos sitios un ideal de virilidad, y aun de virilidad heroica: este ideal, presente siempre ante el espíritu de la nación, explica muchas de sus mejores tendencias, lo mismo que sus defectos. En todo español típico hay un *Don Quijote*, idealista y soñador, y un Sancho Panza, observador y amante de la realidad.

II

LA RELIGIÓN ESPAÑOLA

La religión española ha permanecido extraña á toda metafísica, y no ha conservado en mayor grado el sentido profundamente moral de los dogmas. Es ritualista, como la de los romanos; pero en vez de la radical indiferencia que había de caracterizar la fe italiana, el español mostró todo el ardor del fanatismo (1). No proviene de ordinario el fanatismo del español, como el del alemán ó el del anglosajón, de un impulso interior místico, de un pensamiento absorto en Dios, sino que es más bien la devoción inflexible y ciega á los actos externos de la religión, al culto y prácticas religiosas. El fanatismo, se ha dicho con

(1) En Inglaterra, en el siglo XVII efecto de las circunstancias, el elemento dolicocéfalo moreno ó ibérico desempeñó gran papel, y se ha manifestado asimismo por un intenso fanatismo. Mr. Galton y varios otros antropólogos han estudiado los retratos del tiempo de Cromwell, y resumido su opinión: predominio del tipo ibero. Véase de Lapouge, *Les sélections sociales*, pág. 93

ingenio, es á la religión lo que los celos al amor, y el español es demasiado celoso para no ser también muy fanático (1). Se ha visto en España que la religión lleva á todas las maceraciones, á cierta dureza consigo mismo, que corre parejas con la dureza para con los demás. ¿No se ha visto paseando las calles de Madrid penitentes desnudos de cintura arriba, con el cuerpo lleno de cardenales y heridas, llevando hasta siete espadas atravesadas en la espalda ó los brazos? (!) Otros, doblegados bajo el peso de enormes cruces, recibían de manos de sus criados vino ó vinagre, á guisa de cordial, para no caer extenuados. Era la ostentación de la penitencia; con tal humildad, nada perdía el orgullo castellano.

Por sus tendencias semíticas y musulmanas, el español es dado á imponer la fe por la fuerza; de buen grado desconoce el derecho ajeno, sobre todo el de conciencia. Un carácter de la fe española, es el espíritu de proselitismo conquistador; la necesidad de domeñar al infiel ó al hereje. Si Santa Teresa, á los siete años, huye con su hermano de la casa paterna para ir á buscar el martirio entre los moros; si, después de haber pronunciado su primer voto, presintiendo ya todo lo grande que quería realizar, exclama, «no tengo todavía veinte años, y me parece tener á mis pies el mundo vencido»; si desdeña la devoción dulzona y mundana por otra ardiente en el interior, militante en lo exterior; si mezcla en sus éxtasis enfermizos toda la lucidez de una razón firme y el vigor de un alma casi varonil; si condena la melancolía, que no es en el fondo, dice ingeniosamente, más que el deseo de hacer su voluntad; si, finalmente, lleva la acción y la energía hasta la contemplación, ¿cómo no reconocer en ella y en todos estos rasgos, la sangre y ambiente de los

(1) V. Desdevises du Dézert, *L'Espagne sous l'ancien régime*. París, 1897. Sin embargo, el italiano es celoso en amor y no fanático en religión.

héroes españoles? El padre de Santa Teresa, Alfonso Sánchez de Cepeda, de Avila, en Castilla la Vieja, hombre de alta estatura y majestuoso continente, contaba entre sus antepasados á un rey de León; su madre, Beatriz Dávila, pertenecía á la más antigua nobleza de Castilla. Es decir, que la sangre de las razas del Norte se mezclaba en la santa con la del Mediodía, sin ningún cruce morisco ó judío que manchara su *limpieza*. Ignacio de Loyola, también caballeresco y romántico, es otra personificación de la fe española. ¡Qué espíritu heroico, de aventuras, y al mismo tiempo positivo, de organización práctica se ve en este vascongado, nacido de padres nobles en el castillo de Loyola en Vizcaya! Herido en el sitio de Pamplona, la lectura de libros piadosos durante su convalecencia despierta su imaginación y determina su vocación religiosa. Y entonces renuncia á los bienes y honores de este mundo, para entregarse á una vida de asceticismo y pobreza, pero también de proselitismo y propaganda. Hoy en Jerusalén, mañana en Barcelona y Alcalá, más tarde en París, en el colegio de Sainte-Barbe, descubre que el mejor medio para predicar por todas partes el Evangelio, instruir á la juventud, convertir herejes é infieles, es fundar una inmensa caballería práctica, bajo la forma de una asociación vasta como el mundo. Su amigo Francisco Javier, «el apóstol de las Indias», que había nacido en el castillo de Javier, cerca de Pamplona, vino también á acabar sus estudios en el colegio Sainte-Barbe, y enseñó filosofía en el de Beauvais. Después de haberse asociado á los votos que pronunciaron sus otros compañeros en el monasterio de Montmartre, cuna de la célebre Compañía, Javier va á Italia, pasa á Portugal, se embarca para las Indias, bautiza, según dice, á más de 25.000 bárbaros, parte al Japón, y muere en el momento en que iba á penetrar en China. Son las grandes aventuras religiosas, parejas de las grandes conquistas. ¡Noble inquietud que lleva al fin del mundo;

sabia previsión que nunca pierde de vista ni el fin, ni los medios, justificados por el fin!

Cuando no es de este modo invasora y conquistadora, la fe española no conduce con excesiva frecuencia más que á la práctica mecánica y formalista. Entonces no es el espíritu el que salva, sino la letra. Calderón nos muestra en *La devoción en la cruz* un hombre que ha cometido todos los crímenes; pero que habiendo conservado desde su infancia respeto hacia el signo de la redención, obtiene al final la misericordia divina, juntamente con la misericordia del público. Es la salvación, no ya por las obras ni como por la fe interior, sino por los ritos externos. Así en España, lo mismo que en Italia, se extraviaba el cristianismo, alterado en su esencia. Sería injusto hacerle por sí responsable de los extravíos debidos á pueblos demasiado esclavos de las formas externas. Este formalismo es contrario al verdadero espíritu del cristianismo, á la grande y constante tradición que enseña que el valor de los actos está en el interior; que, sin la buena disposición del corazón, el efecto externo es sólo mentira; que una buena acción pierde su valor si la intención no es recta; que el acto mismo de piedad y «la aproximación al sacramento» con un corazón indigno y una conciencia impura constituye «el mayor sacrilegio». Tal era la verdadera ortodoxia, y es necesario convenir, para ser justo, que la católica España fué con demasiada frecuencia heterodoxa; que en sí misma alimentaba, en su fuero interno, la herejía, que fuera perseguía tan implacablemente.

Con razon deploran los españoles ilustrados la dictadura de las conciencias y la uniforme servidumbre de los espíritus, que ha producido entre ellos un catolicismo desnaturalizado por la política. Cristiano instruído, profundo admirador de las ideas de León XIII, el Sr. Sanz y Escartín hace constar que en la fidelísima España han aumentado de día en día la incredulidad y la indiferencia. Y este hecho lo cree aún mucho más marcado en la

América española. Si Buenos Aires no le parece del todo, como á Mr. Child, «la ciudad inhabitable para quien tiene alguna delicadeza de conciencia y un poco de moralidad», reconoce seguramente en ella «una de las poblaciones de costumbres más irregulares del mundo». En general, los pueblos hispano americanos, aunque se proclaman católicos, «ni creen en la religión ni la practican». Al preguntarse cuáles son las causas de este fenómeno, este creyente responde lo que todo el mundo ha dicho ya: la causa principal es que durante siglos, la sumisión material, la unidad vacía, el formalismo de la actividad religiosa, han «predominado sobre la espontaneidad y la libertad necesarias, la sinceridad y rectitud del corazón sobre la comunión eficaz en la humanidad y el bien» (1). *Oportet hæreses esse.*

III

LENGUA, LITERATURA, ARTE Y FILOSOFÍA EN ESPAÑA

Del latín ha conservado el idioma español una gravedad y sonoridad de pronunciación algún tanto enfática, que no tienen las otras lenguas, y por las que se expresa bien el genio nacional. La literatura española se ha desenvuelto libremente, y no ha sufrido el influjo latino más de lo que era necesario para conservar la precisión y claridad de las formas; el fondo ha permanecido español. España latina se mostró en las letras más original que la Galia—con Séneca y Lucano, Quintiliano, Silio Itálico, Marcial y Floro. Si se ve en Séneca, junto á la elevación y grandeza, la declamación y lo rebuscado, antítesis y juegos de palabras, énfasis y sutilidades de ingenio juntamente; si la versificación de Lucano, enérgica y brillante, es de-

(1) *El individuo y la reforma social.*

clamatoria también y busca los efectos, el genio ibero interviene algo seguramente en ello.

El español tiene necesidad de sensaciones violentas. Su imaginación no se complace ni con el vago ensueño ni con lo fantástico; quiere contornos bien dibujados y colores calientes. Uno de los caracteres de la literatura épica española es la falta de elemento maravilloso, ó al menos su reducción al menor límite. A lo fantástico prefiere la poesía española lo heroico. La fe religiosa y el patriotismo han dado al *Poema del Cid* una grandeza ruda y á veces salvaje. En el *Romancero* abundan los rasgos feroces, contados ingenuamente, como lo más natural.

M. Brunetière ha marcado magistralmente el carácter general de la literatura española, representándola esencialmente caballeresca y romántica. La Italia del siglo xv era del todo naturalista, y estaba enteramente entregada á la moral del interés personal, ó más bien á la falta de toda idea moral. La Francia de entonces, «mitad inglesa y mitad borgoñona», era *únicamente* realista. Los españoles contribuyeron, al establecer la religión del honor, «á reintegrar alguna idea de justicia en el mundo nuevo que estaba en vías de fundarse entonces sobre el interés como única base». El punto de honor español ha impedido al naturalismo italiano invadir todas las literaturas modernas. En cuanto á la afinidad que debía más tarde ofrecer el romanticismo con la literatura española, M. Brunetière la explica por el esfuerzo mismo de esta escuela para renovar, á través del Renacimiento, la cadena de la tradición de la Edad Media. Debemos, pues, á España, el haber conservado, y por el influjo de su literatura esparcido en Europa, lo más selecto del ideal de los tiempos medios, el valor caballeresco y el culto de la mujer.

Aun cuando el teatro en España fuera para el pueblo como para la aristocracia, el hábito de dignidad y el or-

gullo por todas partes esparcido, le impide caer en la llaneza y la vulgaridad: exigióse un cierto sentimiento poético y la música del verso. Pero el genio novelesco y dramático de España no excluye el genio observador: *Don Quijote* es una obra de elevada imaginación y sólido realismo: esta pintura de la locura es un libro de sabiduría. Tan verdadera es en él la observación de la demencia idealista, que doctos comentaristas han querido ver en Cervantes un médico predecesor de Esquirol. Pero Cervantes mismo no ha podido triunfar enteramente (y no nos lamentemos de ello) del espíritu caballeresco querido de los españoles. El genio áspero de España, como el de los romanos, es apropiado á la sátira; pero en razón de su gravedad natural, da con más gusto á la burla la forma de amarga ironía. No es la piedad por los miserables, sino el desprecio, lo que inspira el realismo cruel de las novelas picarescas. Por ellas España preparaba los modernos estudios de costumbres, que analizan tanto las clases más humildes de la sociedad como las más altas.

La gran pintura española es también naturalista; toma la realidad en vivo, para reproducirla con franqueza y vigor. En ella brota también la originalidad de España. Velázquez, Murillo, Zurbarán, Ribera, Goya, ¿qué tienen de común? La irresistible inclinación á lo natural, la pasión por la verdad viva, si es preciso brutal, horrible ó trivial; no la miran con la observación humilde y minuciosa de los holandeses, como con un lente; la miran de lo alto y la representan con su audacia, su grandeza y firmeza naturales. Su realismo, en vez de ser vulgar, conserva algo de heroico y romántico. Y si por encima de la realidad imagina ensueños místicos, el pintor español no se contentará, como el italiano, con encarnarlas en escenas del Nuevo Testamento; acudirá con preferencia á las leyendas de los santos para poder representar escenas familiares y cuadros de la vida real.

Soñador y tierno, como rara excepción, Murillo tiene

simpatía irresistible por el pueblo en cuyo seno nació, y lo representa con sus andrajos en una luz gloriosa. La miseria indolente es uno de sus temas favoritos. Su idealismo, inspirado por una fe ardiente y sencilla, servida por una finura maravillosa de pincel, se funde con el realismo tradicional del arte español (1).

Tan grande es el puesto de España en la historia de la literatura y el arte, lo mismo que en la historia política de los tiempos modernos, como pequeño el que ocupa en la historia de la filosofía. Suárez no representa en ella más que el último esfuerzo de la escolástica moribunda. En la España aislada y cerrada, bajo la exquisita vigilancia de la policía inquisitorial, ¿de qué modo se hubiera cultivado la filosofía, sino por raros adeptos, mitad sabios, mitad teólogos? Nacieron, sobre todo, en el reino de Aragón. Entre ellos se ve algunos hermosos tipos españoles, Raimundo Lulio, de una familia noble de Palma, y cuyo nombre manifiesta el origen godo, pasa su vida en el desorden hasta los treinta años, se hace franciscano y concibe el proyecto de formar una milicia de teólogos que fuera á convertir á los musulmanes por la dialéctica. Este Don Quijote de las escuelas, inventor del *Ars magna*, que permite razonar mecánicamente, argumenta en Túnez, en Bona y en Argel con los filósofos averroístas,

(1) Con razón se ha dicho que el carácter distintivo del arte español es la espontaneidad, independencia, inspiración fogosa, refractaria á la disciplina y á las reglas técnicas. Velázquez, que es uno de los más grandes genios artísticos que han existido, es tan rebelde como Goya á la reflexión tranquila de la técnica y á los procedimientos de ejecución. También Ganivet resume la historia del arte en España, diciendo que este país, que nos ha dado obras magistrales inimitables, nos presenta también bastantes esbozos de discípulos indisciplinados. Lo que ocurre con el arte, se ve en España, aunque en grado menor, en la literatura: maestros y no escuelas; nada de principios directores que se impongan, ni de ideas reguladoras: «La lengua española es como el abrigo nacional, la capa castellana, amplia vestimenta sin forma determinada, la más individual de todas, la más difícil de llevar bien, y cuya forma depende de los contornos del que se abriga en sus pliegues.»

hasta que se hace lapidar. Se reconoce en él á un digno compatriota de Ignacio y de Santa Teresa. Si Arnaldo de Vilanova no ha nacido cerca de Montpelier, ha nacido cerca de Barcelona; fué, por lo demás, más alquimista que filósofo. Raimundo de Sebunda ha nacido, seguramente, en Barcelona; pero en Tolosa fué donde practicó la medicina, teología y filosofía escolástica. Miguel Servet, de Aragón, vino muy joven á Francia; estudió el derecho en Tolosa, la medicina en Lyon y París, se entusiasmó por la Reforma, luchó contra Calvino y se hizo quemar en Ginebra, muerte digna de un español, pero común á muchos otros. Fuera de estos nombres, la filosofía teológica y la ciencia misma no tienen casi ninguno que citar. En nuestros días, aun á pesar de algunos felices ensayos, la filosofía no tiene muchos representantes en España (1).

IV

LA DEGENERACIÓN DEL CARÁCTER ESPAÑOL Y SUS CAUSAS

Uno de los problemas más dignos de interés, no sólo para el historiador, sino aun para el psicólogo, es la decadencia rapidísima del pueblo, de que un siglo antes había podido decirse: «cuando España se mueve el mundo tiembla». La degeneración del carácter nacional en España obedece á múltiples causas, á la vez físicas y morales. Físicas, porque la raza fué atacada hasta en su san-

(1) «Los sabios y filósofos que cada nación produce, dice el Sr. Guardia, son los que dan á conocer su salud mental. No faltan en España Corporaciones, sabios ni cursos de filosofía; pero, ¿dónde están los sabios, dónde los filósofos españoles? Conocidos en el mundo oficial, del que forman parte, no tienen notoriedad fuera de la esfera administrativa. Esta es la verdad clara, toda la verdad, sin atenuación ni excusa.» *En realidad de verdad,* como dijo Cervantes. Sin embargo, España ha producido en estos últimos años algunos verdaderos sabios.

gre, cuya parte más pura y vivificante había locamente gastado. Habíase, por varios caminos, desprendido por sí misma de sus elementos superiores. Primeramente había quemado por sus propias manos, como en inmenso auto de fe, casi todo lo que era fe profunda é interior, pensamiento independiente, voluntad dispuesta á cualquier sacrificio, conciencia inflexible. M. Galton ha calculado el número considerable de familias que la Inquisición hizo desaparecer; familias escogidas y fecundas en talentos *(eugénicas)*, cuya extinción contribuyó á paralizar la industria, artes y literatura. Al mismo tiempo que España realizaba al contrario de como debiera la «selección religiosa», eliminando por el hierro y el fuego las conciencias más vivas y las voluntades más fuertes, realizábala también á sus expensas multiplicando sin medida las órdenes monásticas de célibes. Las partes de la nación más capaces de fe profunda y elevada moral se encontraban así, en cierto modo, obligadas á la infecundidad, incapaces de dar vida á nada. Poco á poco, por eliminación directa de los creyentes heterodoxos é indirecta de los ortodoxos, la fe debía ir perdiendo su vida interior para paganizarse y reducirse, como hemos visto, á las prácticas populares.

¿En qué época España tuvo verdaderamente espontaneidad, iniciativa, fuerza, savia y vida? ¿Fué bajo los desmedrados reyes que le dieron la unidad quitándole la libertad? No; si queréis contemplar el espectáculo de la vitalidad de España, observad la España romana, luego la civilización hispano-árabe de la Edad Media. Entonces España tenía 40 millones de habitantes, industriosos y activos. Entonces se alzaban las magníficas ciudades cuyas ruinas se admiran hoy; la agricultura era próspera y, gracias al trabajo de los moros, el agua corría en todas partes para fecundar los campos. De todo este florecimiento, el catolicismo recogió los frutos y después llegó á ahogar los gérmenes de florecimientos futuros.

A pesar de esto, es difícil admitir que la Inquisición y el monaquismo por sí solos hubiesen podido dejar anémica la raza misma. Hay que añadir las guerras locas de Carlos V, y, sobre todo, las conquistas de América, que llevaron al otro lado del Océano todo lo que España contenía de caracteres emprendedores y enérgicos. Estas diversas causas aunadas produjeron una especie de sangría suelta, por la que se fueron los elementos más nobles de la vida nacional. Fueron estos principalmente los descendientes de los godos y los germanos, los dolicocéfalos rubios, así como los mejores representantes de la raza mediterráneo-semita ó dolicocéfala morena, que fueron víctimas, ó de su genio aventurero y batallador, ó de su independencia de espíritu y del ardor de su fe. El grueso de razas, sin resistencia ni empuje, permaneció intacto; pero casi toda la aristocracia natural desapareció. Tales son las razones fisiológicas que produjeron la degeneración española. Por sí solas no lo explican todo; causas morales y sociológicas vinieron á añadirse á ellas.

La expulsión de los judíos en 1492, la de todos los habitantes de origen moro en 1609-1610, privaron á España de una población particularmente activa y laboriosa; la indolencia meridional, el prejuicio contra los trabajos manuales, el azote de la mendicidad siempre creciente, se sobreponen pronto. ¡Bastantes hechos menudos nos hacen comprender en qué atmósfera de sospechas y temor se vivía entonces! Los baños, por asemejarse á las abluciones, fueron proscritos al mismo tiempo que se desterraba la raza infiel; tomar un baño ó prescribirle á un enfermo era cosa peligrosa. En Castilla la Vieja, particularmente, donde los cristianos nuevos eran pocos, podían fácilmente despertar sospechas: «un médico converso, dice M. Guardia, que hubiera ordenado un baño sería causa de escándalo». De aquí una suciedad general y las enfermedades de la piel con carácter endémico. Esta es la imagen material de los efectos del despotismo y sus lejanas conse-

cuencias. Las expediciones de Carlos V habían sacado tantos hombres y dinero, que las casas se cerraban, los campos quedaban desiertos y una parte de España quedaba yerma. Pero, en este punto aún, el descubrimiento de América había sido el principal origen de las calamidades morales y sociales de España. Es una causa poderosa de desequilibrio, para el carácter de un pueblo, la alteración más ó menos repentina de todas las condiciones sociales, que enriquece á unos, arruina á otros, hace subir á éstos, descender á aquéllos, arrastra á todos en contradictorias corrientes. Se habitúan las gentes á contar con el azar más que con la voluntad, y, aun si interviene la voluntad, funda sus esperanzas en un esfuerzo pasajero y no en un trabajo sostenido y perseverante. Ahora bien: ¿qué hay más desmoralizador que el azar? Un pueblo no vive de aventuras, sino del trabajo diario que asegura el pan. Lo novelesco para una nación no es nunca una inofensiva enfermedad. «Las grandes y gloriosas aventuras nacionales, confiesa un español, hicieron de nosotros un pueblo de aventureros» (1).

La ambición que confía en la suerte engendra necesariamente la pereza, que, cuando llega á ser objeto de orgullo, constituye un pecado dos veces capital. Esto ocurrió en España. La sed de oro obtenido sin el trabajo regular, el honor colocado en la vida sin expedientes, todas las ambiciones encendidas por los relatos mara-

(1) Según Ganivet, España ha sufrido, á través de su historia, un exceso de acción exterior; lo que le ha faltado es recogimiento, mirar hacia sí, condición para una plena posesión de sí misma. En vez de reducirse á su propio suelo, la vitalidad nacional se ha exparcido un poco por todas partes: por Italia, Países Bajos, América; y hoy España nos produce el efecto de «un pobre neurópata agotado, que llega jadeante al final de una carrera desenfrenada». Al salir de la Edad Media, en vez de emplear un vigor adquirido en ocho siglos de lucha en obras útiles y realmente nacionales, España se entregó á una política contraria á sus más evidentes intereses. El influjo de Carlos V fué nefasto á este país, arrastrándole fuera de su camino natural.

villosos del Nuevo Mundo, los cerebros febriles, las imaginaciones exaltadas, fortunas escandalosas por lo repentinas, ruinas y catástrofes aún mayores, la violencia y la intriga reemplazando finalmente al deber pacientemente realizado y las tareas modestas, pero seguras, un viento de locura agitando todo un pueblo, que, en el momento mismo en que perdía su profunda moralidad, se colocaba como héroe de epopeya, he aquí el increíble espectáculo que nos ofrece la España de Carlos V y de Felipe II. El resultado interno fué el universal decaimiento de las voluntades.

Los libros de caballería vivían en la realidad en América, si hay que llamar caballerescas á las aventuras fabulosas y bárbaras hazañas de los Cortés y los Pizarro. Es lo que daba verosimilitud y boga á las novelas de entonces. La epidemia moral fué tal, que Carlos V dictó disposiciones contra estas novelas, lo cual no impedía que leyera él mismo á escondidas *Don Belianis de Grecia*. En el reinado de Felipe II, las Cortes pidieron al rey que quemara en montón todos los libros de caballería; á todo accedió y nada hizo.

El gasto de fuerzas producido por las colonias de América no bastaría, dícese, para explicar la decadencia española de entonces, porque colonias más pobres y que no estaban mucho más inteligentemente administradas han formado el gran poder de Inglaterra. Sin duda; ¿pero pueden compararse los elementos que Inglaterra gastó con lo que suponen los conquistadores de América? ¿No han hecho las colonias inglesas que los ingleses reposaran tranquilos en su país pretextando que el oro les vendría sin esfuerzo de ellas? España dió preferencia á los metales preciosos de América sobre los tesoros mucho más reales y duraderos del suelo y la industria; se permitió á cada lado de los caminos, los destrozos de los rebaños trashumantes de la Mesta; las numerosas tierras del clero y la nobleza eran cultivadas malamente por los colonos,

cuyo interés estaba en no cimentar la renta para que no subiera al precio de arrendamiento. Enriquecidos por las minas del Nuevo Mundo, los españoles tomaron la costumbre de pedir á los demás países lo que el suyo habría podido producir. Una especie de «retroceso psíquico» reavivó en España las ideas y sentimientos correspondientes á las maneras primitivas de adquisición de riquezas. En el orden moral y en el económico, la parte más ilustre de la nación se habituó á recibir pasivamente los elementos necesarios para la vida. La orgullosa pereza, que el descubrimiento de otro hemisferio hizo general y clásica, llegó á ser muy pronto, como se ha dicho, «una especie de religión sin disidentes». La esclavitud, que existía en España y que la horrible trata de negros llevó á América, contribuía aún más á que se despreciara el trabajo mecánico. El oficio de las armas engendraba el mismo desdén por los quehaceres serviles. Despotismo é intolerancia, gusto por lo extraordinario y desprecio hacia el esfuerzo ordinario se veía ya en el reinado de Fernando é Isabel. Numerosas gentes sin ocupación, prefiriendo la miseria al trabajo, pretendían descender de antiguas familias cristianas y hacían remontar sus títulos de nobleza hasta los tiempos de la Reconquista. Dos tipos resumen, como es sabido, la España de fines del siglo XVI: el hidalgo y el *pícaro*. El valentón frustrado se convierte en mendigo; el épico hidalgo en caballero de industria. La novela picaresca no tiene en breve más que retratar la muchedumbre de vagos que creerían rebajarse trabajando con sus manos; de hidalgos famélicos, aventureros é intrigantes en busca de fortuna, gentes sin pundonor ni escrúpulo, soldados fanfarrones, criados mentirosos y bribones, terceras, hechiceros, bohemios, salteadores de caminos y espadachines. Por una extraña aberración, el honor, en lugar de aplicarse á cosas honrosas, se aplica á las que no lo son. Conocida es la historia del espadachín que había recibido dinero por un asesinato, y que, después

de la reconciliación de los dos enemigos, no quiso devolver el dinero, ni conservarlo sin haberlo ganado, tanto que mató á la víctima designada, por cumplir con su honor.

La aversión por el esfuerzo sostenido y perseverante, la idea de superioridad que se atribuye á la vida ociosa, por mezquina que sea, dice el Sr. Sanz y Escartín, han dejado hasta nuestros días profundas raíces en algunas regiones de España; añádase á esto «la admiración y simpatía que se tiene por los que gastan y derrochan estérilmente su fortuna», la especie de altanería con que se mira «todo lo que es previsión, orden y trabajo personal», y se tendrá el cuadro opuesto al de la vida anglosajona; se comprenderá el influjo de las máximas de la vida colectiva sobre el destino de los pueblos. El Sr. Sanz y Escartín cita un ejemplo característico de esta aberración del espíritu nacional, que hace que su país contraste con casi todos los demás. En Madrid, en una reunión de personas pertenecientes á clases acomodadas, se hablaba de un joven que, gracias á sus estudios y sus méritos, había obtenido por concurso una posición honrosa. «Ese muchacho no debe valer mucho, exclamó una señora con acento desdeñoso; de otro modo, habría encontrado quien le abonara sin tomarse tanto trabajo.» Los asistentes aprobaron tácitamente esta opinión, que deja entrever ciertos estados particulares del espíritu español. El oro no le disgusta; lo que no le agrada es el trabajo que cuesta adquirirlo.

La guerra llamada de las Comunidades, en tiempo de Carlos V, preparó la ruina de las libertades públicas; la represión sangrienta del protestantismo, en el de Felipe II, acabó con la libertad de conciencia. La unidad es el ideal del español, y España realizó su sueño. Durante siglos, la unidad ha reinado en ella por la política. Pero ésta acabó de cultivar en ella los elementos más peligrosos del carácter de raza; la indolencia meridional y aver-

sión á todo lo nuevo, por una parte; por otra, la reducción de la actividad espiritual «al imperio de las formas y á la vida imaginativa». Todo régimen que tienda á establecer por las opresiones uniformidad de ideas, va contra la naturaleza de las cosas y engendra sólo decadencia y miseria (1). D. Juan Valera, de la Academia Española, ministro plenipotenciario en Bélgica, ha tratado, es verdad, de hacer ver en la Inquisición una especie de academia formada por los espíritus más distinguidos de la época, *todos los hombres que sabían de ciencia*. En un discurso pronunciado en 1875 en la Academia Española sostiene que el poder absoluto y el Santo Oficio no han influído casi nada en la decadencia del pueblo español, al cual ha degradado su orgullo formidable, satánico. El Sr. Valera conviene, sin embargo, en que la Inquisición fué mala para España al aislarla del mundo civilizado (2). Felipe II, efectivamente, protegió á España contra la invasión de las ideas por medio de un «cordón sanitario» infranqueable. El miedo á la Inquisición encerró al pensamiento en un círculo de fuego. Todavía en 1680, en un auto de fe en Madrid, figuraron ciento veinte condenados á muerte, veintiuno de los cuales fueron quemados vivos en presencia de la Corte, de ochenta y cinco grandes de España, de las autoridades eclesiásticas y civiles, «de una muchedumbre curiosa, devota y entusiasta». La Inquisición invocaba la divina misericordia: «no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva». Y por esto, *sine sanguinis effusione*, se le quemaba. Esta casuística asesina, ¿podía dejar de influir en el alma de un pueblo? La Inquisición no se contentó con embrutecer, desmoralizó. Felipe II había tomado por divisa el «disimular», y este fué el lema de todos. El fanatismo de los unos engendró necesariamente la hipocresía de los otros, y el proverbio

(1) Sánz y Escartín: *El individuo y la reforma social*, pág. 216.
(2) El mismo autor ha escrito el estudio *De la perversión moral en la España de nuestros días*.

español dice, con razón, que detrás de la cruz está el diablo. La compresión de los espíritus produjo en España, como en todas partes, la sofística y la retórica. No pudiendo mirar al fondo mismo de las cosas, la inteligencia se ejercitó en las formas y substituyó las razones con los razonamientos. El pensamiento se encubrió con metáforas y figuras de dicción. Se escribió menos para ser comprendido que para dejar adivinar el pensamiento; «se admiró más á los que se comprendía menos». Lo sutil y brillante del estilo, sin las ideas, no podía menos de llevar al gongorismo y al culteranismo. Finalmente, no pudiendo publicarse nada sin licencia previa, ¿cómo había de progresar la ciencia? Después de China, España es el país que tuvo mayor número, no de sabios, sino de mandarines, doctores, licenciados y bachilleres en las cuatro facultades. Las Universidades menores vendían sus diplomas y con esto formaban sus rentas. Se tomaban los grados para librarse del trabajo. El parasitismo «se ponía la máscara de la religión y la ciencia» y faltaban brazos para cultivar la tierra. Todo se daba por concurso, y los historiadores españoles nos enseñan que para obtener una prebenda, beneficio, empleo, cargo, cátedra, una posición social, era preciso argumentar victoriosamente. Era una verdadera epidemia académica: la lógica, la retórica y el buen estilo, únicos ejercicios permitidos á la inteligencia, eran las salidas del exceso de actividad de espíritus sin empleo. Cada cual se enorgullecía de sus títulos universitarios, y á falta de hombres serios, España tenía hombres graves (1).

Ignacio de Loyola, por caballeresco que fuera, contribuyó sin quererlo á la decadencia de su país, porque la moral relajada de los jesuítas españoles y la vigilancia que ejercieron contra toda voluntad fué una de las causas que acabaron de deprimir los espíritus.

---

(1) V. M. Guardia, *Revue philosophique*, 1890.

Un pueblo vive principalmente por la conciencia, fuente profunda de toda moralidad. El despotismo político y el fanatismo han acabado siempre con la dignidad personal, para reemplazarla por la adaptación de la máquina á reglas enteramente formales. El verdadero espíritu político y religioso fueron á un tiempo ahogados en España. Una unidad extensa y ficticia reemplazó á la íntima y viva que da á una nación la libre comunidad de ideas ó sentimientos, y cuando decayó el poder absoluto, la unidad artificial dejó el puesto á la anarquía real. Las condiciones de clima y configuración geográfica se sobrepusieron, las montañas fueron de nuevo barreras entre las provincias, imagen material de la separación de los espíritus. Detúvose el desarrollo de la industria y el comercio con el de las inteligencias, y todo volvió de nuevo á vegetar; la población, que se asegura haber sido de 40 millones en la época romana, quedó reducida á una cifra miserable: en 1700, sólo era de seis millones. No se vivió más que de recuerdos de la grandeza pasada, con el orgullo caballeresco sin nada que lo justifique, con aversión al trabajo efectivo, con la estrechez de conciencia y falta de toda elevada inspiración moral. El resultado interior fué la pérdida general de los caracteres; el exterior y material una especie de hambre generalizada, porque nunca la ambición de oro arruinó más rápidamente á una nación en el punto culminante de su poder y su gloria.

Hasta nuestra época, y á pesar de tantos contratiempos, los españoles, en vez del «conócete á ti mismo» han puesto en práctica el «admírate á ti mismo». Esta admiración era mantenida cuidadosamente por la Leyenda dorada que, al otro lado de los Pirineos, ocupa el lugar de la historia. El patriotismo español consistía en no poner nunca en duda la superioridad de España, antes dueña de los mares y que no ha dejado de serlo sino por «desgracias de los tiempos». España vivía de su pasado, antes de que la guerra última le haya abierto los ojos acerca de

su presente y su porvenir. El quijotismo ciego era mantenido por la ignorancia y espíritu quimérico: ¿no declaraba un ministro de la Guerra que los americanos jamás vencerían á España, porque se estrellarían «contra una muralla de pechos españoles»? Corría parejas con él un general carlista que pedía se le diera un hacha de abordaje que esgrimir contra el acorazado *Iowa*. El énfasis en las palabras puede suplir las acciones, pero no los cañones, ni el dinero.

España, en su época de grandeza, poseyó Portugal, Nápoles, Milán, el Franco-condado, Flandes en Europa; la mayor parte de lo que hoy se denomina América española; una línea de importantes establecimientos en África, en la India, en la Malasia; desde Borneo á California el Grande Océano no era más que un lago español. Contarini calcula las rentas americanas de Felipe II en 1593, en dos millones de escudos; Motley estima la procedente de Méjico en tres millones de dollars. Un siglo después de la muerte de Felipe II, los gabinetes de Europa discutían el modo de repartirse España. En Sevilla, en 1515, había 16.000 talleres de sedería, con 130.000 obreros; en 1673, sólo existían 400 talleres. En las fábricas de Segovia, 34.000 obreros hacían antes 25.500 piezas al año; en 1783 sólo se producían 400. Habiendo perdido por culpa suya sus posesiones de América, faltaron á España los mercados principales de su comercio, que muy pronto cayó casi por completo, gracias á la posición aislada de la península y á la dificultad de vías de comunicación (1).

¿En todos estos males un marxista no verá aún más que fenómenos puramente económicos, ó, sin desconocer la importancia de los medios de producción de la riqueza, no hay también que reconocer ante todo la acción de grandes causas intelectuales y morales? La historia de

(1) V. Valentín Almirall: *L'Espagne telle qu' elle est* (París, 1887). L. Mallada, *Los males de la patria y la futura revolución española* (Madrid, 1892). J. M. Escuder, *Plus ultra* (Madrid, 1892).

España es un terrible ejemplo del suicidio de un pueblo, ejemplo sobre el cual nunca meditarán demasiado las demás naciones.

V

ESTADO MORAL Y SOCIAL DE ESPAÑA

Según la tradición popular, en el origen del mundo, España pidió al Creador un cielo hermoso, y lo obtuvo; un hermoso mar, buenos frutos, mujeres hermosas, y todo le fué concedido—¿Un buen gobierno? «No; sería demasiado, y España se convertiría entonces en un paraíso terrenal». Pero no sólo se negó á España buenos gobernantes, sino también, y con excesiva frecuencia, gentes que se dejaran gobernar. Fernando el Católico se quejaba de esto á Guichardin, embajador en su Corte. «Nación muy propia para las armas, decía, pero desordenada, en que los soldados son mejores que los capitanes, y en la que se sabe más de combatir que de mandar y gobernar». Y Guichardin añade, en su *Relazione di Spagna:* «Quizás es porque la discordia está en la sangre española, nación de espíritus inquietos, pobres y dados á la violencia». Este retrato, en nuestros días, no ha perdido aún toda su verdad. Como elector, el español ignora casi la resistencia al gobierno, que, por uno ú otro medio, obtiene siempre mayoría. Su único recurso, su modo de mostrar independencia, es la rebelión. Y el del gobierno, para evitarla, es dar espontánea y alternativamente el poder á los conservadores y á los liberales, en cualquiera elección, de manera que quede satisfecho tan pronto un partido, como el otro. Por desgracia, esta especie de pulsación, que debería proceder del pueblo mismo, es el gobierno quien la dirige y quien parece imprimir al corazón nacional unas veces el impulso de la diástole, otras el de la sístole.

No pudiendo ser el español un gobierno de opinión—puesto que no existe opinión pública en la península—se ve reducido á ser «un gobierno de tertulias». El señor marqués de Moustiers, que fué embajador de Francia en Madrid en tiempo de Fernando VII, exponía en estos términos ese rasgo fundamental de la vida madrileña. «En todo el trascurso del año que acabo de pasar en Madrid, no he comido una sola vez en una casa española; los grandes hacen por la noche lo que ellos llaman una tertulia, es decir, una velada que casi siempre se compone de sus más allegados y de algunos subalternos, familiares de la casa, y entre los cuales la presencia de un extranjero, sobre todo cuando no habla su lengua, es verdadero objeto de molestia y embarazo».

La indolencia española ha producido más de un resultado imprevisto. Poco dada España al trabajo industrial, fuera de Cataluña y Vizcaya, ha encontrado cómodo cobrar capitales en la deuda del Estado y «comerse tranquilamente la renta». Hecho esto, la estabilidad de tales fondos ha llegado á ser sagrada y se han concluído los *pronunciamientos* y turbulencias políticas. La revuelta ha sido sofocada por el interés.

«Si se me consultara, dice Ganivet, sobre el mal que sufrimos y que es tan difícil de curar, diría que es el mal de no querer; en términos más científicos, que sufrimos de abulia, debilidad, extenuación de la voluntad». Ganivet analiza todos los síntomas del mal: la vida nacional reducida á su menor expresión, como en el neurótico, cuya vida vuelve á descender al instinto; falta de interés por todo lo que es materia habitual del pensamiento. El individuo atacado de abulia vacila entre «la idea fija, que se decide por un acto irreflexivo y violento, y la antigua, abstracta, puramente tradicional, infecunda é impotente». Lo que le falta son ideas sanas, fruto de la reflexión y de la observancia. «Como el neurótico, España padece una perturbación de sus funciones intelectuales,

la incapacidad de sintetizar sus propias ideas é impresiones, y de aquí que sea incapaz de comprender realmente sus intereses, y esté huérfana de sentido del interés general y público». España, añade Ganivet, no recuerda en nada los países de política positiva, y es, por instinto, «enemiga de la política de los hechos». Los actos más odiosos de su política han tenido siempre por causa última cierta fe porque «fe y voluntad son los dos elementos de todo heroísmo». Pero esta voluntad indomable, que con la fe, había sido rasgo dominante de la raza, aparece hoy desorientada, extraviada, y ha llegado á constituirse en obstáculo para todo progreso real. «¡Hay, sin embargo, esperanza en dondequiera que la vida palpita, y la fuerza irregular, que ha hecho de este país la tierra clásica de los *pronunciamientos*, «no espera, para hacerse creadora, sino estar bien dirigida!» Nuestro genio hoy en día, termina Ganivet, parece estar «cansado» porque le han vuelto rudo las luchas brutales de guerras interminables; está debilitado «porque se ha alimentado, desde hace siglos, de ideas ridículas y rancias»; parece falto de originalidad «porque ha perdido toda fe en sus mismas ideas creadoras y busca en el exterior lo que en sí encontraría si supiera reconcentrarse».

El derecho fué en otros tiempos, como la teología, ciencia española: hase perdido, como la teología misma, en las utilidades de una casuística que lleva á destruir todo lo que pretende analizar y precisar. En la práctica, se han multiplicado leyes y reglamentos, y por exceso de aquéllas, España ha perdido hasta el sentido de la ley. El Sr. Silvela ha dicho: «España posee todas las apariencias y ninguna realidad de nación jurídicamente constituída». La Sra. Pardo Bazán añade: «el derecho ha caído en tal descrédito, que el nombre de justicia hace sonreir ó temblar; se teme á la justicia mucho más que á los malhechores». Por otra parte, habiéndose mezclado siempre la justicia á la administración, siempre mancha-

da con algo arbitrario, nunca representada por cancilleres como los de Inglaterra y Francia, por los l'Hopital, Lamoignon ó los d'Aguesseau, el pueblo no pudo tener demasiada confianza en ella. Faltó de este modo á España una de las ideas vitales de la conciencia nacional. Y puesto que no tenía gran cosa por otra parte, sentimiento profundo de la humanidad, ¿qué quedaba, sino orgullo cívico en los unos, y sumisión en los demás? (1).

Los impuestos que pesan sobre las clases populares son considerables. «La inmoralidad y venalidad, dice la Sra. Pardo Bazán, corroen nuestra administración». El funcionarismo es una llaga; 150.000 personas, sin contar el ejército, cobran del presupuesto. Los funcionarios adscritos al culto católico son más de 70.000.

España, de 19 millones de habitantes, cuenta hoy con seis que saben leer, cinco que saben escribir y 13 analfabetos. No solamente los maestros de escuela están mal pagados, sino que á veces no cobran. Cuando falta dinero en el erario público, se ve á los maestros obligados á pedir limosna, actitud que felizmente no deshonra entre los españoles. En este país se ha extendido por todos lados la pereza intelectual. La decadencia de la enseñanza superior ha obedecido principalmente á la omnipotente autoridad de doctores infalibles que hablaban desde las alturas de su cátedra. Conocido es el dicho español: «demasiado saber lleva á la herejía». Orgulloso y aislado en su península, el español ha rechazado las ideas de fuera;

(1) Rasgo saliente del espíritu español, dice aún Ganivet, es un individualismo excesivo, que no acepta sino por fuerza el derecho positivo y defiende un acto ideal de justicia conforme con sus convicciones. La última palabra de esta tendencia, es el acto mismo legislativo; cada provincia, cada Ayuntamiento, erigiéndose en legislador, y de hecho, los fueros no son otra cosa que una manifestación de este estado de ánimo. Cervantes, el hombre que ha penetrado más profundamente en el alma española, ha consignado en su obra este estado psicológico, personificando en Sancho Panza el derecho escrito, la ley regular, y en Don Quijote la pretensión de representar la justicia.

los hábitos del despotismo han dejado en él huellas indelebles. «No tenemos ya Inquisición, es verdad, escribía hace cinco años (?) el probo y valeroso Sanz del Río; pero conservamos su espíritu, que nos penetra y nos envilece».

La Iglesia conserva siempre en España una situación muy privilegiada: es fuerte «con formidable poder». No solamente tiene elevadas virtudes morales, que mantienen su influjo, sino que en lo material dispone de riquezas que ninguna otra institución posee; tiene en el presupuesto del Estado 40.000.000 de pesetas, los arzobispos se sientan por derecho propio en el Senado; los capítulos eligen senadores; las leyes generales contra las reuniones y asociaciones se derogan en favor del culto católico; el catolicismo goza de libertades no reconocidas á los demás cultos. Sólo se permite, según el art. 11 de la Constitución, «las ceremonias y manifestaciones públicas de la religión del Estado». En 1896, los representantes de una comunión protestante, obtuvieron de las autoridades locales y gubernamentales autorización para construir, en una calle de Madrid, un edificio destinado para templo. Esta autorización levantó en España una verdadera tempestad. Hubo que quitar de la fachada del edificio los emblemas y símbolos religiosos. Los obispos exigieron que el templo proyectado no lo fuera más que en su interior y que en el exterior tuviera el aspecto de una simple casa particular, y aun que estuviera separado de la calle por un patio ó jardín. En resumen, fué éste uno de los acontecimientos principales de aquel tiempo, hasta el punto de que fué comentado por todos los «sociólogos» (1). Muy recientemente aún los obispos españoles se reunían para reclamar los más exagerados privilegios, para quejarse del escándalo de templos protestantes edificados en el mismo Madrid; para maldecir de toda

(1) Sr. Posada, *Revue internationale de sociologie*, Febrero de 1898.

idea de libertad y tolerancia; bajo su ropaje rojo ó violado han conservado el temperamento de inquisidores, nada han olvidado ni han aprendido nada. En vez de buscar la causa principal de las desgracias de su patria en el influjo de un catolicismo ciego y despótico, acusan de ellas á los liberales y al espíritu moderno, como si la decadencia no hubiera sido obra de reyes católicos, de obispos y monjes católicos, á los cuales se debe además la pérdida de las colonias.

A pesar de tanto abuso omnipotente, tanta falta de inteligencia y secular rutina, la Iglesia ha seguido siendo, no obstante, la gran fuerza moral, sin la que en España todo quedaría en el aire.

La enseñanza de las Universidades, aun sometida con exceso á la inspección de la Iglesia, se reduce para el profesor á lo siguiente: escoge un libro al principio del curso; lo indica en la tabla de anuncios, luego lo explica, comenta y hace recitar (1). Los estudiantes libres ván en peregrinación de una á otra ciudad en busca de los profesores que tienen fama de indulgentes; los estudiantes oficiales pasan el año pidiendo vacaciones y más vacaciones, tanto que la Navidad representa un mes de asueto. En España las Universidades son principalmente «oficinas de expedición de títulos», que se obtienen con facilidad mediante un pequeño esfuerzo y una regular asistencia. En cuanto á la enseñanza clásica, uniforme para todos, con sus dos cursos de latín, su «moral», considerada como simple materia de examen, sus clasificaciones verbales de zoología y botánica «es una verdadera muestra de inutilidad práctica y científica». La organización de los estudios oficiales es tal, que un doctor en filosofía y letras no conoce generalmente del latín sino lo poco que ha aprendido en los primeros años del bachillerato. Así el Sr. Mateo Gayo ha podido exclamar, dirigiéndose á un eminente

(1) H. Joly, *A travers l'Europe.*

profesor de la Universidad y orador del Parlamento: «estáis en latín á la altura de un doctor en filosofía y letras» (1).

En cuanto á la ciencia española, en conjunto, es «toda *libresca*». El genio español es contrario á las ciencias exactas y de aplicación. No es decir esto que en España falten en absoluto los hombres de ciencia; pero la ciencia, aun en los que con éxito la cultivan, adquiere un carácter particular: «Castelar, por ejemplo—dice Ganivet—, es un historiador concienzudo y de un saber tan vasto quizás como el de Mommsen; pero cuando escribe, es, á su pesar, poeta y orador; los estudios de Echegaray, matemático, recuerdan las teorías pitagóricas, y los médicos mismos, de una originalidad tan grande, exponen sus observaciones como lo haría un discípulo de la escuela de Salerno.»

Los que pretenden que de nada sirve la instrucción, que la ciencia misma no tiene ninguna de las virtudes que se le atribuyen para el progreso de los pueblos, no tienen más que mirar á España. Allí tienen el ejemplar de la ignorancia unida á la fe ciega. De lo que en último término el catolicismo, abandonado á sí mismo y á su instinto de dominio temporal, hubiera hecho del mundo entero si se le hubiera dejado solo y topoderoso, es España pintura fiel; España, nación la más católica, pero que seguramente no es el «país de las luces».

La señora Pardo Bazán, que ha hecho el retrato de la mujer española, la reconoce dotes admirables de inteligencia y carácter; y sin embargo, del otro lado de los Pirineos, ¿por qué es «tan poco común que un marido se complazca en la compañía de su mujer?» (2). Es por su excesiva ignorancia. Lo que á él le interesa, es para ella indiferente. «La ciencia, el arte, la política, la guerra, la

(1) Sanz y Escartín, *El individuo y la reforma social*, pág. 259.
(2) Pardo Bazán, *La Femme espagnole: Revue des Revues*, Febrero de 1896.

industria, los negocios, atraen al hombre, y son griego puro para la mayoría de nuestras mujeres. Es de notar que, cuanto menos intensa y complicada es la vida del hombre, menor riesgo corre de abandonar su hogar. «Falta suficiente educación á las mujeres, por lo demás llenas de inteligencia y con fuerza de voluntad.» El «*summum* de cultura nueva»—nos dice el Sr. Sanz y Escartín—, es ponerse en disposición de leer la última novela francesa, que no siempre es una lectura capaz de elevar y de moralizar.

El «culto á la mujer» no es en gran parte tampoco más que una leyenda en España, porque no se puede dar al sensualismo tal nombre, y porque, con respecto á la mujer, las costumbres españolas son enteramente desfavorables. La señora Pardo Bazán se queja de que es difícil atestiguar en este particular, no ya la galantería, sino aun la simple finura.

Desde el punto de vista social España se halla en una situación crítica: la masa del pueblo vive en el «sufrimiento» del trabajo indispensable para la vida, «ignorándolo todo», en la «desilusión». Mientras que en Londres una familia de obreros, que por la reunión de varios jornales, tiene 2.000 francos de ingresos, paga apenas 90 de impuestos, en Madrid una familia que ganara otro tanto pagaría, tan sólo de derechos de consumo, 400 (1). Compréndese que el ahorro en tales condiciones es dificilísimo, puesto que exigiría, á más de circunstancias particularmente favorables, cualidades morales de primer orden. En este respecto el español se muestra inferior al italiano, también lleno de impuestos, y que, sin embargo, encuentra medio de ahorrar. La sociedad semi-ilustrada no tiene aspiraciones sociales «concretas y definidas»; sólo profesa un liberalismo pasivo, que soporta sin

(1) V. Sanz y Escartín, *El individuo y la reforma social.*

conmoverse gran cosa «las injurias dirigidas contra la libertad». La juventud, que es poco instruída, «no forma un núcleo, ni constituye una esperanza». No hubo hasta ahora ningún gran problema que lograra conmoverla é «hiciera entrar en acción sus cualidades, siempre sanas y generosas». Las cuestiones sociales, que por lo demás agitan en todas partes el alma de la juventud, le son indiferentes», preocupada como está principalmente por la cuestión económica *personal*» (1).

En su ensayo sobre la *Historia de la propiedad en España*, D. F. de Cárdenas ha mostrado de un modo perfecto las relaciones que unen la riqueza á las cualidades de cultura intelectual y gobierno de las clases suporiores, punto también olvidado por Karl Marx. Hay que añadir también las cualidades de las clases inferiores. Como sus vecinos del Africa, los españoles de nuestros días viven pobremente de la cría de ganados y de los productos de un cultivo atrasado. No sólo no poseen capitales, sino que hemos visto que aun falta á su carácter el gran capital moral, la iniciativa y deseo de progresar. Consumiendo poco, por lo demás, trabajan poco. Si se libran de la última miseria, es á fuerza de templanza y sobriedad. Además de que el clima favorece estas cualidades, en España, lo mismo que en Italia, hay pocas ocasiones de disipación y gasto, fuera de las corridas de toros, que Italia no conoce, y de la lotería, que desgraciadamente tiene como España. Repróchase con frecuencia á los obreros españoles el ser tan ignorantes como inteligentes, lo cual no es decir poco, el inclinarse á menudo á la pereza cuando no les aguijonea una absoluta necesidad, el tener un carácter irritable y demasiado pronto, al propio tiempo que el ser orgullosos, independientes, indisciplinados. Se nos muestra la masa de los obreros españoles habituados á la indolencia y á una existencia miserable, sin esforzarse enérgi-

(1) V. Sr. Posada, *Revue internationale de sociologie, ibid.*

camente para mejorar su suerte, sin esperanza de lograrlo, sin grandes necesidades, ni vivos deseos, faltos de asiduidad, sin ambicioso ardor, más notables como hombres que como trabajadores; industriosos, pero desiguales, despreocupados, tomando poco interés por el trabajo y necesitando una vigilancia constante; tan pronto, después de horas de actividad febril, pasando jornadas enteras en la ociosidad, cual los árabes, como haciendo su trabajo con lentitud, sin atención ó perezosamente, más ocupados en fumar ó hablar entre sí que de cumplir su obligación. No puede exceptuarse sino en parte á los catalanes y valencianos, más activos, y que, en ciertos ramos de la industria, fabrican productos lo bastante perfeccionados (1). Por lo demás, ¿cómo el obrero español viviría y trabajaría bien con un jornal tan miserable? Su paga—dice un inglés—«es de ordinario demasiado escasa, su alimentación insuficiente, sus vestidos de lo más ordinario y basto» (2). Se alimenta casi exclusivamente de pan, legumbres, frutas, aceite y pescados, nunca de carne. El gazpacho del andaluz, «mezcla indigesta de pan y rajas de pepino», no puede ser nutritivo. Mal alojado, mal vestido, no renovando jamás su ropa, el obrero permanece extraño á todo cuidado higiénico. A pesar de su frugalidad no llega al fin, si no con el mayor trabajo, á equilibrar sus gastos é ingresos.

La emigración disminuye notablemente la cifra de aumento de la población española, aumento que sin ella sería muy rápido. Si mejoraran las condiciones económicas se vería repoblarse con extremada rapidez este país, que antes tuvo 40 millones de habitantes.

La investigación abierta por el gobierno español acerca de las causas del movimiento de emigración, que va creciendo, ha mostrado que, á excepción de las provin-

(1) Lavollée, *Les Classes ouvrières en Espagne*, t. II, pág. 560.
(2) French, *Reports*, t. I, pág. 315.

cias vascongadas con sus naturales aventureros, es la miseria profunda é invencible la que impulsa á los españoles á trasponer sus fronteras. «Malas cosechas, sequías, denudación de las montañas, falta de agua y destrozos de los torrentes, mal estado é inseguridad de los caminos, detestable administración municipal, exceso de cargas»; tales son los hechos que en todas partes indican las autoridades españolas. Los habitantes buscan en otras partes países más ricos y mejores leyes.

D. Lucas Mallada, al estudiar *Los males de la patria*, nos dice que hoy mismo hay en España 414.000 fincas embargadas, que vale tanto como decir improductivas, por no poder pagar la contribución territorial, que arruina la tierra. Hay varios millones de individuos sin profesión, que no pertenecen á clase alguna, y cerca de 100.000 mendigos. Los españoles han tomado demasiado al pie de la letra las palabras de San Ignacio, recomendando á uno de sus religiosos, falto de recursos, «la santa mendicidad». En Madrid los pobres explotan á la Municipalidad con mayor provecho que en parte alguna, por falta de organización de la beneficencia particular. Más de una vez el señor Sanz y Escartín, impresionado por el tono lastimoso de uno de estos mendigos, aptos para el trabajo, que cuentan al transeunte sus miserias, le dió las señas de su domicilio, prometió proporcionarle recursos y recomendarle á una asociación benéfica: nunca el mendigo acudió á la invitación. Una pobre vergonzante, con la cara cubierta con un velo negro, imploraba con tono melodramático pan para sus hijos; después de haber recogido algún dinero de unos y otros, comía opíparamente en un café, y pasaba el resto del día en este *far niente*, más dulce al español que al italiano. Miseria moral, miseria intelectual y miseria material van siempre juntas.

VI

EL GENIO ESPAÑOL EN AMÉRICA: INFLUJO DE LA RAZA, DEL CLIMA Y DE LAS CONDICIONES SOCIALES

Si seguimos al otro lado de los mares el genio español y sus destinos, vemos primeramente que España trató á sus colonias como trataba á los herejes. No las había preparado para la libertad, y no supieron conquistarla ó conservarla. La madre patria, por su parte, cuando hubo perdido definitivamente las rentas del nuevo hemisferio, hubo de vivir sin esta ayuda, y sólo pudo vegetar. En las colonias que había conservado continuó el régimen tradicional de opresión é iniquidad. Añádase á esto el progresivo aumento del elemento negro y su desquite contra la esclavitud, y comprenderéis las revoluciones tan conocidas. España no enviaba á sus colonias más que monjes y funcionarios. Ahora bien, este último no es colonizador, y es peligroso que el fraile lo pueda todo. Necesario es que se limite á su misión espiritual y que á su lado el colono peninsular haga sentir su influjo. En las colonias españolas reinaba un régimen de corrupción sistemática, de autoritarismo ciego, de explotación sin medida. En las Antillas, como en Filipinas, los gobernadores militares reinaban como sátrapas, secundados por los religiosos. El jefe de la insurrección filipina, decía: «Nosotros salimos á campaña, no porque deseemos separarnos de la madre patria, sino porque nos hemos visto obligados á sufrir el yugo material y moral de la antigua liga, representada por los frailes en nuestro país. No pedimos otras reformas que las consistentes en la restricción del influjo que los frailes han adquirido por la ley sobre nuestros pueblos» (1).

(1) V. Posada, en la *Revue internacionale de sociologie*, Febrero de 1898.

A la América española del Sur se opone la inglesa del Norte: las mismas instituciones republicanas, copiadas sobre el mismo tipo, pero que en un lado producen libertad, progreso, poder, en otro impotencia, revoluciones perpetuas, irremediable decadencia. ¿De dónde procede esta antítesis? ¿Es de la oposición misma de las razas española y sajona? ¿De la absorción de elementos étnicos superiores por las masas inferiores? ¿De la diferencia de climas, sobre todo de la de religiones, de la de sistemas educativos, de la de caracteres?

Muchas veces se ha insistido sobre la importación de la raza en los Estados de América y acerca de la inferioridad de los pueblos denominados latinos con respecto á los anglo-sajones, germánicos y escandinavos. Según M. Le Bon, las causas de la decadencia de las Repúblicas hispano-americanas estarían por entero «en la constitución mental de una raza que ni tiene energía, ni voluntad, ni moralidad». En este punto aún, necesario es primero protestar contra el abuso del apelativo de razas latinas. Los franceses, repetimos una vez más, no son verdaderamente latinos; sabido es que en el Canadá han logrado tan buenos resultados como los anglo sajones. Puede el elemento celta, en América como en otras partes, mostrar menos áspera energía y genio audaz que el elemento anglo-sajón; pero esto es todo lo que puede decirse. En cuanto á la raza ibera, ¿es que le falta audacia y valor? A pesar de las teorías acerca de las llamadas razas latinas, la España romántica nos ha parecido bien distinta de la positiva y flexible Italia. Del otro lado del Océano ocurre lo mismo. Los nombres de América española, de América *latina*, no son, por otra parte, exactos. Quedan muy pocos españoles y portugueses de pura sangre ó aun mestizos. Hay africanos ó indios en número considerable. Además, los franceses, ingleses y alemanes se mezclan con los españoles. En el Brasil, negros y mulatos forman la tercera parte de la población; existen mu-

chos indios puros, aún más mestizos ó civilizados; hay también un buen número de alemanes. Los portugueses son allí mayoría, pero hay pocas familias de pura sangre portuguesa, y el clima, á excepción de los sitios elevados, es poco favorable para que la raza europea mantenga entero su vigor físico y mental. Según M. Curtis (1), aun en las provincias del Sur de América, la mayor parte de los colonizadores han sucumbido al influjo del clima. ¿Consiste en la raza latina?

En las comarcas más templadas puede vanagloriarse de triunfar, por la energía indomable, por el espíritu de iniciativa y el sentimiento de independencia, tanto como por la inteligencia misma. Los yanquis, anglo-sajones, con mezcla de sangre alemana, francesa, etc., y modificados por el clima americano, son bien conocidos por su actividad febril, su audacia llevada hasta la temeridad, su admiración por la fuerza y el éxito, su absoluta independencia personal. Los Estados Unidos son un país de lucha y de conquistas industriales, donde las dotes de los espíritus valerosos y conquistadores hallan, bajo una forma pacífica, todo su empleo y todos sus triunfos; el que no posea las condiciones requeridas de carácter y espíritu, habrá desaparecido muy pronto y no podrá arraigar. De aquí una selección. En tanto que el anglo-sajón prospera en los Estados Unidos, el irlandés vegeta con excesiva frecuencia, excepto en política, y el italiano se muere de hambre. En cuanto al español, ni posee el genio industrial ni la ambición insaciable del anglo-sajón. En las Repúblicas del Sur que él ha fundado no ha desarrollado esta pasión por los negocios y la industria que se ve en los Estados Unidos (2). Los españoles, por lo demás,

(1) *Capitals of Southern America*, 606.

(2) Para el comercio y la industria, en que las grandes empresas necesitan de capitales extranjeros y de una dirección firme, el influjo inglés y alemán predominan en la llamada América española. El influjo intelectual que prevalece es el francés, casi exclusivo en

han conservado sus prejuicios contra el trabajo y su poco amor á poner manos á la obra. Eran «conquistadores», digamos más sencillamente aventureros. Además, se han mezclado con la población india y africana y las han dejado desarrollarse á sus expensas en proporciones enormes. Finalmente, la falta de una competencia industrial muy intensa y el predominio de los intereses agrícolas sobre los demás, han dejado el campo libre á los políticos. Estos últimos se han visto, además, favorecidos por el error, frecuente en los pueblos de educación latina, que estriba en creer que el gobierno y las leyes lo pueden todo y todo lo crean en un país. La política ha llegado á ser de este modo ocupación dominante, y en lugar de una fecunda competencia comercial ó industrial, sólo ha habido una lucha estéril entre los partidos políticos, con las revoluciones perpetuas, que son su consecuencia. De aquí que se haya venido á buscar en una nueva revolución el castigo y el remedio á los abusos del poder. «Esta moralidad, pretende M. Gil Fortoul en un estudio interesante sobre Venezuela (1), vale tanto como cualquiera otra.» Nos permitimos dudarlo. En los Estados Unidos, las costumbres de dominio de sí mismo, respeto al deber y la moralidad, habían subsistido entre las mejores, desde el tiempo de los puritanos, que ejercieron tanto influjo. Y muy otra era la educación puritana que la de los jesuítas españoles. Pero, aun en los Estados Unidos, ¡cuánto han cambiado los tiempos y las costumbres!

La conquista y aun la pura y simple inmigración llevan siempre consigo lo que los psicólogos denominan una regresión moral. Se la observa en la América anglo-sajona lo mismo que en la española. El emigrado ha cortado los lazos de familia y los de tradición nacional, y está reducido á un estado de individualismo que puede ase-

literatura. En las Universidades, la mayor parte de los textos de que se sirven los estudiantes son franceses.

(1) *Revue de sociologie*, 1894.

mejarse á la falta de toda regla. Su objeto es ganar, y su misma situación hace de ello una necesidad. M. Bosco ha mostrado en sus estudios sobre *El homicidio* en los Estados Unidos, que el retroceso moral trae á su vez otro jurídico, cuya consecuencia más visible y chocante es el lynchamiento. Ocurre además que la cifra de homicidios alcanza, en todo el territorio de los Estados Unidos, la cifra del 12 por 100.000 habitantes, superior en mucho á la de la misma Italia, España y Hungría. Preciso es, por otra parte, distinguir en este punto, como hace M. Bosco, las diversas partes de la Unión. Los Estados atlánticos del Norte sólo presentan 6 homicidios por 100.000 habitantes, todavía dos más que en España; en los Estados del Sur, donde los negros abundan, donde los factores económicos vienen á unirse á la raza misma (porque la situación de los negros ha empeorado constantemente desde la emancipación), la cifra de homicidios es doble. Finalmente, en los Estados occidentales, donde se halla una sociedad en formación, compuesta de emigrantes europeos y chinos, con una autoridad política y jurídica muy débilmente constituída, el homicidio llega á la enorme cifra de 28 por 100.000 habitantes. Faltan estadísticas serias en la América denominada latina; pero es fácil concebir que las condiciones de raza, clima y medio son todavía más desfavorables, lo que debe traer un aumento de criminalidad. Sería una injusticia pura y simple hacer responsables de ello á los españoles, y sobre todo á los «latinos», cuando los ingleses mismos sufren análoga fatalidad.

VII

PORVENIR POSIBLE DE ESPAÑA

Nada sería más falso que juzgar á España por sus colonias ó por los destinos de la supuesta América latina,

donde están reunidas, como se acaba de ver, tantas condiciones enojosas, que son verdaderamente extrañas á aquella nación.

Por la inteligencia y la voluntad, la España europea guarda todavía inmensos recursos; y por otra parte, aun en los tiempos modernos, la necesidad es siempre el gran maestro de la industria. ¿Cómo permanecer fuera de la corriente económica que arrastra á las demás naciones, y que sin «dirigir» la corriente intelectual y moral, como pretenden los marxistas, concluye, sin embargo, por suscitarla y ayudarla? El aumento mismo de la población hace necesarios cambios que su estancamiento no habría provocado. Sin duda, España no alcanza todavía los veinte millones de habitantes, y sólo 35 por kilómetro cuadrado; pero, lo mismo que Portugal é Italia, tiene una cifra de nacimientos que se aproxima á la de Alemania. Casi en constante aumento desde hace veinte años, esta cifra es de 35 á 36 por 1.000; la de Portugal es de 34 á 35. España volverá á tener bien pronto sus 40 millones de habitantes. En ello hay un gran elemento de prosperidad para el porvenir, porque el exceso de población permite las selecciones sociales, obliga al trabajo, y asegura el triunfo final á la inteligencia.

Hemos visto cuán obstinado es el apego del español á sus costumbres: de fuera nada quiere aprender, y aún no ha aprendido casi nada. Al cerrarse á la vida moderna, España ha llegado á ser «cada vez más africana». El español trata al extranjero con una gran cortesía, que oculta una gran indiferencia. Está demasiado satisfecho de sí para tener curiosidad respecto á los demás; es «un gran señor arruinado que mantiene sus pretensiones y sigue siempre fijo en su actitud» (1). Pero no durará ésta: puédese cada vez menos vivir lejos del movimiento intelectual que impulsa á todas las naciones modernas: que España se instruya y habrá cambiado.

(1) Vidal-Lablache, *États et nations de l'Europe*, pág. 344.

En su última guerra, esta nación ha perdido mucho dinero y también muchas ilusiones; esta segunda pérdida representa una ganancia, si el país deja por fin de soñar con lo imposible, para trabajar en lo posible. Desembarazada del peso muerto de sus colonias, será bien necesario que trate de hacer de España misma el gran recurso de los españoles. Sólo sus muertos vivían, se ha dicho, y hela aquí obligada á enterrar estos gloriosos cadáveres: es, pues, necesario, si ella misma no quiere morir, que renazca á la vida nueva.

El pueblo español tiene siempre el alma guerrera y valiente; es uno de los rasgos más permanentes de su carácter. Si hay que creer á los que lo han estudiado, el ejército español, á pesar de sus derrotas, está dotado de virtudes militares que no se adquieren en un día. Menos brillante que algunos otros, quizás tiene mayor fondo; posee, en todo caso, el verdadero soldado, el que se ha definido hombre sobrio, robusto, duro, bravo y, no obstante, tenaz, lleno de patriótico orgullo y exaltado por el sentimiento de su superioridad, sentimiento tan útil en la guerra. Lástima que el ejército español tenga tantos generales: recientemente contaba 540, cuando el ejército francés tiene 300, siendo casi triple su efectivo. Durante más de tres años, con una energía que toda Europa admiró, España no ha retrocedido ante los mayores esfuerzos y más costosos sacrificios para ahogar la insurrección cubana. Si no lo ha logrado, las gentes del oficio hacen observar que los insurrectos, aunque evidentemente menos numerosos, se han aprovechado de las ventajas del país y el clima para exterminar las columnas españolas, dejar obrar á la fiebre amarilla, no dejarse coger nunca: han empleado así contra España la táctica de que ésta se había servido para agotar los ejércitos de Napoleón. Finalmente, divididos acerca de cuestiones interiores, los españoles se unen ante el extranjero, siendo su población, como hemos visto la más homogénea, con Inglate-

rra, desde el punto de vista de la raza, el espíritu nacional es y permanece invencible.

La industria española en otro tiempo tan floreciente, hoy tan decaída, se levanta poco á poco, aunque trabajosamente; de las quince comarcas del reino hay dos ó tres en que el trabajo industrial ha adquirido desarrollo, primero Cataluña y Vizcaya, después Valencia y Alicante. Los ferrocarriles terminarán por hacer sentir su influjo en la riqueza pública; difíciles de construir á causa de la naturaleza del suelo, sólo representan todavía 10.000 kilómetros con malos caminos adyacentes, tarifas excesivas, una explotación demasiado lenta y velocidades de 30 kilómetros por hora. A pesar de tantas desventajas, los efectos de una circulación mejor de los productos se hace ya sentir; para no hablar más que de los vinos, España se ha puesto en disposición de exportarlos en cantidad de 5 ó 6 millones de hectolitros, por año, á Francia (1).

Se han hecho también grandes trabajos para la mejora de los puertos. El Sr. Ricart-Giralt, en su libro *Nuestra marina mercante*, hace constar un estado de crisis producido por la disminución constante de la marina de vela, y, por consiguiente, la ruina de los antiguos arsenales. En cambio, el tonelaje de vapor aumenta y, comparativamente, España, en buques de esta clase, parece estar detrás de Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos; es decir, en quinto lugar. Por desgracia, cerca de una cuarta parte sólo es española de nombre; en bastantes casos, el pabellón es sólo «un pasaporte que permite á los extranjeros no pagar los derechos á que están obligados en las colonias españolas».

El comercio exterior de España, sobre todo el de importación, aumenta, aunque no alcanza 2.000 millones y no es mayor que el de Suiza. Sus principales relaciones comerciales son con Francia é Inglaterra. El comercio

(1) Vidal-Lablache, *Ibid.*

con las colonias representaba una décima parte del total, proporción bastante baja comparada con la de Inglaterra, pero considerable en comparación con las demás potencias coloniales europeas. Porque una gran parte del comercio de España estaba en sus colonias tuvo tan grandes deseos de conservarlas (1).

La situación financiera de España ha recibido rudo golpe como consecuencia de sus desastres. ¿Es, sin embargo, desesperada? Sin ser optimista, puede declararse que no. Hay en España una gran perturbación financiera, pero que no llega á ser una verdadera perturbación económica. «Más habríamos sufrido con una insurrección carlista seguida de una guerra civil» (2). La riqueza pública aumenta progresivamente. La exportación é importación de España, en los cuarenta últimos años, lo prueba de modo clarísimo. Desde 168 millones de pesetas, número que alcanzaba ésta en 1850, hubo, en 1897, 916 millones. La importación, que en 1850 era de 223 millones, fué en 1897 de 1.077. En el mismo período la población peninsular ha subido, de 15.400.000 habitantes, á 18.406.000. En algunas regiones, por ejemplo, en Asturias, el movimiento industrial es cada vez más floreciente. Una gran parte de la juventud acaba por ver en la industria un porvenir excelente. En poco tiempo la explotación del carbón se ha duplicado; en menos de un año se han establecido en aquella sola provincia cuatro fábricas de azúcar, una de explosivos y diversas fundiciones. Si el Estado tuviera una buena dirección económica, si se supiera utilizar la economía en las esferas oficiales, las consecuencias financieras de la guerra estarían muy lejos de traer la bancarrota del Estado.

El Sr. Costa, que ha escrito un libro notable acerca

(1) Pero las Antillas, por desgracia, eran la fortaleza avanzada del istmo y presa ambicionada por los Estados Unidos.

(2) D. Adolfo Posada, *Revue internationale de sociologie*, Julio de 1898.

del colectivismo agrario en España, ha calculado que los gastos de la última guerra representan el valor de las mejoras siguientes, que se habrían podido emprender: todos los canales y trabajos de pantanos posibles en España; la mitad de los trabajos de irrigación, que se extenderían á millón y medio de hectáreas más; 250.000 kilómetros de caminos antiguos que se habrían convertido en caminos carreteros, y 10.000 kilómetros de carreteras; una colonización interior representada por 1.000 pueblos nuevos, con un aumento de 4 á 5 millones de habitantes; adquisiciones territoriales en Africa para la industria y la marina, en una extensión doble de la de la península. «Calcúlese la diferencia que hay entre tener esta suma en activo como base y verla en pasivo como una carga, y se empezará á comprender el fruto de estas guerras».

El Sr. Costa añade: «Siempre, desde que la nación se ha constituído, hace cuatro siglos, sus políticos se han dejado seducir por el mapa de la península, del cual sólo conocían la extensión y la buena posición geográfica, sin preocuparse de apreciar el grado de su producción interior, la población que podía contener, los recursos reales con que podía ayudar al Tesoro público». Dos «accidentes históricos», el desembarco de Colón en América con la lotería del Nuevo Mundo, por una parte, y por otra el casamiento de la reina Juana y sus ambiciones en la Europa central, hicieron resplandecer á la vista de España la perspectiva de la suprema grandeza y la tentación de un imperio universal; para resistirse, no había en la raza española una reserva suficiente de talento político, tal como la que tienen los italianos; de aquí una orientación equivocada que ha producido cuatro siglos de decadencia. Ya Cánovas había observado en la historia de España, desde los Reyes Católicos, «una falta de proporción entre los medios y las empresas» que consideraba como causa del atraso y la decadencia. Es decir, como hemos notado antes, que España fué víctima de su política nove-

lera y romántica. Hay todavía en esto causas intelectuales y morales, no étnicas.

Los españoles son los primeros en reconocer que las razones de su reciente derrota son la ignorancia, la pereza y la imprevisión. Un siglo después de la Revolución francesa, ¿no era España todavía un pueblo absoluto, intransigente? Más de cincuenta años después de haber declarado obligatoria la enseñanza, ¿no cuenta aún por millones los que no saben leer ni escribir? ¿No debe á sus maestros cerca de 8 millones de pesetas? En fin, apenas si España ha podido hacerse dueña por el trabajo de una pequeña parte del ingrato territorio peninsular.

Despojada para lo sucesivo de sus colonias, é impotente para soñar en conquistas, España se verá obligada á aprovechar sus propios recursos interiores, que son grandes. Península que avanza atrevidamente en medio de dos mares, entre el Antiguo Mundo y las nuevas civilizaciones americanas ó las futuras del Africa, la posición geográfica de España es demasiado buena para no producir algún día, por el comercio y la navegación, un renacimiento de prosperidad. Volverá, sin duda, á ser lo que fué en la antigüedad, un gran país minero. Los cartagineses y los romanos explotaban ya sus minas, como lo prueban los montones de escorias, las profundas excavaciones, las monedas, estatuitas y herramientas que se han descubierto. Tiene riquezas importantes, no sólo en hierro y cobre, sino también en carbón de piedra, y sabido es lo que tales recursos pueden ser en manos industriosas. Faltan, sobre todo, medios de transporte, y de su desarrollo, según los economistas, depende el porvenir industrial de nación tan inteligente. En ningún país esta falta ha producido peores resultados; en ninguno, quizás, su extensión produciría efectos más favorables y variados. Porque no se trata solamente en este caso de los hechos económicos, sino también de las consecuencias políticas, intelectuales, morales. Cuando España haya logrado esta-

blecer comunicaciones fáciles entre sus diversas regiones, habrá vencido lo que se ha llamado su fatalidad geográfica (1), que ha llegado á ser fatalidad psíquica. Y si se pone en comunicación con las ideas de fuera, entonces, verdaderamente, ya no habrá Pirineos.

Ya los filósofos y sociólogos españoles atestiguan que una venturosa reacción parece operarse en su país. El espectáculo de la prosperidad y la fuerza que otras naciones deben al trabajo, la conciencia progresiva de las lagunas de la moralidad española, la positiva cultura que cada día afluye de las regiones industriales y comerciales de la península. y que contrapesa el falso «idealismo» de falaces espejismos, aún predominante en el centro y Mediodía; el fondo sano y vigoroso de la mayor parte de la nación, que, después de haber vivido como en un sueño secular «en la esfera de la acción refleja y de los instintos elementales» (2), está pronta á despertarse y á obrar según ley de razón; el descrédito de que van siendo objeto los oradores en el país mismo del énfasis heroico; el favor que empieza á concederse á los «elementos reflexivos y prácticos»; una política más sabia y previsora que honrará y protegerá el trabajo nacional; la progresiva eliminación, por una selección inevitable en nuestras modernas sociedades, de todo otro elemento que «la virtud y esfuerzo personales»; el sentimiento más *humano*, más eficaz y verdadero que penetra hoy hasta en las convicciones religiosas, en España, como en otras partes, todos estos hechos hacen concebir la esperanza de que, poniendo fin á su aislamiento secular, España volverá á entrar en las grandes vías á cuyo fin la historia promete la prosperidad verdadera.

Pronto ó tarde volverá á abrirse el porvenir para esta noble nación, que tiene siempre en su carácter reservas

---

(1) Vidal-Lablache, *Ibid.*
(2) Sanz y Escartín, *El individuo y la reforma social.*

de resistencias y heroísmo. Italia, que tuvo sus siglos de profunda decadencia, ¿no ha tenido su *risorgimento?* España no ha dejado de presentar escritores y sobre todo pintores de talento; nos presenta en estos momentos estudios de sociología y derecho muy dignos de atención, así como estudios de fisiología. Nadie puede figurarse cuántas riquezas duermen enterradas en el seno de las naciones. Este pueblo, de una originalidad tan manifiesta une siempre á su varonil orgullo y á su valor tenaz el amor á la patria tal como lo entiende Camöens, *não movido de premio vil, mas alto e quasi eterno*, «no movido por un premio vil, sino elevado y casi eterno». Basta que un gran aliento filosófico venga á reanimarlo todo en esta raza heroica, aventurera y devota, que debió su ruina moral á las mismas causas de su poder político. En nuestra época, los cambios que hubieran exigido siglos pueden realizarse en cincuenta años. La ciencia y la industria no tienen verdaderas fronteras, y cada pueblo se aprovecha del trabajo de los demás á condición de instruirse y apropiarse de este modo los resultados de la ciencia ó de la experiencia universal. Es una razón para no remitir al tiempo el cuidado del destino de las naciones; los pueblos, como los individuos, «nada deben abandonar al azar de lo que pueden arrebatarle con prudencia» (*).

(*) Los lectores españoles habrán observado que, á pesar de la exactitud y valor de muchas apreciaciones sobre las causas del carácter y sobre la situación actual de nuestro pueblo, el autor consigna frecuentemente datos erróneos, disparatados á veces, que ponen de manifiesto la falta de un estudio directo del pueblo español y el número escaso de fuentes de información (libros solamente) de que se ha servido. Algunas de las fuentes consultadas son excelentes, Mallada, Posada, Sanz y Escartín, Costa, Pardo Bazán, Oloriz, etc., pero ha podido utilizar muchas más, no sólo españolas, sino extranjeras, que le habrían salvado de caer en tan manifiestas equivocaciones. *(N. del T.)*

LIBRO IV

El pueblo inglés.

Los viejos cronistas del continente, ignorantes del porvenir, no veían en los insulares sajones más que «bárbaros sin instrucción, lentos por naturaleza y por temperamento, rebeldes á la cultura, y tardíos en su desarrollo». Gran error cometían al desdeñarlos. Hoy se tiende más bien en el continente á un sentimiento contrario, á admirar al anglo-sajón. Recordad las dos obras de M. Demolins, mezcla admirable de verdades y de paradojas, y la de M. Ferrero sobre la *Europa giovane*, que es el himno de un latino á la raza anglo-sajona, sin hablar de los libros de MM. Gustavo Le Bon, Lapouge, Max Leclerc, de los *Études de philosophie et d'histoire* de M. Sarolea, finalmente, de los interesantes y animados *Souvenirs d'Oxford*, publicados por M. Jacques Bardoux (1). El primer psicólogo de la América contemporánea, M. William James, en la *Psychological Review*, de Marzo de 1897, hace observar que los extranjeros se ocupan en idealizar á los anglo-sajones en el momento en que estos últimos, en Inglaterra y, sobre todo, en América, son mucho menos entusiastas acerca de sus principios tradicionales de conducta y comienzan á dudar de ellos. *Nemo sua sorte contentus.* «Al filósofo incumbe la tarea de ser,

(1) Fueron escritas y publicadas estas páginas en la *Revue des Deux Mondes*, cuando ha aparecido el tan intencionado libro de M. E. Boutmy, *Essai d'une psychologie du peuple anglais au XIX^e siècle*. Nuestros diversos estudios de psicología colectiva han precedido, igualmente, al libro interesante de M. Coste sobre *L'expérience des peuples et les prévisions qu'elle autorise*, en el que se hallan expuestas conclusiones particularmente favorables á Inglaterra.

en todo lo posible, justo para con todos los pueblos». La dificultad está en que los ingleses, siendo á la vez muy personales en su individualismo y muy parecidos unos á otros por su vivo sentimiento de solidaridad nacional, todo cuanto de ellos se diga puede discutirse con ejemplos particulares. Y, sin embargo, ¿cómo negar que existen en Inglaterra, más aún que en otras partes, rasgos comunes de temperamento, educación moral y social, tradición histórica, que llevan á corrientes de antemano determinadas y por donde los individuos, por originales ó aun excéntricos que sean, están primeramente obligados á pasar? Por esto encontraremos á un tiempo en Inglaterra, ya personalidades tan poderosas, ya una fuerza tal de asociación para fines impersonales.

La palabra individualismo se toma en acepciones muy diversas, opuestas en ocasiones, é importa convenir en su valor. El individualismo de que hablamos en este lugar podría definirse, desde el punto de vista de la psicología, la tendencia á desarrollar en sí con la mayor intensidad posible y á hacer dominar al exterior con la mayor extensión que ser pueda, su propia individualidad. Ahora bien, lo que constituye sobre todo el individuo es una fuerza de voluntad y actividad exuberante, que se coloca ante otro con fiera independencia, con un espíritu de lucha y de «combate», que siempre se niega á ceder y quiere ser vencedor. Esta poderosa personalidad implica necesariamente una conciencia no menos intensa de su *yo*, y un sentimiento paralelo de complacencia en él. Implica asimismo un sentimiento profundo de la responsabilidad personal, la costumbre de contar consigo mismo y no responder más que á sí mismo de sus actos. En ciertos respectos, cualquier neolatino indisciplinado y rebelde puede aparecer más individualista que el anglo-sajón; pero una voluntad verdaderamente enérgica no excluye la obediencia á la regla, que, por el contrario, exige el dominio de sí mismo; y, por otra parte, indisciplina, movilidad,

facilidad en el olvido de las reglas, dificultad para ofrecer una obediencia sostenida y paciente, hábito de contar con el apoyo ajeno, de pensar siempre en otro, de descargar en caso preciso sobre otro la propia responsabilidad, todo esto no constituye un individualismo positivo, fundado con la fuerza y valor personal; más bien es este individualismo negativo por falta de voluntad é imperio sobre sí, como también por falta de unión con otro, de lo cual se ha hecho más de una vez tan acerba crítica.

¿Hasta qué punto el individualismo político es una de las cualidades fundamentales del espíritu inglés? Esta cualidad, ¿excluye, ó es, por el contrario, favorable á un desarrollo cada vez más manifiesto del sentimiento social en Inglaterra? ¿Cuáles son los orígenes étnicos y psicológicos de esta doble tendencia, que forma una aparente antítesis para el observador, y cuáles son sus consecuencias en las diversas manifestaciones del espíritu inglés? Otros tantos problemas que ofrecen para nosotros un interés actual y permanente.

I

LAS RAZAS Y EL CLIMA

Hase querido buscar la explicación del individualismo inglés, tal como lo hemos definido, en la mezcla especial de las razas que han poblado la Gran Bretaña. El antiguo elemento ligur fué recubierto por el celta, muy próximo á él por lo demás, y al cual se mezcló pronto la raza escandinava. Tácito distingue ya los caledonios, altos y de caballera roja, de los silures, de pelo negro. Habiendo estado en un principio Inglaterra unida al continente antes de que un estrecho la separara de él, ha debido presentar en otro tiempo una composición etnológica análoga á la del Norte de la Galia. Más tarde han venido las

invasiones germánicas y escandinavas, que han cubierto con su gran contingente el fondo celta. Hoy todavía, en la Gran Bretaña, los tipos morenos están distribuídos como si invasiones sucesivas de gentes rubias, venidas de Oriente, les hubieran alejado de las costas y rechazado á las comarcas occidentales; este hecho confirma los datos de la historia acerca de las invasiones germánicas, ante las cuales retrocedieron los celtas. Por lo demás, Irlanda y Escocia, consideradas en conjunto, tienen, como Inglaterra misma, el 50 por 100 de habitantes de pelo rubio ó rojo, y la otra mitad de cabellos negros ó castaños. Más de dos millones de habitantes hablan todavía dialectos celtas, tanto en Irlanda como en Inglaterra y Escocia; y entre ellos es el tipo celta el que domina, con cabeza redonda, estatura mediana, cabellos negros ó castaños. En conjunto, la talla es casi la misma en Inglaterra (1,70 m.), en Irlanda (1,69), en Escocia (1,71). El índice cefálico medio es 76 para los anglo-sajones, 77 para los antiguos bretones y para los ingleses modernos, 78 para los escoceses. El índice cefálico es, pues, casi el mismo de un extremo á otro de Inglaterra, lo que indica una población muy homogénea y fija, mientras que en Francia varía de 78 á 88, según las regiones (1). No encontraréis entre las diversas provincias del reino británico contrastes tan fuertes como los que se ven al pasar de Flandes á Provenza, de Borgoña á Auvernia, de Bretaña á Gascuña, de Normandía á la Lorena ó Alsacia.

Se ha supuesto que los anglosajones, no contentos con someter á los antiguos bretones, los habían exterminado. No hay ejemplo de una conquista que haya logrado concluir con la población existente; no es posible extender á la Gran Bretaña entera la suerte de algunas ciudades, cuya completa destrucción no menciona la historia sino como excepción. Verdad es que las invasiones en masa

(1) V. Beddoe, *Races in Britain*, p. 231.

de las hordas germánicas y escandinavas, que hasta arribaban con sus ganados, produjeron en Inglaterra una mudanza de lugares de la población, bastante más sensible que en la Galia. Ha podido preguntarse si Francia fué en realidad conquistada por los francos; la Gran Bretaña lo fué ciertamente por los germanos y escandinavos, pero no por eso dejó de subsistir cierto fondo celta.

Hoy la Gran Bretaña está dividida entre los elementos liguro-celtas y los germánicos, pero conservando éstos notable ventaja. El tipo moreno de cabeza ancha se sobrepone, sin embargo, en las ciudades, hace ya varios siglos, y acabará por ejercer influjo invasor. La mezcla de sangre celta-ligur y germana, que hace en antropología á la Gran Bretaña tan análoga á la Galia antigua, es quizás la razón por la cual el temperamento inglés, aunque con frecuencia flemático, es más nervioso que el del germano puro. La raza anglo sajona es la primera del mundo en estatura (clase obrera: 5 pies ingleses, 9 pulgadas y un cuarto) después de los polinesios y antes que los patagones (1). Esta raza es también la primera de las naciones civilizadas en el peso del cuerpo, capacidad pulmonar y fuerza física. Es una muestra soberbia del sanguíneo flemático y el neuro-motor. Emerson describe la raza inglesa en estos términos: »La naturaleza dice: los romanos ya no existen. Para fundar un nuevo imperio escogeré una nueva raza, enteramente varonil, con toda la fuerza brutal. No me opongo á una lucha entre los machos más rudos. Que el búfalo embista con su testuz contra la de su semejante, y quede libre el paso al más fuerte. Porque tengo una obra que hacer que exige voluntad y músculos.»

---

(1) Es curioso notar que, comparados en el conjunto de la población inglesa, los locos presentan una disminución de estatura de 1,96 pulgadas inglesas y 10 libras inglesas menos de peso; los criminales, 2 pulgadas, 16 y 17,8 libras 8. (V. las Memorias del Comité antropométrico de la *British Association*).

Aun cuando sea verosímil, como se ha sostenido, que los sardos, colocados en Inglaterra en el lugar de los anglo-sajones, no hubieran sabido aprovechar mejor la situación geográfica que han sabido hacerlo en Cerdeña, creemos que las consideraciones etnológicas son insuficientes para explicar ya el carácter, ya la historia de un pueblo; Inglaterra lo prueba. Entre la Gran Bretaña, Galia y Germania, existía antes analogía de composición: dos masas enormes de celtas y gentes del Norte, con una adición más notable de elementos mediterráneos en Galia. Hay que buscar, por tanto, otros factores del carácter, factores que sólo pueden hallarse en el medio físico, y sobre todo en el social.

Taine, siguiendo á Montesquieu, ha insistido desmedidamente en los efectos del clima. Lo que se le puede conceder es que el cielo húmedo y frío de Inglaterra ha dado mayor fuerza á los influjos que hacen de la adquisición de un cierto bienestar individual, el fin más necesario para todos. Se ha calculado que la alimentación de un inglés sólo bastaría para una familia de ocho personas en Grecia. Hay países benignos, en los que, gracias al hermoso cielo, á las facilidades de la vida, á las escasas necesidades, la misma miseria nada tiene que degrade, ni en lo físico, ni en lo moral; siendo en ella el bienestar en cierto modo natural, hay lugar para ser artista. ¿Cómo podría ocurrir lo mismo bajo un cielo brumoso y helado, donde es difícil procurarse abrigo; donde la pobreza se traduce en repugnantes exterioridades, y en lo interior por una especie de desnudez intelectual, de envilecimiento social y moral? En tales comarcas, lo útil y lo bello se aproximan á veces hasta confundirse; hay un cierto bienestar inseparable del bien hacer; una independencia material sin la cual, en el seno de una nación civilizada, se ven comprometidas la independencia moral y la libertad del individuo. No es preciso, por lo tanto, juzgar el utilitarismo é individualismo inglés, según la misma norma que el

egoísmo vulgar; con frecuencia tienen su origen en un interés bien entendido, que puede confundirse, finalmente, con el sentimiento de la dignidad personal, y que no excluye en modo alguno la solidaridad social.

La situación insular había también de intervenir por mucho en los destinos y el espíritu del pueblo inglés, tendiendo á reducirle á sí mismo. Por una parte, le obligaba á una fusión más rápida y completa de sus elementos interiores, que había de producir más pronto un carácter único y homogéneo; por otra, impedía comunicaciones al exterior que habrían tenido por resultado una sociabilidad más extensa. Los ingleses no se han comunicado con el continente sino para tratar de conquistar territorios en él ó para hacer el comercio. Véase á Carlomagno obligado á reprimir la mala fe de los mercaderes ingleses, que importaban á los Estados francos ropas de lana de mala calidad ó demasiado pequeñas, y además trataban de defraudar en la Aduana. En el siglo xv, en el *Débat des Héraults d'Armes*, se dice que Inglaterra es dueña de los mares del Norte, pero que en lugar de servirse de esta situación para trasportar sus mercancías, se aprovecha de ella para robar los navíos mercantes de las demás naciones.

Puesta al abrigo de sus vecinos, la Gran Bretaña tiene un vasto desarrollo de costas, con estuarios de ríos que hacen difícil el ataque á sus puertos. En su suelo abundan la hulla y el hierro. Nada, por tanto, más natural que los habitantes se inclinaran al comercio y más tarde á la industria. «Estos orgullosos mercaderes, dice Byron en el canto décimo del *Don Juan*, llevan sus mercancías y sus leyes de uno á otro polo, y se hacen pagar hasta por las olas mismas.»

Para comprender bien la dirección y el desarrollo propio del carácter inglés, necesario es recordar que la raza germánica, de la cual son una rama los anglo sajones, ha concluído por presentar una doble antítesis, hoy ya con

sello distintivo: interiormente, contraste del realismo, y un cierto idealismo místico; en las relaciones sociales, acuerdo entre el individualismo y el amor á la subordinación jerárquica. Los anglo-sajones tenían sin duda las mismas tendencias que los demás germanos, pero sus inclinaciones fueron modificadas, primero por el influjo celta y normando, luego por las condiciones de su desenvolvimiento nacional. Aunque capaces también de misticismo é idealismo, los celtas no llevan la intensidad de la absorción intelectual hasta el punto de olvidar enteramente la vida práctica. Por otra parte, el influjo normando era el de espíritus firmes é inteligentes, con una razón sólida y poco dada á quimeras, una voluntad emprendedora y perseverante en las miras del «ganar».

Si, por lo demás, de los dos términos de la antítesis germana, sentido realista y sentido idealista, el primero ha adquirido mayor desarrollo en Inglaterra, no es decir que por esto haya desaparecido el segundo. Muy al contrario; pero ambos han distinguido sus dominios. En la práctica y en la esfera de la inteligencia pura, Inglaterra ha permanecido positivista; en poesía la veremos conservar el sentido germánico del ideal, sin perder por esto el de lo real. Mr. Darmesteter nos muestra á Shakespeare tan entendido en negocios como inspirado en poesía. En los momentos en que el poeta escribe el monólogo de *Hamlet*, compra por 200 libras 107 acres de tierra en la parroquia de Old Stratford; hacia 1604 hace vagar al rey Lear en medio de la tempestad é intenta un proceso contra Philip Rogers por pago de una libra, 11 chelines y 10 peniques, precio de la levadura de cerveza que le ha vendido y no le ha sido pagada; en 1605 piensa en lady Macbeth y en la mancha de sangre que no podría lavar el Océano, y arrienda en 440 libras los dominios de Stratford, Old-Stratford, Bishopton y Wilcombe. Es el anglo-normando, con los dos aspectos de su alma y su vida. Pero es necesario no olvidar que Víctor Hugo ha podido presen-

tar en Francia los mismos contrastes, más frecuentes, sin embargo, en Inglaterra.

En cuanto á la conciliación del individualismo con el amor á la subordinación social, ha llegado á hacerse más manifiesta en el anglo-sajón que en el alemán. El gran acontecimiento que modificó el individualismo de los anglo-sajones, les dió un sello propio, introdujo en su historia el espíritu político y el sentimiento de solidaridad social por el cual se opusieron á los demás pueblos germanos, fué la conquista normanda. ¿Hay que ver todavía en ella simplemente, con Taine, una mezcla de razas, un efecto de cruzamiento étnico? No. Los normandos no eran de raza muy diferente. Además, eran pocos en número. Su acción fué, por lo tanto, principalmente política y social. Los normandos se distribuyeron lo conquistado. Guillermo repartió tierras, casas, abadías; las más duras leyes obligaron á la sumisión. Intimamente unidos por temor á los ingleses, los normandos eran bajo su rey como un ejército hereditario, sangriento, que contenía á los vencidos desde lo alto de sus castillos. Anglo-sajones y normandos formaban de este modo en su origen dos naciones superpuestas: una señora, la otra sierva. Pero los vencidos eran veinte veces más numerosos que los vencedores, deberían conservar, finalmente, el tesoro de sus fuerzas vivas.

Las familias normandas, dotadas á costa de los sajones vencidos, fueron simplemente el tronco de la aristocracia inglesa. A medida que los segundones salían de ella por su nacimiento, el soberano hacía que constantemente ingresaran los hombres ilustres en la carrera administrativa, militar, científica. Esta aristocracia creó las costumbres políticas y realizó la educación del país, ya por los hábitos que consiguió imponer, ya por los que desarrolló la misma resistencia á su influjo. De aquí que éste fuera doble, positivo y negativo.

Los normandos tenían un espíritu dominador y orga-

nizador: no eran hombres que dejaran relajarse los lazos de la subordinación. Además, para resistirles y disputar sus derechos, era preciso aliarse: el espíritu de asociación penetró, pues, poco á poco, en la nación inglesa. Así se dibujó la diferencia entre Inglaterra y la Alemania antigua. En aquélla, una firme organización franco-normanda impidió al individualismo quedar en el estado de aislamiento, de dispersión, de disociación; en ésta, fué de tal modo lenta en realizarse la unidad, que sólo en nuestros tiempos y en parte por nosotros se ha cumplido. Los normandos, de espíritu vivo y claro, tan positivo como aventurero, que no retrocedía ante la perfidia cuando se trataba de sus intereses, acabaron por imponer á los anglosajones las preocupaciones prácticas y utilitarias que ya favorecía su clima, y como hemos visto, su situación geográfica. Taine mismo compara al germano normanizado, y ya inglés, con cualquier alemán de Hamburgo ó Brema, que, durante quinientos años, hubiera estado metido en el coselete de hierro de Guillermo el Conquistador: hubiera entrado á su pesar en la vida militante y práctica.

Puédese también decir que el carácter inglés es en gran parte obra de la educación franco-latina. El positivismo inglés es, hasta cierto punto, naturaleza adquirida: no puede ser enteramente explicado por la raza, ni aunque se añadiera mucha sangre celta y algo de sangre normanda á la germánica ordinaria; hay en este punto, para el psicólogo, el efecto de causas físicas y sociales en extremo complejas, que hacen comprender cómo el florecimiento del espíritu inglés ha debido separarse más y más del antiguo tronco alemán.—En Inglaterra, dice Taine, la vieja fidelidad germánica mantiene á los hombres en sociedad, mientras que la vieja independencia germánica los mantiene en pie.—Perfectamente; pero ¿cómo la «fidelidad germánica» no ha producido el mismo efecto de organización en la Germania? Sin duda es porque en Inglaterra intervino la autoridad normanda.

II

EL CARÁCTER INGLÉS

Todos los influjos que hemos enumerado precedentemente, han tenido por resultado final el carácter inglés tal como hoy aparece en su propia originalidad.

Los celtas tenían el instinto de la fraternidad, amor á la sociedad y á todas las organizaciones: algo quedó de ello entre los ingleses. En segundo lugar, la situación insular, que encerraba á los ingleses en sí mismos, les permitía también mayor unidad y constancia en las empresas: podían resolver entre sí sus querellas y llegar más pronto, por el roce mutuo, á un cierto equilibrio final. Estando su destino encerrado entre límites mucho más fijos, ¿cómo su carácter no había de llegar á ser mucho más pronto uno y homogéneo?

La sensibilidad, en el inglés como en el alemán, es menos fina y más reconcentrada que en el francés ó el italiano. Es el resultado de este temperamento flemático cuya armonía natural con el clima de la Gran Bretaña hemos hecho notar. Las comarcas frías y húmedas no dejan subsistir apenas, por selección, sino naturalezas fuertes y rudas, poco sensibles al influjo exterior. El sistema nervioso responde entonces á las sensaciones en vibraciones menos prontas, menos delicadas y varias. Los órganos de la percepción, ¿pueden afinarse bajo un cielo sombrío y monótono, en que el organismo está obligado á permanecer á la defensiva, presto á rechazar más que á admitir influjos hostiles? Los sentidos de percepción permanecen, pues, menos delicados y ricos en matices. Sólo los sentidos vitales adquieren poder: el placer de comer ó beber, el de ejercitar los músculos y moverse, compensan la falta de impresiones más desinteresadas, más «dilettanti» y «artísticas». Sensible para lo confor-

table, el inglés lo es mucho menos á las buenas formas y la elegancia exterior; como la educación de sus sentidos, su gusto deja con frecuencia que desear. Prefiere los goces sólidos y profundos á los juegos cambiantes de delicadas sensaciones que en otros países favorece una naturaleza completamente bañada de luz, invitando á los ojos á perpetua fiesta. Al propio tiempo que la sensibilidad es más obtusa es también más lenta. Los nervios en menor tensión vibran con menos rapidez, son precisas impresiones fuertes para obtener á cambio de ellas fenómenos de expresión. De aquí una calma general y aun una cierta pesadez. Pero una vez excitadas, las pasiones del inglés tienen una energía extremada: son sobre todo duraderas. Concentrado y nada expansivo el inglés individualista, no comunica fácilmente sus impresiones, pero inútilmente, bajo apariencias de frialdad, quiere ocultar lo que experimenta, afecta mayor flema de la que realmente tiene. En el fondo es violento.

El humor general del inglés sufre el influjo de un cielo tan pronto gris y velado, como tempestuoso, que inspira melancolía ó tristeza. A pesar de esto, las herencias de raza son en este país más importantes que el clima, puesto que vemos, bajo las mismas nubes y en medio de las mismas tempestades, al irlandés conservar algo de la despreocupación y el buen humor galo. El anglo-sajón, por su parte, tiene más bien la sombría imaginación del germano. Froissart decía de los antiguos sajones: «se divirtieron muy tristemente, á la moda de su país». Los placeres mismos del inglés, dice Bain, «tienen en sí no sé qué de triste». Sin embargo, el resto de elementos celtas que atemperan los elementos germanos, unidos á las tradiciones de actividad enérgica con la mira de intereses positivos, impide al inglés caer tan fácilmente en el pesimismo como el alemán soñador y contemplativo. La acción inclina siempre el pensamiento al suelo; impone un fin determinado, en el cual se interesa; por lo mismo da un valor á

la existencia. El inglés no tiene mucho tiempo que gastar en lamentaciones sobre la vida. Con frecuencia además su utilitarismo se cambia en un optimismo ingenuo: habituado á considerar la felicidad como fin supremo, es preciso que crea primeramente en su posibilidad. Un libro como el de John Lubbock, en que vemos minuciosamente clasificado, al modo de Bentham, el cuadro de todos los goces de la vida, sólo podía estar escrito por un sabio inglés. A los poetas están reservadas las grandes visiones pesimistas: en los demás pasan por la imaginación sin producir un efecto duradero. Para algunos, sin duda, la ociosidad engendra el *spleen*; pero el trabajo, que es el lote de mayor número, cura las heridas del pensamiento. En suma, la sensibilidad inglesa es la germánica, pero más individualista aún, y ofreciendo, gracias á una vida más activa y utilitaria, una forma menos sentimental y mística.

Generalmente los sentimientos, en el inglés, tienen una dirección interior; su centro es su propia personalidad. Así el yo inglés, muy desarrollado, se afirma con energía; no penetra ni fácil ni rápidamente en el alma y los sentimientos ajenos. No es que sea incapaz de simpatizar, ¡lejos de eso! Cuando consigue ponerse con el pensamiento en lugar de los demás, lo que exige cierto tiempo y un determinado esfuerzo, sufre ó goza con ellos; los polos del interés, invertidos, producen la benevolencia y la beneficencia más activa. En ningún país la burguesía y la aristocracia son tan generosas en las obras de caridad y de interés general.

La naturaleza de la sensibilidad y de la imaginación influye sobre la de la inteligencia. Gracias á la calma habitual y lentitud de temperamento, la inteligencia inglesa tiene una marcha seria y reflexiva. Allí donde los sentidos no están siempre, como diría Descartes, regalados por los placeres exteriores, se produce un retroceso del pensamiento que le hace reconcentrarse en sí. Si el in-

glés no tiene la facilidad de intuición y la mirada rápida que distingue á los temperamentos más nerviosos, posee en cambio la facultad de atención sostenida y de concentración profunda. El primer resultado es la necesidad de fijarse en el fondo más que en la forma. No son las bellas ordenanzas, las ideas simétricas, los dibujos intelectuales, todavía menos los arabescos de la imaginación, lo que encantará á cerebros á veces un poco pesados y medianamente impresionables por las cosas externas. Estos cerebros no pensarán sólo por el gusto de pensar, no razonarán por complacerse en alinear razones en buen orden, sino por alcanzar un fin y realizar un trabajo útil. Así les importará menos la belleza que la verdad, y la verdad misma deberá finalmente hallarse en la realidad. El gusto por lo real, tal como él es, lo mismo con sus fealdades que con sus bellezas, con sus disonancias como con sus armonías, con todos sus contrastes y oscura complejidad, es característico de los ingleses como de los germanos: no experimentan la necesidad de alinear las cosas por el placer de la vista; poner en orden, para ellos, sería desordenar.

Sin embargo, este fondo común de inteligencia seria y sincera, ha producido en Alemania é Inglaterra formas de espíritu muy diferentes. En Alemania, se ha tenido tiempo, después de haber puesto en práctica el *primo vivere*, de añadir el *philosophari*. En Inglaterra, además del influjo celta y normando, el torbellino de la vida activa — industria, comercio, política — ha determinado de manera distinta la dirección habitual de la inteligencia. Aunque capaz de largos razonamientos, el inglés ha tenido que inclinarse del lado de la experiencia. En lugar de especular sobre lo infinito como el germano, observa; en vez de deducir, induce; á las vastas síntesis, á las generalizaciones y abstracciones, prefiere el análisis paciente de hechos particulares y concretos. No se deja engañar, como la alondra francesa, por el espejismo de los

temas. Su vista clara y precisa percibe el pormenor: desconfía de horizontes demasiado vastos. Bacon habla como un inglés cuando dice: «Ocurre con frecuencia que cosas pequeñas y sin importancia explican las grandes, mucho mejor que pueden las grandes explicar las pequeñas.» Así, en un medio nuevo y con un nuevo fin para su actividad, el antiguo germano se ha hecho eminentemente positivo.

En el dominio de los hechos, el inglés es un investigador incomparable. La educación, hace ya siglos, se ha inclinado siempre de este lado, su espíritu está así moldeado. Tiene afición natural á reunir observaciones, emplea su vida en esta tarea. Esté en su país ó en el extranjero, observa y anota. El inglés dice: es preciso estar bien informado, *well informed*, y para ello ver con los ojos; el francés afirma: estemos al corriente; una corriente que le lleve con los demás, este es su ideal. La orientación final del antiguo espíritu germano hacia el utilitarismo intelectual, entre los anglo-sajones, prueba el influjo que ejercen el medio social, las ideas reinantes, las tradiciones históricas. El cerebro inglés ha llegado á ser el primero de los aparatos registradores. El francés intelectualista maneja muy frecuentemente nociones y deducciones, que le encantan independientemente de los resultados prácticos: como el griego, es artista de ideas. Si sus razonamientos se realizan, es que han despertado en él una de sus pasiones fundamentales: los realiza en este caso inmediatamente, por una especie de impulso. Completamente distinta es en el inglés la relación entre el pensamiento y la acción. En él no domina la necesidad de pensar, sino la de obrar. Pensar, para el inglés, aun se expresa frecuentemente por el vocablo realizar, *realize*. Cuando llega al término de su razonamiento el inglés no se detiene satistecho: la conclusión intelectual no es para él sino un comienzo, un principio de acción. Lo que en ella le interesa no es su generalidad, ni aun su verdad

puramente abstracta, sino la realidad futura de la que es sólo primer medio, y que en sí constituye el fin. No hay, por lo tanto, necesidad de apasionarse actualmente por la norma de conducta que una vez adoptó; no hay ya necesidad de dejarse llevar de nuevo por la aparición de los sentimientos correlativos á las ideas: se conduce á sí propio en virtud de una necesidad de obrar constante y de una voluntad permanente al mismo fin. Todas sus concepciones son ya convicciones prácticas, á las cuales se conformará sin desviarse; son instrumentos de trabajo tan resistentes é inmutables como el azadón y el arado del labrador.

Uno de los resultados más notables de la necesidad en que se han hallado los anglosajones, de la lucha que han tenido que entablar para vivir, mantenerse y extenderse, de la dirección activa y práctica que sus facultades han tenido que tomar, primero por utilidad, luego por gusto, es la transformación de las facultades germánicas de abstracción y generalización en amor á lo concreto y lo particular. La acción exige un punto de vista especial de las cosas, en una determinada relación á un fin determinado; es enemiga de las perspectivas que, presentando á la inteligencia mucho en pro y en contra, paralizan la voluntad. Es enemiga de las concepciones abstractas que, separadas de la realidad, quedando como en el aire, dificultan la acción viva y el esfuerzo sobre lo real. Burke, hablando de las abstracciones, decía: «Odio hasta el sonido de las palabras que las expresan.» Se ha opuesto esta expresión á la de Roger Collard: «Desprecio el hecho.»

Por la voluntad, facultad fundamental y por decirlo así, orgánica, el inglés recuerda del modo más fiel la raza de los viejos germanos: voluntad firme, paciente, obstinada y perseverante, tal como puede esperarse de organizaciones á la vez robustas y equilibradas. En grado mayor que el alemán posee el inglés la audacia empren-

dedora y el gusto por la iniciativa. En este respecto hay algo de los antiguos escandinavos y normandos, tan amantes de las aventuras. La voluntad emborracha, dice Víctor Hugo hablando de los trabajadores del mar. Esta embriaguez es conocida del inglés.

Hay una ley que la psicología inglesa ha puesto en claro, y cuya explicación nos presenta el carácter inglés: la de trasferencia, que concluye por hacer pasar al medio de que uno se sirve en vista de un fin el valor del fin mismo. La fuerza de voluntad ha sido primero para los ingleses un medio dirigido á la conservación y el bienestar en medio de un clima rudo que parece decir: trabaja, ó muere. A fuerza de querer con un fin útil ó necesario, el inglés ha acabado por querer por el placer de querer; por luchar por el gusto de la lucha. «Enérgicos por la voluntad de hacer esfuerzos, de investigar, de hallar y no retroceder nunca». Así habla Tennyson (1).

El inglés ama todo lo que es fuerza y poder, ó al menos lo que lo parece. Tiene la más profunda estimación por la voluntad constante, por todo lo que es designio continuado. Prefiere un hombre muy imperfecto, en ciertos aspectos limitado, pero cuya conducta puede preverse y con el cual se puede contar, á un espíritu delicado que haga el papel de molino de viento. Ser independiente, tener pronto confianza en sí mismo, es el ideal del inglés: *self help*. El autor de *Tom Brown's School Days* nos muestra hasta en los niños el placer silencioso, querido á todo inglés, de mostrar resistencia, de luchar contra algo y de «no ceder». Poco precoz, poco vivo, el niño inglés tiene ya iniciativa y tenacidad. Frecuentemente es indomable; á veces brutal. De aquí el uso del castigo corporal. Los mismos profesores en Inglaterra hacen poco caso de la instrucción, y mucho del carácter. Es lo que resalta en las delicadas observaciones hechas en Oxford por mis-

(1) *Strong in will*
To strive, to seek: to find and not to yield.

ter Jacques Bardoux. Recordemos que el príncipe Alberto, encargado de fijar las condiciones de un premio anual por él concedido al colegio de Wellington, decidió que fuera concedido no al alumno más instruído, sino á aquel «cuyo carácter se juzgara mejor educado». Entre nosotros, dice M. J. Le Bon, «el premio hubiérase dado, ciertamente, al discípulo que mejor hubiera recitado lo que había aprendido en sus libros».

Cuanto más se hace, más se quiere hacer; cuanto más se gana, siendo activo, más se quiere ganar. De aquí la especie de insaciable y ambiciosa actividad que tiene el inglés. No manifiesta la prudencia que el francés; no pone límite á sus deseos, quiere ganar mucho para gastar mucho, y con frecuencia gastar toda su renta. De donde la necesidad de trabajar enormemente y habituar á sus hijos á que trabajen del mismo modo. Provee el porvenir no por ahorros, sino por gastos que considera fructíferos; tal, por ejemplo, la instrucción dada á los hijos, y que les hará un día capaces de bastarse á sí mismos. El inglés exige como principio que éstos, salvo quizás el mayor, deben ser los que labren su propia fortuna: no piensa en privarse para dotar á sus hijas ó para dejar una fortuna á sus hijos. Por lo demás, éstos son demasiado numerosos, y es preciso que por sí resuelvan el problema. Cada cual, para sí.

En el terreno moral, el inglés no está gobernado por un sentimiento, tal como el honor ó el instinto de sociabilidad, sino por la ley religiosa de la conciencia ó por la humana del interés bien entendido. Todo hombre debe esforzarse por ser útil á sí mismo y á los demás; esta es la norma de conducta. La vida no es un juego, es seria; *Ernst ist das Leben*, ha dicho Carlyle. En sus buenos momentos, el inglés realiza lo que se ha llamado la concepción heroica de la vida; de igual modo que ha luchado contra las fuerzas adversas de la naturaleza exterior, «lucha en su fuero interno contra poderes enemigos más

formidables» (1). El inglés experimenta con mayor facilidad que nosotros los sentimientos de respeto y desprecio. Nosotros, profundamente igualitarios y niveladores, no sabemos lo que es la veneración por lo que está sobre nosotros mismos, y con frecuencia tenemos excesiva indulgencia por lo que otros no dudan en declarar deplorable.

El respeto á la ley de las costumbres, cuando es sólo exterior, tiene por escollo la hipocresía, tantas veces reprochada á los ingleses. Es fácil hacer objeto de risa el *cant* británico, pero hay también que reconocer en él un lado bueno. El cuidado de no entregarse á sus vicios cuando sirva de ejemplo á los demás, comenzando por los niños; de respetar exterior y públicamente las conveniencias sociales; de rendir de este modo «un homenaje indirecto á la virtud» no parece digno de menosprecio al inglés; no convendrá en que el cinismo sea superior. En las relaciones individuales, la hipocresía le parece, sin duda, no menos odiosa que parece á los demás pueblos; pero cuando se trata de las relaciones sociales, no juzga moral hacer ostentación de inmoralidad, inmoralidad en que á veces no se incurre. La teología católica misma, que encierra una profunda psicología, jamás ha desconocido ni el poder del «mal ejemplo» ni el peligro del «escándalo», y siempre ha tenido respeto, exterior al menos, á la falta de todo respeto y rubor. El ejemplo, había dicho ya Cicerón, produce tanto daño como la falta.

Es, por lo demás, indispensable que el inglés tenga los defectos propios de sus cualidades. Su independencia le expone al egoísmo, su sentimiento del yo á la insociabilidad, su espíritu original á la excentricidad, su positivismo al culto de los hechos y del éxito, del poder y la riqueza, al desprecio del débil y el pobre, aun cuando acuda á su socorro. Además, la actitud individualista, de-

(1) M. Sarolea, *Etudes de philosophie et d'histoire.*

lante de otro, engendra el orgullo, que desprecia la opinión de los demás, como la actitud en cierto modo social engendra, en otras partes, la vanidad, que vive para la ajena opinión. El orgullo puede terminar en insolencia, como la vanidad en exceso de complacencia: el uno forma Alcestes; la otra, Filintos. Kant había notado ya varios de estos rasgos: pronto, dice, el inglés aprende que debe «formarse un carácter», y un carácter *suyo*, ó al menos «afectar que lo tiene». «La afectación de carácter, añade, es precisamente el rasgo más general del pueblo británico», mientras que el francés, sociable por naturaleza, tiende más bien á borrar el suyo delante de los demás. El inglés quiere vivir á su manera; no se ocupa de los demás; «sólo les pide respeto y estimación».

Según Kant, el ejemplo de los ingleses muestra que las relaciones comerciales son insuficientes para abrir y ampliar el carácter nacional; el espíritu comercial, con frecuencia es insociable por sí, como lo es el aristocrático. Una casa de comercio está distanciada de otras por sus negocios, «como las casas señoriales lo están entre sí por sus puentes levadizos». Esto es verdad, al menos con respecto al comercio á la inglesa, en el cual todo emana de grandes casas que son «la aristocracia de los negocios (1). La conclusión de Kant es que el carácter inglés se opone más que ningún otro al de los franceses. «El inglés, en efecto, renuncia á toda amabilidad, cualidad social por excelencia del pueblo francés».

(1) Kant hace observar además que el espíritu comercial tiene variantes que se muestran en ciertas expresiones. El inglés dice: este hombre *vale* un millón; el holandés, *interesa* un millón; el francés, *posee* un millón. Además observa Kant que el inglés, hasta en su propia patria, donde come por su dinero, se aisla. «Tomará con más gusto su comida solo en su cuarto que en el hotel, donde no le cuesta más, pero en donde se vería obligado á emplear algunos cumplidos; ya en el extranjero, por ejemplo en Francia, donde los ingleses sólo viajan para maldecir horriblemente de los caminos y de los hoteles, se reúnen para no tener otra sociedad que la suya».

«En compañía de extranjeros, dice á su vez Emerson, se creería que el inglés es sordo: no os da la mano; no deja vuestra mirada encontrarse con la suya; en el hotel murmura su nombre de modo que no se le oiga. Cada uno de estos insulares es una isla». «Los franceses, había dicho Montesquieu, no pueden crear una amistad en Inglaterra», y añadía: «¿Cómo los ingleses podrían querer á los extranjeros, si ellos mismos no se aman? ¿Cómo nos darían de comer, si no se convidan los unos á los otros? Necesario es hacer lo que ellos; no cuidarse de nadie... Es preciso al inglés una buena comida, mujer y comodidades; como no tiene espíritu amplio y se ha limitado á esto, cuando su fortuna se deshace y no puede tenerlo, se mata ó se hace ladrón» (1). Mill opone á su vez la sociabilidad y buen humor francés á la desconfianza y la «reserva» de sus compatriotas. «Cada uno, dice, obra como si cualquiera otra persona fuera su enemiga ó le molestara».

Después de haber pasado tantos años juntos en la Cámara de los Comunes, lord John Russell no había tenido relaciones personales con sir Robert Peel: él mismo lo dice en uno de sus *Ensayos*. Hay en esta manera de ser, dice Mr. Boutmy, una gran dosis de timidez, mezclada con una cierta frialdad y alguna sequedad de corazón.

«Los ingleses, ha dicho Carlyle, son un pueblo de mudos». Pero el silencio les pone en relación y armonía «con lo que la lengua no expresa, *congruity whit the unuttered*» (2).

---

(1) «Un plomero hacía que le llevaran el periódico á los tejados para leerlos». Un francés habría bajado para hablar de política con sus camaradas.

(2) Volney explica por esta circunstancia el éxito de los ingleses en la agricultura, comercio é industria: «Con el silencio, dice, concentran sus ideas y dan lugar á combinarlas, á hacer cálculo exacto de sus gastos é ingresos; adquieren mayor claridad de pensamiento, y, por consecuencia, en la expresión, de donde resulta

III

EL INDIVIDUALISMO INGLÉS Y LAS INSTITUCIONES SOCIALES

El inglés, aunque menos sociable por temperamento, sabe mucho mejor que nosotros asociarse á los demás. Conserva, por otra parte, su individualismo hasta en el seno de las diversas asociaciones de que forme parte. Su sociabilidad no es del mismo género que la del francés. No es asunto de sentimiento, sino por decirlo así, de razón y de acción; no es por necesidad y gusto innato de compañía por lo que los ingleses se asocian á unos y á otros, sino porque juzgan necesario trabajar en común para un fin útil. Muy pronto los habitantes de la Gran Bretaña se dieron cuenta del poder de asociación; en la Edad Media ya los vemos agrupados en sociedades que,

---

más precisión y aplomo en todo su sistema de conducta pública y privada». El mismo observador refiere á igual causa la fortuna desigual de las colonizaciones inglesa y francesa en los Estados Unidos. «El colono francés, dice, delibera con su mujer lo que hará; toma su consejo: milagroso sería que siempre estuvieran de acuerdo. La mujer comenta, vigila, disputa; el marido insiste ó cede, se enfada ó desalienta; tan pronto el hogar es para él una carga, y coge su fusil, se va de caza, ó de viaje ó á charlar con sus vecinos, como permanece en su casa, y pasa el tiempo en charlar alegremente, ó en disputar y gruñir». «Andar de vecindades y charlar, dice además Volney, son para los franceses necesidades habituales tan imperiosas, que en toda la frontera de la Luisiana y del Canadá no podrá citarse un colono de nuestra nación establecido fuera del alcance y la vista de otro. En varias comarcas, habiendo preguntado á qué distancia estaba el colono más apartado: está en el desierto, me respondían, con los osos, á una legua de toda habitación, sin tener nadie con quien hablar. El colono americano (entiéndase inglés), lento y taciturno, pasa el día entero en una serie no interrumpida de trabajos útiles: en cuanto almuerza, da fríamente órdenes á su mujer, que las recibe con timidez y frialdad, y que las ejecuta sin comentarlas. Si el tiempo es bueno, sale y trabaja en el campo, corta árboles, hace cercados: si hace mal tiempo, inventaría la casa, la granja, los establos, compone las puertas, hace sillas. Si halla ocasión, venderá su casa de labor para

desde Londres y principales ciudades del reino, anudan relaciones continuas en toda la Europa occidental. Son relaciones de negocios, de comercio é industria. Si se habitúan á formar corporaciones, es siempre con un objeto positivo y restringido.

Esta costumbre de asociarse para un fin cualquiera, ya de utilidad, ya caritativo (lo cual es considerado como una utilidad superior), se ha conservado á través de los siglos. No sólo la favorece el sentido práctico del inglés, sino también su inteligencia reflexiva y sus sentimientos tranquilos, que le permiten escuchar al que le contradice, discutir con sangre fría acerca de intereses, no hacer degenerar una asamblea en pelea, un mitin en batalla. Los ingleses, en sus reuniones, no hablan por el gusto de ser oradores; sus nervios permanecen tranquilos, y la idea del fin lo domina todo. Saben entonces obrar colectivamente, sin que nadie ejerza coacción sobre otro; unen sus

---

irse á los bosques, á diez ó veinte leguas de la frontera, á fundar un nuevo establecimiento».

El tipo general del inglés, tal como le hemos bosquejado, no excluye las variantes de temperamento individual, pero en todas partes se ven las mismas características principales. Según M. Stewart, el inglés sanguíneo «prefiere los trabajos musculares á los intelectuales». Su palabra es segura, pero «no está minuciosamente informado». Esta importancia que se da á las informaciones, nos revela el sentido práctico del inglés. El bilioso, por su parte, prefiere las ocupaciones de los negocios y ganancias á las musculares é intelectuales, pero es capaz de brillar en todo. Cifra su felicidad en perseguir y alcanzar la riqueza, el poder ó el bienestar de la familia. Palabra resuelta. Siempre presto é informado «*always ready and informed*». El inglés linfático tiene poca afición á los trabajos de fuerza; más aplicación que talento en los negocios; «un leñador. Cifra su felicidad en el *confort* y el cuidado de su persona. Palabra lenta. Siempre informado». «El inglés nervioso se complace en las ocupaciones intelectuales y corporales.» «Feliz con todo lo que encanta á los sentidos y enriquece el espíritu, viajes, arte, literatura. Palabra rápida, á veces demasiado. Con frecuencia es indeciso. La precisión deja su puesto á la fantasía. No siempre está bien informado.» Por lo demás, los verdaderos biliosos y nerviosos son más raros en Inglaterra que en las regiones templadas ó meridionales, aunque su número tiende cada día á aumentar.

individualidades sin dejarlas absorber por los grupos, y generalmente, sin abdicar la propia libertad. Por este sentido práctico de la libre subordinación se muestran superiores, no sólo á los franceses, centralizadores, que en cuanto se sienten numerosos se hacen, sin esfuerzo, opresores de las minorías, sino también á los alemanes, que sólo en nuestros días han sabido, con un verdadero genio positivo, subordinar su personalidad á un fin común, y que durante tanto tiempo habían permanecido en una especie de anarquía.

La primera de las asociaciones en que el inglés manifiesta su doble poder de individualismo intenso é inteligencia práctica con los demás, es la familia. Desde el período de la heptarquía anglo-sajona vemos la familia fuertemente organizada; la unidad territorial es la extensión de tierra necesaria al mantenimiento de una familia, *hyde*. Los sajones estaban agrupados en comunidades familiares de idéntico origen é intereses; éste fué el germen de los municipios. Los países cuyo cielo es clemente, invitan á una vida exterior más ó menos disipada en ocupaciones ó placeres fáciles, á veces en amores y galanterías; la inclemencia del clima, por el contrario, favorece más la afición á la vida íntima, al hogar en que está el único abrigo verdadero, á la felicidad regular y segura, al lado de las mujeres y los hijos. Por otra parte, el temperamento menos vivo y más estable se siente menos inclinado á la inconstancia de los amores. Guichardin decía de los pueblos del Norte: «Tienen horror al adulterio. Sus mujeres son en extremo instruídas, y, sin embargo, se las deja muy libres.» Toda la literatura inglesa expresa esta aversión al adulterio; no admite nada que pueda atacar la santidad del lazo conyugal. El individualismo inglés vuelve á verse en la manera como este lazo se anuda. Entre nosotros, donde todo está organizado con la mira de la sociedad y la opinión, el matrimonio no se deja por entero á la apreciación de los interesados. No concibién-

dose gran cosa la familia fuera del medio social, nadie se casa por su propia conveniencia, sino por la de los demás, por los padres, por la sociedad de que se forma parte. La inclinación individual no es más que una primera base, que á veces falta; la razón interviene para apreciar todas las conveniencias de familia é intereses. De aquí el contraste, tantas veces notado por los observadores y á menudo exagerado por ellos, entre «el matrimonio anglo-germánico de inclinación» y «el francés de conveniencias». A pesar del bello ideal del *home* inglés, la familia francesa, según M. Hillebrand, es generalmente «más venturosa»; tiene todos sus miembros más unidos y por más tiempo que los demás, porque es «obra de la ternura paternal, del instinto social y de la inteligencia organizadora». La familia germánica, por el contrario, sobre todo la inglesa ó americana, se disuelve con mucha frecuencia por la emancipación de los hijos y la fundación de nuevos hogares. Por lo demás, ya lo hemos visto, el mismo número de los hijos es allí tan grande, que el cariño de los padres se encuentra naturalmente disperso y toma frecuentemente un carácter provisional. La familia inglesa es una monarquía, el padre es en ella soberano, sus decisiones no se discuten; antes de ser amado, es y quiere ser respetado. Dueño de sus bienes, los gasta ó los da á quien le place; el inglés tiene la autoridad y el prestigio del antiguo *paterfamilias* romano. La falta de profundo cariño paternal en muchos ingleses se muestra á menudo en la conducta con sus hijos; los tienen en casa hasta los siete ú ocho años á lo más; luego, por rico que sea, los envía á otras casas. La inglesa misma es esposa más que madre; la francesa es más madre que esposa (1). Si el marido tiene gran capacidad para hacer, la mujer la tiene para soportar; el uno es activo, la otra es más bien

(1) V. *Frankreich und die Frazosen in der zweiten Halfte des XIX Jahrhunderts.—Italian Relation of England.*—Max Leclerc: *L'Education en Angleterre,* 1894.

pasiva, aun cuando también sabe, en ocasiones y cuando él lo consiente, asociarse á los trabajos y peligros de su marido. La familia inglesa no se extiende, como la nuestra, á toda una multitud de allegados. «¿Para qué sirven los parientes?, dice el inglés; son amigos enojosos. Los verdaderos amigos son los que uno puede elegir.» Entre los hermanos mismos, el lazo no es tan apretado como en Francia; sin ser enemigos, viven muchas veces extraños unos á otros. El individualismo extremado ha restringido el espíritu de familia en Inglaterra. No es ya la comunidad de espíritus y sentimientos, que hace que cada cual viva en todos los demás y para ellos.

En el dominio político, el individualismo inglés, unido á la inteligencia de la asociación, debía conducir al régimen de libertad, que es uno de los principales títulos de gloria de Inglaterra. No es que por una especie de culto ideal se concediera primeramente valor á la libertad por sí misma, sino que en ella se veía la salvaguardia del interés individual ó del de las corporaciones. Estrechas y celosas muchas veces, sirvieron éstas la causa de la libertad, pero solamente más tarde y en contra de sus intentos primitivos. En tanto que las clases rurales caían en una miseria vecina á la servidumbre, las mercantiles se organizaban y acrecentaban sus privilegios. Las ciudades, para proteger su comercio, reivindicaban sus derechos. La barrera del Océano permitió la realización en Inglaterra de este régimen liberal, que respondía juntamente á los instintos y á los intereses nacionales. En el continente, el Poder ejecutivo tuvo siempre una importancia capital; en las islas bretonas, donde había seguridad respecto á los vecinos, no era necesario ni tener dispuestos sobre las armas ejércitos permanentes, ni aun negociar alianzas duraderas. No se intervenía en las disputas internacionales sino cuando se quería y en momento oportuno; el Poder ejecutivo tenía, por lo tanto, que concluir por subordinarse al deliberativo. Ni las guerras exteriores, ni las civi-

les, amenazaban seriamente la libertad. No era de temer una invasión. En Francia, las luchas contra el extranjero dieron á los soberanos un imperio creciente é irresistible, tanto más cuanto que, durante ocho siglos, Francia estuvo gobernada por las diversas ramas de una sola dinastía, eminentemente nacional. Para los soberanos ingleses, por el contrario, muchas veces extranjeros y sospechosos, representantes de dinastías que continuamente variaban—Normandos, Angevinos, Lancaster, Tudor, Estuardos, Orange, Hannover—, las guerras eran, como lo ha mostrado bien M. G. Monod, causa de dependencia respecto á sus súbditos. No pudiendo exigir subsidios en nombre de un peligro inmediato, veíanse obligados á solicitarlos para sostener sus pretensiones más ó menos lejanas al otro lado de los mares. De aquí convenios en buena forma entre súbditos y soberanos. Si se trata de conquistar las libertades públicas, en que los ingleses han reconocido bien pronto la salvaguardia de los propios intereses, aplícanse á ello con igual perseverancia y tan metódicamente como á la extensión de sus negocios personales. Son verdaderos contratos que las ciudades forman con el rey para obtener el privilegio de determinados derechos claramente definidos. En cuanto un progreso político se ha realizado, se le hace constar en escritura formal, se le consagra en un diploma que pasa en silencio los principios, pero estipula exactamente los menores detalles del asunto. Aun en la guerra de las Dos Rosas, si las ciudades se agrupan bajo la insignia de York ó la de Lancaster, es según su clientela é intereses comerciales. Podían en Inglaterra las guerras civiles durar varios años sin provocar la intervención de un vecino; la rebelión interior no era, pues, como en el continente, un crimen contra la patria misma; la complicidad voluntaria é involuntaria con un enemigo de fuera, no comprometía la libertad nacional. Gracias á todas estas circunstancias, lejos de abandonar poco á poco sus derechos ante la monarquía (como

tuvieron que hacer los pueblos del continente), los ingleses pudieron conservarlos y darles desarrollo. Más felices que los antiguos romanos, han sabido enriquecerse sin corromperse, sin dividirse, sin comprometer su libertad, sin tener necesidad de decir como los romanos de Shakespeare en presencia de Bruto: «Hagamos el César».

Los normandos también, á pesar de su espíritu de centralización franco-latina, no han logrado que los anglosajones acepten el derecho romano, con sus principios abstractos y su formalismo; á más de que el interés comercial era contrario á él, el político no imponía á los ingleses esta centralización necesaria en el continente. Desde el siglo xv, el legista inglés Fortescue opone la ley romana, herencia de los pueblos latinos, á la inglesa; la una, obra de príncipe absoluto y en todo dispuesta á sacrificar al individuo; la otra, obra de la voluntad común y completamente dispuesta á proteger la personalidad. En las doctrinas jurídicas de los ingleses se ha puesto en claro, sobre todo, el aspecto económico. El derecho mismo forma un todo con su aplicación; se absorbe en las costumbres protectoras de las utilidades particulares ó colectivas. Nada de «derechos naturales», sino intereses, de los cuales la ley es sólo regla. El gobierno, que obliga á la libertad individual á sacrificarse en algo, es un mal necesario y una limitación que hará retirar el progreso. «En Francia, se ha dicho, todo es sistemático; en Inglaterra todo es compromiso mutuo.» Los ingleses han limitado la monarquía y reducido las funciones del Estado para ensanchar cuanto han podido la energía é iniciativa individuales. Al mismo tiempo han dado á la aristocracia un impulso particular, haciéndola elástica y flexible, de rígida y cerrada que era en todas partes; finalmente han concluído por asociar las clases trabajadoras al gobierno; han hecho la experiencia del trabajo libre y de la supresión de toda traba en el cambio de productos. Su

desarrollo económico ha marchado á la par con el político.

Después del establecimiento de las libertades constitucionales y del régimen parlamentario, el segundo hecho importante en la historia de Inglaterra es la expansión colonial. «Inglaterra, dice Green, á partir del siglo XVIII, da á luz naciones.» Los progresos de la industria y del comercio han forzado á Inglaterra á ensanchar indefinidamente sus dominios. El espíritu nacional ha salido fuera de los límites de la Gran Bretaña. Los ingleses han llegado además á la idea de que en cualquier terreno los hombres pueden formarse una patria. Mientras que la fortuna económica de Francia se basa en el ahorro, la de Inglaterra tiene, sobre todo, por principio la extensión de las necesidades, que exige un doble trabajo con la mira de una producción doble. De aquí la expansión indefinida de la actividad individual; de aquí también la de la vida colonial. «Para el francés, el *far west* es París.» En la historia inglesa, la Inglaterra propiamente dicha ocupa lugar restringido; lo que importa son sus posesiones. Hoy todavía, á más de conservar Egipto, impulsa á sus soldados, de un lado, á través del Sudán egipcio; de otro, hacia el Sudán del Tchad; en el Sur sostiene las empresas más aventuradas; desde tres puntos diferentes parece marchar así, por una acción convergente, á la conquista de todo el Africa. No concede menor atención á China, lo cual ha hecho decir con razón que «con alguna excesiva rapidez se anunciaba el fin de Cartago».

El tercer grande acontecimiento de la historia inglesa es el triunfo del protestantismo, en el cual se ha querido ver un rasgo de la raza. En realidad, este triunfo obedeció á bastantes causas; la política tuvo en él gran intervención. Si los celtas irlandeses han rechazado la Reforma, los del país de Gales, ¿no la han abrazado con ardor? ¿No es en Escocia donde han abundado los presbiterianos y puritanos? Del mismo modo, si Alemania se ha hecho

en gran parte protestante, ¿no vemos mantenerse el catolicismo no sólo en Austria, sino en Baviera, en Westfalia, en los países renanos, lo mismo que en Bélgica? A pesar de esto, débese admitir una afinidad general del individualismo anglo-sajón con una religión que reposa, ante todo, sobre la conciencia individual.

El sentido religioso es uno de los caracteres del alma inglesa; la costumbre de mirar en su interior por la reflexión, el modo peculiar de espíritu frecuentemente moroso y triste, que hace sentir la nada de las cosas humanas, la poesía enteramente íntima y profunda que abre un mundo superior, finalmente, y sobre todo la idea de regla y ley, que halla su sostén en la fe en un legislador de las almas, todas estas razones eran favorables al florecimiento del sentir religioso. Pero éste no se ha traducido en modo alguno, en general, por el vago misticismo, tan frecuente en Alemania. Tampoco ha creído en la metafísica panteísta: la absorción en el gran Todo, en la Unidad universal, no corresponde al inglés individualista. Además, gracias al espíritu práctico de la nación, la preocupación religiosa ha tomado más bien la forma moral que la metafísica. El sentido de lo divino y de lo útil, que parecían al principio contradictorios, no forman más que uno. La religión es el interés supremo, felicidad y paz espiritual; al propio tiempo, es la primera de las necesidades sociales, la más respetable de las tradiciones patrias. El inglés no se ingenia en igual grado que el alemán para hallar en los dogmas religiosos los símbolos de verdades profundas: ve en ellos la promulgación de la moralidad pública y privada. Así todas las asociaciones religiosas de Inglaterra llevan á útiles resultados: fundaciones de escuelas, que se trata de hacer confesionales, instituciones de beneficencia, de propaganda intelectual y moral, á veces aun comercial y colonial. Todo se entremezcla en estos espíritus inclinados á la aplicación práctica. La incredulidad misma no es para ellos asunto de pura

verdad especulativa; al negar lo mismo que al afirmar, se persigue un fin, se quiere ser útil y realizar una obra.

Las formas extremas de la religión protestante en la Gran Bretaña son el anglicanismo y el puritanismo. La iglesia anglicana, una de las más ricas corporaciones del mundo, es un protestantismo oficial, que ha conservado la jerarquía romana y la pompa del culto; está así en situación intermedia entre el espíritu católico y el de la Reforma. En cuanto al puritanismo, dos rasgos de la fisonomía inglesa son en él visibles. Se le ha definido justamente el exceso de espíritu individual que se manifiesta en la educación de la conciencia, ó, en otros términos, la exaltación del individualismo en la esfera moral. Pero hay que añadir un cierto formalismo rígido que le distingue del fanatismo alemán y hace de él algo británico. En el momento mismo en que se reivindica «el espíritu» en toda su libertad individual, quédase esclavo de la «letra», esclavo también del grupo de que se forma parte. Un inglés, ha dicho un alemán, puede bien ser ateo, pero á condición de formar parte de una iglesia de ateos. Heine, en una de sus salidas impertinentes, ha dicho que «el más estúpido inglés puede hablar con sentido de política», pero que, si se discute la religión, «es imposible obtener otra cosa que falta de sentido en el inglés más instruído». M. Parson le responde: no es en modo alguno que el inglés sea extraño al movimiento realizado en el mundo entero por el pensamiento especulativo, pero deliberadamente resiste al deseo de explorar nuevas regiones y destruir ciertas creencias aceptadas ó aceptables. Los resultados de la crítica bíblica en Alemania no han sido tolerados en Inglaterra sino cuando de tal modo habían sido excedidos en su tierra natal, que comparativamente parecían conservadores.

Tradición y progreso, libertad religiosa, libertad política, pero con todas las transiciones y gradaciones que reclama el respeto á la costumbre, tal es en todo y por

todo el método inglés. Tennyson ha resumido bien la historia y el carácter de su país, cuando ha dicho, en una poesía verdaderamente británica:

Es la tierra que labran los hombres libres,
Que ha escogido la libertad modernamente ejercitada.
La tierra en la cual, ante sus amigos ó adversarios,
Un hombre puede decir lo que quiere.
Un país de gobierno bien establecido,
Un país de justo y antiguo renombre,
Donde la libertad va lentamente ensanchándose,
de precedente en precedente;
Donde la rebelión raramente levanta la cabeza,
Donde, llevada por grados á su plenitud,
La fuerza de cualquier pensamiento difusivo
Tiene tiempo y espacio para obrar y extenderse.

IV

LA LITERATURA INGLESA

La lengua inglesa ha sufrido el influjo franco-romano. Hay en el vocabulario inglés doble número de palabras de origen francés que de origen germánico. En el diccionario etimológico de Skeat, ocupan el mayor espacio las etimologías romanas. En vez de permanecer embrollada como la alemana, la lengua inglesa está penetrada de lógica y claridad relativa, sobre todo en la prosa; se ha hecho más práctica, más apta de algún modo para la acción y para la acción útil. El inglés ha descuidado todas las terminaciones para contentarse con lo esencial de la palabra, que es la radical; ha practicado una especie de utilitarismo en gramática. En la sintaxis ha mostrado el mismo espíritu lógico que los franceses y á veces ha simplificado aún más que éstos. Por lo demás, por poderoso y vario que sea el genio de la lengua inglesa, no tiene la tenacidad y el alcance que el alemán, seco y os-

curo, debe á su alta originalidad; tampoco tiene la finura, la flexibilidad, la trasparencia, las gracias vivas y ligeras que el francés parece deber al espíritu céltico y mediterráneo.

El individualismo del inglés no ha traído consigo, como el del alemán, una ineptitud general para la composición de grandes obras unificadas, poemas ó novelas; ningún alemán, dice M. Meyer, habría podido llegar á la elegancia de construcción de la *Divina Comedia*. Sin elevarse á esto, el inglés ha sufrido el influjo italiano y francés: sabe componer mejor que el alemán, tiene un genio más constructor y también una poesía más profunda y espontánea.

Combinad ambas tendencias dano-sajona y celta, añadid á ellas el influjo latino ejercido por Francia y por Italia, y comprenderéis cómo ha podido nacer, cómo desarrollarse en Inglaterra la poesía más importante de los tiempos modernos. Es, por excelencia, lírica y dramática. El intenso individualismo del germano debía producir, en el anglo-sajón, el hábito de la reflexión de sí mismo, alimentar y exaltar sus sentimientos en la soledad del pensamiento, llegar tan al fondo de su alegría ó su dolor, que acabe la pena por encontrarse debajo de la alegría, como «algo amargo» en el fondo de la copa. En las más antiguas canciones de Inglaterra, lo que principalmente resalta, después de la ferocidad, es el tono doloroso y triste, la mezcla del genio guerrero y del contemplativo, cantos de triunfo y desoladas lamentaciones; es también un cierto sentimiento de la insondable naturaleza y del destino insondable. Desde su origen, el sajón hace un trazado melancólico de la vida humana, compara sus pasajeras alegrías al pájaro, que en los festines de invierno, atraviesa volando la sala y no siente la tempestad; «pero el instante es rápido, y del invierno el pájaro vuelve al invierno». El sentimiento religioso es, como ha hecho ver M. Jusserand, más profundo en las poesías sajonas que en

los cantos celtas. Más grandiosa también la actitud del yo solitario, concentrado en los propios pensamientos; más exclusivo, en fin, el amor al hogar, donde todavía es el yo el que se multiplica y goza de sí en otro. La expresión natural de almas tales, es el canto lírico, en que vibran y se amplifican todas las vibraciones del ser íntimo. El yo termina por volver á encontrar en sí mismo el mundo entero; la naturaleza exterior es para él interior:

A piece and conterminous to his soul.

Pero es principalmente en el drama donde la poesía inglesa debía mostrarse superior. Los germanos no tenían espíritu dramático; los ingleses lo tuvieron, sin duda, gracias al influjo celto latino, gracias, sobre todo, al genio de acción, que, entre ellos, completa al de imaginación. En el siglo de Isabel, el influjo naturalista de Italia y de Francia se mezcla al religioso y moral del puritanismo; el espíritu de la antigüedad clásica y el del cristianismo se encuentran. Numerosos viajeros ingleses habían visitado Italia y Francia, entre ellos escritores, poetas que habían traído vivos recuerdos. Era el culto de la naturaleza, en oposición al ascetismo de la Edad Media; era un modo de pensar esencialmente laico y humano, en oposición á la escolástica y la teología; era, en fin, el sentido estético, el amor á la forma clara y armoniosa, por contraste con la oscura complejidad de las concepciones germánicas. Todas estas tendencias y hábitos espirituales separan completamente de la Edad Media á los «de la época de Isabel»: de tal modo les acercan ya á los antiguos, ya á nosotros mismos, que les hacen juntamente antiguos y modernos. A espíritus así dispuestos se ofrecía materia, capaz de inspirar á toda una pléyade de poetas; eran los dramas de Italia en tiempo de los Sforza, los Borgia, los Médicis, los Este, los Cenci. Los crímenes italianos, historia de amor y de sangre, fascinaron al espíritu anglo-sajón por el atractivo de la grandeza trágica,

de la extrañeza psicológica, de la monstruosidad moral. Si los anglo-sajones hubieran tenido la misma placidez de escepticismo que los italianos del Renacimiento, igual inconsciencia del bien y del mal, no habrían tenido más que ellos el espíritu trágico. El sentimiento de lo horrible y lo terrible, alma de la tragedia y el drama, supone, como ya hemos hecho ver (1), el sentido del bien y del mal, de la belleza y fealdad morales. La Italia del Renacimiento fué, sin duda, incomparable en las artes que exigen la percepción interna ó delicada de las líneas ó de los colores, de las luces ó de las sombras, de todas las demás cualidades materiales; pero el drama, por su parte, reclama la percepción intensa y sutil de los sentimientos humanos, el sentimiento de su excelencia, el juicio inflexible de los móviles morales de la acción. El espíritu trágico, ha dicho un inglés, nace de la conciencia moral de un pueblo. En Italia la conciencia estaba aniquilada. En el país de los puritanos, por el contrario, estaba en plena protesta contra todos los horrores del siglo. El genio, profundamente psicológico de la raza anglosajona, unido á su amor á la acción, debía, pues, brillar en el drama, y el influjo italiano fué la ocasión del gran florecimiento dramático, al cual debemos Marlowe, Shakespeare, Webster, Fordy Massinger. Los crímenes de las artes italianas dieron asunto á la mitad, al menos, de las tragedias escritas bajo los reinados de Isabel y Jacobo I. Shakespeare, por su parte, toma de Italia, de la antigüedad, de la historia nacional, pero nada de la parte anglosajona de ella; sólo saca á escena á los Plantagenet, los York y los Lancaster. No por eso es menos anglo-sajón, como se ha observado justamente, por lo que sus pensamientos tienen de más profundo y doloroso; las dudas de Hamlet, la desesperación de Otelo, la melancolía de Jacobo, las sombrías aprensiones de Claudio (2).

(1) Véase más arriba la psicología del pueblo italiano.
(2) Véase en la *Revue des Deux Mondes* del 1.° de Junio de

En Shakespeare es tan inmenso lo que la vista del poeta abraza, que conserva, en medio de los horrores trágicos, una especie de serenidad intelectual.

El drama inglés no tiene por objeto principal, como la tragedia antigua, una acción que se desarrolla, un destino que se cumple, con personajes cuyo carácter, siempre en bosquejo, no ofrece más que las rasgos generales de la humanidad. No es ya el análisis de alguna pasión general encarnada en un hombre, como nos la presenta la tragedia francesa con el Cid, Jimena ó Fedra. El carácter individual, es para el individualismo inglés el objeto propio de la poesía dramática. Pero, en este punto, todavía una distinción es posible: el alma personal puede representarse, ó en las fases sucesivas de su formación interna, ó en su acción exterior sobre un medio real. La primera especie de drama es principalmente alemana; es la que han adoptado los poetas filósofos Gœthe y Schiller, que se complacen en describir la evolución de un carácter. La segunda forma del drama es sobre todo inglesa; es la que Shakespeare lleva á la perfección. En el carácter y acción quedan reducidas á la unidad y trasportadas á la vida activa. Sin duda, Shakespeare, por su parte, nos hace asistir á veces á formaciones de carácter; pero lo que representa más generalmente es la manifestación progresiva del carácter, ya formado, en los actos de la vida. Así sus caracteres, en vez de ser generales, aparecen desde el principio fuertemente individualizados. Aun antes de ser celoso, se ha dicho, Otelo es ya Otelo, es africano con sangre de fuego; y cuando sea celoso, lo será al modo de Otelo, no del cándido Troilo. Antes de ser ambicioso, Macbeth es Macbeth, y si asistimos al desenvolvimiento progresivo de su ambición, como hemos asistido al de los celos de Otelo, veremos que este desarrollo no

---

1892, el hermoso estudio de M. Jusserand, que, sin embargo, nos parece haber exagerado el influjo celta y francés sobre la literatura inglesa, dejando demasiado en la sombra el italiano.

es más que una consecuencia de la individualidad propia del personaje. En cuanto á la acción misma, es la última de las consecuencias, la resultante de estos tres factores: carácter individual, pasión general y humana que en él se ha desarrollado bajo una forma particular, el medio, en fin, particular, que ha provocado la aparición al exterior de la pasión interna. Es, pues, la vida misma, en su principio y en sus efectos, lo que el poeta representa; el sentido psicológico y el de la acción, reuniéndose y completándose en el alma inglesa, debían engendrar el genio dramático.

Después del drama, la novela era fruto natural del espíritu inglés. ¿No exige también la comprensión psicológica de los caracteres y el sentido práctico de las acciones en que se manifiestan? La vida real, observada con interés, sin exagerar ni rebajar las cosas sistemáticamente, la manifestación de almas individuales en un medio cuya acción sufren y sobre el cual reaccionan, la solidaridad entre cada individuo y el grupo de que forma parte, la creciente complejidad de sentimientos y pasiones, los actos que de ellos resultan, el encadenamiento necesario de ellos con sus consecuencias felices ó desgraciadas, la moralidad que de este modo se desprende de la vida misma, tal es el objeto del realismo inglés, realismo profundo y sincero, cuyo principio no es la indiferencia intelectual, sino la simpatía moral. Se puede, por lo demás, extender la misma característica al conjunto de la literatura inglesa; es una literatura no de artistas, sino de psicólogos y moralistas. Estos caracteres reflexivos y poco sensuales no tienen, en modo alguno, como los neo-latinos, el culto de la forma por la forma; buscan el fondo, y bajo lo aparente, la ciencia íntima de las cosas. Creando lo percibido se esfuerzan en darnos de él la misma percepción exacta y viva. No experimentan, por gusto de la simetría y bella ordenación, la necesidad de depurar la realidad, de simplificarla, de hacerla proporcionada para ennoble-

cerla; poco sensibles á exterioridades y adornos, ven y nos hacen ver cosas tal como son, complejas, irregulares, á veces llenas de aparentes contradicciones; en una palabra, al natural. Pero por lo mismo que en su aversión por el dilettantismo estético de algunos neolatinos, como también por la especulación pura de los germanos, sienten profundamente el lado serio de la vida, perciben al propio tiempo la moralidad inherente á ella. La literatura alemana es la de los filósofos especulativos, la inglesa es la de los prácticos que no separan la observación de la acción misma.

V

LA FILOSOFÍA INGLESA

Tan sólo en Inglaterra, á pesar de la parte que corresponde á nuestro Augusto Comte, la filosofía ha sido verdaderamente positiva, es decir, experimental y libre de toda concepción *a priori*. Comte mismo empieza por tener un sistema preconcebido: construye antes que nada una teoría de los tres estados y una teoría del conocimiento —¡cuán rudimentario!—; luego aplica á todas las cosas sus cuadros de antemano formados, para llegar en todos los casos á una conclusión intencionada y preconcebida; no es verdaderamente positivista.

En Inglaterra es donde se han establecido las reglas del método experimental; la lógica inductiva es allí objeto de predilección. Los Bacon y los Mill, sin ser absolutamente creadores, sin haber renovado los métodos científicos por medio de descubrimientos, se han constituído en legisladores de la inducción. Por lo demás, hasta en esta esfera de la lógica inductiva se ha hecho sentir una laguna que depende de una falta del espíritu inglés. Por haber con excesiva conciencia separado am-

bos dominios de la observación y de la imaginación, los ingleses á veces han desconocido la parte que esta última tiene en las ciencias mismas llamadas experimentales; no siempre han visto suficientemente que el pensamiento debe construir ó adivinar para observar ó inducir, que la mayor parte de las leyes son primero hipótesis, que el sabio es un poeta que en vez del ideal, se esfuerza en concebir y representar lo real.

Para estos cerebros pacientes y metódicos que tienen el espíritu del orden y la exactitud, el amor á los hechos unido al hábito de reflexión, no podía dejar de producir el desenvolvimiento de la psicología inglesa, donde se refleja de nuevo el espíritu general de la nación. Primeramente, por su desconfianza respecto á lo preconcebido, por su principio de no intervenir en los hechos, el psicólogo inglés permanece como puro observador, coleccionador y clasificador; no inventa experimentos, no trata de provocar, por mediación de hechos fisiológicos, los psíquicos, ni aun de enlazar sistemáticamente los segundos á los primeros, como hicieron Descartes y Malebranche, Herbart, Lotze y Wundt. Pretende no ser más que un testigo y narrador: se mantiene, pues, en la *asociación*, en la serie natural y espontánea de los hechos en el tiempo y en el espacio.

Sin embargo, por lo mismo que trata de percibir el desenvolvimiento de los fenómenos independientemente de nuestra acción, el observador inglés prepara materiales para una doctrina filosófica que debía encontrar del otro lado del canal de la Mancha sus principales representantes, la de la evolución. Los hechos se siguen y van unidos; pero ¿por qué serie de trasformaciones los más complejos proceden de los más sencillos? ¿Cuál es su «génesis»? He aquí la cuestión que se ha planteado desde sus principios la psicologia inglesa y cuya preocupación ha formado su propia originalidad. Locke, en su *Ensayo sobre el entendimiento*, trata de comprender el «crecimiento» del espíritu. Su

análisis procede por reducciones y regresiones pacientes. No admite constitución innata, todo lo explica por sucesivas adquisiciones. Este género de psicología, primero completamente empírica con Locke, Mill y Bain, debía, sistematizándose lentamente, llegar al evolucionismo de Spencer. Y éste, erigido en explicación universal, debía tener un éxito particular en un país en que lo nuevo procede casi siempre de lo antiguo por vía de crecimiento, complicación, agregación espontánea; en un pueblo en que la tradición, combinándose consigo misma, se convierte en progreso. Si Alemania había también concebido la evolución, era de modo distinto, no empírica, sino metafísica; tesis, antítesis, síntesis, tal era para la filosofía alemana el «proceso de ideas que rige, *a priori*, los hechos: lo real coincide con lo racional, el *devenir* mismo es la manifestación de lo absoluto». Este género de idealismo realista no está hecho de ningún modo para cerebros británicos.

Inglaterra ha tenido, sin embargo, su idealismo, pero del todo original y procedente del empirismo mismo. Fenómenos asociados, este es, como hemos dicho, el único punto de partida; pero, ¿qué son estos fenómenos, después de todo, sino percepciones del espíritu? No existe, en definitiva, sino lo que es percibido: *esse est percipi*, dice Berkeley. La materia, que antes se tomaba por una «sustancia», se reduce, pues, á un conjunto de percepciones asociadas entre sí. Así el idealismo de Berkeley es primero completamente psicológico, y sólo ulteriormente conduce á aquella metafísica por la cual la materia, como tal, no existe. Viene más tarde Hume, que aplica el mismo método de análisis psicológico á la otra sustancia respetada por Berkeley, el espíritu. Si la materia se reduce á una serie de percepciones, no puede decirse otro tanto de nuestro yo, de su supuesta unidad é identidad, de su pretendida actividad? El espíritu, en consecuencia, no existe, como tampoco la materia; fenómenos dados en serie, este es el

universo. La labor de la ciencia está en considerar en qué orden se siguen, y este orden es el que constituiría la evolución. Aun cuando queda, en el seno del universal *devenir*, algo en apariencia fijo—sea las formas de nuestro pensamiento, sea las formas de las cosas—, la escuela inglesa no tendrá necesidad, para dar cuenta de ello, de recurrir al innatismo ni á leyes y tipos anteriores á las cosas mismas. La herencia le explicará lo que tiene formas anticipadas en el individuo desde su nacimiento. En cuanto á lo que parece preformado en las cosas, como los géneros y las especies, un grande y soberano genio de Inglaterra, Darwin, lo explicará por una simple selección, que asegura el triunfo de las combinaciones más útiles á la vida y mejor adaptadas al medio exterior.

En esta filosofía de la evolución, primero humildemente empírica, después ambiciosamente sistemática, que aspira á representar y como á conquistar el mundo entero, el espíritu inglés se contempla con sus elevadas cualidades de prudencia y audacia.

En la moral inglesa encontramos el mismo espíritu. No hay leyes que se inpongan de antemano ni imperativo categórico que dicte sus mandatos desde lo alto de un Sinaí ininteligible. Cada cual busca su mayor bien: tal es el punto de partida, enteramente individualista; y este bien, exclusivamente apreciado desde el punto de vista de la experiencia, no puede ser otro que la felicidad. Pero, por otra parte, la felicidad no es completa sino en la asociación, lo cual cambia el interés en colectivo: este es el punto de llegada. Las condiciones de la moralidad y las del derecho están generalmente representadas según el modelo de la sociedad inglesa; si se generalizan por algún espíritu más sintético, llegan á ser las condiciones de la evolución vital ó en otros términos, los medios por los que el individuo se adapta á lo que le rodea. Más allá, para las necesidades superiores del espíritu y las aspiraciones de la poesía interior, se extiende la esfera de lo

incognoscible, que es la de la religión. Pero ciencia y religión quedarán una al lado de la otra sin confundirse; la una permanerá enteramente positiva, la otra será una fe individual ó colectiva. El espíritu inglés no experimenta ni la necesidad de suprimir, por una lógica extremada, el segundo término del problema, ni la de reducir, mediante un esfuerzo de metafísica trascendente, los dos términos á una radical unidad: se opone de este modo juntamente al espíritu francés y al alemán.

VI

TRASFORMACIONES DEL ESPÍRITU INGLÉS Y DE LAS INSTITUCIONES INGLESAS

Acabamos de hacer bastante justicia á las cualidades psíquicas y morales de los anglosajones, para tener el derecho de añadir que están lejos de ser la causa única de los triunfos de Inglaterra. Esta se ha aprovechado de las circunstancias enteramente materiales que había en su favor, de los «felices accidentes» de que habla Darwin. No es la moralidad inglesa la que hace que al descubrirse los usos industriales de la hulla, Inglaterra fuera precisamente el país más rico en minas de hulla. No es la moralidad inglesa la que puso á las islas británicas al abrigo de todo temor serio de invasión y del gasto de grandes ejércitos; es el «cinturón de plata» que el mar ha formado. No es tampoco la moralidad inglesa la que, como imagina M. Demolins, había concluído por hacer pacífico al inglés, sino el interés industrial y comercial. Este mismo interés la ha hecho hoy guerrera contra todo derecho. Si Inglaterra no sostiene todavía más que un pequeño ejército, no por eso gasta menos enormemente en sus soldados, y se sabe que cada vez va á gastar más: además, aumenta sin cesar una flota formidable, que le cuesta cerca de 700 millones al año.

Finalmente, si Inglaterra es hoy «estable y progresiva», si realiza su evolución interior sin revoluciones, antes fué comparable al continente por el despotismo de los reyes, el servilismo y la venalidad del pueblo; ¿y no es la Revolución inglesa quien dió la primera el ejemplo de una nación decapitando á su soberano? En ningún país la lucha por la existencia ha sido tan feroz como en la Gran Bretaña, y aun esta fué una de las fuentes principales de la energía inglesa. Sin embargo, esta lucha es relativamente reciente. En el siglo XVI, Meteren declaraba á los ingleses «tan perezosos como los españoles». El embajador veneciano Andrea Trevisano, Nicander, Nucius, Borde, Lely, no hacen mención alguna de la *industria* entre las características del pueblo inglés. El labrador mismo apenas si existía en el siglo XVI; la mayor parte de la Gran Bretaña estaba dedicada á pastos; por otra parte, Inglaterra debe sus manufacturas á colonos franceses. Las dos clases más hibituadas al trabajo regular no tenían pues, en aquel tiempo, sino pocos representantes.

De hecho, los ingleses estaban entonces, como los españoles, dispuestos á todas las aventuras, eran capaces de sufrir las mayores penalidades; exploradores y corsarios incomparables, pero poco aptos para la industria regular, en la que brillaban alemanes y flamencos (1). Dos siglos más tarde Holberg declaraba todavía que los mayores ejemplos de indolencia se encontraban en la clase pobre de Inglaterra; pero añade que los mejores del trabajo aplicado se ven entre los aventureros y mercaderes ingleses (2). Son los progresos de la industria los que generalizaron los hábitos de trabajo y, al mismo tiempo, de probidad. «Si el inglés es pobre, decía Fortescue hace cuatrocientos años, y ve á otro poseer riquezas que pue-

(1) V. Moltey, *United Notherlands*, I, 291.—Pearson, *National life and character*, 99.—Monod: *Essais d' histoire et de critique.*
(2) *Betænkning over nogle Europaeiske Nationer*, s. 232.

de arrebatarle por la fuerza, no podía menos de hacerlo» (1). También lo hace siendo rico.

La raza inglesa, por una parte, y la de los florentinos, por otra, se han modificado poco desde el siglo XIV; ninguna invasión extranjera ha tenido lugar en Italia ó en la Gran Bretaña; ¿cómo, pues, el latino era activo hace quinientos años y no lo era el anglo-sajón? Aún más tarde, en el siglo XVIII, ¿cuál es el cuadro que los historiadores trazan de Inglaterra? Costumbres groseras arriba y abajo, terrible criminalidad, inútilmente reprimida por una legislación feroz; Londres entregada de noche, por insuficiencia de los *watchmen*, á los caprichos sanguinarios de los *mohocks*, bandidos cuya máscara oculta á más de un noble desocupado»; domesticidad ladrona ó mendicante insaciable en «manos sucias»; intrigantes, viviendo en el juego y la orgía; embriaguez de vino de Oporto en las clases ricas: en las pobres de ginebra y otros licores fuertes; casamientos sin garantía y á veces simulados, espectáculos inmorales y crueles; literatura la más inmoral de Europa» (2). En el siglo XIV, en el XVI y en el XVIII, los ingleses eran, sin embargo, los mismos «dolicocéfalos rubios» que son hoy; tenían también la misma distintiva de voluntad obstinada, iguales tendencias «individualistas»; ¿De dónde procede, pues, como pregunta M. Novicow, que en aquella época tuvieran tantos vicios, de que en parte se han desembarazado, y que entonces carecieran de tantas buenas cualidades que ahora poseen?

Colocándose exclusivamente en el terreno de la competencia comercial, M. Georges Aubert, se ha preguntado cómo los ingleses, antes perezosos, bastante desprovistos de habilidad, aun de inventiva y gusto, han absorbido, sin embargo, más de la mitad del comercio del mundo. Las causas de esta superioridad, las ve en el prodigioso des-

(1) *Monarchy*, cap. XIII.
(2) *Histoire générale*, París, Colin, 1896, t. VII, págs. 862, 873.

arrollo de su ingenio colonial, en los recursos casi infinitos de su marina mercante y, sobre todo, en la audacia inteligente de sus capitalistas (1). Mientras que en Francia el rentista coloca casi invariablemente su dinero en fondos de los Estados, aun cuando la garantía de éstos sea poco segura, el inglés raramente confía su fortuna á las potencias extranjeras y «ni aun en consolidados cobran más que una pequeña parte de ella». Pero si, en su país ó fuera de él, son precisos capitales para obras públicas, minas, telégrafos, ferrocarriles, establecimientos industriales ó agrícolas, da abundantemente y sin contar; algunas veces se equivoca, con la mayor frecuencia obtiene éxito, porque en razón de esta afluencia de dinero á los negocios, las Sociedades que se organizan no se ven nunca paralizadas ó contrariadas por falta de capitales. Así Inglaterra ha ganado miles de millones con los cereales y lanas de Australia, con el te de Ceylán y de las Indias, con el algodón de Egipto y, sobre todo, con las minas de oro, de plata, cobre y diamantes del mundo entero, cuya explotación ha monopolizado en absoluto.

La crisis moral y la falta de equilibrio en las conciencias, existe hoy en Inglaterra como en Francia. El sentimiento religioso, antes tan intenso, va disminuyendo en Inglaterra como en otras partes. El protestantismo liberal tiende á absorberse en la filosofía pura. M. Hamerton cita ejemplos de *clergimen* anglicanos que no creen ni en una deidad inteligente y consciente, ni en la inmortalidad verdadera del alma, y que, sin embargo, concilian la religiosidad con la más extremada libertad de interpretación. En el dominio religioso, según M. Hamerton, es donde Inglaterra puede merecer ser reprochada de una cierta hipocresía, sobre todo por parte de las naciones que, como la nuestra, no quieren admitir ningún término medio entre creer y no creer. La franca incredulidad va,

(1) *A quoi tient l'infériorité du commerce français.*

por lo demás, en aumento. Desde 1851, cuando se emprendió el censo de los fieles, se halló que una tercera parte solamente seguía, con más ó menos asiduidad, los ejercicios del culto; las otras dos se abstenían totalmente. ¿Qué sucede hoy? (1). Entre los verdaderos fieles, son los disidentes los que muestran mayor fervor; si la religión oficial tiene todavía hoy la mayoría de los creyentes, es probable que en una treintena de años no suceda lo mismo. El número de incrédulos, por una parte, de disidentes por otra, la superará enormemente.

La criminalidad no aumenta en Inglaterra tanto como en Francia, gracias á un mejor equilibrio social, á un sentimiento más intenso de la responsabilidad individual y colectiva, al respeto que se debe á sí mismo y á los demás, y, principalmente, á la severidad del gobierno en todo lo que atañe, no ya á las opiniones ó á los actos políticos, sino á las costumbres, justamente consideradas como el fundamento inviolable de la libertad pública. En los años 1868, 1869 y 1870, Inglaterra contaba, por cada 100.000 habitantes, 46 malhechores menores de diez y seis años: en 1893 sólo hubo 14. Es posible que se haya simplemente condenado menor número de niños á encarcelamiento. Sin embargo, los mismos establecimientos correccionales que encerraban 4.286 niños en 1864, no tenían en 1894 más que 5.187; es decir, 24 por 100 más, cuando la población había aumentado en un 40 por 100. En cuanto á los niños azotados, después de un juicio sumario (pena preferida para faltas poco graves), era en 1892 de 3.000, y ha descendido á 2.583 en 1895.

A pesar de estas cifras favorables, se ha puesto en duda que hubiera verdadero descenso de la criminalidad en Inglaterra. Según M. Morrison, limosnero de prisio-

(1) La ciudad de Londres es, por lo demás, tan grande y los templos tan relativamente escasos, que es imposible al pueblo, aun cuando quisiera, ser asiduo concurrente á ellos.

nes y criminalista de primer orden, «es hoy costumbre, entre los optimistas oficiales y los políticos, persuadir al pueblo de que el crimen disminuye en Inglaterra; pero es evidente, para cualquiera que estudie los hechos, que las condiciones previas de tal disminución no existen». Los últimos censos revelan el hecho de que la población rural ha aumentado solamente en un 3 por 100 en los diez últimos años, mientras que la urbana lo ha hecho en un 15. «Hasta que estas cifras sean inversas ó hasta que se efectúe alguna transformación en el mecanismo de la vida de las ciudades, será en vano esperar un verdadero decrecimiento del crimen. Puede producirse una apariencia de disminución por cambios en el procedimiento criminal, por mayor suavidad de las sentencias y otros procedimientos; pero estad seguros que hasta que las causas fundamentales del mal desaparezcan, el crimen no disminuirá ni en cantidad ni en intensidad» (1).

Se nos presenta la raza anglosajona como muy fecunda, y en este respecto todavía más que en todos se nos pone como modelo. Ciertamente, razón hay para censurar nuestra infecundidad voluntaria, que es quizás la forma peor del individualismo mal entendido, la amenaza más grande para el porvenir de nuestra nación; pero que la raza anglo-sajona tenga hoy la fecundidad de otros tiempos, nada más falso, á pesar de los prejuicios. Por el contrario, en todas partes disminuye. En Inglaterra y los Estados Unidos es donde el descenso de la fecundidad se acusa más. Francia que, por desgracia, ocupa en este punto el primer lugar entre las demás naciones, se contenta con permanecer estacionaria.

Las ideas democráticas, con sus ventajas y sus peligros, han invadido Inglaterra; el sufragio comprende á casi todo el sexo masculino, y el momento está próximo

(1) *Juvenile offenders*, 1898.

en que se extenderá á las mujeres; ya con intervención en los asuntos de la parroquia y del condado, la tendrán pronto en los del Estado. La Cámara de los Comunes, elegida por seis millones de electores por escrutinio secreto, con el antiguo y pintoresco aparato de los *hustings*, es, en realidad, todopoderosa, y los Lores no se resisten al principio á ello, sino para ceder finalmente. La propiedad territorial, rebajada en sus privilegios seculares, privada de la protección que le aseguraban los derechos sobre los cereales extranjeros, ha sido puesta desde 1846 al mismo nivel que la mobiliaria; paga como ésta derechos reales progresivos, cuya tarifa se eleva hasta el 18 por 100, y trae consigo fraudes formidables.

El Sr. Schulze-Gœvernitz, en su obra capital *Zum socialen Frieden* (Leipzig, 2 vol. 1890), ha mostrado cuál era la situación del obrero inglés á principios del siglo: los patronos le consideraban como una máquina humana que debe dar el máximo de provecho con el mínimo de gasto; reducían el salario á lo preciso para no morirse de hambre; imponían con frecuencia hasta veinte horas de trabajo. A los industriales ingleses, preocupados de producir á un precio bajo, Pitt dirigía su famosa recomendación: «Coged los muchachos.» No la echaban en saco roto. Se hacía venir desde lejos á los talleres niños de nueve años, «á los que se golpeaba para tenerlos despiertos durante la noche»; recibíase gratuitamente de los *workouses* los niños pobres para las fábricas de hilados; se aceptaba de las parroquias una retribución para desembarazarlas de las criaturas indigentes; se contraía la obligación en ocasiones de recoger un muchacho idiota por cada veinte presentados; se aceptaba, en una palabra, toda la carne humana que «representaba la más mínima fuerza muscular» (1).

El resultado del nuevo régimen industrial que se esta-

(1) Giffen, *The Progress of the Working classes*, Londres, 1884.

blecía en Inglaterra, y del cual felizmente no hemos visto en Francia tan feroces aplicaciones, amenaza degenerar la nación: «La mujer, madre á veces á los quince años, y trabajando hasta el momento del parto; el adulto, inepto para el servicio militar; el hombre, creciendo como un bruto en la ignorancia, la embriaguez, la orgía, la inmoralidad, en medio de fiebres contagiosas y de epidemias mortíferas.» Eran también las sublevaciones de un proletariado sin esperanzas, «las luchas sangrientas, las reuniones secretas donde por la noche se resuelve el pillaje, la industria viviendo bajo el imperio del terror, el antagonismo de clases llevado al paroxismo de la violencia». Lord Brougham resumía bien la economía política de esta fecha, cuando profería esta increíble sentencia. «Toda tentativa humanitaria para elevar al proletariado, es un ataque á la ley natural de mejora que, por el aumento de la mortalidad, conduce á la elevación de los salarios.»

Hoy, por la virtud de la libertad y del espíritu solidario, como también por la sabia intervención del Estado, asistimos á la transformación más maravillosa. M. Giffen nos muestra la región misma de Lancashire, antiguo receptáculo de miserias y odios, cambiada en abrigo de la paz social y foco de la prosperidad inglesa. El cuerpo fortificado por una alimentación sustanciosa, el espíritu cultivado por la frecuencia de los cursos, museos y bibliotecas, el corazón formado por la vida de familia, ha llegado á ser el obrero de hace sesenta años, física é intelectualmente, decía ya Robert Kettle en 1875, «un tipo altamente progresivo de la humanidad». El obrero inglés de hoy es el que en Europa percibe los salarios mayores; tiene las jornadas de trabajo más cortas, nueve y con frecuencia ocho horas; mejor alojado, vestido y alimentado: puede, gastando igual suma que antes, adquirir mayor número de cosas; la mortalidad ha disminuído, la vida media ha aumentado, la criminalidad es relativamente me-

nor, la vida se ha regularizado (1). Y no se deben estos progresos al socialismo y al colectivismo: es á la libertad misma y á la asociación, así como al sentimiento del deber social. «Rebeldes á la violencia, los ingleses, fieles al principio del libre concurso de los ciudadanos en la agrupación de los intereses, han apelado al resorte moral y dado el espectáculo de una evolución regular y continua de los inferiores hacia la independencia» (2). Desde 1875 la organización obrera, ya libre, está legalmente reconocida, y esta clase tiene una situación equivalente á la de las demás.

En Alemania y en Austria el movimiento de reforma social parte de arriba: el poder trata de reconstituir organismos corporativos, bajo la acción y vigilancia del Estado. La legislación alemana sobre seguros, dice M. Prius, tiene la ventaja de comprender el conjunto de la población obrera, pero también la falta de no proveer la contingencia de huelga y abandonar el individuo á la autoridad; el sistema inglés tiene la ventaja de cubrir todos los riesgos del seguro, incluso la huelga, y de apelar á la espontaneidad moral del individuo; tiene la falta de no abrazar todavía más que á dos millones y medio de obreros de seis; es decir, una minoría escogida, considerable por lo demás, y que irá en aumento.

La industria algodonera en Inglaterra emplea un poco menos de la cuarta parte de obreros adultos, y la lanera algo menos de la tercera; pero, sin que la ley haya estipulado nada preciso, los obreros adultos se aprovechan, por la fuerza de las cosas, de la protección concedida á mujeres y niños, porque aquéllos no pueden trabajar sin su ayuda. Asimismo Inglaterra es, como hemos dicho, el país de Europa en que los salarios son más elevados y la jornada más corta.

---

(1) Giffen, *ibid.* Prius, *l'Organisation de la liberté*, pág. 23.
(2) Prius, *ibid.*, pág. 149.

Allí donde antes el Estado se abstenía, hoy interviene y más intervendrá mañana. La legislación social reglamenta hasta en los más minuciosos detalles la higiene y dispocición de los talleres: las administraciones centrales vigilan, con ayuda de inspectores, el funcionamiento de los poderes locales y la aplicación de las leyes que rigen al trabajo (1). M. Spencer deplora en vano la invasión del «socialismo de Estado»; prodúcese en Inglaterra, como en otras partes, gracias á la complejidad creciente de las relaciones económicas, y al poder cada vez mayor de la acción colectiva ante la dificultad y necesidad de asegurar á los trabajadores algo de justicia social. Todo esto hace gemir al viejo individualismo británico. «Mi fe en las instituciones libres, ha escrito recientemente Spencer, tan fuerte en su origen, se ha visto considerablemente disminuída. Retrocedemos hacia el régimen de la mano de hierro, representada por el despotismo burocrático de una organización socialista, más tarde por el despotismo militar que ha de sucederle, si no nos le trae bruscamente un *krach* social.» La ley de los pobres era ya la afirmación del derecho de cualquier individuo á hacerse mantener por el Estado en último extremo. Hoy el Estado se encarga de resolver una multitud de cuestiones á las cuales era extraño. «El inglés ha cambiado su fe en la iniciativa privada en una fe en la organización del Estado» (2). En Australia y Nueva Zelanda los anglo-sajones se hacen socialistas de Estado tanto como pueden serlo los germanos de Alemania. De aquí resulta, como ha mostrado míster Pearson, una modificación más ó menos rápida de los caracteres; el individualismo enérgico y emprendedor del antiguo inglés, deja poco á poco lugar á la fe en el gobierno; en lugar de sólo contar consigo mismo, cuenta cada vez más con todos.

(1) Véase el libro *Développement de la constitution de la société politique en Angleterre*, por M. Boutmy.

(2) Pearson, *Life and character*.

La confianza propia y la excentricidad eran antes los rasgos populares del inglés á los ojos de las demás naciones. El inglés de las antiguas novelas francesas es habitualmente un original, que no se inquieta por la opinión de las gentes, siempre dispuesto á medirse con cualquiera en cualquier disputa, que nada pide ni da á crédito. Hoy son los anglo-americanos los que han heredado el viejo retrato de los ingleses excéntricos, aventureros, siempre en busca de novedades. La raza original, según las amargas palabras de Hauthorne, se había vuelto «bulbosa, de espíritu pesado, material», dedicada por entero al balance de sus negocios de banca ó al cuidado de sus propiedades; está sobrecargada por el sentimiento, siempre presente, de sus numerosas responsabilidades. Los Peterborough y los Clive, caballeros errantes á la cabeza de los ejércitos y de los consejos, no estarían hoy en candelero, y el gobierno no les dejaría la acción libre: «El primer acto impetuoso, dice Mr. Pearson, provocaría una llamada por telégrafo. La conquista de un imperio no haría más que aterrar al gabinete inglés por temor á las críticas del Parlamento (1). Al escribir estas líneas M. Pearson, no tenía aún noticia de las hazañas de Cecil Rhodes, al cual, por otra parte, ha sido preciso desautorizar, ni de la guerra con los boers.

En lo referente á la industria, M. Pearson encuentra que el inglés se aventura mucho menos hoy que en otros tiempos. El inventor inglés ha permanecido igual ó superior á sus rivales; más fecundo en expedientes que el alemán, más constante que el americano; pero cuando se trata de aceptar una innovación, el inglés no muestra ya la misma premura. Su sentimiento instintivo hoy es que si el invento fuera realmente válido, ya se habría adoptado; el del americano, por el contrario, es que todo lo nuevo debe ensayarse. Este espíritu conservador de la Inglate-

(1) M. Pearson, *ibid.*

rra contemporánea, que con frecuencia teme los cambios, sorprende tanto más á M. Pearson, cuanto que Inglaterra introdujo antes los cambios mayores en el mundo.

A pesar de las lentas modificaciones y perturbaciones que hemos hecho constar, el carácter inglés, más que cualquiera otro, ha conservado su unidad. Los elementos étnicos que han contribuído á su formación, estaban todos de acuerdo en un punto: la energía, la audacia y la constancia de la voluntad; bretones, germanos ó normandos eran tan aventureros y obstinados unos como otros. Llevados por la misma corriente histórica, se han fusionado perfectamente. Se ha comparado muchas veces á los ingleses con los antiguos romanos por el temple del carácter: aun con respecto á las instituciones, igual aptitud para variarlas lentamente y sin sacudidas, la misma capacidad para regir los pueblos y fundar colonias: *Tu regere imperio populos*, *Romane*, *memento* (1). La unidad del carácter inglés ha traído consigo como consecuencia la unión y extraordinaria energía del espíritu público. ¿Qué «alma de pueblo» tiene una personalidad más fuerte, más imperiosa, exclusiva y reconcentrada? Para los ingleses, dice Taine, que los ha estudiado tan profundamente, sólo hay una civilización razonable: la suya; cualquier otra moral, le es inferior; cualquier religión, extravagante. De suerte que, podría añadirse, el inglés es doblemente personal, primero como individuo, después como miembro de la nación más individualizada. En cuanto el interés nacional entra en juego, toda discusión cesa; no hay más que un solo hombre, un inglés único que no retrocede ante medio alguno y se muestra dispuesto á todo: para él se reduce entonces la moral á un solo precepto: conservar á toda costa el interés de Inglaterra. Ningún pueblo es más

(1) M. Le Bon ha insistido muy justamente en esta analogía del carácter inglés con el latino, lo que no le impide querer establecer en seguida diferencias infranqueables entre los anglo-sajones y los que se llaman pueblos *latinos*.

frío, más metódico, más tenaz en su política; ninguno deja menos lugar al sentimiento.

No hay pueblo que sepa calcular mejor, dirigir sus negocios, prever el porvenir y no dejar á la casualidad interés alguno. Así, como potencia económica, Inglaterra figura á la cabeza de las naciones. Débelo, no solamente á su expansión comercial, sino también á su situación geográfica insular. Supremacía marítima, supremacía comercial y de capitales, Inglaterra posee las tres; pero al decir de los economistas, es la última la mejor asentada. Durante el siglo último, el desarrollo de la riqueza en Inglaterra ha tomado proporciones enormes, y, naturalmente, la prosperidad del Tesoro se ha puesto al nivel de la fortuna pública.

En ocasión del jubileo de la reina (Junio de 1897), se publicaron gran número de estadísticas acerca de los progresos realizados durante el reinado: en 1836, año que precedió al advenimiento de la reina Victoria, los ingresos totales del Estado no pasaban de 52 millones y medio de libras esterlinas; en 1896-97 era de 112 millones. Al comienzo de este período, cerca del 72 por 100 de estos ingresos se obtenían por los derechos sobre la casi totalidad de los productos alimenticios: había exactamente 1.135 derechos específicos. Hoy el total de los ingresos de aduanas, que se eleva á 20 millones de libras esterlinas, grava casi exclusivamente cuatro artículos inútiles ó nocivos: el alcohol, tabaco, te y vino. Es un excelente ejemplo dado á los demás pueblos.

El defecto del espíritu inglés, que permanece aislado en su individualismo ó asociado en grupos más ó menos limitados, es la falta de universalidad, ya en los sentimientos ya en las ideas. «Verdaderos insulares, dice M. Green, somos incapaces de comprender á otras razas.» El inglés se asocia en vano de mil maneras, no es universalmente sociable. Ciertamente, lo llega á ser cada vez más, y desde hace un siglo hay en este respecto un progreso sensible:

«Los ingleses, dice M. Hamerton, se hacen más tolerantes y abiertos, al mismo tiempo que los franceses ganan en sentido práctico y en prudencia.» El juicio de Kant, exacto en su tiempo, había de llevar hoy restricciones y, sobre todo, complementos necesarios. Queda en él, sin embargo, un fondo de verdad. Una cierta brutalidad salvaje subsiste en la civilización inglesa.

Para algunos admiradores contemporáneos de Inglaterra, los anglo-sajones serían nada menos que una variedad superior de la especie humana, ya desde el punto de vista antropológico, ya del de la psicología, y se querría trasplantar á nuestro país las cualidades, las instituciones, las costumbres, la educación inglesa. ¿No sería en cierto modo, como se ha dicho, remedar á los niños que plantan en su jardín flores «sin raíces» y se admiran de verlas en seguida marchitas? Bajo la Restauración, se decía con Villèle: transportemos á Francia una aristocracia de grandes propietarios territoriales; durante el gobierno de Julio, con Guizot: copiemos á los parlamentarios; en el segundo imperio, con Le Play: establezcamos la descentralización y las libertades municipales; hoy se dice: imitemos el individualismo inglés, cultivemos la personalidad, seamos fuertes de voluntad, seamos enérgicos. Todo se salvará si nos hacemos anglo-sajones, es decir, hombres con vigor muscular y amor á los deportes, voluntad firme y espíritu de lejanas empresas. Según las palabras del filósofo inglés: «¡seamos perfectos y buenos animales!» Dicho de otro modo: «¡imitemos precisamente lo que es inimitable, las cualidades innatas de un temperamento hereditario!» Cosa casi tan lógica como decir: tengamos una estatura de 1,80 metros, un índice cefálico de 74, y lleguemos al 100 del dinamómetro. Lo que es preciso imitar de Inglaterra es su esfuerzo constante para perfeccionarse por sí, sin romper bruscamente con su pasado. En lugar de exclamar: «seamos anglo-sajones», sería más prudente decir: «desarrollemos nuestras cualidades pro-

pias y luchemos contra nuestros vicios. Combatamos la esterilidad voluntaria, el alcoholismo, la criminalidad en aumento, la prensa licenciosa y difamatoria, el escepticismo en todas sus formas, el materialismo en el pensamiento y la vida; opongamos al individualismo mal entendido el sentimiento del deber social; en una palabra, levantemos la moralidad privada y pública, que es la misma para los latinos, los celtas y los anglo-sajones.»

Si Inglaterra posee virtudes muy reales, su principal cualidad, á los ojos de los admiradores de la raza anglosajona, es su poder y su riqueza. Puesto al abrigo de sus vecinos por su posición, el pueblo inglés debería ser, después de los holandeses, el primero en el cual el espíritu, puramente militar, enamorado de la lucha por sí misma, llegó á ser inútil y cedió el paso á lo que Spencer denomina el industrialismo. El inglés acabó por comprender que valía más comerciar que guerrear y ejercer el pillaje, siempre sin abandonar este último partido, si era necesario. De aquí los excesos de mercantilismo. El gran pueblo anglo sajón, desde hace un siglo, ha elevado á la dignidad de culto el amor al dinero. Este amor, sin duda, es casi tan viejo como el mundo; pero si siempre se honró á los ricos no se honraba el amor mismo á la riqueza; por encima de la fortuna se elevaba la nobleza de cuna, la de posición, el talento, la virtud, la santidad. La Inglaterra contemporánea, al aceptar el nuevo orden económico y financiero como un orden político más profundo, y por extensión, como providencial, ha adorado franca y abiertamente al dinero. No es, seguramente, lo mejor que los anglo-sajones han introducido en el mundo moderno, ni el ejemplo más hermoso que han dado á los latinos.

Emerson cita las palabras de Nelson: «La falta de fortuna es un crimen que no puedo perdonar.»—«La pobreza es infame en Inglaterra», decía también Sydney Smith. Se recuerda también de qué modo Cecil Rhodes ha justificado en un discurso la conquista del Transvaal:

«Hemos cumplido nuestro deber protegiendo el activo comercial más grande del mundo, es decir, la bandera británica.»

A los italianos y franceses que admiran demasiado al pueblo inglés, Ouida recuerda que «la riqueza es el factor dominante en la vida social y política de Inglaterra», y que un «comercio sin escrúpulos forma el único fin del *imperialismo*, cuyo estandarte se ha levantado recientemente». La nobleza antigua ha desaparecido bajo otra nueva, «creada solamente sobre la base del dinero»; todo ministerio, al abandonar el poder, deja su parte «de ricos elevados á la dignidad de lores».

Además del individualismo económico, Inglaterra ha honrado el político: el uno conducía al culto de la riqueza, el otro al egoísmo individual y nacional. A la vez, Inglaterra ha hecho triunfar la moral y el derecho utilitario. Que el utilitarismo constituya el sello propio del espíritu anglo-sajón difícil es ponerlo en duda, y también, á lo que parece, es difícil de admirar.

En sus relaciones con los demás pueblos, sean latinos, germanos, celtas ú holandeses, las naciones utilitarias poseen ciertamente grandes ventajas. ¿Cómo podría suceder de otro modo? A veces también abusan de ello. ¿Los anglo-sajones no se han hecho nunca acusar de egoísmo, de desdén soberbio hacia los derechos ajenos? «No subsistiríamos si fuéramos juntos por un solo día, decía en el siglo último el más grande orador de Inglaterra.» Bismarck ha notado que en las relaciones privadas los ingleses son modelo de honradez; pero que su diplomacia es un tejido de mentiras. Tocqueville escribía á Mme. Grote la sorpresa que le causaba la costumbre llevada á la política por el espíritu inglés: «La causa cuyo triunfo es útil á Inglaterra es siempre la de la justicia». En Francia, añadía, «hemos hecho muchas veces cosas injustas en política, pero sin que la utilidad ocultara á las

gentes la justicia. Hemos, algunas veces, hasta empleado malvados, pero sin atribuirles la menor virtud». Inglaterra, por su parte, concede su estimación al que triunfa, su amistad á nadie. Dura é implacable en la represión de revueltas, fué con demasiada frecuencia indiferente para los sufrimientos y agravios de los que dominaba: ha reducido la India al hambre; ha obligado á China, por el derecho de la fuerza, á tolerar el contrabando del opio; ha despojado á Portugal de una parte de Mozambique; ha lanzado en el Transvaal una primera expedición de aventureros, luego otra de conquistadores sin escrúpulos. Después de haber hecho en varias ocasiones tales ó cuales promesas solemnes, ha declarado ante Europa que bastaba sellar ciertas cosas con sangre para hacerlas justas, porque «un campo de batalla, dice lord Salisbury, es una etapa de la historia», variante más suave de la fórmula: la fuerza aventaja al derecho.

Finalmente, los anglosajones, estos grandes colonizadores en países lejanos, no han logrado en su propio Reino Unido sino hacer mártir á Irlanda. La situación insular de la Gran Bretaña tenía como pareja la situación insular de Irlanda: ambas islas han permanecido la una frente á la otra. Ingleses é irlandeses, aunque de inteligencia casi semejante, han conservado caracteres diferentes. Y esta diferencia no puede deberse esencialmente al elemento étnico, puesto que la mitad casi de Irlanda es germánica. Es fruto de tradiciones y hábitos que ha desarrollado la opresión inglesa. Sabido es qué régimen de hierro fué impuesto á Irlanda y de qué modo se aplicó el bárbaro dictado: «*It is no felony to kill an Irishman*, no hay felonía en matar á un irlandés». Con este motivo se ha recordado muchas veces que bajo el reinado de Isabel fué prescrita la destrucción de los ganados y del cultivo de varios condados irlandeses, para hacer morir en ellos de hambre á los habitantes, imposibles de exterminar de otra forma; el poeta Spencer describe con complacencia

las horribles torturas de este hambre premeditada. Preciso es convenir en que este género de política no estaba hecho para operar la fusión de los espíritus. No se ve bien en este punto «la superioridad de los anglo-sajones» (1).

---

(1) El inglés, ha dicho M. Boutmy, está desprovisto de «sensibilidad física»; no tiene, pues, una gran «simpatía» natural y espontánea, aunque sea capaz de elevarse á «un sentimentalismo sincero, al cual presta su fuerza el cristianismo». A este sentimentalismo es debido el éxito de las dos grandes leyes que han abolido la trata de negros en 1807 y la esclavitud en 1833. «Pero no es preciso admirarse, añade M. Boutmy, si se ve al mismo tiempo entre los individuos ejemplos de impasibilidad y barbarie que desmienten los supuestos sentimientos de la masa respecto de ambas leyes, unánimemente reclamadas y aclamadas. En Jamaica, á las primeras señales de una revuelta, se ha visto á los ingleses organizar contra los antiguos esclavos la más cruel de las cazas humanas; oficiales del ejército han parecido complacerse en estas ejecuciones, como en una especie de deporte sanguinario; algunos hasta se han gloriado de actos monstruosos que no habían cometido. En Africa, un teniente de Stanley, Jameson, pide ó acepta el asistir á una comida de caníbales; una muchacha es cogida, despedazada, se la abre el vientre ante sus ojos, sin que él haga ademán de librarla de su suerte. La doble circular del gabinete Disraeli, en 1875-76, para privar á los esclavos del derecho de refugio en los navíos ingleses, ha sido finalmente rechazada por la opinión; pero el sólo pensamiento de que hubiera podido aceptarse sin objeción indica que toda una parte ilustrada de la nación no reconoce la autoridad de los principios y sólo los admite por decoro.»

Con respecto á razas menos desheredadas, la conducta de los ingleses no ha sido muy diferente. En ninguna parte, ni en el Canadá, ni en los Estados Unidos, ni en la India, ni en Egipto, los ingleses han formado con los indígenas una raza mestiza; no han sabido más que destruirlos ó explotarlos. «La primera solución ha sido aplicada con los pieles rojas, la segunda con los indios, ambas alternativamente con los irlandeses.» Burke ha pintado á los jóvenes funcionarios ingleses que caen sobre la India con toda la avaricia del siglo, con toda la impetuosidad de la juventud; «los indígenas no tienen ya ante los ojos sino la perspectiva indefinida, desesperante, de bandadas siempre nuevas de aves de rapiña y de paso, cuyos apetitos se renuevan incesantemente.» Burke añade que, después de haber adquirido rápidamente una fortuna por estos medios criminales, el inglés encuentra, al pisar el suelo de la patria, virtudes que le permiten hacer el más noble uso de esta riqueza escandalosa; de suerte que el obrero, el labrador bendice aquí la

En los países extranjeros, los ingleses practican con respecto á los indígenas un método que les es propio y los explotan para el mayor beneficio de la expansión británica. Mientras que nosotros los franceses tratamos de imponer á los indígenas á la vez el bienestar material y el progreso moral, para hacerlos más semejantes á nosotros y convertirlos en «franceses de color», los ingleses no intentan reformar la existencia de sus súbditos. «La masa indígena representa ante todo, para ellos, un elemento financiero y un elemento político: se les exige,

---

mano justa que en la India arrancaba la tela del telar, privando al campesino de Bengala de su escasa porción de arroz y de sal. «Cuando la sublevación de los cipayos, dice M. Boutmy, un oficial joven, llamado Hodson, se resuelve por sí á condenar y ejecutar á los príncipes de Delhi, que cayeron por sorpresa en sus manos; y M. Carthy atestigua que este acto fué, generalmente, apreciado en Inglaterra como «loable y patriótico». Cuando la nueva del bombardeo de Alejandría fué hecha pública en la Cámara de los Comunes, esta declaración fué acogida con una explosión de alegría espontánea y resonante—*a ringing cheer*—, tal como se había de esperar de muchachos contemplando fuegos artificiales, no de una asamblea de hombres graves, inteligentes, de cristianos á quienes se acaba de decir que una ciudad de 200.000 almas había sido bombardeada y ametrallada á placer. La misma alegría impropia se manifestó en el partido tory cuando se dió lectura á la Cámara de un telegrama del capitán Plunkett, concebido en estos términos: «No dudeis en tirar, si es necesario.» (Boutmy, *Psychologie politique du peuple anglais au* XIX *siècle*.)

Nietzsche, en páginas satíricas é irrespetuosas, explica por una secreta conciencia de sus restos de brutalidad la necesidad que el inglés experimenta del cristianismo: «Su disciplina le es necesaria para hacerse moral y humana. El inglés, más taciturno, más sensual, más voluntario y más brutal que el alemán, es también, por ser el más brutal de ambos, el más religioso: tiene todavía más necesidad del cristianismo. La pesadez y gravedad rústica del inglés está disfrazada y hecha soportable; mejor aún, explicada y transformada por la mímica cristiana, por la oración y el canto de los salmos: y para esta bestia de embriaguez y de orgía, que aprendió en otro tiempo los gruñidos morales bajo la dominación del metodismo, y en nuestros días bajo la del ejército de salvación, los impulsos del arrepentimiento deben ser verdaderamente la manifestación más alta de la humanidad que pueda esperarse: justo es concederlo.» *Par delá le bien et le mal*. VIII, § 252.

pues, que produzcan y que permanezcan tranquilos, y no otra cosa.» Nosotros nos proponemos un ideal de humanidad y de justicia; ellos se preocupan ante todo de la ganancia. ¿Para qué imponer á los indígenas progresos inútiles, progresos que, además, podrían repugnarlos? La «raza imperial» es de esencia demasiado superior para rebajarse á elevar hasta ella al indígena; su política está constituída por una «altivez desdeñosa» (1). En la India, ¿qué ha hecho la administración para prevenir las hambres desastrosas, para hacer frente á las epidemias? Se preocupa por la policía, la higiene, la protección del labrador y del obrero? «¿El gobierno piensa, ante todo, en reducir al indígena al estado de súbdito, «aunque se hiciese detestar?» Por lo menos, se hace temer siempre, mantiene siempre las divisiones de castas, de razas y de religiones; y para evitar, además, la vecindad indiscreta, el contacto peligroso de otras colonias europeas, se esfuerza por aislar la suya «detrás de obstáculos de Estado».

Los admiradores de los anglosajones condenan á los demás pueblos á la inferioridad y á la decadencia; cada uno de estos pueblos tiene su valor, sus méritos, sus defectos, su misión útil.

Si no se impone la admiración con respecto á los anglo-sajones, tampoco es admisible la hostilidad. ¿Porqué han de continuar hoy Inglaterra y Francia las antiguas tradiciones de desconfianza recíproca y de rivalidad? Las circunstancias han cambiado mucho, é Inglaterra no tiene la costumbre de obstinarse cuando las circunstancias cambian. Nuestra población, hoy reducida en relación con las demás naciones, y estacionaria, no nos permite crear colonias de «repoblación». Por otra parte, nuestra producción industrial, «moderada en cantidad y refinada en calidad», no puede luchar comercialmente con la enorme producción barata de Inglaterra.

(1) V. Eugenio Aubin, *Les anglais aux Indes et en Egypte.*

Se tiene, pues, razón al decir (1) que nuestros progresos coloniales, que son reales, pueden ser útiles más bien que perjudiciales á aquélla, y que el día en que Francia dejase de figurar en el mundo, Inglaterra tendría que temerlo todo de su verdadera rival, que es la prolífica Alemania.

En la política internacional, el pueblo inglés no se entrega, ni se une, ni se alía. La situación que ocupa le permite practicar el método de aislamiento. Aparte de las combinaciones puramente europeas, está dispuesto á aprovecharse de todos los acontecimientos que puedan servirle; por eso se abstiene de contraer de antemano obligaciones que podrían molestarle en el momento oportuno. Pero Inglaterra, que había casi dejado de ser una potencia europea por sus intereses directos, vuelve á serlo en cuanto tropieza con los intereses de otra potencia opuestos á los suyos en el extremo del mundo. El enorme desarrollo de la política colonial, desde hace algunos años ha puesto á las antiguas naciones de Europa en presencia unas de otras, en Africa y en Asia, y por este rodeo, se dice, es por donde Inglaterra entra cada vez más en el círculo, estrecho en otro tiempo y ahora desmesuradamente ensanchado, de la política continental.

Según el gran teórico del imperialismo, J.-B. Seeley, «el comercio conduce, naturalmente, á la guerra, y la guerra alimenta el comercio.» En su opinión, el comercio no aproxima tanto á los pueblos como pretenden los discursos oficiales; por lo menos, cuando el comercio es la desembocadura indispensable y vital de una producción industrial intensa, «casi el único medio de vida de una gran nación», engendra la guerra en cuanto tropieza con un obstáculo ó choca con una concurrencia. «El comercio dirigido según este método, es casi idéntico á la gue-

(1) V. G. Monod, *Souvenirs et portraits*.

rra, y difícilmente puede dejar de conducir á ella. ¿No es una guerra de más de cien años la que ha dado á Inglaterra su imperio colonial? Entre tanto, Inglaterra está obligada, por una fatalidad inevitable de su historia y de su situación, á ser á toda costa la dueña de los mares. Tiene que serlo para defenderse de una invasión posible; tiene que serlo para poder transportar con seguridad á sus colonias las tropas que puedan necesitar su defensa exterior ó su pacificación interior.

Desgraciadamente para Inglaterra, el dominio de los mares no puede ser eterno, porque todas las grandes naciones continentales, no sólo Francia, sino Rusia y Alemania, aumentan sin cesar su marina y sus colonias; la distancia entre ellas é Inglaterra va disminuyendo por una ley fatal, y, reunidas, no tardarán en poder luchar contra Inglaterra. Esta tiene el sentimiento del peligro, y esto es lo que explica su imperialismo, cada vez más loco y agresivo (1).

Lo que las circunstancias han hecho por Inglaterra podrían deshacerlo un día. Por renunciar á la agricultura en favor de la gran industria y el comercio, Inglaterra sólo subsiste si los demás pueblos compran los productos de su trabajo. La cuarta parte del comercio británico se hace con Europa, y cerca de la quinta con los Estados

---

(1) He aquí lo que decía *en otro tiempo* lord Salisbury:

«Tengo la firme convicción de que la opinión pública en este país está en camino de sufrir una reacción que la alejará cada vez más de las doctrinas de Cobden, de hace cincuenta años; se cree que nuestro deber es apoderarnos de todo lo que podemos, pelearnos con todo el mundo, quejarnos en cuanto tengamos ocasión. Esta me parece una doctrina muy peligrosa. Ante todo, es de una naturaleza que excitará contra nosotros á las naciones extranjeras, y esta no es una consideración despreciable; el género de reputación que gozamos ahora en el continente europeo, no es de ningún modo agradable ni provechoso. Pero hay un peligro mucho más serio, y es que cargamos con un peso superior á nuestras fuerzas. Por fuertes que sean un hombre ó una nación, siempre habrá un punto del que sus fuerzas no podrán pasar, y es pura

Unidos. Si sigue creciendo la competencia alemana y americana, si los demás países civilizados desarrollan su industria nacional y se defienden por tarifas elevadas, ya está amenazada la supremacía industrial de Inglaterra. Como sus colonias son autónomas, también pueden cerrarse á sus productos. Australia practica ya un proteccionismo exagerado. En las Indias mismas, Alemania ha vendido hace algunos años por valor de 300 millones. Las diversas partes del imperio colonial, casi independientes, pueden separarse un día de la metrópoli si las llevan á ello cuestiones de interés. A las naciones triunfantes se les puede decir, como á los triunfadores antiguos: acuérdate de que eres mortal.

Incomparable por su industria, su comercio y su expansión colonial, lo mismo que por su comprensión de las condiciones prácticas del gobierno libre; admirable por su poesía y su literatura, así como por su movimiento científico y filosófico, Inglaterra, sin embargo, no parece que ha hecho por la elevación del género humano en conjunto lo que han hecho Italia, Francia, Alemania; se preocupa poco de hacer triunfar en el exterior las verdades que ha podido descubrir: la propaganda en favor de los principios «no es de su gusto». Pero ha dado al

---

locura, sólo puede conducir á la ruina, atreverse á pasarlo. Esta temeridad ha causado la pérdida de naciones tan grandes y tan poderosas como la nuestra.» Después de haber citado recientemente estas palabras de otro tiempo en el Parlamento, sir William Harcourt añadía: «Esta es una lección en que todos haríamos bien en meditar. Se nos ha dicho que debemos sacar muchas lecciones de esta guerra del Transvaal, lecciones en el arte de las preparaciones militares y navales. Pero hay otra lección que interesa mucho más á la seguridad de este país: la de no exasperar, por una conducta arrogante é insolente, á los que deseamos tener por amigos; la de no maltratar é insultar á aquellos en quienes se ejerce nuestro influjo y la de conducirnos con la moderación, la prudencia, el «self-control» que convienen verdaderamente á un imperio que tiene conciencia de su propia grandeza y de su propia fuerza.»

mundo un maravilloso ejemplo de libertad y de actividad, y los ejemplos valen con frecuencia por preceptos. Bismarck ha pretendido que en nuestra Europa todo lo que es germano es el elemento varonil; dulzura, generosidad, bondad, son á sus ojos cosas femeninas. ¿Es esto muy seguro, y, por otro lado, tienen algo que ver aquí los sexos? La verdad es que hay pueblos de cabeza y pueblos de corazón; todos son necesarios á la humanidad. Si la personalidad es una fuerza, la impersonalidad lo es también; si el sentido práctico tiene su valor, la generosidad tiene el suyo, y sus aparentes locuras constituyen á veces su cordura. Ciertos pueblos se han enamorado de un ideal universal y humano; Inglaterra ha preferido poner en práctica, para la grandeza y expansión de su propia raza, las orgullosas palabras que una ciudad anglo-sajona ha inscrito sobre sus armas: «Yo quiero: *I will*».

LIBRO V

El pueblo alemán.

CAPÍTULO PRIMERO

EL PUEBLO ALEMÁN Y LA VIDA IDEAL

En muchas épocas de nuestra historia hemos creído conocer á Alemania y nunca la hemos conocido bien. A pesar de ciertos caracteres comunes entre ellos y nosotros, que dependen de la identidad étnica de los elementos gálata, franco y germano, las exterioridades del temperamento y del carácter, las señales visibles por las cuales se juzga ligeramente, difieren bastante de un pueblo á otro. Atentos á la superficie, nunca hemos seguido bien el trabajo interior y sordo que se verificaba en el alma germánica. Además, siempre hemos juzgado á nuestros vecinos por las últimas experiencias que hemos tenido de ellos, sin hacer caso de la lenta y secreta metamorfosis operada en ellos por el tiempo. Esto hace, según la justa observación de Edgar Quinet, que nuestros juicios hayan ido siempre retrasados en medio siglo. Sólo algunos profetas, como lo fué el mismo Quinet en 1831, han visto y anunciado el porvenir.

Si es cierto, como sostienen los alemanes mismos, que la historia de un pueblo está de antemano contenida en su carácter, importa á los franceses no cometer nuevos errores sobre el verdadero genio de Alemania; quizá ningún otro pueblo debe atraer más la imparcial observación del psicólogo y del sociólogo.

La historia intelectual y material de Alemania es,

para los filósofos, el ejemplo más notable, sobre todo desde hace siglo y medio, de la lenta formación de un carácter nacional y de su manifestación por actos. Alemania, y esto es lo que constituye su originalidad, ha comenzado por el punto de vista más ideal, más próximo al ensueño, para aproximarse poco á poco á lo real. La veremos acumular pacientemente todas sus fuerzas intelectuales y morales para llegar á una explosión de vida activa. Alemania, ha dicho Wagner, «gusta de la acción que sueña.»

Tratemos de mostrar, ante todo en la raza y el temperamento, el origen primero del carácter germánico; después, luego de haber separado sus rasgos esenciales, buscaremos el desarrollo, de maravillosa regularidad, mediante el cual se ha expresado este carácter, primero en la lengua y la religión, después en la poesía, más tarde en la filosofía; en una palabra, en la vida ideal. Luego lo seguiremos en la vida real, en el dominio de la acción y la política (1).

I

RAZAS Y CLIMAS.—LOS ANTIGUOS GERMANOS

Un eminente historiador ha sostenido que Alemania «es una raza», mientras que Francia no lo es (2). Es esta

(1) En este estudio invocaremos, hasta donde nos sea posible, la autoridad de los mismos alemanes, que no han dejado de sondear su desarrollo intelectual y moral, como todo lo demás. Aparte de los escritos de Kant, de Goethe, de Heine, se pueden consultar los trabajos muy notables de M. Pfleiderer y de M. Meyer en el *International Journal of Ethics*, 1893 y 1894. Sus testimonios son preciosos, porque representan la conciencia que tiene de sí y de su dirección el carácter alemán en espíritus superiores. Nos hacemos semejantes, dice Platón, al objeto de nuestra contemplación y también al de nuestra ambición. La idealización misma que los alemanes hacen sufrir á su carácter, en cierto sentido con preferencia á otros, se convierte á su vez en signo de sus tendencias secretas.

(2) M. Lavisse.

una opinión muy divulgada en la misma Alemania, y de la cual participan de buen grado los pangermanistas, pero que la etnología ha refutado por completo. Alemania, tanto como Francia, ha ofrecido muchas mezclas de raza á través de la historia; ha sufrido el influjo celta, eslavo y finlandés. En Prusia, el elemento germánico se mezcla en gran dosis con elementos eslavos; en Baviera, con un fondo céltico; en el imperio austriaco es muy inferior en número á los elementos celtas y eslavos.

Nuestros padres decían: *las Alemanias*. A pesar de la realización de la unidad política, las geografías muestran que este plural conserva una parte de verdad (1). Entre los grupos de poblaciones que se encuentran en el Imperio, se distinguen todavía, en sus dialectos y sus costumbres, bábaros, suabios, franconios, sajones, frisones y prusianos. El Imperio está lejos de ser enteramente alemán: en la parte septentrional del Slesvig conserva, á su pesar, 150.000 habitantes de lengua danesa. En el Este, no obstante los esfuerzos de germanización á todo trance, las provincias polacas conservan en gran parte su lengua nacional; las mismas estadísticas oficiales confiesan cerca de dos millones y medio de polacos. ¿Para qué recordar Alsacia-Lorena?

Hay también en Alemania un influjo mongol. Hasta ha habido quien se ha preguntado si este último no explicaría, en parte, el aspecto duro, egoísta y brutal que ofrece el alemán de ciertas provincias; pero la hipótesis es poco verosímil. Según Virchow, el tipo rubio, de cráneo largo, que caracteriza la raza verdaderamente germánica, no se observa más que en un 33 á 43 por 100 en el Norte de Alemania, 25 á 32 en el centro, y 18 á 24 en el Sur. Alemania, tomada en conjunto, es, pues, en su mayoría, un país «celta-eslavo», no puramente germánico, como lo pretende; y la proporción de los dos

(1) Vidal-Lablache, *Etats et nations de l'Europe*, pág. 67.

elementos dólico-rubio, braqui-moreno, no difiere mucho de la de Francia. La principal oposición está en la ausencia del elemento mediterráneo, ligur ó ibero. La falta de este último elemento, con su vivacidad y su ardor meridional, ha hecho un poco pesados á los otros dos. Por otra parte, reconocemos que si la Alemania de hoy no es tan germánica como se imagina, lo fué mucho más en otro tiempo; pero esto también se verifica en la tierra de los galos. De todos modos, Alemania no es «una raza», y la misma Prusia, más germánica que el resto en algunos sitios, se ve cada día más invadida por los eslavos. El mismo Bismarck pretendía descender de una antigua familia eslava.

Si por su elemento rubio, de cráneo alargado, Alemania se parece á las razas del Norte, enérgicas, aventureras, emprendedoras, conquistadoras, individualistas y personales, por su elemento moreno, de cráneo ancho y de «cabeza cuadrada», se parece á las razas más amigas de la tradición y del suelo, más pasivas, más fáciles de gobernar, más dóciles á la autoridad y á la jerarquía, más encadenadas por todos los vínculos sociales. Hay aquí una antítesis de tendencias que encontraremos acentuándose cada vez más en el carácter germánico.

El clima ha ejercido su acción sobre el temperamento físico y moral de los alemanes. Es fácil reconocer en ellos un fondo linfático-sanguíneo, con su lentitud relativa, su frialdad ordinaria, interrumpida por fiebres de violencia, su severidad, su naturaleza reflexiva, su amor á las reglas y al orden, su energía perseverante.

El carácter germánico se ha dibujado desde la antigüedad, lo mismo que el carácter galo. Tácito nos describe á los germanos con grandes cuerpos blancos, ojos azules, vivos, y cabellos de un rubio rojizo (caracteres que, por otra parte, tienen comunes con los galos). Los germanos, dice César, «sólo se interesan por la caza y la guerra; desde su más tierna infancia se dedican á endu-

recerse físicamente. Detestan la paz; desprecian las artes; violentos, apasionados, son menos ingeniosos que los galos, y aprenden más difícilmente».

Muy inquietos por naturaleza, los germanos vivian en un flujo y reflujo de incursiones y de ataques. La ciudad, que en Roma había tomado muy pronto un carácter civil y jurídico *(municipium, numera capere)* y en los griegos un carácter moral y político, no existe entre los germanos más que en la forma de campamento permanente: su *dux* ó capitán se convertirá en su jefe civil. Agrupados en aldeas en pequeñas comunidades, los que proceden del mismo origen no se reúnen más que para un objeto militar, y se colocan alrededor del jefe más valiente; este es el *comitatus* de que habla Tácito. La Germania es una masa de hombres que están perpetuamente en pie de guerra; sus pueblos son campamentos ó simples acantonamientos militares, *centena*. Sólo en tiempo de guerra tienen organizada la vida social; por la disciplina de las armas es por lo que han de llegar á la vida civil. Sus asambleas, que no eran al principio más que simples concentraciones militares, se harán asambleas legislativas, de las que formarán parte sólo los que se distingan por una alta posición en el ejército.

Siempre en guerra con el extranjero, ó unos con otros, los germanos abandonaban al poco tiempo las tierras conquistadas para buscar otras nuevas. A sus ojos, dice Tácito, «es pereza é inercia adquirir por el sudor lo que se puede conquistar por la sangre». Admitían como un principio de derecho la ocupación de la tierra en la medida de sus necesidades. Sus jefes, poniendo en práctica la máxima del *Rey de los alisos*, se apoderaban por la violencia de lo que no podían obtener de otro modo.

Bist du nicht willig,
So brauch ich Gewalt.

Pero una vez que habían ocupado una tierra, se atribuían un derecho imprescriptible sobre ella, aun después

de haberla abandonado. Desde los tiempos antiguos, los germanos tienen ya derechos que no tienen los demás.

El carácter original de las asociaciones germánicas es que el vínculo que une á los compañeros con su jefe es voluntario, porque el compañero elige por sí mismo su jefe, al cual presta juramento de obediencia y fidelidad. Estas asociaciones, enteramente personales, no son, como se había pretendido, el origen del vasallaje, de los beneficios y del régimen feudal; pero no por eso dejan de tener gran interés para el psicólogo y el historiador: manifiestan el rasgo capital del antiguo carácter germánico, que no concibe apenas el vínculo *público*, pero que concibe el vínculo de *hombre* á *hombre*. El deber para con el jefe era primero que el deber nacional, el cual estaba entonces sólo en estado de vaga noción; de aquí una mezcla de libertad individual, pues el individuo disponía de su persona, y de subordinación, pues el individuo se ponía al servicio de un jefe; de aquí también la anarquía germánica, las agitaciones, las revoluciones perpetuas, la movilidad de las combinaciones políticas; toda la vida de la Edad Media.

El retrato de Tácito ha tenido éxito; los alemanes lo han idealizado cada vez más, los franceses los han creído por su palabra y hasta han terminado por persuadirse de que las invasiones germánicas habían regenerado á Italia y á Galia. El imperio romano era la plena «esclavitud»; la Germania, la tierra de la libertad y de la virtud. Fustel de Coulanges ha mostrado en estas ilusiones históricas el germen de las pretensiones alemanas y aun de los odios alemanes; ha hecho ver que los germanos estaban tan corrompidos como podían estarlo los romanos y con más la brutalidad; que no poseían ni virtudes particulares ni instituciones originales; que estaban simplemente en un período menos adelantado, más próximo al régimen familiar y comunal. No han «regenerado» nada. Los historiadores, en sus idilios sobre los germanos, como sobre los

antiguos pelasgos, han querido hacernos creer en su inocencia moral. Hoy está demostrado, tanto por los documentos como por la comparación con las razas no civilizadas, que todo su mérito consistía en la burda sencillez de costumbres y en las virtudes del salvaje actual.

Así se ha querido, en favor de las facultades metafísicas de los germanos, sacar argumentos de la ausencia de ídolos entre ellos, y aun de la ausencia de divinidades más acentuadas que las vagas *numina* de los italiotas. Según Tácito, los antiguos germanos no adoraban á sus dioses en los templos ni por medio de imágenes; llamaban dioses al misterio que percibían al experimentar el temor sagrado, *sacer horror*. En la profundidad de los bosques y bajo las ramas de las viejas encinas, sentían la presencia de la invisible divinidad. Los historiadores alemanes no han dejado de encontrar en este retrato halagador «la introspección mística, *Innerlichkeit*», que reduce á una especie de sentimiento interno la idea de lo incognoscible. Pero, ante todo, el horror á los bosques sombríos y á las grandes encinas era igualmente céltico y druídico, ó también finlandés; en cuanto á la ausencia de ídolos, en la cual han querido ver los filósofos alemanes una superioridad de culto, es, por el contrario, para los etnólogos, la prueba de un desarrollo religioso todavía rudimentario. Los antiguos germanos ni siquiera habían alcanzado la fase del politeísmo y la idolatría; estaban en la del animismo y la fisiolatría. Los alemanes, que, como se podía esperar, se han entregado á las más doctas disertaciones, han imaginado las teorías más complicadas para encontrar en la misma mitología de los antiguos germanos las señales de su superioridad étnica. ¿No habían pretendido igualmente encontrar en las instituciones de los germanos el signo de su *misión* política? De los estudios alemanes resaltan tres puntos que se refieren al combate de los dioses ó de los héroes, á los encantamientos rúnicos, y, por último, al destino del mundo. En los indos y los griegos, dicen los

críticos alemanes, se refiere al pasado el combate de los dioses; en los germanos, como en los iranios, el combate continúa siempre y constituye la esencia misma de la vida, lo mismo para los dioses que para los hombres. Hay un conflicto sin fin entre las potencias del bien y las del mal, representadas por los gigantes. M. de Hartmann y M. Pfleiderer han querido ver en esta antigua religión de la naturaleza «un desarrollo trágico-étnico»: el conflicto de las fuerzas enemigas, ¿no es, en efecto, el fondo de la tragedia y el triunfo de las potencias del bien el fondo de la moral misma? En su libro sobre la *Vieille poésie germanique*, M. Richard Meyer sostiene, con M. de Hartmann, que lo que la caracteriza es el hecho de ser la poesía del «combate espiritual». El asunto de los más grandes poemas de los germanos, las historias de los dioses en los Eddas, como más tarde el *Parsifal* de Wolfram von Eschenbach y el *Fausto* de Goethe, es el combate por la verdad. La división consigo mismo, la *zwivel*, la duda, la discordía de dos almas en un solo pecho, esto, nos dicen, es lo que causa al germano un sentimiento de opresión; la victoria sobre el enemigo en el fondo del corazón propio es lo que produce la satisfacción más profunda. Tememos mucho que el patriotismo, unido al espíritu sistemático, extravíe á los alemanes en su admiración por los Eddas, poemas bárbaros, á menudo feroces, en que apenas se encuentran huellas del combate espiritual y donde, en cambio, se ve á los héroes beber sangre humana para infundirse valor ó hacerse servir en un plato el corazón de su hermano. Con la costumbre alemana de buscar por todas partes «símbolos» no hay ninguna poesía antigua, aun cuando fuese la de los pieles rojas ó los maories, que no sea digna de la admiración. M. Meyer no insiste menos por eso en las diversas formas del combate espiritual, entre las cuales, en primera línea, se encuentra la duda. Hacer remontar los combates del pensamiento metafísico hasta Odin ó Parsifal, que fué precisamente

un héroe céltico, es quizá ir un poco lejos, aunque concedamos de buen grado que el doctor Fausto es la más admirable personificación del genio germánico.

Además del combate intelectal, la poesía antigua nos presenta también, según M. Meyer, el combate moral, que, por lo demás, es inseparable del otro; entonces predomina el interés psicológico y toma la forma del drama interior. Aquí también dudamos que los antiguos germanos, las «fieras rubias», como se las ha llamado, tuviesen ideas tan elevadas. Hay, sobre todo, que ver en sus mitos el espíritu batallador de poblaciones primitivas que sólo pensaban en el combate material. En cuanto al dualismo iranio, que proviene quizá del contacto de los antiguos germanos con las poblaciones iranias, se le encuentra igualmente entre los celtas, que tienen sus dioses del día y sus dioses de la noche, sus buenos y sus malos genios, sus hadas bienhechoras y malévolas; no hay, en esta antítesis, muy natural en los pueblos bárbaros, nada de trágico ético». De igual modo, el concepto de una mansión reservada á los guerreros muertos en los campos de batalla es común á muchas mitologías. Lo que es significativo en la Walhalla germánica es que los guerreros muertos en la batalla continúan batiéndose como durante su otra vida, mientras que la multitud de los que han muerto de otros modos se desvanece en el nebuloso reino de las sombras. Aludiendo á esta creencia, Goethe decía que la naturaleza le debía la continuación de su existencia después de su muerte, pues había sido toda su vida un luchador. Pero las batallas incesantes de la Walhalla, donde se pasa el tiempo en embriagarse y en matarse unos á otros para resucitar en seguida, no son más que una concepción feroz de bárbaros guerreros, con la que nada tienen que ver la metafísica y la moral.

La *runa* fué un elemento de importancia en la antigua fe germánica y finlandesa; ¡se ha pretendido que signifi-

caba «el misterio de una cosa», su verdadera esencia, lo que Kant debía más tarde llamar la «cosa en sí!» Todo objeto y toda persona posee su «runa»; cualquiera que se haga dueño de ésta se hace por lo mismo dueño de la cosa ó de la persona. Por una larga serie de combates, los más elevados entre los dioses se han hecho dueños de todas las runas, y, por consiguiente, de todos los objetos y de todas las criaturas. Este mito no podía dejar de excitar la admiración de los exegetas alemanes, que han visto en él un profundo simbolismo. Es de temer que los antiguos germanos, ó más bien los antiguos finlandeses, tuviesen ideas mucho más infantiles. Las runas no eran, en suma, más que palabras mágicas ó caracteres misteriosos, á los cuales se atribuían virtudes extraordinarias. Se interrogaba al porvenir por medio de palos rúnicos, que eran varitas cortadas de un árbol frutal y en las cuales se escribían las runas. Se las echaba al azar sobre una tela blanca; después el sacerdote invocaba á los dioses, cogía tres veces los palos, uno á uno, y según la reunión de los signos que daba el azar, interpretaba el porvenir. Es difícil ver en estas prácticas, más ó menos análogas á las de todos los pueblos salvajes, la anticipación de las *cosas en sí* de Kant. Las runas resucitan á un ahorcado, inspiran amor á las jóvenes, embotan el filo de la espada, calman las olas, facilitan los partos, curan las heridas, seducen á los jueces, hasta dan talento. Todos los países tienen sus hechiceros y todos esos hechiceros, hoy todavía «dicen palabras», aunque sea sólo para curar una torcedura; ninguno piensa en la «cosa en sí».

Más original es la concepción del fin del mundo, causada por los pecados de los dioses lo mismo que de los hombres; porque los dioses germanos no son ni infalibles ni impecables. Por esto tendrán su «crepúsculo». Un nuevo mundo, más bello, se elevará sobre las ruinas del antiguo. Pero, ¿cómo reconocer en esta concepción «la característica invariable del pensamiento germánico, la

unión del descontento por el presente y las descripciones optimistas del porvenir?

Hay que desconfiar de todos los sistemas de los mitólogos ó metafísicos que quieren encontrar en las diversas religiones bárbaras dogmas profundos ó ideas sublimes. El animismo de los germanos, después de todo, se parece al de los galos, los celtas, los eslavos, los finlandeses, de todas las poblaciones primitivas. Quizá, sin embargo, había entre los celtas¦galos una fe tan completa y más cándida en una sociedad ultraterrestre, parecida á la nuestra; entre los germanos, una fe más ardiente en la existencia puramente guerrera más allá de la muerte; la idea del combate domina ciertamente en los mitos de los germanos. Por lo demás, la misma interpretación que dan los diversos pueblos de sus antiguos mitos, idealizándolos, pinta su naturaleza. Francia ha idealizado el antiguo culto galo en el sentido de la abnegación y del amor, de las relaciones socials, triunfando de la muerte; Alemania ha idealizado el antiguo culto batallador de los germanos en el sentido del combate espiritual, y su naturalismo todavía rudimentario en el sentido de un vago misticismo, dialéctico y moral.

II

EL CARÁCTER GERMÁNICO

I.—Bajo el influjo del temperamento y de la raza, al que ayuda un clima bastante frío y con frecuencia brumoso, se ha desarrollado en Alemania un carácter cuyos principales elementos importa marcar con precisión. La sensibilidad alemana, en general, como la sensibilidad inglesa, es la de los flemáticos fuertes y semisanguíneos, de reacción lenta, bajo ese *cœlum germanicum* de que se quejaba Tácito. En lo que concierne á las

sensaciones y á las percepciones, es poco aguda y poco fina. De igual modo las emociones son bastante lentas de excitar, pero, una vez en movimiento, son enérgicas y duraderas. Sensaciones obtusas y emociones fuertes; tal es, en cierto modo, la fórmula media de la sensibilidad germánica. Ya hemos encontrado estos rasgos en los anglo sajones, que suman á éstos un sentido de la actividad práctica mucho más desarrollado por las necesidades de su situación geográfica y sociológica. Desde el punto de vista de las inclinaciones, la sensibilidad germánica está dividida en sentidos contrarios y nos ofrece ya una mezcla curiosa de realismo é idealismo. Al lado de inclinaciones muy materiales, como el amor á la buena comida, se encuentran tendencias ideales que se traducen por momentos de languidez, de recogimiento, de éxtasis. A Lutero le gustan las canciones, la cerveza, la mujer; al mismo tiempo vive en el terror del diablo y del infierno; es hombre de acción y «luchador» intrépido. Según el temperamento y el clima, la sensibilidad de los pueblos está más ó menos dispuesta á la alegría ó á la tristeza. El alemán alterna fácilmente; tiene sus horas de alegría un poco pesada; tiene sus horas de melancolía; es con frecuencia pesimista. En general, no tiene la persuasión instintiva de que la naturaleza es buena, de que el hombre es bueno; desconfía, censura, acusa á los demás y se acusa á sí mismo; ve el lado sombrío de las cosas, el lado satánico de los hombres. En religión, está enteramente penetrado por la idea del pecado original y por nuestra natural impotencia para obtener la salvación. En filosofía, Alemania es la que, después del optimismo de Leibnitz, nos ha dado el pesimismo de Schopenhauer, de Hartmann, de Bahnsen, para volver al optimismo de Nietzsche (1).

A pesar de cierta brusquedad natural, el alemán está

(1) Véase nuestro libro: *Nietzsche et l'immoralisme.*

pronto á la compasión. Pero entre sus necesidades nativas no tiene ese amor á la sociedad que caracteriza á los franceses. Se basta á sí mismo de buen grado; su sensibilidad no tiene una dirección esencialmente centrífuga, expansiva y comunicativa. Es apasionado por dentro, pero no de la misma manera que los meridionales biliosos y nerviosos, siempre concentrados en alguna idea de amor ó de vendetta, de ambición enteramente personal; en general, el alemán se apasiona por algún trabajo al que concede una alta importancia, por alguna obra más ó menos elevada, por una doctrina moral, filosófica, religiosa, patriótica. Su pasión es «objetiva» como su inteligencia. El alemán, como el francés, es entusiasta, pero no de la misma manera. El francés, vivo y resuelto, se ilumina en cierto modo, se desborda, se esponja; el cerebro germánico se caldea y se enciende interiormente con lentitud, pero con perseverancia; es un fuego de carbón de tierra, humeante con frecuencia, no un fuego de ramas, de llama viva, y menos todavía un fuego de paja. En cuanto al inglés, el sentido práctico ha disciplinado tan bien en él á la imaginación, que el entusiasmo toma su único desquite en la poesía, nunca en la conducta.

El «celo» interior del alemán no deja de tener un lado negativo, que es el odio á los adversarios de la buena causa, de la buena raza, de la buena patria. El alemán aborrece al polaco, aborrece al ruso; tiene una aversión profunda por el judío y lo demuestra vigorosamente. Los antiguos enemigos romanos, galos, eslavos, son todavía abominados como si atacasen la frontera. En cuanto á los franceses, el «enemigo hereditario», es todavía peor. Parece, dice M. Lavisse, que el Palatinado está siempre ardiendo y que Luis XIV reina en Versalles: todo es contemporáneo para ese patriotismo feroz. Este es el lado peor del alma alemana. Después de haberse detestado entre sí, los alemanes han conservado la costumbre de detestar al enemigo del exterior con una intensidad que

apenas se encuentra en otras partes. El alemán pone su energía nativa en todo lo que siente como en todo lo que hace. Heine decía: «Los alemanes son más rencorosos que los pueblos de origen romano. Esto depende de que son más idealistas, hasta en el odio. Nosotros odiamos en nuestros enemigos lo que hay de más esencial, de más íntimo, el pensamiento.»—«Nos creen flemáticos, ha dicho M. de Treitschke, y somos el pueblo más rencoroso.» Y esta confesión era confirmada por uno de los adversarios políticos de Bismarck, M. Bamberger: «Está creciendo una generación que no concibe el patriotismo sino bajo la forma del odio.» Y M. Bamberger añadía que esta generación, por su lenguaje mordaz, parecía querer recordar «el filo de la espada alemana».

La inteligencia del alemán es, como su sensibilidad, de reacción lenta, pero sostenida. A veces pesada, con frecuencia desprovista de flexibilidad y agudeza, preocupándose poco de los matices, se muestra sólida, resistente, firme y libre, fuertemente apegada á la verdad. El espíritu de interioridad individual está admirablemente indicado por Ranke: «El interés propio que tenemos por el mundo, dice, consiste en que tratamos de convertir lo que está fuera de nosotros en algo que esté dentro de nosotros.»

El alemán trabaja tenaz y profundamente el dominio de su elección. En lugar de ser repentino, su pensamiento da vueltas y más vueltas á los más difíciles problemas: «Era alemán, dice Goethe de uno de sus personajes, y los alemanes gustan de darse cuenta de todo lo que hacen.» Schiller dice á su vez: «Nuestros buenos alemanes no se desmienten: en vano se les sirve excelentes manjares; para comerlos con apetito quieren saber su nombre (1)».

---

(1) Compárese con la ocurrencia de Lange: «Alemania es el único país en que un farmacéutico no puede preparar un remedio

La paciencia del laborioso alemán, investigador frío y tenaz, se revela en su gusto por los trabajos de erudición y por las lenguas. El alemán, decía Robertson, es negociante al por mayor y al por menor en el dominio de la erudición. Según Leibnitz, el carácter distintivo del alemán es la «laboriositas», cualidad precisa, tanto para la ciencia como para la filosofía. El afán de buscar, inventar, combinar y construir es un rasgo esencial del espíritu germánico; si Dios hubiera tenido en la mano derecha la verdad y en la izquierda la investigación de la verdad, ¡cuantos alemanes hubieran exclamado con Lessing: «Padre, yo elijo la investigación; la verdad te pertenece solamente á ti!»

Cuando un cerebro bien organizado va unido á un temperamento dotado de una buena dosis de flema, resulta un movimiento moderado en el curso de las ideas, que hace surgir ante el espíritu las representaciones próximas y las ideas colaterales. La reflexión se convierte entonces en una segunda naturaleza. Es tan fuerte la vida de reflexión en el alemán, que á menudo éste se contenta con ella. Lejos de ser «simplicista», su inteligencia tiene más bien por fondo la dualidad de la tesis y de la antítesis: procede dialécticamente oponiendo las contrarias. El gusto de la bipartición es natural en él; y esta bipartición, en algunos, se reduce á una afirmación seguida de una negación. Se dice que Birmarck dividía el mundo (de un modo bastante rudimentario) en «amigos del Imperio» y «enemigos del Imperio». El alemán tiene también el gusto de las clasificaciones y, de ordinario, las más enrevesadas son las que le encantan. Le gusta colocar sus ideas por categorías, en orden de correlación on-

---

sin preguntarse acerca de la correlación de su actividad con la esencia del universo.» En cuanto á nosotros, no hay que decir que hemos visto farmacéuticos alemanes que, como los de los demás países, nos parecían más preocupados del precio de los medicamentos que de sus relaciones con el Cosmos.

tológica más bien que lógica, para poder en seguida arreglar sus actos según principios. Por otra parte, tiene siempre dos ó tres principios á su disposición. Heine se ha burlado de este espíritu metódico, aplicado á veces á cosas falsas, y ha escrito esta ocurrencia: «Una demencia francesa está lejos de ser tan loca como una demencia alemana, porque en ésta, como hubiera dicho Polonio, ¡hay método!»

En Francia nos gusta restringir el campo de nuestra vista para ver bien lo que vemos; el espíritu alemán, que quiere, sobre todo, ver muchas cosas á la vez, es amplio y revuelto. No experimenta ese gusto por la geometría rectilínea, esa necesidad de orden y de claridad tan imperiosa en otros pueblos; se complace en las contradicciones, en las complicaciones indefinidas: «para él nada se termina nunca»; su imaginación goza con el desvanecido de los horizontes y lo vago de los contornos. El reverso de la profundidad, de la aplicación concienzuda y de la «comprensividad» de espíritu es la tendencia á la oscuridad y á la confusión, á lo sutil y á lo artficial, á la pedantería y al formalismo, que se manifiestan con tanta frecuencia por un estilo bárbaro, envuelto, «de triple tejido», dice Schopenhauer, por ese no sé qué de libresco, que trasciende al aire confinado de la biblioteca. En estos espíritus concentrados en sí mismos faltan con demasiada frecuencia el aire libre y la plena luz, así como las largas perspectivas sobre la vida social.

El carácter alemán es, sobre todo, digno de estima por la voluntad. Energía y persistencia son cualidades de primer orden. De aquí provienen la paciencia para sufrir las dificultades inseparables del éxito, la perseverancia, la disciplina, la aplicación al deber. Aquí está también el verdadero centro del individualismo que caracteriza al germano. Aquí, finalmente, está el origen vivo de una actividad incesante. Si la profundidad de la inteligencia,

unida á la exaltación interior del sentimiento, favorece la tendencia religiosa ó metafísica, por otra parte, la fuerza de voluntad hace al alemán capaz de acción y de acción enérgica cuando es necesario. Cuando Heine proclama á Lutero «el más alemán de los alemanes», es porque ve en él «la mezcla de un soñador místico y un hombre de acción». Cuando el mismo poeta llama á los alemanes encinas sentimentales no es por pura ironía. Hay en este pueblo una mezcla de fuerza brutal y de espíritu contemplativo, de rudeza basta y de instrucción adelantada, de sensualidad y de misticismo, de militarismo y de religiosidad, así como de rigorismo lógico y de sentimentalidad intelectual (el intraductible *Gemüth)*. El autor de *Rembrandt als Erzieher* resume, poco más ó menos, de la misma manera el carácter de sus compatriotas: «Música y honor, salvajismo y dulce piedad, ingenuidad de niño y amor á la independencia; tales son los rasgos esenciales de la naturaleza alemana.»

Ya se ve á qué direcciones tan contrarias está entregada esta naturaleza. Todo alemán, como Jacobi, nada «entre dos olas»: una realista, la otra idealista, que le suben y le bajan sucesivamente. Los alemanes hablan á menudo de la «polaridad» que distingue á su carácter. Goethe explicaba la vida del universo por un doble movimiento de sístole y de diástole, y él mismo oscilaba sin cesar de la calma espiritual á la perturbación interior. En la inteligencia alemana es frecuente el estado de duda; queremos decir la duda con sus alternativas y su ritmo, no el escepticismo con sus negaciones decididas ó su indiferencia. Lutero había dudado antes de afirmarse en su fe, tanto más ardiente cuanto más personal. El pro y el contra visitan sucesivamente el pensamiento alemán, y por esto es tan propio á la crítica filosófica, al examen de las tesis más opuestas.

Nietzsche, bajo la «profundidad alemana» que satiriza, se complace en mostrar un montón insondable de ele-

mentos informes. En su opinión, el alma alemana es de origen múltiple, formada por diversos elementos superpuestos más bien que construída realmente. Esto depende, dice, de su «extracción». «Un alemán que se atreviera á decir: Llevo ¡ay! en mí dos almas, se equivocaría grandemente en el número: cometería un error de muchas almas.» Nietzsche ve en su pueblo un pueblo absurdo, una mezcla monstruosa de razas, «un conjunto del medio en todas las relaciones.» Encuentra á los alemanes «incomprensibles, sin límites, contradictorios, desconocidos, ondulantes, sorprendentes, hasta terroríficos». «¡Qué proximidad de lo noble y lo vulgar! ¡Qué desorden y qué riqueza en la disposición de este alma! El alemán *arrastra* su alma, *arrastra* como un fardo todo lo que le ocurre. Digiere mal los sucesos de su vida, no *concluye* nunca. Los alemanes, según Nietzsche, se sustraen á toda definición; ya por esto «son la desesperación de los franceses». «Es característico de los alemanes que esté siempre á la orden del día la pregunta: ¿qué es alemán»? Otra característica, dice Nietzsche, es que rara vez se habla de ellos sin tener razón. «El alma alemana tiene pasillos, galerías; hay en ella cavernas, escondites y reductos; hay en ella mucho encanto por lo que es misterioso. El alemán conoce los caminos furtivos que conducen al caos. Y como todas las cosas quieren á su símbolo, así el alemán gusta de la nube y de todo lo que es oscuro, naciente, crepuscular, húmedo y velado. Todo lo que es incierto, embrionario, en vías de formación y de crecimiento, le parece *profundo*. El alemán mismo no es, llega á ser, se *desarrolla*. Por esto, el verdadero trabajo del alemán, su perfección en el gran dominio de las ideas filosóficas, es el *desarrollo* (1)

---

(1) *Par delà le Bien et le Mal*, «Pueblos y Patria», cap. VIII, § 244.—Taine había escrito á Nietzsche que encontraba muy «sugestivo» este capítulo.

Si se resume la impresión de muchos pensadores de Alemania, el alemán típico puede definirse así: una personalidad enérgica y concentrada que domina sus contradicciones internas por el *humour* y por la acción. El *humour* es la inteligencia reconciliando los contrarios por la ironía con que los iguala y los aniquila ante un ideal superior; la acción es la voluntad que salta por las contradicciones del pensamiento para realizar este ideal. Tal es la metafísica del carácter alemán según los mismos alemanes (1). Mefistófeles personifica el *humour*. Fausto personifica el pensamiento, curándose por la acción las heridas que se había hecho. En una palabra: para hablar todavía de los alemanes en fórmulas dignas de ellos, diremos que su espíritu es, á la vez, eminentemente antitético y sintético.

II.— Dado un carácter semejante, ¿qué será de él en el medio social? La primera actitud que se puede esperar de él es la enérgica reivindicación de la personalidad. El yo alemán se *coloca*, para hablar como Fichte, y en caso de necesidad se *opone*. No queremos decir, de ningún modo, que esto sea egoísmo, un cálculo de interés que tenga por centro el yo á expensas de los demás; no es una fuerza que se afirma por el hecho mismo de que existe y es enérgica; antes de emplearse en cualquier cosa, manifiesta y defiende su profunda individualidad. De buen grado se aisla en sí misma, y, cuando establece una relación entre ella y los demás, se esfuerza porque esta misma relación tenga un carácter *personal*. El alemán se une con su Dios, pero con un vínculo que le es propio y que reside en su fuero interno; de manera que Dios y él forman, como se ha dicho, una comunidad en la comunidad. Si el alemán trata de construir un sistema del mundo,

(1) Véase especialmente M. Meyer, *International Journal of Ethics*, Enero 1903.

será *su* sistema personal, su solución propia á problemas universales y eternos. Si se trata sencillamente de interpretar «un pasaje de Horacio», concederá una suprema importancia á *su* interpretación individual. En las cosas pequeñas, lo mismo que en las grandes, se afirma con un orgullo tan cándido, que desarma por su inconsciencia. Nietzsche cree que comienza con él una era más importante que «la era nefasta del Cristianismo». Los mismos Schopenhauer y Hegel tenían ideas análogas (1).

Pero éste es sólo el primer lado del carácter alemán cuando se le considera en el medio social. Por una de esas antítesis que constituyen su originalidad combina su amor innato y soberbio por la independencia, con un gusto no menos innato de subordinación jerárquica y aun de sumisión humilde. «Lo que caracteriza al alemán, dice Biedermann, es la obediencia.» Nietzsche echa en cara á sus conciudadanos su «espíritu de rebaño». El alemán gusta de establecer, ó de ver establecer á alrededor, todo un sistema de relaciones bien organizadas, y como se esfuerza por conservar en estas mismas relaciones un carácter enteramente personal, la antítesis conduce de nuevo á una especie de síntesis. Kant, observador profundo, ha observado esta pasión de método, que inclina al alemán á dejarse *clasificar* penosamente con respecto á sus conciudadanos, no según el principio de igualdad que agrada á los franceses, sino según una escala de privilegios jerárquicos; de aquí, decía, un cierto «servilismo»

---

(1) Me acuerdo del profesor de alemán de mi liceo; un hombre excelente y de corazón generoso, desterrado de su país por los sucesos de 1848. Poeta muy distinguido, amigo de Heine, había publicado varios volúmenes de versos (*Las golondrinas, El país azul*, etc.) Yo había traducido en versos franceses sus poesías bíblicas, que eran hermosas; todavía lo veo, hablando de sí mismo con la admiración más grandiosa y más cándida, poniéndose la mano sobre el corazón y exclamando con tono profético: «Sí, yo soy un gran poeta y, gracias á mis versos, usted pasará conmigo *á las posteridades*.»

unido á la pedantería en la graduación de los títulos: «noble, muy noble, etc». Kant veía, en parte, en esto la consecuencia de la constitución política de Alemania; pero también encontraba en ello una inclinación natural del alemán á establecer, «entre el que debe mandar y el que debe obedecer, una escala en que esté señalado cada escalón con el grado de consideración que le corresponde; de tal modo que, el que no tenga profesión, ni título, no sea nada». El individualismo exagerado de Nietzsche, en lugar de conducirle á la anarquía, le conduce á una jerarquía de hierro: amos y esclavos. Como la dialéctica está de actualidad cuando se trata de Kant y de Hegel, diremos que, en el seno de la sociedad, el carácter germánico evoluciona en tres tiempos: primer momento, individualismo; segundo momento, subordinación; tercer momento, jerarquía de subordinaciones, que conserva un carácter individual. En lenguaje histórico se podía decir más sencillamente que el alemán ha seguido siendo feudal de espíritu en el seno de la sociedad moderna. Además, ha conservado el respeto místico y supersticioso de la fuerza. Si puede ser el más fuerte, exige su triunfo en derecho; si es el más débil, se inclina. Como se ha observado justamente, entra en la naturaleza de la fuerza doblegarse ante una fuerza mayor: así se explica, tanto el autoritarismo del alemán como su necesidad de sumisión á la autoridad. Nietzsche ve en todas partes la voluntad del poder *Wille zur Macht,* que conduce á saber mandar si se puede, á saber obedecer si no se puede hacer nada mejor. Nietzsche, que se cree esencialmente moderno, es también esencialmente feudal.

Los alemanes reconocen que hay algo de verdad en las dos principales clases de críticas que les dirigen los otros pueblos. Desde el punto de vista estético y moral: falta de forma y de gracia, á veces astucia bajo su aire de franqueza, espíritu pendenciero y rencoroso, rudeza de maneras, en una palabra, cierta barbarie; desde el punto

de vista político: sumisión exagerada, poco respeto de sí mismo, servilismo. «Buenazo y socarrón; este conjunto, dice Nietzsche, que sería absurdo en todos los demás pueblos, se verifica con mucha frecuencia en Alemania.» Nietzsche se olvida de añadir que hay también muchos alemanes violentos y brutales, sobre todo en Prusia. «El alemán continúa Nietzsche con ironía, gusta de la *franqueza* y la *lealtad*. ¡Qué *cómodo* es ser leal y franco! Esta cándida *honradez* alemana, agradable y sin pensamientos ocultos, es hoy quizá el disfraz más peligroso y más hábil que sabe tomar el alemán. Un arte mefistofélico por excelencia es el que le *abre camino*. El alemán se deja llevar mirando con sus ojos límpidos, azules, vacíos y alemanes —¡é inmediatamente el extranjero le confunde con su bata!... Un pueblo es muy hábil cuando se hace pasar por profundo, torpe, buenazo, honrado, sin astucia; *hacer* creer que es así sería hasta una falta de *profundidad*. Por último, hay que hacer honor á su nombre: no se le llama en vano *tiusche Volk*. Taüsche Volk, pueblo que engaña.» Nietzsche deduce: «Los alemanes están faltos de algunos siglos de trabajo moralista que Francia no se ha perdonado; el que, por causa de esto llame cándidos á los alemanes, convierte un defecto en elogio» (1).

Si hay que creer á M. Hillebrand, ocurre muy á menudo que el alemán es grosero, susceptible, de un trato poco agradable, á veces hasta intratable en su pesada pedantería, ó bien de una familiaridad indiscreta, de una franqueza que, so pretexto de sinceridad, consiste en decir cosas desagradables. Por último, el alemán tiene la suficiencia, como el inglés tiene la tiesura. «Nosotros los prusianos, ha dicho un día Bismarck, no tenemos el talento de hacernos querer.»

Los alemanes responden ingeniosamente á los satirizantes, que todos los defectos de su pueblo tienen el mis-

(1) *Par delà le Bien et le Mal* ibid.

mo origen: demasiada estima por la «significación interior de las cosas», y no la suficiente para la forma exterior. «El alemán, por ejemplo, es con frecuencia descortés porque no se toma el tiempo de revestir de una forma agradable sus convicciones personales, tanto más, cuanto que no concede importancia á esta forma; de igual modo ha descuidado frecuente y tristemente la libertad política, porque sabía que su libertad de *pensamiento* estaba libre de ataques» (1). Hay siempre un refugio para el alemán: su personalidad.

III

EL ESPÍRITU ALEMÁN Y LA LENGUA ALEMANA

La lengua alemana ha hecho predominar el pensamiento sobre la armonía, el sentido profundo de las cosas sobre la belleza de las formas; se preocupa poco, con frecuencia, de la eufonía para atender á lo que es enérgico y «significativo». En la palabra, como la parte esencial es la raíz, el acento ha concluído por cargarse sobre la raíz; la raíz hasta se presta á inflexiones sin que cambie el fin de la palabra. La lengua refleja también el amor del alemán por la bipartición, por la oposición de las ideas: desarrolla en dos sentidos antitéticos la significación de las palabras. También forma palabras nuevas por la negación de las formas antiguas, aun cuando existan expresiones positivas para la idea que hay que exteriorizar: algunos dirán *unschwer* en lugar de *leicht*. «Gustamos de las formas gemelas y opuestas», dice un alemán. De aquí resulta en el estilo un gusto de complicación visible; como la idea más rica le parece al alemán la idea más elevada, su lengua refleja esta persuasión. «Quiere seguir

(1) M. Meyer, *International Journal of Ethics, ibid.*, pág. 241.

á la vez, dice Schopenhauer, tres ó cuatro pensamientos diferentes.» Con frecuencia, hasta añade á la complejidad natural de las cosas una complejidad artificial, debida á sus clasificaciones y á sus sistemas de categoría; de buen grado se hace amontonador de nubes, mientras que el francés siempre está inclinado, cueste lo que cueste, á disipar las nubes. El individualismo germánico se descubre también por el derecho que cada alemán se arroga de fabricar palabras y una lengua para su uso; Dios sabe cuánto han abusado los filósofos de esto. Kant se ha forjado su lengua, Hegel la suya. Para leer á Kant, ha dicho Wloemer, pongo un dedo en un inciso y los demás en un segundo, un tercero, un cuarto, y termino por no tener bastantes dedos. Esta es la historia de muchas frases alemanas. La ventaja de esta lengua es poder seguir á las cosas y á las ideas en todos sus detalles, sin violentar las unas ni las otras, sin imponerlas en beneficio del arte una alineación regular, un orden y una simplificación. El peligro está en confundir lo «subjetivo» con lo «objetivo», en permitir que los espíritus confusos gocen en su confusión, que les parece «comprensión»; á los espíritus oscuros imaginarse que ven profundidades porque no ven claro, y atribuir así á las mismas cosas las tinieblas que sólo están en su espíritu. La lengua alemana ha permanecido como un instrumento demasiado personal en manos de sus escritores; no ha adquirido todavía bastante el espíritu social y universal de la lengua francesa.

IV

EL ESPÍRITU ALEMÁN Y LA RELIGIÓN

En la religión, la verdadera expresión del genio germánico fué indiscutiblemente la Reforma, cuyo verdadero sentido han mostrado también los mismos alemanes. Renuncia ascética al mundo y reglamentación formalista de la Iglesia romana; estos habían sido, dicen, los polos

del cristianismo en la Edad Media. Ahora bien: el ascetismo estaba en oposición con el lado del carácter germánico que se vuelve hacia los goces sólidos; la humildad monástica estaba en oposición con la orgullosa estimación de sí mismos que tienen los germanos; por último, la sumisión al sacerdocio molestaba á su individualismo. Era, pues, inevitable una rección, como también lo era contra el naturalismo, el humanismo, el paganismo del Renacimiento italiano. Se trataba de saber si el culto de la forma triunfaría sobre el del fondo, si la elegancia y la belleza vencerían á la verdad, si el arte se elevaría sobre las ruinas de la moral y, en definitiva, de la religión misma. El alma del cristianismo primitivo «se había dormido como Brunilda»; el Sigfrido que la libertó fué el misticismo alemán. Recordemos á maese Eckart, recordemos á Tauler que decía: «Nuestra eterna santidad no depende de nuestras obras, sino de la fuerza de nuestro amor.» Al trabajo teológico de la Escuela de Eckart daba ya Lutero el nombre de «teología teutónica». Pero Lutero le añade un elemento de pesimismo y de lucha interior. Lutero se atormenta, presa de todas las angustias religiosas. ¿Cómo librarse del pecado, y por lo tanto, de la condenación? ¿Acumulando las buenas obras? No; las obras no accionan sobre el fondo íntimo del alma, el *operari* no transforma el *esse*; las obras, por sí mismas, están «muertas y no pueden dar la vida». El hombre «es semejante á un árbol podrido, que sólo puede querer y producir el mal». Lutero sale de esta ansiedad pesimista por el dogma de la absoluta gratuidad de la gracia. ¿Qué importa que las obras por sí mismas no puedan salvar si Dios da su gracia á quien quiere, con tal que tenga fe? «El justo, dice San Pablo, vivirá por la fe.» Esta es la agravante que Lutero hace sufrir á uno de los dogmas más insondables del cristianismo (1). Y, sin embargo, á los

(1) V. Boutroux, *Questions de morale et de pédagogie: la morale chrétienne.*

místicos intemperantes, como los anabaptistas, que se declaran «dispuestos á dar todas sus obras por un ochavo», les responde aquel alemán práctico: «Nunca hemos enseñado que todas nuestras buenas obras valgan sólo un ochavo. Es el diablo el que dice esto. Dios es el que ha hecho nuestras buenas obras. Si son obras divinas, la tierra entera no es nada junto á ellas.» A pesar de las contradicciones eternas de esta doctrina, en que nuestra obra propia pierde todo su valor, y hasta quizá á causa de estas contradicciones, el pensamiento alemán ha seguido fiel á la idea de la salvación por la fe; más ó menos lógicamente ha deducido de ella, en la moral, la superioridad de la vida interior sobre las obras puramente exteriores. Es un honor para las naciones protestantes haber sabido utilizar lo inteligible en provecho de la moralidad, hasta el fatalismo de la predestinación, en favor de la iniciativa; un oriental habría deducido de ello la abstención y la inercia.

Los alemanes han protestado siempre contra la doctrina ascética de la antigua Iglesia, cuyo ideal era el estado monástico. En la base del ascetismo se encontraba la condenación de todo sentimiento natural como tal; así conducía siempre á la condenación del amor de los sexos, que se debe considerar como el hogar de la vida de los sentidos. «La medida de toda tendencia ascética, dice con razón M. Pfleiderer, se puede determinar por su relación con este punto capital.» Ahora bien, aunque la Iglesia había elevado el matrimonio á la dignidad de un sacramento, y la caballería había difundido el culto de la mujer, el rigorismo católico condenaba el amor de los sexos como una emoción sensual. En los alemanes de la Edad Media se comienzan á encontrar protestas contra este ascetismo. El poeta de la Edad Media, Walter, condena la tradición eclesiástica. «¡Considerad bien, dice, al que pretende que el amor es un pecado!» Su contemporáneo Reinhard presiente la Reforma declarando, con mu-

cho sentido, que el matrimonio es una «orden» divina, mucho más que todas las órdenes de frailes y monjas.

El misticismo germano tendía evidentemente, como ya se ha observado tantas veces, á librar al hombre de la mediación del sacerdote y de los medios formales de salvación, para atribuir toda la significación religiosa á la sinceridad del alma individual y al desinterés de la voluntad. Contra la concepción ascética, lo mismo que contra la concepción centralizadora del catolicismo romano, preparaba el camino á la libertad en la religión, al individualismo en la moral. Pero aunque el misticismo es una fuerza, es también una debilidad. La fuerza es la personalidad reconcentrada en sí, independiente del mundo exterior, que busca en lo más profundo de ella misma un punto de contacto con lo divino; cuando cree que lo ha encontrado, ya se basta en lo sucesivo, se apoya en su Dios: *ad exterioribus ad interiora, ab interioribus ad superiora*. La debilidad del misticismo es la pretensión, que pone de relieve, de una comunicación directa del individuo con Dios; con demasiada frecuencia llega á una divinización de sus propias creencias y de sus propios sentimientos. En esta absorción de un alma solitaria se oculta un orgullo secreto.

Al mismo tiempo, la suficiencia del que cree haber tocado á lo divino engendra, con respecto á los hombres, una especie de insociabilidad. Se hacen independientes de toda relación exterior, de toda regla, de toda ley; ¿no tienen la ley en sí mismos? Hay tantas religiones, tantos cultos, tantos santuarios como individuos. Entonces se manifiesta la antinomia íntima del misticismo. De un lado, el derecho que el individuo se arroga de atender sólo, para lo que tiene que creer y hacer, á su conciencia individual sin ninguna consideración á lo demás, parece fundar la libertad de conciencia y la tolerancia universal. De otra parte, la convicción de haber encontrado lo verdadero y lo bueno, de llevar en sí mismo á Dios, confir-

ma de tal modo al creyente en su creencia, que ya no puede comprender la fe de los demás; intolerante en su pensamiento, concluye por serlo en sus actos. ¿Quién hubo más intolerante que los fundadores de la tolerancia, los Lutero y los Calvino? ¿Quién tuvo menos que ellos la idea del derecho individual? «Los sufrimientos y la cruz, decía Lutero, ese es el único derecho del cristiano; no tiene más.»

Una palabra resume el efecto ordinario del misticismo religioso: fanatismo. Kant ha observado ya que esta especie de enfermedad moral fué siempre más frecuente en Alemania que en otras partes. M. Pfleiderer dice, á su vez, que «la tendencia al fanatismo es especialmente característica de la naturaleza alemana»; es «el lado tenebroso de las inestimables cualidades que desarrolló la Reforma».

El fanatismo español se refiere principalmente á las formas y á las obras; hay que practicar ó perecer quemado. El fanatismo alemán se refiere al fondo y á la fe interior; hay que creer ó ser condenado, cualesquiera que sean las obras. El italiano dirá que creerá y hará todo lo que se quiera; irá á misa y tomará agua bendita; todo le es igual, con tal que le dejen sus ocupaciones y pasiones personales. El francés creerá todo con fervor ó no creerá nada, y si no cree, romperá abiertamente con la creencia común: ¡hay que ser *lógico!*

Cuando el alemán no llega hasta el fanatismo, es con frecuencia un «soñador oscuro y poco práctico». Aquí se encuentra la explicación de esa especie de anarquía religiosa que engendró tantas sectas enemigas, en discusión ó en guerra unas con otras, y lanzándose el anatema cuando no concluían por exterminarse. La historia religiosa de Alemania está de acuerdo con su historia política. «Los alemanes, dice M. Pfleiderer, pagaron su emancipación religiosa respecto de Roma, con la pérdida de su autoridad política y de su independencia.»

La naturaleza «antitética» del genio alemán se muestra, pues, en las cuestiones religiosas como en todas las demás; pero aquí hay que señalar una última antítesis. Si Alemania ha sido el país de la fe más ardiente, también ha sido por excelencia el país de la crítica religiosa. Esto es lo que debía producir más pronto ó más tarde el individualismo de la creencia. La Reforma ha permitido á los alemanes conciliar la necesidad de adoración y de fe con la audacia de la curiosidad, con la libertad ilimitada de la especulación. Pero la crítica alemana fué siempre muy diferente de los ataques y sarcasmos procedentes de Francia. En la época de las «luces», en el siglo de la «razón», el naturalismo francés se mostró amargo y radical en sus tendencias destructivas. El radicalismo, según los historiadores alemanes, está en relación con el juicio frío y matemático de los franceses.» Es cierto que nosotros vamos derechos hacia adelante, que la verdad nos parece que excluye el sí y el no simultáneos. Francia es la tierra de los dilemas: ó Jesús es Dios ó no es Dios, ó ha resucitado ó no ha resucitado. Alemania es el país que ha podido proclamar la identidad de los contradictorios. La ventaja es mantener el respeto; el inconveniente, favorecer cierta hipocresía. Es una necesidad innata para el espíritu germano, nos dice M. Meyer, «tratar con respeto el santuario de los padres, aun cuando se haya salido de él.» Se construye lo nuevo sobre lo viejo, y hasta se da lo nuevo por viejo. Lessing descarga su crítica sobre la Biblia, y destruye la teoría tradicional sobre la inspiración verbal de las Escrituras. Pero su crítica no tiene por objeto la destrucción del cristianismo; tiene, por el contrario, la convicción de la «indestructibilidad» de esta religión: las verdades eternas de la Biblia le parecen independientes de todos los «accidentes y acontecimientos históricos con que las ha unido la tradición.» Según M. Pfleiderer, el objeto de la filosofía kantiana fué el siguiente: dadas esas verdades eternas

en que Lessing había visto la esencia de la religión cristiana, deducirlas de la naturaleza misma de la razón en el hombre.

La tendencia conservadora á la subordinación corrige, en el alemán, el atrevimiento de una crítica sin freno. Considera como un deber «buscar la verdad bajo los antiguos símbolos»; hasta tanto que no la encuentra, no rechaza las formas tradicionales, no manifiesta con energía su actitud de negación más que cuando está en posesión de un «sustantivo positivo», por el cual la ha abandonado; habiéndose «asegurado del espíritu», dice monsieur Meyer, puede fácilmente «pasarse sin la letra». Agreguemos que el alemán renuncia muy á menudo al espíritu, sin pasarse por eso sin la letra. Conserva todas las apariencias de la adoración por lo que ha quemado con sus propias manos. Este género de «síntesis», que reconcilia á los contrarios, es tan familiar al espíritu del alemán como extraño al del francés.

V

EL ESPÍRITU ALEMÁN Y LA POESÍA

Después de la religión, fué la poesía la que presentó al alemán un nuevo espejo en que poder reflejar su fisonomía nacional. La poesía alemana ofrece un primer carácter que le tiene común con todas las otras manifestaciones del espíritu germánico: es muy personal. Su segundo carácter es ser filósófica. En el alma alemana, la reflexión no se separa de la inspiración; cada poeta es, al mismo tiempo, un filósofo y un estético, cuando no es además un sabio, como Goethe. Humboldt escribía á Schelling: «Nadie podría decir si en usted es el poeta el que filosofa ó el filósofo el que poetiza; los dos no forman más que uno.» En Nietzsche, poesía y metafísica son inseparables.

La fuerza de la individualidad retraída en sí y reflexionando sobre sí debía favorecer en Alemania el desarrollo del lirismo, expresión de los sentimientos íntimos. Así los alemanes, olvidándose un poco de Inglaterra, reclaman la «palma de la poesía lírica» con los cantos de Gœthe, de Schiller, de Heine, de Eichendorff, etc. Y su poesía lírica—observa M. Meyer—«es de naturaleza eminentemente solitaria». Un personaje canta su propio sentimiento, su amor, su melancolía, su esperanza, sus dudas, etc.

En la epopeya alemana y el drama alemán se encuentra igualmente la personalidad, no ya ciertamente la del poeta, sino otra con que se ha identificado y de la cual da una pintura puramente psicológica y filosófica. La tragedia alemana nos muestra el continuo y contrario esfuerzo de las pasiones naturales. La terrible mujer que causó la muerte de Sigfrido nos explica ella misma cómo la «tierna esposa» se ha cambiado en «furia». De igual modo—dice M. Meyer—la poesía alemana ha logrado pintar cómo un padre amante, sencillo y retraído por naturaleza, puede convertirse en asesino de su hija (Emilia Galeotti); cómo un pacífico comerciante puede llegar á ser un salvaje incendiario, terror de la comarca (Michael Kohlhaas de Kleist), ó cómo un hombre honrado se metamorfosea en criminal (Erbförster de Otto Ludwig). Schiller se contenta generalmente con mostrarnos el desarrollo de un solo carácter; Gœthe y Lessing nos muestran á veces el de dos. Sea lo que quiera, asistimos á una serie de crisis interiores, de contradicciones más ó menos resueltas, de dudas intelectuales y de errores morales, cuyo resultado es la formación de una personalidad. La tragegia clásica ponía de ordinario en escena una sola pasión personificada, una virtud ó un vicio simbolizado por un hombre, ó también dos puntos de vista intelectuales, dos ideas en lucha cuya reconciliación debe encontrar la inteligencia. El estudio psicológico verificado en la litera-

tura alemana, por el contrario, no trata del estudio de una pasión aislada: trata del hombre entero y sus más íntimas transformaciones. Dada tal pasión humana, se dice el poeta francés, ¿qué hombre la representará? Dado tal hombre, se dice el poeta alemán, ¿qué pasiones contrarias, simultáneas ó sucesivas se desarrollarán como consecuencias de su carácter individual? Lo que aquí se nos presenta es, pues, la formación y la evolución natural de un *yo*.

Es de notar que en la comedia el carácter debe pintarse más bien en el estado de completo desarrollo. Así los alemanes reconocen que su poesía cómica no ha alcanzado la altura de Molière, de los dramaturgos españoles y todavía menos de Shakespeare. M. Meyer nos da una explicación curiosa de este hecho, y es que en esta ocurrencia el poeta alemán «siente una desventaja en la fuerza de su individualidad»; encuentra que es «contrario á su naturaleza ponerse en lugar de otra naturaleza, sin poder modificarla y seguir hasta el fin los vicios de los hombres». De aquí frecuentemente la ridícula conversión de los personajes malvados á la opinión del «buen autor», que, no habiendo podido llegar á abstraerse de sí mismo, reaparece así al final de la pieza. Damos esta razón por lo que valga; en todo caso es muy alemana.

Hay que reconocer también en la poesía germánica la importancia de un último elemento en que no se fijan casi las naciones de cultura latina: nos referimos á lo *inconsciente* del elemento voluntario, contra el cual lucha en vano la razón. La idea de que el hombre es juguete de poderes desconocidos, que luchan en él, llena la literatura alemana, si no «desde los antiguos cantos del Edda», como cree M. Meyer, por lo menos desde la leyenda de Fausto hasta los poetas pesimistas de lo insconsciente. El motivo de esto es que la única región en que los contrarios pueden reconciliarse es aquella misma de que han salido: la región inferior á la conciencia. «Yo me quiero

atener á la Naturaleza—dice Werther—; sólo ella es de una riqueza inagotable».

El romanticismo tiene por rasgos característicos ante todo este amor á la Naturaleza, y después, como consecuencia inevitable, el gusto y el sentido de la historia en que el alemán ve la Naturaleza, continuada y desarrollada; el respeto al pasado y la piedad para los antiguos dogmas en que reconoce el germen de las verdades actuales; la esperanza indefinida en el porvenir unida á la paciencia en el presente; el predominio atribuído al sentimiento, á la imaginación, á la voluntad, sobre la razón que razona y sobre lo lógica abstracta, y por esto mismo la «ternura para el pueblo», que vive sobre todo de sentimiento, para los humildes y los pequeños, para los pobres y hasta para los culpables, que aparecen como víctimas de una evolución, á la cual cooperan todos sin saberlo y, con frecuencia, sin quererlo. Sin embargo, la «ternura» para el pueblo no es quizá tan grande como pretenden los apologistas de Alemania

En suma: á pesar de algunas exageraciones de los estéticos alemanes, no se puede negar que la poesía alemana se ha esforzado, como la misma filosofía, en igualarse en cierto modo con la realidad entera, en conciliar lo ideal y lo real en la viva síntesis de «la persona individual». De un lado la persona tiene por fondo oscuro la Naturaleza inconsciente; por otra parte se eleva, á través de numerosas luchas, hasta la conciencia de sí misma y la plena luz intelectual; es, pues, el punto de contacto de los dos mundos. En cambio, en ese naturalismo místico que llena la literatura alemana se trata demasiado poco del lado social. Mme. de Staël no se equivocaba al encontrar en esos espíritus más capaces de invención que de regla, «demasiadas ideas nuevas y menos ideas *comunes* de las suficientes», entiéndase de ideales sociales. Nos enseñan muy bien, abajo, la sorda y sombría naturaleza de donde sale todo; más arriba la individualidad que se forma y

ocupa su lugar; pero de ese otro mundo, el mundo de la sociedad, de la humanidad propiamente dicha, ¿no han sido más bien la literatura y la poesía francesa las que han abierto sus vastos horizontes?

Entre las artes hay una, próxima á la poesía, sin palabras, pero no sin alma, que hasta toma el lenguaje espontáneo de la emoción, su acento, sus gritos de alegría ó sus quejas, y que nos conmueve hasta el fondo de nuestro ser sin tener necesidad de decir nada preciso á nuestra inteligencia; en la música son incomparables los alemanes. Mientras que la melodía italiana habla sobre todo á las pasiones del orden sensitivo, obrando sobre los nervios por su fuerza vibrante, al mismo tiempo que cautiva por sus formas precisas, la armonía alemana nos hace oir las voces más interiores del alma, y al mismo tiempo todas las voces de la naturaleza que se mezclan con ellas; parece que nos separan de la existencia propiamente intelectual y consciente para sumergirnos en ese Océano de vida profunda en que las vibraciones de la vida universal resuenan en cada ser. Aquí también vienen á fundirse naturalismo y misticismo: todo intelectualismo ha desaparecido. Al escuchar á Beethoven ó á Wagner, no se puede más que adivinar, bajo la complejidad de la armonía, la ciencia profunda y oculta que, realizando la definición de Leibnitz, ha puesto el cálculo matemático al servicio de la inspiración: toda esta ciencia no tiene más objeto que hacernos sentir. Schopenhauer ha dicho que las demás artes, incluso la misma poesía, expresan ante todo la inteligencia y su mundo de «representación»: la música nos introduce en el fondo del ser, que es la «voluntad».

VI

EL ESPÍRITU ALEMÁN Y LA FILOSOFÍA

«De 1780 á 1830—dice Taine—Alemania ha producido todas las ideas de nuestra edad.» Esto es hacer poco caso, tanto de la escuela teocrática como de Augusto Comte, y más tarde de la escuela inglesa y de Darwin. Lo que sí es cierto es que en el «siglo de la historia» Alemania ha tomado la dirección de las almas y producido la gran reacción contra el racionalismo neolatino. Francia, por su parte, no veía la sorda germinación de las ideas alemanas, que poco á poco iban á elevarse contra las ideas francesas. Parecía como si la especulación filosófica fuese completamente inofensiva; ¿para qué ocuparse de las «teorías» alemanas?

La filosofía francesa en su conjunto es, sobre todo, intelectualista. La filosofía alemana, á pesar de la aparente orgía de intelectualismo de Hegel, es en el fondo naturalista, panteísta y mística. El mismo Hegel sólo tiene *lógica* en apariencia: su racionalismo oculta un realismo profundo, absoluto, divinizado.

Si la filosofía alemana no acepta el racionalismo francés, tiene una profunda antipatía por el empirismo, sin elevación, del pensamiento inglés. Nietzsche ve en Bacon un *ataque* contra el espíritu filosófico en general; en Hobbes, Hume y Locke «un rebajamiento y una disminución de la idea de filosofía, que dura más de un siglo». Contra Hume, observa se levantó Kant, «y este último va más allá». Kant no tenía, sin embargo, respecto de Hume el desdén que Nietzsche parece suponer, porque se sabe hasta qué punto Kant estimaba á su antecesor inglés y sentía la fuerza del fenomenismo del autor de los *Ensayos sobre el entendimiento.* Schelling decía: «desprecio á Locke.» Contra el brutal mecanismo de la con-

cepción inglesa, dice también Nietzsche, «estuvieron de acuerdo (según Goethe), Hegel y Schopenhauer, esos dos geniales hermanos enemigos de la filosofía, que divergieron hacia los dos polos opuestos del espíritu alemán y que afectaron no conocerse, como sólo saben hacerlo los hermanos». Nietzsche quiere hablar sin duda de estos dos polos: la dialéctica intelectualista con su montón de abstracciones y la filosofía del querer con su sentido de las realidades profundas; la una, optimista, demuestra la identidad de lo real con lo racional; la otra, pesimista, ve en lo real conocido el escándalo de la razón; y el mismo Nietzsche, ¿no ha aproximado de un modo extraño los dos polos, optimismo triunfante y pesimismo desanimado? Triunfa con el pensamiento de la eterna destrucción, del eterno en vano *(umsonts)*, de la vuelta perpetua de las mismas alegrías y de las mismas miserias, del círculo en que la existencia universal está encerrada para siempre, reducida á repetirse sin cesar, queriendo siempre sobreponerse á sí misma (lo cual constituye la esencia misma de la vida), y volviendo á caer siempre sobre sí misma (lo cual es la esencia de la existencia universal). Hegel y Schopenhauer se reconcilian así á costa de una contradicción más, de una contradicción suprema; Nietzsche acepta el mundo, acepta el mal, acepta el dolor, exclamando en su embriaguez de dionisiano: «¡Vaya! Volvamos á empezar otra vez» (1).

Si nos remontamos al gran movimiento filosófico del siglo XVIII, vemos que, según Herder, el hombre no es más que una parte de la creación; aun cuando el hombre obedece á sus pasiones y se deja llevar á los más violentos excesos, obedece leyes no menos hermosas que las que presiden los movimientos de las esferas celestes. La historia de la humanidad entera se parece al desarrollo de la crisálida, que depende tan estrictamente del te-

(1) V. nuestro libro sobre Nietzsche.

jido que habita; la historia humana es «uno de los capítulos de la Historia Natural». Tratar de romper los lazos que unen al hombre con el mundo, es querer hacerle respirar fuera de la atmósfera. El progreso, resultante de las condiciones anteriores, no se realiza por nuestras voluntades, sino que es provocado por nuestras necesidades. Las facultades de razonamiento y reflexión tienen, sin duda, en él un papel indirecto: modifican y dirigen el instinto, y éste solo es el que obra. En lugar de querer transformar el mundo á la manera francesa, tratemos de comprenderlo.

Con razón los alemanes se miran en Kant. ¿Cómo negar que si el gran filósofo debe mucho á la patria de Descartes y de Rousseau, se separa, sin embargo, también del racionalismo del siglo XVIII por rasgos de importancia mayor, en que se reconoce la fisonomía germánica? En opinión del siglo de las luces y de la razón el hombre era naturalmente bueno. De acuerdo con el protestantismo alemán, Kant admite, por el contrario, la perversidad radical del hombre, su oposición natural hacia la ley moral, oposición visible en la lucha del interés contra el deber. Para vencer el pecado radical de nuestra naturaleza se necesita nada menos que un cambio completo de principio, un nuevo nacimiento de la inclinación; hay que crearse por segunda vez, mediante un acto voluntario que por otra parte no admite explicación. Es *posible* realizar este acto, porque *debemos* ejecutarlo: esto es todo lo que se puede decir. Y como este acto de salvación interior, para realizar exteriormente su obra, necesita un tiempo ilimitado, debemos creer en una vida inmortal, cuya garantía, más ó menos simbólica, es Dios. Esta es la «religión en los límites de la razón pura», que prepara un reino moral superior á todas las iglesias, una República de las libertades, verdadero reino de Dios.

Los alemanes reconocen en Kant, como en una idealización de su naturaleza, la profunda seriedad moral, el

gran sentido del deber y de la disciplina, el entusiasmo por la majestad del imperativo moral que gobierna el mundo, el desdén por una miserable utilidad, el abandono de las lisonjeras ilusiones referentes á la bondad y á la pureza de la naturaleza humana, y, por consiguiente, la humildad religiosa, pero unida á la alta dignidad que hace del ser racional un ciudadano del mundo suprasensible, y, por último, la clara vista del combate de la razón, de la libertad, de la verdad, contra los sentidos, la esclavitud, la ilusión. Es siempre «la lucha de los dioses contra los gigantes», y también la de Cristo contra Satán, que tenía obsesionado el espíritu de Lutero: el antiguo combate germánico y cristiano se ha espiritualizado en la doctrina kantiana.

Según M. Pfleiderer, si Kant representa el gran aspecto del carácter germánico, también representa el aspecto malo: ese sentimiento excesivo de personalidad que caracteriza á los alemanes, y que lleva consigo «un individualismo antisocial y antihistórico». Kant parece á veces creer que la libertad moral del individuo puede bastarse á sí misma, apoyarse en sí misma, autónoma, independiente del influjo de los poderes exteriores, libre de los vínculos de la naturaleza, de la historia, de la divinidad. Según la teoría cristiana de la salvación, por el contrario, ni la desgracia ni la felicidad del individuo tienen su causa en él; la primera tiene su razón en el común origen y la común naturaleza de la especie; el origen de la otra está en la educación de la raza humana, por las diversas potencias del bien que, á través de la historia, hacen una guerra victoriosa á las potencias del mal, y convierten á la raza natural de los hombres en una sociedad religiosa. El cristianismo admite una solidaridad en las responsabilidades. Para Kant, cada individuo es responsable del mal que hay en su naturaleza, porque él lo ha instalado allí en virtud de un acto de voluntad trascendente de que, por otra parte, no se puede dar

cuenta; su regeneración no se puede, por tanto, efectuar más que por su voluntad. Nadie tiene su parte de verdadera responsabilidad en las condiciones morales de sus semejantes; de igual modo, nadie debe su propio estado moral, bueno ó malo, á influjos extraños. «En esta esfera de átomos morales aislados, añade M. Pfleiderer, no hay ningún paso de la operación de los poderes morales de un individuo á otro, ninguna continuación del efecto de una acción moral de un hombre á otro». M. Pfleiderer exagera, seguramente, el individualismo de Kant: este último ha pintado de antemano la sociedad de los espíritus libres en el «reino de los fines», en que se encuentran reconciliada la idea cristiana de la ciudad celeste y la idea republicana de la ciudad terrestre según Rousseau; pero no por eso deja de ser verdad que en Kant subsiste cierto estoicismo retraído. M. Pfleiderer ve en él una manifestación del individualismo sistematizado y erigido en principio, que formó parte siempre de la herencia germánica, y que el poder educador del cristianismo subyugó con trabajo. También en Kant se encuentra el lado místico que gusta á los alemanes. Aunque condena á los místicos, Kant se pierde, por fin, en el «nóumeno»; hace retroceder, por cima del tiempo y del espacio, la libertad, el deber, el reino de los fines. Hegel, no menos hostil que Kant al misticismo, pone á su vez lo absoluto verdadero por cima del pensamiento y de la extensión; lo reconoce en el espíritu, concebido como superior á las categorías del entendimiento y á las leyes de la naturaleza, aunque fundiendo en un conjunto esas categorías y esas leyes. Para muchos filósofos alemanes, para Hermann, Herder, Jacobi, Schelling, como para Schopenhauer, no es el pensamiento el que alcanza el principio de las cosas; es la voluntad.

Aun siendo de tendencia idealista y aun mística, la filosofía alemana no deja de ser al mismo tiempo naturalista. No se encuentra en ella ni los Malebranche, ni los

Berkeley; no admite en ninguna parte, como ha demostrado excelentemente M. Boutroux, un idealismo puro que excluye la realidad del mundo material (1). Al proclamar la «primacía» del espíritu, reconoce siempre los objetos de la experiencia y de la realidad propia del mundo, especie de «escándalo para el espíritu», cuya explicación hay, sin embargo, que buscar en la naturaleza del espíritu mismo. Antítesis y síntesis del idealismo; eso es, en resumen, la filosofía alemana desde Jacobo Boehme hasta Kant, Schelling, Hegel, Schopenhauer. Para todos estos filósofos—y no sólo para el último—el mundo es indivisiblemente «voluntad y representación», espíritu y materia. Se ha dicho que la palabra que pinta mejor el genio de Goethe, es: *totalidad;* la misma definición podría aplicarse aun mejor á los genios filosóficos de Alemania: todos han tratado de comprender el todo, y de dar de él una imagen tan fiel como lo permita el pensamiento humano. De aquí ese carácter de inmensas construcciones que ofrecen los sistemas alemanes; de aquí también en los pensadores de Alemania, esa frecuente pretensión de comprender lo absoluto, cuando no se entregan, como Hegel hizo con su complacencia enteramente germánica en sí, á encarnaciones del mismo espíritu absoluto.

El vínculo entre el naturalismo y el idealismo en el espíritu alemán, es un simbolismo que convierte á la realidad en la expresión de lo ideal, y la comunica por virtud de lo que representa, una especie de carácter sagrado. Así es como el hecho se convierte en el símbolo del derecho; la conquista en el de la justicia. Se llega á divinizar lo menos divino y aun lo menos humano. La historia entera se erige en manifestación de Dios; todas las violencias de que está llena, se colorean de ideal. El an-

---

(1) V. el estudio de M. Boutroux sobre Jacob Boehme, el *Philosophus teutonicus,* en los *Études d'histoire de la philosophie.*

tiguo fanatismo germánico se ha refinado y sutilizado, pero subsiste siempre (1).

Según Lange, Alemania nunca podrá entregarse por completo al materialismo puro: su antigua inclinación por las creaciones metafísicas no se detendrá ni descansará jamás; ha podido olvidar en otro tiempo las «aspiraciones unitarias de la patria»; no podrá nunca olvidar «las aspiraciones unitarias de la razón». La gran arquitectura filosófica, que no es otra que la reconstitución del mundo por el pensamiento, «está todavía más en nuestro corazón, dice Lange, que la de nuestras catedrales de la Edad Media».

VII

EL ESPÍRITU ALEMÁN Y LA HISTORIA

En la historia, los alemanes se consideran como los maestros cuando se trata de marcar propiamente la evolución de las ideas y la de los pueblos. En Francia y en Italia, dicen, la historia describe sobre todo cómo nuevos tipos *determinados*, una vez producidos, se *suceden* uno á otro según leyes igualmente determinadas, como el tipo civilizado de Vico ó el tipo legislativo de Montesquieu; es, por decirlo así, una serie reglamentada de formas fijas y «objetivas». Los alemanes, por su parte, han sido los primeros en comprender los cambios enteramente interiores que se verifican en los límites del «individuo» vivo, sea que se trate de la humanidad (Herder), sea que se trate de todas las creaciones orgánicas (Goethe). M. Meyer explica la aptitud particular de los alemanes para la historia por ese sentido del llegar á ser (Savigny, Grimm, Niebuhr): allí donde los historiadores de las de-

(1) V. nuestra *Idée moderne du droit.*

más naciones, por brillantes que sean, «comprenden una serie entera de acontecimientos», los alemanes dirigen su atención «al *momento* real histórico, al verdadero punto en que radican las cosas, y lo eligen como el fenómeno de importancia». Se recordará el famoso *momento* psicológico del príncipe de Bismarck; es también el *momento* psicológico que todo buen historiador se esfuerza por comprender. «Se complace en la investigación de las líneas limítrofes, por ejemplo, la transición de la Edad Media á los tiempos modernos, etc.» Hegel veía en todo un proceso de tres «momentos»: tesis, antítesis, síntesis—afirmación, negación, determinación—; toda cosa está siempre en disposición de cambiarse con su contraria. En su filosofía de la historia, Hegel ha universalizado esa idea de metamorfosis incesante, de dialéctica siempre fugaz, que al comprender la vida y la realidad se convierte en evolución.

Mientras que en Francia debía desarrollarse la sociología, con su carácter universal y verdaderamente «objetivo», Alemania debía, según Hegel, dedicarse sobre todo á la «filosofía de la historia» é interpretarla en el sentido nacional. Así, aun en nuestros días, es manifiesta la parcialidad patriótica en los juicios del otro lado del Rin. Sin duda que, para todo pensador, es difícil ó imposible abstraerse de su nación; pero los alemanes han erigido en teoría el «nacionalismo». Cuando M. Meyer y Pfleiderer, por ejemplo, nos muestran la grande alma del pueblo alemán, siempre activa, siempre buscando lo mejor, tienen derecho á hacerlo; pero es que van más allá; de creerlos, la iniciativa de las grandes ideas y de las grandes reformas ha venido siempre de Alemania. «Antes que todas las demás naciones, pretende M. Meyer, Alemania se apodera con celo de toda tarea impuesta por el tiempo á la humanidad. Se reconocen por este pueblo las imperfecciones de la Iglesia y se resuelve el problema de su desaparición con la mayor profundidad;» después, en el

siglo XVIII, «la luz procedente de Inglaterra se esparce por Francia, pero sólo cuando aparece en Alemania se hace objeto de legislación práctica y agente en la vida práctica». Aquí el patriotismo arrastra verdaderamente á nuestro filósofo hasta el olvido de los hechos. Aunque la luz vino de Inglaterra, también parece que vino del país de Descartes; tampoco creemos que Alemania es la que ha hecho la Revolución francesa; ni la que ha hecho pasar las ideas nuevas á la «legislación», en la política y en la vida «activa»; ni la que ha dado su código á las demás naciones. Hay cierta afectación, aunque esto esté de moda en Alemania, en tratar á la Revolución francesa como cantidad sin importancia; y si vemos esta injusticia en un filósofo sincero, en un psicólogo, es evidentemente porque constituye un rasgo característico de la Alemania contemporánea. Por lo demás, oigamos la continuación del panegírico: semejante filosofía de la historia no deja de ser instructiva para los franceses. El Imperio romano yacía muerto, nos dicen, y el mundo entero estaba lleno de las «exhalaciones pestilentes» de aquel vasto cuerpo en descomposición. «Entonces vinieron los *huéspedes* germanos, que contribuyeron á *purificar* el aire, y la Edad Media, se elevó sobre el terreno purificado.» Así es como se idealizan, en la ciencia alemana, las invasiones de los bárbaros. No sin asombro aprendemos también que los grandes misioneros germanos, como «Bonifacio», fueron á difundir el cristianismo en la Gran Bretaña; ¡hasta ahora habíamos creído, por el contrario, que Bonifacio, ó Wilfrid, natural de Gran Bretaña, de Kirton en Wessex, había ido á cristianizar la Germania! «El nuevo mundo, en su vigor virgen, pedía colonos al antiguo; los germanos emigraron á América en vastas multitudes y, *ayudados* por los habitantes de raza similar, formaron una nueva nacionalidad.» ¡Así, contra lo que enseñan las más elementales obras de las escuelas, son los alemanes los que, con la ayuda de sus semejantes anglo-sajones, han

fundado los Estados Unidos! Esperemos el progreso de la exégesis histórica de más allá del Rin y pronto nos enseñará que los alemanes son los que han descubierto América. «Toda ciencia nueva, continúa el docto historiador, saca reclutas de Alemania, cuando las otras naciones dudan todavía en dar su aprobación á esta ciencia, como se prueba notoriamente por los nuevos métodos *históricos* y *filológicos*.» Quizá Galileo, Bacon, Descartes, Lavoisier y Augusto Comte fueron también alemanes. «Todo gran movimiento poético encuentra simpatía en Alemania. No hay otra nación tan justa para con el talento extranjero: se honra á los héroes extranjeros»; prueba, el profundo silencio del autor sobre todo lo que ha podido producir Francia; «se estudian las literaturas extranjeras; se registran los archivos extranjeros. En ningún otro pueblo ha habido luchas más fogosas por una causa espiritual.» Está, pues, convenido que las «ideas» no han representado ningún papel ni en la Revolución francesa ni en nuestra historia desde la Revolución. La patria exclusiva de los «combates espirituales» es Alemania, y la prueba es que «las polémicas entre sabios son allí de una violencia notoria» (1). M. Meyer explica este hecho por la naturaleza del espíritu alemán. En estas disputas entre sabios ó entre corporaciones doctas «siempre se afecta á una comunidad de individuos y por esto, en todos los casos, el hombre se siente atacado personalmente». Lessing no envainó nunca su agudo acero «en la batalla por los tesoros espirituales»; una cuestión de «principio», la del juramento profesional de Gottinga, «levantó toda Alemania». M. Meyer añade que este hecho se comprendería

(1) Treitschke dice también: «Entre nosotros, las discusiones científicas degeneran con demasiada frecuencia en cuestiones personales y dan lugar á contiendas fastidiosas.» El autor de un curioso volumen, *Der deutsche Professor der Gegenwart*, dice por su parte: «No hay más que una pequeña minoría de sabios alemanes que tenga cortesía y amabilidad.»

difícilmente en el extranjero, porque, dice, el alemán, aunque se dedica de buen grado á las cosas del exterior, considera su convicción interior como su mayor tesoro y no lo subordina á ningún poder. *Mi casa es mi castillo*, dice el inglés, mientras que el alemán proclama: *Mi Dios es un castillo;* su Dios, al que, con un corto número de asociados, se ha confiado, su idealismo, su fe, su concepción individual del mundo—ó de un pasaje de Horacio—; todas estas son cosas igualmente inatacables. «Sin embargo, si se le ataca por todos lados, se encierra en sí mismo y, desde la ventajosa posición de su individualidad, conquista de nuevo el mundo (1)». Tal es el retrato entusiasta de la terquedad alemana y del yo alemán en un filósofo de intención imparcial, que, sin notarlo, arregla la historia como cierto hombre de estado arregló cierto despacho telegráfico.

El amor á la erudición y la preocupación de los pequeños detalles caracterizan la historia alemana: «Esta raza colosal, decia Ranke, trabaja tanto más sobre un asunto cuanto más insignificante es.» Pero lo que la caracteriza todavía más es el hábito de las conclusiones generales en favor de una idea particular, la misma de la nacionalidad alemana. En la formación de la unidad germánica en el siglo XIX, los historiadores han representado un papel considerable. Fueron los promovedores de la «política nacional liberal», que triunfó después de las victorias de 1866 y de 1870. Esta política, dice monsieur Antonio Guilland (2), la hicieron posible preparando á la nación con sus lecciones. Más tarde llegaron á ser los guías de la opinión pública alemana, que reveló un nacionalismo tan celoso con motivo de la cuestión del Luxemburgo. «Sin el concurso de los historiadores, dice con razón Schmoller, nunca se habría podido levantar el Im-

(1) *Int. Journal of Ethics*, Enero 1893.
(2) *L'Alemagne nouvelle et ses historiens.*

perio.» «Su servicio, dice por su parte lord Acton, fué poner á la historia en contacto con la vida nacional y darle un influjo que nunca ha tenido en otra parte sino en Francia: su provecho haber creado la opinión pública, más poderosa que las leyes (1). Agreguemos que los historiadores alemanes han dañado á la opinión pública. Una de las mayores causas de error y de falsedad, tanto mayor cuanto que ha sabido mezclar lo falso con conocimientos verdaderos, y una vasta erudición de pormenores es la pretendida *ciencia* alemana de la historia. A fuerza de estudiar el pasado, ó más bien la imagen deforme, y con frecuencia engañosa, de un pasado que no se podía ya alcanzar en sí mismo, estos historiadores han ahogado en las almas el sentido del presente y, sobre todo, el entusiasmo del porvenir. Han aplastado bajo el peso de los siglos el sentimiento de la libertad y de la iniciativa: han sustituído el esfuerzo individual por la fatalidad de la evolución colectiva. La historia ha puesto delante de la razón, la naturaleza; delante del derecho, el hecho; delante de la justicia, la fuerza. Y si es cierto que la razón mal ilustrada sobre lo que debe ser conduce á la utopia, la historia mal informada da lugar á la adoración de lo que es, á la divinización de la iniquidad.

Un publicista alemán, Karl Hillebrand, escribía en 1874: «La historia en Alemania, á pesar de la imparcialidad de que alardean sus jefes, es, ante todo, nacional y protestante. Los señores profesores pueden hacerse todas las ilusiones que quieran sobre su «objetividad», sobre su «incorruptibilidad científica», sobre «la rectitud de su conciencia» y «la infalibilidad de su método»; sépanlo ó no, lo quieran ó no lo quieran, han seguido los intereses nacionales y protestantes. Han amoldado la historia á su fantasía. Entre los hechos han elegido los que entraban en su punto de vista. Han hecho olvidar pronto la ciencia

(1) *German schools of history. Engl. hist. Rev.* 1886.

aprendida en los bancos de la Universidad: sólo les ha quedado la tendencia nacional y protestante.»

Andrés Léo, cuyas obras tuvieron gran aceptación en otro tiempo, escribía: «Los franceses no son más que un pueblo de monos (*Affenvolk*). La raza céltica, tal como se ha mostrado en Irlanda y en Francia, siempre ha ido movida de un instinto bestial, mientras que nosotros, los alemanes, nunca obramos más que bajo el impulso de un pensamiento santo y sagrado. Bajo la máscara de los galos se trasparenta siempre la petulancia unida á la vanidad y á la arrogancia.» En la misma obra, aquel historiador llama á París «la antigua mansión de Satanás», y trataba á Necker de idiota. El historiador Menzel quería lavar en «olas de sangre francesa las vergüenzas y las desgracias infligidas á los alemanes por Luis XIV y Napoleón».

El príncipe de Bismarck decía un día: «Aun cuando disponga sólo de argumentos pobres, un hombre tiene siempre razón cuando tiene en su favor la fuerza de las bayonetas.» En el fondo, como observa Mr. Guilland, esta es la filosofía que se desprende de la Historia romana de Mommsen. Esta obra es toda ella una glorificación de la fuerza, sobre todo cuando se ha empleado contra el derecho. «La historia, en su irresistible torbellino, dice Mommsen, despedaza y devora sin piedad á las naciones que no tienen la dureza y la flexibilidad del acero.»

Mommsen hace presentir á Nietzsche que, en su admiración de todas las fuerzas naturales y del desarrollo de todas las energías humanas, da lugar á la moral de los príncipes y artistas del Renacimiento pagano. Se ha dicho, con razón, que Mommsen ha preparado á Nietzsche y le ha hecho posible en su país. En todo caso, nadie ha contribuído más que Mommsen á reaccionar contra la concepción cristiana de la vida humana. Su ideal, por lo menos tal como nos lo revela en *Historia romana,* es el que Maquiavelo desarrolla en su *Discurso sobre Tito Li-*

vio: «Nuestra religión corona más bien las virtudes dulces y contemplativas que las virtudes activas. Pone la felicidad suprema en la humildad, la bajeza, el desprecio de las cosas humanas, mientras que, según la fe pagana, el soberano bien consistía en la grandeza de alma, la fuerza del cuerpo y todas las cualidades que hacen temible al hombre. Si la nuestra exige cierta fuerza de alma, es más bien la que hace soportar los males que la que inclina á las grandes acciones.» En este sentido, se ha podido decir que el discípulo más directo de Mommsen es Nietzsche, que, llevando la teoría hasta sus conclusiones lógicas, ha saludado en el príncipe de Maquiavelo «al tipo espléndido de los conductores de hombres» (1). Por su parte, Ranke había dicho que «los sangrientos combates humanos no son, en el fondo, más que la lucha de las energías morales»; Nietzsche dice: de las energías brutales.

David Strauss se atrevía á escribir que, si Federico el *Grande* conquistó la Silesia, ¡fué únicamente porque quería libertar á los alemanes del yugo de la católica Austria! El mismo Strauss escribía también que Prusia no había hecho nunca la «guerra santa», mientras que todas las empresas de los franceses (Francisco I, Luis XIV, Napoleón) sólo habian tenido por móvil el gusto de la rapiña y la rapacidad (Raublust), y que, por consiguiente, Francia, en 1870, no había recibido más que el castigo que merecía. Caracterizaba así la guerra de 1870: «Una obra de salubridad pública llevada á cabo por Alemania, pues Francia estaba podrida hasta la medula.»

Por último, Treitschke hace intervenir á Darwin para apoyar al absolutismo; describiendo la historia de Alemania como una vasta lucha por la vida, pretende que «la misión histórica de Prusia había comenzado desde el día

(1) Guilland, *L'Allemagne nouvelle et ses historiens*, pág. 141 y siguientes. V. nuestro libro sobre Nietzsche.

en que aquella potencia se incorporó, uno después de otro, los Estados alemanes, para quienes había llegado la hora de la muerte». «Dios no habla ya á los príncipes por profetas y por sueños; pero hay *vocación divina* dondequiera que se presenta una *ocasión favorable de atacar á un vecino y extender las fronteras propias*» (1). Este es el derecho de conquista más cínico erigido en derecho divino. «El resultado de los acontecimientos es un juicio de Dios» (2).

El mismo Treitschke, añade: «La historia pura é imparcial no puede convenir á una nación apasionada y batalladora.» Habría podido decir que la falsificacióu de la historia, bajo una apariencia de erudición engañosa, es uno de los géneros en que nadie ha superado nunca á Alemania.

VII

EL ESPÍRITU ALEMÁN Y LA FILOSOFÍA DEL DERECHO

En Alemania la filosofía del derecho acaba por identificarse con la filosofía de la historia. La una y la otra, al servicio del pangermanismo, formaron la transición del antiguo idealismo al realismo de la Alemania actual.

Desde Herder, todos los escritores alemanes han opuesto la idea individualista del derecho germánico al espíritu «socialista» latino. Esto es confundir la independencia brutal del hombre apenas civilizado, lo que se ha llamado el egoísmo de la fuerza indisciplinada, con el verdadero derecho, que es un sistema de disciplina para la voluntad. El mismo Hegel conviene en ello: la idea de que el derecho es una capacidad moral inherente á la persona moral, á la libertad moral del individuo, no á su

(1) *Zehn Iahre deutscher Kampf*, pág. 30.
(2) Treitschke, *H. und. pol. Auf.*, II, pág. 559.

poder real y físico, no existía entre los germanos, y precisamente los romanos han sido los que han dado por fundamento al derecho la persona, la conciencia individual. En vano Ihering se niega á ver en el concepto del derecho en los romanos otra cosa que el estrecho egoísmo del carácter latino; se le ha respondido justamente que lo que puede explicar los altos destinos de Roma no es un vicio sino una virtud, y esta virtud, en nuestra opinión, es precisamente la sumisión del individuo á un orden universal y político, que es el mismo para todos. Si los grandes filósofos alemanes, Kant y hasta Hegel, se esfuerzan por elevarse á conceptos imparciales, se ve que no ocurre lo mismo con los juristas alemanes, que quieren hacernos admirar la anarquía germánica bajo el falso nombre de autonomía. En los latinos y neolatinos domina el concepto del derecho como *ley* universal; en los germanos y sus sucesores el concepto del derecho como poder individual ó colectivo. El derecho del más fuerte, expresado por lo arbitrario, por la voluntad personal sin freno (*Willkühr*), es, según la confesión de los juristas alemanes, el fondo del derecho germánico, carácter que ha conservado hasta más allá del siglo XVI, dejando huellas en el *derecho del puño*, en el *Faustrecht*. Hoy es el derecho del cañón. La «posesión» germánica es definida así por Hensler: «la manifestación del poder efectivo.» El antiguo *mundium* germánico es el *manus* romana. M. Aguilera, que ha estudiado la idea del derecho en Alemania, como habíamos hecho nosotros en otro tiempo (1), deduce que «la idea de la fuerza es la idea-madre» en la vida jurídica de Alemania. Los alemanes han tenido, sin duda, razón al oponer á los adoradores de las revoluciones, que destruyen, la evolución, que es la única que crea; pero la filosofía alemana del derecho no se ha limitado á esto: ha querido eliminar toda intervención de

(1) V. nuestra *Idée moderne du droit.*

la razón y de la voluntad. Mientras que, para el francés, el derecho es una relación de libertades, y puede recibir mejoras por una nueva intervención de la libertad, para el alemán el derecho nace y crece á la manera de una gran encina que del mismo tronco, alimentado por las raíces viejas, echa ramas y hojas nuevas. De creer á Savigny, el derecho no es el resultado de las leyes positivas. Como la lengua, como las costumbres, como las instituciones, con quien está indisolublemente ligado, el derecho es una fuerza, una función del pueblo» (1). «Los detalles infinitos de la legislación» se producen á su vez «de una manera orgánica», sin intervención de las voluntades libres. El derecho, en una palabra, «se engendra en todas partes por fuerzas interiores y silenciosas» (2). El Estado, que le personifica, es la «manifestación más alta de esa fuerza superior, qué es la vida del pueblo». Sobre estos principios se eleva la religión de la historia, que conduce, en muchos, á la superstición de la historia y, por desgracia, de la historia falsa. El fatalismo de la escuela histórica alemana, que cree que las cosas humanas se producirían sin las ideas y voluntades humanas, que el efecto final sería idéntico con la ausencia de sus condiciones ó de algunas de sus condiciones, precisamente las más elevadas, nos parece gemelo del *fatum mahumetanum*, que hace quedarse al mahometano en medio de la peste, con el pretexto de que si no *debe* morir no morirá.

Estaba reservado á Hegel fundir en uno solo todo el realismo histórico y el idealismo metafísico. Para este pensador, cuyo influjo fué tan grande en Alemania, cada Estado es independiente y soberano respecto de todos los demás. La afirmación más alta que el Estado puede dar de su soberanía es la guerra. En ninguna parte como en el «realismo de la guerra», de creer á Hegel, alcanza el

---

(1) *Von Beruf unserer Zeit*, 1814, pág. 5.
(2) *Ibid*, 8.

Estado su «idealidad», porque entonces la vida y la propiedad de los ciudadanos se encuentran abiertamente subordinadas á la conservación de la «sustancia común», que es el Estado. Como el Estado representa la fuerza, puede y debe usar de la fuerza para mantenerse y engrandecerse. Hegel no admite de ningún modo, con la escuela francesa, guerras que tengan por objeto la «civilización», el «progreso», la «justicia», la «humanidad»; no admite más que las que se proponen el interés del Estado «amenazado ó lesionado». En cuanto á los tratados de paz «que deban durar eternamente», se burla de ellos: siempre provisionales, la razón de Estado los ha firmado, la razón de Estado puede romperlos. En cada momento de la historia, un pueblo representa una fase del desarrollo de la Idea; cuando triunfa, los demás no tienen derecho contra él. Así dominaron el Oriente, Grecia, Roma. Hoy le toca á la raza germánica.

La divinización hegeliana del hecho y del éxito, la elevación de lo real á la dignidad de lo racional, á pesar del sentido profundo que un Hegel podía dar por su cuenta á estas teorías, no debía por eso dejar de favorecer finalmente el realismo, permitiéndolo cubrirse con los colores del idealismo. Como la historia es divina, los hombres y los pueblos sólo tienen que realizarla según su poder y según sus intereses y habrán sido los profetas y los sacerdotes de la divinidad inmanente del universo.

Después de haber penetrado entre nosotros por primera vez, gracias á algunos espíritus poco clarividentes y superficiales, como Víctor Cousin, la metafísica hegeliana del derecho ha vuelto á nosotros, por segunda vez, en forma de invasión. En Alemania, más ó menos latente, subsiste en el fondo de todos los pensamientos. En 1876, para celebrar el aniversario del emperador Guillermo, Ihering pronunciaba su discurso sobre la fuerza del derecho, y, á pesar de atenuaciones metafísico-jurídicas, deducía de nuevo que la fuerza es la que crea el derecho.

«Todo derecho existente y en vigor es un hijo de la historia (*ein Kind der Geschichte*), y debemos inclinarnos, con un sentimiento de veneración, ante la fuerza victoriosa, producto misterioso de las fuerzas y leyes morales, que dominan las explosiones más salvajes de la guerra... La *potencia* del vencedor; esto es lo que constituye y determina el *derecho*; y reconociendo este principio es como puede terminar la guerra y venir la paz. De esta manera se concilia nuestro sentimiento jurídico con la dura ley de la historia» (1). ¡Singular conciliación!

La idea francesa del derecho no ha podido implantarse en las cabezas alemanas. ¡Los mismos que trataban de conservar la imparcialidad nos echan hoy en cara, con el profesor Koschwitz, que en Francia «se conciba como una iniquidad la anexión de Alsacia-Lorena á Alemania»! M. Koschwitz censura también á los franceses, después de haber primero echado la culpa de la guerra de 1870 á Napoleón y Eugenia, que quería «tener su guerra», por descargar la principal responsabilidad sobre «ese mal intrigante de Bismarck, que había imaginado pérfidamente la candidatura del príncipe Hohenzollern y arreglado tan bien las cosas, que se había hecho inevitable una declaración de guerra» (2). Así el despacho de Ems se considera como no recibido y no se tienen en cuenta las confesiones del mismo Bismarck; ¡él no quiso la guerra, sólo nosotros la quisimos! ¡Moltke no había preparado, esperado, ni creído el conflicto!

A pesar de esta interpretación germánica de la historia, seguirá siendo cierto que Alemania organizaba sabiamente la guerra desde años antes, con Moltke y Bismarck (á quien Negri llamaba un bárbaro de genio). Por una obra maestra de diplomacia, poco escrupulosa en la

(1) *Macht und Recht*, Bonn, 1876.

(2) *Les Français avant, pendant et après la guerre 1870-71*, por el Dr. Koschwits, profesor de filología romana en la Universidad Marbourg (traducido en 1897 por Julio Félix).

elección de medios, Prusia supo darnos la apariencia de una odiosa ofensiva hacia Alemania, á quien quería arrastrar consigo. M. Welschinger, en su libro sobre Bismarck, ha puesto frente al despacho oficial procedente de Ems el despacho arreglado por el príncipe, y ha citado las palabras típicas que siguieron á ella: «Este texto se conocerá en París antes de media noche. No sólo por lo que dice, sino por el modo como ha de divulgarse, producirá allí sobre el toro galo el efecto de un trapo rojo. Es esencial que seamos los atacados. La presunción y la susceptibilidad galas nos darán ese papel.» Así es como Bismarck aplicaba á nuestra costa la psicología de los pueblos (1).

Si se puede conceder que la resistencia al imperio de Bonaparte y la organización ulterior de Prusia «fueron, en parte, la consagración de la labor de los filósofos y poetas de Alemania», no se podría justificar por las mismas razones la guerra violenta, más ofensiva que defensiva en el fondo, hecha por Alemania en 1870, ni, sobre todo, la conquista, esperada en Prusia hacía años, y de la que la guerra era sólo el medio.

La política prusiana en el interior es conocida: «Gracias á Dios, decía el conde de Moltke, el antiguo régimen

(1) El hombre á quien han exaltado los historiadores alemanes es, dice Mr. Guilland, el hombre de todas las falsedades, desde el día en que, en vísperas de la guerra de Dinamarca, decía á Bernstorff: «El pretexto que invocáis no vale nada. Si necesitáis la guerra, yo me encargo de suministraros un *casus belli* de lo más claro, en veinticuatro horas»; hasta el día 28, en que, lápiz en mano, mutiló el despacho de Ems, para darle la forma agresiva que debía desencadenar la guerra. «¿Vió entonces la enorme responsabilidad de su acto, los millares de soldados que iban á matarse mutuamente, las ruinas, los desastres, el duelo, dos naciones armadas hasta los dientes, una para conservar lo que ha tomado, la otra para tratar de recuperarlo? No vió nada de todo esto, y, según su propia confesión, nunca comió con tan buen apetito. (*L'Allemagne nouvelle et ses historiens*, pág. 172). Bismarck ha encontrado en su país apologistas de «estas falsedades», y no entre los hombres inferiores. «Bendita sea la mano que ha trazado estas líneas, dice H. Del-

policíaco y paternal, la antigua teoría, tan censurada, de que hay que hacer felices á las gentes, aunque no quieran, subsiste todavía en Prusia, á pesar del progreso». Los historiadores no dejan por eso de demostrar que Prusia, y no Francia, es la única que comprende la libertad y la igualdad civil y política. M. de Sybel trata de definir la libertad y sostiene que los franceses no tienen siquiera idea de ella: «La verdadera libertad, dice, es el derecho del hombre á desarrollar todas las disposiciones morales de su naturaleza, según su libre decisión. La verdadera igualdad consiste en reconocer que esta libertad existe para todos los hombres, que tienen derecho á una protección igual y á una igual capacidad jurídica. De aquí la idea democrática verdadera y eterna que pretende fijar el derecho político del individuo, no á la manera feudal, por el ciego azar del nacimiento, sino sólo teniendo en cuenta el trabajo que ha hecho y elevando al patriota capaz é instruído, aun cuando proceda de la más humilde cabaña, sobre el descendiente de la nobleza, egoísta ó ignorante. Carrera abierta para el talento y el mérito, esta es la significación de libertad é igualdad». Todo el mundo exclamará que este cuadro de la verdadera libertad y de la verdadera igualdad es precisamente

---

brück... Si la cosa no hubiera resultado, Bismarck hubiese encontrado otra... Un buen diplomático tiene muchas flechas en su carcaj.» (*Preuss Jahrl*, tomo XIX, pág. 739.)

«Bismarck declaró un día en el Reichstag que todos sus esfuerzos, después de Sadowa, habían tendido á producir silencio en Francia sobre los armamentos de Prusia, y á inspirarnos una falsa seguridad. Llegado el momento, añadía, sólo he tenido que suprimir las subvenciones á los periódicos franceses, que «por esto se han vuelto á hacer patriotas, y, predicando la guerra, me han ayudado á hacerla estallar». De igual modo, antes, cuando Cavour hubo realizado la unión italiana, pidió á las Cámaras un *bill* de indemnidad por 62 millones de «publicidad en el extranjero», cuyo destino se negaba á precisar. «Con esto, decía, he unificado á Italia.» ¡Cuántos de esos millones habían servido para alimentar á la prensa bajo el Imperio!» (*La France au point de vue moral*, pág. 100.)

el comentario de las ideas mismas de la revolución francesa. M. de Sybel responde por un *distingo*: «Los franceses, dice, han fracasado totalmente en la primera de las obras que se habían asignado, la de fundar la libertad en su país, y sólo han tenido éxito á medias en la otra, que fué establecer la igualdad de los ciudadanos.» Sobre esto nos expone lo que él llama la falsa noción de la igualdad que tienen los franceses: «Los franceses, dice, pretendían que los hombres han nacido *iguales en derechos* y que es obra del Estado realizar esta igualdad, exigiendo para todos: un derecho de sufragio igual, un derecho de elegibilidad igual, una parte igual en el poder político. Esta pretensión debía llevarlos rápidamente á la reivindicación, que es su consecuencia lógica: derecho de posesión igual, derecho de goce igual, así como derecho de trabajo igual. Y ya sabemos cómo se han aproximado á la realización de esta idea Robespierre y Hébert. Aquí es donde se encuentra el origen de la inestabilidad de todas sus obras, tanto en el siglo XIX como en el XVIII» (1). «Mientras que la naturaleza de la raza anglosa-jona, dice M. de Sybel, se resume en las palabras *self-government*, la de los franceses se resume en un continuo esfuerzo hacia la descentralización.» El aborto de la república francesa no tiene otra causa á los ojos del historiador alemán: «Para explicar la revolución, dice, habrá siempre que volver á esta cuestión: ¿cómo es posible que el entusiasmo de 1789, que aspiraba con tanta fuerza á la libertad, diese, después de seis años, un resultado tan homicida? Sin duda, contribuyeron á ello la incapacidad de los jefes en la primera mitad de la revolución, la falta de experiencia de la masa en la práctica de las cosas políticas, y la excitación de las pasiones populares por la guerra extranjera. Pero el defecto capital fué la falta

(1) *Gesch. der Revolutionszeit*, edición de Stuttgart, 1878, tomo IV, pág. 44.

absoluta de inteligencia para estas dos ideas fundamentales: la libertad y la igualdad.»—«Las teorías radicales, dice á su vez Treitschke, hacen nacer al Estado de la voluntad libre del pueblo soberano. La historia nos enseña, por el contrario, que los Estados se elevan casi siempre *contra* la voluntad de la mayoría del pueblo, por la *conquista* y por la *sumisión*; y así como la guerra, aun en los tiempos de elevada cultura, conserva siempre su *poder plástico* de hacer los Estados, así la política interior de los pueblos no se determina sólo por los cambios de la opinión pública, sino por los actos de los gobiernos» (1). Poder plástico, un nuevo nombre de la fuerza triunfando sobre el derecho. Un alemán nunca se ve perplejo para hallar una fórmula simili-metafísica.

Treitschke ha extremado más que los otros el grito del nacionalismo bárbaro: «Nos hemos dejado seducir demasiado por los grandes nombres de tolerancia y de luz (Anrklärung).» Ha sido la «nodriza» de aquella generación que decía ya con Herwegh: «Basta ya de amor; probemos ahora el *odio*.» En 1870 lograba la realización de sus sueños, y, como el poeta Geibel, embriagado por sus victorias, podía exclamar: «¡Yo te saludo, santa lluvia de fuego, tempestad de la cólera, que estalla después de tantas horas de angustia! ¡Tus llamas nos curan y mi corazón te responde por latidos de alegría! ¡Aguilas de potente vuelo, adelante! ¡Ya Alemania respira y templa sus arpas para celebrar sus victorias!» (2).

Las arpas, la espada, el fuego, la varita, el águila, la fuerza, la Idea, la erudición, la mitología, el Señor, el Emperador, el pietismo, el militarismo, la ciencia, la brutalidad; todo esto se mezcla todavía hoy en las cabezas semi-feudales y semi-modernas de Alemania.

---

(1) *Deutsche Geschichte*, tomo IV, pág. 350.
(2) Guilland, *L'Allemagne nouvelle*.

VIII

EL CARÁCTER ALEMÁN Y LA HISTORIA DE ALEMANIA

Los alemanes han tratado de deducir *à priori* el sentimiento general de su historia del carácter de su nación, é importa recoger sus testimonios para ver cómo se pintan á sí mismos. Sin duda, hay que desconfiar de sus especulaciones metafísicas, que, desde Herder hasta Hegel, han introducido, bajo la apariencia de la «lógica», tantas fantasías en la filosofía de la historia; sin embargo, se puede concederles aquí su principio esencial, á saber, que la historia de Alemania es como una especie de larga dialéctica, en que el espíritu de individualismo y el espíritu de subordinación han formado sucesivamente la tesis y la antítesis, sin llegar á la síntesis deseada. El individualismo germánico es real, si se entiende por esto la energía de la voluntad personal buscando en sí misma su alimento, nutriéndose, por decirlo así, de sí misma y persiguiendo lo que Kant llama la autonomía. Pero no olvidemos que en el alemán la tendencia individualista tiene por complemento una tendencia marcada á la subordinación, una especie de gusto innato por la jerarquía. Estos dos rasgos de carácter se encuentran en la historia germánica. El primer elemento es, pues, «positivo»: es la «ambición enérgica» y el «espíritu invencible»; el segundo es negativo, es la sombra del cuadro: «conflicto sin fin entre la individualidad y la subordinación». Estos dos extremos vuelven siempre á ponerse en contacto uno con otro, y se produce así un movimiento dialéctico, cuyas peripecias ha descrito admirablemente M. Meyer en su libro sobre el pueblo alemán. Tan pronto como, por alguna feliz coincidencia de circunstancias, se efectúa una «subordinación en rangos determinados», la comunidad así producida «se erige en individualidad que poseer sus

particularidades personales»; el *Estado prusiano*, el *Ejército prusiano*, la *Ciudad de Viena*, la *Escuela de Suabia*, no quedan puramente como ideas, como ocurriría en las naciones llamadas neo-latinas, sino que se convierten en «organismos vivos», que desenvuelven sus caracteres particulares «mucho más allá de lo que exigían su objeto y su fin». La comunidad se hace así individual, hasta tal grado, «que es casi imposible obtener entrada en ella á gentes del exterior». Existe una barrera más grande entre los bávaros y la burocracia prusiana que «entre los franceses y el sistema inglés de oficiales»; é inversamente, el individualismo germánico, sea personal ó colectivo, aspira siempre á la subordinación. «Diógenes, dice monsieur Meyer, aquel antiguo *carácter* griego, se contentó con pedir á Alejandro que no le quitase su rayo de sol; un Diógenes alemán hubiera pedido inmediatamente á Alejandro que se retirase á un tonel junto á él.» La idea es rara, pero por eso es más característica. Por lo demás, según nuestro filósofo, la reconciliación del individualismo con la comunidad, intentada secretamente en todo por los alemanes, ha quedado como un «bello ensueño».

Es cierto que se encuentra una primera prueba de este incesante conflicto en la historia *interior* de Alemania. Lo que la constituye, nos dicen, es la «lucha entre hermanos», sea «en las emigraciones de los pueblos», sea «en la guerra de los treinta años», sea «en 1866». Lo que caracteriza también á esta historia, es «el inútil sacrificio de millares de hombres para fines que se debían abandonar posteriormente: el derecho supremo de investidura, la subordinación de Italia, etc.». Vemos las guerras de los príncipes contra el emperador, de las ciudades contra la nobleza, los campesinos maltratados por los nobles, los ciudadanos por los príncipes de menor importancia, «el mayor imperio del mundo expuesto al desprecio de las naciones durante siglos, el más noble de los pueblos atormentado por tiranos minúsculos». ¿Cuáles son las razones

de este fenómeno? M. Meyer nos las revela como psicólogo perspicaz. Como el alemán es territorialmente individualista, «sus negocios de interés personal» son para él de demasiada importancia; las «materias abstractas» pierden, por tanto, importancia á sus ojos, porque el alemán «es un idealista de *sentimiento*, y no como las naciones latinas, de *concepto*», de tal modo que un simple concepto no le conmueve.—Manera ingeniosa de convenir en que el alemán es tan realista como idealista, y que si gusta de especular platónicamente en su fuero interno, sabe reducir las cosas á lo que son en realidad, en el dominio de la acción—. «Mientras que la fina línea de demarcación entre lo que *nos* interesa y lo que no *nos* interesa, encuentra aplicación diaria en la vida, el concepto puro de la nacionalidad queda sin realización en el pensamiento; y esta actitud es la que explica la lucha entre hermanos.»—Sin embargo, se dirá, el espíritu de obediencia y de sacrificio por un principio es natural en el alemán—. Sí, pero es porque considera «el principio como una parte del *yo*». La situación sin defensa de Alemania durante siglos se debió al hecho de que las diversas tribus ó clases, aun sintiendo la necesidad de la subordinación, eran de hecho incapaces de «subordinar su individualidad al *todo* común»; el pueblo sufre las exacciones de los pequeños señores, porque nadie se aventuraba á poner el pie fuera de su provincia para ir á otra, «que era á sus ojos la de un *inferior*». Bajo el prejuicio de su propia individualidad, «el prusiano no ha considerado en el austriaco más que al no prusiano; el güelfo no ha visto en el staufer más que el adversario de su propia gran idea; en el emperador, cada príncipe no ha visto más que el poder que amenazaba á su propio esplendor; y en su atormentador, el ciudadano no ha visto más que el dueño que estaba por encima de él». ¿Cómo dejar de reconocer, á pesar de los excesos de una metafísica rara, lo que hay de cierto

y de histórico en este cuadro? El antiguo imperio federal era, según la frase de Puffendorf, un monstruo desde el punto de vista de la política. Comprendía 266 Estados que gozaban de plenos derechos seculares y eclesiásticos, principados ó repúblicas, sin contar las «señorías directas» diseminadas en los Estados principales, y cuyo número calculaba Jastrow en 2.000. Así, mientras que la Revolución consistía para Francia en romper con el pasado, debía consistir para Alemania en renovar los vínculos rotos siglos hacía. Mientras que los franceses, dice M. Sorel, demolían sus bastillas y quemaban sus privilegios, «los alemanes restauraban sus castillos y reunían sus archivos». Si es permitido ver en esto una diferencia de temperamento y carácter, hay que ver todavía más el efecto de condiciones sociales y políticas enteramente opuestas, al mismo tiempo que la natural reacción que sigue á la acción de las cosas humanas. Los franceses tenían hacía mucho tiempo una patria, y buscaban la libertad; los alemanes, ante todo, pedían una patria: para esto no había que desligar y disolver, sino unir y organizar para obtener la «unidad alemana».

Desde mediados del siglo XVIII, todos los países germánicos tendían á la unidad económica, moral y política, que era entonces su común ideal. Por otra parte, el más moderno, el más realista y el más militar de los Estados del imperio, Prusia, se esforzaba por extender su poder, por ensanchar su territorio, por igualarlo poco á poco con el territorio germánico entero. Alemania se encontraba así con un objeto común, la unidad, y un instrumento, Prusia. Esta, por el militarismo y la burocracia, tenía que envolver por fin, como en una vasta tela de araña, á todos los Estados, en otro tiempo separados de la confederación germánica. Para el psicólogo, parece que Alemania y Prusia se han repartido, con las empresas, las dos principales fuerzas del espíritu alemán; el patriotismo que aspira á la unidad ideal y moral, y la ambición que aspira

al dominio real, político y militar. Estos dos factores del gran problema histórico los hemos visto combinarse en todo el curso del siglo XIX, hasta que la fusión fué completa.

Entre las antítesis fecundas que los alemanes cuentan en su historia, se encuentra el carácter á la vez revolucionario y conservador, destructivo y constructor, que pertenece á la Prusia misma. Muchos alemanes repiten que una raza puramente alemana no habría realizado el tipo de concentración política que representa el Estado prusiano, y que necesitaba la mezcla de un elemento más flexible; el elemento eslavo. Esta opinión nos parece que agravia á los germanos. Sin duda que hay mucha sangre eslava en Prusia. Pero, como ha demostrado M. Vidal-Lablache, la colonización germánica es la que ha puesto su sello á la nacionalidad prusiana; colonización no entregada á la casualidad, continuada sistemáticamente durante varios siglos, reclutada en todas las razas de Alemania, principalmente en el elemento sajón y holandés, al cual se agregó más tarde un fermento francés. De esta combinación ha salido un pueblo especial; un tipo muy caracterizado y muy personal, que ya hacia fines del siglo pasado, atraía vivamente la atención de los observadores, y especialmente la de Mirabeau (1).

La palabra «adiestramiento» se ha dicho que es la que representa mejor la diferencia principal que existe entre el prusiano y los otros alemanes. El prusiano ha estado sometido á un adiestramiento que se remonta mucho en el pasado. «Llegado á una tierra nueva como colono, el futuro prusiano se encontró allí emancipado de esos vínculos locales que enlazan al campesino con su parroquia, al burgués con su ciudad, y les impedía ver más allá. Las formas en que había cristalizado la sociedad

---

(1) Mirabeau, *Tableau de la Monarchie prussienne*. Londres, 1788.

alemana, no tuvieron tiempo de consolidarse en Prusia. La mano de los jefes militares, margraves, electores ó reyes, pudo trabajar sobre una materia maleable y dócil de aquellos campesinos endurecidos por la lucha contra un suelo avaro; de aquella burguesía sin brillo municipal, hizo un pueblo de funcionarios y de soldados. No hubo en Prusia más que servidores del Estado; y en aquel concurso en que el príncipe daba el ejemplo, todos tuvieron el sentimiento de su propio esfuerzo» (1). Sobre un suelo así preparado, los éxitos del gran Federico promovieron un orgullo nacional inmenso. Excitaron aquel «numen nacional»—según la expresión de Mirabeau (2)—que llamaban en Alemania el aguijón prusiano. «Los prusianos, escribía más tarde Beugnot, tienen de común con los alemanes la lengua, el valor y la inclinación al iluminismo (3); pero en la escuela de Federico se hicieron desenvueltos y osados». Por estos «ademanes decididos» y por esta «convicción de su superioridad», es por lo que se imponen á los otros alemanes (4).

Una dinastía extranjera que destruye sin piedad la independencia de la nobleza indígena por una técnica guerrera superior; abolición de la autonomía de las ciudades; política de conquista que produce la unidad y la igualdad de todos los súbditos; para este objeto, formación de los ejércitos permanentes y de la burocracia, instrumentos flexibles de la Monarquía; en su consecuencia, financierismo pronunciado, y para sostenerlo, protección del comercio, de la industria, de los cambios, hasta de la ciencia; por último, sublevación contra el antiguo imperio y guerra contra su último representante, la

(1) Vidal-Lablache, *Etats et nations de l'Europe*, pág. 192.
(2) Mirabeau, *Tableau de la Monarchie prussienne*. Londres, 1788, t. III, pág. 661.
(3) *Mémoires*, t. I, pág. 396.—Este último rasgo parece hoy demás, pero lleva la marca del tiempo.
(4) Vidal-Lablache, *Ibid.*

Monarquía de los Habsburgo; en todos estos rasgos, M. Toennies reconoce el carácter revolucionario de Prusia, es decir, «liberal», porque, según él, revolución es liberalismo. Pero al mismo tiempo nos muestra en Prusia una formación política esencialmente conservadora, puesto que ella es el absolutismo mismo, tratando de «darse una consagración sobrenatural, aliada de la Iglesia», atribuyéndose la santidad de la tradición y del derecho hereditario, cuando en realidad ha roto una multitud de tradiciones y de derechos.

Para comprender cómo la unificación interior y la expansión exterior debían marchar á la par en Alemania y volverse finalmente contra los obstáculos exteriores, es decir, contra nosotros, hay que recordar importantes leyes de psicología que se aplican á la vida nacional lo mismo que á la vida individual. La primera es que los pueblos, como los individuos, sobrepasan siempre en la realidad el objeto inmediato que persiguen como ideal: quieren siempre más de lo que necesitan.

Alemania no podía contentarse con querer su propia unidad; su ambición tenía que desbordarse al fin más allá de sus fronteras. Ya hace tiempo que se canta del otro lado del Rhin: «Hasta tanto que la lengua alemana resuene y eleve himnos á Dios en el cielo, esto debe de ser para ti, valiente alemán.»

So weit die deutsche Zunge klingt
Und Gott in Himmel Lieder singt,
Das soll es sein, das soll es sein,
Das, wacker Deutsche, nenne dein!

Y no sólo, según la reivindicación lingüística, puesta de moda por los filósofos, es alemán todo territorio en que resuena la lengua alemana, sino también, según la reivindicación histórica, puesta en boga por los historiadores, es alemán todo territorio sobre el cual ha vivido una tribu alemana en sus peregrinaciones. Con ayuda de estos dos principios, ¿qué no se pueden adjudicar? Allí

donde el primero no se puede aplicar, se podrá aplicar el segundo. Sin embargo, de creer á M. Meyer, sus compatriotas, en sus relaciones con las demás naciones, nunca han pedido más que «una existencia apacible». Las tribus germánicas que tomaron parte en las emigraciones de los pueblos bárbaros se vieron casi «obligados por la necesidad á conquistar el Imperio romano y á pedir hospitalidad en él». «Siglos después, no ambicionaron más que la Italia, en parte, porque esto entraba en la idea del *imperium*, y en parte, á causa de una pasión ardiente y sentimental por la *tierra de la belleza,* sentimiento comparable al de un rudo guerrero que trata de conquistar á una muchacha seductora». Como se ve, los alemanes no hacen nada más que con buenos motivos; los mismos vándalos eran sentimentales, y en lo sucesivo hay que decir vandalismo por *amor á la belleza*. En cuanto á los alemanes modernos, preguntaremos á M. Meyer, si en sus cantos nacionales no hablan lo mismo de atacar que de defenderse:

> Alemania, Alemania por encima de todo,
> Por encima de todo en el mundo,
> Sí, para defenderse y *atacar*,
> Se une fraternalmente.

Pero M. Meyer nos respondería que, si sus compatriotas «han hecho muchas conquistas», ha sido por causas «enteramente espirituales».—Más valdría, dejando á un lado todas estas hipocresías voluntarias ó involuntarias, decir que los alemanes han sufrido, como todos los pueblos, la ley de expansión que rige la vida, pero que debe, en la humanidad, dejar paso á la moral.

Otra ley de psicología colectiva tenía que manifestarse en Alemania á expensas de sus rivales. En los pueblos, todavía más que en los individuos, los sentimientos é inclinaciones fundamentales que obran en secreto y tienden á mover la voluntad, se sustraen á la claridad de la conciencia, pero, sin embargo, esta claridad se hace al

fin necesaria para imprimir la dirección última, para hacer pasar al acto lo que sólo estaba todavía en estado de virtualidad. Individuos y pueblos obran entonces bajo una «idea», con un «motivo» consciente, al cual hasta atribuyen de buen grado toda la eficacia; pero muy á menudo la idea no ha sido más que el motivo que provoca la descarga de las fuerzas reales y de las tendencias anteriormente acumuladas. En Alemania, las fuerzas de unificación almacenadas durante el siglo pasado necesitaban un motivo consciente, una ocasión reflexiva para realizar todo su esfuerzo; bajo los dos Imperios, la misma Francia se ha encargado de este papel; ¡nos hemos ofrecido á Alemania para que, contra nosotros, se levantase en masa y estableciese su unidad!

De creer al sabio historiador que ha escrito la *Historia política de la Europa contemporánea*, la historia del siglo concuerda mal con nuestra tendencia natural de atribuir grandes efectos á grandes causas, tendencia que nos eleva «á explicar la evolución política, como la evolución geológica, por fuerzas profundas continuas, más extensas que las acciones individuales». La revolución de 1830, la de 1848, la guerra de 1870 no han sido más que sucesos repentinos. «En estos tres hechos imprevistos no se ve ninguna causa general, en el estado intelectual, político ó económico del continente europeo. Son tres accidentes que han determinado la evolución política de la Europa contemporánea» (1). Un filósofo ó un simple psicólogo admitirá difícilmente esta teoría, sobre todo en lo que concierne á Alemania, cuyo desarrollo, primero idealista y después realista, manifiesta una dialéctica tan regular y racional. Desde el siglo pasado, Mirabeau, con rara previsión, insistía sobre la necesidad de dejar su forma al imperio germánico «que sólo podría parecer poco importante para la tranquilidad de Europa y aun

(1) Ch. Seignobos, *Histoire politique l'Europe contemporaine.*

para la felicidad de la especie humana á aquellos que no conocen este inapreciable país».—«¿Se sabe, decía, hasta dónde podrá ir el que un día sea dueño de Alemania?» Los alemanes repiten de buen grado que «el imperativo categórico» es el que ha vencido á Napoleón (no sin la voz todavía más categórica de los grandes cañones); es cierto que todos los hombres que han preparado ó conducido la guerra de la independencia estaban empapados en las altas doctrinas idealistas de Kant. Fichte, especialmente en sus famosos *Discursos á la nación alemana*, elevó á una generación rebajada y enervada predicándola el deber y el sacrificio por las ideas. Pero el instinto de defensa y de conservación, así como el de desquite, también han tenido su parte. Cólera sorda y desconfianza incurable debían ser desde Napoleón los sentimientos de Alemania para nosotros hasta el momento del «choque del retroceso». Desde el día en que se había dirigido hacia la primacía intelectual, Alemania había comenzado «esa batalla de la independencia, que una vez comenzada se gana siempre, cualesquiera que sean sus peripecias», y tenía derecho á exclamar á su vez: «Yo pienso, luego existo» (1). La obra que sus filósofos y sus poetas habían comenzado en el mundo de las ideas, sus hombres de Estado la han terminado en el dominio de los hechos: habituada á la hegemonía intelectual de Alemania, Europa se ha encontrado preparada para aceptar su preponderancia material (2). Después de haber puesto la mano sobre el pensamiento moderno, Alemania tenía que ponerla sobre la fuerza moderna.

Nosotros, durante este tiempo, seguimos creyendo en el cuadro de la Alemania romántica y en el libro de madame de Staël (3). Los sabios y los pensadores de Ale-

(1) Denis, *L'Allemagne de 1789 á 1810.*

(2) V. A. Sorel, *L'Europe et la Révolution française.*—Levy Bruhl, *L'Allemagne depuis Leibnitz.*—Rambaud, *Les Français sur le Rhin.*

(3) El Dr. Koschwitz (*loc. cit.*) pone de relieve las ilusiones que nos hemos hecho en otro tiempo sobre Alemania. Antes de la gue-

mania nos parece que se «complacen en escribir largas obras en un estilo indigesto, adornado de innumerables citas y cuyo lenguaje pesado desafiaba la paciencia de los lectores más indulgentes» (1). Los gobiernos eran, á nuestra vista, «absolutamente incapaces de crear una organización un poco completa del Estado y de introducir en él una administración enérgica; el individualismo alemán paralizaba toda comunidad de idea, todo impulso nacional». Entre otros cien juicios extraordinarios, recuérdese á Jorge Sand escribiendo el 8 de Enero de 1871: «El prusiano *en persona* no es sólido y no causa ningún temor á nuestros soldados. ¡Se corre á él sin armas y se deja coger armado!» Y Carlos Hugo, en un estilo digno de su padre: «Quien haya visto un regimiento prusiano en marcha ha visto una horda feudal. Se creería que era un carnaval guerrero. El soldado es un arlequín disfrazado de Marte.» Cuando las naciones ignoran hasta este punto la psicología de los demás pueblos, están expuestos á severas lecciones.

Los alemanes, por su parte, no tenían ni esta candidez, ni esta ignorancia, ni esta falta prodigiosa de memoria. Entre los pueblos, los hay que rumian por más tiempo sus recuerdos y que, en caso de necesidad, se remontan siglos hacia atrás para buscar nuevos alimentos á su rencor. Donde dominan, como en Alemania, naturalezas á la vez flemáticas y sanguíneas, con un desarrollo cerebral

---

rra, dice, toda la Alemania parecía á los franceses cubierta todavía de bosques, sembrada de castillos en ruina, habitada por una raza rubia de ojos azules. «El alemán, un buen hombre, un poco corto de alcances, cumplía cuidadosamente los deberes diarios de su profesión; después de lo cual iba á diario á la atmósfera espesa de una cervecería. Allí, fumando su larga pipa, bebiendo vaso tras vaso, cambiaba con amigos semejantes á él ideas nebulosas, olvidando al resto del mundo para no pensar más que en sus utopias favoritas y en sus intereses de campanario.» Su compañera Gretchen cumplía en el hogar doméstico «los deberes que la prescribe Schiller en *La Campana.*»

(1) *Ibid.*

considerable, se puede esperar un género particular de resentimiento. La cólera en el alemán, como en el meridional bilioso de España ó de Italia, es paciente, tranquila en apariencia, se alimenta con su propio veneno y espera el momento. Pero hay la diferencia de que el italiano ó el español ejerce su voluntad en contener exteriormente un odio que desde el primer momento ha alcanzado toda su violencia íntima, mientras el alemán ejerce la suya en sobreexcitar su frialdad natural. Herido en su sombría personalidad, necesita, sin embargo, cierto esfuerzo para manifestar su cólera; duda mucho tiempo, y lo que prefiere para triunfar de su último escrúpulo, es verse, según las palabras de Quinet, atacado hasta el extremo por los otros. Además, por haber llegado el último á la civilización, el alemán ha conservado, hasta en nuestro siglo, algo de la dureza primitiva, apropiándose, por otra parte, todos los recursos nuevos de la ciencia. Deberíamos, pues, haber esperado una explosión, tanto más terrible cuanto más se había retrasado. Pero no hacíamos el menor caso de la psicología de los pueblos y, como los niños, nos figurábamos á todo el mundo según éramos nosotros.

Entonces vino el último acto del drama. Cuando las ideas y los sentimientos se han elaborado durante siglos, concluyen siempre por encarnarse en *voluntades*, á veces en las de todo un pueblo. Y cuando cierto número de pueblos, más ó menos divididos todavía políticamente, pero en comunión de intereses económicos, de creencias filosóficas, morales, religiosas, necesitan llevar á cabo su unidad para realizar su común aspiración, saben encontrar su instrumento en aquél de entre ellos que tiene la voluntad más enérgica. Por esto, Quinet, excepción solitaria en Francia, tenía razón al predecir en 1831: «La raza germánica se agrupará bajo la dictadura de un pueblo, no más ilustrado que ella, sino más ávido, más ardiente, más exigente, más experto en los negocios.—¿Es,

pues, que el Norte se ocupa en este momento de hacer su instrumento de la Prusia?—Sí; y si se le dejase, la impulsaría lentamente y por detrás al asesinato del viejo reino de Francia.» Este asesinato ha estado á punto de cometerse. El carácter germánico se nos ha revelado por completo. Le hemos visto tan realista como idealista, tan positivo como místico, tan capaz de furor como de entusiasmo, uniendo al poder de su inteligencia el de una voluntad indomable, que no separa nunca el derecho de la fuerza, que diviniza sus propios éxitos, que erige en teorías religiosas y metafísicas sus ambiciones de conquista, que anuncia al mundo entero, sobre los campos de batalla, el juicio de Dios. También en esto había representado su papel la psicología, aun antes de que llegase el famoso «momento psicológico», aprovechado, ó más bien provocado, por el canciller de hierro (1).

M. Koschwitz está persuadido de que, «por una consecuencia increíble del orgullo nacional de los franceses, la desgraciada campaña de 1870-71, con todas sus derrotas, no ha hecho más que aumentar en el pueblo la alta idea que tiene de sí mismo y el desprecio que profesa por sus vencedores». Los franceses «están de nuevo convencidos, como antes de 1870, que, á número igual, las tropas francesas son, en todos los respectos, superiores á las tropas alemanas, y que una nueva guerra en que los dos pueblos se encontrasen solos, uno frente á otro, redunda-

(1) Un historiador inglés, Freeman, queriendo caracterizar la última trasformación política de Alemania, se expresa así: «Era difícil dejar de restablecer la dignidad imperial en una confederación cuya constitución era monárquica y que contaba reyes entre sus miembros. Ningún otro título que el de emperador podía convenir á un soberano colocado á la cabeza de otros soberanos. Sin embargo, hay que tener presente en el espíritu que el nuevo imperio de Alemania no es de ningún modo la continuación ó la restauración del Santo Imperio germánico, que había caído sesenta y cuatro años antes. Se podría más bien considerar como una restauración del antiguo reino germánico. *Geogr. politique d'Europe* (trad. fr. página 229).

ría en gloria de Francia (1). No creemos que el orgullo francés sea tan enorme como piensa M. Koschwitz, y, aunque somos el pueblo más olvidadizo de la tierra, todavía no hemos olvidado la herida, siempre sangrienta, de Alsacia-Lorena, ni la amenaza, siempre suspendida sobre nuestras cabezas; pero lo cierto es que no debemos dormirnos en una engañosa seguridad, como nos proponen los sectarios sociales.

En suma, de las tres grandes trasformaciones de Alemania que se han producido en el siglo XIX, dos son en parte nuestra obra: la primera y la última. La política insensata de Napoleón I al comienzo del siglo, por la disolución del antiguo imperio alemán, suministra á la realización del nuevo lo que los historiadores del otro lado del Rin llaman «sus condiciones exteriores y negativas»; en el segundo período, la política comercial prusiana establece la base económica y material del nuevo imperio, por la formación de la Unión aduanera ó Zollverein; por último, Napoleón III hace que se realice la unión política de los alemanes, primero por su benévola inercia respecto de Prusia, unida á su intervención imprevisora en favor de Italia, y después por el lazo final en que su incurable ceguera precipitó á Francia en 1870. Tales son, en nuestra opinión, las grandes lecciones de psicología histórica que se desprenden de los acontecimientos del siglo XIX, y que muestran que la filosofía germánica tiene razón al ver en la realidad una dialéctica viva.

Los historiadores y filósofos alemanes, por otra parte, no dejan nunca de mezclar la dialéctica con la sofística. En la guerra de nuestros tiempos, pretende M. Meyer, «los alemanes no han hecho más que afirmar sus derechos y frecuentemente hasta han dejado de hacerlo». Un pueblo tan «desinteresado» y tan «pacífico con sus veci-

(1) *Ibid.*, pág. 212.

nos», aun siendo todavía bárbaro; un pueblo que no conquista el Imperio romano, ó la Polonia, más que por «necesidad» ó por «amor á lo bello», debería ser particularmente simpático á los demás pueblos, y, sin embargo, M. Meyer confiesa, con una franqueza enteramente filosófica, que «los alemanes nunca han encontrado amistad en sus vecinos, ni como nación, ni como individuos». Verdad es, añade, que «pocas naciones están estimadas bien por los que las rodean». Lo cierto es que el alemán «rara vez es objeto de amor como conquistador y administrador, ó como inmigrante y como huésped». La Alsacia cuenta *aún hoy* (parece que la cosa es sorprendente) más admiradores de todo lo que es francés que amigos del antiguo gobierno prusiano de Westfalia». ¿Se comprende una cosa semejante? La culpa, según M. Meyer, se debe atribuir únicamente á que los alemanes son propensos á cuidarse poco de las formas. «Son concienzudos, serios y seguros; pero no saben apreciar el poder de la bondad en su verdadero valor.» Sin esta única razón, ¿cómo Alsacia y Lorena no habían de estar alegres por ser alemanas?

En vano pretende M. Meyer que la santa Alemania ignora las guerras de interés ó de ambición, que es el eterno soldado del derecho; pues si no, ¿cómo explicar la frase de Federico en el momento de penetrar en Silesia: «Ante todo, apoderémonos; siempre encontraré pedantes para probar mis derechos»? Con motivo de la cuestión del Schleswig-Holstein, el mismo M. de Sybel reconoce que, en el fondo, para Prusia esta cuestión no era más que un asunto de interés: «la cuestión de vida ó muerte de su comercio (1).» Análogamente explica los orígenes de la guerra austroprusiana, no tanto por el resultado arbitrario de pasiones personales, como por el conflicto inevitable de antiguos derechos aumentados durante siglos por las imperiosas necesidades nacionales, cada vez más

(1) *Die Begrundung*, III, pág. 30; IV, pág. 81.

fuertes. «El estado de malestar que resultó de aquí, añade, era insoportable, y sólo una crisis violenta podría conducir á una curación duradera. Esta curación se ha hecho para la salvación de Alemania (1).»

«La cuestión de los ducados, decía á su vez Mr. de Roon, no es una cuestión de derecho, sino una cuestión de fuerza, y la fuerza la tenemos nosotros.» ¡Enhorabuena! Todo el partido militar de Prusia repetía la misma cosa. «¡Figúrese usted, decía el general de Manteuffel al general Fleury, que soy general de división y nunca he visto el fuego!» M. de Bismarck hacía esta confesión: «Es cierto que todo el asunto danés sólo puede resolverse, para nosotros, tal como lo entendemos, por una guerra: no nos veremos preocupados para encontrar el pretexto cuando llegue el momento propicio para entrar en campaña.»

Treitschke, según el cual la fuerza es un derecho bastante alto para no necesitar astucia, fustiga «las pequeñas intrigas y las maniobras torpes y repugnantes de los diplomáticos, que querían hacernos creer en los derechos que, según ellos, tienen los Hohenzollern á los ducados», en lugar de confesar sinceramente la verdad; que es «que no queremos una nueva corte...; que el particularismo de los de Holstein se ha señalado demasiado; que se trata de la prosperidad de una tierra alemana, á la cual hay que hacer feliz á pesar suyo...; que la germanización del Norte del Schleswig es una cuestión apremiante...; por último, que Prusia debe anexionarse esta tierra para ser capaz de una gran política alemana». *Zehn Jahre deutscher Kampf*, páginas 9-26.)

En nuestra candidez tradicional, nos imaginamos que las demás naciones, á ejemplo nuestro, admiten un derecho de los pueblos á disponer de sí mismos. Esto es olvidar demasiado pronto las declaraciones de los hombres

(1) *Ibid., Vorwort.*

de Estado alemanes ó ingleses. Según ellos, cuando los que gobiernan un país creen inevitable una guerra, es su *deber*, en interés del mismo país, hacerla estallar por los medios apropiados y en el momento más propicio, reservándose así la ofensiva; no comprometer la salvación de la nación por «vanas formalidades», como la previa declaración de guerra ó el respeto á los neutrales; como las relaciones jurídicas no están todavía organizadas entre las naciones, la fuerza es aquí, necesariamente, la que triunfa del derecho. Esta es la teoría de los prácticos, así como de los filósofos y juristas de Alemania. Démonos, pues, finalmente por advertidos; no continuemos creyendo que las demás naciones admiten nuestros propios principios, y que á ellos someterán benévolamente sus actos.

Recordemos también que Alemania, por lo menos Prusia, está lejos de tener la naturaleza tan pacífica como quieren hacernos creer psicólogos como M. Meyer. La ambición política y militar fué siempre en ella tan ardiente como el patriotismo nacional, y esto aun en la época en que la común cualidad de alemán constituía por sí sola la patria alemana. Además, Alemania nunca se ha contentado con desear su propia unidad: su ambición ha rebasado siempre de sus fronteras. Este hecho se enlaza con la ley psicológica establecida antes, en virtud de la cual los pueblos pasan siempre más allá del objeto inmediato que persiguen, y quieren siempre más de lo que necesitan. «Poseo, dice el duque de Richelieu, que contribuyó á la restauración de Francia después de 1815, poseo un mapa, del cual no me separaré jamás; me lo dió el emperador Alejandro después de firmar el tratado de 20 de Noviembre de 1815... En este mapa está trazada la línea de las provincias que querían arrancar á Francia: lo que pudo impedir el apoyo del emperador Alejandro. Esta línea comprendía una parte del Franco Condado, toda la Alsacia, una gran parte de la Lorena, y los tres

obispados, Stenay, Sedán, Mézières, Givet, todo el Hainaut, y la Flandes francesa hasta el mar» (1).

En el Atlas clásico de Stieler, entre otros muchos, el mapa político de Alemania, edición de 1869, engloba al Austria con la Holanda y la Bélgica. El estado austriaco *Œsterreichischer Staat* figura en él con el mismo título que el estado prusiano, *Preussischer Staat.* Se ha conservado el hábito de englobar teóricamete, en espera de otra cosa mejor, en la gran Patria, todo lo que tiene un aspecto alemán ó simplemente una proximidad alemana. Así, por cima de los límites actuales del imperio, hay otra Alemania «no menos popular en los libros y en la escuela»; ésta se extiende desde el Paso de Calais hasta Presburgo, de la punta de Jutlandia al golfo de Fiume. La Francia tiene asignados en él límites naturales que, partiendo del cabo Gris-Nez, llegan á las fuentes del Lys, del Escalda y del Sambre, siguen la Argonne y las alturas entre el Mosa y el Ornain, hasta la meseta de Langres y los montes de Faucilles». Sin reivindicar positivamente, por lo menos en su total, el reino de Arles, se recuerda que Alemania tiene derechos históricamente fundados sobre los países del Ródano. Suiza, Bélgica, Luxemburgo, los Países Bajos, Dinamarca, figuran como «Estados alemanes exteriores» en la órbita del nuevo imperio: cuando no es el parentesco de lenguas, es el vínculo de obediencia ó de vasallaje el que los ha unido en otro tiempo al Imperio de Alemania (2). Los buenos vecinos de Alemania, que habían creí-

(1) Extracto, por la *Nouvelle Revue* del 15 Octubre 1893, de un informe inédito del duque de Richelieu.

(2) Estos ejemplos están tomados de una de las obras escolares más difundidas, Daniel, *Handbuch der Geographie,* especialmente t. III, pág. 17; t. IV, pág. 945; t, II, pág. 673, etc., quinta edic.

En lo que concierne á las relaciones de Alemania y de Italia, se encuentra el pasaje siguiente:

«Después de Rodolfo de Habsburgo, los soberanos que han comprendido en su amplitud la idea imperial, nos prueban que aún en Italia no se había perdido todo; se hubiera necesitado sólo que un

do en la muerte del Santo Imperio, pagarían, por tanto, las costas de su resurrección, «si llegaba alguna vez un día de aplicar los pretendidos derechos históricos» (1).

Todavía en nuestros días y hace dos años (para no citar más que un solo ejemplo), en el *Gran Ducado de Baden*, se dirigió á la Cámara una petición de algunos espíritus generosos para llamar su atención sobre la enseñanza de la historia: el *Lehrbuch für Volksschulen*, prescrito por las autoridades escolares del Ducado, consagra, dice, 45 páginas á descripciones de batallas en el mundo

---

gran corazón hubiese presidido la sucesión de Carlomagno. ¡Frase trivial la de que Italia no ha sido para Alemania más que un apéndice peligroso! Hasta estos últimos tiempos, una política verdaderamente alemana no podía renunciar á ejercer un influjo preciso sobre las cosas de Italia... (t. IV, pág. 8).» La última fase ha quedado suprimida en la última edición por consideración á la *triple*.

Prusia inspiró también los mapas geográficos del género de aquél que apareció en 1861 bajo el título de *Francia según los deseos de los alemanes*. En él se atribuyen á Italia la Saboya, el Delfinado, la provincia de Niza; á Alemania, Alsacia-Lorena y una parte del Franco-Condado. Más recientemente, el *Neue Kurz*, cuyo inspirador se dice que era M. de Caprivi; la *Neckar Zeitung*, la *Zwanzigste Jahrhundert*, y después de ellos una multitud de periódicos alemanes han demostrado, por la historia y la lingüística, que Francia debía tener por límites, al Este, el Sena, el Saona y el Ródano; más allá de éstos, todo es de origen germánico ó romano. Alemania tiene, pues, el derecho de reivindicarse, como si le perteneciesen los Flandes, el Artois, la Picardia, la Champaña, una parte de la Borgoña, el Franco-Condado y el Norte del Delfinado. Italia tiene por «deber histórico» que recuperar el Sur del Delfinado, la Saboya, la Provenza, Niza y Córcega, como indican, por otra parte, tantos mapas del mismo género publicados igualmente ultra los montes, y donde figura «la Italia exterior» esperando que se convierta en «interior».

Los periódicos alemanes restablecen de buen grado y por anticipado la frontera del Imperio «tal como estaba bajo Carlos V». «Después de una nueva guerra victoriosa, nos apoderaremos de siete departamentos de Francia: el Norte, el Mosa, el Meurthe, los Vosgos, el Alto Saona, el Doubs y el Jura. La población de estos territorio es de sangre alemana, aunque después de la Edad Media ha adoptado costumbres welches.» (*Neues Kurs*, de Berlín, Octubre de 1893.)

(1) Vidal-Lablache, *Etats et nations de l'Europe*, pág. 203.

épico, y en él se representa á Francia como el enemigo hereditario de Alemania, *der deutsche Erbfeind*».

De los discursos bien conocidos del emperador Guillermo I, de M. de Moltke, de M. de Bismarck, de M. de Caprivi, se desprende que la política alemana es la del Senado romano: *Pacisque imponere morem*, obligar á todos los pueblos á la paz mediante la guerra. Así, ante el militarismo tan poderosamente organizado, que ejerce un influjo continuo sobre el carácter germánico, y lo modifica según sus fines, debemos nosotros, los franceses, aprovechar la gran advertencia dada por el mismo Kant: «Hasta el momento supremo de la constitución de los Estados Unidos de Europa, que cada pueblo tenga la mano en el puño de su espada; de otro modo podría desaparecer antes del gran día».

Esto es lo que olvidan en Francia los espíritus ligeros que se imaginan que Francia puede desarmar y abandonar el pie de defensa, y que no tiene nada que temer de Alemania. Hablar así, es dar prueba de esa profunda ignorancia de la psicología de los pueblos, que ya tantas veces nos ha lanzado en las peores aventuras. Estamos bien persuadidos de que Alemania tiene una idea del derecho enteramente opuesta á la nuestra, que no ha pasado del carácter sagrado y divino de la fuerza y de la conquista; esta teoría, ¿no la ha sostenido recientemente Nietzsche, cuyas ideas brutales van esparciéndose cada vez más en Alemania, merced á su envoltura poética? En este mismo momento vemos cómo Inglaterra pone en práctica doctrinas análogas. Indudablemente, tampoco será la patria de Maquiavelo á quien pediremos el culto desinteresado del derecho por el derecho y de la paz por la paz. Siendo así nuestros vecinos, los ataques dirigidos entre nosotros por ciertas sectas contra todas las instituciones vitales de nuestro país, contra la justicia, contra el ejército, contra la idea misma de patria, no son otra cosa que una traición más ó menos inconsciente; y si estas

sectas lograsen hacernos abandonar todos nuestros medios de defensa, debilitar todos nuestros órganos de vida, no serían las ideas humanitarias, socialistas ó libertarias las que se aprovecharían de ello: sería la política realista y nacionalista de Alemania, de Inglaterra, de Italia, dispuestas á repartirse los despojos de Francia. Por haber querido ser gentes «sin patria», nuestros revolucionarios quedarían bien pronto incorporados á la «Patria alemana» ó á otras no menos dulces para los pueblos conquistados.

X

EL ESPÍRITU ALEMÁN Y LA TEORÍA DE LOS GRANDES HOMBRES

A la filosofía germánica de la historia y del derecho va unida la teoría de los grandes hombres, encarnación del pueblo y de la Idea inmanente del pueblo. El carácter alemán se contempla en los genios de Alemania, y no sólo se reconoce á sí mismo en ellos, sino que, en virtud de la fundamental identidad establecida entre lo humano y lo divino, se adora en ellos.

Bajo el nombre de «ley de singularidad», se ha propuesto una hipótesis que, en nuestra opinión, no es más que un aspecto de la verdad. Se ha pretendido que los grandes hombres, sobre todo los grandes hombres de Estado, se han señalado todos por un carácter «particular», opuesto al carácter nacional del país que gobiernan: á esta «singularidad» de su carácter deben su éxito político. En efecto, dicen, poseyendo las cualidades de que carece el pueblo que gobiernan, exentos, por otra parte, de los defectos nacionales de este pueblo, excitan su admiración y le hacen sufrir su influjo (1). Ciertamente que un grande hombre debe tener en sí algo de extraor-

(1) M. Ferrero, *Europa giovane.*

dinario, sin lo cual sería un hombre ordinario; pero su singularidad no le impide necesariamente entrar en el tipo nacional. Es posible que muchos grandes hombres hayan tenido cualidades que no eran siempre las de su nación, y hasta que trascendían á extranjero; se puede reconocer esto, sobre todo, en Napoleón y Mazarino. Pero es difícil dejar de ver al germano en Bismarck y en todos los grandes hombres de Alemania.

Todos los historiadores alemanes admiten los derechos supremos del genio, que es para ellos la personificación de la fuerza superior. La última palabra en todas las cosas, según Hegel, pertenece al soberano: es «el punto sobre la *i*», pero la primera palabra pertenece al genio. M. de Sybel sostiene con Treitshke, en una de sus cartas, que «los hombres fuertes son los que hacen su época. La masa no hace nada; siente necesidades demasiado apremiantes; los hombres cultos, á su vez, vislumbran el ideal del porvenir, pero confusamente; para realizarlo, se necesita un hombre, el hombre fuerte, que no sólo reconozca como los demás el ideal del tiempo, sino que encuentre en él los verdaderos medios para alcanzar el fin. Así ha hecho Bismarck la unidad alemana».

Una ojeada á la lista de los héroes más importantes de Alemania, hace observar la repetición de ciertas características. El *guerrero*, nos dice M. Meyer, es siempre el que interesa, ya se pelee con armas, con palabras ó con «planes», y, sobre todo, interesa cuando hace frente á una potencia superior. El pueblo, además, no gusta de dejarlo en completa soledad, como Napoleón ó Nelson, el *pendant* inglés de Blücher—ó como Dante y Garibaldi, «Una mujer legítima está junto á él, y amigos fieles y vasallos, á su alrededor». Los héroes germánicos no se consideran en parejas, «método tan natural al gusto francés, de la simetría (Corneille y Racine)». No acabamos de saber dónde ha visto M. Meyer esas parejas de héroes franceses. No por amor á la simetría, sino por respeto á

la historia, se juntan Corneille y Racine, como los alemanes mismos juntan sin cesar á Goethe y Schiller, á Bismarck y Moltke. En cuanto á los héroes de Corneille ó de Racine, el Cid, Poliuto ó Fedra, no vemos que estén agrupados dos á dos. «Blücher y Gueisenau, continúa M. Meyer, no están colocados uno junto á otro como iguales; el héroe guía y su amigo sincero le sigue á una larga distancia». Nos parece que también aquí M. Meyer se deja arrastrar á simetrías artificiales y germánicas. «En Alemania, añade, el primer héroe fué Arminio, valiente, astuto, ambicioso. Se le representa de pie, en medio de su familia; se le compara con Winkelried, que se lanzó sobre los batallones austriacos gritando: «¡Cuidad de mi mujer y de mis hijos!» Por consecuencia de sus ambiciones y de las de los demás, Arminio cae víctima de la desunión germánica: «su muerte, ¡ay!, debía quedar como típica». En Barbarroja, los historiadores alemanes encuentran la «preparación paciente para la acción», tan asombrosamente combinada con la «impaciencia de la esperanza». Lutero es también «el guerrero de una causa espiritual». El pueblo alemán, nos dicen, ve siempre á Lutero en medio de su familia, todo consagrado á la teología, á la música, conversando con sus amigos y pidiéndoles consejo, se le representa también en otras situaciones, en Worms, haciendo él solo frente á un gran número; en Wartburgo, sumergido en trabajos solitarios y sin «retroceder ante el diablo». Su ardor apasionado, su tenacidad en no ver más que un lado de las cosas, así como también su desconfianza en el combate, su *humour*, su fuerza y su osadía, unidas á su humildad ante Dios; éste es el retrato nacional de Lutero. «¡Qué alejada está, nos dice M. Meyer, esta figura insensatamente vigorosa, inusitada, de los tipos abstractos y convencionales á que han quedado reducidos los héroes de las naciones latinas, Dante ó Savonarola!» No vemos bien por qué Dante y Savonarola son tan abstractos, ni más

ni menos que San Luis, Bayardo ó Juana de Arco, ni lo que vienen á hacer aquí el eterno prejuicio de las razas, tan fuerte en los germanos, que se consideran como la raza superior».

Pero pasemos á otra cosa. Nos presentan, á continuación de Lutero, al gran Federico, también un «invencible guerrero», también «lleno de humour», con muchas de las buenas cualidades nacionales, rodeado de sus fieles, como Lutero (¿y su mujer?); por otra parte, juez equitativo (el molino de Sans-Souci); después, en su vejez, un solitario reconcentrado». El pueblo alemán, nos dicen, está familiarizado con muchas de sus particularidades características; la casaca manchada de rapé, la muleta, el sombrero abollado. El pueblo alemán, en efecto, no gusta en sus héroes de «la riqueza de los caracteres individuales y las particularidades excéntricas». El sombrero aplastado de Bismarck, como el de Federico II, forman una parte esencial del cuadro. Sea; pero, ¿no ocurre lo mismo con todos los retratos populares, desde la rueca de Juana de Arco, cuando apacentaba sus ovejas, hasta la casaca gris y el «sombrero» del pequeño caporal. «La nación alemana se complace en el *humour* de sus héroes, en su aversión por la deliberación teórica, y también en ciertos detalles de carácter casi mecánico, como la toma de rapé ó la pipa; los alemanes no encuentran nunca natural idealizar á sus héroes hasta la incomprensibilidad. El alsaciano Kléber, dirigiendo á Napoleón esta hipérbole de las hipérboles: General, sois grande como el mundo, hablaba á un héroe de la nación *francesa*». Convenimos en que el francés idealiza más y también en que se deja llevar á la retórica, aun cuando sea «alsaciano»; pero (aparte de que las naciones que no tienen retórica la sustituyen de buen grado por la sofística) se convendrá, por otra parte, en que el genio épico de un Napoleón se presta, muy de otro modo, á la idealización que el frío maquiavelismo y la perfidia reptil de aquel político caute-

loso que se llamó Federico. «Los héroes alemanes, se deduce, no son abstracciones, sino vigorosas personalidades. Un pueblo neolatino se conforma muy bien con que una plaza se llame Plaza de Cavour ó Plaza de la Independencia, ó con que el nombre de una calle sea calle de Colbert ó calle del Comercio; para estos pueblos las abstracciones son tan vivas y las personalidades tan abstractas, que se desvanecen una en la otra imperceptiblemente». A pesar de lo extraño de la equivalencia establecida por la crítica alemana entre una calle Colbert ó una calle del Comercio, su observación tiene agudeza; es cierto que nosotros tendemos á personificar ideas en hombres ó á trasformar los hombres en ideas. Somos más intelectualistas que los alemanes. «En Alemania, una calle no se llamaría nunca calle de la Concordia; hasta la Avenida de la Paz (Friedensallee)—aunque el tradicional ángel guardián haga más clara la idea por medio de una palma extendida—está construída según el modelo francés. Pero un square, un navío ó un niño, cuando se le bautiza con el nombre de Bismarck, está consagrado no á una abstracción, sino á la imagen viva de una completa personalidad... El alemán es así idealista en *su culto* de los héroes; pero, al mismo tiempo, es profundamente realista en su concepto de un héroe». Esta metafísica, debida á un filósofo alemán, es seguramente típica por sí misma. Agradezcamos á nuestro filósofo el haber añadido esta confesión: «Este rasgo del carácter germánico no es bueno en todos sus puntos. No ha sido injusto echar en cara á los alemanes el hecho de que su falsía es con frecuencia tan notable como su buena fe. Arminio fué «olvidado»; el rey de Prusia, al envejecer, vió «desvanecerse como el humo» el favor popular, y Bismark también fué «dejado en la estacada» por aquélla.» Pero M. Meyer pide para su pueblo las circunstancias atenuantes con la más curiosa ingeniosidad. Es, dice, porque la relación entre el héroe y el pueblo alemán es

una relación calurosa y personal; «por consiguiente», sujeta á depresiones que no conoce el afecto más abstracto de los admiradores de Napoleón ó de Byron, de Gladstone ó de Disraeli. «El héroe alemán» debe conquistar de nuevo todos los días el amor de su pueblo». Si un Dios mismo no estaba á cubierto de la crítica, «como se ve en el Edda», ¿cómo un héroe podría esperar semejante privilegio? «Un culto de héroes obstinadamente sin crítica, según la moda que se ha importado recientemente de Inglaterra (Carlyle) y de Francia, y cuyo ensayo se ha hecho en Ricardo Wagner y en Bismark, es profundamente antialemán é irreconciliable con el carácter nacional». Así, la ingratitud hasta para los grandes hombres, es la forma de una gratitud más profunda, y, si se les hace traición á veces, ¡es por el calor del afecto «personal»!

Hay, por otra parte, que reconocer que el culto germánico de los grandes hombres ó de los «super-hombres», cualesquiera que sean las críticas de detalle que mezcle con él la psicología realista de los alemanes, termina siempre por un género particular de idealización, próximo á la divinización. Desde Hegel acá la apoteosis del éxito y del hombre fuerte ha permanecido en Alemania como la última palabra de la especulación y de la práctica. La elevación de lo «real» á la dignidad de lo «racional», á pesar del sentido profundo que un filósofo tan grande podía darle, debía favorecer finalmente el realismo, permitiéndole hasta cubrirse con los colores del idealismo. Hablando de los «salvadores», de los «libertadores», ya glorificados por Hegel, el jurisconsulto Ihering exclamaba: «Se maldice á esos hombres, pero su justificación está en los resultados de su energía... Apelan del fuero del derecho al tribunal de la Historia, la más alta substancia que se reconoce en todas los naciones, y cuyos juicios son inapelables» (1). Así, el derecho de

(1) *Gesammelte Aufsaetze*, pág. 252.

la conciencia está por bajo de la Historia, la nueva divinidad germánica. ¿La historia de quién? ¿La historia de qué? ¿Quién ha hecho la historia y, sobre todo, quién puede vanagloriarse de haberla terminado? ¿Qué pueblo ha obtenido la última sentencia de un tribunal que, lejos de ser «inapelable», es, por el contrario, una apelación sin fin?

CAPITULO II

EL PUEBLO ALEMAN Y LA VIDA REAL

Al principio existía, no el verbo, sino la acción, dice Goethe. En el pueblo alemán, la acción fué al principio enteramente interior, y después concluyó por estallar en el exterior. Los pretendidos soñadores se han mostrado terribles actores. El Rin alemán, como había previsto Quinet, se ha cansado de «correr sin ruido», reflejando en sus aguas sus catedrales góticas; se ha desbordado con furia y estrépito. Esto obedece á que el pueblo de más allá del Rhin había sufrido, como nosotros, el imperio de las ideas, pero de una manera más concentrada y más lenta. Después de las concepciones religiosas, se había producido en Alemania el desarrollo poético; después, las grandes epopeyas metafísicas habían germinado en la soledad de las conciencias; una vez desarrolladas y dispuestas para fructificar, las ideas nuevas debían mostrarse al exterior.

Cuando Francia asistió al desarrollo de la filosofía alemana, desde Kant hasta Hegel, se imaginó que no se trataba más que de especulaciones trascendentes, sin influjo posible sobre la sociedad humana. Aquella que debía en parte su revolución á la filosofía del siglo XVIII; aquella que estaba tan bien formada para comprender qué poder poseen las ideas; aquella de que Heine había dicho que «combatía con la mayor frecuencia por intereses intelectuales y conceptos filosóficos», aquélla se figuró que unas doctrinas tan nebulosas no lograrían nunca hacer penetrar conciencias en las voluntades, voluntades

en las acciones. Esto era olvidar que, en el mundo de las fuerzas espirituales, lo mismo que en el de las fuerzas materiales, nada se pierde y todo se trasforma: lo que no ha podido manifestarse de una manera se expresa de otra. Todo entusiasmo interior es una acumulación de fuerza latente, como la electricidad que se condensa en una nube. Si este entusiasmo no llega á realizar su ideal, se convierte al principio en amargura, en sorda indignación, en cólera contenida. Es lo que ocurrió con el entusiasmo alemán á principios de nuestro siglo, con las ideas de unidad alemana, de libertad y solidaridad germánicas. Pero no era todavía más que una primera trasformación, de forma irónica y negativa, de la gran fuerza inteléctual que se había acumulado en el alma alemana; la manifestación positiva debía llegar á su vez. Semejante al poeta de Schiller, Alemania había salido, dice Lange, con las manos vacías del reparto del mundo; la embriaguez poética y metafísica se había disipado, y la vida ideal «en el cielo de Júpiter», no debía ya serle bastante. Gervinus había predicho acertadamente que la fase poética de Alemania iba á detenerse por algún tiempo, que seguiría necesariamente un período de vida práctica, que Alemania, finalmente, conducida por un «Lutero político», se alzaría á una forma de existencia mejor. Un nuevo realismo hacía desaparecer el «hada Morgana del idealismo metafísico». Es el destino de Alemania oscilar sin cesar entre la «tesis» y la «antítesis». Hoy el espíritu positivo ha tomado brillante desquite sobre el especulativo. Importa al sociólogo seguir sus resultados en los distintos dominios de la vida real: ciencia aplicada á la industria, comercio, enseñanza en las escuelas y universidades, movimiento religioso y social.

I

EL ESPÍRITU ALEMÁN Y EL DESARROLLO DE LA INDUSTRIA CIENTÍFICA

«Se concluyó la Prusia, escribía Napoleón al sultán; ha desaparecido del mapa de Europa». Y el caballero Gentz, considerando realidad sus deseos, escribía por su parte: «Sería más que ridículo querer resucitar esta potencia». Así juzgaban sus enemigos á los «ideólogos», mostrándose ellos más ideólogos que todos los soñadores y utópicos.

Después de la acción antifrancesa provocada por las guerras ruidosas del primer imperio, y esperando las no menos locas del segundo, las causas económicas obraron á su vez en silencio, pero con infalible seguridad para preparar la Alemania actual. La revolución industrial, producida en el primer tercio del siglo XIX por la maquinaria, por el vapor en el segundo, por la electricidad en el tercero, no podía menos de extenderse á Alemania. Tuvo allí un influjo tanto mayor, como ha hecho ver un sociólogo alemán de gran mérito (1), cuanto que en los siglos precedentes, este país había tenido mínima participación en el gran comercio trasatlántico. El desarrollo de las vías férreas en el segundo tercio del siglo preparaba ya la unificación económica y política de los Estados alemanes. El acontecimiento principal de este período fué la trasformación de un país que en otro tiempo exportaba trigo en un país que lo importa. De aquí el desarrollo progresivo de las industrias de exportación que han concluído por hacer de Alemania la rival de Inglaterra. Debe este desarrollo á causas en parte económicas, en parte políticas: formación de asociaciones comerciales de la

(1) M. Tœnnies, en la *Revue internationale de sociologie*, Nov. de 1895.

misma lengua, de Estados primeramente territoriales, luego nacionales, que marcó la segunda fase de la evolución alemana en el siglo XIX. Allí donde Hegel, reflejando el período anterior é idealista, había visto sobre todo una lucha de ideas y una viva dialéctica, Karl Marx, reflejando á su vez el realismo de su época, pudo ver una lucha de intereses de clase é internacionales; representó la historia entera, en particular la de su país, como aplicación en vivo del «materialismo económico». A decir verdad, el movimiento de ideas y el de intereses subsistían juntos y se fortalecían mutuamente. Al mismo tiempo que las inteligencias de Alemania se orientaban cada vez más á lo real, al que se refiere siempre el desarrollo industrial, las ideas de reacción contra la Revolución francesa, los sentimientos hostiles contra los Bonaparte y contra Francia misma, iban en aumento.

Así se preparaba el tercero y último período, que comienza en 1870 y que vemos todavía desarrollarse ante nosotros. Después de haber, gracias á su sentido de la vida real disfrazada con los colores mismos de la ideal, obtenido á nuestras expensas la hegemonía militar y política, Alemania no podía dejar de perseguir la preeminencia industrial y comercial. Lo ha hecho con la perseverancia, con la continuidad que consagra á cuanto emprende. El progreso incesante de la industria alemana es cosa querida, perseguida metódicamente desde hace varios años. El carácter nacional y las condiciones materiales se han hallado en este punto de acuerdo. Por una parte, el alemán es laborioso, paciente, instruído, hasta sabio; por otra, Alemania es rica en carbón, hierro, cobre, sales. El resultado de todas estas ventajas, en el siglo del vapor, debía ser un florecimiento industrial más maravilloso cada día. Es el aspecto verdadero de las teorías de Marx sobre el «materialismo histórico». Asimismo la importancia relativa de la agricultura en Alemania ha disminuído sin cesar, en tanto que la de su industria y su comercio aumentaban

siempre. Añadid á esto las combinaciones perfeccionadas del crédito en Alemania, haciendo salir á flote el numerario disponible para que concurriera incesantemente á la obra industrial. En ésta se ha mostrado de nuevo el alma alemana indivisiblemente especulativa por la preocupación de las teorías, práctica en la organización de los métodos. Ha sabido, de modo admirable, reducir la investigación científica á un arte que tiene por fin la realización de lo posible y lo útil.

Han adquirido los alemanes gran altura en la metalurgia, que es en gran parte científica; pero han mostrado sobre todo su superioridad en las industrias químicas, que se acercan más que ningunas otras á la ciencia propiamente dicha. En lugar de estar como antes entregadas al empirismo, estas industrias son hoy aplicaciones de la ciencia más elevada y deductiva. La química nueva no se contenta ya con pedir ingredientes á la naturaleza, como le pedía los medicamentos, las sustancias colorantes, los perfumes de antaño; en competencia con la naturaleza y por procedimientos sintéticos, se ha hecho creadora (1). De la simple destilación de la hulla, por ejemplo, como de una mina inagotable, ha sabido extraer riquezas innumerables y no soñadas. Simples obreros que apliquen fórmulas ajenas no bastan ya al progreso industrial, sobre todo en las industrias químicas; son necesarios verdaderos sabios, pero no perdidos en la abstracción; sabios cuyas teorías fecundas llevan á un verdadero *fiat*. La composición de la alizarina, encontrada en Alemania, ha arruinado á los productores franceses de rubia, haciendo bajar el precio del kilogramo de alizarina de 300 á 10 francos. Era el triunfo de la ciencia sobre el empirismo, porque este descubrimiento resultó de investigaciones teóricas. La preparación artificial de la indigotina ha ido

(1) Véase la Memoria de M. Haller, director del Instituto químico de la Facultad de Ciencias de Nancy, sobre la Exposición de Chicago (1893).

también precedida de estudios profundos, en que la ciencia más refinada se une á las más delicadas concepciones (1). Hoy, las materias colorantes destiladas de la hulla representan á Alemania un valor de más de 70 millones, valor que ha aumentado rápidamente en los últimos años.

Un segundo carácter de la ciencia alemana igualmente enlazado con una aptitud nacional, es la asociación de esfuerzos y la organización del trabajo colectivo. Los sabios alemanes tienen verdaderas «Escuelas» que dirigen con su inspiración y sus ejemplos; dividen y coordinan juntamente el trabajo para obtener de él el resultado máximo. Se ha citado á propósito de esto, el reciente descubrimiento de la síntesis del azúcar por el químico Fischer. Para una sola persona, un descubrimiento tal hubiera quizás exigido quince años de trabajo continuo; gracias á la colaboración activa de diez sabios más jóvenes trabajando bajo la vigilancia del maestro, ha podido realizarse en tres ó cuatro años. La mayor fábrica de microscopios y cristales ópticos que hay en el mundo es, como se sabe, la de Carl Zeiss, en Jena. El profesor Vierstoff ha contado la fundación de esta casa, de qué modo Zeiss se unió á un hombre puramente científico, el profesor Abbe, ayudante de física en la Universidad; cómo este último, encontrando insuficiente la teoría ordinaria sobre el paso de la luz por los lentes, comenzó por fundar una teoría más razonada de los sistemas ópticos; cómo, después de haber establecido *à priori* las cualidades que deberían tener los cristales, los asociados crearon una fábrica que era al propio tiempo un laboratorio de óptica; de qué modo, finalmente, llegaron á fabricar las diversas variedades del célebre cristal de Jena. «Raramente, se ha dicho, el que hace un descubrimiento se enriquece, sino el primero que lo aplica» (2); nada más verdadero hay en

(1) Lauth, *Science pure et science appliquée.—Revue scientifique*, 9 de Enero de 1897.

(2) M. Brunhes, profesor de la Universidad de Lila.

nuestra época de transición, pero el porvenir verá la íntima unión del inventor y el empresario. Ya, en nuestros días, el industrial alemán comprende que hay interés en provocar el descubrimiento cerca de él y en su casa; cambia, pues, su fábrica en laboratorio de investigaciones, tanto teóricas como prácticas, y de este modo concilia el amor á la ciencia pura con la utilidad bien entendida (1).

Las industrias de la cerveza, del alcohol y del azúcar de remolacha que dependen de las ciencias químicas, no podían menos de adquirir un desarrollo rápido. La del azúcar debe su aparición á un químico alemán, dice M. H. Paasche; «los franceses tienen el mérito de haber aplicado en grande el invento alemán y haber sostenido la competencia»; sin embargo, Alemania ha llegado á ser «el primer país azucarero del mundo entero, el que produce más cantidad, el que ha llevado á mayor perfección el cultivo de la remolacha y su explotación técnica». En la exportación de cerveza Alemania ocupa también el primer lugar en el comercio universal; la destilación del alcohol de patata ha aumentado, y los economistas alemanes hacen observar que los principales compradores de aguardiente alemán son los países vinícolas de Europa, en primera línea España y Portugal, luego Francia, Italia

(1) La fabricación artificial de los perfumes ha llegado también á ser una industria cada vez más importante en Alemania, gracias al mismo procedimiento de unión indivisible entre la ciencia ideal y la aplicación real. La *Revue générale des Sciences* de 1897 ha descrito la casa Schimmel, de Leipzig, con sus nueve químicos muy bien pagados, hombres á la vez de ciencia y técnicos, que estudian tanto la disposición interna de las moléculas químicas, su refringencia ó su poder rotatorio, como sus propiedades olorosas y sus combinaciones en los diversos perfumes artificiales. La casa, haciendo á la vez obra de propaganda científica y comercial, publica un boletín en alemán, inglés y francés, que es un verdadero periódico científico, al que conceden gran valor los sabios. (Véase el trabajo de M. Haller, en la *Revue générale des Sciences* (15 Febrero 1897), y el de Mr. Brunhes, *l'Organisation du travail scientifique*, Lille, 1894.)

y Suiza. Vuélvese á importar en seguida á Alemania, en forma de vino del Mediodía, una cantidad considerable de alcohol de patata, producido en las llanuras frías y estériles del Nordeste. Y cuando nosotros mismos bebemos los supuestos tónicos del Mediodía, no estamos en modo alguno seguros de no beber un malísimo aguardiente de Berlín.

Se ve que Alemania se aprovecha, como desde hace mucho tiempo lo ha hecho Inglaterra, de las nuevas condiciones geográficas y de las nuevas condiciones científicas. El territorio alemán tiene minas de carbón que exceden en extensión y en riqueza á las del resto del continente; ¿cómo Alemania no ha de deber mucho á este indispensable agente de la prosperidad industrial, que ha lanzado antes á Inglaterra por el camino de la industria? Las riquezas hulleras de su subsuelo han sido puestas en explotación con la mayor actividad, y el gran desarrollo de estos trabajos ha tenido efecto directo en el industrial. La metalurgia, la industria textil se han trasformado totalmente con estas condiciones. El precio relativamente bajo de la mano de obra ha contribuído igualmente, en la lucha económica, para asegurar ventajas á Alemania sobre sus dos competidoras, Francia é Inglaterra. De igual modo, el pueblo alemán era el menos marino de todos, pero la navegación ha sufrido una trasformación científica que la pone al alcance de una nación sabia é industriosa; así vemos á Alemania apoderarse de los mares.

Las industrias alemanas rivalizan hoy con las inglesas similares y penetran en los mercados de ambos mundos, desde los Estados Unidos á China. En los transportes marítimos, la superioridad de Alemania, improvisada en veinte años, se hace cada día más irresistible, gracias al bajo precio del hierro y de la hulla alemana. Por su aumento prodigioso, Hamburgo ha llegado á ser el puerto principal del continente europeo: sostiene el comercio fluvial del centro de Europa para hacerle llegar á sus

muelles de veintiséis kilómetros de longitud y asegurar flete á sus ciento diez líneas de navegación (1).

Las cualidades por las que el pueblo alemán nos es superior en industria—y que no es patriótico en modo alguno negar—son en gran parte, se ha dicho, «cualidades que se adquieren», perseverancia, disciplina, continuidad, genio organizador, costumbre de la colaboración. Hasta se ha hecho observar que Pasteur y Sainte-Claire-Deville han sabido, como los alemanes, fundar escuelas de sabios y romper la concepción puramente individualista del trabajo científico. Nuestras nuevas Universidades, si cuidan de no perderse en particularismos regionales y en la rutinaria preparación para los exámenes, podrán mucho para aclimatar en Francia los hábitos á la vez teóricos y prácticos de Alemania.

Una de las causas de nuestra inferioridad con respecto á la expansión económica es el servicio militar, que acapara la juventud francesa mucho más que la alemana, gracias á la población mayor del Imperio. Hay en este punto un círculo vicioso deplorable para nosotros. La necesidad absoluta de nuestra defensa nos obliga á quitar más fuerzas que Alemania á la industria y al comercio. Además, nuestra feroz igualdad nos prohibe toda exención del servicio militar en favor del misionero, del colono, del agente comercial en el extranjero, del obrero excepcionalmente hábil en un trabajo inteligente y delicado, del estudiante de resultados notables, etc. De aquí una dificultad para vivir ó prosperar que pesa sobre una multitud de cosas, incluso sobre la famosa colonización, que en tan alto grado se predica y se hace imposible en los hechos. El círculo vicioso es tanto más funesto cuanto que la industria y el trabajo manufacturero han llegado á ser factores de primer orden para la preparación y éxito de las guerras: testigo, lo ocurrido con la menos industrial

(1) Véase Blondel, *l'Essor industriel et comercial du peuple allemand.* París, Larosse, 1898.

y más pobre de las grandes naciones europeas, España. Además, todos los estadistas están de acuerdo en mostrarnos que el desarrollo de la industria tiene por consecuencia el de la población; después de haber sucedido así en Inglaterra se ha visto lo mismo en Alemania. Como, por otra parte, la población es el factor principal del ejército, vemos cómo se cierra por todos lados el círculo vicioso de que hablamos. Podríamos, sin embargo, salir de él por medio de una política mejor, menos unilateral, menos superficialmente igualitaria, menos estrechamente nacionalista, aun cuando más atenta á las demás naciones.

Si los alemanes tienen, como industriales, el gran mérito de acudir sin cesar á la ciencia y al espíritu de novedades, se les reconoce, como comerciantes, cualidades no menos preciosas. Insinuantes y hasta humildes, minuciosos, flexibles, se adaptan á todos los usos, á todos los gustos, «incluso los malos», á todos los prejuicios de las naciones diversas con que trafican. No pretenden regir el consumo y hábitos de sus clientes. Son éstos rasgos del carácter nacional. Añádase el perfeccionamiento incesante de vías fluviales y puertos, el acuerdo entre las compañías ferroviarias y los productores, que lleva á la baja en el precio de los transportes, la absoluta armonía entre el gobierno y los particulares para todo lo que concierne al desenvolvimiento económico del país, la ausencia de aquellas políticas irritantes y estériles, la unión de los partidos en el bien de la patria, el sistema aduanero alemán, sencillo ó ingenioso en su flexibilidad, el método comercial, técnica admirable, tan bien concebida como aplicada, la asimilación de los productos extranjeros, la *labor improbus*, la lucha de todo momento, la tenacidad ímproba y el espíritu de continuidad que caracterizan al alemán, y, por encima de todo esto, «el espíritu de solidaridad cada vez más extendido» (1). Los industriales de una

(1) Véase Maurice Schwob, *Le Danger allemand.*

región ó de un ramo especial se agrupan en poderosas asociaciones que tienen «museos comerciales», no sólo de productos nacionales, sino de artículos extranjeros para imitar. «Exposiciones flotantes» van á hacer conocer los productos alemanes por el mundo entero; los «comisionistas» se insinúan en todas partes; no descuidan negocio alguno por pequeño que sea, terminan por adelantarse á sus competidores, gracias á su actividad, á su conocimiento profundo de la fabricación de sus artículos y al de las necesidades del país en que operan. Alemania se llena de asociaciones y *uniones* de todo género, innúmeras, inextricablemente mezcladas y espesas, que extienden, dice M. Tarde, su poder de expansión en el mundo. «Por sus armas ha conquistado políticamente Europa, por la reglamentación espontánea y enteramente variada de sus productores, conquista industrialmente el universo (1).

De 1895 á 1897 el comercio exterior alemán había subido en lo concerniente á los productos del país (es decir, haciendo caso omiso del movimiento de mercancías en depósito), de 3.920 millones de francos á 4.150, ó sea un aumento de 230 millones, próximamente el 6 por 100. La generalidad de los productos bajó de precio en este intervalo, y esto hace comprender mejor la importancia del aumento de 6 por 100 en nueve años, que, á primera vista, puede no parecer grande. En 1900, las exportaciones han sido de cerca de 6.000 millones. La carga de los armamentos desmesurados no ha constituído obstáculo insuperable para el desarrollo económino de Alemania; aunque armada hasta los dientes, ve desenvolverse su industria y su comercio más de prisa que los de Inglaterra y los Estados Unidos. Sin embargo, Inglaterra sólo se sacrifica por la Armada, y los Estados Unidos casi se abs-

(1) Véase Tarde, *Psychologie économique*, t. II, pág. 420 y Pierre Clerget, *Les Méthodes d'expansion commerciale de l'Allemagne*, Lyón, 1901.

tienen de estos gastos. Es necesario que un pueblo sea bien activo é ingenioso, que sepa ahorrar y sufrir privaciones, para ser de este modo y á la vez una potencia industrial y militar de primer orden. En tanto que las exportaciones de mercancías del país oscilan, como se ha visto, alrededor de 4.150 millones de francos, las de Francia no ascienden más que á 3.400 millones próximamente, ó sea una diferencia de 700 millones, el 19 por 100. Es inferior esta diferencia al exceso de población que Alemania tiene con respecto á Francia, exceso que no es menor del 35 por 100. La superioridad de las exportaciones alemanas sobre las francesas tiene, por tanto, en la desigualdad de población, una explicación natural: la primera y más importante de todas. Sin embargo, los economistas han notado muchas otras causas del reciente y más rápido desarrollo comercial de Alemania con relación á Francia; una de ellas, quizás la principal, en opinión de M. Leroy Beaulieu, está en las enormes comunidades alemanas que existen en todos los países, de modo notable en los Estados Unidos de América, y que son una clientela natural para su patria, en tanto que nosotros no tenemos, por decirlo así, agrupaciones francesas con residencia en el extranjero.

Ha llevado Alemania al desarrollo de su maquinaria comercial y marítima el mismo espíritu metódico y de constancia que muestra en muchas otras materias: se ha dicho á sí misma que llegará á la preponderancia comercial, y sigue su marcha con un rigor que nada hace variar. Los resultados no se han hecho tampoco esperar mucho. El puerto de Brema, cuyo movimiento en 1880 era apenas de 1.169.000 toneladas, pasa hoy de dos millones. En cuanto á Hamburgo, que parecía condenado por su situación geográfica á un porvenir muy limitado, hemos ya indicado que llegará á ser el más importante del continente europeo. En 1880 el movimiento comercial de esta plaza era de 2.800.000 toneladas; en 1895 excedía

ya de 6.256.000. En el mismo año, la exportación alemana excedía á la francesa en 619 millones. «En cada nuevo viaje que se emprende á Alemania, dice M. Charles Roux, admira la actividad con que se impulsa todos los trabajos que tienden al desarrollo de los negocios, y el acuerdo cada vez más estrecho entre los esfuerzos debidos á la iniciativa individual y los del Estado.»

Según palabras, muchas veces citadas, de Bismarck, Inglaterra tiene colonias y colonos; Francia, colonias sin colonos; Alemania, colonos sin colonias; pero Alemania ha adquirido el Imperio colonial de que carecía. El valor total del comercio hecho con sus colonias ha sido en 1896 de 13.185.000 francos (11.210.750 francos en 1895). De esta suma 8.328.750 francos representan el valor de las exportaciones de la Metrópoli, y 5.756.250 francos el de las importaciones de las colonias.

El Imperio colonial alemán, que es principalmente africano, comprende próximamente tres millones de kilómetros cuadrados con 11 millones de habitantes; su comercio asciende á 40 millones de francos anuales, casi en dos tercios hecho por Alemania. Hay probabilidades de un desarrollo para el porvenir; pero, á primera vista, parece que Alemania no posee aún las colonias que le convienen. Es un país de emigración grandísima, y los europeos no pueden instalarse en gran número en los territorios que posee; es un país muy industrial, y sus posesiones son mercados escasos; por otra parte, sólo pueden proporcionarle una parte muy pequeña de los productos coloniales que consume. Sin embargo, como ha demostrado muy bien M. Marcel Dubois, profesor de geografía colonial de la Universidad de París, el pueblo alemán es apto para la vida colonial y, desde luego, se plantea la cuestión de saber cómo y dónde se realizará su expansión. M. Dubois responde que junto á la colonización tal y como los franceses la entienden, existe la colonización comercial, por la cual se trata de recoger

los beneficios de una ocupación que no ha costado trabajo. Los alemanes practican esta última en gran escala. Sus navíos, por ejemplo, al ir á sus colonias, encuentran en su camino las francesas de la costa occidental de Africa y hacen el comercio con ellas.

El carácter nacional desempeña cierto papel en la emigración; las razas más aventureras y emprendedoras son también las que con mayor gusto buscan fortuna en país extranjero. Pero el aumento y densidad de la población, así como el estado económico, son en esto factores principales. Los italianos emigran exactamente como los alemanes ó los ingleses, porque, pasando de un cierto número de habitantes por kilómetro cuadrado—número que las estadísticas determina—la tendencia á emigrar se manifiesta. La emigración total de Alemania, en los veinte años últimos, se calcula en cerca de seis millones; la pérdida media anual de población, que no era más que 1,7 en el período de 1841 á 1850, ascendía á 2,8 por 1.000 en el de 1881-1890, y ha aumentado después.

Los progresos del comercio interior de Alemania pueden medirse hasta cierto punto por el creciente uso de los servicios telegráfico y postal. Contábase en 1872 por cada 100 habitantes 1.216 cartas; en 1893, 3.775. Una de las primeras cosas que admiran al extranjero que viaja por Alemania es la extensión y magnificencia de los palacios de correos y telégrafos, así como de las estaciones de ferrocarriles. Los correos alemanes tienen 487 millones de ingresos y 470 de gastos; en comparación, los ingresos de los Estados Unidos son 398 millones, 286 los de Inglaterra, 224 los de Francia, y los gastos respectivos 449,-202,-174. Estas cifras son elocuentes.

Alemania, en definitiva, dió ejemplo único de plena prosperidad financiera unida á las más pesadas cargas militares. ¡Cuántas veces se pretende en Francia, por una de estas ilusiones aquí tan frecuentes, que los armamentos del Imperio germano exceden á sus fuerzas! En cuanto

se trata de intereses patrios, el Gobierno alemán no encuentra resistencia alguna por parte de las Cámaras. Se conserva un tesoro de guerra en moneda de oro alemana, como es sabido, y siempre está dispuesto en la ciudadela de Spandau. Ingresos y gastos generales están casi equilibrados en el presupuesto del Imperio, gracias á la combinación de las contribuciones por matrículas que previene el déficit. En total, las contribuciones pagadas al Estado son, por habitante, inferiores en un tercio con respecto á Francia. La prudencia y la economía figuran entre las cualidades del pueblo alemán, y no excluyen en cuanto es preciso, ni el espíritu de sacrificio, ni la audacia en las decisiones, ni la resignación ante los gastos hechos para la obra común.

III

EL MOVIMIENTO DE LA POBLACIÓN Y EL AUMENTO DE LAS CIUDADES EN ALEMANIA

Se ha querido explicar por la raza y el carácter la diferencia de fecundidad de las naciones. Ciertamente, la salud y el vigor de una raza son una primera condición para que prolifere, y no faltan en Alemania; pero las costumbres y condiciones sociales superan á todo lo demás. Los economistas alemanes han mostrado que el movimiento de la población—que se traduce en cifras de casamientos, nacimientos y defunciones—ha estado, al otro lado del Rin, bajo la dependencia directa de las trasformaciones y crisis de la vida económica. Los primeros años que siguieron á la terminación de las guerras napoleónicas, fueron muy favorables para la fundación de nuevas familias. Más tarde, el número de casamientos disminuye constantemente en Prusia, hasta 1870. Aun durante los cinco años 1871 á 1875, que tenían, sin embargo, que lle-

nar los vacíos de guerra, la media no alcanza á la de 1831 á 1840. Después desciende mucho la cifra de matrimonios, como ocurre, por lo demás, en todos los países; en 1881 comienza una subida pequeña y lenta. En el Imperio entero, la cantidad de casamientos desde 1841, después de una elevación de 1860 á 1880, ha descendido *por bajo* del número inicial. Lo mismo ocurre, según el profesor Tænnies, con los nacimientos. Lo notable es que, hasta 1860 próximamente, el número de casamientos y de nacidos están exactamente en proporción inversa al precio del centeno; en esta época la agricultura era aún factor principal para la mayoría del pueblo. Desde 1860, por el contrario, las curvas se hacen independientes una de otra; la prosperidad industrial ha llegado á ser factor principal. Desde el punto de vista de la psicología de los pueblos, resulta de estas observaciones que la nación alemana ve crecer su fecundidad al igual que su bienestar. No ofrece todavía el triste espectáculo de un pueblo que limita tanto más el número de hijos cuantos más podría mantener. Y si la población ha crecido constantemente en Alemania durante el trascurso de este siglo, causa de ello es el exceso de nacimientos sobre las defunciones, porque la emigración ha sido mayor que la inmigración. El exceso de nacidos es mayor en el Norte, á causa de una mortalidad más escasa, sobre todo de niños, y en el Este, por una mayor cifra de nacimientos. Parte considerable en el aumento de población corresponde á las provincias eslavas de Prusia, cuyos habitantes se distinguen por una elevada nupcialidad y natalidad. Pero el aumento medio anual de la población, que antes excedía aún del 1 por 100 en el período de 1816-1830, ha sido menor en el de 1880-1890. No contando los nacidos muertos, la cifra de nacimientos se aproxima á 36 por 1.000. En 1896 había todavía un exceso de 815.000 nacimientos.

Un fenómeno social de gran importancia, que cada vez

se muestra más independiente de los caracteres nacionales, es el crecimiento de las poblaciones y centros industriales. Sin duda existen pueblos más ó menos urbanos y más ó menos rurales; pero el aumento de las ciudades se produce, sobre todo, por el desarrollo industrial y comercial, así como por el de las vías de comunicación. El número de individuos que viven en ciudades, que no era en Alemania sino el 22 por 100 á principios de siglo, con una población de 22 millones, llega hoy á más del 50 por 100, con una población de cerca de 60 millones. Los centros de más de 100.000 habitantes, que eran sólo dos (Berlín y Hamburgo) en el mismo tiempo, eran ya 26 en 1890; los de 20 á 100.000, 20 á principios de siglo, 124 en 1890. Este aumento de las ciudades caracteriza el último tercio del siglo en Alemania; se ha producido por el progreso de los ferrocarriles y de la industria. Las ciudades atraen poco á poco hacia sí la mayor parte de la población, á expensas de los campos. Además es la parte más activa, más inteligente y emprendedora la absorbida de este modo por los grandes centros. M. Otto Ammon ha demostrado también que son los individuos de raza rubia de cráneo alargado los que afluyen á las ciudades, porque son de un carácter más aventurero y menos rutinario. Desgracia es que, por esta selección progresiva, las ciudades conduzcan á la eliminación gradual de los elementos mismos que han atraído á su foco devorador. El número de nacidos es sabido que siempre es menor en las grandes poblaciones; el de defunciones, en cambio, es mayor. Así los sociólogos alemanes calculan, de modo matemático, que el aumento de la población urbana tendrá por resultado final el disminuir el de la población general. Si se arguye que este fenómeno aún no se hace sentir, los sociólogos responden: es que la mortalidad general, *á pesar* del aumento de las ciudades, ha disminuído considerablemente; y esta disminución se debe, primero, á la menor proporción de niños y viejos (sobre todo varones)

en la población total; después, á las mejoras higiénicas realizadas por Alemania con su método científico habitual, y que han sido más eficaces precisamente en las ciudades. Asistimos, pues, en este punto al principio de una lucha heroica de la ciencia contra una causa necesaria de despoblación. El crecimiento actual del pueblo alemán, que no podría detenerse repentinamente, no deja de ser un enojoso contraste con el estacionamiento de Francia. Constituye para nuestro porvenir una terrible amenaza, porque favorece la fuerza expansiva é invasora, que por los germanos se ha considerado siempre como un derecho político; aún más: como una misión religiosa. Cada día perdemos una batalla.

III

EL ESPÍRITU ALEMÁN Y LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA

I. El movimiento liberal y unitario de Alemania había encontrado su expresión, y muy pronto, en la «juventud escolar», que trató de crear la unidad alemana en su propio seno. La *laboriositas* atribuída por Leibnitz al espíritu germánico, se ha mostrado en todos los grados de la enseñanza; pero en nuestros días vuélvese cada vez más á lo real. Cuán considerable ha sido en los diversos estados de Alemania el aumento del número de escuelas y su perfeccionamiento, nadie lo ignora. Lo que resalta hace algunos años en la esfera de la instrucción primaria y la superior, á más de una dirección más positiva, es la tendencia á la centralización en manos del Estado, en oposición á los ayuntamientos y corporaciones. Sin embargo, la escuela, lo mismo que la iglesia, dependen todavía, no del Imperio, sino de los diversos Estados independientes que constituyen la Confederación germánica.

La escuela alemana no es sólo obligatoria en las dis-

posiciones escritas; al padre que no envía á ella á sus hijos se le recuerda su deber por una reprimenda ó una advertencia; en caso de reincidencia es castigado con una multa ó con prisión. Pero es, sobre todo, eficaz la prolongación de los estudios después de la salida de la escuela, por medio de la enseñanza primaria dominical. El curso dominical está abierto en cualquier población, aldea ó parroquia, excepto en la época de la recolección, para varones y hembras de doce á diez y ocho años. En ocasiones los jóvenes de ambos sexos no pueden casarse sin probar que han asistido á estos cursos. La clase del domingo dura dos horas, bajo la inspección del alcalde, del cura ó del pastor. Se encuentra en Alemania, en la base misma de la enseñanza, en las *clases generales* de los cursos adultos, el conocimiento del suelo natal, *Heimatskunde*. Se quiere que los hombres de mañana tengan amor al país natal, inspirarles muy pronto, á la edad de las primeras impresiones, el amor á la patria chica, «por el campanario», á la grande «por la bandera». Quiérese asociarlos directamente desde el rincón de la tierra en que han nacido, donde su familia tiene su cuna y sus muertos, á la obra nacional comenzada por los antepasados, y que, gracias á la perpetuidad de la tradición, ha de ser continuada por los descendientes (1).

Se encuentra en seguida en Alemania, en los fundamentos de la enseñanza de adultos, en las *clases técnicas*, el conocimiento del oficio, *Geschäftskunde*, la instrucción profesional elemental de que el joven aprendiz, independientemente del taller mismo en que trabaja con sus manos, no puede prescindir. No conocerá, no estimará por ello sino mucho mejor su profesión y la amará más. «No se habrá hecho de él un obrero filósofo que enrojezca ante los útiles del trabajo (2).

(1) Véase la revista *Après l'école*, dirigida por M. René Leblanc.

(2) *Ibid.*

En las *clases comerciales* las lecciones de cosas han sido reemplazas por un curso elemental de comercio, contabilidad, correspondencia, geografía comercial, derecho mercantil, economía política adecuada y, finalmente, lenguas vivas.

En las *clases rurales*, la enseñanza de los cursos de adultos es casi exclusivamente agrícola. Trátase de desenvolver en el joven aldeano, de una raza que de padres á hijos viven ocupándose en las labores del campo, la afición á la tierra y á su cultivo; con el amor y la inteligencia de las faenas campestres se le da una primera idea de la ciencia agrícola, puesta á su alcance; se le saca de la ignorancia y la rutina tan propias en las poblaciones del campo; se le enseña los nuevos perfeccionamientos de los antiguos instrumentos, el progreso de los métodos racionales; se le educa para ser un buen «obrero de suelo que está llamado á hacer producir y que espera de él un aumento de producción» (1).

La proporción de analfabetos ha descendido en Alemania á 2 por 100, frente á 3,50 en Francia, 3,49 en Inglaterra, 0,60 en Suiza, 0,49 en Dinamarca, 52 por 100 en Italia, 80 por 100 en España y 67 por 100 en Portugal. Hay, además, para completar la instrucción primaria, *escuelas populares* donde se admite á los niños de diez años próximamente, hasta el momento en que sufren el examen llamado de confirmación. La mayor parte de ellas, cada vez más florecientes, están también abiertas los domingos y días festivos.

¿Es, como tantas veces se ha sostenido, la *instrucción* primaria la causa de los triunfos militares de Alemania? Ciertamente ha contribuido á ellos; pero, á decir verdad, lo que en este punto desempeñó principal papel, fué la *educación*. «Si, desde pronto, no habéis acudido á la dis-

(1) Véase la revista *Aprés l'école*, dirigida por M. René Leblanc.

ciplina, había escrito el gran pedagogo Kant, será dificilísimo cambiar rápidamente el carácter del hombre, que se guiará por sus caprichos. *La falta de disciplina es mal peor que la falta de cultura*». Los compatriotas de Kant nos han vencido porque estaban disciplinados, porque tenían espíritu militar desde la escuela, estaban sometidos á la vida de cuartel, habituados á obedecer, á soportar sin murmurar fatigas y sufrimientos, á no criticar á sus jefes ni sustituir sus apreciaciones á las órdenes recibidas, á no despreciar las jerarquías. Es lo que afirman en competencia todos los militares alemanes; y nosotros los franceses no los escuchamos; vamos repitiendo los mismos juicios superficiales sobre las enseñanzas del maestro de escuela sobre los *conocimientos* de geografía, de historia, etcétera. Examínese la manera cómo los oficiales alemanes son reclutados y educados, sobre todo en las terribles academias militares, que dan las tres cuartas partes de los oficiales, y se comprenderá cómo con nuestros oficiales y generales de entonces debíamos ser vencidos, sobre todo cuando nuestros soldados se sentían mal dirigidos, carecían de confianza, siempre se juzgaban traicionados, lo eran á veces, y marchaban, á su pesar, á una derrota esperada. En Alemania los hijos de los oficiales y suboficiales destinados á la carrera militar son enviados desde la adolescencia á las academias militares. Allí hacen la vida dura del cuartel, vida bárbara y feudal. Desde su llegada, bromas salvajes endurecen su carácter. La disciplina es de hierro: se les castiga corporalmente con el látigo. Las cartas dirigidas á los alumnos son abiertas ante ellos por un oficial. Exámenes de un rigor excesivo obligan á los alumnos poco aventajados á redoblar sus esfuerzos (latín, francés, historia, ciencias, etc.) á emplear seis años en lo que otros han gastado tres. Si no aprueban en los exámenes de paso, se les envía como soldados á los regimienos. Están de antemano regimentados en la academia, y ciertos puntos del régimen que sufren no dejan de recordar

el de los presidios. Ningún francés toleraría este género de vida á la prusiana. Una vez salidos de la Academia, los oficiales tratan á sus soldados como ellos han sido tratados; la subordinación se observa severamente y se mantiene en todos los lugares de la escala; no hay que discutir ni disertar «ni hablar de política»; es preciso obedecer. Si se piensa que esta férrea y dura organización se aplica á millones de soldados, se comprenderá lo que antes podían hacer los nuestros, entre los que se había extendido el espíritu de división é insubordinación. Cuando se quiere hacer la guerra ó simplemente defenderse contra una invasión posible por parte de una nación armada es preciso avenirse á una educación militar, no excitar á los soldados contra sus jefes, contra el ejército, contra la patria misma; no hay que creer que basta con saber bien la geografía, tener fusiles Lebel y estar mandados por un general montado en un caballo negro. La ciencia geográfica de los oficiales alemanes en la guerra de Francia consistía en llevar en el bolsillo libritos hacía mucho tiempo preparados en espera de la invasión, autografiados por el Estado Mayor prusiano, y en los que se hallaban, con mapas del camino de Metz á París ó de Strasburgo á París, los planos de las principales ciudades, así como noticias detalladas, tomadas de nuestra gran estadística de Francia, sobre los recursos de cada ayuntamiento en víveres, caballos, forrajes, sobre los principales propietarios del suelo, conforme al catastro, etc. No es en la escuela donde se había aprendido esta geografía realista, que daba á los oficiales alemanes, ante nuestros alcaldes imbéciles y estupefactos, la apariencia de sabios maravillosos é infalibles, informados por una nube de espías no menos maravillosos é imperceptibles. Alcaldes y consejeros municipales no pensaban que tenían simplemente delante una obra maestra de burocracia aplicada al arte de la conquista. Por otra parte, no lo negamos, se había enseñado en las escuelas de Alemania una geografía que era una

verdadera arma de guerra; pero no era, como en Francia se ha creído, la geografía «científica», conocimiento exacto é imparcial de los pueblos, sino la pangermanista, con sus mapas comprensivos de todo lo que Alemania ambiciona poseer. Del mismo modo, la historia germanizada, arreglada ó desarreglada (como el despacho de Ems) á las necesidades de la causa alemana, servía de arma contra nosotros. El «libro de lectura» alemán había preparado la explosión del antagonismo mucho tiempo contenido: no es este el género de pedagogía que piensan los que imaginan que el último soldado alemán conocía al pormenor nuestro país antes de invadirlo (1).

La poesía misma, la poesía popular se dirigía de tiempo atrás contra nosotros. Sabido es lo que decía un día el príncipe de Bismark: «Es el *lied* alemán, aprendido y cantado en las escuelas, el que ha conquistado los corazones. Le cuento entre los *imponderables* que han preparado y facilitado el éxito de nuestros esfuerzos en pro de la unidad alemana». Pero la más alta autoridad que pueda invocarse acerca de todas estas cuestiones es la del actual emperador. Cómo olvidar el elocuente discurso sobre la enseñanza, en que el joven soberano se entregó á consideraciones retrospectivas, que ofrecían para nosotros los franceses un interés particular. «El último momento, decía, en que nuestra escuela alemana haya sido productiva para nuestra vida patria toda y para nuestro descubrimiento, es el de los años 1864, 1866, 1870». ¿Qué ocurría entonces? ¿Era que la hermosa «geografía» se enseñaba é iba á preparar la victoria? No; sino que en aquellos mo-

(1) Según el testimonio del coronel Mozimau, por impasible que fuera Moltke, se estaba seguro de hacerle reir cuando se le hablaba de las victorias del maestro de escuela en Sadowa, teoría cuyo éxito en Francia estaba lejos de desagradarle, pero en contra de la cual tenía buen cuidado de poner en guardia á los alemanes. Y Waldersee, su discípulo, su heredero intelectual, contaba también con la «frivolidad» de esta opinión de moda en Francia.

mentos, «las escuelas prusianas eran depositarias de la idea de *unidad* que fué *enseñada en todas partes*. Todos en Prusia tenían una idea única: *restaurar el Imperio alemán*, recobrar la *Alsacia y la Lorena*» (1). Y el joven emperador se lamentaba de que desde 1871 el movimiento no hubiera continuado. «El Imperio está constituído, decía, y hemos obtenido *lo que queríamos*, y en esto se ha quedado.»

El maestro de escuela alemán fué, por lo tanto, un maestro de panteísmo pangermánico, y este es su verdadero papel: no ha obrado esparciendo conocimiento, sino, con mucha frecuencia, propagando ó manteniendo ignorancias, alimentando prejuicios, atizando odios.

En Alemania la enseñanza es más confesional que en Inglaterra. En las escuelas primarias una ley ha hecho obligatoria la enseñanza evangélica; pero el protestantismo prusiano no parece haber ganado sino «adhesiones de pura fórmula». Una instrucción moral y teológica se da también en los gimnasios desde la clase más elemental á las superiores. En el ejército los reclutas alemanes prestan juramento ante el altar. El emperador habla sin cesar de Dios y dice á sus batallones: «No puede ser buen soldado el que no es buen cristiano.» En Alemania los funcionarios tienen ó afectan tener gran celo religioso. En Navidad y en Pascuas las gacetas oficiales consagran artículos, á veces fervientes, á los hechos que estas fiestas recuerdan. En Alemania ningún poeta osa hacer, á propósito de la figura de Cristo, fantasías literarias, ó sacar su vida á las tablas de un teatro. *Juan Bautista* de Sudermann ha estado mucho tiempo prohibido por la censura, y Jesús no aparecía en él. Solamente, se ha observado, aldeanos sencillos y creyentes pueden, vertiendo lágrimas verdaderas, como sus antepasados de la Edad Media, representar, ó más bien, hacer revivir las escenas de la Pa-

(1) Nótese estas palabras: *¡recobrar la Lorena!*

sión. La blasfemia se castiga severamente del otro lado del Rin.

A pesar de todos los esfuerzos pedagógicos para mantener la religión antigua y basar en ella la moral tradicional, la inmoralidad hace grandes progresos en Alemania. El alcoholismo está allí muy extendido y aumenta sin cesar. La proporción de casos de locura causada por el abuso de bebidas alcohólicas se ha duplicado en los últimos veinte años. Los divorcios por causas graves se multiplican de un modo más rápido todavía que en nuestro país. Las costumbres mismas se han relajado de tal suerte, se han descubierto abismos tales de corrupción, lazos tan numerosos tendidos á la inocencia en las capitales y en los campos, que una ley severísima ha sido votada por el Reichstag para tratar de reprimir estos abusos. Los pastores Schalk é Iskraut se han hallado de acuerdo con el socialista Bebel acerca de la extensión del mal que corroe Alemania; las cifras que han presentado en su apoyo son de una elocuencia aterradora. Por otra parte, habiendo osado decir muy alto el pastor Berlín lo que más de quince años de su ministerio pastoral le había enseñado acerca de la alta sociedad berlinesa, se le ha cerrado la boca, amenazado con la destitución y hecho comparecer ante un Consejo disciplinario.

II. La instrucción secundaria y la superior han tenido y tienen todavía en Alemania mucho más influjo que la primaria. Para comprender su orientación, no deja de tener interés el recordar también las cartas y discursos del emperador de Alemania sobre instrucción pública. A un magistrado reformista de Dusseldorf, Hartwich, escribía Guillermo II, el 2 de Abril de 1885, esta extraña carta, publicada en un escrito póstumo del profesor de fisiología Preyer: «Por fin se ha encontrado un hombre que se las haya con este sistema petrificado (los estudios filológicos), el más mortal para el espíritu que pueda imaginarse. Sus-

cribo á la letra todas vuestras ideas. Dicha es que haya podido convencerme por mí mismo, durante dos años y medio, del crimen que se comete con nuestra juventud. ¡Cuántas cosas hay en nuestros libros que yo había meditado en silencio! Para no citar más que un hecho, de veintiún alumnos que éramos en la sección prima, diez y nueve gastaban anteojos; todavía había dos que tenían que añadir unas gafas para ver algo en el encerado. Homero, el divino Homero, cuyo admirador apasionado soy, Horacio, Demóstenes, cuyos discursos deberían entusiasmar, ¿cómo eran leídos? ¿Era con entusiasmo por la guerra y las armas, por las descripciones de la naturaleza? Nada de eso. Bajo el escalpelo gramatical de estos fanáticos filólogos, cada miembro de la frase era disecado, dividido en partes, hasta que el esqueleto apareciera desnudo, con gran alegría de todos, y se hubieran presentado á nuestra admiración todas las innumerables posiciones, cómo prefijo ó sufijo que puede tomar ἄν ó ἐπί, ó cualquier otra partícula. ¡Era cosa de llorar! ¡Y qué galimatías se producía! Creo que Horacio se hubiera llenado el alma de espanto... ¡Basta! ¡Basta! ¡Guerra á muerte á una enseñanza semejante!» Y el joven reformador deducía entonces la supresión de los discursos latinos y temas griegos, pedía que se enseñara algo mejor la historia, sin olvidar las campañas de 1866 y de 1870; que los alumnos tuvieran recreo todas las tardes; que la gimnasia reforzada hiciera de todos ellos «verdaderos pájaros», y que tres veces á la semana un oficial subalterno viniera á ejercitarlos en el bastón y en las marchas militares. «Pero, ¡ay! añadía melancólicamente, esos grandes estudiantes están demasiado estragados para abandonar sus chanzas, la levita negra y el cigarro, y prestarse al pugilato. ¿Qué queréis que se espere de tan pobres gentes? Razón de más para seguir adelante. ¡Guerra á muerte á este sistema. Estoy dispuesto á secundar vuestros esfuerzos. Vuestro afectísimo, GUILLERMO.»

En los primeros días de su reinado, Guillermo convocaba en Berlín un Congreso de especialistas y hombres políticos, que se reunieron del 4 al 17 de Diciembre en número de 40, para discutir de modo contradictorio la gran cuestión de las reformas escolares. Allí estaban Virchow, Helmholtz, Mommsen, Harnack, algunos diputados y miembros de la Alta Cámara, profesores de Universidad y hombres notables. El Ministro, en su discurso de apertura, se había preguntado, si á consecuencia del cambio operado en la situación de Prusia y de Alemania, el pueblo alemán debía, como en el pasado, «permanecer un pueblo de pensadores, un pueblo que busca en sí mismo su felicidad». Y se había respondido: «No, porque las miradas de la nación alemana se dirigen ahora *al exterior*, y aun hacia la *colonización*». El Emperador, á su vez, declara entonces que es necesario educar á la juventud alemana «de modo que responda á las necesidades presentes de la posición que la patria tiene en el mundo, y también para colocarla á la altura de la *lucha por la vida*». Henos aquí bastante apartados del «combate *espiritual*» y de la lucha por las *ideas* que había caracterizado la Alemania idealista. «Ante todo, lo que falta en los *gimnasios* es la base *nacional*. La historia, la geografía, la tradición, deben alimentar el *sentimiento nacional*; tratamos de educar á jóvenes alemanes, no á griegos ó á romanos.» El Emperador señala, por lo demás, con perspicacia el gran defecto de la instruccion alemana, el abuso prodigioso de la filología: «El punto fundamental, dice, es que los señores filólogos han estado en la instrucción como *beati possidentes*, y que han dedicado atención preferente á la enseñanza y al saber, no á la formación del carácter y á las necesidades de la vida actual. *Alemanes* que tengan *pie firme* y *buen ojo*, esto es lo que nos hace falta.» La literatura misma y la cultura antigua son sospechosas para el joven César alemán: «¡Muera la composición latina!» Hace suyas las justísimas palabras del príncipe de Bis-

marck acerca del proletariado de bachilleres: «La mayor parte de los candidatos del hambre, principalmente los señores periodistas, son estudiantes malogrados.» El sentido *práctico*, el sentido *real*, este es, en su opinión, el que precisa desenvolver en lo sucesivo. «Los hombres no deben mirar al mundo á través de los anteojos, sino con sus propios ojos. ¡A esto se tenderá ahora, yo os lo prometo!» Pero la idea que oculta es un pensamiento político, y he aquí los agravios verdaderos contra la pedagogía alemana: «Si la escuela hubiera realizado lo que hay derecho á esperar de ella, habría debido ante todo entablar la lucha contra la *democracia*.» Hubiera sido preciso hacer de ella un instrumento de centralización imperial. «Los colegios y las Universidades estaban en el deber de tomar seriamente la cuestión é instruir á la generación naciente de modo tal, que los jóvenes que tienen mi edad, es decir, alrededor de treinta años, fueran ya *instrumento* preparado con el que yo habría podido *trabajar en el Estado*, á fin de hacerme con más rapidez *dueño del movimiento*. De este modo se revela el secreto motivo de los reproches dirigidos á la filología, á la literatura, á esa misma filosofía que otro emperador nuestro había tratado de ideología. La nueva labor de la Alemania contemporánea es la dominación política, industrial, comercial, marítima y, si es posible, colonial; el idealismo ha concluído y el realismo comienza. «Hay que enseñar á la juventud la historia de Alemania, pero cambiando el método. Debe enseñarse invertida, comenzando por el fin. Primero las campañas de 1870 y 1866, para remontar desde ellas progresivamente hasta los orígenes. Y, sobre todo, señores, importa desarrollar los *músculos alemanes* mediante la gimnasia y el juego.»

En nuestro país, los amigos de la enseñanza moderna se han servido de otro documento emanado del Emperador Guillermo II en 20 de Noviembre de 1900, en forma de rescripto al Ministro de Instrucción pública, Studt; y de

él han deducido inmediatamente que la causa de los «modernos» estaba definitivamente ganada en «Alemania». Primeramente, de ningún modo se trataba de *Alemania*, sino de Prusia, no teniendo poderes el Emperador para inmiscuirse en los asuntos internos de los Estados. Además, si acudimos acerca del particular á las autoridades mejor informadas, el rescripto imperial no tendía para nada á lo que en Francia llamamos igualdad de sanción (*Gleichberechtigung*) para ambas clases de enseñanza, clásica y moderna; reconocía simplemente á los alumnos de las escuelas reales «el derecho condicional (*Gleichwertigkeit*) de presentarse á los exámenes de las carreras liberales, después de haber previamente adquirido un *diploma oficial de estudios griegos y latinos*, dado por un gimnasio.» A pesar de ello, este mismo derecho sólo era reconocido «en principio». En Francia, la Memoria general presentada en 1901 en nombre de la Comisión investigadora del Parlamento por M. Couyba, registró el hecho y lo presentó como la victoria de la enseñanza moderna en Alemania. «Muy recientemente, leemos en la página 44 de esta Memoria, el Emperador ha intervenido oficialmente para que la igualdad de sanción sea un hecho consagrado. *Alemania ha resuelto*, por tanto, *la dificultad*, nacida de la coexistencia de dos enseñanzas distintas en programas y métodos, por el *reconocimiento puro y simple de la igualdad de sanciones*». Y M. Couyba repite en la página 84: «La igualdad de sanción para la clásica y la moderna (real) es un *hecho realizado* en Alemania.»

Ahora bien; las explicaciones dadas en el Landtag por el Ministro de Instrucción pública y los nuevos *Planes de estudios* prusianos (1) han probado, muy al contrario, que la enseñanza real en Prusia no está destinada, ni á pasar á primera línea, ni á hacer competencia á la clási-

(1) *Lehrpläne und Lehraufgaben für die höheren Schulen in Preussen.* Halle a. S., 1901.

ca en su propio terreno; á pesar de los esfuerzos de los *realistas*, se mantiene, ó poco menos, en el mismo grado de inferioridad; los que han hecho un estudio profundo de la cuestión, han demostrado que la reforma escolar de 1901 está hecha «toda en honor del gimnasio» (1).

La voluntad del Emperador, en efecto, fué impotente contra la opinión pública, contra el sentir declarado de la magistratura, del clero, de los más ilustres representantes de la enseñanza. El Emperador mudó entonces de consejo, viendo que toda la corriente intelectual iba en contra suya. Habíase esperado que pondría á sus hijos en una escuela real; se guardó bien de ello y los confió á un gimnasio clásico. Cuando aparecieron, en los primeros días de 1892, los nuevos *Planes de estudios*, elaborados conforme á las decisiones de la conferencia de Berlín, bajo la dirección del Ministro M. de Gossler, los defensores de la enseñanza clásica notaron con placer que la composición latina se había sin duda suprimido oficialmente, que el número de clases de griego y latín había disminuído; pero que el gimnasio «conservaba todas sus ventajas». La igualdad de sanción no se pronunciaba, y los alumnos de las escuelas reales secundarias quedaban excluídos, después como antes, de las Universidades. Bien pronto la composición latina, sin ser impuesta, fué autorizada y aun aconsejada. Además, por una disposición fechada en 13 de Octubre de 1895, el Gobierno permitía á las Comisiones escolares de las provincias «aumentar una hora á la semana los cursos de latín en las tres clases superiores, tanto en los gimnasios reales como en los gimnasios».

Algún tiempo después tuvo lugar un nuevo ensayo de reforma, con el nombre de «Reforma de Francfort». Partiendo del principio de «que una combinación más inge-

(1) Véase, además de las comunicaciones de M. Veyssier y de M. Pinloche en la *Revue de l'enseignement secondaire*, *Die höheren Schulen in Preussen und ihre Lehrer* y *l'Enseignement secondaire en Allemagne*, por M. Pinloche.

niosa de las diversas materias de enseñanza llevaría muy pronto á resultados más satisfactorios desde el punto de vista de la formación del espíritu y daría la solución más ventajosa á la cuestión tan ásperamente debatida de la fatiga intelectual», el director Reinhardt fundó en Francfort, sobre el Mein, un nuevo establecimiento de enseñanza secundaria. La duración de los estudios es en él siempre de *nueve* años; pero las materias propias del gimnasio, del gimnasio real, de la Oberrealschule, están dispuestas con un plan nuevo, de modo que se estudian, no ya simultánea, sino «sucesivamente». Los tres primeros años se consagran al estudio de una sola lengua extranjera, la francesa, y la enseñanza es en ellos la misma para todos los alumnos. Al principio del cuarto, en *Untertertia*, se produce una primera bifurcación; los discípulos que siguen la pura enseñanza real abordan el estudio de las ciencias y forman la Oberrealschule, mientras que el segundo grupo comprende el estudio del latín. Dos años más tarde, en *Untersekunda*, hay una nueva bifurcación en esta agrupación; unos se entregan en adelante al griego, materia reservada á los gimnasios; otros comienzan el estudio del inglés, especialidad del gimnasio real. Así, en el «gimnasio reformado de Francfort», en lo que concierne á la enseñanza clásica, la duración de los estudios latinos es sólo de seis años, la del griego de cuatro. Pero los que han estudiado atentamente estas reformas en sus menores detalles, hacen observar que, durante este tiempo, se practica metódicamente el estudio intensivo, á razón de diez horas á la semana para el latín y ocho para el griego. Además, cuando el alumno aborda el estudio del latín, está ya familiarizado con una lengua extranjera, lo que le allana las dificultades de la nueva enseñanza. Finalmente, se ha elegido con intención, para esta lengua extranjera, la francesa, que es «verdaderamente clásica», cuyo manejo constituye para la raza alemana «una iniciación en el mecanismo y en el genio de la lengua lati-

na» (1). Lo mismo ocurre con el estudio del griego. Se emprende en un momento en que los alumnos poseen ya muy sólidamente el latín.

Todos los que han analizado este nuevo método de enseñanza, reconocen que no es en modo alguno una verdadera *reducción de los estudios greco-latinos*, porque sus programas son los mismos de los antiguos gimnasios y los exámenes tan rigurosos. Lo que se ha reducido es el tiempo directamente consagrado á estos estudios, pero esforzándose en «emplearlo mejor». La reforma de Francfort alcanza, pues, únicamente al método; los resultados, teóricamente, se presentan como iguales á los antiguos. Gracias á las ventajas pecuniarias que este sistema lleva consigo, un número bastante grande de poblaciones—sobre todo las ciudades pequeñas, cuyos recursos apenas bastan para mantener en establecimientos incompletos las clases inferiores—han adoptado la reforma de Francfort «como ensayo». Por razones análogas, el Ministro de Hacienda, M. de Miquel, antiguo burgomaestre de Francfort, se ha hecho ardiente propagandista de la reforma.

Sin embargo, la lucha continuaba; no viendo en modo alguno los modernos en el sistema de Francfort la realización de sus esperanzas, comenzaron de nuevo á combatir los estudios clásicos. Representáronlos como insuficientes para la lucha industrial del siglo xx, argumento que siempre y en todas partes se pone por delante, lucha por la vida, competencia económica, etc. La Asociación de profesores de lenguas modernas ó «neofilólogos» (¡siempre la filología en candelero!) pidió y obtuvo, en 1900, que los alumnos de las escuelas reales fueran admitidos por las Universidades en la sección de «lenguas vivas», lo cual era bastante natural. Por otra parte, una petición, lanzada en el mundo oficial é inteligente para el

(1) Véase *l'Enseignement secondaire en Allemagne*, por M. Pinloche.

mantenimiento integral de la enseñanza clásica, se suscribió, en pocos días, con «catorce mil firmas».

El Gobierno hizo entonces estudiar de nuevo la cuestión en una conferencia escolar, á la que fueron convocados preferentemente profesores de Universidad, Mommsen, Diels, Harnack, Willamowitz-Moellendorf, etc. Las reuniones tuvieron lugar del 6 al 8 de Junio de 1900 (1). De estas discusiones y en las resoluciones por la mayoría adoptadas, se inspiró el rescripto imperial de 26 de Noviembre de 1900. Los nuevos *Planes de estudios* de 1901 se inspiran en ellos. El primero de los dos documentos ha inducido á error á M. Couyba; los que han hecho de las cosas un análisis más atento, ven en esto, nó la derrota, sino la «victoria de la enseñanza clásica».

El primer punto por determinar, en efecto, concernía á la igualdad de sanciones reclamada por los realistas para las diversas clases de enseñanza secundaria. Ahora bien; por el art. 1.º del rescripto imperial, la cuestión fué resuelta «diplomáticamente», según una palabra que parece hizo entonces fortuna; es decir, que se proclamaba con mucha diplomacia la igualdad de sanción sin concederla realmente. En principio, el acceso á las Universidades fué declarado posible para los alumnos de las escuelas reales, pero mediante *un examen suplementario de griego y de latín*. La diplomacia imperial concedía así con una mano lo que retenía con la otra. Era, á pesar de la concesión aparente y la igualdad puramente honorífica de las tres clases de estudios, la negación misma de la igualdad de derechos perseguida con tanto ardor por los reformistas. Las explicaciones dadas á la Comisión de presupuestos por el Ministro de Instrucción pública, el 28 de Febrero de 1901, acabaron de disipar todas las dudas. M. Studt declaró que solamente los cursos de letras y

(1) V. *Verhandlungen über Fragen des höheren Unterrichts*. Berlín, 6 *bis.*, 8 de Junio de 1900.

ciencias estarían abiertos para los alumnos de las escuelas reales. «Pero entonces, objetaron los reformistas, en nada ha cambiado el *statu quo*, puesto que los alumnos de las escuelas reales tienen ya hace tiempo derecho á seguir los cursos universitarios de ciencias y letras!» Decisión semejante equivale á la condenación oficial de la «Oberrealschule». Se habían, pues, burlado de los reformistas.

En el Landtag, la sesión entera del 7 de Marzo de 1901 se consagró á esta cuestión. Pero el Ministro repitió sus declaraciones: «En adelante, decía, los discípulos premiados de las escuelas superiores podrán seguir en las Universidades los cursos de ciencias y letras, derecho de que ya gozaban, al menos en parte. *Sin embargo,* para presentarse en los cursos de letras, los alumnos de las Oberrealschulen deberán presentar un *certificado de estudios clásicos* dado, después de un examen, en un gimnasio clásico». Los alumnos de las Oberrealschulen son muy poco numerosos en las Universidades; sólo estudian ciencias naturales ó lenguas vivas. También el título de profesor superior de lenguas vivas exige un certificado de latín. La Facultad de Medicina, en Prusia como en otras partes, excluye *en absoluto* á los alumnos de las escuelas reales superiores sin el latín; no pueden seguir los cursos ni aun como simples oyentes. Los reglamentos de las Facultades de Medicina son asunto del Estado, *Reichssache*. En las de derecho, se admite oyentes de las tres procedencias: gimnasio, escuelas reales, Oberrealschule; pero, en realidad, es imposible estudiar derecho y hacerse abogado sin el latín: aun el año próximo, se va á poner el derecho romano en el primer semestre para obligar á los alumnos á saber la lengua latina. En cuanto á las Facultades de Teología, no admite más que á los discípulos de los gimnasios clásicos.

El carácter de la reciente reforma, es ser un paso hacia la libertad de enseñanza. Ya no se pregunta al estudiante dónde ha estudiado, si en ésta ú otra clase de

establecimiento universitario, ó en cualquier otro. El estudiante de un gimnasio real puede en muchos casos completar sus conocimientos con lecciones particulares, y aprender así el latín necesario para el derecho. Pero los exámenes del Estado no se han modificado en nada por esto: no puede cursarse, por ejemplo, ni medicina, ni derecho, ni teología, sin el conocimiento del latín. Además se ha tratado de desarrollar cada clase de colegio según su tipo propio, y en su pureza; esto ha hecho fortificar aún más la enseñanza clásica, aumentando en ella el número de horas para las lenguas clásicas (1).

No sólo las letras clásicas conservan de este modo «sus ventajas y honores», sino que su «valor pedagógico ha sido proclamado en los nuevos *Planes de estudios;* los cursos de latín, en el gimnasio real como en el gimnasio, se aumentaron en una hora semanal durante seis años enteros, lo que da un total de «doscientas cuarenta horas de clase añadidas al horario antiguo». El estudio de la gramática latina recibe notables desenvolvimientos en las clases inferiores y medias; el tema latino se impone cada quince días en las superiores; el tema griego queda restablecido. La enseñanza de la lengua alemana comprende, como antes, un total de mil cuarenta horas de clase, mientras que la cifra correspondiente á la del griego y el latín se eleva á cuatro mil ciento sesenta.

Así, pues, declaraba en el Landtag el Ministro de Instrucción pública, «*el gimnasio sale de este conflicto más fuerte que antes*». En el Landtag, sesión del 7 de Marzo, el doctor Goebel, en nombre del Centro, y el doctor Kropatscheck, en el de los conservadores, se apresuraron á dirigir al Ministro «las más calurosas acciones de gracias». En sentido contrario, en nombre de los «moder-

(1) Debemos todas estas noticias á la amabilidad de M. Wundt, de Leipzig; de M. Paulsen y de M. Simmell, de Berlín; finalmente, al mismo rector de la Universidad de Berlín, M. Kékulé; todos han accedido á darnos detalles precisos.

nos», el doctor Beumer expresó su descontento y reclamó por última vez la igualdad de sanción para los estudios clásicos y los utilitarios. El Ministro respondió que Prusia cuida de todo lo que constituye «su poder y su gloria»; tiene excesivo cuidado de sus «tradiciones», y sabe muy bien lo que debe «á los estudios liberales», comprendiendo en ellos «los estudios griegos y latinos, en que brilla la ciencia alemana», para privarse de un «instrumento maravilloso de civilización y progreso». Por lo que concierne á los exámenes, siendo la sanción de los estudios anual y seria en los gimnasios, gracias á la severidad de los exámenes de prueba de curso, la reforma no debía tener ninguna modificación.

En suma; en las «escuelas» llamadas «*reales*», las ciencias naturales y los conocimientos prácticos continúan ocupando el primer lugar; siguen los cursos potestativos de latín; en los «gimnasios reales» el latín es obligatorio, no el griego; las ciencias predominan, así como las lenguas vivas, pero el derecho y la medicina no están abiertos más que á los alumnos de los gimnasios clásicos, propiamente dichos, y sí á los titulados de griego y latín. Así, en todos los grados, la jerarquía se mantiene. El latín y el griego tienen parte considerable en los estudios de los gimnasios clásicos, lo que no impide que el francés sea en ellos obligatorio durante ocho años, con cuatro horas en el primero, luego tres, y dos en los dos últimos años.

La legendaria geografía no está representada en todos los programas de los gimnasios más que por dos horas en sexto curso, quinto y cuarto, una en el tercero inferior, y superior, *nada* en el primero inferior y superior. Las matemáticas sólo ocupan tres ó cuatro horas, las ciencias naturales dos y las demás *nada*. Considérase, con razón, que una buena cultura matemática es el fundamento verdadero de todos los estudios científicos, que el resto es especial, propio de la Universidad y no del gimnasio. Aun

en los gimnasios reales, las matemáticas sólo tienen tres ó cuatro horas; las ciencias naturales dos en los cinco primeros años, siendo reemplazadas durante los cuatro últimos por dos de física, á las que se añade, finalmente, y sólo en los dos últimos casos, dos de química. ¡Qué diferencia con nuestros estudios, tan superficiales como enciclopédicos!

A pesar del triunfo final de los clásicos, subsiste en la enseñanza secundaria de Alemania un cambio de espíritu y dirección que no data de hoy, y que no deja de inquietar á la parte escogida de la nación. Dubois-Reymond, que era rector de la Universidad de Berlín, no cesó de protestar toda su vida contra el realismo exagerado de las *Realschulen* y la invasión de su espíritu, por un contagio enojoso, en los gimnasios mismos y en las Universidades. Reclamaba con energía un tipo de gimnasios *secundarios*, «cuyos discípulos resultaran aptos para entrar, ya en la Universidad, ya en el ejército, en la Academia industrial ó en la de arquitectura». Y se entiende que serían los gimnasios de *humanidades*, pero reformados de un modo racional, desembarazados de la filología, más literarios y menos gramaticales, enriquecidos, finalmente, en las ciencias *filosóficamente estudiadas*. Tal enseñanza será, dice, «un verdadero adversario para el realismo», preparando siempre para las profesiones útiles con un espíritu no utilitario. Todo se hace, por lo demás, en Alemania, para volver á la unidad en la enseñanza secundaria. Hay ya hoy gimnasios y gimnasios reales que sólo se diferencian por tener ó no griego, y por una proporción mayor ó menor de estudios matemáticos y físicos; pero en todas partes se exigen grandes estudios *literarios*, y no se pide en *ciencias* sino la iniciación profunda en los métodos, no un fárrago de memoria ni una preparación para estudios especiales.

Es una situación que deben meditar los que en Fran-

cia tratan de acabar con los estudios clásicos y que piensan formar comerciantes ó colonos, abriendo á todos, indistintamente, las Facultades de Medicina y Derecho, así como las diversas Escuelas del Gobierno.

III.—Lo que presenta en Alemania superioridad más manifiesta sobre las instituciones análogas de Francia, son las Universidades. En las nuestras puédese, sin duda, aprender una ciencia ya formada, hasta aprender á practicarla; pero á pesar de progresos muy recientes, no se enseña, ni mucho menos, una cosa muy diferente, y que exige un largo aprendizaje, la labor del sabio. Hacer progresar la ciencia, ya teórica, ya aplicada, es el grande arte que no se improvisa y que exige cada vez más la prolongada paciencia, en la que Newton hacía consistir el genio. La ciencia pura tiene también su técnica, que difiere de sus resultados adquiridos ó de las ideas generales, según las cuales estos resultados se alínean para el filósofo. Nosotros los franceses, en nuestra enseñanza superior nos hemos contentado demasiado durante largos años, con «grandes principios» y «grandes consecuencias», mientras que los alemanes se ocupaban, hasta con exceso, de los métodos y de la técnica. Además, al lado de las Universidades, varias de las cuales eran nuevas á principio de siglo (Berlín y Bonn) Alemania ha visto aumentar incesantemente, sobre todo desde hace treinta años, el número é importancia de las escuelas *técnicas* superiores y Academias especiales de agricultura, química y minería.

En cambio, la filosofía está hoy en crisis entre nuestros vecinos. Cursando los cuatro quintos de los alumnos en las Universidades, y no considerándose aún que el gimnasio se baste á sí mismo, la supresión de la clase de filosofía en los gimnasios pareció en un principio poco peligrosa. Esta supresión no fué menos fatal, y la compensación esperada de las Universidades se ha mos-

trado en este caso absolutamente insuficiente. La enseñanza filosófica, que desde el siglo XVI había en los gimnasios de Alemania ganado constantemente en importancia, fué brusca y totalmente suprimida, gracias á la preocupación producida por el florecimiento de los estudios filológicos. Las medidas tomadas después para introducir en *Prima* algunos textos de filósofos griegos ó latinos (comentados por profesores lingüistas, sin cultura filosófica), no han atenuado las consecuencias de esta medida. M. E. Halévy, que fué recientemente encargado por nuestro ministerio de una misión oficial en Alemania, ha dado cuenta de los resultados de su interesante viaje (1). En la Universidad, como en el gimnasio, atestigua el «indiferentismo», ó al menos la abstención filosófica. El pensamiento alemán, por lo demás, por cansancio ó esterilidad, ha reducido la filosofía á no ser más que «una teoría del conocimiento», ó si se trata de realidades, un simple resumen de la ciencia experimental; «neokantismo ó positivismo», he aquí hoy, salvo algunas excepciones, toda la filosofía enseñada á los raros alumnos de buena voluntad que siguen cursos de filosofía en las Universidades». M. de Hartmann decía á M. Halévy que el profesor de Universidad trata hoy la metafísica como el candidato socialista la religión: «asunto privado», dice; no la niega ni la aparta á un lado. El positivismo científico reina desde entonces como dueño en las Universidades alemanas. «Ningún espíritu filosófico preside ya, termina M. Halévy, los trabajos de las Universidades.» De aquí resulta que, faltas de instrucción filosófica, son presa de la economía política nacionalista y socialista. Los sistemas más opuestos se disputan estos cerebros, sin método adquirido y sin brújula. «El materialismo práctico», cuya forma más elevada es la *Nationalœconomie*, florece en las

(1) Véase la *Revue internationale de l'enseignement* del 15 de Diciembre de 1896.

cátedras de las Universidades, laboratorios de colectivismo.

¿Cuáles son los resultados de esta mutilación y esta decadencia de la filosofía en un país que algunos de nuestros pedagogos querían imitar en todo? Según M. Halévy, «se experimenta dolorosamente entre los estudiantes de las Universidades alemanas la falta de una cultura filosófica previamente recibida en los establecimientos de enseñanza secundaria». Un hecho general le ha admirado; la «decadencia de los estudios filosóficos en Alemania y su resonancia en todas las ramas del trabajo universitario». Muchos cursos de filosofía en Alemania tienen hoy un carácter ridículamente elemental, y se dirigen á unos pocos alumnos, sin previa iniciación. M. Th. Ruyssen, que también ha hecho en los mismos lugares un estudio profundo de las Universidades, ha visto á profesores interrumpir una explicación para escribir en el encerado la ortografía de palabras muy sencillas ó conocidas, tales como monismo, utilitarismo. Locke, Montesquieu. M. Halévy, por su parte, nos pinta frente al estado tan próspero de los *laboratorios* científices, la progresiva decadencia de las grandes investigaciones filosóficas, morales, sociales, históricas, y aun de *ciencia pura;* la filosofía, ciencia universal reducida al estado de «especialidad», la vida huyendo poco á poco de las Universidades locales, que los maestros abandonan por Berlín; el cuerpo docente reclutándose con dificultad cada vez mayor; el *Privat-docent* tendiendo á desaparecer de las pequeñas Universidades, á faltar para algunas especialidades, y aun para las grandes; los estudiantes apartándose de la ciencia desinteresada y pidiendo cada vez más una preparación rápida para los exámenes (1). «El enlace de las ciencias entre sí, escribe un profesor alemán, parece poco á poco reducirse á nada. Con el tiempo

(1) M. Halévy, *Ibid.*

se abrirá, si no nos equivocamos, un abismo profundo entre las diversas Facultades especiales, y estas mismas llegarán á ser simples instituciones de adiestramiento, en que se aprenderá el arte de ganar el pan.» Así, mientras que un gran número de especialistas muestran por la cultura filosófica, que no tienen, un desdén ciego, los que ven las cosas desde más alto, señalan el peligro para el porvenir. No son sólo los profesores de filosofía, como Wundt, Eucken, Ziegler, Kapper y Paulsen los que reclaman la restauración y el desenvolvimiento de la enseñanza filosófica en las Universidades, la institución de pruebas filosóficas serias en el doctorado y en el examen oficial por el cual pasan todos los profesores, sobre todo la reintegración completa de la enseñanza filosófica en todos los gimnasios. Los sabios menos sospechosos de parcialidad por la especulación filosófica hacen los mismos votos. Virchow reclama que «vuelva á introducirse la filosofía en el gimnasio». Haeckel deplora la falta de espíritu filosófico de la mayor parte de los fisiólogos actuales: «Descuidadas la cultura y la disciplina filosófica, dice, se vengan aquí del modo más cruel.» Ihiering mismo escribía en el prefacio de *Zwech im Recht:* «Si alguna vez he lamentado que el tiempo de mi educación haya coincidido en un período en que la filosofía estaba desacreditada, es al escribir la presente obra. Lo que por culpa de la opinión pública hostil ha descuidado el joven, no puede volverlo á coger el hombre maduro.» «Solamente, escribe M. Kapper, el idealismo de la ciencia y la vida es el que había conquistado á nuestra enseñanza superior alemana un renombre universal; con el decaer de este idealismo, las Universidades habían de renunciar también al honor de ser las protectoras y depositarias de toda cultura científica». La indiferencia filosófica y la religiosa, he aquí, pues, según todos los testimonios, lo que el discípulo lleva consigo cuando pasa de la escuela al gimnasio, del gimnasio á la Universidad,

«habiendo aprendido solamente y bien dos cosas: la filología griega y latina, y la obediencia (1). Hacemos, por nuestra parte, poco aprecio de la filología, tan justamente atacada por el Emperador de Alemania; lamentamos que se haya creído deber introducirla en nuestros liceos, donde hubiera valido más, ciertamente, cultivar algo más «la obediencia» y el espíritu de disciplina. Sea el que quiera, el resultado de la enseñanza oficial dada por el Estado en Alemania se ha mostrado poco fecundo desde el punto de vista moral; y es de temer, á falta de convicciones serias, que «la obediencia», que llega á ser demasiado maquinal, no perdure siempre en este país. Según los mismos testimonios, el joven alemán, sobrecargado de gramática y filología, sabe menos ciencias y conoce peor su literatura nacional que un mediano bachiller francés. La irreligión, termina M. Halévy, y no una irreligión violenta y agresiva como la del librepensador de raza latina, sino apática y pasiva, este es el espíritu reinante de la Alemania, al menos de la del Norte, en el momento actual. Ahora bien, la indiferencia en materia filosófica, es peligrosa. Todo vale más que el escepticismo pasivo, que no supone cuestión alguna, y que á la máxima, ¿qué sé yo?, añade: ¿qué me importa? Si es preciso imitar en Francia los progresos de Alemania, sobre todo sus laboratorios de investigación científica, guardémonos de imitar sus faltas, y terminar como ellas en el retroceso del idealismo.

En la Alemania que así ha llegado á ser industrial, militar y positivista, el espíritu filosófico ha decaído hasta tal punto entre las gentes, que se ha visto á un Wundt excusarse, en una de sus obras, de que ciertas conclusiones á que había llegado se asemejaban á las conclusiones hegelianas. Habían llegado los alemanes á avergonzarse de Hegel; ¡avergonzarse de un filósofo que ha hecho un

(1) M. Halévy, *Ibid.*

esfuerzo de gigante para reunir en una inmensa síntesis todos los puntos de vista del pensamiento humano, y que no ha tenido apenas otro error que el abuso de las tesis y antítesis dialécticas! Acabará Alemania por sentir también vergüenza de su Kant, lo cual sería poco más ó menos como si Francia se avergonzara de su Descartes. En cambio, vese á los alemanes enorgullecerse de Nietzsche, su único filósofo hoy, ó al menos el único que les preocupa y se hace leer de los estudiantes sin instrucción filosófica.

Este estado de cosas ha llamado la atención de la *Conferencia escolar*, convocada por el Emperador á pesar de la poca afición que éste tiene á la filosofía. La conferencia ha declarado que la inclusión de la enseñanza filosófica debía hacerse en el último año de estudios (como en Francia), y que allí, donde las circunstancias no permitieran otra cosa mejor, los profesores deberían guiar su enseñanza de modo que se supliera esta falta lo mejor posible. La medida es á todas luces insuficiente, pero indica que se vuelve á comprender la importancia de la *filosofía* como la de las *humanidades*.

Una de las grandes preocupaciones ha sido «mejorar las condiciones de higiene física é intelectual de los alumnos», y notablemente evitar todo exceso de fatiga, sea que provenga de su celo por el trabajo ó de exigencias de los profesores. Así es como para en adelante se ha prescrito que no se autoricen á los alumnos, sino á título completamente excepcional, las veladas de estudio.

Una medida reciente ha fijado además el tiempo de descanso obligatorio que se concede á los alumnos; diez minutos por hora que deberán pasar al aire libre, en tanto que se ventilan las clases. Hace ya mucho tiempo, las clases se habían de suspender en el verano, cuando el termómetro marca á las diez de la mañana 25° centígrados á la sombra.

Además se dice expresamente, que «para cumplir su

misión educadora, *la enseñanza secundaria debe asegurar rigurosamente la disciplina y orden exterior,* desarrollar la obediencia y el amor al trabajo, la sinceridad y pureza de sentimientos, y hallar en todas las ramas de la enseñanza materia para formar el carácter y excitar en el alumno sanas aspiraciones».

El cuidado de esta educación del carácter y de la voluntad, que debe ser la síntesis de la enseñanza secundaria, está particularmente confiado al profesor principal *(ordinarius)*, cuyo papel y atribuciones ha descrito monsieur Pinloche (1). Se desea, más que nunca, que el influjo del profesor principal aumente, y que su elección esté rodeada de todas las garantías deseables, porque á él principalmente «incumbe la labor de mantener relaciones con las familias de sus discípulos y ayudar á los padres con sus consejos y sus acciones». La corta duración de las diversas clases se compensa de este modo con la unidad de dirección, confiada al profesor principal.

Muchas veces se ha descrito la trasformación que se ha operado en los últimos cincuenta años en las costumbres literarias de Alemania. El realismo literario, que por todas partes en Europa hacía su aparición, se ha apoderado, también en esta nación, de la generación nueva. «No tuvieron los alemanes en literatura émulos de Gogol, de Flaubert y de Taine, pero sí historiadores de un realismo poderoso, y Mommsen está en primera línea entre ellos» (2). En aquel momento, tres obras apasionaban á la juventud alemana: el *Fausto*, de Goethe; *El mundo como voluntad y como representación*, de Schopenhauer, y la *Historia romana*, de Mommsen. No cuesta trabajo comprender qué seducía, en estas tres obras, á esta generación, harta de ensueños, cambiada al positivismo y apasionada de la realidad. El *Fausto*, de Goethe, le predica-

(1) *L'enseignement secundaire en Allemagne,* 1900.
(2) Véase Guilland, *L'Allemagne nouvelle.*

ba la filosofía á que el poeta, después de haber vagado tanto, había llegado y que resumía en estas palabras: «La acción consuela de todo.» Después de la guerra, durante veinte años, las letras y las artes han guardado silencio. «La única literatura que ha florecido es la militar (1).» Con las obras del gran Estado mayor, la correspondencia de Moltke, los discursos y cartas de Bismarck, los libros de táctica de Du Verdy du Vernois y la *Historia de Alemania en el siglo XIX*, de Treitschke, la obra magna de la época fué un ensayo sobre la filosofía de la guerra, la *Nación armada*, del mayor Colmar von der Goltz. Nada más extraño que esta obra y que dé mejor idea de la trasformación de Alemania en una vasta Prusia militar. «Es la apología enteramente cruda del militarismo, en la que se oye celebrar, en tono lírico, la virtud moralizadora de las grandes carnicerías humanas, los beneficios del estado guerrero, la inferioridad de civilización del industrial, la misión del ejército como educador de los pueblos y foco de cultura nacional» (2). Habrá guerras, dice el barón de Goltz, «en tanto que en el mundo los pueblos quieran adquirir los bienes terrenales, que estén animados del deseo de *conquistar* para las generaciones futuras *el espacio de que tienen necesidad para vivir cómodamente*, la tranquilidad y la consideración, en tanto que estos pueblos, conducidos por grandes espíritus, tengan, sin mantenerse en los límites estrechos de las diarias necesidades, un ideal político y civilizador que realizar. Hay que aceptar lo que los dioses nos envían... «Las guerras son el lote de los hombres, forman el destino inevitable de las naciones. Jamás los hombres gozarán de paz en el mundo» (3).

Los historiadores y literatos en Alemania han concluído, sin embargo, por reconocer que las guerras contra

(1) Véase Guilland, *L'Allemagne nouvelle.*
(2) Guilland, *ibid.*
(3) *La nation armée,* trad. franc., pág. 452.

Austria y Francia habían alejado demasiado los espíritus de la literatura y la historia. Mommsen mismo se quejaba de que la ciencia alemana desde 1860 no era lo que había sido: «Se han enervado, decía; aspiraciones antes ardientes han quedado suspensas. Gérmenes llenos de promesas se han secado. Nuestro Gobierno no debe tener otro cuidado más urgente que el de mantener y reforzar las fuentes de la grandeza de Alemania. Nuestra labor es difícil, pero podemos y queremos desarrollar la *ciencia alemana*.» Treitschke, por su parte, da esta voz de alarma: «Diríase que el estruendo de las armas ha hecho brotar una nueva raza de beocios, que está en camino de ahogar la inteligencia de las artes y de la ciencia. ¿Por qué reirnos de los rusos, que colocan generales en la dirección de sus jardines botánicos, cuando hoy hacemos lo mismo?» En el aniversario vigésimoquinto de la batalla de Sedan, el 19 de Julio de 1895, menos de un año antes de su muerte, Treitschke pronunció en el Paraninfo de la Universidad de Berlín un discurso patriótico que tuvo gran resonancia en Alemania. Después de haber renovado todos los gloriosos recuerdos del «grande año» de 1870; de haber mostrado que el Imperio no había en modo alguno desarmado á sus enemigos del interior ni á los del exterior, añadía: «Todo se ha hecho más grosero en nuestras costumbres, la política y la vida... Si la política se ha hecho más grosera, la causa íntima de ello está en la alarmante trasformación de nuestra vida pública. Bastantes cosas que en otro tiempo teníamos por exclusivas del Imperio romano de la decadencia, son en realidad producto de la cultura intensiva de las ciudades que á su vez nos invade. Una sociedad democrática no busca en modo alguno para jefes hombres de talento, como imaginaron los soñadores, porque el talento es siempre aristocrático; busca gentes ricas ó demagogos, ó á los dos juntamente. El respeto que Goethe denominaba fin último de toda educación moral, desaparece de la nueva generación con ra-

pidez vertiginosa.» Y entre todas las formas de respeto, Treitschke nota principalmente: el respeto á los límites que la naturaleza y la sociedad han puesto entre ambos sexos; respeto á la patria, que de día en día se borra ante el espectro de una humanidad en el goce de sus derechos. Cuando más se extiende la cultura, más llana se hace; se desprecia la profundidad del mundo antiguo, no se considera importante, sino lo que sólo sirve para fines muy próximos. Hoy, que cada cual habla de todo según las inspiraciones del periódico que lee ó de su diccionario de conversación, raramente se encuentra el poder creador de espíritu y el valor de confesar la propia ignorancia que distingue á los espíritus realmente originales. La ciencia, que aun antes ya descendía á demasiadas profundidades, en la esperanza de alcanzar lo insondable, hoy se pierde en la superficie... En el fastidio de una existencia vacía, pasatiempos tales como las apuestas en las carreras, adquieren importancia real; y cuando vemos el caso que ahora se hace de los héroes de circo y de los payasos, pensamos, llenos de disgusto, en el monstruoso y precioso mosaico de los veintiocho luchadores de las Termas de Caracalla. Todo esto es señal seria de los tiempos. Treitschke ataca en seguida á los teutómanos; «espirituales estéticos», como los llama, que tratando de probar por la etnología que la raza francesa no existe, y otros desvaríos semejantes, «ridiculizan el nombre alemán»; admira el espíritu de la Reforma francesa, que ha dado al mundo la forma más hermosa del protestantismo: «el calvinismo» (1). Cuando oía á sus compatriotas tronar contra «los vicios de

(1) Treitschke atribuía al espíritu protestante cuanto se ha hecho de grande en Francia. Si reconocía que «los ensayos parlamentarios de los franceses no merecen por entero el desdén» (III, pág. 115), refería el honor de ello á los protestantes doctrinarios. A veces decía también: «Nosotros los alemanes no debemos olvidar que Francia, en sus hechos sociales, ha sufrido por el resto de la humanidad» (III, pág. 228). Reconocía que los radicales franceses, cuyas ideas no amaba ciertamente, «habían hecho muchas veces

la moderna Babilonia», Treitschke no podía menos de obligarles á mirar un poco lo que en su país ocurría: «¿Somos, dice, lo bastante superiores á Francia, en lo moral, para dirigirla tales reproches? Si los franceses aman demasiado la mujer, nosotros también nos damos á la gula con gusto, y no sé cuál de las dos cosas es más hermosa.»

Nietzsche, por su parte, no ha cesado de protestar contra la decadencia producida, según en él, en el terreno intelectual por la victoria y gloria militar. «Hay que avenirse á ello, dice, cuando un pueblo sufre y quiere sufrir la fiebre nacional y la de las ambiciones políticas, ve pasar por su espíritu un gran número de nubes y perturbaciones diversas, en una palabra, pequeños accesos de embrutecimiento; por ejemplo, en los alemanes de hoy, tan

---

prueba de un espíritu de sacrificio grandioso y de un valor heroico». (V. Guilland, *ibid.* 229.)

«Desde 1870, dice también de Sybel, nosotros los alemanes consideramos con mayor calma que en los tiempos de la Alemania dividida, las vicisitudes de la política francesa. El peligro de la guerra está alejado por la derrota de Napoleón. El de la invasión de las ideas francesas (1789, 1830, 1848) se ha aminorado también. La marcha de nuestro Estado es profundamente diferente de la de Francia desde 1789. Nuestra nación ha salido del principio de las nacionalidades, inconciliable con las falsas ideas de igualdad de la Revolución francesa. Niegan éstas todo derecho verdadero á la existencia individual, trátese de un pueblo ó de un individuo. La pretendida liberación universal de los girondinos, las conquistas universales de Napoleón, no eran otra cosa que aplicaciones lógicas de este principio fundamental, que en Francia misma ha abrogado el libre desarrollo de los individuos. El principio de las nacionalidades, por el contrario, reposa sobre ideas absolutamente opuestas á aquél, á saber: que la libertad personal no puede subsistir sino bajo la protección de un Gobierno, cuyos jefes hablen la lengua de su pueblo, compartan sus ideas, sientan los latidos de su corazón... Como base respecto al individuo, el acuerdo entre la libertad y el Poder, es consecuencia del principio de las nacionalidades. Es adelantarse demasiado creer que Alemania alejará de su Estado la falsa igualdad y la licencia, que sabrá mantenerse al abrigo de estas dos excrecencias despóticas, la Iglesia y el radicalismo autoritario, cuyos más claros ejemplos son la Commune y los jesuítas, excrecencias que impiden la realización de un Estado libre»; *Geschichte der Revolutionszeit, IV,* Band, Bonn, 1871.

pronto la chifladura antifrancesa, como la antijudía ó antipolaca, como la cristiana ó romántica, como la wagneriana, como la teutónica ó prusiana (mírese, pues, á estos pobres historiadores, los Sybel y los Treitschke, y sus grandes cabezas bien tapadas) y dese el nombre que se quiera á estas ligeras ofuscaciones del espíritu y la conciencia alemana» (1).

IV

MILITARISMO, CAPITALISMO Y SOCIALISMO

Dos grandes influjos han actuado, en el curso de nuestro siglo y especialmente en la segunda mitad, más que todo, sobre el carácter y las costumbres del alemán: el militarismo y el capitalismo, que por reacción, han hecho engrandecer el socialismo.

Kant había dicho: «El militarismo ha desenvuelto en Alemania el hábito ya considerable, de la disciplina, del orden y la exactitud, el aseo, la inteligencia mutua y el compañerismo.» Habiendo llegado á ser modelo de organización y jerarquía, el ejército ha ejercido un influjo creciente sobre el Estado y la sociedad entera. Pero, llegado al punto á que se le ha impulsado poco después, el ejército alemán tiende hoy á separarse cada vez más del elemento civil; favorece el desorden y la ociosidad; se opone al ennoblecimiento y mayor dulzura de las costumbres, quita á la nación una multitud de fuerzas vivas.

Azote mayor aún que el militarismo es en Alemania el exceso del capitalismo. Se le censura el ejercer sobre la nación un influjo cada vez más desmoralizador, producir por una parte el lujo y la avidez; por otra, en competencia mortífera, la explotación del trabajo obrero y especialmente el de las mujeres, la destrucción de la vida de

(1) *Par delá le bien et le mal,* VIII, § 251.

familia, las crisis ruinosas, las huelgas, la prostitución, la venalidad, el aumento de la criminalidad en la infancia y en los adultos. De hecho, y cualquiera que sea la causa, la criminalidad general va aumentando en Alemania de modo sensible. Por cada 10.000 personas de más de doce años había como medio anual, en el período de 1883-87, 115,08 condenadas, 39 por atentados contra las personas y 48 por atentados contra la propiedad. En 1896, 112,4 (43 contra las personas, 51 contra la propiedad); en 1892, 119,9 (44,8 y 55,9); en 1893, 120,9 (48,4 y 51,6). Además, la criminalidad en la juventud, de los doce á los diez y ocho años, ha aumentado (lo mismo que en Francia) en proporción mucho mayor que el total de los criminales. Los números 30.719 en 1882 y 43.776 en 1893, lo demuestran. Finalmente, la multiplicación de los casos de locura, suicidios, atentados contra las costumbres, que todas las estadísticas acusan, denota «la perturbación de los sistemas nerviosos» y «el trastorno de las profesiones».

Como remedio al aumento de la criminalidad en la juventud, se ha confiado á las legislaciones locales el cuidado «de los muchos abandonados y culpables». En Prusia, notablemente, en el período de 1858 á 1892, 20.080 niños han sido sometidos al régimen de «la educación forzosa». La extensión de éste régimen se persigue especialmente por la *Asociación criminalista internacional*, cuyos miembros adheridos son numerosos en Alemania, y que aspira á remplazar la *pena* propiamente dicha por un *tratamiento* adecuado.

Otro azote, el alcoholismo, ha aumentado en Alemania desde que el precio del alcohol de patata ha bajado. El consumo de este artículo se eleva hoy á cuatro litros y medio (más de cinco en Francia, desgraciadamente). El del tabaco ha permanecido casi igual. El malestar moral, como se ve, está lejos de ser particular á nuestro país. En Alemania, recientemente aún, un mensaje firmado por más de 50.000 mujeres pedía «á los honorables profeso-

res, maestros de conferencias é inspectores de las Universidades, academias y otros establecimientos de instrucción pública», que emplearan su influjo en «poner á salvo la salud y pureza de sus discípulos contra todo género de incontinencia». Las quejas son casi las mismas en todo el país; en todas partes se lamentan no encontrar ya aquellas convicciones que á la vez dominan el pensamiento, la voluntad, la conducta. Es imposible desconocer cuantos rasgos, en este cuadro, son comunes á Alemania y á Francia. Es una prueba de la creciente identidad de influjos intelectuales, morales, sociales en los países más diversos y en las razas más distintas. Los «caracteres» de las naciones cada vez se ocultan más por las máximas de la conducta colectiva, que acaban por establecer en todos iguales costumbres, tanto entre los germanos ó los que se creen tales, como entre los celtas ó los pretendidos latinos.

En la antigua Confederación alemana, los países católicos eran preponderantes, lo que constituía una desventaja para la Alemania protestante del Norte. Por el contrario, en el nuevo Imperio, lo mismo que en Prusia, la población católica es poco más de la tercera parte del total. Pero, según M. Toennies, hay que tener en cuenta una notable diferencia entre ambos grupos. La gran masa de los católicos alemanes, aun en las grandes ciudades, permanece fiel á la Iglesia; el catolicismo ha aumentado, en su lucha con el Estado, su autoridad y poder; por el contrario, «casi todas las clases del pueblo protestante, y sobre todo la de los proletarios, vienen cada vez siendo más indiferentes con respecto á su Iglesia, y aun una gran parte de este pueblo reniega de ella». M. Toennies nos enseña que en las clases superiores de los países protestantes, lo que reina *en realidad* es «la moral del patriotismo, del honor exterior y de la vida, conforme á la situación de cada cual».

De la crisis moral y religiosa es inseparable la social. Ante el militarismo triunfante se alza el enemigo de mañana, el socialismo. Todo lo que se ha centralizado tan fuertemente con la mira de la dominación de una dinastía, puede acabar un día por ser instrumento de la dominación de una clase, la de los proletarios: *sic vos non vobis!* Los que tienen la superstición de las razas, han pretendido que las razas latinas (que precisamente no son latinas) son socialistas por carácter, mientras que las germánicas son individualistas por nacimiento. La Alemania actual está lejos de confirmar estas teorías. Este país, había, durante mucho tiempo, vegetado bajo el régimen de diseminación feudal, que la formación de la unidad nueva trajo muy naturalmente, según la observación de M. Bamberger, una corriente de entusiasmo hacia la fuerza concentrada del Estado. Todos quisieron glorificar á cuál más la gran colectividad y encargarla de las más nobles funciones. «Un hombre de Estado que aspiraba, como Bismarck, á reunir en sus manos el mayor poder posible, y á identificarse con el Estado mismo, debía naturalmente favorecer esta inclinación.» Ya, por lo demás, el Reglamento industrial primitivo de Prusia, contenía ciertas prescripciones que implican el socialismo de Estado. ¿No se lee en el título XIX, segunda parte, de la *Preussische allgemeine Landrecht:* § A. El Estado debe proveer á la alimentación y el mantenimiento de los ciudadanos que no pueden procurárselos por sí mismos ú obtenerlos de los que á ello están obligados por la ley. § 2. A los que no encuentran empleo se asignará trabajos en relación con sus fuerzas y aptitudes. § 3. Los que por pereza ó amor á la ociosidad, dejan de procurarse medios de existencia, serán obligados á ejecutar trabajos útiles, bajo la vigilancia de la autoridad. § 6. El Estado tiene el derecho y el deber de crear instituciones por medio de las cuales la pobreza de los unos y la prodigalidad de los otros sea igualmente impedida. § 7. Está absolutamente prohibido

en el Estado todo lo que puede tener por efecto provocar la ociosidad, sobre todo en las clases inferiores, así como todo cuanto puede apartar del trabajo. § 10. Las autoridades municipales están obligadas á alimentar á los habitantes pobres. Es el derecho al trabajo junto con la obligación. Templados muy felizmente en su aplicación, estos principios han hecho posible la «legislación social del Imperio?» El 13 de Julio de 1878, la inspección industrial se hace obligatoria en los diversos Estados, ejerciéndola por su cuenta cada uno de ellos. En 1883 se organiza el seguro obligatorio de los obreros (industriales, rurales, domésticos, etc.) para las enfermedades; al año siguiente, para los accidentes; en 1889, contra la inutilidad física y la vejez. Además, se instituye la oficina de seguros del Estado, encargada de realizar estas leyes, y para ello, de inmiscuirse directamente en la vida económica de los individuos. En 1893, el seguro de enfermedades disponía ya de 21.226 cajas, con 7 millones y medio de asociados, que han gastado 154 millones; el de accidentes comprendía á 18 millones de personas con 59 de gastos. Los inválidos del trabajo y ancianos vieron que se les daba, el 31 de Diciembre de 1893, 210.204 pensiones de retiro, equivalentes á una suma de 15 millones.

La excelente ley de 1891 limita las arbitrariedades del patrono en los contratos y reglamentos de taller, fija en once horas la jornada de trabajo para las mujeres, prohibe el trabajo de los niños menores de trece años y el de noche á las mujeres y niños. Otras útiles prescripciones se relacionan con la higiene, moralidad y descanso dominical, que ha llegado á ser obligatorio, primero en el comercio, luego en la mayor parte de las industrias. No habiendo sido quebrantado en modo alguno, como entre nosotros, por revoluciones y fracasos de todas clases, el Estado conserva en Alemania su prestigio y continúa atribuyéndose una misión, no solamente histórica y política, sino social, con la pretensión de encarnar el

«espíritu colectivo», la «idea» del pueblo germánico. Creíase que las pesadas cargas impuestas por el Estado, con un interés de justicia social y de paz entre clases, traerían en breve plazo la ruina en la industria alemana; se ha visto, muy al contrario, por coincidencia ó anexión íntima, que el desarrollo maravilloso de esta industria ha acompañado á la extensión de la legislación industrial, más vasta en Alemania que en nación alguna.

Esta extensión, por lo demás, no ha impedido las fundaciones particulares de filantropía y justicia social. Los directores de la fundación Zeiss, por ejemplo, no sólo han mostrado, como ya hemos visto, lo que puede el concurso organizado de la ciencia y la industria, *geordvetes zusammenwirken von Wissenschaft und technischer Kunst*, sino que han mostrado también lo que alcanza el concurso de patronos y obreros para mejorar la suerte de los segundos sin comprometer la autoridad de los primeros. Han establecido el principio tan verdadero de que «cualquiera que sea la riqueza actual del Código de leyes sociales, y cualquiera que pueda ser su ampliación futura, jamás agotará la materia; no funda más que un mínimo estrecho de derechos y deberes; siempre dejará, por lo tanto, á la iniciativa individual, fuera y más allá de este mínimo de justicia social que garantiza la ley, con vasto campo de actividad». El profesor Abbe estaba convencido que no bastaría mejorar el «bienestar material» de la población obrera, sin preocuparse de hacerlo con «su situación jurídica», que hay que fundar sólidamente la autoridad sin permitirla llegar á lo arbitrario; porque «por ser legal y regular, lo arbitrario no deja de ser arbitrario, *Willkür nicht aufhoert Willkür zu sein*» (1).

(1) Además de las reglas relativas á las pensiones de retiro, á la duración normal de la jornada de trabajo y al aumento por horas suplementarias, se han señalado en los estatutos de la fundación Zeiss bastantes rasgos originales: las vacaciones de doce días al año, con la paga íntegra; el servicio militar considerado como una simple interrupción de trabajo, al fin de la cual está seguro de vol-

Por el poder y la variedad de sus asociaciones cooperativas, el pueblo alemán está con mucho á la cabeza de los demás pueblos. En algunos, tal como Inglaterra, las asociaciones cooperativas de consumo, en otros, tal como los Estados Unidos, las *Building societies*, han adquirido un desarrollo igual al menos al de Alemania; pero ninguna nación disputa el primer lugar al pueblo alemán por el conjunto y por la diversidad de sus asociaciones cooperativas, ni por la inteligencia, la práctica, el respeto al derecho de asociación (1). Esta importancia de las asociaciones cooperativas en Alemania, y de las grandes leyes sociales que las coronan, ha provocado, en los economistas, bastantes reflexiones: lo que principalmente les ha admirado, es la grandeza de los sacrificios que han podido obtenerse de las diferentes partes de la población alemana. A estos sacrificios ya enormes, y sin embargo bien soportados, hay que añadir todavía las sumas, relativamente considerables, ya de ingresos en las diversas cajas de ahorros, ya en las compañías de seguros sobre la vida. Descuentos tan extendidos y siempre en aumento atestiguan, con una prosperidad real, una «fuerza de ahorro cada vez mayor» (2). A pesar de todas las cargas que re-

---

ver á encontrar su puesto en la fábrica; los permisos concedidos con sueldo íntegro á los obreros revestidos de funciones públicas no retribuídas; los muchachos y las mujeres no pudiendo ser nunca empleados para realizar una economía de mano de obra, sino sólo para el aprendizaje ó la ejecución de trabajos delicados; pensiones de retiro adjudicables en parte á las viudas ó los huérfanos; caja de seguro para enfermedades; participación dada en los beneficios, en caso de que éstos pasen de un límite mínimo, al personal obrero, sin que jamás éste pueda reclamarlos como un derecho; finalmente, indemnización de despido, cuando la casa se ve obligada á despedir á un obrero sin faltas graves con el deber profesional, indemnización que no puede ser inferior al valor del salario íntegro de medio año, etc. (Véase Arbeitsrecht, *Statut des Zeiss-Stiftung zu Iena*, y Brunhes en la *Quinzaine* del 16 de Agosto de 1897.)

(1) Ch. Grad, *Le peuple allemand.*—E. Fournier de Flaix, *En Russie, A travers l'Allemagne.*

(2) Fournier de Flaix, *A travers l'Allemagne*, II, pág. 375.

presentan las leyes obreras, de las cotizaciones diversas á que los trabajadores se someten sin esfuerzo, las reservas de las cajas de ahorro no han cesado de aumentar. En Prusia, Baviera y Sajonia alcanzaban, desde 1892, más de 5.140 millones de francos, frente á 3.405 en Francia.

La votación de las leyes obreras (1) de seguros ha creado para Alemania una situación muy original, con respecto á los demás países. En Inglaterra y los Estados Unidos, el principio de la libertad individual absoluta no sufre más que una sola excepción: la obligación para cada uno de entregar al Estado, en forma de impuesto, una parte del producto de su trabajo. El Estado da en cambio el «gran material», tal como caminos, canales, etc., y también la seguridad. En la mayor parte de los demás países se ha admitido una segunda excepción: «el impuesto de sangre». Los Estados germánicos han introducido otra nueva, cuyo objeto es «asegurar la conservación de sus obreros, de los cuales hace tan terrible consumo la organización actual del trabajo». La reforma alemana no tiene un carácter exclusivamente social; en ella se ha reconocido tambien una tentativa política de centralización, un «gigantesco esfuerzo de ingerencia del Estado en el trabajo mismo», y, sobre todo, en el desenvolvimiento normal de la nación, para imprimirle determinada dirección.

El seguro obligatorio es una de las formas del impuesto, que está lejos de ser ligera. Si se hace la suma de las cantidades anualmente entregadas, y se divide por el número máximo de individuos asegurados, una parte de los cuales paga los tres seguros, se halla una media de más de 18 marcos (22 á 23 francos) por cabeza.

Cualquiera que sea de los cuatro objetos antes citados al que el seguro se aplique, su mecanismo siempre es el

---

(1) Véase H. Fix, *Quelques formes nouvelles d'assurance (Revue scientifique,* Marzo de 1898).

mismo. La obligación en que se basa está, como las clases sociales, «sometida á una escala»; no es absoluta, sino para los obreros que ejercen una profesión industrial por cuenta de un tercero, y cuyo salario no pasa de una cantidad determinada. Esta primera categoría, de que era más fácil apoderarse al Estado, ha servido en cierto modo como «tipo» para los demás. En seguida se han creado asociaciones sucesivas, más ó menos estrechas, procediendo por asimilación, en virtud del principio de que el «seguro es tanto más productivo, cuando mayor es el número de los asegurados». Una ley de 10 de Abril de 1892 ha venido á asociar los empleados de poco sueldo á los obreros manuales. Los pequeños patronos, los obreros que trabajan en su domicilio, están admitidos *facultativamente*, así como los agricultores. Entre las razones que han impedido asimilar del todo estos últimos á los obreros, se ha notado el temor de tocar á los privilegios, casi feudales, de una parte de la nobleza, en la cual «los iniciadores de la obra no se cuidaban de provocar un descontento demasiado profundo». Además de los obstáculos de orden político, hay otros, «nacidos de la pobreza, y en ocasiones de la semiservidumbre de la clase rural». Así, la ley del 22 de Junio de 1889, relativa á las pensiones de inválidos y ancianos, coloca en el número de las personas que no están sometidas al seguro las que en lugar de un salario sólo ganan su manutención gratuita. Ahora bien; la condición del campesino alemán no le deja muchas veces nada ó casi nada, fuera de lo más estrictamente necesario.

Por lo que concierne á la enfermedad, el seguro está constituído por medio de cajas locales, que tienen á su cargo los gastos de administración, y responden á las necesidades de los diversos géneros de industria representados «en la *localidad*». Esta puede consistir en un ayuntamiento ó en un establecimiento industrial. En el primer caso, la organización está confiada á las autoridades loca-

les; en el segundo, á los jefes del establecimiento. Estos últimos están al mismo tiempo obligados á contribuir á la cotización en proporciones bastante grandes. La prima obligatoria pagada por el obrero varía, según la localidad y las circunstancias, entre uno y cuatro y medio por ciento del salario medio, y el tercio lo da el patrono.

En 1893 las cajas locales eran ya en número de 27.700 y la cifra de las personas aseguradas llegaba á ocho millones. Los ingresos en el mismo año fueron de 135 millones de marcos; el capital en marcos ha alcanzado 105 millones, líquido de 127 millones de gastos, y 167 en 1895. El impuesto alemán, como ha notado M. Duclaux (1), tiene un carácter especial. Su producto no ingresa en las cajas públicas, para sostener las cargas generales. Es administrado, en interés particular de los que lo soportan, por un comité que está al alcance del contribuyente, porque la caja puede ser municipal, local, ó aun no pasar de los límites de la fábrica ó el establecimiento en que el obrero trabaja. «Su dinero se administra á su vista, mientras que por otro lado el lazo legal creado entre todas estas cajas las permite entenderse, coaligarse, agrupar sus recursos para una obra útil en interés de todos. Se ve á la vez lo delicado y sólido de este mecanismo.»

Hecho esto, la lógica de las cosas se ha mostrado «dominadora de las convenciones humanas», y ha llevado más lejos el funcionamiento de las cajas de seguro. Una caja para enfermedades, en efecto, debe, no sólo cuidar de sus enfermos, sino además velar sobre la higiene de los sanos, para evitar cuanto pueda las probabilidades de enfermedad. No es sólo su deber humanitario, sino también su interés económico. Otra de seguros para inválidos y retirados, debe del mismo modo pensionar á aquellos de sus obreros imposibilitados de trabajar por cualquier causa (exceptuados los casos de accidentes, para

(1) *L'Hygiène sociale*, págs. 144 y siguientes.

los que existe una caja especial); tiene, pues, y por este hecho, que preocuparse de la higiene. «Las dos clases de cajas tienen, por consiguiente, intereses comunes; pueden hacer coincidir en este punto sus esfuerzos; y como los fondos que administran proceden, no de la caridad de los particulares ni de la del Estado, sino de los mismos interesados, están invitadas á obtener el máximo de resultado con el mínimo posible de gasto. No son ya establecimientos de caridad, sino casas de comercio, cooperativas: venden la salud á sus clientes, que son también sus comanditarios» (1).

Esta excelente observación de M. Duclaux permite juzgar, desde el punto de vista social, el impuesto alemán. Pensando sólo en el origen de los recursos, obtenidos tanto del patrono como del obrero, podría decirse: «Es un impuesto sobre el trabajo que debe hacer subir el valor del objeto fabricado.» De hecho, responde M. Duclaux, esto es verdad; pero no se percibe que este impuesto haya impedido mucho el enorme desarrollo del comercio y la industria en Alemania hace quince años. Pensando, por otra parte, en el modo como ha sido empleado, el verdadero carácter de la combinación aparece: «Es una nueva industria que recae sobre un artículo, hasta ahora no explotado, la salud, y que al acusar su balance anual un aumento en la cifra de los negocios, acrece la fortuna pública.» En otros términos: el dinero que se emplea en esta industria, cuando marcha bien, es «la colocación en una industria beneficiosa» (2). Lo esencial es, pues, una buena gestión, que no ha faltado en esta clase. En su origen, las cajas de enfermedades han socorrido á los enfermos en sus casas, luego en el hospital, que era más económico; han pagado buenos médicos y cirujanos; han concluído por tener hospitales propios; han creado casas de convalecientes. En 1898 han gastado, en combinación

(1) Duclaux, págs. 144 y siguientes.
(2) Duclaux, *Ibid.*

con las de inválidos, alrededor de 31 millones de marcos, 21 para la construcción de habitaciones de alquiler, para obreros, y 10 para la edificación de asilos, casas de convalecientes, cantinas, jardines de la infancia, baños populares, etc.

M. Duclaux ha estudiado particularmente la lucha contra la tuberculosis en Alemania. Esta enfermedad, tan extendida, y que no conduce á la muerte sino después de largos años de sufrimiento, fué desde el principio una preocupación para las dos cajas de seguros obreros. Ya en 1895, es decir, seis años solamente después de haber puesto en vigor la ley, el doctor Gebhardt señalaba el peligro en el congreso de Stuttgard. De 60.000 pensiones de invalidez, 8.500 iban á parar á tuberculosos, y esta cifra aumentaba todos los años. Era la ruina segura y la ruina de las oficinas aseguradoras, á menos de un aumento en las cuotas, contra el cual todo el mundo protestaba de antemano. Para prepararse al peligro, se pensó en utilizar los sanatorios. Estos establecimientos, á donde se envía solamente á «los tuberculosos en el primer período de enfermedad y verdaderamente curables», han disminuído de modo notable, y juntamente con la construcción de casas mejores para obreros, los muertos por tuberculosis, que son dos, donde en Francia son cuatro.

El seguro contra accidentes es un corolario del de enfermedades. Difiere de él, sin embargo, en diversos puntos. El accidente puede sobrevenir por culpa del obrero ó del patrono, cuya responsabilidad había ya establecido la ley del 7 de Junio de 1871. Pero la prueba era tanto más difícil de hacer, cuanto que la desigualdad de fuerzas entre el que trabaja y el que da trabajo era grande; la ley de seguros del 6 de Julio de 1884 ha venido á sustituir al juez, siempre lleno de procesos (1).

---

(1) Véase también M. Fix, *Quelques formes nouvelles d'assurance (Revue scientifique,* Marzo de 1898).

Siendo el accidente, mucho más que la enfermedad consecuencia de la profesión, las cajas no son ya locales; dependen de patronos reunidos por regiones ó asociaciones profesionales. Los obreros no son admitidos, sino que están simplemente representados, porque en vez de soportar, como por enfermedad, el 66 por 100 de las cargas, sólo les incumbe el 11 por 100. A pesar de la autonomía administrativa de las cajas para accidentes, dependen de una manera bastante íntima de la administración imperial de seguros, que desempeña el papel de una especie de «tribunal de lo contencioso y sin apelación».

«Estas combinaciones tienen el mérito de ser á la vez sabias y hábiles, porque ponen á los patronos en manos del Estado tanto como á los obreros. El lado débil es siempre la participación de la agricultura, donde no hay en realidad, como patronos, es decir, como propietarios territoriales, más que los miembros de la aristocracia, sobre los cuales no puede todavía ensayarse sin peligro una autoridad ostensible (1).

Las categorías á que el principio del seguro ha sido progresivamente trasmitido, son: trasportes, 28 de Mayo de 1887; empleados y soldados, fuera de las circunstancias de la guerra, 15 de Marzo de 1886; pequeños propietarios y forestales, 5 de Mayo de 1886; obreros de arsenales, 11 y 13 de Julio de 1887.

Las cajas de enfermedades y las de accidentes están autorizadas para prestarse mutuo socorro, material ó pecuniario, á título de reintegro.

En 1893 las industrias se repartían en 64 asociaciones contra accidentes, comprendiendo un total de 18 millones de personas. 74 millones de marcos habían ingresado, ascendiendo el capital social á 117 millones, deducidos 58 millones de gastos. Desde el origen de la institución se

(1) Véase M. Fix, *Ibid.*

han pagado, aproximadamente, 150 millones de marcos por los patronos para indemnizar á los obreros, y 100 millones para constituir las reservas legales (1).

Para inválidos y retirados, la ley de 22 de Junio de 1889 ha extendido la obligación del seguro casi á las mismas clases que aquéllas de que acabamos de hablar, «á partir de diez y seis años hasta los setenta». Estando todo el mundo sujeto, en caso de longevidad, á la vejez, es de esperar el encontrarse con una cifra de asegurados igual, al menos, á la de accidentes. Nada de eso; 11 millones en lugar de 18. Esto obedece, como en las enfermedades, á la ausencia casi completa de los agricultores, que, confiados en la fuerza de su salud, mantenida por la vida al aire libre, cuentan con trabajar hasta su última hora, y rehuyen la obligación á consecuencia de los motivos económicos y políticos ya expuestos» (2).

Los recursos son provistos concurrentemente por el Imperio, los patronos y los asegurados. El Imperio ingresa una suma fija de 50 marcos, y toma á su cargo los gastos de administración en toda pensión pagada. Los patronos y obreros participan por mitad en las cuotas, cuya cuantía se regula por «una escala media anual de salarios profesionales, calculada por 300 jornadas». El patrono perceptor de la cuota puede hacer retenciones de la paga. La cuota se ingresa por medio de la compra de «sellos», que el patrono pega en un libro especial. Es, en suma, muy elevada, porque varía de 14 á 30 pfennig (15 á 35 céntimos) á la semana, para obtener á los setenta años una pensión que oscila entre 106 y 191 marcos. La cuantía de la pensión de invalidez es algo inferior; pero se espera «que al cabo de un cierto número de años las cifras se elevarán hasta 162 y 448 marcos».

El seguro de retiro y enfermedades funcionan por me-

(1) M. Fix, *Ibid.*
(2) *Ibid.*

dio de establecimientos de seguros, cuyos distritos están limitados en conformidad con las divisiones administrativas ó políticas. Los consejos directores son electivos; pero dependen de la administración imperial de seguros.

En 1893 los ingresos han sido de 103.500.000 marcos, y el capital de reserva ha ascendido á 245.600.000 marcos. Los gastos se han limitado á 21.500.000 marcos, á los que hay que añadir un subsidio del Imperio de marcos 11.300.000. El cuadro siguiente, tomado del estudio de M. H. Fix sobre los seguros, dará una idea de los resultados generales del año 1893:

Población total del Imperio alemán..... 50.000.000
Obreros asalariados (un cuarto)..... 12.500.000

	SEGUROS PARA		
	Enfermedad.	Accidentes.	Inválidos.
Personas aseguradas.....	7.630.000	18.050.000	11.280.000
— indemnizadas....	2.768.000	258.460	239.650
Ingresos (en marcos).....	135.000.000	74.400 000	114 800.000
De ellos.. Pagado por los patronos...	32.000.000	58.400.000	48.100.000
De ellos.. Idem por los obreros.....	78.000.000	»	48.100.000
Gastos..	127.000.000	58.400.000	114.800.000
De ellos.. Indemnizaciones.....	103.000.000	88.200.000	28.000 000
De ellos.. Gastos de administración.	6.100.000	8 000.000	4 800.000
Capital.....	105.000.000	116.900.000	245.600 000
Indemnización pagada por cada caso.....	37	171	117
Carga por cada asegurado..	14	3,2	9,5
— en 1897.....	13		

A este cuadro, M. Fix añade todavía algunas cifras. Los casos de enfermedad son menos numerosos en las mujeres que en los hombres: 32 en lugar de 38 por 100. Las cajas privadas, que no existen casi sino para enfermedades, agregan á las cajas del Estado alrededor del 12 por 100 de seguros voluntarios. El número de heridos en accidentes en 1893, había sido de 6,3 por 1.000. En el

seguro de inválidos y ancianos, cuando un septuagenario llegara á percibir como mínimo 162, como máximo 448 marcos de pensión, había tenido que pagar durante cincuenta años una suma total de 227,50 ó 566,80 marcos, según los casos.

Los seguros imponen á los patronos todavía otras cargas que las pecuniarias, que les obligarán á subir los precios de venta. «Un francés que posee en Alsacia (donde, por lo demás, no le está permitido residir más de veinte días al año) una manufactura que ocupa á cien obreros y produce un artículo casi de lujo cuya materia prima no se encuentra en el país, me decía que uno de sus empleados estaba únicamente dedicado á la contabilidad de seguros, y que la casa tenía que sufrir frecuentes visitas del inspector.» Hay que anotar el último punto (1).

II.—El socialismo de Estado en Alemania, como también las instituciones sociales privadas, tienen por enemigo al colectivismo evolucionista ó revolucionario, que quiere todo ó nada. Niega el colectivismo alemán la moral del patriotismo militar, de la abnegación al soberano, del respeto á la autoridad. No niega menos, á los ojos del pueblo, la santidad de la religión tradicional que la santidad de la patria. El obrero alemán que se hace socialista, deja poco á poco de frecuentar la iglesia, y se hace incrédulo; desde hace treinta años, aun cuando el socialismo haya, como se ha visto, declarado la religión «asunto privado», vese inconscientemente reducido á «una formidable propaganda de ateísmo» (2). ¿Qué viene á ser, por lo demás, la religión, según los principios del «materialismo histórico?» Un simple «reflejo de la situación económica», y uno de los principales «instrumentos del dominio de clases». Opinión, por lo demás, muy opues-

(1) M. Fix, *Ibid.*
(2) Mr. Ferrero *L'Europe giovane.*

ta á lo que nos enseña la historia acerca del grandioso papel de las religiones en el origen de los pueblos, en tiempos en que la vida económica estaba tan poco desarrollada. La concepción marxista conduce á considerar el protestantismo mismo, de que estaba tan orgullosa Alemania, como un medio «de opresión burguesa». Lutero no es más que «el instrumento inconsciente de una lucha económica»; Gustavo Adolfo, según Franz Mehring, es «el campeón antipático de la clase burguesa».

La ley de 1878 contra las tendencias subversivas de la democracia socialista, no ha hecho sino aumentar la fuerza del partido, obligándole, por las persecuciones, á una disciplina más rigurosa. Este espíritu de disciplina, por lo demás, lo caracteriza todo en Alemania. Gracias á él, el socialismo poseía ya en 1895, á pesar de una división de las circunscripciones desfavorable á las grandes ciudades y á los centros industriales, 47 puestos en el Parlamento del Imperio, y representaba más de la cuarta parte de los sufragios registrados (1). El partido entero, modelo de administración metódica y escrupulosa, funciona como un Banco ó un Ministerio; «sabe hacer del socialista más cerrado un funcionario ejemplar» (2). Los alemanes, en este punto como en los demás, parten del principio de que el heroísmo es sano, intermitente y pasajero, en tanto que la energía del trabajo es común y continua en mu-

(1) Desde el año 1894, el partido socialista poseía en Alemania treinta y siete periódicos políticos diarios, treinta y siete más que se publicaban de una á tres veces á la semana; cincuenta y tres profesionales. *El Worwaerts*, órgano del partido central, tiraba 50.000 ejemplares. El partido tiene una revista, *Die Neue Zeit*, dos periódicos humoristas semanales, uno de los cuales, *Deer Wahre Jacob*, tira 300.000 ejemplares, un periódico semanal ilustrado para las familias, *Die Neue Welt*, que tiró 160.000, etc. Añádese una cantidad enorme de folletos de propaganda y libelos de ocasión. De ellos se ha vendido en 1894, por valor de 150.000 marcos. La sola caja central del partido, sin contar todas las locales, ha ingresado en 1894, 95 millones de marcos y gastado 332.000.

(2) Ferrero, *Europe giovane* 212.

chos individuos, principalmente en su país. «Fundar un partido sobre el heroísmo, es confiar una expedición hacia el polo Norte al entusiasmo de un poeta»; el heroísmo hace las revoluciones, no los partidos revolucionarios.

Como se ve, el individualismo del alemán no le impide hacerse en ocasiones «verdadero colectivista», no solamente de ideas, sino de carácter y naturaleza. Trabaja satisfecho «en grandes masas». En general, dice M. Ferrero (que por lo demás exagera), «las glorias históricas de Germania son empresas y actitudes, no de individuos, sino de masas, desde las antiguas invasiones bárbaras hasta la Reforma, al socialismo, á la moderna y colosal emigración á todos los países del mundo». ¿Cómo no reconocer el espíritu alemán en un socialismo á la vez sistemático y realista, organizado como un ejército y como una administración, y que ha sido justamente llamado «la revolución burocratizada»? Con un orgullo mesiánico de nuevo género, un colectivista alemán no teme decir: «Representamos el cumplimiento de una ley de la naturaleza.» Es siempre la historia real erigida en lógica ideal, el hecho en derecho, el éxito en cosa legítima; el socialismo aplica á sí mismo las teorías del imperialismo, al cual espera suceder algún día. Se aplica igualmente el espíritu centralizador, el burocrático y funcionarista; finalmente, el militar. Con las armas forjadas por el nuevo Imperio piensa concluir con el Imperio mismo. Nadie asegura que no alcanzará sus fines.

III.—En suma, de idealista que era, Alemania ha llegado á ser cada vez más realista. Se industrializa, se enriquece, revela al mundo un país de comerciantes y soldados, al mismo tiempo que un país de obreros preparando el asalto á la clase burguesa. La prosperidad política material parece haberla llevado al apogeo de su grandeza; pero hay más de un pensador en Alemania que se pregunta lo que ocurrirá en el porvenir. Bismarck compara

el socialismo al *profeta velado* de Moore, que oculta su cara para no hacerla aparecer en toda su brutalidad; ¿pero no podía aplicarse la misma comparación al militarismo, de que Bismarck se ha hecho defensor? El célebre hombre de Estado decía una noche á sus amigos, según M. Moritz Busch, que tendría que dar cuenta á Dios de tres grandes guerras, porque eran obra suya; ahora bien, antes de estas tres guerras sangrientas, Alemania estaba ya unida por la comunidad de lengua, de vida intelectual, por la unión aduanera y monetaria. Los que en Alemania han conservado el espíritu liberal y jurídico del noble Kant y que consideran el fatalismo histórico de Hegel como un retroceso hacia ideas de barbarie, se preguntan si su patria no hubiera podido, sin necesidad de una conquista, llegar á un sistema mejor desde el punto de vista económico y administrativo. Hoy mismo, entre las diversas partes del nuevo Imperio, han quedado bastantes diferencias políticas y administrativas; á los gobiernos locales se ha sobrepuesto simplemente, según la expresión de M. Ferrero, «la colosal estructura del Imperio, cuyas funciones principales son todavía la militar y la diplomática». Pero, añade el pensador italiano, admirador de las razas germánicas: «si Alemania ha aumentado su poder de resistencia á los enemigos exteriores, como le ha sido preciso para ello tres grandes guerras, no ha podido conseguirlo sino creándose cierto número de enemigos nuevos», tanto que la concentración militar del Imperio es útil «para prepararse contra los peligros que ella misma ha causado». Es un «círculo vicioso» en que están envueltos «los sufrimientos de millones de hombres».

En las guerras y conquistas de Alemania, M. Ferrero no encuentra gran cosa, como beneficio neto, sino una seguridad mayor ante el gran Estado eslavo. Todavía hubiera podido notar que este mismo beneficio—sobre todo desde la alianza franco-rusa, resultado final de la guerra franco-alemana—ha llegado á ser aún más problemático.

En el interior, bajo la aparente unión de los alemanes, se encuentran bastantes desacuerdos reales; los burgueses de toda Alemania se levantan contra los nobles prusianos; los industriales contra los grandes propietarios territoriales; los católicos contra los protestantes; éstos contra los judíos; los pequeños comerciantes contra los grandes; la mayoría del país está en revolución, franca ó latente, contra las tradiciones soldadescas é imperiales de la política de Bismarck; los Estados particulares, contra el Imperio; los polacos y los alsacianos, contra los prusianos; sin contar la gran lucha entre conservadores y socialistas. De todo este estado de cosas, M. Ferrero deduce que la concepción pangermánica de Bismarck, como la de tantos otros amigos de la guerra, notablemente de Napoleón, «es una colosal quimera política». En estas advertencias, que proceden de un italiano, no es quizás todo de desdeñar para los alemanes. Si es verdad, como creen los alemanes mismos, que hay una justicia de las cosas «inmanente en la historia», esta justicia histórica, que ha castigado tan severamente á los franceses por su cooperación en la obra de los Napoleones, podría alcanzar algún día á los alemanes por su cooperación en la labor de los hombres de Estado que han osado decir á la faz del mundo: «Las grandes cuestiones de la época deben resolverse con el hierro y con la sangre.» ¿Dónde están los tiempos en que la nación alemana hablaba de vencer «por el imperativo categórico», y qué juicio formarían los Kant y Fichte de esta política materialista de la fuerza y la conquista?

Á decir verdad, la conciencia alemana se ha esforzado en vano por satisfacerse y ensancharse progresivamente; siempre ha conservado su caracter original de particularismo nacional. No es ya, sin duda, la «ciudad de Berlín» ó «la de Viena» lo que la preocupa, no es Prusia ó Baviera, sino la Alemania—sentimiento legítimo—y Alema-

nia exclusivamente, sentimiento ya menos legítimo. El idealismo religioso mismo, ha sido puesto al servicio de las más realistas ambiciones de raza y nacionalidad. Existe en los pueblos una fuerza que les concentra en sí y les hace afirmar su propia individualidad; existe también en ellos una fuerza centrífuga que les abre al exterior, les hace salir de sí mismos para asimilarse al espíritu de la humanidad. Los caracteres nacionales varían según la proporción de estas dos tendencias opuestas; son más ó menos abiertos y universales, cerrados é individuales. Hace ya mucho tiempo que se ha notado, por ejemplo, la tendencia cada vez más expansiva del espíritu francés. Si Francia fué muchas veces demasiado humanitaria en sus ideas y sentimientos, preciso es convenir que Alemania no lo fué nunca con exceso. Herder sostiene inútilmente que el espíritu de su nación es el de la humanidad; no puede concederse que la conciencia alemana sea verdaderamente universal. Lo hemos visto probado en la teoría, en nombre de la cual Alemania ha querido siempre justificar sus conquistas; no ha, en modo alguno, hablado y obrado en nombre de la humanidad, sino en el de la raza germánica, y para ésta. Ha concluído por practicar, en el siglo XIX, el odio científico y místico á la vez de los pueblos; en nombre de la ciencia, de la historia, de la filología, se ha considerado como raza superior frente á los «latinos» y á los «eslavos»; en el de los derechos místicos de Germania se ha asignado la tarea divina de «castigar con la espada» á los inmorales y á los impuros. Hay en esto una última trasformación del viejo fanatismo alemán que mezcló siempre el «celo» con el «odio». El Estado extranjero, la monarquía extranjera, que hacían antes las guerras, eran principios abstractos, de los que el pueblo se sentía desligado hasta cierto punto; hoy es el pueblo extranjero mismo, á quien la guerra, concebida á la alemana, ataca en su sangre y su raza; la masa entera de espíritus, y sobre todo los más limitados, se halla movida

por pasiones que en otro tiempo no agitaban más que á una minoría de gentes entregadas á la política. No sólo es la conciencia popular la exasperada de este modo, sino la sangre y los nervios mismos, el cuerpo entero el que se levanta. Y es siempre una individualidad, por no decir un egoísmo, la causa de ello; individualidad nacional, egoísmo nacional; se ha ensanchado el punto de vista; pero, seguramente, no entra «la humanidad» en juego; no puede verse allí más que una exaltación del patriotismo exclusivo y feroz. Desde luego siempre es esta «lucha entre humanos» á la que los germanos reconocían haberse entregado durante siglos, porque las luchas entre naciones europeas son, en realidad, fratricidas.

Sabido es que Werther, Fausto, Holderlin y Lenau vuélvense igualmente á Dios para dirigirle sus quejas amargas; pídenle ser librados de la esclavitud y el tormento de su individualidad, porque su deseo es ser «absorbidos en el Todo». M. Meyer ve en esta aspiración, más panteísta que humanitaria, la imagen del alma alemana; la absorción en el Todo es también, dice, el voto ardiente, pero no oído, de los miembros del cuerpo germánico: «parecen hoy más cerca que nunca de su fin; un gran movimiento anuncia la venida de la nueva era profetizada en los Eddas». Tal es la forma mitológica dada por los filósofos alemanes mismos á las muy positivas tendencias de la Alemania actual. Antes de absorberse así en el Gran Todo, ¿no sería de desear que Alemania, que acaba de realizar su unidad nacional, comprendiera que ha llegado por fin para ella el momento de elevarse por encima de un estrecho nacionalismo, de realizar verdaderamente el pensamiento de Herder é identificar su espíritu con el de la humanidad»?

APENDICE

Austria, Suiza, Holanda, Bélgica y países escandinavos.

I

AUSTRIA Y LA LUCHA DE LAS NACIONALIDADES

Es difícil en Austria determinar un carácter nacional, porque esta nación no es homogénea. Contiene 18 millones de eslavos, 9 de magiares, pertenecientes á la misma raza que los fineses, es decir, uralo-altaicos, 10 de alemanes, que no todos son de raza germánica, sino de raza céltica en gran parte. Hay también un cierto número de mediterráneos. En Austria, el elemento germánico no representa sino el 35 por 100, en Austria-Hungría el 25 por 100 de la población. Puede esperarse en un país de este género menos seriedad que en Alemania, una vivacidad mayor, un genio más meridional y alegre, pero muchas veces más superficial, una voluntad menos enérgica y perseverante.

Lo abigarrado de Austria hace de este país, según expresión de M. Gumplowicz, profesor en la Universidad de Graz, un campo de experiencias sin igual para el psicólogo y el sociólogo. No sólo combaten allí incesantemente las clases económicas, sino además pueblos, nacionalidades, confesiones é iglesias. Hace ya medio siglo la lucha de las nacionalidades lo domina todo. Hay en Austria más de una docena de pueblos, cada uno de los cuales habla su lengua propia, y en 1867 se ha proclamado el derecho de igualdad de todos estos pueblos y lenguas. El resultado ha sido el triunfo del eslavo, que

hace retroceder al alemán. En Bohemia hay tres millones y medio de tcheques y dos de alemanes; el elemento turanio tiene también la ventaja del número. Además, se ha visto que los tcheques que aprenden el alemán permanecen tcheques, y no adquieren con la lengua nueva sino un arma para combatir al alemán. Este, por el contrario, principalmente la juventud alemana de Bohemia, si aprende el tcheque deja de ser alemán. La nacionalidad eslavo-magiar tiene, por lo tanto, en Bohemia (y también en Moravia) un poder de asimilación que no tiene la alemana. No está lejano el momento en que el número de alemanes comenzará á disminuir rápidamente, en tanto que el de tcheques aumentará doblemente, por la fecundidad de la raza y las adquisiciones nacionales hechas á costa de los alemanes (1). La autonomía de que gozan la Croacia, la Eslavonia y la Dalmacia es tan grande, que estos países forman, desde el punto de vista de la nacionalidad, un territorio completamente distinto. En la población de Hungría, las nacionalidades magiares, según el censo de 1890, cuentan 7.356.874 individuos, ó sea el 48,61 por 100 de una población total de 15.133.494. En Austria había, según el censo del mismo año, 8.461.580 habitantes que usaban la lengua alemana en la conversación, ó sea el 36,05 por 100 de la población total, que es de 23.473.056.

De 1880 á 1890, por consiguiente, en los diez años de intervalo entre ambos censos, la población de Hungría se ha elevado de 13.728.622 á 15.133.494 habitantes. El aumento es, pues, de 10,23 por 100. Entre las nacionalidades de alguna importancia la húngara sólo excede de la media con 14,89 por 100; todas las demás permanecen inferiores á la media. En Hungría, á pesar de la superior cultura de los alemanes, el elemento magiar hace constantes progresos, y el Estado húngaro se consolida cada vez más.

(1) Véase el estudio de M. Gumplowicz, sobre el movimiento social en Austria, en la *Revue de sociologie*, 1894.

El conocimiento de la lengua húngara se ha extendido entre los ciudadanos no magiares; 817.668 de éstos hablaban húngaro en 1880; en 1890 había ya 1.077.800; 52,60 por 100 de la población total de Hungría hablaban húngaro en 1880; en 1890 su proporción había subido á 55,74 por 100.

M. Lang (1) no indica solamente la fuerza invasora de la lengua húngara, sino que nos descubre el secreto de ello, tan poco conocido. En tiempo de la dominación de los Estados en Hungría, dice, la nobleza era unitaria. Todo gentilhombre era inmediatamente, y en virtud de esta condición, miembro de la «corona sagrada», ó como se dice hoy, miembro de la nación húngara. De donde procede la tendencia natural, hasta el presente mantenida y que va acentuándose, de que «la clase llamada á recibir de manos de los Estados, en otro tiempo privilegiados, la dirección de los negocios, en una palabra, la clase intelectual, guarda y conserva lo mejor posible un carácter magiar perfecto». En Austria, por el contrario, no ha habido jamás ni existe aristocracia unitaria.

En Hungría había en 1891-92 16.917 escuelas primarias, de ellas 9.445 exclusivamente magiares, 2.681 bilingües, y en total 12.126 escuelas (71,68 por 100), en las cuales la lengua magiar constituía sola ó en parte la de la enseñanza, frente á 4.791 (28,32 por 100), en las que la lengua húngara no se utilizaba en la enseñanza; pero en la mitad casi de estas escuelas la lengua húngara formaba por lo menos una rama de la enseñanza, de manera que sólo existían 2.386 establecimientos de aquel género en que la lengua húngara no interviniera en la enseñanza. Este número disminuye todavía en nuestros

(1) M. Lang es vicepresidente de la Cámara de Diputados de Hungría, profesor en la Universidad da Budapest. Véase *Les Nationalités en Hongrie*, discurso pronunciado en el octavo Congreso internacional de Higiene y Demografía, *Revue politique et parlementaire*, Octubre de 1898.

días á consecuencia de las disposiciones legales. En Austria, la proporción de las escuelas primarias de lengua alemana es próximamente de 40 por 100, y la de los alumnos de nacionalidad alemana igualmente cercana al 40 por 100.

En Hungría, de 183 liceos, 158 se sirven exclusivamente de la lengua húngara para la enseñanza; en 13 se utiliza todavía otra lengua á más de la húngara; en 12 solamente (de ellos 7 alemanes y 5 rumanos) el húngaro no se usa en la enseñanza, pero se enseña obligatoriamente.

La lengua docente en las Universidades húngaras es exclusivamente el magiar, y entre los estudiantes, los magiares son muchos más en número.

En Austria la división de lenguas se hace sentir hasta en las Universidades y fuertemente también en la lengua materna de los estudiantes. La proporción de los alemanes en las escuelas politécnicas es sólo del 54 por 100, la de los eslavos del 38. La de los alemanes disminuye aún en las Universidades, donde sólo alcanza el 46 por 100, mientras que la de los eslavos es de 45.

Muchas veces se ha estudiado y comentado esta gran trasformación que se opera en las relaciones de las nacionalidades entre sí en favor del eslavismo y en contra del germanismo, la disminución relativa de la fuerza numérica del germanismo, la marcha retrógrada de su superioridad económica é intelectual (1).

La lucha de los alemanes austriacos y del eslavismo no data de hoy, sobre todo en Bohemia; se remonta á bastantes siglos, y se ha desarrollado con muchas vicisitu-

---

(1) Véase, además del discurso pronunciado por M. Lang en la Academia de ciencias húngaras y publicado por la *Revue politique et parlamentaire, ibid.*—M. Hainisch, *Avenir des Autrichiens allemands.* Vienne, Deuticke, 1892.—V. Dumreicher, *Considérations d'un allemands du sud-est* Leipzig, Dunker et Humblot, 1893.—O. Wittelshœfer, *Points de vue politiques et économiques dans la question de nationalités autrichiennes*, Berlín, Hermann Walther, 1894.—Rauchbag, *La population de l'Autriche*, Vienne, Holder 1895.

des. En otro tiempo, en Bohemia, á consecuencia de la cultura superior de los colonos alemanes, la cultura alemana misma progresó; bajo los emperadores de la casa de Luxemburgo, Praga había llegado á ser un centro de cultura germánica; en Praga se creó la primera Universidad alemana. Pero el movimiento de los husitas, que estalló como una reacción contra este desenvolvimiento, acabó en el siglo XV con el poder del germanismo, que hasta entonces no había dejado de aumentar. «Colonizaciones ulteriores por parte de los alemanes en Bohemia rechazaron de nuevo al elemento tcheque á las fronteras del Este y del Oeste; pero éste se defendió con energía tanto mayor en el centro del país, que allí triunfó. En tiempos de la contrareforma el germanismo fué también protegido durante algún tiempo por la Iglesia católica contra los tcheques protestantes; pero después de la extirpación del protestantismo la Iglesia tuvo más interés en contener el germanismo que, secundado desde el reinado de José II por una burocracia inspirada en su espíritu, se encontró en oposición con la Iglesia y al servicio del progreso» (1).

Por otra parte, en el reinado de José II, la lengua alemana adquirió un poder de que no había gozado antes. Sin duda, después de la muerte de aquel monarca, la reacción no tardó en hacerse sentir; pero en Austria la lengua alemana se mantenía, y quedó siendo, no sólo la del Gobierno y la administración, sino también la de la instrucción pública desde la Universidad á la escuela primaria. En tanto que el poder de tendencias centralistas predominó en Viena, los esfuerzos con la mira de extender el uso de la lengua alemana persistieron naturalmente. El fin mismo del reinado del absolutismo no trajo en principio cambio alguno. Pero éste llegó á ser decisivo cuando Austria, después de la batalla de Sadowa, dejó

(1) Lang, *ibid.*

de ser una gran potencia alemana. La Constitución de 1867, por la cual los liberales alemanes subieron de nuevo al poder, estaba ya reducida á la impotencia por esta gran trasformación. «Las tendencias germanizadoras podían aún subsistir muy bien; pero los grandes acontecimientos históricos habían minado los fundamentos sobre los que únicamente hubiera sido posible la creación de un Austria alemana.» El resultado, que se había manifestado ya cuando la disolución del Imperio germánico por Napoleón I, en tiempo de Francisco I, y que había sido predicho por Stadion en el Congreso de Viena, se realizó efectivamente: la casa de Hapsburgo renunció á su posición en Alemania, y Austria dejó de ser un Estado alemán para hacerse un Estado políglota, basado en la igualdad de derecho de las nacionalidades.

En suma, á medida que Austria se separaba de Alemania, que un poder extraño á los Hapsburgo prevalecía en esta nación, en una palabra, á medida que el contacto entre ambas potencias disminuía, la importancia predominante del germanismo en Austria debía necesariamente disminuir. Prusia atraía hacia sí, de los Estados alemanes más pequeños, los ciudadanos que buscaban el pan cotidiano ó un porvenir, ya por la unión aduanera (Zollverein), ya por medio de su ejército, mientras que en Austria la nacionalidad, bajo el influjo de elementos sociales y económicos que habían llegado á sér superiores, se fortalecía, aun en el momento en que el absolutismo estaba en su apogeo. El trabajo silencioso de largos años se manifestó después en la batalla de Sadowa y de la confederación de la Alemania del Norte, más tarde aún después de la del Imperio alemán, hasta el punto que los liberales alemanes, al alcanzar el poder en 1867, ni aun pudieron contener este movimiento (1).

Esta trasformación de Austria, ya antigua, y cuyo

(1) Lang, *ibid.*

influjo no cesa de hacerse sentir, tiene un doble carácter. Se enlaza, por una parte, con el desarrollo étnico de la cifra de población, y es, por lo tanto, de naturaleza económica; reviste, por otra parte, un carácter intelectual. El carácter étnico aparece en el hecho de que el elemento eslavo aumente más rápidamente que el alemán, lo cual debe atribuirse en conjunto á causas económicas. El intelectual se muestra en el hecho de que el elemento eslavo de Austria se encuentre á un nivel intelectual bastante superior al de los eslavos de Hungría. Los eslavos de Austria no perdonan medio alguno de hacer instruir á sus hijos, y buscan con preferencia los estudios que conducen á los servicios públicos, tanto en las carreras civiles como en la militar y eclesiástica, algo olvidada por el elemento alemán. Tal es, en pocas palabras, la explicación del movimiento lento, pero innegable, del elemento alemán por los eslavos en Austria misma (1).

M. Lang cuenta que en la comida dada por la Corte en honor de los miembros de las Delegaciones, en la cual se coloca siempre á los delegados húngaros y austriacos unos al lado de otros, él se despidió, después de comer, de su vecino alemán *hasta la vista*, como es usual, «á lo cual éste respondió con amarga sonrisa, que sería muy difícil nos volviéramos á ver en el mismo sitio, porque habiendo llegado los tcheques á representar en este tiempo la mayoría, no sería ciertamente reelegido á causa de su nacionalidad alemana».

Ciertos profetas, no solamente eslavos, sino también alemanes, predicen que Viena será, en el siglo XX, una población eslava, de la misma manera que «Praga dorada» ha llegado á ser una ciudad eslava en el siglo XIX. En Praga, dicen, los edificios más importantes, catedrales, puertas, puentes, han conservado el sello particular de una ciudad alemana de la Edad Media; los edificios pú-

(1) Lang, *ibid.*

blicos y privados de esta ciudad, que proceden de época posterior, deben su origen á los más célebres maestros del Renacimiento alemán y del barroco. La serie no interrumpida de los magníficos y grandiosos edificios de Viena, testimonio tan brillante del esplendor y la gloria de la cultura alemana, fortalece, sin duda, en muchos la creencia de que Viena seguirá siendo tal y que su carácter alemán es imperecedero; pero evoca en otros el pensamiento de que «los monumentos más bellos son algunas veces anuncio de una decadencia próxima». Cuando se hicieron en Venecia los más espléndidos palacios de mármol, llevaba ya en su seno los gérmenes de decadencia en su poder político y comercial. Es indudable que en Austria, factores visibles ú ocultos, cooperan profundamente á la disminución relativa del poder numérico, del económico é intelectual del germanismo; habiendo estos factores ejercido en lo pasado un influjo, débil unas veces, fuerte otras, pero incesante, «ejercieron ciertamente también el mismo influjo en lo porvenir» (1).

En los Estados unitarios, la idea nacional es el principio que mantiene el Estado; en los países formados por una reunión de pueblos, como Austria, la idea nacional de cada uno le lleva á luchar contra el poder del Estado y á preparar su disgregación. Este hecho está probado en el desenvolvimiento de la situación política en Austria y por los sucesos que se han desarrollado en el Parlamento austriaco; la lucha por los derechos de las naciones rechaza á último término todas las cuestiones que interesan á la existencia misma del Estado, impide la formación de mayorías parlamentarias, pone obstáculos insuperables á los trabajos del Poder ejecutivo. Toda disposición administrativa que favorece los intereses de una raza se mira por las demás como una concesión al ene-

(1) Lang, *ibid.*

migo y despierta en ellas la hostilidad. No se quiere reconocer entre las diversas razas la diferencia de desarrollo, la de fuerzas intelectuales y materiales; cualquier palabra que recuerde esta diferencia es un insulto á la raza, contra el que se revuelven los sentimientos de ella; quéjanse del desconocimiento de la igualdad de derechos para todos los ciudadanos (1). Queda al presente descontado el desarrollo futuro de las razas retrasadas hasta aquí. Pero no pueden satisfacerse al mismo tiempo y en igual medida todas estas reivindicaciones y todos estos deseos, y nadie conoce un medio de terminar amistosamente, contentando á todos, esta lucha por la supremacía nacional en el Parlamento y la administración. Desde luego, los intereses particulares pasan, con una fuerza cada vez mayor, á primer término; el interés que toman los ciudadanos en la prosperidad del conjunto del Estado es menor cada día, las fuerzas se gastan en estériles conflictos de nacionalidades; la existencia misma del Estado parece siempre amenazada por nuevos peligros. Tal es la situación actual (2). Presenta más de una lección para otros pueblos en que la lucha de razas se desconoce, pero en que la de partidos y de clases produce idéntico triunfo de los intereses particulares, igual decaimiento posible de la fuerza nacional.

Austria ve, hasta en la cuestión del presupuesto, penetrar la de las nacionalidades. Cada una de las razas que componen el Estado está habituada á ver sus deseos particulares satisfechos por cada uno de los ministerios; no se preocupa un momento de saber si la nueva concesión que pide es conciliable con la situación económica y con el carácter unitario de la administración general de un gran Estado. Hasta el ministro de Justicia tiene que sacrificarse. Pero el de Instrucción pública es el que su-

(1) Véase el estudio del Dr. Kolmer acerca del Austria en la *Revue politique et parlamentaire*, 1898, pág. 184.

(2) *Ibid.*

fre más rudos asaltos. Hay en Austria toda una serie de provincias en las que las administraciones municipales y regionales se abstienen, por motivos diversos, de crear y sostener escuelas, tal como sería, no obstante, su deber. «La enojosa situación financiera de estos municipios ó distritos constituye seguramente uno de los motivos, pero el principal es la poca simpatía que las poblaciones agrícolas tienen por la enseñanza, y que impide se difunda la instrucción». Sin embargo, estas mismas regiones reivindican muy alto que se les trate igualmente desde el punto de vista de la enseñanza. Habiendo ésta tenido, durante todo un siglo, desde la emperatriz María Teresa, un carácter germánico, es natural y justo que el número de las escuelas tcheques, polacas, rutenas, eslovenas, rumanas, croatas, serbias é italianas, aumente progresivamente hasta estar en proporción con el número de las alemanas. Pero los estadistas de cada nacionalidad no se contentan con este aumento espontáneo; hostiles al influjo moral de la cultura alemana no quieren tener en cuenta más que la cifra de población, y se atienen al cálculo de que, cada nacionalidad, debe, en vista de su población, tener tantas escuelas de todas clases, gimnasios, Realschulen, escuelas técnicas, etc. Por esto se ha llegado á declarar la guerra á las Universidades alemanas de Austria (1). En Galizia, donde los polacos se han apoderado desde hace mucho tiempo de las Universidades de Cracovia y Lemberg, los rutenos reclaman una Universidad rutena. En Bohemia, donde los tcheques han obtenido, junto á las Universidades de Praga, una Universidad y una escuela técnica tcheque, declárase que la población de esta última nacionalidad exige la creación de una segunda Universidad en Moscovia, porque esta provincia no la posee aún. Por otra parte, los tcheques han obtenido, durante el último período en que el Parlamento había cesado de

(1) Véase el estudio del Dr. Kolmer sobre Austria.

funcionar, el que en virtud de una simple orden del gabinete se crease una escuela superior técnica de su nación en Brüm, donde ya había otra alemana, y los gastos ocasionados por esta fundación han sido incluídos posteriormente en el presupuesto. Los eslovenos, por su parte, reclaman una Universidad en Laybach. La Carintia, que tiene una población principalmente eslovena, es montañosa y pobre; puede apenas sufragar los gastos de sus escuelas primarias y secundarias; la población tiene que buscar, durante una gran parte del año, trabajo en los países vecinos; su situación financiera es precaria y el país cuenta con muchos analfabetos. Sin embargo, se reclama allí una Universidad, á fin de que sea considerada como las demás (1). Iguales reclamaciones de los serbios, croatas é italianos. Todos amenazan con hacer frente al gobierno, si no les satisface en la cuestión de enseñanza. Estas disensiones hacen de Austria una torre de Babel y preparan su posible fraccionamiento. Etnicos ó políticos, los partidos que se desgarran entre sí en el seno de una nación, olvidan siempre á los vecinos que ambicionan su territorio, y que se regocijan al ver cómo preparan la conquista los habitantes mismos.

Los eslavos esperan que el «proceso sociológico» que tiene lugar en Austria-Hungría traerá paralelamente un «proceso psicológico», y que el carácter eslavo acabará por triunfar del germánico. Pero el porvenir es incierto. Los alemanes de Austria-Hungría efectivamente vuelven la vista á su verdadera madre, Alemania; ésta por su parte hace una propaganda activa en Austria y se dispone á poner mano sobre todo lo que pueda coger en ella, si la muerte del emperador actual de Austria-Hungría acarrea trastornos. Por otra parte, Rusia trabaja la parte eslava. Por haber querido ásperamente su autonomía, cada uno de los partidos prepara su subordinación al extranjero.

---

(1) *Ibid.*

Esperando los destinos, próximos quizás, el equilibrio de los espíritus es eminentemente inestable en un país falto en este punto de unidad étnica, política y social.

II

SUIZA

Suiza ocupa entre los pueblos un lugar de los más honrosos, viviendo en paz con sus vecinos, realizando el famoso programa del orden dentro de la libertad. Semigermánica y semi-celta, ha producido, en relación á su extensión, un gran número de hombres notables: Zuinglio, los Bernouilli, Euler, Haller, Gessner, Lavater, Pestalozzi, Rousseau, Necker, Bonnet, de Sanssure, Sismondi, Vinet, Leopoldo Robert, Pradier, Niedermeyer, de Candolle, Agassiz, etc.

La lengua francesa se habla en Suiza por 650.000 habitantes. No solamente el francés, desde hace siglos, mantiene sus fronteras, sino que avanza gradualmente en los territorios de lengua alemana. Sierre (Siders) y los municipios vecinos de Alto Valais se romanizan poco á poco. En Friburgo, donde la lengua alemana era oficial á principios de siglo, se habla hoy de cerrar, por falta de número suficiente de alumnos, las escuelas alemanas. En los alrededores de Friburgo, Marly, Guin (Dúdingen), Saint-Silvestre, Morat (Murten) se afrancesan también. En Bienne, donde la lengua del *ja* estaba sólo en uso hace treinta años, se publican hoy varios periódicos franceses (1). Se habla en el Jura bernés, así como en los cantones de Neuchatel, de Vaud, Ginebra, en la mayor parte de Friburgo y del Valais.

El lago Leman forma el centro de la Suiza francesa ó romaña.

«Mi lago es el primero»,

(1) Knapp, *Bulletin de l'Alliançe française*, números 8 y 9, 1902

decía Voltaire. Situado casi en el punto de contacto de dos lenguas y dos civilizaciones, Ginebra no se contenta con ser una de las ciudades más populosas de Suiza; es «una especie de pequeña metrópoli intelectual» que se gloria de haber producido, desde el siglo XVIII, toda una serie de hombres distinguidos é ilustres (1).

Se ha dicho de Suiza que, con sus diversidades de suelo, cultivo y habitantes, este pequeño país resume la Europa central. «En él conviven protestantes y católicos, germanos y romanos; la vida fabril de las ciudades con la pastoril de las montañas» (2). Ciudades como Ginebra ó Zurich tienen un carácter cosmopolita bien marcado. Sin embargo, el suizo permanece fiel á sí mismo, y no se confunde, en modo alguno, con las nacionalidades vecinas. En vez de hacerse alemán ó francés, sigue siendo suizo. Su nacionalidad le es «tanto más querida, cuanto que no se asemeja á ninguna otra». «Pensad bien, decía Bonaparte á los diputados suizos, en la importancia de tener rasgos característicos: ellos son los que alejan la idea de toda semejanza con otro Estado, y apartan la de confundiros con él y á él incorporaros». La originalidad de las instituciones es el lazo que une en conjunto estas razas y religiones diferentes de Suiza. Por un privilegio raro en nuestra Europa, Suiza ha podido desarrollar su vida nacional sin herir las libertades de sus miembros. «Ha podido limitar á lo estrictamente necesario el mecanismo del poder central, y dejar así á los organismos locales toda facilidad de obrar y moverse á su guisa. Esto explica el género de lazo que une entre sí á los ciudadanos de esta libre comunidad. Estado creado fuera ó más bien por encima de las consideraciones de raza ó religión, Suiza merece ser mirada, por esto mismo, como una elevada expresión de la civilización europea» (3).

(1) Vidal Lablache, *Etats et nations de l'Europe*, pág. 64.
(2) *Ibid.*
(3) Vidal-Lablache, *Ibid.*

Sin embargo, la marcha hacia un cierto grado de centralización es innegable en Suiza. La guerra del *Sonderbund*, en 1847, fué seguida de reformas en sentido unitario; las aduanas interiores fueron suprimidas. Cada vez más, desde hace veinte años, se establece el uso del *Referendum*, consulta directa acerca de las cuestiones que interesan al pueblo suizo.

Conforme á lo que procede, Suiza no podría ofrecernos un carácter nacional con verdadera unidad, sino en algunos puntos importantes: una cierta seriedad de espíritu que lleva á veces consigo algo de lento y pesado, una rigidez, debida, sobre todo, al protestantismo, voluntad laboriosa, paciente y tenaz, un noble espíritu de libertad é independencia, unido al amor universal, á la patria común. Entrar en pormenores de la fisonomía particular de los diversos cantones, sería labor demasiado larga y difícil. Suiza ofrece, en ciertos respectos, un contraste curioso con Austria, puesto que ha sabido fundir sus diversas razas en una federación relativamente fuerte. Pero cosa distinta es un pequeño Estado neutro que otro grande mezclado en la alta política. Es lo que olvidan en nuestro país los que querrían hacer de Francia una especie de Suiza, con simples milicias, con una descentralización que fuera hasta la federación comunista, etc. Francia renunciaría de este modo á su poder, á sus destinos, á sus deberes. En vez de llegar á ser una verdadera Suiza, se hacía muy pronto un Austria, enteramente dispuesta á dejarse devorar por sus vecinos.

III

HOLANDA

Tres ramas germanas han contribuído á formar el pueblo holandés: frisones, francos y sajones. Se les distingue aún en las partes del territorio en que no se han

mezclado, en los trajes característicos, costumbres y, sobre todo, en sus ocupaciones especiales: el frison, «hombre de mar por excelencia», habita las islas y la provincia que lleva su nombre; el campesino sajón, en las provincias de Drenta, Over-Issel y Güeldres, donde se ha agrupado principalmente, se acomoda y vive como sus hermanos de Hannover ó Wesfalia; las poblaciones francesas «se muestran en estado puro en la provincia de Brabante, y se asemejan á sus hermanos de Bélgica». No han variado en sus residencias respectivas los tres pueblos; siempre ocupan las mismas posiciones, donde se les veía ya al comienzo de la Edad Media. Pero en Zelanda, así como en las dos provincias de Sur y Norte Holanda, ambos elementos, frison y franco, se han entremezclado. En esta región, siempre amenazada, que se extiende desde la desembocadura occidental del Escalda hasta el Zuyderzée, se ha formado una población mixta: «Ella ha sabido alcanzar el grado más alto de desenvolvimiento económico y político, y servido, en definitiva, para formar el núcleo de la nacionalidad holandesa» (1).

Hace poco más de tres siglos que los Países Bajos se han libertado de la dominación española, para formar un cuerpo de nación; poco más de dos siglos apenas que su independencia ha sido sancionada en el derecho público europeo (2); pero Holanda, libre, tomó un desarrollo tal como potencia marítima, comercial y colonial, supo mantenerse con tanta energía sucesivamente contra España, Inglaterra y Francia, que fué afirmándose más en la «conciencia de su nacionalidad» (3).

Hay una lengua y una literatura holandesa, lengua hablada no sólo en Holanda, sino en el Cabo y en las repúblicas sudafricanas. Conocida es la gran escuela de

(1) Vidal-Lablache, *États et nations de l'Europe*, pág. 243.
(2) Unión de Utrecht, 1579. Declaración de independencia de la Haya, 1581. Tratado de Westfalia, 1646.
(3) Vidal-Lablache, *Ibid.*

pintores que se ha inspirado casi exclusivamente en los paisajes y el cielo holandés, en los tipos y escenas de costumbres locales. No podría, sin duda, compararse el presente al pasado. Sin embargo, Holanda conserva un lugar muy honroso en artes y ciencias.

El carácter holandés tiene energía, tenacidad, paciencia, la persistencia que muestran las razas germánicas; sabido es que, hace mucho tiempo, los habitantes han emprendido una lucha heroica contra el mar. Es una población extraordinariamente fuerte, seria y laboriosa, que, por su economía, ha acumulado, no sólo en las ciudades, sino en los campos, capitales considerables. Es preciso recordar los gloriosos esfuerzos de los holandeses del Transvaal y de las otras razas con que se han mezclado, contra la ambición desvergonzada y brutal de Inglaterra, para quien los «derechos de los pueblos» no existen, y que declara no solamente que la fuerza aventaja al derecho, sino que también lo aventaja el comercio.

IV

BÉLGICA

Es sabido que el nombre de Bélgica designaba antes una de las tres grandes divisiones de la Galia. Los galos de la Bélgica se latinizaron como los demás. En el Norte y el Oeste, el origen germánico de las ciudades está puesto en evidencia por sus nombres mismos. Bélgica, flamenca, se asemeja á Holanda y Alemania; la Bélgica llamada *walona*, á Francia. Difieren de carácter estos dos grupos: el flamenco es más serio, más tenaz, á veces un poco pesado; el walón, más alegre, espiritual, vivo, atrevido, más ligero, hablador y ocurrente; más amigo de la guerra y las batallas. Los flamencos están trabajando

por la propaganda alemana; afectan desdén por los *welchos*, y repiten gustosos: *Wat Wolsch es, volsch es; todo lo welcho es mentira;* se esfuerzan por rechazar la lengua francesa en provecho de la flamenca, so pretexto de que Flandes, con sus pintores, ha hecho la gloria de Bélgica. Las dos lenguas se reparten hoy por mitad el país. Es enojoso ver de este modo el dualismo de las lenguas tender á dividir los belgas entre sí; los laureles de Austria-Hungría quitan el sueño á los flamencos.

Sea lo que quiera, Bélgica ofrece, en sú conjunto, un maravilloso ejemplo de actividad inteligente é industriosa. Es uno de los focos más potentes de producción del mundo. Las minas de hulla ocupan próximamente el 22 por 100 del territorio, y de ellas se extraen al año 19 millones de toneladas, casi tanto como de toda Francia. La densidad de población, mayor que en el resto de Europa, llega á 200 habitantes por kilómetro cuadrado. La red de ferrocarriles y canales es la más desarrollada de Europa. El espíritu urbano y comunal está profundamente impregnado en la población; «respira en sus monumentos favoritos, en los palacios municipales llenos de estatuas y coronados por soberbias torres, se expresa aún en las asociaciones y fiestas que desempeñan gran papel, sobre todo en la vida flamenca» (1).

El puerto de Amberes, gracias á la industria de los belgas y á los inteligentes arreglos que han sabido hacer en él, tiende á ser, con Hamburgo, el primer puerto del continente. Desde el punto de vista de las letras, las artes, pintura y música, Bélgica ha tenido y ocupa aún el puesto más honroso, sobre todo si se piensa que sólo tiene siete millones de habitantes. ¡Ojalá pueda permanecer una, en vez de mantener en su seno divisiones que harían de ella, más pronto ó más tarde, una provincia alemana! Hemos visto que el *derecho de lengua* en Ale-

(1) Vidal-Lablache, *États et nations de l'Europe*, pág. 208.

mania se extiende á todo el que habla *alemán* ó una lengua *de la misma familia*, ó una lengua no alemana, pero *vecina á un país en que se hable alemán* (ejemplo, la Lorena). No faltarían, en modo alguno, argumentos para demostrar que Bélgica, aunque francesa, pertenece de derecho á Alemania, única que puede hacerla feliz.

V

PAÍSES ESCANDINAVOS

La verdadera raza del Norte, como hemos visto, es la rubia de cráneo alargado, de origen probablemente escandinavo, á pesar de las novelas históricas que hubieran querido hacerlos proceder del Oriente. Todavía hoy Escandinavia encierra los más puros representantes de la raza dolicocéfala rubia, que en otro tiempo rechazó á los lapones y finlandeses. Fundadores del Estado ruso, restauradores del reino anglo-sajón, conquistadores de Normandía, los hombres del Norte han mostrado siempre una voluntad emprendedora y arriesgada, un valor incomparable y, al mismo tiempo, una ciega obediencia al jefe, una fidelidad á toda prueba, un gran acuerdo entre camaradas. Añádase á esto una elevada inteligencia y espíritu organizador. Los escandinavos de nuestros días son una raza fuerte y libre, de genio independiente, altivo y, al propio tiempo, respetuosa á la autoridad, unida, laboriosa, sana, llena de vigor físico y moral. Los noruegos son los hombres más fuertes de la tierra, y su vida media la más larga.

En Suecia, siendo la lucha por la vida menos ardiente que en los demás países y en Alemania misma, el individuo no perece, y puede, por decirlo así, respirar tranquilo; así las dos cualidades de la raza septentrional, vivo sentimiento de independencia y no común poder de dis-

ciplina, se han desarrollado allí particularmente. Sabido es que la unión de ambas cualidades, incompatibles en apariencia, complementarias en realidad, hizo en otro tiempo la grandeza de Suecia. Sus ejércitos, los más fieros y disciplinados que se conocían, contrastaban con las tropas mercenarias de Wallenstein, ó con el ardor indisciplinado, con el entusiasmo inconsiderado y anárquico de los polacos. Hoy el ejército sueco se perfecciona diariamente, á pesar del carácter pacífico de la nación. El espíritu individualista se manifiesta en Suecia por el amor á la vida de familia y aun á la soledad; las casas están aisladas, y cada cual tiene, más aún quizás que en Inglaterra, el culto al *home*.

Suecia es una nación bien equilibrada, en que no se ha olvidado el cuerpo, y que, en este respecto, proporciona útiles enseñanzas. La gimnasia es allí honrada particularmente; se cree que «cualquier civilización es frágil, si no tiene por base la fuerza y el vigor corporal».

En Escandinavia, los pequeños propietarios aparecen como una de las clases más instruídas del mundo y más aptas para la administración de sus propios negocios; la burguesía, activa é industriosa, ha trasformado Estokolmo, Gothemburgo, Malmó, Helsingborg, y ve aumentar su legítimo influjo. Las clases obreras tienen una calma, un buen sentido, una disciplina, un espíritu de asociación raros en otras partes. Con Oerstedt, Linneo, Berzelius, Andersen, Runeberg, Thordwaldsen, Grieg, Ibsen y Björnson, los escandinavos han contribuído gloriosamente al movimiento general de las ciencias, las artes y la literatura. Conocido es el influjo que en nuestros días ejercen. Los sabios escandinavos continúan manteniendo el antiguo renombre de Suecia y de Dinamarca en las ciencias naturales y matemáticas; los literatos, en la novela y el drama.

LIBRO VI

El pueblo ruso.

Cuando el normando Corneille nos hace asistir á las hazañas del Cid no pensamos ciertamente que Rodrigo ó Rudrik es un nombre normando que ha pasado á España con los galos, el mismo que el del normando Rurik que en 862, á la cabeza de sus compañeros escandinavos, los *Rus*, se estableció en Novgorod y denominó esta comarca con el nombre del país de origen, Rusia. La *Rus* era la palabra con la cual designaban á Escandinavia los fineses y eslavos. Los hombres del Norte han dado de este modo su nombre á las cuatro grandes naciones modernas: los francos, á Francia; los alemanes, á Alemania; los anglos, á Inglaterra; los rus á Rusia (1). Es la señal de la acción dominadora que han ejercido sobre las masas anteriormente establecidas en estas diversas comarcas; acción más ó menos duradera según que estos países se han hecho más ó menos normandos. En todos, la raza europea del Norte, rubia y de cráneo alargado, de ojos azules, producto del clima europeo y no de Asia, encontró una gran masa de poblaciones de cráneo ancho, asiáticos quizás en parte. Las relaciones entre ambos elementos, desde el punto de vista etnográfico, son de capital importancia, más decisivas que los climas mismos; pero desde el punto de vista histórico, los influjos sociales, morales, religiosos, son aún más importantes. El mundo activo nos

---

(1) A más de las obras bien conocidas de Anatolio Leroy-Beaulieu, Rambaud, L. Léger, véase Bestoujer-Rioumine, *Histoire de Russie;* Tratchewky, *Histoire de Russie;* Thomson, *The Relations between ancient Russia and Scandinavia;* J. Legras, *Au pays russe*

muestra en lucha todas estas acciones diversas y, en nuestros días mismos, nos hace asistir á la formación de un gran pueblo, por lo mismo de un gran carácter nacional, que sufre poco á poco el influjo de la civilización europea, sin perder su originalidad. Asimismo, este desarrollo, cada vez más rápido, ofrece al psicólogo y al sociólogo un interés profundo.

I

EL CLIMA Y LAS RAZAS EN RUSIA

Se ha insistido mucho en el influjo que ejerce el clima y el suelo; clima frío que puede, sin duda, templar ciertas constituciones resistentes, pero que también, por lo excesivo, causa á veces un efecto deprimente y favorable á la inercia. País de inmensas llanuras, surcado por «largos caminos que marchan». La monotonía de las estepas sin fin extiende su uniformidad sobre los espíritus mismos; además, les abre el espacio, les invita á cambiar un país por otro que se le asemeja, favorece las aficiones errantes y nómadas. Hace también más fácil la asimilación de pueblos, y, después de la anarquía primitiva, su reunión final bajo un mismo soberano. M. Léger dice que la estepa es autocrática, como el desierto es monoteísta. M. Novicow añade que en esta llanura inmensa, ni aun se levantan los castillos colgados en otras partes en las cumbres; las casas, de ladrillo ó de madera, de los señores son también rústicas. La única cosa que se impone á la imaginación es el poder lejano y misterioso del zar. M. Leroy-Beaulieu ha descrito admirablemente la tierra eslava con sus dos caracteres opuestos: amplitud y vacío, extensión de espacio y pobreza de lo que éste ocupa; en todas partes un contraste que muestra al hombre la propia pequeñez, sin hacerle, sin embargo, verda-

deramente sensible el poder de la naturaleza. Es cierto que las percepciones, y, por consiguiente, el medio que las produce, guían, en parte, la imaginación; una naturaleza llana y desnuda, igual é inerte, reflejo uniforme de sí misma, sin mar y sin montañas, sin nada que asombre, que excite y exalte, inclinará la imaginación á ensueños «vagos, indefinidos y vacíos como ella, no á concepciones poderosas ó á imágenes vivas». Entre las causas que han modelado el carácter y las costumbres eslavas, preciso es contar la enorme dispersión de las aldeas, que durante siglos han formado casi solas la Rusia. Diseminados á través de espacios inmensos, sin cesar amenazados por las invasiones de los nómadas, alejados de los centros posibles de producción, los habitantes se veían reducidos á fabricar en el lugar mismo, casi en la aldea, los objetos que necesitaban. Era preciso bastarse á sí mismo en su aislamiento, trabajar y sufrir de un modo uniforme, soportar y resignarse, sin tener horizonte abierto á grandes esperanzas, á grandes empresas, á iniciativas fecundas.

A pesar de todo lo que estas consideraciones acerca del medio encierran de verdad, nos parece que el carácter de las razas y su temperamento hereditario influyen mucho más que el clima y el país. La raza blanca, de cráneo alargado, y la morena, de cráneo ancho, ¿no han obrado de modo completamente distinto en las mismas comarcas?

La existencia de un tipo ruso ha sido justamente discutida; en todo caso, está poco determinado. El ruso, se ha dicho, se asemeja á todo el mundo; á veces, ofrece un tipo germanizado; las más de las veces, el celtaeslavo. Si existen muchos rusos de tez blanca, alta estatura, sobre todo los moscovitas, hay muchos más, aun en el Norte, que tienen cabello oscuro ó negro, con frecuencia aun el tinte negruzco. Un gran número chocan por su cara ancha, pómulos salientes, nariz larga ó remangada, boca hundida y grande. Las mujeres tienen, frecuentemente,

la cara redonda, los ojos grises azulados, la nariz aplastada, el tinte pálido. Lo que más importa es la forma del cráneo, que en el conjunto es ancho ó braquicéfalo.

Desde el punto de vista etnológico, muchos rusos parecen creer, con Sikorski, que «la raza eslava se distingue en el grupo indo-europeo por la mayor pureza de sangre aria, habiendo sufrido menos que ninguna la mezcla con las demás razas, al menos en los últimos mil años». Pero los eslavos son, por el contrario, lo menos ario que existe, lo más mezclado con el elemento finés ó mongol. Se han contado 46 pueblos distintos en Rusia, y casi todos no arios. El error de Sikorski es, pues, manifiesto.

Por lo demás, la parte que el elemento germánico y escandinavo ha tomado en la población de Rusia no debe ser desconocida. M. A. Leroy-Beaulieu mismo no habla más que de eslavos, fineses y tártaros; pero es aventurado confundir bajo la denominación de eslavos elementos tan desemejantes como la raza de cráneo alargado y la de cráneo ancho. Por lo demás, nada más engañoso que las expresiones de eslavos y celtas. Tienen, efectivamente, un sentido antropológico y un sentido histórico, refiriéndose el último á los más antiguos tiempos. Son celtoeslavos, para el antropólogo, los braquicéfalos de cabello oscuro. De hecho, los celtas y eslavos de nuestros días son de este tipo. Pero no sucede lo mismo con los celtas y eslavos de que hablan los viejos historiadores, y que eran dolicocéfalos blancos. De aquí confusiones y faltas de inteligencia sin número. Los que hoy se llaman eslavos son todo lo contrario de los primitivos. Necesario es, pues, distinguir los viejos eslavos ó los antiguos celtas de los nuevos, el sentido antropológico del histórico ó aun del geográfico.

Anatolio Leroy-Beaulieu decía ya qué no hay «duda alguna» acerca del parentesco de los eslavos con los arios; desde entonces, dudas se han presentado, y aun certidumbres opuestas á la hipótesis de aquel autor. Los

eslavos modernos, de cráneo ancho, se consideran como independientes de la raza aria. La antropología ha puesto la barrera entre las razas, fundándose en sus caracteres morfológicos, sobre todo en la forma del cráneo, el color del pelo ó de los ojos y la estatura. Si las poblaciones eslavas han adoptado las lenguas indo-europeas, no hay que deducir en modo alguno que sean arios de origen; los filólogos creen que su lengua primitiva se aproximaba, como la de los fineses y magiares, á la rama uralo-altaica ó turania. Según Penka (1), los eslavos de cráneo ancho pertenecen más bien á la raza hugro-finesa. Su nombre mismo mostraría que eran esclavos, súbditos ó clientes de los arios.

Desde el principio de la Edad de la piedra pulimentada, Rusia estaba habitada por varias razas: una de cabeza ancha, otra, más numerosa entonces, de cráneo alargado. Esta última predominó en el Centro y Suroeste de Rusia hasta la Edad Media. Según el testimonio de los antiguos, los pueblos bárbaros conocidos con el nombre de antos, vendos, eslovenos, sármatas, eran de alta estatura, robustos, con pelo rubio ó rojo, ojos azules ó grises. Los escitas, representados en los vasos griegos, tienen el cráneo alargado. Por otra parte, las más antiguas tumbas de Polonia y Rusia, por ejemplo, las de los alrededores de Cracovia, han dado cráneos ovalados, enteramente análogos á los de la raza dolicocéfalo rubia (2). La Europa del Noroeste es, según la hipótesis más plausible,

(1) *Die Arier*, Iena, 1878.

(2) Los kurganes, estos montículos artificiales sembrados por todo el Mediodía y Centro de Rusia, han confirmado el testimonio de los antiguos autores griegos y árabes, acerca de los ritos funerales de los pueblos salvajes y bárbaros de su tiempo; tan pronto quemaban los cadáveres como los enterraban, luego inmolaban sobre la tumba la mujer del difunto, su caballo, sus esclavos, depositaban junto á sus restos armas, joyas, muchas veces aun útiles domésticos, mostrando así que se figuraba la existencia de ultratumba semejante á la vida que habían tenido.

la cuna verdadera de los supuestos arios, del *Homo europæus* descrito por Linneo; puede admitirse que, desde la antigüedad, tribus rubias se habían esparcido por el Norte de Rusia. Los tártaros hablan todavía de un antiguo pueblo de ojos azules, que había en otro tiempo ocupado su país y construído todos los montículos funerarios sembrados por las estepas. Finalmente, en una época remota, según las tradiciones más autorizadas de la China, los chinos se encontraron en contacto con poblaciones rubias y de elevada estatura, que entonces ocupaban la Siberia. Estas poblaciones parecen haber desempeñado un papel importante en la formación y evolución primitiva de los Estados chinos; parece haber dado, sobre todo, elementos á las clases superiores. Es, por tanto, probable que la raza escandinava se extendiera en otro tiempo por el Norte de la Rusia europea y de la asiática. El tipo de los habitantes de Novgorod, verdaderos fundadores del Imperio ruso, se aproxima mucho al de las poblaciones cuyos esqueletos, de cráneo dolicocéfalo, asociados á objetos de bronce, llenan los kurganes; se le vuelve á ver en toda la mitad occidental de Rusia, en Lituania y Polonia. En nuestra opinión, la presencia del bronce prueba se trata de inmigrantes ó conquistadores arios. Bogdanof ve los verdaderos eslavos en estos grandes dolicocéfalos de las tumbas escíticas y de los kurganes; pero estos eslavos primitivos son escandinavos y germanos. Diebold y Kopernicki, en sus estudios sobre los Pequeños Rusos, han mostrado que cuanto más se acerca uno á los Cárpatos más abunda el tipo braquicéfalo de cara ancha, aunque no verdaderamente mongoloide, ya en las sepulturas antiguas, ya en las poblaciones de nuestros días. Por otra parte, desde la Edad Media hasta nuestra época, en la Grande Rusia misma, el número de los braquicéfalos ha pasado del 40 al 62 por 100. Estos braquicéfalos son los verdaderos eslavos de nuestra época. Al comienzo del período histórico se han extendido, procediendo del Sur-

oeste, por la Rusia actual y han rechazado á los hombres del Norte. Los polacos de hoy son en su mayor parte braquicéfalos, como los eslavo-rusos, sus vecinos; el pelo, los ojos y el color serían, por término medio, algo más claros, pero los eslavos morenos de Polonia han venido, como los de Rusia, á superponerse á la población prehistórica de raza rubia, cuyos restos se encuentran en las sepulturas. Los antiguos lituanos pertenecen á esta raza.

El elemento que ha llegado á ser esencial de Rusia, los celtoeslavos, se reparte en capas espesas por Europa, principalmente en la Grande y Pequeña Rusia, en el valle del Danubio, en los Alpes y en la meseta central. Desde el punto de vista antropológico, los eslavos de hoy se distinguen difícilmente de los celtas. Tienen cráneos muy braquicéfalos, cuadrados y pequeños, con una nariz relativamente estrecha, ojos oscuros y pelo negro, pómulos muchas veces salientes.

II

CARÁCTER PRIMITIVO DE LAS PRINCIPALES RAZAS COMPONENTES

Ahora que hemos visto cuál es, etnográficamente, la composición de Rusia, preguntémonos cuál era, según la historia, el carácter psicológico de las principales razas que la componían.

Lo hemos dicho, los dos elementos *principales* de la nacionalidad rusa son los eslavos y los fineses, especie de materia á que dieron una forma las razas escandinavas, no menos importantes, por lo demás, que el fondo de población. Los antiguos fineses, como los antiguos eslavos, eran sedentarios, y agricultores. Según un arqueólogo distinguido, el conde Ouvarow (1), conocían el uso del

(1) *Les Mériens*, trad. franc. de Malagué, Moscow, 1872.

hierro y los metales preciosos; tenían un arte rudimentario, una civilización muy semejante á la de los antiguos eslavos, con los que hacían numerosos cambios. Los escritores árabes, en sus relatos sobre la Rusia primitiva, confunden fácilmente los fineses con los eslavos de pura sangre. Unos y otros estaban dotados de análogos instintos. Hoy los fineses representan un tipo todavía más asiático que los celto-eslavos propiamente dichos. Los fineses tienen de ordinario la frente ancha y corta, la cara casi llana, los pómulos salientes, los ojos pequeños y algo oblicuos, la nariz ancha, la boca grande y de labios gruesos, las piernas cortas y delgadas. Según la tradición y los cantos populares fineses, sus antepasados tenían el pelo negro como el azabache, los ojos muy negros, la tez morena. Está, por tanto, permitido atribuir los cabellos muy rubios ó rojos, los ojos azules de muchos fineses actuales á un cruzamiento con la raza blanca, escandinava ó germánica, que habitó en otro tiempo las comarcas del Norte, incluso Finlandia y Lituania. Las dos ramas (antiguamente separadas) de los magiares (hoy de los más hermosos pueblos de Europa) y los búlgaros han conservado los caracteres de este cruzamiento. Entre los búlgaros de Rumelia había aún un 60 por 100 de dolicocéfalos, y entre los del Danubio un 65 (según Bogdanov) (1). La Finlandia es «el país de los mil lagos». Apenas si el sol en el verano (sobre todo en el Norte) desaparece del horizonte. «Todos los objetos parecen luminosos, dice M. Topelius en su libro sobre Finlandia, y la luz, no concentrada en parte alguna, parece emanarse de todos lados». Pero el invierno es terrible, no precisamente en las costas del Báltico, don-

(1) Sábese el papel desempeñado por los magiares de Hungría en Europa, cómo han elevado su lengua uralo-altaica y aglutinante á una rara perfección, cómo han manifestado un gusto innato por la música y la poesía. Conócense igualmente las cualidades guerreras de los magiares. Tenemos, por lo tanto, aquí el ejemplo de un cruzamiento feliz en la mayor parte de los respectos.

de todavía predomina un clima algo marítimo, sino en el interior de las tierras y hacia el Norte. Se han registrado allí temperaturas de — 48°. La media de Finlandia es de 2°,5. La media de Julio 17°, la de Enero de — 12°,9 en Tornea, y de — 6°,7 en Helsingfors. «Todo esto, dice M. Topelius, da idea de un país en lucha constante con una naturaleza madrastra; muerto á menudo, jamás vencido, siempre esperando, siempre vivo, aun bajo nieves espesas. Nada de la despreocupada alegría del Mediodía; la alegría es allí un rayo de sol fugitivo, la riqueza parece un cuento de hadas, la primavera de los campos pasa con la rapidez de un hermoso sueño. Seria y dura, con aspecto de melancólica resignación, tal es la naturaleza finlandesa. El secreto de su belleza está en la alternativa constante de la muerte y la resurrección. La mitad de su vida está envuelta en tinieblas, la otra brillante de luz. El poeta pregunta: «¿Se puede morir por tal país? —Sí, responde la historia. Y también se puede vivir para él».

La historia de los fineses es oscura, y se reduce á conjeturas en cuanto á su origen. Pero lo que se sabe es que este pueblo difiere profundamente por su lengua, como por la raza, del resto de las naciones europeas; no es eslavo, ni escandinavo; es finés. «Los rasgos generales del carácter finés, según M. Topelius, son algo de fuerte y duro, pero de una fuerza paciente, pasiva; la resignación, la perseverancia y su lado inverso, la obstinación, el espíritu lento, meditabundo, poco expansivo. Asimismo el finés es lento para la cólera; pero una vez irritado, no conoce freno». Tranquilo en los peligros, la experiencia de los mismos le hace prudente; generalmente taciturno y lacónico, tiene accesos de locuacidad; se inclina á esperar, á diferir, á vivir con alternativas á veces de intempestivo apresuramiento. Apegado á las cosas que conoce de antiguo, es «enemigo de novedades»; posee en alto grado «el sentimiento del deber, de obediencia á la ley, ama la libertad, es hospitalario, probo, piadoso». Su ac-

titud es reservada, concentrada, de difícil acceso. Tarda en familiarizarse, pero entonces es amigo fiel; falta intencionalmente, llega muchas veces demasiado tarde, y muchas es «importuno sin darse cuenta de ello»; saluda á un amigo á quien encuentra cuando ya ha pasado, «calla con frecuencia cuando sería necesario hablar, pero habla algunas veces cuando valdría más callarse». Según muchos escritores rusos, los fineses, que tienen solidez y paciencia, no son inferiores á los actuales eslavos: considerados en masa, hasta son más activos, económicos y honrados que los habitantes de las comarcas limítrofes. Tienen, sobre todo, más perseverancia en el trabajo, mayor reserva y dignidad. Según M. Luis Léger, estas cualidades dependen principalmente del influjo de la religión reformada, que es la de los finlandeses. Además, durante la dominación sueca, los habitantes del país participaron de los derechos civiles y políticos, mientras que los campesinos rusos contraían los vicios de la esclavitud. Hasta el comienzo de nuestro siglo, Finlandia formó parte de Suecia, que hacía mucho tiempo la había conquistado, pero cuya dominación nada tiene de tiránica. Si el pueblo era finés y hablaba esta lengua, la burguesía, la nobleza, y en general los habitantes de las ciudades, eran suecos. Muchos observadores pretenden que desde el punto de vista de la moralidad y el vigor, las poblaciones de Suecia y las de Finlandia figuran á la cabeza de Europa (1).

Se ha querido atribuir á los elementos fineses las cualidades de resistencia, de dureza, aspereza, espíritu práctico y dominador que caracterizan á los prusianos entre los alemanes. Esta teoría es de las más problemáticas. La mezcla de braquicéfalos y de dolicocéfalos existe en bastantes otras partes de Alemania, en Baviera, por ejem-

---

(1) *La Finlande an XIX^e siécle, décrite et illustrée par une réunion d'écrivains et d'artistes finlandais* (2 vol. in fol. Helsingfors, 1894).

plo, y no ha producido los mismos efectos. Es probable que los prusianos deban principalmente sus cualidades al elemento germánico, hecho quizás más duro por la mezcla finesa.

La antigua Eslavia, antes del impulso dado por los normandos, nos aparece como una masa inerte y flotante. En el siglo IX encontramos á los eslavos (eslovenos) establecidos en el valle del Ilmen y en el Volga superior, en la Grande Rusia. Están en las orillas del lago de los Tchudos, y este nombre indica, según M. Léger, que han remplazado allí recientemente á una población finesa. Su ciudad principal es Novgorod, la «nueva fortaleza», lo cual supone un antiguo recinto fortificado en los mismos parajes. De aquí ha deducido M. Léger—lo que, por otra parte, ya se sabía—que los eslavos como los fineses, tenían ciudades y eran una raza generalmente sedentaria. Si emigraban en grandes masas, era para establecer su morada en los países ocupados. Los eslavos primitivos eran medianos guerreros. Sin duda, según los descubrimientos arqueológicos, han conocido iguales armas que sus vecinos, y muchos pueblos eslavos y fineses han dado pruebas de cualidades guerreras. Pero cuando luchan es familia con familia, tribu con tribu. No saben reconocer la autoridad de un jefe, ignoran la disciplina y la subordinación; tienen más bien espíritu anárquico. Las aventuras lejanas no les gustan de ningún modo. Agricultores, gustosos permanecen al amparo de sus recintos fortificados, *castra*, de sus *grads* ó *gorodischa*, que podían, en caso de ataque, servir de refugio á los hombres y rebaños.

En las provincias del Norte, tales como Arcángel ó Olonetzk, así como entre los cosacos del Don, existe todavía en nuestros días ó ha existido hasta tiempos muy recientes un modo de apropiarse la tierra, que corresponde perfectamente con el testimonio sobre la comunidad agraria de los antiguos germanos. La población no es lo

bastante densa para admitir la necesidad de un reparto periódico. Desde luego, cada familia se apropia la cantidad de campos labrantíos y prados que necesita. Una vez agotado el suelo, se pasa á otros terrenos todavía vírgenes ó sin cultivar durante una serie de años. Así se practica todavía en nuestros días lo que Tácito había observado entre los germanos: *arva per annos mutant et superest ager*. Kovalewsky tiene razón al ver en estos hechos la refutación á Fustel de Coulanges, que quería admitir en los orígenes una propiedad individual que hubiera precedido á los ensayos de vida común y de reparto del suelo en lotes (1). Es probable que, como los antiguos germanos, los eslavos primitivos tuvieran igual costumbre. Se les ve extenderse, sin embargo, poco á poco, á medida que su número aumenta; pero como tienen delante de sí espacios inmensos, tierras sin límites por roturar, no tienen por qué disputárselas con las armas, y las ocupan «sin ruido y sin lucha».

Según M. Léger, los eslavos mismos han practicado poco el comercio; al negociante le han dado el nombre de *huésped;* el «camino real» es el «camino de los huéspedes» que venían á ofrecerles sus mercancías; el bazar es el «patio de los huéspedes». La palabra que designa todavía hoy al mercader *koupets* está «tomada de las lenguas escandinavas». Los hombres del Norte eran, por lo tanto, los que se entregaban al comercio y recorrían las vastas comarcas cuyo suelo cultivaban los eslavos. Estos últimos vivían por familias reunidas ó tribus, sin idea alguna de Estado, sin organización política ni religiosa. Cada una de las tribus eslavas se subdividía en cantones, los cantones en aldeas ó comunidades. El *mir*, ampliación de la familia, era el elemento primordial é irreductible. Los eslavos estaban así ligados á la tierra por una especie de

(1) V. los *Annales de l'Institut international de sociologie*, t. I, pág. 30.

comunidad agraria, que por lo demás se encuentra en todas partes remontándose suficientemente. Herodoto nos describe los antiguos eslavos labradores como de costumbres dulces, pacíficos, idílicos, amantes de fiestas, danzas, cantos, tan entusiastas de la libertad, que no podían soportar nada que pareciera un gobierno, enamorados de la anarquía, como habían de serlo mucho tiempo los rusos, aun después de la dominación de los varegos, y como habían de seguir siéndolo siempre los polacos.

El elemento escandinavo ha sido en Rusia el más importante por su influjo histórico, ya que no por el número. Sin embargo, aun desde el punto de vista de la cantidad, repetimos que se ha desconocido su representación.

En los tratados hechos en el siglo x entre los rusos y Constantinopla figuran nombres escandinavos: Karl, Ingeld, Farlof, Vermond, Ronald, Karn, Tronan, Stemid, Kanimar, Grim, Ist, Prastien, etc., que algunos sabios rusos han querido en vano reducir á nombres eslavos. Pero, al cabo de algunas generaciones, los normandos varegos toman nombres eslavos y olvidan su lengua, sin dejar de ser piratas, ladrones en mares y ríos, amigos del botín y de las expediciones lejanas: siempre es la normanda, *gens astutissima*, *quoestús et dominationis avida*, según uno de nuestros cronistas. El verdadero centro de la «cristalización rusa» ha sido, no un grupo eslavo, como sin cesar se repite, sino germano-escandinavo. Son, efectivamente, varegos del Norte los que han venido á reforzar el elemento rubio ya existente, pero en gran parte oculto bajo los celto-eslavos y los que han provocado además la expansión de Rusia.

¿Es verdad que la tribu de los normandos *Rus* haya sido llamada por los eslavos indígenas, ya cansados de la anarquía? Sin duda este relato de monjes no es más cierto que el del analista inglés Widukind, que quiere hacernos creer que los anglo-sajones fueron llamados por los celtas de la

Gran Bretaña para establecer el orden: *Quidquid imponetis servitii libentes sustinebimus* (1).

Pero estas viejas crónicas no dejan de tener su verdad simbólica; muéstrannos á los celtas de un lado, á los eslavos de otro; pero aptos para gobernarse por sí, con una cierta flojedad nativa de la voluntad y falta de instintos dominadores. No ocurre lo mismo con las gentes del Norte. Los normandos, que han conquistado nuestra Normandía, luego Inglaterra, las dos Sicilias, una parte de Siria, colonizado las Feroe, Islandia, Groenlandia y descubierto América cinco siglos antes que Colón, son los verdaderos varegos, á los que Rusia debe su grandeza. La cota de malla y el casco apuntado encontrados por Samokvassof en la tumba negra de un príncipe varego, recuerdan la armadura de los guerreros normandos. En las antiguas miniaturas los príncipes rusos tienen el mismo aspecto, igual talla y vestimenta, las mismas armas que los jefes normandos representados en la famosa tapicería de la reina Matilde, en Bayeux. Eran altos como palmeras, decían los árabes. Según León el Diácono, combatían en masas compactas, cubiertos por enormes escudos, dando igual mugido que los viejos germanos y que los galos, desgarrándose ellos mismos las entrañas, como estos últimos, cuando desesperaban de la victoria, prefiriendo morir á rendirse. Guillermo el Conquistador, en el monumento de Falaise, y Rurik el varego en el de Novgorod, tienen igual aspecto y la misma vestidura, cota de malla y casco puntiagudo; y hay razón para ello.

El instinto de los viajes entre los normandos es conocido (2). De Escandinavia á Constantinopla, donde tenían

(1) M. Luis Léger cita el epigrama siguiente en que se ridiculiza el relato de Nestor: «Cuando nuestra Novgorod la grande envió embajadores al otro lado de los mares para pedir jefes, hizo decir á los príncipes extranjeros: «Nuestro país es rico y vasto, pero no sabemos mantener en él el orden. Y desde aquel tiempo la raza de Rurik gobernó, y los alemanes pululan y nunca hay orden».

(2) Costumbre hubo hace ya largos tiempos

ya parientes y amigos, mercenarios en la guardia de los emperadores, los normandos varegos encontraban el camino mucho más corto por los ríos de Rusia, y los «trasportes» en que llevaban sus ligeras barcas, que por el Atlántico y el Mediterráneo.

M. Léger hace notar que la palabra Kunt, de que se ha tenido gusto en hacer en otro tiempo el símbolo de la Rusia mogol y asiática, es de origen normando y se encuentra de nuevo en la inglesa Kuob. Los normandos eran dueños duros. Fueron también en Rusia, como en todas partes, grandes «acaparadores de tierras» (1).

Si los tártaros no han ejercido influjo en Rusia desde el punto de vista de la raza, lo han tenido considerable —aun cuando más de un escritor ruso lo desconozca (2)— en la educación y las costumbres. El imperio mogol, en el siglo XIII, comprendía una parte de China; los mogoles tomaron de los chinos los procedimientos de opresión administrativa, de violencia razonada, sistemática y científica, que ellos aplicaban en la recaudación de impuestos, y los introdujeron en Rusia; á la barbarie espontánea sucedió una barbarie organizada. Los primeros zares autócratas quisieron en vano dejar de invocar el ejemplo y la tradición de los Kanes mogoles, apoyándose en la Biblia y las tradiciones del imperio romano; su administración era asiática, y puede decirse, con M. Luis Léger, que Ivan el Terrible no hubiera podido existir, si antes de él no hubiera existido Gensis-Kan. A pesar de tantos progresos, era difícil que el nivel general de la dignidad hu-

---

En Dinamarca, entre paganos,
Cuando un individuo tenía varios hijos
Y los había alimentado hasta hacerse mayores,
Retener á su lado á uno de los hijos, á la suerte,
que es su heredero después de su muerte.
Y aquel contra quien la suerte se volvía,
A otra tierra se marchaba.

(1) De Lapouge, *Les Sélections sociales*.
(2) Por ejemplo, Tratchevski, en su *Histoire de Russie*, 1885.

mana, bajo el peso del funcionarismo y del despotismo, no quedase varios grados inferior al de Occidente. El «yugo tártaro» debía producir á la vez el servilismo y la dureza, la astucia felina y la tenacidad secreta, el engaño y la violencia, la paciencia sorda y las explosiones, largo tiempo contenidas.

Se ve que se ha exagerado mucho el gran número de razas que hoy estarían mezcladas en Rusia. Ha habido, sin duda, en este país, tribus de nombres muy diversos, pero en realidad, no hay otra comarca más homogénea desde el punto de vista antropológico. Fineses y eslavos modernos, lo hemos visto ya, son igualmente braquicéfalos y uralo-altoiceos; la inmensa mayoría del país es celto-eslava, y los tártaros son braquicéfalos que han permanecido más asiáticos (1). Por lo demás, sólo han dejado escasas huellas en la población rusa. El único elemento verdaderamente discordante, es, por tanto, el elemento dolicocéfalo rubio, escandinavo ó germánico. Pero si todavía abunda en la Gran Rusia, está en muy pequeña minoría en la Rusia meridional. Considerando el conjunto, entra poco en la vasta masa eslava, que aumenta sin cesar. De todos los países de Europa, Rusia es aquel en que la raza rubia ha sido más completamente sumergida. Hay, en suma, una masa muy compacta de cráneos anchos, masa tanto más semejante cuanto que las diferencias de clima y de medio son poco considerables en todo el imperio; por todas partes, ó poco menos, existen las mismas llanuras uniformes, igual clima seco, con los mismos extremos de frío y calor. Es, pues, totalmente ilusorio figurarse que en Rusia la aglomeración de razas se ha *fusionado mal.* Rusia es, por el contrario, con Inglaterra, y España, la menos heterogénea de las naciones europeas, porque estos numerosos pueblos son casi todos de

(1) Los tártaros y los turcos carecen de originalidad y de fecundidad intelectual. Compárese los turcos con los árabes dolicocéfalos y con los semitas: ¡qué contraste!

la misma raza, mientras que en Francia se han mezclado los elementos más *opuestos.*

Conforme á estos datos, ¿el mundo eslavo es europeo ó asiático? Todo depende del sentido que se dé á estas palabras, y aun este sentido debería sufrir modificaciones importantes si se concediera fe á las teorías hoy más aceptadas entre los antropólogos. El verdadero asiático, el *Homo asiaticus,* de Linneo, *luridus, melancholicus, rigidus, pilis nigricantibus, oculis fuscis, reverus, fastuosus, avarus,* es, en efecto, de tipo dolicocéfalo moreno. Es aproximado á los semitas y mediterráneos, de cabeza alargada. Las facultades intelectuales están en él desarrolladas y es muy capaz de tener inventiva. Se le atribuye la antigua civilización kuschita. En cuanto á los celto-eslavos braquicéfalos, no está demostrado que sean originarios de Asia, donde precisamente son menos numerosos que en Europa, *Anthropologici certant...* Sin embargo, si se conviene en entender por asiáticos á los morenos ó amarillos que llenan la Tartaria y China, cierto es que Rusia se asemeja á esta mezcla mucho más que á cualquier otro pueblo. China, según los etnógrafos, está compuesta, como la mayor parte de los países de población amarilla, de una raza de cráneo alargado, que constituye el *homo asiaticus,* de que hace poco hablábamos, y de otra de cráneo ancho, análoga al *homo alpinus* ó al celto-eslavo. Se ha querido que sea este último quien, al exparcirse por la China, conducido por genios conquistadores, haya «condensado» la primitiva civilización de los asiáticos dolicocéfalos, mezclados con siberianos rubios (1). El mundo eslavo, de composición análoga, á pesar de una diferencia de color secundaria, sería una especie de China europea, con esta diferencia capital, que nunca se recordaría demasiado, que contiene muchos más elementos germano-escandinavos, que *hasta el presente*

(1) *Ibid.*

han dirigido sus destinos, pero que quizás no lo harán siempre, si Rusia se democratiza.

III

CARÁCTER ACTUAL DE LOS RUSOS

Del carácter primitivo de la raza celto-eslava, dominante en Rusia, de las modificaciones acarreadas, ya por las otras razas, escandinava y tártara, ya por los acontecimientos de la historia ó por las condiciones religiosas, sociales, económicas, debía resultar el carácter actual de los rusos, que ahora tratamos de bosquejar.

Ciertos observadores han experimentado á la vista del mundo eslavo, lo que denominan sensación de lo imperfecto; el tipo mismo de los rostros les ha ofrecido muchas veces rasgos todavía blandos, ojos de matices borrosos, y que parecen vagar en el vacío (1). Quizás esta impresión tiene un lado «subjetivo», porque estas poblaciones, jóvenes con respecto á la civilización, son también muy viejas, y en el fondo muy fijas; lo que puede decirse, es que la falta de vida intelectual interna mantiene en los espíritus una especie de crepúsculo que ha de expresarse en algo indeciso y fugitivo en las mismas fisonomías. Pero las tendencias fundamentales no dejan por eso de estar menos determinadas.

El carácter psíquico de la masa eslava es análogo al de las poblaciones celtas, con algo de más bárbaro. El rasgo primero es la sensibilidad impresionable y la movilidad nerviosa. La *desigualdad* es la característica misma del eslavo. Parece, dice M. Novicow, que se haya modelado por su clima, que ofrece temperaturas extremas (con diferencias que llegan hasta 96 grados).

(1) M.-J. Legras, *Au pays russe.*

La inconstancia del eslavo le hace pasar de un extremo á otro. Su elasticidad le permite, por lo demás, saltar y no moverse del mismo sitio. Del mismo modo que la flema y genio taciturno del germano son desconocidos para los celtas de Irlanda ó de la Bretaña baja, lo son para los eslavos de Rusia y Polonia. El cielo del Norte no consigue compensar en ellos los efectos de la herencia, siendo una prueba de la insuficiencia del medio y el clima. El verdadero eslavo conserva un fondo de buen humor. Es muchas veces, aun en el Norte, petulante y exagerado, dado á los extremos, mucho más aún que nuestros «meridionales». El fondo del alma rusa se ha dicho, sin embargo, es melancólico. ¿No sería más verdad decir, que si los rusos tienen como los celto eslavos, alegría nativa, su triste clima y prolongados infortunios á través de los siglos han desarrollado también entre ellos la melancolía, lo mismo que se observa en los celtas de nuestra Bretaña ó en los de las Islas Británicas? Por lo demás, la melancolía se observa más bien en los rusos del Norte, mezclados con sangre germánica, que en los pequeños rusos del Mediodía.

Los instintos simpáticos están muy desarrollados entre los eslavos como entre los celtas; hospitalarios, la sociabilidad es una de sus cualidades, está en su sangre. Con el menor motivo prodigan los apelativos familiares y tiernos: padrecito mío, pichoncito mío. No se inclinan más al socialismo que al individualismo, aman la igualdad en la libertad ó en la servidumbre.

El sentimiento de la probidad es mediano. «La buena fe, dice M. Novicow, no es extraordinaria, y en las relaciones económicas es muchas veces necesario tomar bastantes precauciones legales para tratar los negocios.» El eslavo ignora el proverbio de que la honradez es la mejor de las políticas (1).

(1) Novicow, *ibid*, pág. 374.

Si la sensibilidad es más impresionable y expansiva en el eslavo que en el germano, la voluntad es menos enérgica, más impulsiva y menos dueña de sí. El esfuerzo será vigoroso, pero momentáneo, desigual. Un ruso pasará semanas sin hacer nada, luego trabajará treinta y seis horas consecutivas (1). Un trabajo igual y de larga duración le será antipático. Para él el presente lo es todo: «El porvenir no es más que un sueño, al cual no se piensa sacrificar la realidad.» En el gobierno de la vida material, esta despreocupación del mañana se ve á veces cruelmente castigada, pero en la vida moral produce muchas veces efectos que M. Julio Legras admira. Lo que denominamos fatalismo y resignación del pueblo ruso no parece ser otra cosa en el fondo que esta despreocupación del porvenir. ¿Para qué inquietarse?, piensa. Nada se cambiará el mal *presente*, y ¿qué importa el *mañana?* La palabra que sin cesar está en boca del eslavo, es *Avos*, ¡á la misericordia de Dios! La apatía natural de un pueblo al que un clima demasiado duro confina largos meses en su hogar y bajo pesados vestidos, fortalece más esta pereza y falta de previsión. El menor esfuerzo llega á ser difícil; «la resignación pasiva exige menos fuerza que la sublevación, sobre todo cuando esta resignación no obedece á una ley moral, cuya observación nos impone una violencia».

El mujik eslavo ignora el valor del tiempo; parece que para él no tenga sentido esta palabra. Pasa su vida, dícese, repitiendo: «enseguida», sin apresurarse nunca. Tiene afición desmedida al reposo. Acoge con júbilo los días de fiesta, tan numerosos en su país. M. Leroy-Beaulieu ha notado la poca afición de los eslavos á los ejercicios corporales y físicos. «En sus fiestas, dice, su principal placer parece ser el reposo y la inmovilidad, el lento balanceo del columpio, ó las danzas muelles y monótonas.»

---

(1) Novicow, *The international Mordhly*, 1901, núm. 4.

Esta indolencia de los eslavos, falta de energía de voluntad y apatía, pueden depender parcialmente, como han supuesto MM. A. Leroy-Beaulieu y Julio Legras, del frío excesivo que deprime; pero vemos en ello, sobre todo, por nuestra parte, un efecto de esa incuria celto-eslava, que no excluye una imaginación inquieta. Aún se ha atribuído al clima el valor pasivo del eslavo, su fuerza de inercia, su resistencia para los males. M. Leroy-Beaulieu nos describe un juego nacional, especie de lucha á puñetazos, que en vez de un asalto de fuerza y de destreza, es un asalto de paciencia; el vencedor es, no el que derriba á su adversario, sino que el que recibe más golpes sin pedir la terminación de la lucha. Pero volveréis á hallar la misma paciencia, igual facilidad para sufrir y morir en las poblaciones del Oriente, en climas totalmente diversos. No hay que ver todavía en esto, además del efecto del despotismo secular y de la educación que todo despotismo lleva consigo, uno de los caracteres de la raza celto-eslava, ó si se quiere, turania, más pasiva que activa, más resistente que emprendedora, más tenaz que voluntaria, más respetuosa ante la fuerza que imperiosa y fuerte. La indolencia y la despreocupación, con la tenacidad en caso necesario, son el fondo de este carácter demasiado pasivo, que sin esfuerzo permanece estacionario, sin experimentar deseo de cambio ni impaciencia por el progreso. Sin embargo, se ha hecho observar justamente que en ciertos casos, la despreocupación del porvenir puede llegar á ser un principio de actividad violenta: «Los que calculan, van quizás más lejos, pero avanzan más despacio que los imprevisores.» Cuando uno se lanza á la lucha de la vida sin acariciar la esperanza de obtener ventajas, y sin pensar en sus fuerzas, se da golpes más fuertes y precisos; así hacen los rusos. «Por esto, dice M. Leroy-Beaulieu, no se entregan á medias; por esto su bondad, su caridad, cuando aparecen, son tan profundas; por eso también en las bajas acciones, van más lejos.» Paciencia,

resignación ante la voluntad de Dios, tranquilidad interior, con estas cualidades se tiene grandeza de alma en casos de prueba, imperio sobre sí mismo en los momentos graves de la vida.

En la guerra, importa poco á los rusos ser derrotados al principio de las hostilidades. Su valor, formado de resignación y fatalismo, no se dejará abatir. No perderá la confianza en sus jefes, ni, sobre todo, su afecto hacia ellos, afecto que consolidará la desgracia, lejos de disiparlo. La historia lo demuestra. Muestra es también que raramente esta gran nación ha triunfado al primer intento, no permitiéndole su configuración geográfica estar dispuesta inmediatamente, tener sus fuerzas reunidas en el punto de ataque; por el contrario, le ofrece medio de recobrarse y «gastar» al invasor (1).

El entusiasmo ruso es el rasgo moral que más ha admirado á algunos viajeros, pero existe principalmente en la clase ilustrada. Según M. Julio Legras, todo lo que los rusos hacen, fuera de su estricto deber, lo hacen con entusiasmo, y así hacen mucho. Las ideas más fútiles, como las más nobles abnegaciones, provocan en ellos «irresistibles impulsos que nos admiran»; en cuanto salen de la práctica de la vida diaria, llegan en todo «hasta el extremo». Pero su entusiasmo tiene un carácter febril; de igual modo que nace bruscamente, cualquier cosa le abate. Tienen principalmente «fuerza impulsiva», poca perseverancia. Se cansan pronto, no «por debilidad», sino «por fastidio»; las cosas les producen una impulsión más viva, sin duda, que á la mayor parte de nosotros, pero en pleno impulso se sienten detenidos, apartados del fin y «presa de una nueva imagen». De aquí, en el dominio moral, las explosiones de sentimientos tiernos, las abnegaciones de todo su ser; luego, de pronto, «los olvidos, la indiferencia

(1) Véase acerca de este punto la *Revue scientifique*, Febrero de 1898.

desmedida é inmotivada». Desigualdad, repetimos, es el verdadero carácter eslavo.

Toda idea nueva, por insensata que pueda ser, encuentra sectarios en Rusia; pero, de igual modo que el entusiasmo no es siempre la pasión profunda, la manía por una idea no es el entusiasmo por ella. M. Leroy-Beaulieu, por su parte, apenas atribuye al eslavo más que la manía. «El fondo rara vez se altera, dice, y si llega á estarlo, se calma lo bastante pronto para no turbar el curso y planes de la vida.» M. Leroy-Beaulieu ve en esto, no sin razón, una semejanza con el americano. Este último es también una mezcla, mal fusionada en ocasiones, de raza rubia y raza morena, y su equilibrio se resiente de ello.

Para M. Julio Legras, el pueblo ruso es principalmente un pueblo joven. Porque están todavía muy próximos al estado de naturaleza, los rusos le seducen tanto cuando los observa en su país; por esto también con tanta frecuencia le desconciertan. Tienen los entusiasmos, las abnegaciones, la bondad ligera, la sencillez cordial de los veinte años, pero «tienen también la inconstancia, el desaliento fácil y la imprevisión de esta edad». Lo que puede engañar acerca del verdadero carácter de Rusia, añade M. Legras, es la vida oficial que en ella se observa, «forzada, hipócrita y corrompida». Pero hay que apartar este elemento, ir lejos de la capital, dondé se vea claramente, para percibir en vivo todos los rasgos de la joven Rusia. «Podemos sonreirnos en alguna ocasión ante su ingenuidad; podemos irritarnos cuando allí encontramos gentes indignas, pero, al menos, aquellos cuyo natural es recto nos rejuvenecen al contacto de su entusiasmo y nos hacen apreciar mejor la vida.»

Lo mismo que la sensibilidad del eslavo, su inteligencia es viva, pronta y sencilla. Su lógica se asemeja mucho á la del celta: va en línea recta, es radical y tiende á

lo absoluto. Lo relativo, con sus mil respectos y restricciones, no agrada á estos espíritus de aliento rápido y muchas veces irreflexivo. Con el pretexto de ver mejor, no ven á la vez más que un lado y olvidan lo demás, como si la naturaleza se hubiera cuidado de simplificar las cosas en provecho nuestro. Se ha dicho que el horizonte ilimitado de las estepas invitaba al espíritu á marchar de frente y sin limitaciones, aunque llegara al absurdo; pero el horizonte ilimitado del mar, ¿invita al griego, al italiano ó al español á lo ilimitado? También se ha dicho que el radicalismo eslavo procede de que la historia ó la tradición no gravitan lo bastante sobre este pueblo joven, y ésta es, sin duda, una explicación mejor, pero la verdadera razón nos parece estar siempre en el carácter mismo y el temperamento de la raza celto-eslava, que tiene horror á lo complejo y dificultoso y ama las soluciones geométricas y absolutas. El nihilismo ruso es el producto más hermoso de aquella tendencia que hacía decir al diablo por boca del Dante: «No sabía que eras tan buen lógico.»

Como el celta, el eslavo tiene una gran facilidad de asimilación y de imitación más que originalidad y genio creador. Su condescendencia y flexibilidad son increíbles; su maleabilidad, su «ductilidad», le permiten tomar todas las formas sin cambiar en el fondo. Cultiva cualquier ciencia ó arte; aprenderá todas las lenguas, las hablará sin que se note casi su acento; se adaptará á todos los usos y á todas las modas; tomará el aspecto y las maneras del país en que viva, y, cambiando siempre, permanecerá fundamentalmente el mismo.

La hospitalidad, inherente al carácter de las razas eslavas, ha llevado á una cierta estimación para el extranjero, á cierta imparcialidad y deseo de apropiarse lo mejor de la cultura ajena. De aquí provendría también la tolerancia relativa de los eslavos en materia religiosa. Esta tolerancia de creencia y de raza se revela en el modo

como los rusos se asimilan á los pueblos que les rodean y que tienen cultura inferior.

Turguenef, en *Rudine*, censura á sus compatriotas (no sin exageración), además de la falta de voluntad, de la de personalidad moral é iniciativa creadora: «Nada hemos dado al mundo, excepto el samovar, y aun no es seguro que lo hayamos inventado». Novicow es de la misma opinión. Se ha respondido que si la facultad de imitación y asimilación se había principalmente desarrollado entre los eslavos, es porque siendo hasta el presente la más útil para ellos, ha sido la más ejercitada. Dudamos sea suficiente esta razón: las naturalezas emprendedoras é inventivas se abren paso á pesar de todo; el mismo espíritu de imitación que existe en una masa de hombres sirve de base y punto de apoyo á los genios inventores.

Es difícil apreciar el contingente de grandes hombres proporcionado por los eslavos, y sería preciso para ello conocer con exactitud los antepasados y el tipo antropológico de cada uno de ellos. Los eslavos han querido hacer suyo al polaco Copérnico, al tcheque Juan Huss; los germanos, con razón, los reivindican. Catalina II era alemana; Pedro el Grande descendía del escandinavo Rurik por las hembras, y por los varones, de una familia de origen germánico, dícese que de los Romanoff, que vinieron á establecerse en Moscou en el siglo XIV. Tolstoï es de origen germánico. Aquellos de los hombres ilustres que fueron dolicocéfalos, rubios y de ojos azules, aun cuando hubieran nacido en el corazón de la tierra eslava, no pueden ser considerados como de raza braquicéfala celto-eslava. Por otra parte, claro está que ninguna ley fisiológica impide á los eslavos producir hombres de inteligencia superior, hasta de voluntad sobresaliente. Pero es el término medio de los grandes hombres lo que hay que considerar para compararlo con el que dan las demás razas. Todavía, en esta comparación, hay que tener en cuenta el grado de civilización y educación á que cada pueblo

ha llegado. Cuando una comarca se encuentra, como Rusia, fuera de la corriente general por su posición geográfica y por su historia, no puede juzgarse con certeza de su fecundidad para producir genios. Sólo no aventurando nada sobre el porvenir puede admitirse que se compruebe el pasado y el presente. En esta reserva, el testimonio no podría ser muy favorable á los eslavos, considerados en conjunto. Su masa es enorme, y el número de genios que de ella salieron es, en proporción, pequeñísimo. Aun aquellos pueblos eslavos que han estado en contacto con la civilización de Mediodía y Occidente, polacos, bohemios, búlgaros y otros, no han contribuído á sus progresos; todo se ha hecho sin ellos. Además, al extender sus masas de población por las comarcas en donde había florecido el genio de Grecia, los braquicéfalos de todas clases han acarreado una barbarie y producido una esterilidad que aún dura. Inútilmente reivindican los eslavos, en la antigüedad misma, al tracio Orfeo y al macedonio Alejandro; lo que sabemos de los grandes hombres de la Grecia ó Macedonia los refiere, en su mayor parte, á los dolicocéfalos rubios, notablemente Alejandro, ó á los dolicocéfalos morenos del Mediterráneo, y no parece que los eslavos hubieran tenido la menor intervención en el florecimiento helénico. La nobleza de Polonia, de Rusia y de otras comarcas eslavas se enlaza las más de las veces con los conquistadores venidos de Escandinavia y de Germania; por otra parte el pueblo, cuya masa es sola francamente celto-eslava, no ha tenido muchas ocasiones ó medios de manifestar su fecundidad en talentos; de aquí resulta que los eslavos, si no merecen desdén, no tienen pretexto ninguno para el desdén que afectan con tanto gusto con respecto á los occidentales. Si se creen llamados á altos destinos, es por una ambición de raza muy legítima para lo porvenir, pero que no reposa en ningún dato histórico en el pasado. Rusia había salido con trabajo de la barbarie y héchose una gran potencia

sin la ayuda de gentes de las más diversas nacionalidades. Para no remontarnos de nuevo á Rurik y su dinastía, recordemos á Gordon, Le Fort, Schein, Patkul, Münnich, Villebois, Greig, Elphinstone, Benningsen, Wittgenstein, Pozzo di Borgo, etc. Actualmente despliega tanta inteligencia para la asimilización y utilización que puede esperarse para más tarde un desenvolvimiento de la facultad creadora. Esperemos.

IV

VARIEDADES DEL CARÁCTER RUSO.—GRANDES RUSOS Y PEQUEÑOS RUSOS

En el carácter general de la nación rusa se dibujan interesantes variedades. Rusia del Norte ofrece con la del Sur el contraste que se ve en todas partes entre el Norte y el Mediodía. Los Pequeños Rusos, según M. A. Leroy-Beaulieu, son más finos de miembros y de esqueleto, más vivos y despiertos de espíritu, menos constantes á la vez y más indolentes, más pensadores y menos decididos; por consecuencia, más apáticos y menos emprendedores. Tienen un espíritu menos positivo, más accesible al sentimiento y á la imaginación, más soñador y poeta. Tienen instintos más democráticos y son más fáciles á las seducciones revolucionarias. En todos estos rasgos reconocemos precisamente al verdadero celto-eslavo. En la Gran Rusia, los cabellos rubios y los ojos claros predominan; es, por lo tanto, como hemos demostrado, que la proporción de sangre escandinava ó germánica es todavía considerable. Los Grandes Rusos actuales son resultado de la mezcla de dos poblaciones: los escandinavos germanos, mesaticéfalos, á veces aún dolicocéfalos, de estatura mayor que los demás (1,69 m.), con pelo á veces rubio; y de los verdaderos uralo-altaicos ó fineses, de ca-

ra ancha, braquicéfalos morenos (estatura 1,61 m.) con varios caracteres mongoloides (1). Poco numerosos, sin duda, eran los invasores normandos, que muy pronto se fusionaron con la población, abandonando su lengua y aun sus mismos nombres (lo cual hicieron en todas partes); tal es la razón por la que se ha querido deducir que el influjo étnico de los escandinavos había sido muy escaso, y se ha atribuído á los eslavos (gobernados, es verdad, por las gentes del Norte) todo cuanto han hecho los Grandes Rusos. Pero si los *Rus* eran poco numerosos, ¿no hemos visto que había antes de ellos, en la población de la Gran Rusia, muchos elementos de raza rubia? Los fineses mismos se habían mezclado rápidamente con sangre de esta clase; tanto que la Gran Rusia es, en realidad, semigermánica y semieslava. El tipo que se nos presenta, no sin razón, como tipo acabado del Gran Ruso, Pedro el Grande, con sus buenas cualidades y sus vicios, con su energía y su flexibilidad, audaz en sus miras y de espíritu positivo, es, tanto por el carácter como por la sangre, un verdadero mestizo de germano y de turanio. Ninguno de los colonos de la familia Romanof es un verdadero eslavo; lo cual no les impidió, como tampoco á Catalina, que era alemana, representar muy bien la Gran Rusia.

Por tanto, en la mezcla de razas y en el predominio de la raza rubia hay que buscar la explicación de muchos rasgos morales del Gran Ruso. M. Anatolio Leroy-Beaulieu atribuye de nuevo á la lucha con la naturaleza implacable y fría el espíritu eminentemente práctico y positivo que distinguió al Grande Ruso del Pequeño Ruso y de los eslavos occidentales ó meridionales. Lo mismo que Kalévaline, M. Leroy-Beaulieu explica por los trabajos

(1) V. S. Reinach, *L'origine des Aryens*, París, Léroux, 1892. N. J. Zograf, *Les peuples de la Russie*, trad. Tastevin (Moscou et París, lib. Nilsson). N. J. Zograf, *Types anthropologiques des Grands Russes des gouvernements du centre de la Russie*, Moscou, 1892.

seculares de colonización de la Gran Rusia la disposición para ver en todo el fin inmediato y el aspecto real de la vida, así «como el genio de los recursos», la «flexibilidad física y moral», el «tacto de los hombres y de las cosas» que caracterizan al Gran Ruso. ¿No podía también reconocerse en esto una fusión del espíritu normando y del eslavo? En América y en Inglaterra vemos desarrollarse, con mezclas de sangre germánica y de sangre celta, la misma «desconfianza en las ideas generales», igual «desdén» por las concepciones teóricas, por la metafísica y las especulaciones sobre la esencia de las cosas, la misma preferencia marcada hacia las ciencias físicas y naturales ó por las sociales, el desprecio al sentimentalismo, la desconfianza respecto á las tentaciones del entusiasmo. Si el Gran Ruso une á su radicalismo especulativo y lógico un sentido muy práctico y un realismo prudente es, á nuestro entender, porque tiene sangre normanda y escandinava (1). El prusiano es, enteramente como el Gran Ruso, una mezcla de sangre germánica, eslava y finesa, aunque en proporciones muy distintas y con mucha mayor cantidad de elementos germánicos. Ahora bien, hay una cierta analogía entre el espíritu del Gran Ruso y el dominador y práctico del prusiano, con su rudeza, su relativa sequedad, su fuerza algo áspera y su solidez; pero el Gran Ruso ha conservado además la señal de la dominación tártara. No por esto deja de ser una falta de verdad llamar á los Grandes Rusos moscovitas y asiáticos; aun cuando se hayan apropiado una buena parte de los procedimientos políticos y administrativos de los tártaros, son precisamente los más europeos de los rusos por su sangre; si también son, como concedemos, los más asiáticos, es sólo

(1) «¿Cómo la guerra no desaparecerá?»—me decía un Gran Ruso muy distinguido; luego, en el momento en que yo esperaba razones de filantropía: «Ya no hay pillaje—dijo—, no hay, pues, razón alguna para hacer la guerra» Este sentido práctico y atávico de las cosas me hizo reflexionar bastante.

por la educación administrativa y política. Esta antinomia constituye su extraña originalidad. Porque los Grandes Rusos han tenido el espíritu político, los instintos colonizadores y conquistadores estaban destinados á formar el núcleo distintivo del mundo ruso.

En el siglo XIII, los mongoles, al precipitarse en masa sobre el Occidente, habían invadido Rusia y llegado casi al centro de Europa. Algunos siglos más tarde, por una de las más brillantes revanchas de que habla la historia, los rusos ocupaban las regiones de donde sus vencedores habían tomado impulso, y Europa conquistaba por ellos casi toda la mitad septentrional del Asia. Con razón se ha dicho, por lo tanto, que el zar, con su territorio asiático más vasto que Europa, es el continuador de los reyes mongoles, cuyo puesto ocupa. La penetración de Rusia en Asia es tal, que amenaza la India al propio tiempo que la China. Pero si el zar continúa á los reyes mongoles, aún continúa más á los varegos de Rurik.

V

EL CARÁCTER RUSO Y LA RELIGION

En su *Bosquejo sumario de la mitología eslava* (1), M. Luis Léger opone los eslavos rusos á los del Báltico, que ya tenían un principio de organización religiosa. Pensamos que la diferencia, en esto también, se debe principalmente al elemento escandinavo y germano que abundaba á las orillas del Báltico. Entre los eslavos propiamente dichos la religión permanece en estado primitivo: culto vago de los fenómenos celestes, fuerzas malas ó bienhechoras de la naturaleza «sin idea alguna de moralidad». Si se cree en los *dobles* de la otra vida, no parece que se piense en penas ó en recompensas. La falta de tem-

(1) París, Leroux, 1882.

plos y de casta sacerdotal indica también el carácter rudimentario, inorgánico y anárquico de esta religión. Todo permanece flotante, sin unidad y sin centralización alguna. Esta especie de anarquía religiosa corre parejas con la política

La organización religiosa viene de Bizancio, como la política de la Escandinavia y la administrativa, en gran parte, de los mongoles. Constantinopla estaba en relaciones constantes con la Rusia de Kiev y había ya convertido á los eslavos de Serbia y de Bulgaria. Un culto predicado en lengua eslavona era el que convenía á los rusos: la religión griega fué adoptada. Las consecuencias de este acontecimiento son bien conocidas; de un lado, el espíritu bizantino implantado en Rusia; de otro, la civilización romana y occidental privada á los rusos durante siglos, el rito sustituyendo á todo, la ortodoxia celosa ahogando el desarrollo del pensamiento, la humillación del poder religioso ante el temporal, después su unión en una misma y única cabeza; de donde el triunfo y la glorificación de la autocracia, privada del contrapeso del papado. Rusia y Polonia, de la misma raza, tenían, sin embargo religión y civilización opuestas: una había recibido de Bizancio su religión, predicada por misioneros griegos en viejo eslavón; la otra había conocido el catolicismo romano, predicado por misioneros venidos de Roma ó Germania, en la lengua del «papa-rey» y del «sacerdote-rey», lengua que quedó en la Iglesia; de donde una doble corriente de civilización, allí bizantina é infecunda, aquí greco-romana y de fecundidad infinita. Porque la Grecia misma, la verdadera Grecia, no ha sido conocida del Occidente sino por mediación de Roma, y ha permanecido desconocida para los que habían recibido precisamente la ortodoxia llamada «griega». La lucha entre Rusia y Polonia es la de dos civilizaciones contrarias en pueblos del mismo origen; tan es verdad, que los influjos morales y sociales son superiores á los étnicos.

El dogmatismo ruso ha conservado la misma inmovilidad del bizantino. Cuando, á principios del siglo XVII, los teólogos rusos formularon sus nueve puntos de disidencia en la fe de los griegos, sólo encontraron diferencias de forma y de rito, que no dejan de tener hoy todavía su importancia: hacer la señal de la cruz con dos dedos en vez de tres; concluir las procesiones alrededor de las iglesias en la dirección del sol, y no como los griegos en el opuesto; colocar siete panes sobre el altar en vez de uno; conservar toda la barba en vez de afeitarse, porque el hombre ha sido creado á imagen de Dios padre, etcétera. Además, y en tanto que entre los occidentales las sectas religiosas modernas han nacido de la especulación y la crítica, que buscaba el espíritu bajo la letra, en Rusia han nacido del apego á las formas, de la aversión á las novedades, de una tiranía creciente de la letra sobre el espíritu. En la Iglesia ortodoxa, la cátedra sagrada permanece casi siempre muda; la música reemplaza á la voz del predicador. Es quizás una de las razones que han hecho perderse el sentido profundamente moral de los dogmas, en provecho de un formalismo literal y ciego.

Muchas veces se ha pretendido que Rusia era mística; todo depende del sentido que se dé á esta palabra. Misticismo, en primer lugar, no es superstición, ni aun fanatismo, ni siquiera religión. No se señala la religión rusa por su inferioridad; no podría comparársela al protestantismo, que favorece el pensamiento místico dejando la conciencia sola delante de Dios. El alma rusa, se ha dicho, es la campana del templo que toca siempre acentos divinos aun cuando se la afecte á usos profanos. Lo dudamos mucho. Lo verdadero es que el total de la nación rusa tiene una fe ardiente, y que en un buen número esta fe llega á la exaltación. Sea analogía de raza ó semejanza en el grado de evolución, la fe eslava no deja de tener analogía con la vieja fe céltica y bretona; pero en el ruso se añade un fondo de realismo que no existía en

el antiguo bretón. Por lo demás, á todos los viajeros admira el fervor del pueblo entero. Sin que sea necesario asistir á una ceremonia de este culto solemne y triste, no puede verse sin admiración las calles enteramente sembradas de imágenes, ante las que arden cirios y se arrodillan hombres de todas categorías. No son, se ha dicho, «accesos de elevación excepcional é intermitente, como en Lourdes»; es «una continua exaltación pacífica». Ciertos monasterios inmensos están llenos de monjes; si queréis ver su biblioteca, no existe, «lo tienen prohibido». No leen nada, nada hacen; rezan. Moscou, la ciudad santa, Meca construída con Londres por modelo y que vive como Londres, parece á Ferrero un inmenso oratorio, donde un millón de hombres reza de la mañana á la noche, en los templos, en las casas, en las tabernas, en las calles y plazas; aun cuando lleven una vida semejante á la nuestra, la interrumpen á cada instante por una ceremonia religiosa, una oración rápidamente murmurada, una señal de la cruz, una reverencia, genuflexión ante cada iglesia ó cada imagen, sin distinción de sexo, edad ó condición social; es una escena colosal de culto, una función religiosa que jamás se interrumpe, ni de día ni de noche, y que ocupa á la ciudad entera. La Virgen iberica, situada detrás del Kremlin, es objeto de una veneración nunca oída; y como la visita de esta Virgen á una casa lleva la felicidad, se la trasporta cada noche á varias, costando lo menos la visita 25 rublos. El pueblo, no pudiendo pagarse este lujo religioso, se contenta con venir á asistir, en masas compactas y arrodilladas, á la salida nocturna de la Virgen.

El autor italiano, acordándose de Nápoles, donde se observa una superstición semejante, halla, sin embargo, una diferencia capital entre Italia y Rusia. ¿Qué pide el napolitano á Dios? Que le guarde de enfermedades, ó se las cure; que aleje la muerte, que le dé pan, comodidades, riqueza, el amor de la persona querida, la ganancia

de un proceso, un buen número en la lotería, á veces también el medio de conseguir una buena venganza, á cambio de un hermoso cirio. Muy al contrario, Ferrero no ve en modo alguno que la devoción rusa tenga por origen el temor pusilánime á la muerte. Uno de los rasgos más originales de muchos rusos, es el considerar la muerte hasta con tranquilidad. La *indifferentia mortis* es, por otra parte, una de las virtudes bárbaras. En el ruso está ayudada por una fe profunda en la otra vida; se prepara para el gran viaje como para un viaje ordinario, con espíritu tranquilo, dado que se tenga bien y debidamente librado por la autoridad competente «el pasaporte para el Paraíso» (1). He estudiado, decía un médico ruso, en los hospitales de Viena, Berlín y París; he visto morir á millares de hombres, y he encontrado siempre en el campesino ruso una actitud original de frialdad é indiferencia; aun en las clases altas, el estoicismo es análogo. Una señora de Moscou da tranquilamente órdenes á sus criados, y anunciando que morirá dentro de tres horas, no olvida ninguna recomendación práctica; luego se vuelve hacia la pared, cierra los ojos y espera el momento de la partida para una vida que parece tan cierta como la edad madura después de la juventud y la vejez después de la edad madura (2).

El revés de la medalla es la superstición y el exceso de credulidad. El pueblo ruso cree todavía que el aire está lleno de seres invisibles, malignos más bien que beneficiosos, que ocasionan las enfermedades contagiosas ya al hombre, ya á los animales. Son microbios fantásticos, dotados de intenciones conscientes con respecto á nosotros.

A pesar del aparato de religiosidad exterior y de creencia ingenua, las opiniones continúan divididas en la cuestión de saber si Rusia es verdaderamente religio-

(1) Ferrero, *L'Europe Giovane*.
(2) *Ibid*, pág. 268.

sa. Que da exteriormente todas las muestras de religiosidad, acabamos de verlo; pero, ¿qué son las acciones externas sin la fe moral? Si los rusos del pueblo tienen fe, es seguramente la del carbonero, porque están en la más profunda ignorancia. Según Novicow, el cristianismo no ha tenido todavía tiempo de penetrar en la conciencia del pueblo ruso, al cual sólo ha sido predicado desde el siglo x. De cada millar de rusos, 800 ó 900 próximamente, incluso las mujeres, no sabían recitar, ni mecánicamente siquiera, el *Credo* de Nicea; de los 100 que podrían decirlo, quizás se encontraran 10 que pudieran comprender el sentido literal, y uno que vislumbrara la doctrina. Esto en cuanto al dogma. En cuanto al sentimiento religioso, que es bastante más importante, cierto es que abunda en un pueblo desgraciado y muchas veces melancólico, entregado á la arbitrariedad de los funcionarios y á la miseria de los medios de vida; la protección divina, y sobre todo la de los santos, llegan á ser entonces un último motivo de esperanza: «se dirige uno á Dios, á Jesucristo, á la Virgen y á los santos». De aquí la exuberancia de devoción exterior, peregrinaciones, culto á imágenes milagrosas, oleadas del pueblo en las iglesias. El efecto de todas estas ceremonias, según Novicow, es una especie de influjo hipnótico. El pueblo ruso escucha la misa sin siquiera saber (en opinión de dicho autor) que la misa es «una conmemoración simbólica del sacrificio realizado por el hijo de Dios para salvar á la humanidad». Por lo demás, la misa es sistemáticamente ritual é ininteligible; aún más, gracias á su completa ininteligibilidad, obra sobre la «máquina» de que habla Pascal. En cuanto á la predicación religiosa ó moral, es casi nula. Sobre el dogma, nada hay que decir; ni una *jota* ha sido variada, ni puede serlo, desde la famosa *jota* que provocó el cisma; no hay necesidad de comprender los misterios; cuanto menos se les comprende, más asegurada está su acción misteriosa. Queda la moral. Pero el sacerdote no puede

pronunciar un sermón sino después de haberlo escrito y «sometido á la aprobación del obispo». Este último no le autoriza sino cuando es insignificante, y con la condición de leerlo sin variar una palabra. Nada de improvisación ni de efusión del corazón. El espíritu ha sido muerto por la letra.

También los mismos rusos observan que no han tenido, desde que son cristianos, un solo gran teólogo, un doctor de la fe, un solo santo notable, un gran misionero ó un gran predicador. Oponen tal estado de cosas á la Universidad de París en la Edad Media, ó al movimiento de la Reforma en Alemania.

La observancia de los ritos prueba tanto menos la verdadera fe interna, cuanto que está impuesta por la ley. No hay más matrimonio legal que el religioso. El niño no bautizado carece de condición legal; no tiene filiación segura, ni herencia, ni derechos civiles y políticos. Todo esto inspira el respeto exterior á los Sacramentos, y por contagio, un cierto respeto interior, un *obsequium non rationabile*. «El más librepensador, dice Novicow, hace bautizar á sus hijos, porque sin ésto no serían considerados como legítimos.»

El clero ruso no está pagado por el Estado; ¡sería preciso demasiado dinero para 30.000 sacerdotes! A 2.500 francos anuales, haría el tercio del presupuesto ordinario. Se vence la dificultad dándoles un pedazo de tierra, que muchas veces cultivan ellos mismos, y el «tráfico de los Sacramentos», que llevan al extremo para poder alimentarse ellos, sus mujeres é hijos. Es necesario casarse, y el campesino no tiene con qué pagar al sacerdote. Empieza la lucha con él. El mismo sacerdote es de la más crasa ignorancia, sin superioridad intelectual ni aun moral. No va jamás á casa de sus fieles para darles consejos ó llevarles palabras de consuelo. El fiel siente la necesidad de ir á la iglesia, para allí rezar solo ó llorar frente á Dios, y la encuentra cerrada: no se entra más que á la hora de

los Oficios públicos. Resultado, que el sacerdote no tiene el menor influjo ni aun sobre la mujer, que la indiferencia del campesino es profunda, y su hostilidad al sacerdote constante.

Sin embargo, las necesidades religiosas se manifiestan á veces en Rusia por la múltiple aparición de sectas. La conducta de un sacerdote llega á ser fuente de escándalo; alguno de ellos empieza á predicar interpretando á su modo las Escrituras, y así han nacido innumerables sectas en Rusia. Los «Dukhoborg» se han marchado recientemente á América para librarse del servicio militar, que creen contrario á la Biblia. Los Skoptki han adoptado, como muchas otras sectas, prácticas monstruosas; después de haber interpretado á su manera el *patos* sagrado de San Mateo, capítulo 19: «Os digo que el que repudia á su mujer, *salvo en caso de infidelidad*, y se casa con otra, comete adulterio...» Los discípulos le dijeron entonces:—Si tal es la condición del hombre con respecto á la mujer, no es ventajoso casarse.» Jesús les respondió: «Todos no comprenden esta palabra, sino sólo aquellos á quienes ha sido dado el comprenderla. Porque hay eunucos ya en el vientre de su madre: los hay que han llegado á serlo por culpa de los hombres, y quienes han adquirido por sí mismos tal condición con el fin de ganar el reino de los cielos. Que el que pueda entender, entienda.» Los Skoptki lo han comprendido á la letra. Es uno de los innumerables contrasentidos que han valido á la humanidad las metáforas orientales del Antiguo y del Nuevo Testamento. El día en que un aldeano ruso se pone á interpretar la Biblia, fácil es adivinar hasta qué punto puede llegar en lo absurdo; en esto rivaliza con los doctores de la teología católica, que condenan, por ejemplo, el divorcio (admitido por el mismo Jesús en caso de infidelidad), y aceptan la anulación del matrimonio por una multitud innúmera de causas, mediante fuertes sumas para el dinero de San Pedro.

Además del fanatismo enteramente oriental de las sectas, en que se renuncia voluntariamente al sexo, mutilándose, se ve en otras de ellas ofrecerse el hombre, con su familia, en holocausto á Dios. El jefe de la familia reúne á todos los suyos en una cabaña, la prende fuego y se deja consumir en honor de Dios. Las penitencias de los anacoretas rusos recuerdan las de los monjes budhistas; en los viejos monasterios se enseña los pozos en donde un monje vivió encerrado durante diez y veinte años, pudiendo apenas moverse. Añádase todas las aberraciones orientales, desde las más locas á las más terribles: los *Fedosseevetzys*, que viven en absoluto concubinato; los *matadores de niños*, que tienen por deber sagrado enviar al cielo á uno de sus hijos antes de que se haya manchado con los pecados terrenales; los *ahogadores* y *matadores*, que creen hacer un servicio á sus parientes y amigos ahogándolos cuando están enfermos; los *contadores*, que alteran los días de fiestas de precepto según un libro caído del cielo en 1866; los *suspiradores*, que desde 1871, y encontrando demasiado material la oración, se contentan con suspirar al pie de los altares, etc. (1).

Los nihilistas son fanáticos de una nueva escuela, que se sacrifican á lo que creen la obra magna. Se ha notado con razón que en Francia y en otras partes, cuando una mujer interviene en un negocio político, siempre entra en juego el amor, mientras que está lejos de suceder así entre los rusos. Turguenief cuenta en sus *Tierras vírgenes* diversas historias de matrimonios políticos realizados entre jóvenes de ambos sexos: unidos legalmente, los esposos se separan después de la ceremonia y permanecen simplemente correligionarios, dispuestos á inmolarse por la misma obra. Esta exaltación de las muchachas rusas se encuentra también tanto en los creyentes como en los descreídos; su móvil es el sacrificio, por lo que juzgan

(1) Véase el estudio de M. J. Lejean en *Russie*.

ser el bien de la humanidad. Los escritores rusos pretenden que hay en el eslavo una tendencia á inmolarse, una necesidad nativa de sacrificio. No es preciso generalizar tanto.

Al fanatismo y la superstición se añade un fatalismo ingenuo que también recuerda el Oriente. Según M. Leroy-Beaulieu, las Compañías de seguros, más beneficiosas en Rusia que en parte alguna, encontraron un obstáculo inesperado en el fatalismo del aldeano, que tenía escrúpulo en tomar precauciones contra un mal enviado del cielo y «comprar con dinero la inmunidad contra la Providencia». Si una invasión de la langosta amenaza sus cosechas, el campesino se contenta con decir: Dejemos pasar la cólera de Dios. Rehusa muchas veces los socorros del médico, porque hacerlo así sería obrar contra los decretos de Dios, si Dios quiere que uno se muera.

En suma, en el respecto religioso como en los demás, Rusia nos presenta la desigualdad que la caracteriza y el contraste violento de una masa indiferente en el fondo con otra dispuesta siempre á creer lo que se quiera. La ignorancia siempre es, ó inerte en estado de reposo, ó fanática cuando se la saca de la inercia. Rusia, á pesar de sus indiferentes, que son innumerables, es actualmente, se ha dicho, el único país que podría levantarse entero por una creencia religiosa, y sobre todo, supersticiosa: constituye, por esto mismo, un poder enorme frente á nuestros pueblos, divididos y cada vez más escépticos.

VI

EL ESPÍRITU ESLAVO Y LA LITERATURA

Las literaturas primitivas se parecen todas: hay canto polinesio que vale tanto como otros celtas ó germanos. Sin embargo, ciertas razas tienen, ó más imaginación, ó

una imaginación de otro género; tienen también preferencias por uno ú otro orden de sensaciones y de sentimientos. El desbordamiento de la invención fantástica y de hechizos, más que la guerrera y heroica, caracteriza á las razas celtas, á las eslavas y, todavía más, á las hugrofinesas. El Kalévala es una torre de encantamientos. El sortilegio existe sin duda en todas las poesías primitivas, pero en ninguna parte desempeña un papel tan prodigioso como en los cantos fineses. El mago, héroe intermedio entre el hombre y la divinidad, gracias á su conocimiento de las *runas* ó palabras mágicas, realiza todos los prodigios. Waïnämoïnen canta, y las montañas de cobre se mueven; canta y un pino sale de la tierra, un pino de copa florida, de ramas de oro, que sube por encima de las nubes; canta y la luna viene á posarse en la copa del pino, y Otawa siembra sus estrellas en las ramas. Con sus sortilegios, cambia la espada del joven Joukahainen en rayo; su arco, adornado de mil colores, en arco iris; sus flechas aladas, en ramas de pino flotante; su perro de hocico retorcido, en mojón de los campos; su gorro, en nublado espeso; su manto azul de lana, en niebla; su fino cinturón, en raudal de estrellas (1). Son todas las cambiantes visiones del ensueño, en que se complace el bardo finés como el irlandés. Un viejo héroe se hiere con el hacha; su sangre corre «con el ruido de una catarata», y las *runas* que pronuncia no bastan á detenerla, porque, aunque sea muy sabio, no conoce «las tres palabras originales». Se ha notado también el psiquismo «delirante» de estos poemas, que ven en todas partes la vida y el sentimiento, que mezclan la naturaleza toda con el hombre. Que una madre llora la muerte de su hija, y á su alrededor todo le habla; tres ríos aparecen, y de cada uno tres cataratas, y en medio tres islas, y á la orilla de cada una tres montañas de oro, y en la cima de cada montaña tres

(1) Léozou le Duc, *le Kalévala*, 85.

abedules, y en la copa de cada uno tres cuclillos; y los cuclillos se ponen á cantar, hablando á la madre; y el primero dice: «¡amor, amor!»; y el segundo: «¡casada, casada!»; y el tercero: «¡alegría, alegría!» Y la madre llorar al oir al cuclillo de la primavera cantar.

¿Es el Kalévala puramente finés? Las *runas*, que en él desempeñan tanto papel, están reivindicadas por los escandinavos y por los germanos, lo mismo que por los fineses. Por lo demás, las palabras mágicas, sea cualquiera el nombre que se las dé, tienen enorme intervención en los cantos célticos, como en todos los cuentos de encantadores.

La poesía eslava no es tan exuberante y delirante como la finesa, pero tiene, sin embargo, también rasgos que recuerdan la de los celtas. La parte más original consiste en las canciones históricas ó épicas, las *bylinas*, cantadas por bardos de aldea, muchas veces por mujeres, y trasmitidas oralmente de viejos á jóvenes. Los héroes de estas canciones son ante todo exploradores y labradores, como Miconla é Ilia. La fantasmagoría del animismo universal, se mezcla con historias de guerra y de amor. Sadko es un aventurero marino, mitad mercader, mitad pirata, que viaja con una flota; se sacrifica para calmar una tempestad y desciende al palacio del Rey del mar. La canción de Igor es una especie de canción de Roldán, bastante inferior. En las *bylinas*, que se refieren á Ivan el Terrible, el carácter «impulsivo» del zar es elevado á la altura de un prototipo nacional. Pedro el Grande echa á pique una flota sueca sin más que tocar su cuerno de oro; tan viva es todavía en el pueblo la creencia en lo maravilloso. Las historias y canciones de mujeres tienen gracia, delicadeza, nobleza (1). En suma, la imaginación eslava parece con frecuencia vaga y confusa, mal regula-

(1) Véase A. Rambaud, *La Russie épique;* Luis Léger, *Études slaves;* Ralston, *Songs of the Russian people;* Letourneau, *L'évolution littéraire chez les diverses races.*

da, dada á la superstición y á lo fantástico, mezcla de dulzura y de barbarie, más soñadora y flotante que activa y reflexiva, primitiva todavía en sus aspiraciones y concepciones. El influjo de las literaturas occidentales, al ejercerse en esta atmósfera semibárbara, ha producido la literatura rusa contemporánea, que debe su originalidad á la mezcla misma de lo primitivo y lo moderno. Es, por lo demás, difícil al apreciarla hacerse cargo de la parte que las razas han tomado. Otra de las clases superiores de Rusia, que están tan mezcladas con sangre escandinava y germana, fecundada por el ejemplo y el influjo de Occidente, no puede considerársela como puramente eslava; sólo puede decirse que toda esta mezcla es muy rusa.

Los eslavos en general, y los rusos en particular, se distinguen por la inclinación al análisis interior, sobre todo al moral. El ruso se interesa menos por las condiciones externas de la vida; prescinde de las comodidades indispensables al inglés, de los refinamientos estéticos de que el francés se rodea. Se contenta con un género de vida sencillo; no busca demasiado grandes comodidades; prefiere á todo, según el profesor Sickorski, «un alma ardiente y un corazón abierto». En las exposiciones de arte os admira la pobreza de colorido de los pintores rusos, y al propio tiempo, por su frecuencia, la profundidad de los asuntos psicológicos. Lo mismo se observa en los grandes escritores, Lermontow, Turguenief, Dostoïewsky, Tolstoy.

Rusia no ha tenido un gran filósofo, ni un gran historiador: ha puesto «toda su filosofía y su historia en la novela». Era, por lo demás, el único género que permite la exposición indirecta de las más atrevidas tesis. La novela rusa, á la que se reprocha generalmente la falta de conjunto, la superabundancia de divagaciones á derecha é izquierda, la profusión de pormenores inútiles, hace visible la mezcla del espíritu germánico y del eslavo, así como

el influjo de los modelos de Occidente, Dickens y Balzac. Se ha descrito más de una vez el realismo de estas obras, en que la simpatía y la conmiseración se mezclan con la representación exacta y minuciosa de la vida, en que se siente siempre un pensamiento y un corazón que hacen desbordar lo que los ojos ven y la imaginación representa, en que la sinceridad y la ingenuidad de una literatura joven se mezclan con la clarividencia y el refinamiento de civilizaciones que envejecen. El sabor propio de estas obras nuestras, procede en gran parte de que todavía están próximas al ciclo épico y los cantos primitivos de Rusia, no siendo nunca extrañas á ninguna de las ideas modernas y aun á las más aventuradas utopias sobre el porvenir.

En la música, el ciclo de las melodías populares, con sus ritmos originales y sus tonalidades extrañas, ha servido de mina inagotable á los compositores más versados en la armonía moderna. De aquí esta mezcla de vago y característico, de delicadeza exquisita y de violencia, de ensueño y fuerza dramática, de neurosismo y de ciencia, que caracteriza la gran escuela rusa, desde Glinka á Rubinstein, Tchaïkvsky y César Cui (éste último hijo de un francés y de una lituana).

VII

ESTADO SOCIAL DE LA RUSIA ACTUAL

Parece, á primera vista, que, bajo una autocracia poderosa, el inmenso imperio debe ofrecer en todas partes uniformidad y monotonía; pero si se reflexiona en su misma inmensidad, en la imposibilidad de abrazarlo todo con lazos despóticos, en la esfera necesariamente limitada en que se ejerce la voluntad venida de arriba, se comprenderá que una vez asegurados el respeto á la religión y el

respeto al zar, la libertad puede penetrar en todo lo demás, y llevar á todo la vida, la variedad, el progreso. Bajo la superficie monotona é inmovilizada se agita un mundo activo y variable.

El aumento rápido de la población en Rusia y las trasformacicnes económicas que necesariamente trae consigo, acabará por introducir cambios mucho más profundos. Las palabras de M. Rambaud han hecho fortuna: «Cuando nace en Francia un batallón, y en Alemania un regimiento, nace en Rusia un cuerpo de ejército.» Las últimas estadísticas han confirmado esto, y no parece, que de aquí á mucho tiempo, se prepare un cambio. Estamos muy lejos del momento en que el sabio astrónomo francés, Chappe, aventuraba sus pronósticos acerca del porvenir de Rusia. Llegaba con la cabeza llena de los relatos alemanes sobre la inmensidad de las llanuras que iba á recorrer, sobre los pueblos innumerables que allí se formaban y sobre el peligro que, por ellos, correría un día la libertad de Europa. Después de haber visto Rusia y una parte de la Siberia, Chappe declaró que estos peligros eran imaginarios. No solamente, si se le cree, Rusia era demasiado pobre para alimentar un gran pueblo, sino aun este gran pueblo jamás podría aparecer: agotadas por la miseria y las enfermedades contagiosas, las razas eran incapaces de multiplicarse; ¡era todavía dudoso que pudieran subsistir algunas al final del siglo XIX! El crecimiento prodigioso de la población rusa, simplemente por el exceso de nacimientos sobre las defunciones, no comenzó hasta después de 1815. Sin que las fronteras hayan casi variado, había, en 1851, 67 millones; en 1858, 74; en 1885, 108 millones de rusos. Suponiendo que se trate sólo de una progresión aritmética, siempre igual á sí misma, hubiera sido preciso no esperar en 1897, sino un total de 120 millones. Ahora bien, el censo del 18 de Enero ha demostrado la existencia de 129 millones de rusos, que son ahora más de 130. «El pueblo ruso ha más

que sextuplicado, se ha dicho, desde el tiempo en que Chappe profetizaba su fin próximo» (1). ¿Continuará esta progresión? Si ya se encuentra, en San Petersburgo y Moscou, burgueses que sólo tienen uno ó dos hijos, la burguesía rusa, nacida recientemente, es sólo una gota en el Océano. Rusia tiene algo más de 100 millones de aldeanos que no tienen el carácter ni la prudencia de sus colegas franceses. El mujik, á más de que no piensa en el día de mañana, sabe que siempre ha de encontrar en otra parte campos nuevos. Si el siglo XIX ha presenciado la colonización de la Rusia meridional, el XX verá la del Asia central y la Siberia. Se ha calculado que la zona de 100 kilómetros de ancho que sigue por toda la longitud del Transiberiano, tiene la superficie de la Europa central, y puede alimentar al menos á 100 millones de almas; con igual precisión puede calcularse cuándo éstos existirán. Será cosa de sesenta años. En 1910, en efecto, el pueblo ruso habrá alcanzado sus ciento cincuenta millones; entre 1930 y 1940, los doscientos. Según todas las probabilidades á fines del siglo XX, habrá 300 millones de rusos.

La diferencia de densidad entre la población de la Europa occidental y la de Rusia, va disminuyendo. El último censo, es verdad, no da todavía para la Rusia europea más que 20 habitantes por kilómetro cuadrado; mientras que Francia tiene 71; Alemania, 91; Inglaterra, 122; Bélgica, 200; pero para establecer estos promedios se ha debido tener en cuenta inmensas regiones desiertas del Norte y del Sur. En las habitables, se obtienen cifras muy superiores: 35 á 40 en la antigua Moscovia, 75 á 80 en la mayor parte del valle del Dnieper. A medida que progresa la población total, se verá desarrollarse la urbana, y con ella, las industrias por una parte, por otra «las clases sociales de que Rusia ha sido privada por tanto tiem-

(1) M. Emile Hermant, *Journal des Débats*, 14 Julio 1897.

po». Ya San Petersburgo tiene 1.276.000 almas; Moscou, 1.000.000; Varsovia, 620.000. Después de estas tres capitales vienen dos ciudades que han aumentado con una rapidez casi americana: Odesa, 404.000; Lodz, 314.000. Después de ésta, Riga (282.000), Kief (230.000).y doce poblaciones con más de 100.000 almas (seis más que Francia). En veinte años la población urbana casi se ha duplicado; San Petersburgo será pronto menor que Moscou, gracias á la posición central de esta última y á su inmensa red de ferrocarriles.

Lo que admira á los demógrafos, es que el núcleo del imperio, la Rusia central é histórica, morada de los Grandes Rusos, aumenta con una lentitud relativa, mientras que los gobiernos alejados y «excéntricos» tienen doble ó triple aumento de población. El antiguo reino de Polonia ha ganado millón y medio de habitantes. Al lado gobiernos de la Pequeña Rusia, antiguas provincias polacas, han ganado, las de Kief, Iekaterinoslow, Podolia, etcétera, 700.000 almas cada una; la de Volhynia, 800.000. Un aumento aproximado se ha notado en el territorio de los cosacos del Don. Más al Sur, los gobiernos del Cáucaso, han pasado de 7.284.000 á 9.723.000; al Este, los de la *estepa*, entre el Ural meridional y el Altai, de 2.567.000 á 3.415.000; el Turkestán y el territorio trascaspiano, de 2.759.000 á 4.175.000. Siberia ha aumentado sólo 1.400.000 almas, porque allí la colonización en grande escala no ha hecho más que empezar.

Todos estos hechos han dado lugar á más de una previsión para el porvenir; unos ven ya las tierras lejanas de San Petersburgo, separándose de la centralización que esta ciudad representa, y hasta formando una confederación. Responden otros que Rusia tiene un núcleo compacto, la Moscovia, y una raza que domina, la grande rusa, bastante fuerte para contener los países alejados, bajo un gobierno en sí mismo muy enérgico. Otros, finalmente, muestran que este núcleo pierde su importancia

relativa á causa del aumento constante de la población en los países alejados del centro, los Ukrainy, y deducen de esto que el centro de gravitación del imperio se trasladará sin duda hacia el Sur y el Este. Pero con los ferrocarriles, el telégrafo y la centralización burocrática, es imposible saber lo que sucederá, y sólo puede decirse que Rusia constituirá un vasto campo de experiencias sociológicas.

El régimen de la familia y el de la propiedad llaman ya allí la atención de los sociólogos. La teoría, sostenida por Westermarck, que admite la existencia primitiva de una familia cuya base fuera el padre, es muy combatida por los sociólogos rusos, que no la encuentran confirmada entre los indígenas de Siberia ó del Cáucaso. En bastantes comarcas vive aún la familia patriarcal, el régimen del clan y la familia ampliada, cuyos miembros viven en estrecha dependencia del más anciano ó *nabolschi*. Los ritos nupciales, en Rusia, conservan todavía la huella de aquel período remoto en que la mujer era arrebatada por la fuerza á su famila, cambiada ó comprada.

La mayor parte de las provincias meridionales de Rusia ha pasado ya al régimen individualista; el gobierno hasta ha tenido que recurrir á órdenes muy estrechas y hacer aparecer nuevas leyes para impedir los repartos de la propiedad y la disolución definitiva de la familia patriarcal. Esta última le parece ser, y no sin razón, dice Kovalewsky, «la base natural del régimen denominado paternal que manifiesta la autocracia rusa». Además, la familia patriarcal tiene otra ventaja no menos poderosa á los ojos del gobierno, la de asegurar la recaudación de impuestos y ser, en tal sentido, el primer anillo de la «larga cadena de responsabilidades colectivas, que teniendo ligado al individuo, tanto á la familia como á la aldea, le priva de toda libertad de cambiar de residencia, así como de toda iniciativa en el dominio económico» (1).

(1) Véanse los *Annales de l'Institut international de sociologie* tomo I, pág. 33.

A este régimen, que han estudiado á fondo los etnólogos Efisenko y Pachman, es debido el exceso de población que lamentan algunas provincias y la falta de brazos en otras.

Uno de los caracteres más curiosos de los eslavos, es lo que algunos llaman desdeñosamente espíritu de agrupación, en oposición al «individualismo anglo-sajón ó germánico», lo que otros denominan espíritu de asociación y aun socialismo. La tendencia comunal, ya tan visible en la institución del *mir,* no lo es menos en la del *artel,* asociación cooperativa de un género particular. Mientras que en Inglaterra todos los restaurants de las vías férreas han caído en manos de una sociedad poderosa, en Rusia han sido monopolizados por una sociedad de mozos de hotel, rusos y tártaros, que después de haber prescindido de toda propina, se han constituído en *artel;* han abierto un restaurant, luego dos, más tarde centenares, y hoy poseen todos los de los ferrocarriles. En Londres, dos ó tres grandes casas han monopolizado la venta de periódicos y libros en las estaciones; en Moscou, en San Petersburgo y en las principales ciudades rusas, los vendedores han sabido eliminar los intermediarios, constituirse en *artel*, y guardar para sí todos los beneficios. Lo mismo ha ocurrido con los mozos de cuerda y de equipajes. Los albañiles errantes, los pastores mismos, han sabido formar asociaciones comunales. Ferrero ve en esto la originalidad práctica del pueblo ruso, la prueba de una fuerza intelectual y moral que le impide hacerse instrumento del capital. Es también, en estos analfabetos, el recuerdo de la vida patriarcal mantenido por las comunidades de las aldeas. Finalmente, la costumbre de estar regimentado y gobernado es universal. Ha llegado á conducir á la organización, por ciertos industriales, de verdaderos conventos de trabajadores. El patrono hospeda y alimenta á sus trabajadores, les provee de refectorios y dormitorios, cada uno con doscientas ó trescientas camas.

Toda la vida del obrero está arreglada á son de campana. Es el «tipo conventual militar de la industria», la realización del sueño de los socialistas. Allí donde los patronos no han instituído, por su propia autoridad, refectorios, los obreros fundan por su cuenta cenáculos comunes y convienen en hacer juntos sus comidas, como los cristianos de las primeras comunidades. Por catorce kopeks al día, un obrero puede de este modo alimentarse, y es una de las causas que hacen que los salarios puedan ser tan bajos, sin que el proletariado muera de inanición.

En tanto que la Rusia política, obra de Pedro el Grande, tiene cerca de dos siglos de existencia, la industrial, recién venida al concierto ó más bien, como se ha dicho, á la lucha entre los países productores, no data mucho más que del reinado de Alejandro III, pero abraza los mismos espacios inmensos, posee inagotables recursos y ve abrirse ante ella las más seductoras perspectivas y los más vastos mercados. ¿Cuál es su situación presente?, ¿dónde ha llegado el desarrollo de sus fuerzas?, ¿qué parte han tomado en él y cuál pueden tomar todavía los capitales extranjeros? es lo que Verstraete, cónsul de Francia, ha estudiado en su libro sobre la *Russie industrielle*. Su obra, Memoria acerca de una misión oficial, nos muestra el gran desenvolvimiento de las industrias mineras y metalúrgicas, la creciente construcción de maquinas, la extensión de vías férreas (1), el desarrollo de las industrias textiles, los progresos de las manufacturas diversas y los esfuerzos hechos para formar una clase

(1) Los rusos construyen al lado de Samarcanda canales que tienen centenares de kilómetros y realizan trabajos de irrigación verdaderamente gigantescos en un país de una fertilidad extraordinaria. Si se añaden á esto los trabajos no menos gigantescos de las vías férreas y líneas de mil kilómetros, cuando el radio de la tierra es de diez mil, se tendrá idea de lo que se prepara en este mundo de pueblos.

obrera y crear una mano de obra hábil, dando impulso á la enseñanza técnica. Muestra también cuán grande error cometeríamos al no interesarnos en los destinos económicos de Rusia, en donde el comercio alemán, poderosamente organizado, representado en todas partes, introduce cada vez más sus productos con detrimento de los nuestros. La competencia comercial se hace cada vez más viva; importa más y más que los industriales franceses sigan atentamente el sentido y la rapidez del progreso en los países extranjeros.

El número de analfabetos es todavía mucho más considerable en Rusia que en cualquier otro país. Rumania gasta dos francos por habitante en instrucción primaria, Rumania, que es, por decirlo así, una creación rusa. Italia gasta casi otro tanto y España 1,50 francos. Y el gasto de Rusia con el mismo objeto es de 20 céntimos. Hemos citado de propósito países poco adelantados. Si mencionáramos Suecia ó Suiza sería otra cosa. ¿Y las colonias inglesas? ¡Canadá gasta 24 francos por cabeza!

Otras estadísticas: de cada cien personas, en Inglaterra, 18 van á la escuela; 18 también en Prusia; 15, en Suiza; 15, en Norruega; 14, en Suecia y Francia; 8, en Italia; 5, en Bulgaria; 4, en Portugal, y 2 $^1/_2$, en Rusia. Así, Rusia se ha quedado á mitad de camino de Bulgaria, su creación más reciente, donde, antes del paso de los ejércitos rusos, el hombre estaba embrutecido por el yugo de los turcos.

Examinemos ahora los reclutas. Los jóvenes que van al servicio militar en Sajonia, Baviera, Baden, saben, por decirlo así, todos leer y escribir. En Suiza la proporción es de 99 por 100, lo mismo que en Prusia; 92, en Holanda; 90, en Francia; 58, en Austria; 48, en Italia, y 43, en España. ¡Y en Rusia, 21! Cómo podría ocurrir otra cosa cuando Suiza consagra el 33 por 100 de su presupuesto á la instrucción, y Rusia sólo el 4 por 100.

De hecho, Rusia gasta bastante más de lo anotado en

las estadísticas citadas para la instrucción, pero son los presupuestos privados los que suplen la apatía del gobierno. Los municipios, asambleas provinciales, hasta los particulares ricos dan con una abnegación raramente igualada en otros sitios. Y dan el doble de lo que otorga el gobierno. En 1886 sólo había el 29,45 por 100 de los alistados para el servicio militar que supieran leer, y su número no pasa hoy de 35. Y todavía los alistados pertenecen á la porción más joven, y, por consiguiente, la más ilustrada de la población masculina; por otra parte, las escuelas de varones son mucho más numerosas que las femeninas. Teniendo todo en cuenta, la población capaz de leer no asciende á más de 20 millones. Rusia tiene muy pocos periódicos, 900 solamente, dice M. Roubakine (1), siete veces menos que Alemania, cinco que Francia; no hay que contar la tirada, en Rusia, de las publicaciones más populares, sino en 10.000 ejemplares. Los libros son en extremo escasos. Se han publicado en 1883 7.722, con unos 20 millones de ejemplares, menos de un volumen para cada seis rusos, y todavía no puede uno procurárselos fácilmente. En las grandes ciudades, el aficionado encuentra librerías en que comprar lo que desea «si la censura ha permitido la venta» (2). En provincias, en las cabezas de distrito, aun en las capitales de los gobiernos que no son centros universitarios, la compra de un libro es asunto complicado. En 1887 había en Rusia 1.271 librerías; Siberia y el Asia central, dos veces mayores que Europa, sólo tenían 6; San Petersburgo, 283; Moscou, 177; restaban próximamente 800 para 600 ciudades. M. Roubakine no encuentra, en 1887, sino cerca de 600 bibliotecas públicas en Rusia; más de la mitad de las poblaciones no las tenían. Contaré la historia, ocurrida recientemente, de la Biblioteca de la ciudad de Uralsk, destruída

(1) *La Russie qui lit*, Moscou, 1895.

(2) Llega la censura á prohibir libros sobre el *dinamismo*, creyendo que se trata en ellos de la *dinamita*.

por los tchinovniks, que estaban encargados de su custodia; durante el invierno de 1888-1889 alimentó sus estufas tres días consecutivos. Las bibliotecas que han escapado de todo peligro son escasas de fondos y hacen una competencia poco eficaz á las innumerables mesas de juego que funcionan por las noches en toda Rusia. Tienen, sin embargo, su público restringido, pero asiduo, de tchinovniks, mercaderes, artesanos, hasta mujiks. De todos los escritores rusos, Tolstoy es el más leído; después de él, Turguenief y Dostoïewski se disputan el segundo lugar. En cuanto á las traducciones de lenguas extranjeras son muy solicitadas, sobre todo las traducciones del francés; por cada obra alemana, las bibliotecas públicas sirven dos ó tres inglesas, doce ó quince francesas. Pero ¿qué es lo que principalmente se lee? Gustavo Aymard, Ponson du Terrail, Javier de Montepin, Paul de Koch, Fernando de Boisgobey. Dumas padre ocupa un lugar bastante elevado en la lista. Zola el último entre los franceses, pero antes que Cooper, Dickens y Walter Scott. M. Roubakine nos muestra, sin embargo, las masas populosas despertando poco á poco, libertándose de las preocupaciones supersticiosas que han constituído siglos enteros toda su vida intelectual, apreciando la instrucción, buscando los libros; pero se comprende que, en conjunto, Rusia esté aún lejos de ser lo que se dice: «ilustrada».

La estadística de crímenes y suicidios en Rusia ofrece también gran interés. Cuando se compara el número de suicidios en todos los países, se ve que la cifra menor es la de los eslavos, la de los rusos principalmente. Por cada millón de habitantes se cuenta en Sajonia 311 suicidios; en Francia, 210; en Prusia, 133; en Austria, 130; en Baviera, 90; en Inglaterra, 66, y en Rusia, 30. Tomando una larga serie de años, se ve que este fenómeno permanece casi estacionario en Rusia, en tanto que en otras partes, en el mismo lapso de tiempo, aumenta del 30 al 40

por 100. Sikorski atribuye el hecho á la fuerza moral, que permite al eslavo soportar brillantes pruebas. La verdad es que el suicidio es un mal de las civilizaciones avanzadas y poco creyentes. En cuanto á la criminalidad, el número de condenados por homicidio es por cada millón de habitantes: 96 en Italia, 55 en España, 22 en Austria, 15 en Francia, 10 en Rusia, 9 en Alemania, 6 en Inglaterra. Rusia ocupa, por tanto, un lugar honroso que, en gran parte, debe á sus creencias religiosas y al estado relativamente poco avanzado de su civilización industrial y urbana. Estas felices condiciones, como se ha visto, no durarán siempre.

VIII

PORVENIR DE RUSIA

I.—Los rusos, en suma, considerados en conjunto, son gente primitiva, sometida á condiciones de desequilibrio. La enorme masa braquicéfala y turania que constituye el país representa, como hemos visto, un antiguo fondo de la raza humana, hasta ahora la menos progresiva, la más pasiva é inerte. Además, esta masa de población no está sino imperfectamente civilizada. Con doble motivo, pues, puede considerarse á los rusos gente primitiva. Pero, por otra parte, el antiguo fondo celto-eslavo ha sufrido entre ellos una dislocación que le ha desequilibrado. Las causas de este fenómeno son á la vez fisiológicas y psíquicas. Es, en primer lugar, el cruzamiento de razas, producido por la mezcla, que ya hemos descrito, de sangre finesa con la escandinava y la tártara. La sangre finesa, que se manifiesta sobre todo en la Grande Rusia, era vecina de la celto-eslava, con mayor solidez, firmeza y resistencia; la mezcla en este punto no ha traído ningún inconveniente. En cuanto á la escandinava, los Grandes

Rusos débenla á la vez, como hemos mostrado, sus cualidades distintivas y sus defectos. Les ha dado el espíritu de iniciativa, la audacia, el poder de organización, la energía dominadora; pero, por otra parte, como no ha permanecido pura, ha contribuído á destruir el equilibrio. El cruzamiento de la raza rubia con otras morenas muy antiguas y sin desbastar ha producido una disgregación que llevó, en unos, al predominio del primero de los dos tipos; en otros, al segundo. De aquí, germanos más ó menos eslavizados, eslavos más ó menos germanizados, y en unos y otros la unidad primitiva deja su puesto á contrastes, la estabilidad á cambios y oscilaciones. En Polonia, la mezcla ha sido más notable aún y ha tenido efectos más sensibles.

Todos los que han tenido trato con los rusos están de acuerdo en decir (como ya hemos visto), que en ellos el contraste es ley: fuerza y flojedad, tenacidad y flexibilidad, rudeza y dulzura, insensibilidad y bondad, indiferencia y piedad, crueldad y generosidad ¿De qué procede esta larga serie de anomalías y contradicciones? De dos factores esenciales: la raza, la educación. Las razas germánica y eslavo-finesa se encuentran todavía en lucha en el Gran Ruso, que también presenta bastantes puntos de oposición con el Pequeño Ruso y los eslavos del Mediodía ó del Oeste. La educación occidental, apoderada de estos pueblos del Oriente, ha producido los demás contrastes. El influjo de una civilización muy cruzada sobre masas muy retrasadas naturalmente, no podía menos de contribuir á una ruptura de equilibrio más ó menos pasajera. El nihilismo es la exageración, en un corto número de cerebros, de un fenómeno general, la contradicción entre ideas muy modernas é instintos muy antiguos. Es análogo á la perturbación producida por las épocas de transición, en que las ideas contrarias están en pugna. Sin embargo, la masa celtoeslava ha permanecido tan enorme en el vasto Imperio ruso, que en su fondo se libra de

los movimientos de la superficie; más visibles éstos, llaman más la atención; pero en realidad el conjunto de la población rusa es todavía primitivo, compuesto por la raza que hasta el presente se ha mostrado más semejante á las poblaciones inmovilizadas de Oriente. Solamente que esta masa está sujeta al dominio del Grande Ruso.

Hase preguntado si determinadas cualidades que en sí son signo de inferioridad, y hasta á veces entran en la psicología de los pueblos bárbaros, no pueden, unidas á la inteligencia cultivada, á la capacidad para el trabajo, á una imaginación grandiosa, al aliento y perseverancia de la voluntad, cambiarse en virtudes, centuplicar el poder de un pueblo. Ferrero llega hasta creer que las razas de carácter desequilibrado, como la rusa, tienen por este motivo mismo superioridad. No pensamos que la falta de equilibrio sea buena por sí misma; lo verdadero es que ciertas formas de la voluntad ó la sensibilidad, todavía algo salvajes, pueden ser fuerzas naturales al servicio de la inteligencia, en tanto que los intelectuales puros, con excesiva frecuencia,no saben querer. La civilización amplía siempre y afina la inteligencia, pero á veces enerva la voluntad; el mal de las gentes civilizadas es la «abulia».

Universidades construídas y ordenadas como cuarteles, la religión trasformada en una rama de la burocracia, regimentada ésta, disciplinada, vestida de uniforme como un ejército, el simple colectivismo patriarcal reservado y complicado bajo el amparo de la más despótica de las administraciones y del más celoso de los cultos, el capitalismo industrial presto á adquirir un poder soberano en el orden económico, pero temblando ante el último de los funcionarios, una mezcla inverosímil de tendencias eslavas, de tradiciones tártaras, de influjos bizantinos, de imaginación desequilibrada y de indicaciones utilitarias, éste es el *mirabile monstrum* que nos ha descrito elocuentemente Ferrero, y que termina por dejarle, con

respecto al porvenir de Europa, en un sentimiento de vago espanto.

II.—Los historiadores y sociólogos han establecido la siguiente ley: el poder concedido al gobierno central es resultado directo de la inseguridad de un país. Rusia lo ha experimentado, en tanto que ha estado expuesta á las invasiones. Hoy es ella, más bien, quien amenaza á sus vecinos bárbaros. Goza de una seguridad exterior mayor que la de ningún otro pueblo de Europa. En caso de guerra general, Austria, Alemania, Italia, podrían tener que combatir en dos lados de sus fronteras. Rusia en uno solo. «No puede ser envuelta. Por esto, y gracias á la inmensa extensión de su teritorio, es, por decirlo así, imposible de conquistar» (1). Pero si Rusia está al abrigo del exterior, queda expuesta á las divisiones internas. Además, un gobierno fuerte sobrevive á la causa misma que le ha motivado. Finalmente, muchos rusos, en las provincias, trasportan á la política el misticismo y «el indefinido intelectual»; su facultad de análisis es muy débil. De aquí su ideal: Un soberano, padre de sus súbditos, que gobierne bien á causa del amor que les tenga y del sentimiento de su deber (2). Un autócrata sólo puede ocuparse, según ellos, de los intereses del pueblo, porque sólo él no tiene intereses contrarios á los del pueblo, tentación alguna al *do ut des*.

En Rusia, como en otras partes, el orgullo nacional está muy desarrollado. Los rusos están muy orgullosos de su poder, de su religión, de su lengua (3). Se envanecen,

(1) Novicow, *Ibid*, pág. 392.
(2) *Ibid*.
(3) Lomonosof, en el prefacio de su *Gramática rusa*, Moscou, 1855, escribe: «Dominadora de un gran número de lenguas, la rusa, no sólo por lo extenso de los lugares en que reina, sino por su propia expansión y su riqueza, es grande frente á todas las europeas. Carlos V, emperador de romanos, tenía costumbre de decir que es necesario hablar español con Dios, francés con sus amigos,

dice M. A. Leroy-Beaulieu, de resolver los problemas que en vano se agitan entre nosotros; creen tener «el secreto de la regeneración moral y política de Europa y del mundo cristiano».

Hay occidentales que se ponen de su lado. Siendo el carácter eslavo dulce, sociable, ingenioso y creyente, será en lo porvenir, nos dice M. de Montegut, el genio de la fraternidad, como el celta lo fué de la igualdad, el germánico de la libertad. ¡Fórmula bien dudosa! Lo indisputable es que el pueblo ruso tiene un gran porvenir. Si parece, dice aún M. Leroy-Beaulieu, carecer de alguna «de las más altas y delicadas cualidades con que se honra la humanidad», tiene las que dan poder y grandeza política; «una energía flexible es el rasgo principal de su carácter, el sentido práctico la dominante en su espíriru; la resignación y la perseverancia sus dos principales virtudes. Según el mismo observador, tan penetrante é imparcial, ningún pueblo está menos sujeto que el ruso á dejarse llevar de súbito; «ninguno se enamora menos de quimeras, por nobles y brillantes que sean»; ninguno se inclina menos á hacerse «campeón de una idea»; «caballero de una causa desinteresada ó de una nación desgraciada». Cuando la política rusa ha tenido estos aires de ingenua generosidad, en 1814 en Francia, en 1849 en Hungría, M. Anatolio Leroy-Beaulieu atribuye el hecho á los soberanos y á algunos cálculos más ó menos reflexivos de la política. «Con una gran ambi-

---

alemán con sus enemigos, italiano con las mujeres; pero si hubiera conocido la lengua rusa, habría ciertamente añadido que puede hablarse con todos. Porque habría encontrado en ella la majestad del español, la vivacidad del francés, la energía del alemán, la delicadeza del italiano, y además, la riqueza, la concisión pintoresca del griego y del latín. La vigorosa elocuencia de Cicerón, la gravedad grandiosa de Virgilio, la agradable elegancia de Ovidio, nada pierden en lengua rusa. Las más delicadas concepciones de la filosofía, las bellezas y metamorfosis más variadas de la naturaleza, los fenómenos del mundo moral, encuentran en nuestra lengua palabras con que expresarse».

ción material y moral para su país, tiene el ruso el claro espíritu enemigo de aventuras y riesgos; sabiendo darse cuenta de la fuerza ajena y de sus propias debilidades, gusta no comprometer nada y caminar con seguridad. «Tiene simpatías y antipatías nacionales, pero «no se deja llevar por unas ni por otras, y nadie puede contar con su apoyo ó su alianza, á menos que él no tenga en ello un interés muy seguro y un provecho muy directo».

III.—El panslavismo ha nacido de una reacción contra la costumbre que Rusia había adquirido de admirar é imitar á los occidentales, que habían sido sus educadores y maestros. Los panslavistas descubrieron que, por el contrario, Rusia era «enteramente diferente del resto de Europa y superior» (1). Las dos grandes causas de superioridad puestas en primer lugar, parecen ser la propiedad comunal que existe todavía en Rusia, y la autocracia que allí reina. No hay proletarios, pretenden; cada cual posee un pedazo de tierra. Además, los autócratas rusos no son, como lo fueron, los conquistadores del resto de Europa, guerreros germanos; francos, que fundan el reino de Francia; anglos, el de Inglaterra; visigodos, el de España; Rurik y sus compañeros no eran conquistadores, vinieron á invitación de los habitantes de Novgorod. Gracias á esta maravillosa excepción, los autócratas rusos se encontraron en buena relación de amor propio con su pueblo, en vez de estar en rivalidad con él, como los demás soberanos de Europa. «Un autócrata ruso que no tuviera cuidado del bien de su pueblo, dicen los panslavistas, constituiría una contradicción». Consecuencia: todo va lo mejor posible bajo el más excelente de los padres, y Rusia no tiene más que hacer reinar igual felicidad en toda Europa, conquistándola. Los espíritus liberales y positivos responden, naturalmente, que en los he-

(1) Novicow, *Ibid*, pág. 396.

chos, el soberano absoluto nada hace por sí; que tiene que delegar su poder en una inmensa colectividad de funcionarios, los cuales no se conforman, en modo alguno, á sus paternales designios, etc. (1). Pero oid á Podenowistzet, procurador del Santo Sínodo, uno de los más elevados dignatarios del Imperio, que tuvo tanto influjo en el reinado de Alejandro II, y ha conservado parte de él en el de Nicolás II; escribe en sus *Questions religieuses, sociales et politiques*, publicadas en París (2), que, si todos los representantes del pueblo fueran santos, el régimen parlamentario sería el mejor de todos; como, por el contrario, los representantes del pueblo son de una moralidad más que dudosa, «el régimen parlamentario es el peor». M. Novicow ha vuelto en vano el argumento en contra de la monarquía absoluta. «Si todos los funcionarios pagados por el soberano fueran la perfección misma, la aristocracia sería el mejor de todos los gobiernos. Podenowistzet cree, pues, que el Espíritu Santo desciende sobre cada uno de dichos funcionarios, como descendió sobre los apóstoles.» Dicho autor es una excepción en su país; el procurador del Santo Sínodo representa á la mayoría.

La marcha invasora de Rusia, orgullo de los panslavistas, es un hecho innegable, y todos cuantos obstáculos se ha tratado de oponerla han fracasado. Cuando, después de haber roto la resistencia de los turcos, el ejército ruso se aprestaba á hacer la última etapa que le separaba de Constantinopla, una orden del zar, jerárquicamente trasmitida, vino á detener bravamente este hermoso impulso y obligó á retroceder. Rusia, victoriosa, se había estrellado, á las puertas mismas de Constantinopla, contra una formidable liga. Habiendo adquirido de este modo, por la experiencia, la certidumbre de que la conquista de Constantinopla, sueño tradicional legado por Pedro el

(1) M. Novicow, *Ibid.*
(2) Librairie Baudry, 1897.

Grande, no era decididamente «realizable por el momento», los hombres de Estado rusos volvieron la vista al Asia. Un ruso, Zenzikoff, mostraba recientemente esta nueva orientación. Rusia, nota, desdeña el Africa, que convendría poco al temperamento y las aptitudes de sus habitantes, más habituados á países fríos. Asia, por el contrario, está á las puertas de Rusia, que puede libremente extenderse por ella sin encontrar rivalidades demasiado temibles. Esta porción del globo, cuyas condiciones climatológicas son tan particulares, no conviene á las demás razas blancas, y, por tanto, no las atrae gran cosa. Dueña absoluta ya de toda Siberia, Rusia tiene bajo su dominio un vasto territorio de más de 14 millones de kilómetros cuadrados, que representa la cuarta parte de Asia, y excede en vez y media la extensión del continente europeo entero. Añádase á esto las posesiones rusas en el Asia Central, que se extienden hasta las fronteras del Afghanistan y la Persia. Imperio el más vasto del mundo, comprendiendo una gran parte de la Europa oriental y todo el Norte de Asia, Rusia parece que no debería ya tratar de engrandecerse; inclínase generalmente el mundo á censurar sus ambiciones, que parecen insaciables. Según Zenzikoff, como según la mayor parte de los rusos, este razonamiento es erróneo, y he aquí las razones que dan. Merecen ser conocidas y meditadas en Francia.

«La vasta superficie ocupada por las posesiones rusas en Europa, presenta, desgraciadamente, en su conjunto demasiados valores negativos, debidos á las condiciones del clima, poco favorables, y á la infertilidad del suelo de varias regiones, víctimas frecuentemente, aun en nuestros días, del hambre. Si algunas raras provincias rusas son verdaderos graneros de abundancia, muchas otras, la mayoría, por desgracia, sufren las inclemencias de su cielo. La población de estas inhospitalarias regiones, cansada de arrostrar una existencia de miseria per-

petua, deseosa de sustraerse á los impuestos demasiado pesados que les doblegan, y á las múltiples prestaciones que las exasperan, no aspira más que á un éxodo colectivo, «y está dispuesta á abandonar sus hogares sin atractivo, para ir á buscar fortuna á otras partes». Este estado de angustia de los campesinos rusos es tanto más doloroso, cuanto que falta en absoluto toda iniciativa para salir de él á estos descendientes directos de siervos, no habituados todavía á contar con sus propias fuerzas é incapaces de prescindir de un apoyo cualquiera.»

Zenzikoff nos muestra, y acabamos de mostrarlo nosotros, á la mayor parte de los rusos ignorantes, supersticiosos, fatalistas: gente humilde, que carece totalmente de energía y que, juzgando inútil luchar, se dejan llevar por la corriente, y sólo fundan esperanzas en la casualidad. «¡Y estos seres tan lamentables, han de llevar la cuota mayor al presupuesto ruso, cuyo mejor recurso son los impuestos agrícolas! Nada hay, pues, de sorprendente en que, para equilibrar este malasegurado presupuesto, el gobierno ruso se vea obligado á asegurar el ingreso regular de los «podati» (impuestos). Zenzikoff pinta á los «tchinovniki» encargados de la recaudación, obligados, so pena de ser destituídos, á redoblar su celo, persiguiendo á los desgraciados «mujiks» hasta lo último y despojándolos de todo. En las malas cosechas, cuando las persecuciones dirigidas por el fisco vienen á terminar la ruina de toda una región contribuyente, el tesoro del Estado es la primera víctima de la ferocidad de los leguleyos; la gallina de los huevos de oro no puede poner, y se trasforma en una carga pesada para el gobierno. Este, amenazado con ver agotarse la fuente de sus ingresos, se decide por fin á intervenir. Independientemente de socorros provisionales concedidos entonces á los campesinos que pasan por tan duras pruebas, el Estado trata de ponerlos otra vez en camino, de hacer algo por ellos que pueda hacerles recobrar su valor é infun-

dirles la energía necesaria para la lucha. En esta situación crítica, la deserción de un país nativo tan poco hospitalario aparece como el remedio mejor; un éxodo hacia comarcas más favorecidas por la naturaleza, se impone. «Ahora bien, las tierras de Jauja, muy raras en otros lugares, no existen, por decirlo así, en la Rusia europea, cuyas provincias más florecientes con exceso pobladas, no podrían, por lo demás, utilizarse para el reparto de la población de las regiones necesitadas» (1).

Era, por lo tanto, preciso buscar en otras partes. Se pensó, naturalmente en Siberia, inmensa comarca virgen y despoblada, en que el rigor extremo del clima está compensado por la fecundidad de la tierra no explotada. Gozando de la reputación, algún tanto exagerada, de ser «paraíso terrestre», Siberia ha «fascinado siempre á los aldeanos rusos». Comenzaron á emigrar á ella en 1590. El primer llamamiento fué hecho por el gobierno á los agricultores de las provincias rusas limítrofes á Siberia, deseosos de instalarse en ella. Algunas cifras dan exacta idea de la extensión que el movimiento de emigración ha tomado en el período de los últimos veinte años. De 1880 á 1892, cerca de medio millón de rusos han emigrado á Siberia. De 1893 á 1899, gracias al Transiberiano, próximamente un millón de individuos ha venido á aumentar la población de Siberia, que contaba en 1897 con 8.188.368 habitantes.

En todo tiempo el gobierno ruso favoreció paternalmente la colonización de la Siberia, pero principalmente á partir de 1869 se dedicó á alentarla por todos los medios, por las dos razones siguientes, que Zenzikoff pone en claro: 1.°, la abolición de la servidumbre, decretada por el ukase del emperador Alejandro II, en 1861, hizo necesario el reparto de tierras entre los campesinos liber-

(1) B. de Zenzikoff, *Orientation de la politique russe*. Revue politique et parlamentaire, 10 Dic. 1901.

tados, y cuando después de esta división se encontró que los lotes á cada uno designados eran insuficientes para vivir, el gobierno se vió obligado á ofrecerles, en compensación, terrenos de una extensión mayor en Siberia, y aun á ayudarles á instalarse en ellos; 2.°, la anexión á Rusia de las provincia del Amur y del Ussuri, que China le cedió en virtud del tratado firmado en Pekín en 1860, hizo el poblar estas comarcas indispensable desde el punto de vista estratégico, y el gobierno se esforzó en atraer á ellas algunos obreros otorgándoles varias ventajas excepcionales (100 *deciatinas* de tierra por familia, libres de todo impuesto y prestaciones durante veinte años, etc.). Renunciando definitivamente á todo proyecto de conquista en Europa después del aborto de su tentativa para apoderarse de Constantinopla, Rusia concertó toda su actividad en Asia, y desde este momento, la orientación de su política demuestra claramente sus tendencias á llegar á ser una potencia asiática. Para asegurar el logro de sus proyectos le era preciso primeramente «establecerse en Siberia, cuya población, muy dura, no ofrece una resistencia suficiente á la invasión de los pueblos amarillos, que podría producirse en un momento dado». La necesidad de poblar bien las regiones colindantes en China se presentaba, por tanto en primer lugar. Habiendo sido siempre el extremo alejamiento de la Siberia obstáculo principal para su colonización, la construcción de un ferrocarril, que la aproximara á la metrópoli, se imponía imperiosamente, y la idea del Transiberiano «alentaba en todos los espíritus ilustrados desde 1860 al menos». Pero la suma necesaria para la ejecución de este proyecto colosal faltaba en absoluto; sobre todo, «después de la guerra con Turquía, tan perjudicial para la hacienda rusa», y siempre el proyecto se dejaba para más adelante. Sin embargo, los intereses primordiales del influjo ruso en el Extremo Oriente exigen la realización inmediata de este dispendioso proyecto. Por esto, desde su advenimiento al

trono, el zar Alejandro II se interesó vivamente en la cuestión vital del Transiberiano, que trajo consigo el empréstito francés y la inteligencia con Francia (1).

(1) No hay casi en toda Europa, dice Zenzikoff, más que tres mercados financieros para la organización de grandes empréstitos, París, Londres y Berlín. «Con prejuicios sobre esta operación, los banqueros ingleses y alemanes exigieron naturalmente la garantía moral de sus gobiernos respectivos. Poco afanosos por contribuir á la prosperidad de una potencia rival, estos últimos se guardaron bien de alentar los proyectos de Rusia y negaron su apoyo, por débil que fuera, considerando con razón que nunca se debe proporcionar las varas con que le han de apalear á uno.» Después de este primer fracaso, previsto por lo demás, la cooperación soñada de los tres mercados europeos llegó á hacerse irrealizable, y todos los esfuerzos de la diplomacia rusa se concentraron en Francia.

»Para asegurarse sus buenos oficios era necesario encontrar algo que ofrecer en cambio; la idea de establecer una alianza con la República francesa asaltó con frecuencia á los diplomáticos rusos, cuya actividad se orientó inmediatamente en este sentido.

»Comenzadas en un terreno puramente financiero, las negociaciones ampliaron bien pronto su radio de acción y revistieron por último un carácter francamente político para terminar en la inteligencia franco-rusa, que á todos aprovechó largamente y sólo desagrada á sus detractores de cortas miras.»

Una vez en posesión de los miles de millones tan generosamente suscritos por Francia, hase podido por fin ocuparse en la construcción del Transiberiano. Considerada como fin, esta colosal empresa merecería ser tratada de locura inconcebible; mirada como medio de gran alcance, honra la habilidad de los que dirigen la política rusa. En efecto, la utilidad práctica inmediata del Transiberiano parece dudosa «á todos los que conocen á fondo la Siberia, país inhospitalario por excelencia, en que todo parece conspirar contra la felicidad del hombre». ¡Es innegable que el Transiberiano llegará á ser un día un excelente negocio que producirá mucho á Rusia, pero «mientras llega ese día bien lejano, cuántos sinsabores le causará este verdadero ogro, que traga insaciablemente millones!» Zenzikoff calcula en dos mil millones la suma ya empleada, y no está terminado.

«No pudiendo ser de utilidad práctica inmediata, el ferrocarril de la Siberia no debía responder, por el momento, sino á las necesidades exclusivamente políticas; no siendo un fin, sino un simple medio para facilitar la ejecución de los planes grandiosos concebidos por la diplomacia rusa, con la mira de apoderarse de la Mandchuria, esta larga vía, estratégica ante todo, acaba de prestar á Rusia servicios considerables en el Extremo Oriente.

»Por muy imperfecto que sea, el Transiberiano contribuyó po-

Hecha así poderosa como nunca en Europa, incomparablemente más poderosa que en otro tiempo en el Asia central, no por eso deja de ambicionar Rusia puertos en el golfo Pérsico, tanto como en los Dardanelos. El ferro-

derosamente á los éxitos rusos, asegurados por el trasporte rápido de tropas y de municiones, y es todo lo que se le pedía por el momento.»

Zenzikoff no puede dejar de admirar la habilidad maravillosa que desplegó la diplomacia rusa para circunscribir la Mandchuria antes de su conquista definitiva, singularmente facilitada por todos los trabajos de aproximación anteriores, que simplificaron la labor del ejército. Aprovechando diestramente, en 1860, la angustia profunda en que China se hallaba, bajo el peso de la coalición anglo-francesa, Rusia se apoderó en primer lugar, sin disparar un tiro, de las provincias del Amur y del Ussuri, limítrofes de la Mandchuria. «Teniendo interés completo en ver debilitarse las fuerzas de las dos razas amarillas, sus únicas rivales en el Extremo Oriente, Rusia, cuidadosa de armonizar las propias fuerzas, se guardó bien de entrar en lucha abierta con ellas, y para conseguir sus fines, se sirvió hábilmente de las discordias bastante frecuentes, entre chinos y japoneses para «empujar á estos dos pueblos vecinos á una guerra mortífera, que agotó sus fuerzas».

»Una vez vencida China, la diplomacia rusa se apresuró á intervenir en el momento oportuno para ofrecerla sus buenos oficios mediante grandes compensaciones, se entiende.

»Así es como, aprovechando por segunda vez una situación angustiosa de China, los rusos obtuvieron, siempre sin la menor lucha, la cesión de Port-Arthur, y de Dalienwan, así como la concesión del ferrocarril del Este chino, que atraviesa la Mandchuria de Oeste á Este, y desciende por un ramal al Sur del país hasta Port-Arthur.

»Desde este momento, la Mandchuria estaba presa en una inmensa tela de araña pacientemente tejida por la diplomacia rusa, que se dedicó durante cuarenta años á urdir disimuladamente la bien pensada malla, destinada á envolver la presa que se ambicionaba.

»Comprendiendo por fin su enorme descuido, los chinos se sublevaron, se debatieron violentamente, pero por desgracia, demasiado tarde; como olas enfurecidas, que todo lo destrozan á su paso, las fuerzas rusas cubrieron rápidamente la Mandchuria, entrando en ella por los cuatro puntos cardinales, del modo siguiente:

»El ejército de la Transbaikalia, formado cerca de Tchita, hizo su invasión por el lado Oeste de la Mandchuria, y pasando la frontera por la aldea Nagadán, se dirigió sobre Jailar, su primer objetivo, desde donde más tarde llegó á la ciudad de Tsitsikar. «Sábese, desgraciadamente, con qué ferocidad se condujeron las tropas to-

carril Transiberiano colocará los mercados chinos á pocos días de distancia de Europa; este hecho determinará en la situación económica y política del antiguo continente una acción que es difícil calcular y apreciar. El poder de expansión de los pueblos es tan incoercible como el de

---

davía salvajes de Rusia y á qué matanzas inmotivadas se entregaron, á pesar de las intenciones humanitarias y pacíficas del zar.»

»Otros dos ejércitos invadieron la Mandchuria por el Norte, el de Blagovestchensk y el de Jabarovsk.

»El primero, después de haberse apoderado de Aigum, ciudad mandchue fortificada, ocupó Mergen, y se unió más tarde á las fuerzas de la Transbaikalia en Tsitsicar.

»Las tropas de Jabarovsk, concentradas en la «Stanitza» Mikhailowo-Simenovskaia, situada en la desembocadura del Sungari, remontaron este río hasta Karbini, donde verificaron su unión con las columnas partidas de Vladivostok, ciudad situada al Este de la Mandchuria.»

¿Por qué? He aquí la clave del enigma, según Zenzikoff:

«La conquista de la Mandchuria no podía satisfacer sino á medias las ambiciones de Rusia, porque, para que llegara á serle provechosa, había de completarse con las de Mongolia y Corea».

Queda ahora por saber qué utilidad tendrá para la prosperidad de Rusia este triunfo, «atacada de una manía de extensión que la ciega y hace olvidar la sabia advertencia del proverbio «quien mucho abarca, poco aprieta». No es todo conquistar un país, hay que darle una organización apta para aumentar su prosperidad, de modo que se saque de él todo el provecho posible. En este respecto, Zenzikoff reconoce que se tienen «pruebas concluyentes de la incapacidad de los rusos para hacer valer los territorios conquistados».

«Así, por ejemplo, la provincia del Amur, tan floreciente antes, fué arruinada en 1650, por las bandas de cosacos independientes, verdaderos bandidos, cuya invasión obligó á los dauros, habitantes pacíficos y laboriosos de la comarca, á irse á vivir á las orillas del río Nonni, en la Mandchuria, bajo la protección de China.

»Desde este éxodo colectivo de la población aborigen, el país no volvió á tener la prosperidad antigua y su anexión definitiva á Rusia, en 1860, le fué más bien perjudicial».

Zenzikoff deduce que, consideradas como medio estratégico para guardar las posesiones asiáticas rusas contra la futura invasión china, las conquistas de la Mandchuria y de Mongolia serán de indisputable utilidad, pero se preguntan: ¿cuáles podrían ser las ventajas mercantiles que Rusia cuenta sacar de ellas?

«La industria y el comercio ruso se hallan aún en estado embrionario, y no sufren en modo alguno la crisis del exceso de pro-

los gases. Pueblo joven y poderoso, el eslavo tiene necesariamente ilimitadas ambiciones; él mismo reconoce que su verdadera misión es la de civilizar el Asia, pero hasta el presente, no ha podido menos de sufrir el atractivo de la vieja Europa, de colocar en ella su centro de gravitación y sus ensueños de gloria. Los rusos son todos, en el fondo, panslavistas; ya se ven dueños de Europa, para bien de ésta (1). Ya, como es sabido, Europa se hace espontáneamente celto-eslava por el creciente predominio de los cráneos anchos y los colores oscuros; si el pans-

---

ducción, ni buscan, por lo tanto, en modo alguno, mercados exteriores.

»Se concibe fácilmente que, agobiadas por su población excesiva y bajo el peso de su producción sobrante, las otras potencias hagan los imposibles para crear, al otro lado de los mares, colonias destinadas á servir de puntos de salida; pero ¿qué podría exportar Rusia al Extremo Oriente?

»Los quince millones de habitantes que componen la población esencialmente heterogénea de la Mandchuria, no se dejarán seguramente asimilar tan fácilmente como las poblaciones salvajes de los kirguizes nómadas de las estepas asiáticas, y la rusificación de esta comarca fértil é industriosa, será tanto más difícil cuanto que el elemento ruso ha de faltar forzosamente en ella; no consiguiendo poblar los inmensos desiertos de Siberia, Rusia no puede ciertamente tener la pretensión de colonizar la Mandchuria, cuya población es ya suficientemente densa para el espacio relativamente limitado de que dispone.»

Una conclusión se impone á Zenzikoff:

«Después de haber gastado miles de millones para realizar su doble sueño, Rusia no podrá sacar ningún provecho *inmediato* ni del Transiberiano, ni de la conquista de la Mandchuria, dos empresas colosales aún no terminadas, que antes de llegar á ser productivas, reclamarán un cierto tiempo y mucho... muchísimo dinero» *(Ibid)*. Todas estas consideraciones acerca del porvenir están seguramente mezcladas con una parte de hipótesis, pero no son menos propias para ilustrarnos sobre la marcha de Rusia, el carácter de este pueblo, sus miras y ambiciones, acerca de la necesidad para los demás pueblos, de no apartarse jamás de la más constante prudencia y no abandonarse á sueños idealistas. No olvidemos ya que Inglaterra acaba de aliarse al Japón contra Rusia y contra nosotros. El oro inglés trabaja á Rusia en su interior mismo, con la esperanza de provocar revoluciones y luchas intestinas.

(1) *La Russie industrielle*, por M. Maurice Verstraete, cónsul de Francia.

lavismo político viniera un día á añadirse á esta trasformación de tipos, es dudoso que Europa ganara por la absorción completa de esta raza dolicocéfala rubia, á la que ha debido su grandeza. El peligro está en las ambiciones europeas de Rusia: es preciso que «la ventana abierta por Pedro el Grande sobre el Occidente» no lleve á hacer del Occidente mismo una provincia rusa. Por una parte, la derrota de Rusia por Alemania arrastraría la nuestra y nos pondría á los pies de Alemania; por otra, vencedor de Alemania el pueblo ruso, anularía el Austria, y tendría á Francia misma, su aliada, bajo su dedependencia real. Pronto dueña de Constantinopla, envolvería, bajo su brazo, el Asia Menor, el canal de Suez, el Mediterráneo.

Desde el punto de vista económico, Rusia hace con nosotros el comercio justamente suficiente para que la ganancia realizada por sus exportaciones á Francia, le permita remunerar los capitales tan pródigamente dados para su servicio; pero, por lo demás, nuestra aliada permanece tributaria del Imperio germánico. Son, por tanto, razones políticas, las que aproximan á Francia y Rusia. Esta aproximación, operada desde Cronstadt, tiene, y sólo puede tener, un carácter esencialmente político. Su fin es el mantenimiento del equilibrio por medio de dos contrapesos á la Triple Alianza, en los extremos de Europa. Pero hacer hincapié con una inteligencia que sólo sería de puro sentimiento ó de simpatía, sería exponerse á crueles decepciones. El concurso de Rusia en la política europea, es seguramente de lo más necesario para nosotros; pero no podemos contar, para obtenerlo, en horas decisivas, más que con la confianza que inspiremos, acerca de la magnitud y valor europeo de nuestra causa, finalmente, y sobre todo, en una comunidad real de intereses. No olvidemos tampoco que nuestros rivales hacen cuanto pueden para destruir ó paralizar la *Duplice*, ni que una revolución palaciega es siempre po-

sible en Rusia, que las potencias en ello interesadas trabajan por todos los medios para conseguirlo, que un cambio de Gobierno y de régimen podría arrastrar un cambio de política, sin hablar de los obstáculos financieros de Rusia que podrían traer desastres económicos. En resumen, apoyándonos siempre en los demás cuanto podamos, debemos buscar en nosotros mismos y en nuestras fuerzas el apoyo verdadero.

Nada más aventurado que el papel de profeta. Los mismos que hacen principalmente de la política su ocupación, son muchas veces incapaces de prever el porvenir, á menos que no sean psicólogos profundos. Lo que puede decirse es que la psicología de los pueblos lleva á esta conclusión: la política en nuestra época no puede estar dirigida por ideas de fraternidad internacional; debe apoyarse en el principio de justicia, y por lo mismo, en el interés nacional limitado por ella. Esforcémonos, pues, si queremos evitar equivocaciones, en poner siempre de acuerdo las razones de derecho y de utilidad con las de sentimiento: y sobre todo, no imaginemos que si alguna vez cometiéramos una imprudencia ó locura (como tantas veces nos ha ocurrido), un gran pueblo amigo tendrá la ingenuidad de seguirnos. Si la libre Inglaterra es muy naturalmente independiente en su isla y en sus mares, la Rusia autocrática no lo es menos, situada en los confines del mundo civilizado. Su ayuda, por otra parte, sólo puede ser tardía, y sería grave imprudencia contar con otro y no consigo mismo. El pueblo francés es de tal modo dado á los excesos de confianza, tan fácilmente se deja llevar en su política por las grandes esperanzas, que nunca se le recordará demasiado cuán dudoso es el porvenir, precario el apoyo de los pueblos, más que nunca indispensable el equilibrio europeo, más que nunca necesaria la paz, la prudencia y la disciplina forzosa, la fuerza militar siempre preciosa, la justicia y la previsión solamente seguras.

LIBRO VII

Bosquejo psicológico del pueblo francés.

El cuadro que acabamos de presentar de los pueblos europeos no sería completo si, para terminar, no dijéramos algunas palabras de nuestro propio país y de lo que le caracteriza frente á los demás pueblos. Nos pondremos sobre todo en el punto de vista sociológico, tanto más justificado, cuando se trata de Francia, cuanto que es la nación más social, quiero decir, aquella en que los elementos sociales han acabado por dominar más á los elementos étnicos y aun psíquicos. Sin embargo, á pesar de este aspecto más especialmente social, desde el que queremos examinar al pueble francés, hemos de recordar, en momento oportuno, algunos de los resultados psicológicos á que precedentes estudios nos llevaron (1).

I

LA SOCIABILIDAD EN FRANCIA

Hay razas humanas, como de animales, más ó menos sociables por naturaleza, según las aptitudes é instintos que las caracterizan. La sociabilidad está fundada, ante

(1) Una importante revista americana, *The International Monthly*, nos pidió recientemente un estudio sobre el carácter francés, y con tal motivo, escribimos estas páginas; á pesar de nuestros trabajos anteriores sobre cuestiones conexas, ofrecerán todavía, lo esperamos, algún interés á los franceses mismos. Se observará que hemos insistido más bien (como hemos hecho en este libro con los demás pueblos), en los aspectos buenos del carácter nacional, no para inspirar á los franceses el contento de sí mismos, sino para recordar el ideal que nuestra nación jamás debe poner en olvido.

todo, en la sensibilidad y en la inteligencia. La base sensible, como hemos hecho notar en nuestra *Psychologie du peuple français*, es la facilidad para simpatizar, que permite experimentar rápidamente en sí el reflejo de los sentimientos de otro. Esta facilidad misma presupone una sensibilidad caracterizada por la vivacidad, la movilidad y la expansión. Estos tres caracteres los hemos visto desde sus orígenes entre los franceses. La sensibilidad de reacción pronta é intensa se busca en el temperamento sanguíneo-nervioso, que predominaba en los galos y aún predomina entre los franceses. El individuo de este temperamento no presenta la relativa lentitud de reacción que caracteriza al flemático temperamento de los pueblos del Norte, más difíciles de exaltar. La vivacidad francesa implica un sistema nervioso muy desarrollado, y que, alimentado por una corriente sanguínea suficiente, es asiento de un exceso de tensión, como un arco armado dispuesto á lanzar la flecha. Otro carácter propicio al desarrollo de la simpatía es la movilidad nerviosa y sensitiva. Para que yo simpatice con todo lo que á los demás ocurre, preciso es que sea capaz de experimentar sucesivamente los sentimientos más distintos y responder al mismo de las más variadas armonías. Ahora bien, la movilidad gala, y más tarde francesa, es bien conocida. Los galos variaban de sentimientos según las circunstancias y por una rápida acción mutua (1). La movilidad nerviosa engendra lo que hoy se llama sugestibilidad, y sabido es el papel importante de la sugestión entre los hombres, aun estando normales y sin hipnotización previa. Guyau y M. Tarde han insistido mucho en este punto; han hecho ver que todos estamos bajo el imperio de sugestiones continuas, que proceden del medio en que vivimos. Cuanto más capaz de sugestión es el individuo, más sufre el influjo del medio social, más cambia con todo cambio,

(1) *Gallorum subita ac repentina consilia,* dice César.

más recibe en sí las vicisitudes ó impresiones del exterior, como un termómetro muy sensible que cambia sin cesar en una atmósfera también cambiante. Así es el francés. Otro carácter que establece diferencias muy claras entre los temperamentos, es la dirección centrífuga ó centrípeta de las emociones, ó en otros términos, lo expansivos ó concentrados que sean. Hemos mostrado, por otra parte, que los sanguíneos nerviosos son los caracteres más expansivos; por lo mismo que sus pasiones son vivas y cambiantes, la onda emocional se comunica con rapidez á todos sus órganos, incluso los miembros y rostro, de donde los gestos y la fisonomía expresiva que delatan inmediatamente al exterior las impresiones internas (1). La naturaleza expansiva y comunicativa de los galos admiraba ya á César. Los romanos, por su parte, eran más bien de un temperamento bilioso, como lo son generalmente las razas meridionales, y en particular las mediterráneas, dolicocéfalas morenas, itálicas ó ibéricas (2). César observaba también que los galos no sabían disimular, arte en que los romanos y los italianos fueron y son sus maestros, y por el cual nunca tuvo vocación Francia.

La alegría es un sentimiento natural á los caracteres expansivos, porque es en sí una expansión; lo que más fácilmente se comunica á otro son los sentimientos agradables y favorables, todo lo que tiende á aumentar la intensidad de la vida, lo que tiende á dar fuerzas, ó como dicen los psicofísicos, todo lo que es *dinamógeno* (3). El celta y el francés son conocidos por su alegría expansiva y comunicativa, que les hace llevar bien su carga, cum-

---

(1) Véase nuestro libro, *Temperamento y carácter*. Trad. española.

(2) Véase el libro II de este volumen, *El carácter romano*

(3) Véase nuestra *Psychologie du peuple français*, libro III, capítulo I.

plir con buen humor cualquier tarea, siempre que cada uno ponga su parte y anime la común labor con una buena palabra ó una frase oportuna. Siempre se ha encontrado esta alegría en el soldado francés; en medio de los mayores peligros, siempre ha buscado ó recibido con gusto el «chiste».

La risa misma ofrece un elemento social que importa no olvidar y que ha sido recientemente analizado con ingenio por un filósofo francés, M. Bergson. Muy raramente la risa es solitaria, á menos que no se trate de una falsa risa amarga y triste. De ordinario es un fenómeno de simpatía y sociabilidad, y esto hace que no sea animal, sino humano. Proviene del contagio, entre varias personas, de un sentimiento ridículo. Lo ridículo, á su vez es de ordinario social; es un juicio formado, como en nombre de la sociedad, sobre un defecto individual, un gesto, una excepción del rostro, una palabra que se aparte de la regla común, de la disciplina del «sentido común», que tienda así á aislarse, á apartarse de la incesante adaptación que implica la vida social. Con esta forma, el sentimiento de lo ridículo se ha desarrollado extraordinariamente en Francia. Se hace aquí la guerra á todo lo que es demasiado personal, originalísimo, excéntrico, apartado de las reglas ó de las simples convenciones sociales, ó aun de las modas pasajeras adoptadas por la colectividad.

En nuestra opinión, no sólo lo ridículo supone una especie de patrón social según el cual se juzgan las formas ó acciones individuales, sino que supone también que las demás personas á las que se quiere hacer participar de este sentimiento, adoptan el mismo ideal social, juzgan y sienten, según la misma convención común y recíproca: supone, por lo tanto, una comunicación simpática. Aun más, implica que el mismo que provoca la sonrisa ó la risa, está dispuesto á reconocer en el fondo la misma regla común, y en caso necesario, á sonreir ó á reir de su pro-

pia equivocación (1). Al menos la risa supone que no había, en el que de ella es objeto, el sentimiento de una afrenta á su honor, de un insulto sangriento, y, como se dice, mortal. Hombres dispuestos á reir unos de otros, suponen, por esto mismo, un fondo de buen carácter y común alegría. Hemos notado ya que el italiano ó el español no se ríe de los demás, y si siente deseos de hacerlo, tiene cuidado de esconder en sí mismo su sentimiento; es, ya lo hemos visto, que el fondo del carácter de ambas nacionalidades es vengativo, que la personalidad no admite las chanzas ajenas. Una broma ó hasta una simple risa pueden provocar peligrosas represalias; esto hace prudente y dificulta la expansión. El sentimiento del ridículo no admite que se tomen las cosas demasiado por lo serio ó por lo trágico. En Francia, cada cual siente, que si los demás dan bromas, no es por malevolencia profunda, sino por una alegría natural y una necesidad de sensibilidad en todas sus formas. El francés, por lo demás, es el primero en reirse de sí propio; no considera una broma como ofensa; es un nuevo rasgo de psicología sociológica.

Si el francés es bromista y risueño, en el fondo permanece benévolo y aun amoroso. Asimismo, en la lista de las virtudes, los franceses han puesto siempre una cualidad eminentemente social, lo que ellos llaman amabilidad. Franklin es quien decía en el siglo XVIII: «Encuentro Francia la nación más amable para vivir... Tienen ciertas frivolidades que á nadie hacen mal... no falta al carácter francés nada de lo que corresponde á un hombre amable y galante.»

El ardor para el proselitismo es una de las formas de sociabilidad francesa (2). Experimentamos una invencible

(1) Véase en nuestro *Mouvement positiviste* (capítulo sobre el Arte y la Estética) las páginas que hemos consagrado á la explicación de la risa.

(2) Véase acerca de esto nuestra *Idée moderne du droit*, en el capítulo consagrado á Francia.

necesidad de hacer participar al mundo entero nuestras ideas ó sentimientos. No podemos resolvernos á pensar ni á sentir solos (1); es preciso que veamos en los demás nuestra imagen multiplicada hasta lo infinito.

Las tendencias sociables del francés traen un menor desarrollo de voluntad individual. Ya la raza y el temperamento sanguíneo-nervioso le predisponen á una menor energía voluntaria, sobre todo á un menor dominio de sí y á menor constancia. Tiene más bien el poder de excitación que el que los fisiólogos llaman de inhibición ó contención. Es más repentino y expansivo que intensivo y concentrado (2). La vivacidad intelectual misma le incita á determinarse por una intuición rápida más que por larga reflexión. Aislado, el francés no tiene la fuerza de voluntad de un inglés, la paciencia obstinada de un alemán, pero obtiene ventaja cuando se siente unido á la colectividad, cuando quiere, por decirlo así, colectivamente. Dirá muy gustoso, con Lamartine:

Es preciso, para pensar, apartarse de la muchedumbre,
Y para obrar confundirse con ella.

Si la nación entera se levanta por alguna idea que la entusiasme, la *furia francesa* vuelve á adquirir su impetuosidad irresistible. Puede decirse, por lo tanto, que en este punto todavía predominan los influjos sociológicos.

Deducimos de esto que las tendencias simpáticas, gracias al temperamento innato y á la larga serie de alegrías ó penas comunes en un país muy civilizado, han adquirido entre nosotros un desarrollo superior. La tradición pretende que Virgilio decía: «Se cansa uno de todo menos de comprender», *prœter intelligere;* el francés Augusto Comte, por su parte, concede superioridad y eternidad á los go

---

(1) *Ibid.*
(2) Véase nuestra *Psychologie du peuple français,* libro III, capítulo I.

ces de la simpatía: «Se cansa uno de obrar, hasta de pensar, pero no de amar».

Claro es que cada pueblo tiene los defectos inherentes á sus cualidades: el de la simpatía cuando es con exceso puramente sensible é impulsiva, cuando no está gobernada por la razón, consiste en llevar al arrebato, á la pasión comunicativa, á la cólera, al furor mismo. La historia de Francia presenta de ello numerosos ejemplos.

La simpatía viva, inquieta y expansiva se encuentra en los niños, en las mujeres, finalmente, en las muchedumbres, lo cual no quiere decir que la simpatía sea en sí infantil, femenina ó plebeya (1). El pueblo francés no debe ser juzgado por apariencias engañosas; puede fácilmente confundirse en un pueblo en que el espíritu social domina, rasgos que pertenecen al estado primitivo con otros que anticipan el final. El dominio del espíritu social es un carácter que vuelve á verse en los dos extremos de la evolución humana; en los pueblos jóvenes, como en los niños mismos, la vida personal está todavía poco desarrollada, la colectiva lo absorbe todo, porque es el único depósito de fuerzas, pensamientos y sentimientos. En el extremo final de la evolución humana, la vida social ha de ofrecer también un desarrollo extraordinario, aun puede decirse que debe ser dominante, pero con esta diferencia esencial, el no excluir la vida personal que supone, por el contrario, muy desenvuelta. La síntesis de la personalidad y de la sociabilidad es el término ideal de la historia. Desde luego, hay pueblos en los que uno de los elementos es más evidente que el otro, pero son pueblos modernos, no primitivos, no deben ser juzgados como tales. Si Francia, en particular, presenta un desenvolvimiento ya considerable del espíritu social y de la sensibilidad colectiva, no hemos de juzgarla cual si estos fenó-

(1) Véase nuestra *Psychologie du peuple français*.

menos fueran un carácter de tiempos de barbarie, una señal de niñez, de afeminación, etc., pues sería engañarse por apariencias superficiales. Para apreciar á los franceses es preciso acudir siempre al criterio social; preciso es preguntarse qué forma han debido tomar necesariamente tales cualidades ó defectos en un pueblo muy antiguo y muy unificado, en el que se ha desarrollado el espíritu de libertad, de igualdad y solidaridad fraternal.

Por ejemplo, no se acusa generalmente á los franceses de orgullo, sino de vanidad. El orgullo es exclusivamente individualista, se basta á sí mismo, se aisla, es su propia alfa y su omega; la vanidad en el hombre, como la coquetería en la mujer, es una necesidad imperiosa de agradar á los demás, deseo de ocupar buen lugar en la opinión de todos; la vanidad tiende á los demás los ojos tanto como á sí misma. El orgullo se castiga inmediatamente por el espíritu social con el ridículo. La altivez á la par titánica é infantil con que un Schopenhauer ó un Nietzsche, por ejemplo, hablan de sí mismos y se colocan por encima del mundo entero, habría producido en Francia una inmensa carcajada.

Los censores extranjeros de nuestro país, exagerando algunos rasgos reales, pero cuyo verdadero alcance no comprenden, llegan á decir, con Karl Hildebrand (*La France et les français*): «Toda la sociedad francesa es en el fondo una asociación mutua de vanidad. Se halaga para ser halagado, pero nunca con pesadez y sin gracia... Vanidad infantil, inofensiva, casi amable y que nada tiene de enmascarada é hipócrita, de intolerable y agria. Nada más lejos del carácter francés que la hipocresía meditada, que es tan frecuente hallar en las naciones germánicas.» Estas reflexiones tienen gran parte de verdad, pero aún dejan traslucir la ilusión que los extranjeros se forjan con tanta frecuencia sobre la semejanza entre el francés y el *niño*. Repetimos una vez más que si éste tiene vanidad es porque principia á figurar en la vida social

y necesita de la opinión de los demás como sostén; un pueblo muy viejo y muy sociable, colocado en el otro extremo de la serie, tenderá también á la vanidad porque lleva una vida de sociedad más intensa y secular.

La finura es cualidad de civilización avanzada en un pueblo muy sociable y racional á la vez. Sabido es hasta qué punto se ha desarrollado en Francia, donde se la considera como un deber esencial. Al atestiguar á los demás sentimientos agradables, se acaba por experimentarlos; la benevolencia que inside en las maneras exteriores acaba por penetrar en los corazones inermes; de aquí la importancia social y moral de las buenas maneras.

Sabido es también todo el desarrollo que el espíritu de sociedad da á la conversación en las tertulias francesas. La conversación, vulgarizadora de ideas, no sólo permite, como se suele decir, tocar todos los asuntos sin profundizar ninguno; el contacto de opiniones diversas puede también conducir á una ampliación de los puntos de vista del individuo, y esta ampliación tiene muchas veces lugar en el sentido mismo de la profundidad. El espíritu francés, muy abierto y asequible por naturaleza, es también penetrante; bastan algunas palabras para hacerle entrever perspectivas nuevas, en las que, en momentos de reflexión, hundirá más adelante su vista. La conversación tiene la ventaja de haceros salir de vosotros mismos, de haceros vivir la vida intelectual de otro; es uno de los frenos del individualismo, uno de los medios esenciales de solidaridad. En una simple conversación parisién ó aun provincial, por poco instruídos que sean los que en ella intervienen, cuántas ideas se agitan, cuántos problemas se plantean y en sus diversos aspectos, de modo que se arrebata el espíritu exclusivo que tantas veces conduce, en otras naciones, á una especie de fanatismo. En un pueblo de inteligencia viva y cambiante no se necesita una discusión larga y pesada para dilucidar una cuestión; surgen relámpagos, que en un instante os descubren horizontes no

percibidos. El resultado final, aun cuando cada uno parezca conservar la propia opinión, es hacer ésta más abierta; un principio de conciliación con la opinión ajena, es, de alguna suerte, una socialización del pensamiento individual.

El «ingenio» es también cualidad *social* que no sólo supone la sociedad, sino una sociedad muy adelantada en el doble respecto de la inteligencia común y de la mutua simpatía. Pascal ha escrito en vano: «el que dice buenas palabras agudas tiene mal carácter»; su opinión puede sostenerse cuando se trata de buenas palabras propiamente dichas que pueden llegar á ser malas; el que hace derroche de rasgos de ingenio corre el riesgo de herir no ligeramente, sino en lo vivo. Pascal tenía el espíritu más agudo y aun más mordaz, unido á una firme bondad y seriedad de pensamiento. Es preciso, pues, distinguir el rasgo de ingenio de la frase intencionada. El verdadero *ingenio* es para el francés no la maledicencia ni menos la malicia, sino una percepción repentina de relaciones nuevas é inesperadas entre dos verdades que, por este encuentro momentáneo, provocan el placer de una desinteresada sorpresa. El ingenio es una manera del arte, impersonal como todo arte verdadero, que es algo de juego y no de ataque, que no tiene por fin herir á una persona, sino hacer percibir verdades imprevistas ó fustigar ridiculeces generales con independencia de los individuos. Tal el ingenio de La Fontaine, el de Molière, La Bruyère, Montesquieu, Voltaire, Diderot, Musset, ó aun el de Renan. Este ingenio, por ligero que sea, no impide en modo alguno la profundidad de observación; toda una serie de verdades pueden estar condensadas en un pensamiento agudo. Pascal ha dicho que la verdad es una punta afilada; el que por sí es bastante sutil para percibirla y fijarla en la palabra adecuada, tendrá ingeniosidad hasta para las cosas serias. Ya los griegos habían demostrado que se puede ser á la vez un pensador y un hablador de espíritu; la profundidad de un

Platón, ¿quita valor á la finura ó la gracia de sus ironías?

Al propio tiempo, supone el ingenio un medio eminentemente sociable, dispuesto á prescindir de las individuales para sólo atender al juego común y representar bien su papel. Si los muchachos se enfadan jugando al calientamanos es porque tienen el carácter excesivamente personal y poco sociable; existen también, lo hemos visto, naciones que no gustan de la broma y cuya susceptibilidad, siempre despierta, cree recibir en todo un ataque personal. Desde hace mucho tiempo se ha borrado en Francia esta condición. Un pueblo que gusta juntamente simpatizar y razonar no puede menos de admirar, en el verdadero «ingenio», una especie de *invención* repentina y rápida de la razón, en medio de la corriente monótona de las *imitaciones* cotidianas; la asociación inesperada de dos ideas le parece un descubrimiento que su autor abandona inmediata y liberalmente á cuantos le escuchan.

Otra cualidad á que dan gran valor los franceses, ya en el arte ya en las mismas labores industriales, en el vestido, el andar ó la fisonomía, es lo que los griegos habían ya denominado la «gracia». Es sabido que implica movimientos cómodos y fáciles, trátese de los corporales ó de los del pensamiento; falta de tensión, de esfuerzo y concentración, un no sé qué abierto que se comunica y se da sin pensar en sí mismo, sin la sombra de una preocupación individual ó egoísta. Asimismo, la gracia envuelve la amabilidad, y si es, según el dicho francés, «más bella todavía que la belleza»; y es que por ella se hace amar la belleza misma. De aquí resulta que la gracia es una cualidad eminentemente simpática y sociable que debe agradar más que nada á un pueblo en el cual la simpatía está tan desarrollada, al mismo tiempo que es de inteligencia fácil, sin prejuicios ni pretensiones. Excesivamente poco accesible á las sublimes oscuridades de lo sublime, el pueblo francés es uno de los más abiertos al encanto de la gracia que sonríe.

La «razón» que los antiguos llamaban razón común, κοινὸς λόγος, es una facultad profundamente social que no expresa sólo las condiciones necesarias á todo pensamiento aislado, sino además, y principalmente, las de cualquier pensamiento en común de toda sociedad intelectual. La razón está de tal modo unida al lenguaje mismo, este gran medio de comunicación social, que una sola palabra designaba para los griegos la razón y la palabra, λόγος (1). En el francés latinizado y helenizado la razón ha llegado á ser la forma intelectual de la simpatía humana.

El racionalismo francés tiene razones sociológicas al par que psicológicas. Hay operaciones del espíritu más queridas para ciertos pueblos porque tienen aptitudes á la vez innatas y adquiridas para unas más que para otras; si el inglés es más observador, claro está que el francés es más razonador y, en materia de razonamiento, la deducción le atrae. Gusta también de abstraer y de generalizar; así siempre ha obtenido el triunfo en las matemáticas. Estas tendencias racionalistas son al propio tiempo, repitámoslo, tendencias sociales, porque las ideas abstractas, generales y lógicamente enlazadas, están por lo mismo socializadas, hechas accesibles á todos los espíritus, enteramente dispuestas á caminar de unos á otros á pesar de los obstáculos del espacio y del tiempo. Además, lo hemos demostrado en otro lugar, cuando las ideas generales, que á su modo son «ideas-fuerzas», llegan á realizarse en la vida, se hacen generosas, es decir, valederas para todos, dirigidas á la humanidad entera, abstracción hecha de los egoísmos individuales ó nacionales (2).

Otras muchas cualidades reconocidas generalmente al pueblo francés tienen las mismas raíces ocultas en la do-

---

(1) Véase, acerca de este punto, nuestra *Psychologie des idées-forces*, tomo II, libro V, cap. I.

(2) Véase la *Psychologie du peuple français*, libro III, cap. I.

ble tendencia racionalista y simpática: tal es el «gusto». Tiene, primeramente, un carácter de razón armónica que nada quiere excesivo y chocante, que se complace en una ponderación y conciliación de los extremos, pero tiene también un carácter simpático y sociable que excluye los elementos demasiado individualistas y excéntricos, que impone á todos una regla común de euritmia y racionalidad universal, aun para la expresión del sentimiento más personal.

El desarrollo del «espíritu crítico» en Francia se liga además al predominio de las dos grandes especies de leyes á que la crítica misma se refiere: las de la razón común y las de la sociedad. En Francia, todo lo que se aparta demasiado de esta doble legislación, cae inmediatamente bajo la crítica, que de este modo viene á ser una especie de tribunal racional y social.

Las diversas cualidades del pueblo francés, que acabamos de referir, pueden parecer á los espíritus superficiales inferiores á las de los demás pueblos, porque son más moderadas, más disciplinadas por la razón y el espíritu social; pero moderación no es medianía, y muchas veces constituye una fuerza.

Michelet reconocía el carácter dominante de los genios franceses en «la lógica apasionada», siendo las cuestiones sociales ó políticas las que principalmente apasionan al francés. «Mi estructura intelectual, decía también Taine, es francesa», y la definía: «Clasificar las ideas en órdenes regulares, en progresión, al modo de los naturalistas.» Había podido decir más bien: al modo de los lógicos. Stuart Mill se quejaba de que los reformadores sociales en Francia toman con demasiada frecuencia la conexión lógica por una prueba, y abandonan demasiado el contraste con los hechos (1).

(1) Nada más típico que las reflexiones de Stuart Mill en una de sus cartas á G. de Eichtal: «Estoy seguro de que mis compatriotas se hallan en un estado de espíritu que les impide aceptar una

En nuestros días, el espíritu francés no ha dejado de querer ideas distintas en las ciencias sociales como en otros ramos; solamente que las quiere más complejas, por-

---

verdadera doctrina general, ó comprenderla realmente si la aceptaran. En Francia, quizás ocurre otra cosa.

En Inglaterra, la idea de iniciar una reforma en los espíritus, predicándoles una doctrina de conjunto, es una noción que no penetraría jamás en la cabeza de nadie que hubiera vivido allí bastante tiempo para conocer nuestro pueblo. Desconfían los ingleses habitualmente de las verdades más evidentes, si el que las dice es sospechoso de tener miras generales. Para obrar aquí sobre los espíritus, preciso es, ante todo, ocultar cuidadosamente que se tiene un sistema ó un cuerpo de opiniones; hay que enseñar hechos aislados, y tratar de enseñar á pensar ocupándose de cuestiones sencillas y prácticas. Una vez conocido y considerado como buen observador de los hechos y apreciador penetrante y despierto de los detalles, podéis aventuraros á puntos de vista extensos; pero aun entonces conviene ser prudente y circunspecto.

Un periódico que empezara por la exposición de ideas generales y de principios de largo alcance, no encontraría veinte suscritores. Así, por lo que veo, declarándose apóstoles de una nueva doctrina, queriendo inculcarla antes que nada y obtener en seguida buenos resultados de todo género como consecuencia directa de ella, los miembros de vuestra escuela violan la primera y principal regla de su filosofía; á saber: que el deber primero es considerar cuál es la primera etapa que nuestro país debe hacer en la vía del progreso de la civilización, y reunir todos los esfuerzos para facilitar la transición y hacerla triunfar. Estoy igualmente convencido de que debiendo siempre esforzarnos por llegar, si podemos, á un sistema general de filosofía social, que siempre tendremos en el pensamiento, no debemos exponerlo al público, que no está en modo alguno en disposición de recogerlo, sino servirnos de lo que hay ya de bueno en este público para ilustrarlo, habituándole á pensar justamente sobre las materias que le son ya familiares, á fin de trasmitirle todas las verdades que está ya dispuesto á recibir. Especialmente en Inglaterra (donde la *filosofía crítica* no ha podido aún triunfar de la doctrina *teológica y feudal*), todos nuestros esfuerzos deben tender á modificar esta porción de nuestras instituciones sociales y nuestra política, que actualmente dificultan todo progreso, degradan, embrutecen la inteligencia y la moral del pueblo, que, atribuyendo todo el ascendiente social á la sola fortuna, que en sí proviene del privilegio de los derechos políticos, impiden la formación de un *poder espiritual* capaz de imponer confianza á la mayoría, la cual ha de creer y cree en la autoridad.» *(Lettres de Mill à G. d'Eichtal.)*

que siente cada vez mejor que la realidad, sobre todo la social, es en sí misma compleja. No aceptar nunca como completa una solución á medias, no creer jamás que se comprende parte de un asunto en tanto que no se comprende entero, ésta es hoy la persuasión de los sabios y filósofos franceses.

El orden lógico de las ideas, que es también el mejor para la exposición, es una cualidad eminentemente social, por lo mismo que es eminentemente racional. «Cómo se ordenan las ideas, dice Taine, esto es lo que los franceses han enseñado á Europa.» Y nos llamaba «secretarios del espíritu humano.» Es una exageración evidente. Descartes y Pascal no eran simples secretarios, aun cuando el primero aconsejara, ante todo, «poner orden en sus ideas». Si el orden es, de algún modo, cualidad social, es también, y en definitiva, verdad, y la verdad no es más que lo ordenado conforme á naturaleza.

La fe en las ideas morales y sociales es uno de los caracteres distintivos del pueblo francés. Para Descartes, para Pascal, las pasiones mismas son «precipitaciones de pensamientos», no sin duda fríos, sino ardientes, los cuales son representación de visiones y objetos interiores. Y Pascal añadía: «A medida que se tiene más inteligencia, las pasiones son mayores.» Puede esto aplicarse á los pueblos como á los individuos; las pasiones de un pueblo inteligente son necesariamente movimientos de su inteligencia, al mismo tiempo que de su voluntad (1).

Bien conocido es el horror de Napoleón I por los que llamaba ideólogos, es decir, los que atribuían un poder y virtud sociales á las ideas morales y filosóficas, á los principios primeros de la razón. Veía en ellos los grandes culpables intelectuales de la Revolución francesa. Decía en el Consejo de Estado, el 20 de Diciembre de 1812: «La ideología, tenebrosa metafísica que, al buscar sutilmente

(1) Véase nuestro libro sobre *La France au point de vue moral.*

las causas primeras quiere sobre ellas fundar la legislación de los pueblos, en lugar de amoldar las leyes al conocimiento del corazón humano y á las enseñanzas de la historia, es la causante de todas las desgracias de nuestra hermosa Francia.» No es, sin embargo, por la ideología, ni por la metafísica por lo que se perdió la batalla de Waterloo ó la de Sedán, ni las que, después de cada derrota, han dejado reducida Francia.

El positivismo de Augusto Comte tiene su parte ideológica; es la ley de los tres estados, que subordina el movimiento social entero al desarrollo intelectual, á las ideas primeramente teológicas, luego metafísicas, últimamente científicas y positivas. El *comtismo* francés es hoy la antítesis del marxismo alemán. Ve el uno principalmente la superestructura social, la presión inconsciente que se ejerce de abajo arriba. Los dos puntos de vista tienen su verdad, y nuestro Saint-Simon tuvo razón al unirlos. También es verdad que la parte de la conciencia y de la ciencia van aumentando á medida que la humanidad, avanzando en civilización social, se aleja del estado animal. La *idea-fuerza* está en el sentido del porvenir: un pueblo que tiene fe en las ideas, no puede ser acusado más que de anticipar con excesiva impaciencia lo que será realidad mañana. Tener fe en las ideas, en suma, es tener fe en la ciencia. Ahora bien, y que no se disguste por esto Marx, la evolución política y la económica, como también en gran parte la moral y religiosa, están dominadas por la de las ciencias y la filosofía. La «técnica» misma, de que Marx habla sin cesar, no es más que la ciencia aplicada á la industria; y ¿cómo negar que la técnica práctica no está bajo la dependencia de la teoría? Es una ley que se comprueba cada vez más, á medida que las ciencias mismas se hacen más instructivas y deductivas, más aproximadas á las matemáticas: tal es, por ejemplo, la química, en que la técnica está enteramente dirigida por la especulación teórica, y en la que se ha visto, primero

en Francia, luego en la patria de Marx, crear los sabios mediante síntesis, series enteras de cuerpos nuevos, con intervención capital en la industria.

II

LA LEY SOCIAL DE LA IMITACIÓN Y LA DE LA INVENCIÓN EN EL PUEBLO FRANCÉS

Se ha querido hacer de la imitación un fenómeno primitivo, fundamento del orden social. Admitimos (y éste es uno de los principios de las ideas-fuerzas) que toda representación intensa, exclusiva, tiende á cambiarse en acción, porque toda representación va acompañada de un movimiento; pero la imitación es sólo un corolario de este teorema, no un principio. La tendencia innata á la simpatía para unos y la antipatía para otros tiene sin duda su expresión *objetiva* en la imitación de los unos y en la no imitación de los otros; pero ésta es sólo *una* de las expresiones de la simpatía, no la única, en nuestra opinión, ni la más esencial. No llegaremos, pues, á decir con monsieur Tarde que la imitación sea por excelencia el fenómeno social; pero es incuestionable que es uno de los más importantes. El grado de sociabilidad en un pueblo se mide en parte por su poder y su gusto para imitar. No es cierto, como quiere Bagehot, que el poder de imitar disminuya con la civilización (1), ni que los pueblos más adelantados imiten menos. Lo que imitan menos es á sus predecesores; pero imitan más á sus contemporáneos. La civilización misma es una inmensa red de imitaciones, de acciones y reacciones mutuas; puédese, pues, estar cierto de que los pueblos van imitando más, lo cual no

(1) Bagehot, *Lois scientifiques du developpement des nations*, página 115.

excluye, sino que, por el contrario, provoca el movimiento paralelo de invenciones.

La imitación mutua es considerable en Francia y toma formas diversas, desde el cuidado de la pública opinión hasta el respeto á la moda. Malesherbes, viendo el extraordinario y creciente influjo de las ideas y la opinión de nuestro país, decía al principio del reinado de Luis XVI: «Se ha elevado un tribunal independiente de todas las potencias. Este tribunal público es á manera de juez soberano de todos los jueces de la tierra. Organos y ministros de la opinión estos literatos, que parecen ser los verdaderos reyes del siglo XVIII, no son menos poderosos en el público disperso que los grandes oradores de las democracias antiguas en medio de la asamblea del pueblo.»

En cuanto á la moda, ó para hablar como M. Tarde, la *imitación-moda*, que poco á poco reemplaza á la *imitación-costumbre*, trasporta la reciprocidad de imitación al presente en vez de unirla al pasado. En Francia la imitación de costumbre ha terminado por desarraigarse en gran parte. Todo lo que procedía del pasado, el pueblo francés ha tratado de destituirlo hasta el exceso. Monarquía, nobleza, privilegios de toda clase, tradiciones de región, locales, todo ha sido olvidado, nivelado, igualado. El racionalismo está demasiado asentado en Francia para dejar puesto al tradicionalismo. La costumbre de darse cuenta de todo y referirlo todo á sus razones no permite ya seguir por mucho tiempo la costumbre, únicamente porque es tal. En cambio, la imitación-moda ha tomado un desarrollo extraordinario, debido á la afición á ponerse de acuerdo con los demás. Y si existen selecciones sociales, como las hay fisiológicas, favorecen las primeras un cierto tipo adaptado á la nación, como las segundas el que está más en armonía con el medio natural. De aquí resulta que la nación imprime poco á poco su sello en todos los individuos; los que se apartan demasiado del tipo común, los originales y los excéntricos

corren el riesgo de no triunfar ni formar escuela, en cuyo caso su posteridad se extingue muy pronto. Así se impone el tipo medio general de la nación, que mantiene las variantes individuales entre límites más ó menos estrechos. Las naciones muy sociables muestran poco amor á los excéntricos, porque se apartan de la regla común; Francia es un ejemplo. No es que rechace la verdadera originalidad, la del mérito y la inteligencia, sino aquella que tiene en cierto modo que hacerse perdonar, conservando en las maneras exteriores, en el lenguaje, en el vestido, en el modo de vivir, las apariencias comunes á todos, que cada cual venga á reconocerse en los demás.

Un pueblo en que el espíritu de imitación parece estar tan desarrollado, no está en modo alguno por tal motivo desprovisto del de invención. No hay entre ambos términos la antítesis que se imagina, sino más bien una secreta armonía. Por nueva, en efecto,qu e pueda ser una invención, ni va á parar á la nada ni de la nada sale. Siempre proviene de un fondo común, y cuanto más rico es éste, más posibles hace las adiciones particulares que han de venir á enriquecerlo más. En la ciencia, por ejemplo, es claro que cuanto más leyes haya establecidas y conocidas de todos, más fácil es para algunos inducir de ellas leyes ó aplicaciones nuevas. M. Tarde ha llegado hasta decir que la invención es una confluencia de imitaciones; siempre ocurre que se produzca en una reunión de este género por un esfuerzo individual que hace surgir una idea aún no percibida. El triunfo progresivo de «la imitación-moda» en Francia sobre «la imitación-costumbre» no cierra, pues, en modo alguno toda salida, sino que, por el contrario, la abre á los descubrimientos. Cierto es que Francia ha llevado y lleva todavía su contingente á la ciencia, al arte y la filosofía. Como agita de modo enorme las ideas, no puede menos de encontrar en ocasiones algunas nuevas.

Es notable, por otra parte, que uno de los caracteres

de nuestro espíritu nacional, ya notado por César en los galos, es el amor á lo nuevo (1). Proviene este instinto de una sensibilidad viva, siempre con ansia de nuevas emociones. En tanto que bajo el antiguo régimen ha reinado la tradición, el pueblo francés, como todos los demás, ha sufrido su yugo. Una vez despojada la tradición de su prestigio en provecho de la moda, el pueblo francés se ha mostrado cada vez más ávido de novedades, hasta ser deplorablemente revolucionario en política.

La subordinación frecuente y aun habitual del individuo á la sociedad, explica también en nuestro país las alternativas de espíritu rutinario y revolucionario que admiran en nuestra historia. El primero es una forma de la sociabilidad, que hace que el individuo, reprimiendo excesivamente toda su iniciativa personal, subordine su yo á la tradición colectiva. El espíritu revolucionario es en Francia otra forma de la sociabilidad que hace que, al surgir una idea nueva, al esparcirse, al llegar á ser como una moda intelectual y sentimental, se sufre inmediatamente el contagio y se concluye prácticamente en la necesidad de cambiarlo todo. El espíritu revolucionario francés no es exclusivamente una protesta del individuo contra el todo, no es, como en otros países, una exasperación del individualismo, sino una repentina propagación á los individuos de una idea ya en parte colectiva, una especie de incendio por inflamación recíproca, una hilera de pólvora que estalla. La simpatía contagiosa ha desempeñado un papel detestable en nuestras revoluciones.

(1) Véase nuestra *Psychologie du peuple français*, libro I.

III

LAS LEYES SOCIALES DE COMPETENCIA Y COOPERACIÓN EN EL PUEBLO FRANCÉS

El instinto de la lucha por la vida existe en el interior de cada nación, como entre las naciones todas; es uno de los objetos de la sociología. O más bien la lucha por la vida es un elemento biológico que se prolonga á la sociología, y en ella encuentra un principio opuesto, el del acuerdo por la vida. El grado de sociabilidad de un pueblo puede medirse por aquel en que los instintos de unión superan á los de lucha y competencia. La lucha, en efecto, es principalmente individualista: procede de una individualidad que se coloca frente á otra y, en caso necesario, pugna con ella; conduce al triunfo de la individualidad más fuerte, de cualquier naturaleza que sea su poder físico, intelectual y hasta moral.

Si se buscan los pueblos en que la lucha por la vida es más universal, más áspera, más implacable, en donde los individuos se hacen la competencia más desenfrenada, no sólo por la subsistencia, sino por la fortuna ó el poder, no es seguramente Francia la que se encontrará á la cabeza. Gracias á su clima más dulce, á su larga historia, que ha suavizado las costumbres y desgastado las asperezas individuales, gracias también á su Revolución, al igualitarismo consecutivo que ha democratizado las fortunas, dividido las propiedades, aproximado las condiciones sociales, el instinto de combate y la competencia *por fas ó por nefas* han perdido entre nosotros mucha fuerza.

Con respecto á otros pueblos, Francia ha tenido el deber, durante largos siglos, de defender su propia integridad y conquistar su unidad; ha desempeñado un papel importante en la lucha por la vida entre las naciones; ha

visto desenvolverse en su seno el espíritu guerrero *(rem militarem)* que Catón concedía ya á los galos. El valor, y sobre todo el militar, constituye en gran parte, por lo demás, una virtud social. Lo es al menos en Francia, donde no predomina el valor solitario y concentrado en sí, sino la valentía expansiva y simpática, la que podía denominarse social, porque es el deseo de mostrar al grupo entero que el individuo es capaz de sacrificarse voluntariamente. El desprecio á la muerte, que admiraba á los romanos en los antiguos galos, era ya una virtud honrosa, de compañerismo y fraternidad social. «La intrepidez, el amor á la gloria, decía Napoleón I en su *Memorial de Santa Elena*, es en los franceses un instinto, una especie de sexto sentido. Cuántas veces, en el ardor de los combates, me detuve á contemplar á nuestros jóvenes reclutas que entraban en batalla por primera vez. El honor y el valor brotaban por todos sus poros.» En nuestros días, el genio guerrero está en parte contrapesado en nuestro país por el espíritu pacífico que han predicado los filósofos del último siglo y los republicanos de 1848, incluso Lamartine y Víctor Hugo. La tendencia de los franceses es mayor cada vez á la unión para la vida, no á la lucha por ella.

La dependencia ó independencia del individuo, con respecto al grupo, es una de las relaciones sociales más importantes para el conocimiento de los pueblos. Hemos visto que el anglo-sajón ó el germano, teniendo siempre un espíritu de independencia mayor que el nuestro, con respecto al grupo de que forman parte, sienten la necesidad innata de unirse á uno ó varios grupos que forman escala jerárquica. El germano, sobre todo, nos ha mostrado amor á la subordinación regular, aun cuando en el fondo sea muy individualista. El francés es mucho menos dócil y disciplinado; no quiere, por otra parte, unirse más que á grupos en extremo generales, como la nación mis-

ma, ó más aún, la humanidad. Lo que comprende mejor el espíritu francés es al individuo humano como tal ó la sociedad humana en sí, dos términos extremos que se tocan, uno de los cuales es el elemento social y el otro la colectividad social. Todavía comprende menos el alma francesa los intermediarios, que son las asociaciones particulares ó aun las personalidades que se destacan más ó menos del fondo común. Es este uno de sus graves defectos. Es necesario, por lo demás, tener en cuenta en este particular la prolongada sumisión á la autoridad que ha caracterizado la centralización tradicional en Francia. Además, la Revolución hizo la guerra á las asociaciones con la mira de reducir todo á la unidad de poder y á la igualdad de los ciudadanos; por esto ahogó el espíritu de cooperación pacífica en el pueblo francés. Tenemos que trabajar mucho para ponernos en este punto á la altura de los ingleses, de los alemanes y hasta de los italianos.

IV

LAS FORMAS SOCIALES EN FRANCIA: VOLUMEN, DENSIDAD, MOVILIDAD, DIVERSIDAD Y UNIDAD

Sabido es que una escuela sociológica, representada en Francia por Mr. Durckheim, atribuye á las «formas sociales» el principal influjo. Entiendo por formas sociales la cantidad y calidad de las unidades sociales, su homogeneidad y heterogeneidad, su manera de agruparse y unirse, en una palabra, todas las formas exteriores y todos los caracteres objetivos del agregado social (1). No somos de los que reducen toda la sociología al estudio de estas formas, y creemos que el estudio del fondo psicológico es esencial á la sociología misma. Pero no descono-

(1) Véase la *Introducción*.

cemos por esto la parte de acción que corresponde á las formas sociales: volumen de población, densidad, movilidad, variedad y unidad de sus elementos.

Una nación no progresa sólo en razón del clima, del suelo y la raza; se desarrolla también, y ante todo, en razón de la cantidad y calidad de sus unidades componentes. En la población misma, considerada desde el punto de vista de la cantidad, no basta considerar el número; hay que ver también la distribución en el espacio, según que la población esté concentrada: 1.°, en una capital; 2.°, en grandes ciudades; 3.° en los campos. En Inglaterra la capital representa el 11,20 por 100 de la población; las grandes ciudades de 50.000 almas, el 27; los campos y poblaciones pequeñas, el 61,80. En Francia tenemos: capital, 6,60; grandes ciudades, 9,90; campiñas, 83,50. En Alemania: capital, 3,20; grandes ciudades, 14,60; campos, 82,20. Ciertos sociólogos franceses, como Ad. Coste, antiguo presidente de la Sociedad de estadística de París, han querido medir el poder de las naciones modernas por la proporción de estos tres elementos, concediendo la acción principal—en lo científico é industrial—á las capitales y grandes ciudades. Para esto, se multiplican unas por otras las tres cifras pertenecientes á cada Estado (capital, grandes ciudades, campos) y se toma la media geométrica, con lo que se obtiene un índice de la fuerza nacional, al menos en cuanto depende del desenvolvimiento de las capitales y grandes poblaciones. Así Ad. Coste ha hallado para Inglaterra 155; Alemania, 121; Francia, 100; Estados Unidos, 74 (1). Por grande que sea el interés que estas cifras ofrezcan, no nos parecen tan significativas como se piensa. El poder de un pueblo ofrece elementos muy numerosos, que no pueden resumirse en una relación mutua de extratificación entre la capital, ciudades y campos.

(1) Ad. Coste, *L'Expérience des peuples*. Véase nuestra *Introducción*.

El mismo estadista, dividiendo los índices precedentes de poder nacional por los de población total, obtiene un cociente que le parece expresar el valor *social* de un país. Este nuevo cálculo da para la Gran Bretaña 152; Francia, 100; Alemania, 89; España, 77, y Estados Unidos, 44. Resultado tal hace más que sospechoso el método simplicista que atribuye á la cifra de la capital y grandes poblaciones tanta importancia y que considera las ciudades como órganos principales de una nación. Desconfiemos de las combinaciones de la estadística y de los pronósticos que se quieren deducir del espíritu de sistema, como debemos siempre desconfiar de los pronósticos fundados en la raza, el suelo y el clima. Que el país de mayor *ciudadanización*, y sobre todo el más *industrial*, sea Inglaterra, es todo cuanto puede deducirse de las cifras que preceden; pero el éxodo de los campos á las ciudades y de la agricultura á la industria, no deja de ofrecer graves inconvenientes sociales y morales. No está, por tanto, probado en modo alguno que el régimen demográfico de Inglaterra sea en sí mismo superior al de Francia, Alemania ó los Estados Unidos.

Francia era, en el siglo XVII, la potencia más importante de Europa; España había perdido ya su poder. Francia tenía entonces 20 millones de habitantes; Gran Bretaña é Irlanda, 8 á 10; Alemania, 19. Francia sufrió, sin embargo, en aquella época los efectos de una población grande y relativamente densa. Estos efectos son, según M. Durckheim y M. Bouglé, el hacer posibles relaciones económicas más numerosas y varias; el aumentar la división del trabajo entre los hombres; el aproximarles por esto mismo en asociaciones cooperativas; el darles mayor cohesión material y más unidad moral. Además, es cierto que las capitales y grandes poblaciones, por la condensación de la población y por las relaciones que establecen entre los espíritus más diferentes, tienden á precipitar el movimiento de las ideas y de la civiliza-

ción. Ahora bien, Francia ha tenido desde hace mucho tiempo París, cuya importancia intelectual no podía negarse. Francia ha visto también muy pronto aumentar la movilidad de sus elementos, la facilidad de comunicaciones y, por lo tanto, el mutuo rozamiento de las gentes. Todos estos fenómenos debían tender á aproximar los elementos de la nación francesa, á hacerles conocerse, á familiarizarlos, á aumentar en ellos el sentimiento de una cierta semejanza fundamental existente entre todos los hombres, que conduce á la idea general de humanidad ó de igualdad humana (1).

La complicación y unificación de las unidades sociales produce, por su parte, resultados análogos; ahora bien, Francia figura entre los países que se han unificado más pronto, conservando siempre una gran complejidad y riqueza de elementos. De aquí M. Durckheim y sobre todo M. Bouglé, han deducido que Francia era de las comarcas más dispuestas ya para la democracia, aun en los tiempos en que su gobierno era monárquico; se desprendía poco á poco del espíritu cerrado de casta y de sus tradiciones, para abrirse á ideas generales de humanidad, igualdad, perfectibilidad universales. El aumento de la sociedad en cantidad y calidad ha fortalecido, por lo tanto, en Francia el sentimiento de la sociabilidad, que ya tenía tan profundas raíces.

Pero no podemos detenernos en las *formas* sociales y en exterioridades; hay que tener en cuenta los *fines* sociales, cuyo pensamiento está siempre más ó menos presente en la conciencia de un pueblo, y que animan de algún modo las formas sociales, como un espíritu anima á un cuerpo.

---

(1) Véase, en este volumen, *El carácter romano.*

V

LOS FINES SOCIALES EN FRANCIA.—LA LIBERTAD, LA IGUALDAD

Todas las naciones conciben más ó menos claramente, aman con más ó menos ardor, persiguen con más ó menos constancia y energía los grandes fines sociales y morales. En Francia sabido es que estos fines se han resumido en la bandera republicana.

El espíritu de libertad forma seguramente parte del alma francesa; pero la palabra libertad se presta á bastantes interpretaciones. Importa, pues, comprender bajo qué forma el contacto mutuo y la historia han hecho comprender la libertad á los franceses.

Existe un ideal individualista de la libertad muy extendido entre los anglo-sajones y aun entre los germanos, consistente en una especie de poder conferido al individuo para que se baste á sí mismo, se gobierne fuera de la sociedad; αὐτάρκεια decían los estoicos, *self-government* dicen los anglo-sajones (1). Jamás falta en la noción francesa de la libertad la idea de sociedad. Concíbese la libertad como un poder de obrar igualmente en los diversos individuos; es una fuerza *social*, en el sentido de que está limitada y regulada por la sociedad, y de que la libertad de los unos implica igual libertad en los otros. La libertad aparece, pues, como una solidaridad de libertades individuales en el seno del todo. Por esto se ha acusado muchas veces á los franceses, no sin razón, de pensar en la igualdad más que en la libertad, de no mostrar en la práctica la iniciativa personal, casi indiferente para los demás, que es tan frecuente en otras razas, en que la personalidad está muy desarrollada.

(1) Véase, en capítulo anterior, *El pueblo inglés*.

En el fondo es la libertad *universal*, consiguientemente *racional*, más que la propiamente individual, la familiar al espíritu y al corazón francés. De ello resulta una consecuencia, que aún en la reivindicación de la libertad individual, siempre se atiende á la idea social, unas veces como fin que perseguir, otras, por el contrario, como yugo que romper. El individualismo francés se manifiesta con demasiada frecuencia en revoluciones contra la regla colectiva; la libertad se convierte entonces con facilidad en indisciplina y aun en licencia. En nuestros días vemos demasiados ejemplos de ello.

Esto ha causado el engaño de ciertos psicólogos y sociólogos respecto al pueblo francés. Mientras que observadores tales nos atribuyen «el espíritu societario», otros nos dan, por el contrario, el individualista, concebido como tendencia del individuo á libertarse de todo freno, de toda sujeción, de toda disciplina. Pero el espíritu de indisciplina no es en los franceses sino una reacción más ó menos pasajera contra el de sumisión á la autoridad social, que sentimos con mayor constancia é intimidad. Ya baje la cabeza, ya la levante con ánimo rebelde, el francés, repetimos, piensa constantemente en la sociedad; pónese *á su lado* ó *en contra suya;* no piensa tan sólo en desenvolver su personalidad, separado de los demás y en su fuero interno. Su individualismo aparente é intermitente no es el verdadero y profundo del anglo-sajón ó del germano; es menos una aptitud íntimamente personal que social. Ciertos franceses predican inútilmente, por una especie de moda inglesa, el *cultivo del yo:* el francés no puede resolverse á vivir en sí mismo: siempre está demasiado preocupado con el medio que le rodea, al cual le ata sin cesar su naturaleza expansiva, comunicativa y simpática. Posee las cualidades y defectos inherentes á un desarrollo demasiado escaso de la vida interior, con ventaja de la social.

Esta tendencia á no considerar la libertad sino bajo

una forma de sociabilidad, ha sido implantada poco á poco, en el alma francesa, por largos siglos de una civilización romana y de una monarquía muy centralizada, que había acabado por ser absoluta, y no permitía, en consecuencia, al individuo considerarse aislado. Ha sido también favorecida por el prolongado influjo católico, que tampoco concibe la libertad sino bajo la forma de solidaridad, de unión del individuo con la Iglesia, como miembro de una sociedad espiritual. El catolicismo hasta ha insistido mucho en la reversibilidad de las acciones meritorias y de las faltas, que es evidentemente un punto de vista solidario más que individualista.

El sentimiento de la libertad, tal como se ha desarrollado en Francia, explica las alternativas de sumisión á la autoridad y de levantamientos revolucionarios que llenan nuestra historia. La subordinación del punto de vista personal al social, ha producido igualmente en Francia el autoritarismo y la anarquía, forma tomada con excesiva frecuencia por la libertad individual. No es paradoja decir que la anarquía misma, en los pueblos neolatinos y franceses, no es en modo alguno el individualismo anglosajón ó germánico, que es también una especie de aptitud social, aptitud de sublevado tal vez, sin duda, pero que tiene además por objeto la sociedad y que en modo alguno expresa una vida intensa, concentrada en sí, bastándose á sí misma. El individualista anglo-sajón ó germano no es verdaderamente anarquista, y el anarquista francés es en el fondo socialista.

Una de las tendencias más manifiestas y menos puesta en duda del espíritu francés, es el amor á la igualdad. Nuestras ideas igualitarias tienen un doble origen, moral y sociológico, y ambos, al hallarse reunidos en Francia, debían imprimir considerable impulso al igualitarismo.

En su excelente estudio sociológico sobre las ideas igualitarias, M. Bouglé ha reconocido perfectamente que

constituyen ideas prácticas, que exigen el valor de la *humanidad* y el del *hombre* como tal hombre, que tienen en cuenta las *diferencias* individuales al propio tiempo que las *semejanzas*—reconociéndo á los hombres, por consecuencia, no las mismas facultades reales, sino los mismos *derechos* ideales—y reclamando finalmente «que, en sus acciones diversas, las sanciones se distribuyan, no *uniforme*, sino *proporcionalmente*». Definición semejante implica evidentemente ideas morales, filosóficas y aun religiosas; así asombra que el autor del libro, eliminando estas ideas, olvidando la acción de las doctrinas platónicas y estoicas, más tarde de las cristianas, y finalmente de los sistemas filosóficos del siglo XVIII, pretenda explicar la expansión de las ideas igualitarias por simples consideraciones sociológicas sobre las «formas sociales», por la cantidad y densidad de las unidades sociales, por su complejidad y unificación en las sociedades modernas, particularmente en Francia. Nosotros seremos menos exclusivos. Reconoceremos ante todo que lo que se ha desarrollado en Francia, desde hace dos siglos, es la noción de humanidad y el valor que corresponde al hombre por el solo hecho de serlo, es decir, el de estar dotado de razón, de simpatía y sociabilidad. Esta noción nos ha venido primeramente de la filosofía antigua y del derecho romano, que ha tratado á los hombres como iguales por la aplicación á todos de las mismas leyes y de igual común consideración (1). El derecho romano ha ejercido y ejerce aún en Francia un influjo profundo; por su carácter de universalidad, estaba adaptado de modo excelente al espíritu universal de los franceses; por su simetría y su lógica, convenía igualmente á los instintos lógicos y aun geométricos del pueblo francés. Por otra parte, el cristianismo había puesto en claro el valor infinito de los hombres como hijos de un mismo padre celestial, todos ellos imagen de la divinidad;

(1) Véase, en lo anterior, nuestro estudio del carácter romano.

y Francia abrazó el cristianismo con ardor. Pero la idea que debía desarrollarse principalmente en este país, no era solamente la de una igualdad mística de los hombres en Dios y para Dios; era la de una igualdad de derechos sobre la tierra y aun en la sociedad humana, en nombre de la justicia humana. Esta idea llena la filosofía del siglo XVIII, que es esencialmente humanitaria. Tenía que llevar á las teorías de la Revolución francesa, que se inspiraron al mismo tiempo en las ideas inglesas de libertad, en las americanas de igualdad, adaptándolas al temperamento social de Francia.

Por otra parte, concedemos que la expansión de las ideas igualitarias, una vez concebidas, se explica en gran parte por razones sociológicas, que no son de orden económico: «cantidad y calidad de las unidades sociales, complicación y unificación de las sociedades». Después de haberse preguntado por qué Francia fué el porta-estandarte del igualitarismo, Tocqueville responde que, entre otras razones, Francia era el más unificado de los países europeos. «Un cuerpo único y colocado en el centro del reino, que reglamentaba la administración práctica de todo el país: el mismo ministro dirigiendo casi todos los asuntos interiores.» Esta centralización, por sí sola, no hubiera bastado para hacer á Francia igualitaria, pero ha contribuído ciertamente á ello. Añadamos que, á pesar de todos los privilegios que la monarquía sostenía, las costumbres eminentemente *sociales* de los franceses habían acercado á los hombres de las diversas clases, ennoblecido el mérito y la inteligencia, concedido al talento el prestigio y el predominio final. El acceso á todas las funciones y á todos los puestos, abierto á todas las inteligencias, «sin otra distinción que la del talento y la virtud», como dice la *Declaration de los derechos*, he aquí, desde 1789, el ideal social de Francia. El culto á la inteligencia y el talento está en las costumbres y en la tradición del pueblo francés; es éste demasiado intelectualista

para no tener, respecto á la inteligencia, igual amor y fe que la que ya habían mostrado los griegos. En cuanto á las condiciones de fortuna, á las de herencia y jerarquía tradicional, todo esto le parece una sujeción, extraña al hombre mismo y á la humanidad. El único valor que considera es el valor social del individuo; es, por decirlo así, el valor humano del hombre. Sois, por vuestra inteligencia y abnegación, un ser en quien la sociedad vive, de quien ella recibe beneficios que han de ser provechosos á todos; tenéis desde luego derecho, por vuestra parte, á los beneficios sociales, sean los que quieran vuestro nacimiento, vuestra fortuna, vuestra posición. Tal es la idea de equivalencia racional que se halla en el fondo de todo espíritu francés.

Hacen constar los sociólogos en todos los pueblos relaciones de dominación y subordinación que se expresan en la *jerarquía* social. De todos los pueblos europeos, el francés es el que la tiene menos en cuenta, al menos en cuanto se funda en el nacimiento, el privilegio, la fortuna, la tradición misma y la historia. No admite apenas sino la superioridad natural del talento y la adquirida por méritos ó servicios. Todo lo que se asemeja á casta cerrada, á clase más ó menos celosa de sus privilegios, ha llegado á serle odioso. La «nobleza» no tiene ya prestigio alguno; la «burguesía» no tiene mucho más del que puede deber á la fortuna, y este prestigio es cada vez menos «popular» desde que el pueblo mismo se opone á la «clase burguesa». Hay en esto una tendencia al allanamiento social, que no tiene por fin hacer la nivelación intelectual y moral, sino suprimir, por el contrario, los escalones artificiales para reemplazarlos por una escala natural.

Según el individualismo, tan caro en la patria de Darwin, todo relajamiento excesivo llevado á la lucha por la vida, conduce en la sociedad á la detención del pro-

greso humano y aun á la decadencia, porque se iguala entonces las probabilidades de supervivencia entre el individuo mal dotado y el que es «apto». Hay en esta doctrina un elemento de verdad, que Francia misma no desconoce, aunque nunca le concede más que una importancia relativa. Una igualdad artificial entre todos los hombres, trabajadores ú holgazanes, inteligentes ó torpes, dulces ó brutales, llevaría ciertamente á la ocupación del progreso social. Tampoco es esta la verdadera justicia; debe darse á cada cual lo que le corresponde según sus méritos, pero no es ya para los franceses verdadera igualdad, puesto que el tratamiento igual de los que no son iguales equivale al desigual de los iguales. Establecer en una ecuación práctica que $2 = 4$, no es plantear una igualdad, sino bastantes desigualdades, y sencillamente caer en el absurdo. La igualdad no es, pues, la equivalencia mecánica de términos desiguales: es la igual libertad para manifestar las desigualdades mismas dentro de la sociedad. Cuanto más iguales son los hombres, más pueden revelarse sus diferencias, y de hecho, se revelan. Necesario es igualar los derechos para diferenciar las capacidades, y recíprocamente, hay que tener en cuenta las diferencias de capacidad para establecer la igualdad de derechos. Tal es, desde 1789, el concepto francés de la igualdad; es ante todo civil y práctica.

Para distinguir la igualdad indistinta de la justa equivalencia, se ha recordado muy oportunamente el ejemplo de los vasos comunicantes; si se vierte en ellos un solo líquido, los niveles serán los mismos; si se ponen líquidos diferentes, ya no lo serán, pero las alturas á que lleguen no dejarán de estar mutuamente equilibradas; en la esfera de lo «heterogéneo» no es justa, pues, la igualdad indistinta, sino la equivalencia ó el equilibrio (1). Pero

(1) M. Edmond Goblot, *Revue d'économie politique*, Enero de 1899.

cuando se añade, siguiendo la escuela economista é individualista, que si la competencia es libre, este equilibrio de los servicios cambiados se establece espontáneamente en virtud de una ley natural (1), se olvida que las condiciones de la libertad y de su ejercicio no serán las mismas, á despecho de los vasos comunicantes, si hay de un lado ricos que puedan esperar, de otro, pobres que morirán de hambre si no trabajan á un precio ínfimo. Soñar con «abolir» toda competencia verdaderamente libre y que se ejerciera en condiciones equitativas, sería renunciar al ideal de *justicia* para perseguir la quimera de la *igualdad* absoluta; pero no es quimérico, aunque así se diga, disminuir la competencia, sobre todo hacerla equitativa, es decir, en definitiva, igual en sus condiciones exteriores, para permitir á las diferencias interiores manifestarse y medirse en sus verdaderos efectos, no en los del medio y circunstancias extrañas. Por esto Francia, después de haber perseguido la igualdad jurídica, más tarde la política, persigue hoy la social, no en la forma de una nivelación absoluta, sino en la de una nivelación de las condiciones más esenciales de competencia entre los hombres dentro de la sociedad. El espíritu francés es demasiado lógico para detenerse en las consecuencias; amigo de la igualdad puramente civil y política, vémosle pasar cada vez más á la concepción de una igualdad más profunda, que sería la económica.

Cuando los adversarios de la democracia francesa confunden el espíritu de igualdad con la envidia, toman la desviación de un principio (por desgracia demasiado frecuente entre nosotros) por este principio mismo. La envidia es precisamente una protesta individualista contra el valor social ajeno; la verdadera igualdad es la exclusión misma de la envidia por el reconocimiento de un derecho semejante en todos á hacer valer las ventajas naturales y sobre todo adquiridas.

(1) *Ibid.*

Otro punto de discusión está en saber cómo un pueblo igualitario como el nuestro es precisamente de los que más aman las distinciones personales, las condecoraciones, puestos y dignidades. En primer lugar, las distinciones sociales concedidas al talento y al mérito son perfectamente compatibles con el principio de igualdad, puesto que constituyen, no ya privilegios hereditarios ó mercedes, sino el premio de un servicio personal hecho á la generalidad. Las distinciones y condecoraciones son accesibles á todo el que de ellas se haga digno; precisamente este carácter de *dignidad* verdadero ó aparente es lo que agrada á los franceses. Por otra parte, las distinciones sociales constituyen un *honor* cerca de todos, un lugar eminente en la opinión ajena; un pueblo muy sensible á la opinión y siempre inclinado á la vida de sociedad, no puede menos de tener debilidad por todo cuanto realza á un individuo ante los demás. En Francia tenemos la desviación demasiado frecuente y el exceso de un principio en sí justo.

VI

EL ESPÍRITU DE FRATERNIDAD EN FRANCIA.—LA IDEA DE SOLIDARIDAD

La mezcla de razas corta ciertos lazos y anuda otros. Los lazos que corta son los que unen los grupos sociales á determinadas especies biológicas y los hacen de este modo solidarios de la forma del cráneo, de la estatura, de la presencia y aspecto corporal, indicios de la constitución general. Los lazos que la mezcla de razas anuda son los que, entre seres biológicamente desemejantes, establecen una unidad psíquica y social. No llegaremos á decir que la idea general de humanidad, con el respeto que inspira, nace de la mezcla de razas; pero si por otra par-

te el movimiento intelectual ha hecho nacer esta idea, encontrará seguramente, en una nación muy mezclada, un medio apropiado para su desarrollo y su aplicación (1).

Kant atribuía á los franceses una «benevolencia caritativa», una «filantropía universal»; notaba que el francés «ama generalmente á las demás naciones». Según Heine, «la generosidad, una bondad no sólo general, sino hasta pueril, en el perdón de las ofensas, constituye un rasgo fundamental del carácter francés». Gioberti nos reprocha amargamente «el amor á los antípodas» y «la adoración al género humano» (2). Recordemos que la caballería se ha desarrollado principalmente en Francia y que los franceses han tenido siempre la pretensión de poseer la generosidad caballeresca. La pasión filantrópica dominó en Francia en el siglo XVIII. Mme. Roland escribía: «Siento mi alma algo cosmopolita... Alejandro deseaba otros mundos para conquistarlos; yo desearía otros para amarlos.» Recordemos finalmente que los galos, según Strabon, se hacían con gusto cargo de la causa de los que les parecía sufrían una injusticia. Francia era fiel á estas tradiciones generosas de su carácter cuando se alió á los Estados Unidos y combatió por su independencia; la parte ilustrada de la nación se enardeció ante la idea de libertad, el gobierno siguió el impulso general. El entusiasmo de La Fayette, de Rochambeau, las enérgicas operaciones de la flota francesa en todos los mares, no perjudicaron la causa de la independencia americana; y se vió al más antiguo rey de Europa, «fiel á las tradiciones de su raza y á la política de su país», hacerse aliado de la república naciente, «como sus antepasados habían sido los útiles aliados de las repúblicas del antiguo mundo y habían su-

(1) Es lo único que hay que conceder á M. Bouglé; véase *les Idées égalitaires*, pág. 153.

(2) Pueden verse numerosos textos acerca de este punto en nuestra *Psychologie du peuple français*.

cesivamente sostenido los cantones suizos, las ciudades libres de Italia, las provincias unidas de Holanda y los Estados confederados de Alemania. Francia no temió mezclarse en una larga guerra para conseguir un gran fin» (1).

La preocupación por la humanidad entera y los derechos generales del hombre fué uno de los rasgos manifiestos del movimiento revolucionario. Dupont decía en la Constituyente: «No se puede menos de hacer declaraciones (de derechos), porque la sociedad cambia. Si no estuviera sujeta á revoluciones, bastaría decir que se está sometido á *leyes;* pero habéis dirigido más alto vuestras miras; habéis tratado de prever todas las contingencias; habéis querido, finalmente, una declaración que convenga *á todos los hombres, á todas las naciones*. Es el compromiso que habéis adquirido á la faz de Europa; no hay que temer el decir aquí verdades de todos los tiempos y de todos los países». (Sesión de 18 de Agosto de 1789.) Por este carácter de amplia humanidad, y á pesar de sangrientas inconsecuencias, la Revolución nos había, en suma, conquistado las simpatías intelectuales de Europa, que el primer Imperio debía cambiar en antipatías. Recuérdense las palabras de Kant: «Hubo un tiempo en que creía que la ciencia y el afán de saber eran todo lo que honraba á la humanidad, y en que despreciaba al pueblo, que nada sabe; Rousseau me ha vuelto á la verdad. Mi presunción ciega se desvaneció entonces; aprendí á honrar á los hombres, y me encontraría bastante más inútil que el último de los artesanos, si no creyera que trabajar, como lo hago, en restituir á la humanidad sus derechos, puede dar valor á nuestros trabajos» (2). Restituir á la humanidad sus derechos era el programa mismo de la Revolución francesa, que Kant adoptaba. Un poco más

(1) Mignet, *Vie de Franklin.*
(2) Kant, *Werke*, II, 240.

tarde, sabido es cómo el poeta más grande de Alemania cantaba la «radiante esperanza» traída al mundo por Francia. «¿Quién puede negar que su corazón se ha ensanchado, que lo ha sentido latir con mayor libertad en su pecho á los primeros rayos de un nuevo sol, cuando se oía hablar de un derecho común á todos los hombres, de la libertad que exalta, de la preciosa igualdad? Entonces cada uno esperó gozar de su propia vida; entonces pareció romperse la cadena bajo la que gemían sujetas tantas naciones, y que sostenían la ociosidad y el egoísmo entre sus manos. En estos días de tormenta, ¿no tenían todos los pueblos fijos los ojos en la capital del mundo, que tanto tiempo lo había sido, y que, más que nunca, merecía este título magnífico?» (1). El Imperio debía destruir lo que la República había fundado. El movimiento de Alemania, natural y legítimo, en pro de la unificación interior y de la libertad, hemos dicho anteriormente cómo fué precipitado por Napoleón con su culpable política de conquista, reuniendo así todos los odios en contra nuestra; cómo dió de este modo el punto de resistencia necesario á la palanca alemana, cuya «potencia» era Prusia; cómo preparó la unidad germánica *á nuestras expensas*. En vez de abandonarla á su propia espontaneidad, que ya hubiera sido más que suficiente, este utopista la hizo existir contra nosotros y por nosotros. Es lo que más, sin disputa, debemos á sus miras de ilimitada dominación.

Las ilusiones ingenuas sobre la fraternidad de los pueblos cerraron los ojos de todos los franceses acerca de las feroces rivalidades que preparaban el choque de los

(1) «Entre nosotros, escribía Goethe, todavía no odiaba á los franceses, aun cuando haya dado gracias á Dios por habernos librado de ellos. ¿Cómo podía odiar á una nación que se cuenta entre las más civilizadas del mundo y que ha contribuído tanto á mi mismo desarrollo?...» «¿Cómo habría podido escribir cantos de odio no teniéndolo?» Por desgracia, la serenidad de Goethe contrastaba con el áspero resentimiento de casi todos sus compatriotas, excitados por nuestras locas empresas injustas.

pueblos. «Si la democracia francesa se hace cosmopolita, decía no obstante Quinet después de Sadowa, como será la única que se apartará del suelo natal, llegará á ser indudablemente juguete de todas las demás.» Es lo que no dejó de ocurrir; hemos sido engañados por Italia, por Alemania, por todas las naciones, que no deseaban más que dejarnos nuestro «humanitarismo» para conservar, fundar ó extender con más ó menos celo su nacionalidad. La política de sentimiento, que ha comprometido varias veces los destinos de Francia, debía ser vencida en la realidad por la de interés nacionalista.

No ha dejado de conservar obstinadamente Francia, á pesar de todos sus reveses, su espíritu humanitario, su sentimiento de solidaridad con las demás naciones. Bastaría que volviera á posesionarse de los miembros arrebatados á la patria, por la conquista, con desprecio del nuevo derecho de los pueblos, para que olvidase inmediatamente todas sus ideas ds resentimiento con los pueblos vecinos. Olvidadiza por temperamento, lo sería por voluntad y por razón; ¿no estuvo siempre dispuesta á «fraternizar» al día siguiente con los que combatía la víspera?

El espíritu francés de solidaridad no se extiende sólo á los vivos, sino también á los muertos. Sabido es que entre los galos el recuerdo de los muertos desempeñaba ya papel considerable; en la Galia se consideraba que estaban este mundo y el otro en continuas relaciones. Hemos mostrado en otro lugar que en nuestros días la religión última verdaderamente subsistente entre el pueblo francés, sobre todo en París, es el culto á los muertos. Augusto Comte, fiel á las tradiciones francesas, había fundado su culto sobre una base análoga; decía, con razón, que la sociedad está formada más por muertos que por vivos; quería que, entre aquéllos, los grandes bienhechores y los héroes vivieran siempre en la memoria de todos.

Guyau ha expresado ideas análogas en su *Irreligión del porvenir*. El día de difuntos, en París, ofrece el espectáculo de una inmensa procesión de todos los sitios de la ciudad hacia los cementerios.

La idea de solidaridad ha adquirido en Francia un desarrollo tan considerable, que está en camino de invadir, no sólo la sociología, sino la ética entera. Sobre ella se construye poco á poco una moral puramente laica, sin dogmas religiosos, ni aun metafísicos. La justicia, cuya idea es tan querida para la Francia moderna, aparece ser una consecuencia de la solidaridad, puesto que consiste, ya lo hemos visto, en la igualdad de la libertad en el seno de una sociedad cuyos miembros todos se consideran hermanos.

La forma social de la obligación es el honor. Mientras que el individualista se basta á sí mismo y dice con el estóico: *mea mihi conscientia majus est quam omnium sermo*; el que de otro se preocupa diría más bien: *omnium mihi conscientia majus est quam mea*. No sin razón se habla da la *religión* del honor, porque éste es un lazo análogo al que une á los hombres dentro de una sociedad espiritual; si no es el imperativo categórico, es el imperativo social.

Renan hablaba como verdadero francés cuando decía: «Una justicia obstinada, que concediera con implacable terquedad la libertad á todos, aun á los que cuando fueran dueños no la concedieran á sus adversarios, tal es la única salida que la razón vislumbra á los graves problemas que en nuestros días aparecen (1). La justicia inflexible es el fin perseguido por Francia, á través de tantos errores, faltas y hasta injusticias.

(1) *Questions contemporaines*, pág. 412.

VII

EL ESPÍRITU SOCIAL Y LA LITERATURA

El idioma de un pueblo es resultado de una larga serie de acciones y reacciones sociales; tiene, por lo tanto, un valor á la vez psíquico y sociológico de primer orden, que hace de él el molde pasivo y activo del espíritu nacional. Este último por el idioma se expresa, y al mismo tiempo que de él toma forma, adquiere energías para imponer á las generaciones futuras ciertas maneras colectivas de pensar y de sentir. La lengua francesa ha sido muchas veces estudiada desde este punto de vista. Nosotros mismos la hemos considerado así en nuestra *Psychologie du peuple français*. En ella hemos reconocido, para decirlo todo en dos palabras, un instrumento maravilloso de razón y sociabilidad; de razón, porque es medio para aclarar todas las ideas, hacerlas distintas y expresar sus relaciones lógicas; de sociabilidad, porque es medio para que puedan comunicarse á todos pensamientos y sentimientos, claros y distintos para todas las inteligencias, tanto como los mil matices individuales á que se presta este idioma, flexible, despierto y delicado, no estorban nunca á su carácter de generalidad, accesible á todos los espíritus. Es, podía decirse, especie de luz que lo penetra todo, que todo lo hace penetrable, por la que la individualidad de cada cual se hace trasparente para la colectividad entera. No puede ser francés sólo «lo que no está claro», sino lo que no es comunicable y sociable. Por original que sea cualquiera de nuestros escritores, abre siempre su alma á los demás por efecto de este lenguaje verdaderamente común á todos, de que está obligado á servirse; su yo, en vez de permanecer aislado, se ve obligado á unirse á los demás por la especie de ensan-

chamiento que le impone una lengua expansiva, flúida y etérea. Gracias á ella, todos reciben enteramente terminadas las formas de expresión racional y social; cada cual está invitado, en cuanto habla y piensa, á pensar según la razón y ley común; á pensar, no sólo para él, sino para todos.—Piensa y habla de tal suerte, dice esta lengua á cuantos de ella se sirven, que tus pensamientos y palabras puedan ser erigidos en fórmulas universales para todos los seres de razón.—La profundidad germánica, por real que sea frecuentemente, no es muchas veces sino oscuridad; la originalidad germánica, á veces, no es más que un modo enteramente personal y extraordinario de expresar conceptos comunes, una especie de individualismo en el método y el estilo. La claridad francesa puede sin duda engendrar, en ciertos escritores, una facilidad excesivamente superficial; pero en los pensadores genuinos, proviene de la profundidad misma á que penetra el rayo de luz que brota de sus ojos; es una abertura luminosa en el fondo de las cosas.

En la labor literaria, Francia concede seguramente el primer lugar á la originalidad; pero en tanto que muchos otros pueblos se atienen casi á este primer punto, tienen en poco la composición propiamente dicha y á veces hasta el estilo, la característica literaria del pueblo francés es el cuidado constante de la composición y la elocución. El orden de las ideas, el enlace y proporción de las diversas partes de la obra tienen importancia capital para un pueblo racionalista y lógico, que además quiere hacer su poesía accesible para la sociedad entera. El esmero en la forma y el estilo procede de los mismos cuidados, á los cuales es preciso añadir el sentido artístico.

Entre las manifestaciones artísticas hay dos que habrían de convenir particularmente á un pueblo de vida social y desarrollada: la elocuencia y lo que se denomina en sentido estricto literatura. La elocuencia es lo verdadero ó lo útil que se ha hecho, no sólo bello, sino que se-

duce á todos; es como la socialización, en un recinto más ó menos amplio, de los pensamientos y sentimientos de un espíritu que obra sobre los demás. Este arte expansivo, comunicativo, no podía menos de agradar á los descendientes de los galos, que ya amaban con exceso los bellos discursos y que representaban uno de sus dioses sujetando á los hombres con cadenas que salían de su boca. Hacer participar á los demás de las opiniones propias y arrastrarlos con uno, es alegría suprema para los franceses.

En cuanto á la «literatura» francesa, es una especie de elocuencia que se dirige, según las profundas palabras de Malesherbes, no á las gentes reunidas en la plaza pública, sino á los hombres dispersos. Los literatos como Pascal, Montesquieu, Voltaire, Diderot, Rousseau, Chateaubriand, Taine, Renan, son oradores que hablan al mundo entero y que tratan de hacer triunfar una idea. La propaganda por las letras es una de esas conquistas pacíficas que Francia ha perseguido siempre y que aún persigue. En el siglo último, y durante todo el décimonono, fué escuchada por el mundo entero. Es que el carácter alado y ligero del espíritu francés no excluye en modo alguno lo serio. El mismo Pascal, que realizaba altos descubrimientos científicos y que depositaba en el papel sus pensamientos más profundos, sabía, como anteriormente hemos referido, manejar la ironía y la fina burla para atacar la moral jesuítica. Este gran geómetra y polemista, que ha escrito á la vez los *Pensamientos* y las *Cartas provinciales*, es uno de los más puros y completos representantes del espíritu francés, ardiente y lógico, penetrando sucesivamente en lo más profundo de las cosas, ó moviéndose tranquilamente á su alrededor para percibir todos sus aspectos.

El teatro tenía que adquirir en Francia un desenvolvimiento muy particular, porque es verdaderamente una institución y una obra social. Si nuestros autores dramá-

ticos estudian poco el *yo*, el desarrollo de la personalidad, la manera cómo un carácter surge de las profundidades de lo inconsciente y cómo las pasiones más contradictorias surgen á su vez del carácter mismo, es que no son individualistas en su teatro. La tragedia francesa y aun el drama francés, permanecen esencialmente sociales; al retratar individuos, nos representan realmente una pintura de la sociedad. El trágico francés es todavía más un moralista que un psicólogo.

¿De dónde procede la abrumadora superioridad de la comedia francesa? Es que en el fondo la comedia es además una obra esencialmente social. Lo cómico no es, lo hemos dicho ya, más que una desviación de la regla social, fustigada por la opinión de la sociedad. La comedia no es más que la vindicta general respecto á los extravíos de una personalidad que sólo ve su persona y sus pasiones; el arma para esta venganza es la risa, sentencia social en acción, fenómeno de simpatía social traducida en una común antipatía con respecto á un individuo demasiado singular y perdido en sí. Es una sentencia de excomunión que no tiene otra sanción que la crítica misma, con nota, no de «infamia», sino de «ridículo».

En el teatro el elemento personal consiste en la *pasión* ó el *carácter* individual. Este último es aún inconsciente, porque es en gran parte fisiológico y representa profundidades no sondeadas de la naturaleza en el seno de la humanidad. Por lo mismo, es el aspecto no social del hombre, aquel por el que opone su yo natural al de los demás, á la sociedad entera. ¿Es este aspecto el que preferirá pintar un pueblo en que domina el espíritu social? No. En lugar de abrir perspectivas en las sombras del fondo inconsciente, se complacería en las regiones luminosas de la conciencia, donde no sólo él mismo ve claro, sino donde los demás ven claro como él. Es la parte del yo diáfana para todos, la que le parecería más interesante y única digna de ser representada, ya en la tragedia y la

comedia, ya en la novela, ó, lo que es aún más fuerte, en la poesía lírica (1).

Francia ignoró mucho tiempo el verdadero lirismo en la poesía. El carácter francés no era lo bastante concentrado para favorecer el descubrimiento de una poesía que es, sobre todo, expresión de los sentimientos íntimos, de la individualidad que en sí misma reflexiona. En tanto que el lirismo alemán, por ejemplo, es, como nos lo ha dicho anteriormente M. Meyer, de naturaleza eminentemente solitaria, el francés ha conservado el carácter expansivo y social. Aun cuando Lamartine y Víctor Hugo hablen de sí mismos, es para expresar sentimientos muy generales y comunes á todos; á pesar de tantos matices individuales, sus alegrías, sus penas, sus acciones, esperanzas y desesperaciones conservan algo de impersonal y humano. Es esto tan verdad, que ha podido acusárseles de exponer muchas veces lugares comunes, sin pensar que son *sociales*, historias del alma universales. Víctor Hugo, por otra parte, ha desarrollado ideas filosóficas y sociales, menos comunes de lo que se cree. Guyau, en su *Arte desde el punto de vista sociológico*, M. Renouvier en su *Victor Hugo filósofo*, han hecho ver cuántas ideas profundas, y sobre todo generosas, encierran estos supuestos lugares comunes acerca del progreso humano, del porvenir de las sociedades, del triunfo final de la democracia y de la justicia en la democracia. Según Nietzsche, que ha leído mucho nuestros autores y que ha sabido traducir á su lengua determinadas propiedades de la nuestra, «la nobleza europea, la del sentimiento, el gusto, las costumbres, la nobleza, en fin, en la acepción más alta de la palabra, es obra é invención de Francia». Ahora todavía, añade, Francia es «asiento de la cultura más intelectual y refinada de Europa y alta escuela del gusto». Hay tres cosas, según Nietzsche, que los franceses pueden presentar con

(1) Véase la *Psychologie du peuple français*.

orgullo como su herencia y posesión, como signo indefectible de su antigua supremacía civilizadora sobre Europa: en primer lugar, «la facultad de entusiasmos artísticos, de abandono á la forma que creó, entre muchas otras, la frase *el arte por el arte*. No ha faltado nada de esto en Francia desde hace siglos, y gracias al respeto al *menor número*, una especie de música de cámara de la literatura, que no podría hallarse en el resto de Europa, no ha dejado de ser posible. En segundo lugar, «los franceses pueden fundar su superioridad en Europa en su antigua y múltiple cultura moral, que hace se encuentre por término medio, aun entre los novelistas poco importantes de los periódicos y gentes de posición baja, una susceptibilidad y curiosidad psicológicas que no se ven en Alemania, y de que los alemanes ni aun tienen idea». Existe además, según Nietzsche, un tercer derecho á la superioridad: el alma de los franceses presenta una síntesis á medias del Norte y del Mediodía, que les hace comprender y hacer bastantes cosas que un inglés jamás percibiría; su temperamento, periódicamente atraído y rechazado por el Mediodía, y que llena de tiempo en tiempo la sangre ligúrica y provenzal, les preserva del espantoso *gris sobre gris* del norte, de los fantasmas de ideas pálidas y anémicas—, *nuestra* enfermedad del gusto, de nosotros los alemanes, contra lo que se prescribe en estos momentos, con la mayor energía, *hierro y sangre*, quiero decir, la *gran politica*, conforme á una grande y peligrosa mediación que hasta ahora me hizo esperar y esperar todavía, peso sin enseñarme á esperar» (1).

(1) *Par delà le bien et le mal*, págs. 206 y 207 de la traducción francesa.

VIII

EL ESPÍRITU SOCIAL Y LA CIENCIA

La nación francesa no tiene sólo espíritu literario; posee espíritu científico, si es cierto que la ciencia es la lógica aplicada á lo real, y que está formada de ideas distintas, no de ideas confusas. Citando preferentemente el testimonio de un americano, M. Lester Ward ha dicho: «No hay error más grande que representarse el espíritu francés ligero y vulgar. He oído á matemáticos, astrónomos, físicos, reproducir el error en cuestión en las grandes esferas de sus respectivas ciencias. Todo químico, anatómico, fisiólogo, está obligado á familiarizarse con las ideas francesas acerca de estas materias.» Fué Lamarck, como observa muy bien M. Lester Ward, quien realmente abrió el camino á la nueva *biología* y la dió nombre. La economía política, con todos sus méritos y sus defectos, principió, gracias á los fisiócratas. «En el término mismo de *altruismo*, Augusto Comte estableció los fundamentos de una ética científica.» Hay que notar que las principales ideas de Comte están hoy extendidas y tienden á dominar en el mundo entero. «El espíritu francés, continúa M. Ward, penetra en el corazón mismo de cada problema social, lo aborda, y no se aparta de él por los obstáculos prácticos.» Reflexión muy justa, que pinta de modo excelente la confianza del francés en la razón, en la ciencia, en la teoría bien deducida y justificada. «El espíritu francés, termina Mr. Ward, ha sido el gran *organizador* del pensamiento humano, dejando los pormenores y dificultades de rozamientos á las escuelas alemanas é inglesas. Francia ha forjado la *cadena* de la ciencia y la filosofía; otras naciones la trama» (1). M. Lester Ward había debido también mencio-

(1) *Outlines of sociology*. London, 1898, pág. 9.

nar la inmensa revolución operada en la medicina y la higiene por los trabajos de Pasteur; la medicina microbiana es una de las glorias de Francia en el siglo XIX, como su intervención en la constitución de la química analítica con Lavoisier en el siglo XVIII, de la sintética con Berthelot en el XIX. Finalmente, la serie de los geómetras franceses nunca se ha interrumpido desde Descartes, Fermat, Pascal, Lagrange, D'Alembert, Monge, Laplace, Cauchy, hasta los matemáticos actuales de la escuela francesa, en nada inferior á la alemana ó á la inglesa.

La competencia entre los pueblos, por la extensión del mercado universal y el aumento de la población obrera, crece sin cesar: ¿cómo, pues, los industriales podrán contar de una manera duradera y segura, como antes lo hacían con el alto elevado precio de los productos y la baja de los jornales? Hoy la verdadera fuente de riqueza que «no se agota», es la ciencia; la sociedad futura, apoyando la industria en el trabajo científico y en los descubrimientos de la ciencia, especulará sobre los secretos de las cosas en vez de especular sobre el trabajo humano. Es lo que han tenido el mérito de comprender los franceses y los alemanes. Al mismo tiempo se han elevado por encima del empirismo. Los «hechos» mismos, ¿no son un encuentro de verdades científicas, una aplicación compleja de teorías entrelazadas, cuyo enredo hay que desembrollar previamente para hacerse dueño á la vez de lo verdadero y de lo ideal? Los procedimientos empíricos, los «manejos», la técnica, son reductibles á leyes y métodos científicos; descubrir la razón de estos procedimientos, hacer así racional el empirismo, es el cuidado constante de la ciencia y la industria en Francia, y sobre todo en Alemania. Si puede hacerse científicamente la guerra á los hombres, ¿cómo no se haría científicamente á la naturaleza, con objeto de conquistarla? La actual inferioridad de la ciencia francesa con respecto á la alema-

na, está en que la primera es todavía demasiado teórica, y que los sabios franceses, por una especie de pundonor mal fundado, no se han dedicado lo bastante á la industria y la práctica del comercio. Es una falta de que debemos corregirnos en Francia.

IX

EL ESPÍRITU SOCIAL Y LA RELIGIÓN

Si en religión la Reforma no podía dejar de convenir al individualismo germánico y anglosajón, se avenía seguramente menos con el espíritu francés, más desconfiado con respecto á la personalidad individual, más habituado á reglas de creencia universal. Aun cuando el misticismo mismo, casi desconocido en Italia, haya tenido en Francia ilustres representantes, sobre todo en la forma del amor místico, en Gerson y Saint Victor, es incuestionable que el espíritu místico era opuesto juntamente al racionalismo francés y á la sociabilidad francesa; al racionalismo, porque el místico quiere precisamente elevarse por encima de la razón y de sus métodos, para entrar en comunicación con Dios por el sentimiento ó la fe personal; á la sociabilidad, porque el alma del místico mira toda hacia sí, á lo más profundo de su ser, á un Dios que es *intimior intimo nostro*. La sociedad humana, para el místico, pierde su valor esencial; no es ya un fin, sino un simple medio, y aun muchas veces motivo de enojo; su único fin es la unión del yo con Dios, no la unión del yo con la sociedad universal. Hay en la Reforma una inspiración mística; el creyente penetra en sí, no escucha ya la voz de la Iglesia común, sólo atiende la voz misma del Espíritu Divino que va á hablarle en su conciencia, sin otro intermediario que la Biblia. Por sublime que esta actitud sea, tiene sus peligros; el creyente

puede muy bien tomar su propia voz por la voz divina, y, ya lo hemos visto, al término del misticismo está el fanatismo (1). Siempre ocurrió que el espíritu de claridad, de orden, de regla social, de ley racional comúnmente aceptada, de legislación impersonal y universal, que caracteriza á los franceses latinizados como caracterizó antes á los romanos mismos, ofreciera grandes obstáculos para la victoria de la Reforma en Francia.

Nuestro país debía, sin embargo, tener también una Reforma á su modo, pero enteramente filosófica, constituída por completo por reglas de razón y máximas de filosofía universales: era una Reforma humanitaria laica, en que ya no inside la conciencia individual que se encierra en sí, sino la razón de cada cual, que se identifica con la de la humanidad. Al catolicismo religioso debía suceder en Francia una especie de catolicismo filosófico del libre pensamiento, siempre sin misticismo, sin individualismo, con la sociabilidad por fondo, los derechos del hombre por dogma, la justicia por única regla. Sabido es que Descartes había establecido el principio del libre examen en la forma más absoluta y más filosófica, aconsejando la duda metódica universal y la sumisión á la sola razón, maestra de claridad y de distinción en las ideas, órgano de luz y de verdad. No había hecho más que una restricción, de orden enteramente práctico, en favor de dos cosas no incluídas: la legislación y la religión. No había querido extender su examen á las *leyes* y las *creencias* de «su país». Restricción tal, sólo podía ser provisional. El racionalismo francés no tardó en dedicarse, con todos los recursos de la crítica filosófica, á las dos materias dejadas aparte: leyes y creencias, ambas de orden eminentemente *social*. En una palabra, fueron los fundamentos mismos de la organización social y de las creencias sociales los examinados, criticados, socavados

(1) Véase anteriormente *La religión en Alemania*.

por el siglo XVIII, no con un fin tan negativo como parece, sino con el fin positivo de preparar una humanidad nueva, una sociedad conforme á un tiempo mismo con la «naturaleza» y con «la razón». A la noción general de humanidad se unieron las dos ideas que eran su desenvolvimiento: 1.ª, la de justicia y de los «derechos del hombre», del hombre en general, no más francés que inglés ó alemán; 2.ª, la de la «felicidad» del género humano. Ambas fórmulas están sin cesar en boca de los escritores franceses desde el siglo XVIII. Constituyen á modo de un cartesianismo ampliado, sin restricción ni reserva, en que la investigación de la *evidencia* racional viene á confundirse con la de la *justicia* y *felicidad* universales.

De aquí proceden todas las fórmulas particulares en que se ha realizado el espíritu francés: «Odio al fanatismo», á las «persecuciones religiosas ó políticas», «tolerancia y libertad de pensamiento», «emancipación del género humano». De aquí también el horror creciente á las instituciones feudales y monárquicas, privilegios de todas clases, que los mismos privilegiados habían de abandonar en la noche del 4 de Agosto. De aquí el odio á las desigualdades, á la esclavitud, atentado á la libertad natural, el horror á la guerra, los ensueños ingenuos de paz perpetua, la fe final en la perfectibilidad humana, y más particularmente en la de las instituciones políticas ó sociales, que la ciencia debe conformar con la razón. Así se fundaba esta especie de República intelectual que traspasaba nuestras fronteras, en que venían á unirse los espíritus más libres y más elevados del mundo entero; el francés ilustrado, como el estoico, se consideraba entonces ciudadano del mundo. El carácter de esta época está en que Francia, cuyo Gobierno no figuraba ya á la cabeza de Europa, ejercía, sin embargo, la hegemonía intelectual por su sociedad, su filosofía, su literatura. Debía tal hegemonía, no sólo á «la universalidad de la lengua

francesa», sino á la del espíritu francés, y, si puede decirse, de la sensibilidad francesa.

La fe en la perfectibilidad humana se ha desarrollado, sobre todo, en Francia, desde Pascal á Fontenelle, Condorcet, Turgot, Saint-Simon y Augusto Comte; constituía una especie de religión intelectual y racional, que convenía á un pueblo para quien la razón es el poder supremo. La fe en la ciencia, incluso en las ciencias morales, sociales y filosóficas, ha permanecido absolutamente indestructible en Francia: ninguna vuelta ofensiva del «fideísmo» católico podría destruirla. Imaginar que nuestro país, de libre pensamiento y libre examen, va á volver atrás, á dejar de razonar y discutir para creer ciegamente, es alimentar una ilusión psíquica y social á la vez. Inútilmente se proclamará la bancarrota de la ciencia; en realidad somos en todas partes testigos de la de la fe ignorante, aun cuando esta ignorancia aparezca con el nombre de ciencia. La reacción en favor de los dogmas es en Francia enteramente superficial, tanto más cuanto que está dirigida por un cierto número de literatos, que ellos mismos no parecen tener siempre fe. No hay ejemplo de que se haya llevado tras sí á los pueblos, aconsejándoles creer, por su interés, lo que parecía no creer el consejero. Hay, pues, que decidirse: la fe católica va disminuyendo en Francia, y sólo puede ser reemplazada por una fe filosófica y social. Por otra parte, el espíritu francés tiene horror á los términos medios, á compromisos más ó menos ilógicos: no puede, por lo tanto, esperarse (con monsieur Renouvier) que el francés, al dejar de creer en el catolicismo, sentirá la necesidad de creer en el protestantismo, porque la cantidad de misterio ó milagro es en él menor, la de razón más grande; la fe en los misterios no le parece cuestión de cantidad; uno de los caracteres del espíritu francés es el radicalismo lógico: todo ó nada. Si puede admitir una encarnación ó una trasubstanciación, ¿qué le importará el grado ó la forma del dogma teológi-

co? Su necesidad de claridad, ó abdicará del todo, ó querrá una satisfacción completa; será enteramente creyente ó del todo incrédulo. Asimismo el francés no tiene gusto alguno por el *simbolismo*, caro al alma germánica: no da un sentido nuevo y poético á los dogmas antiguos; no los trasforma en metáforas, alegorías y mitos filosóficos; fiel al espíritu de Descartes, ó los aparta enteramente con respeto, ó los rechaza del todo en nombre de la razón. Ninguna consideración política deducida del interés de las masas, de la «religión necesaria al pueblo», le hará admitir una alteración cualquiera de lo que cree ser la verdad. Para él no hay símbolo que perdure: es ó no es, adora ó quema; pero no adora quemando. Los inconvenientes prácticos de esta intransigencia racional pueden ser grandes (y estamos lejos de negarlos); pero el francés tiene precisamente por convicción el que la práctica termina siempre por conformarse á la teoría, como la teoría *verdadera* concluye por realizarse en la práctica. Nadie le persuadirá de que dos y dos son siempre cuatro para la ciencia, pero no en la realidad. Como Pascual, no separa el espíritu de finura y el de la geometría, y cree que la sutileza para percibir las menores variantes no es más que una geometría más sutil, ó más bien una lógica más fina (1).

---

(1) Inútil es que Francia sea cada vez más descreída; los obispos franceses no por eso tienen menor derecho á sostener que esta nación es aún, de todas las europeas, la que con respecto á las demás se conforma en mayor grado con el espíritu evangélico de justicia y caridad, como con el caballeresco y humano del honor. ¿No se ha oído recientemente decir al obispo de Orleans, desde el púlpito de Notre-Dame?:

«Una vez disipado el humo del combate, jamás hubiéramos sido vengativos con el enemigo. Ni con Behanzín, ni con Samory fuimos crueles porque ellos lo fueran con nosotros. Abd-el-Kader murió libre y siendo nuestro enemigo. No tenemos isla de Santa Elena para los vencidos.

»En cuanto á las naciones europeas, ¿cuál, que hayamos derrotado, no pudo sin violencia firmar en seguida la paz? ¿De cuál

X

EL ESPÍRITU SOCIAL EN LA FILOSOFÍA Y LA SOCIOLOGÍA

La filosofía francesa ha producido á la vez el racionalismo de Descartes y el positivismo sociológico de Comte. Los alemanes censuran por lo general á Francia, á sus filósofos, á sus escritores, á sus hombres de Estado, haberse quedado en una concepción puramente *mecánica* del mundo y la sociedad, en tanto que Alemania se habría elevado á una concepción *orgánica*. Para los franceses, el mundo sería aún análogo á una máquina artificial, cuyas ruedas inertes reciben y trasmiten el impulso venido de fuera; por el contrario, la filosofía alemana había tomado por tipo universal la noción de la *vida*, con su espontaneidad interna y su desarrollo de dentro afuera. Ins-

---

hemos retenido pertenencias? ¿Contra cuál hemos obrado con felonía?

»Si un día fué quemada la escuadrilla turca en el puerto de Sinope, no fué, sin duda, por culpa nuestra.

»Si Dinamarca quedó despojada del Slewig, del Holstein, del Luxemburgo, no fué en provecho nuestro.

»Si alguien se ha engrandecido por la política de levantamientos, de motines, de revoluciones fomentadas en el país vecino, no ha sido Francia.

»Si alguna Alsacia-Lorena se agita todavía dolorosamente, sufrimos con ella.

»No hemos tomado Saboya ni Niza. Ni siquiera su soberano nos las ha trasferido. Se han entregado á nosotros.

»Si la guerra se ha enconado alrededor de alguna isla del Atlántico, en que se extienden llanuras fecundas en caña de azúcar; si hoy todavía el azote matador de hombres se ensaña en lugares donde se encuentra más de un yacimiento aurífero, el mundo sabe á quién atribuirlo. No lo hará á nosotros.

»Desde Bonaparte, desde que la nación, libre del poder absoluto, tiene la responsabilidad de sus destinos, hemos permanecido fieles á nuestro ideal de justicia y de honor.»

No deja de tener interés ver en boca de un representante de la autoridad católica esta elocuente reivindicación de la generosidad humana, tal como la entiende la Francia democrática.

pirándose en estas ideas, un historiador francés ha llegado á decir que el levantamiento de 1813 contra la tiranía napoleónica, es un simple episodio del duelo entre la concepción mecánica y la orgánica del mundo, entre la Enciclopedia y el Kantismo, entre Voltaire y Herder. Esto no lo podemos admitir. Sin las agresiones del primer Imperio, estas dos ideas se hubieran pacíficamente desarrollado la una frente á la otra. Montesquieu, Diderot, Rousseau, Buffon, habían preparado las doctrinas de evolución orgánica y vida interna. Pero no las habían dado forma sistemática: hasta en su naturalismo y su panteísmo habían conservado algo del racionalismo francés. No podríamos reprochárselo. Ciertamente, en la concepción de la naturaleza, es un alemán, Leibnitz, quien sustituyó primeramente el mecanismo cartesiano con la «espontaneidad», la vida desenvolviéndose por su propia fuerza y su secreta ley. El mecanismo no es, sin embargo, en la filosofía francesa, sino la exterioridad de las cosas; es la inteligencia; son las «ideas» las que animan y mueven el interior. La filosofía francesa, desde Descartes, es principalmente *racionalista;* persigue la plena satisfacción de la inteligencia por medio de la universal inteligibilidad; el mecanismo mismo no es, por tanto, valedero á sus ojos en la explicación de la naturaleza, sino porque es la reducción de las cosas á la inteligibilidad, por medio de las ideas de espacio, número, figura y orden. Descartes, por otra parte, ha visto á su vez por encima del pensamiento una voluntad superior á sus leyes; Pascal ha elevado sobre el dominio de la inteligencia el de la «caridad».

Verdad es que la tendencia propiamente mística, es tan rara entre los filósofos franceses como frecuente en los alemanes. Por esto mismo, la idea social ha tomado entre nosotros, sobre todo en el siglo XIX, un desarrollo extraordinario. Si Alemania es el país en que había de tener éxito principal la filosofía de la historia, que, por lo demás, había tenido en Francia como representantes á

Bossuet, Montesquieu, Voltaire, Turgot, Condorcet, Francia debía ser más bien el país de la sociología, ciencia más verdaderamente universal y objetiva, que trata de deducir relaciones generales y constantes.

El pueblo francés, en dos ocasiones, puso los fundamentos de una ciencia de la sociedad, primero bajo la forma de una economía política, luego en una forma más amplia de la sociología positivista. Bois-Guillebert y Vauban fundaron la economía política; Gournay, para protestar contra la prohición de la exportación de granos y su circulación por el interior, encontró las célebres palabras, tan lejos después de su verdadero sentido: *laisser faire, laisser passer*. Quesnay, médico de cámara del rey, recogió estas doctrinas y las propagó en su *Physiocratie ou constitution naturelle des gouvernements*, que llegó á ser á modo de manual de la escuela nueva de los economistas. Todos estos trabajos, austeros sin embargo y técnicos, encontraron en Francia el mayor favor, porque trataban de cuestiones sociales y tenían por objeto no solamente la producción, sino también la justa distribución de las riquezas.

En cuanto á la sociología propiamente dicha, es una ciencia francesa de origen, en armonía con el carácter del pueblo francés. Una nación que tiene conciencia de su propia existencia social muy desarrollada, al mismo tiempo que la idea más progresiva de la sociedad universal, debía ser la primera en preguntarse si la sociedad misma, como tal, no puede llegar á ser materia de ciencia. El amor á la generalización y á la unidad lógica, tan grande en Francia, había inspirado en el siglo XVIII la *Enciclopedia*, que tenía por fin mostrar la unidad de todas las ciencias. Condorcet y Turgot pusieron los primeros asientos de una disciplina que estudiaría las sociedades humanas y su desarrollo por un método análogo al de las ciencias naturales. Saint-Simon concibió formalmente la fisiología social; Augusto Comte halló el nombre de so-

ciología, al mismo tiempo que sentaba los principios esenciales de la nueva ciencia y distingía la estática social de la dinámica. Augusto Comte ha visto que toda afirmación científica es la de una *relación* entre dos hechos, y que siendo toda relación un descubrimiento de orden intelectual, la ciencia es el triunfo constante del espíritu sobre la materia, «la intelectualización de la materia»; afirma que la supremacía científica, la presidencia filosófica, la universal dominación, pertenece á la sociología y la moral. Es de los que han admitido implícitamente que las ideas son fuerzas y guían al mundo. Escribe: «La legítima supremacía social no pertenece á la fuerza ni á la razón, sino á la moral, que domina igualmente las acciones de la una y los consejos de la otra.» Y dice además: «El tipo de la evolución humana, individual y colectiva consiste en el ascendiente progresivo de nuestra humanidad sobre nuestra criminalidad, según la doble supremacía de la inteligencia sobre las inclinaciones y del instinto simpático sobre el personal; así resulta directamente, del conjunto del desarrollo especulativo, el dominio universal de la moral.

La filosofía francesa del siglo XX deberá reanudar, con un método nuevo, la obra del siglo XVIII.

Fué esta labor el culto de la razón y la ciencia, la busca de una moral sin dogmas, natural y social á la vez, de una política racional fundada en la idea de justicia, de una religión puramente humana, teniendo por artículo principal de fe la perfectibilidad de la humanidad y aun del universo. Pero la labor fué mal realizada, por literatos más que por filósofos, y la obra fracasó en parte.

La primera mitad del siglo XIX, fué, como hemos mostrado en otro lugar (1), una vasta reacción del tradicionalismo francés contra el racionalismo, del naturalismo

(1) Véase *La France au point de vue moral.*

contra el idealismo, del culto de la fuerza contra el del derecho, y, por consiguiente, de todos los adversarios de Francia contra el espíritu francés. El siglo XX recogerá, lo esperamos, dándole una forma menos ingenua, más profunda y científica, el racionalismo francés: la razón debe terminar por tener razón.

Además, imprimirá una dirección francamente social á la moral y la política, hará que ocupe la cuestión social el primer lugar. Esta grande obra, verdaderamente humanitaria, será nuestra revancha intelectual contra la filosofía alemana é inglesa, contra la glorificación germánica del triunfo y la conquista, contra el darwinismo anglosajón en moral, en política y en economía política.

Desde hoy, los filósofos, moralistas y sociólogos de Francia deben consagrarse á lo que podía llamarse justificación de la idea de justicia. Necesitamos para esto pensadores, que en vez de ser simplemente, como Voltaire ó Rousseau, hombres de espíritu ó de elocuencia, tengan toda la profundidad filosófica de Descartes, de Pascal; que sean, en fin, gente de ciencia y de corazón.

Cuando se ha tratado, en 1870, de defender la patria, la idea nacional nos ha dado una tenacidad de que no se nos creía capaces. Una nación como la nuestra, accesible á la vez á ideas universales, á pasiones y sentimientos universales, posee dos recursos de importancia suprema, por poco que sepa usarlos con fruto. Al concebirlo es cuando el ideal se realiza:

> ¡Lo tendremos, lo tenemos! Por qué es ya tenerlo,
> ¡Es tenerlo casi el verlo! (1).

No conocemos apenas hoy en Francia otra cosa que el entusiasmo por las ideas humanitarias. Mucho tiempo extraños al verdadero lirismo en la poesía, enemigos de todo lo que no es sabio, moderado, razonable en cuestión de literatura y arte, parece que hemos reservado

(1) Víctor Hugo.

el lirismo, la «santa embriaguez» para las cuestiones relativas á la organización moral, política y económica de las sociedades. En este respecto, es verdad, ningún pueblo ha desvariado como el más «razonable» de los pueblos; no por ello deja de ser hoy la fe social nuestro más precioso resorte, el que por esto mismo necesita ser dirigido en el verdadero sentido. Por lo demás ha llegado á ser la única fe sobre la que el Estado tenga el deber y el derecho de apoyarse, porque es la única que ha quedado común á todos. Preciso es que esta fe nos sostenga. Aún más, debe darse á sí misma cuenta cada vez más precisa de las vías y medios por los que puede llegar á su fin.

XI

INTERVENCIÓN Y PORVENIR DEL ESPÍRITU SOCIAL EN FRANCIA

Dos elementos sirven, cada cual por su parte, para manifestar y apreciar el carácter de un pueblo: el estudio de las capas inferiores y el de las superiores. Las primeras son como la infraestructura del carácter nacional, representan su lado casi inconsciente, que arraiga en el suelo nacional, que á él permanece fijo, producto directo de las razas y sus cruzamientos, del clima, medio físico, estado económico y social, costumbres tradicionales, tradiciones religiosas y morales. Existen en él, en estado latente y á veces letárgico, las fuerzas vivas de la nación; de él proceden, en general, los hombres de energía, que condensan en una conciencia más viva y clara las aptitudes hereditarias ó las nuevas aspiraciones de la masa. Las capas superiores, más intelectuales, poseen á la vez las buenas cualidades y defectos de la inteligencia: pronuncian la palabra que la muchedumbre busca en vano,

dan una determinación á los ensueños é instintos del pueblo entero. Pero pierden en extensión lo que ganan en precisión y claridad; representan la supra-estructura, dominio de la conciencia reflexiva. Pueden, por esto mismo, dirigir el conjunto, como la conciencia dirige á la voluntad por sus motivos reflexivos; las fuerzas vivas, al hacerse ideas-fuerzas, adquieren así un poder nuevo, tan pronto favorable como perjudicial, según la dirección que toman.

Es imposible medir la parte más escogida de un país; no es posible más que atenerse á la impresión general que produce la clase intelectual, literaria, artística, sabia. En el siglo XIX, los grandes hombres han sido en extremo numerosos en Francia, en todos los géneros. Desde hace un cuarto de siglo los nombres muy altos faltan sin duda, pero no es una situación particular de Francia: ni Alemania ni Inglaterra tienen ninguno que citar que exceda á los que tenemos; desde el punto de vista literario y artístico el primer lugar nos pertenece siempre. La filosofía y la ciencia francesa no están ya en situación de inferioridad con respecto á los demás países.

Las cualidades esenciales de las capas populares son el amor al trabajo, el del hogar y la patria, unidas á una inteligencia naturalmente bastante viva y cultivada suficientemente en lo social para permitir un empleo racional de las fuerzas de la nación. Estas diversas cualidades se manifiestan en las capas profundas y sanas de nuestro pueblo. Es laborioso, previsor y ama á su país.

Francia gasta por habitante en el presupuesto de Guerra 20,80 francos; en Instrucción pública 3,05. He aquí las cifras de otros países:

Inglaterra	19,25 y 2,75
Alemania	12,45 y 2,40
Rusia	10,25 y 0,15
Italia	8 y 1,85
Anstria-Hungría	7,05 y 1,75

Estas cifras muestran, que respecto á Instrucción pública, Francia no está retrasada con relación á las otras grandes naciones europeas, y que puede luchar con armas aproximadamente iguales.

Uno de los caracteres más interesantes para la psicología social es el espíritu del ahorro, tan prodigiosamente extendido en Francia. No tiene el carácter de individualismo que ofrecen los gastos en Inglaterra. Cuenta esta nación con la energía del individuo para seguir ganando, á fin de poder gastar más. El francés piensa en el porvenir, no sólo en el propio, sino en el de los suyos; se cree obligado á «guardar algo para ellos», á ahorrar para su familia. El inglés dirá gustoso: que cada cual haga por sí sus negocios y su fortuna. De aquí todavía un espíritu personal más desarrollado en Inglaterra, de solidaridad mayor en Francia.

La familia francesa ha permanecido sólida y profundamente unida. No hay que juzgar el hogar francés según los *vaudevilles* parisienses, ni según las novelas de libertinaje y adulterio, que constituyen el éxito de determinada prensa, tan poco escrupulosa en materia de verdad como de moralidad. La vida doméstica está muy desarrollada en Francia y ha tomado el carácter de una creciente igualdad entre los esposos. Muchas veces aun la mujer se muestra superior al hombre en el gobierno de la casa y de los negocios; en todo caso aparece sin cesar mezclada á la administración interior. La democracia reina en la familia francesa aún más que en el Gobierno. Los hijos mismos son educados bajo un pie de igualdad afectuosa con los padres.

Este espíritu de unión y cooperación no impide á la familia francesa dejar puesto importante, hasta en su constitución misma, al cuidado de las relaciones sociales. La familia francesa no está concebida como un egoísmo de dos ó de tres, sino como una unión razonable, en que

la sociedad exterior tiene su palabra que pronunciar, sus condiciones que imponer. La idea de solidaridad domina la del matrimonio. De aquí la frecuencia de las llamadas uniones de *conveniencia*, que son efecto de conveniencia *social*, y que, por lo demás, con bastante frecuencia no tienen peor resultado que los casamientos por inclinación. No sólo se casa uno para sí, sino para los suyos, para los demás miembros de la familia, para la sociedad de que se forma parte (1). La mujer francesa, tan inteligente y activa, llega á ser la verdadera compañera del hombre.

Dos fenómenos enojosos en Francia son el estancamiento de la población y el progreso del alcoholismo. De ellos hemos hablado largamente en nuestra *Psychologie du peuple français*. Hemos mostrado que el primero no es debido en modo alguno á causas fisiológicas, sino á causas psíquicas y sociales que no actúan solamente en Francia. El espíritu de previsión familiar está muy desarrollado en nuestro país, precisamente porque los individuos no están desde jóvenes habituados á contar con sus propias fuerzas. Cuentan siempre, más ó menos, primero con la sociedad familiar, luego con la nación. El amor anticipado á los hijos que han de nacer, el deseo de no verlos en la miseria, son los motivos psicológicos especiosos que detienen el aumento de población. En cuanto al móvil social que restringe el número de hijos, es el progreso mismo de la democracia; cada cual aspira á no ser inferior á los demás, á gozar no sólo de los mismos derechos, sino de iguales ventajas. Esta necesidad de subir al nivel de los próximos, trae consigo lo que M. Dumont ha denominado *capilaridad social*, que lleva por sí misma á restringir la población para hacer más fácil la subida á los hijos, la lucha menos dura, la competencia menos desenfrenada. Los países democráticos y muy avanzados en la civilización, como sucede con la parte más ilustrada de los Esta-

(1) Véase *La France au point de vue moral.*

dos Unidos, presentan los mismos fenómenos relativos á la natalidad. Inglaterra misma disminuye cada vez más su contingente. Estamos, pues, perfectamente en presencia, como en otro lugar lo hemos hecho ver, de un fenómeno principalmente sociológico, que ni indica decadencia de vida, ni la social de un pueblo, por graves que sean los inconvenientes de una población estacionaria frente á países prolíficos.

Hay en este punto algunas compensaciones, sobre todo por parte de la riqueza pública. M. Tornielli decía en una ocasión: «Vosotros los franceses tenéis una situación financiera propia de una población que fuera triple de la nuestra, y de un territorio doble; con nosotros los italianos ocurre todo lo contrario, y sufrimos por esta causa; vuestro bienestar, además, os pone mucho más al abrigo de las empresas revolucionarias y colectivistas.

La afición natural del francés por la sociedad es una de las causas que han multiplicado estos deplorables sitios de reunión, de conversación, de discusión política y social, que se denominan tabernas. Por sí mismo, no está el pueblo francés más inclinado que otro al abuso de los licores fuertes, ni aun al del vino, aun cuando Francia sea el país del vino por excelencia. Pero el francés es alegre por naturaleza y gusta de lo que favorece su alegría. Gusta, sobre todo, de ofrecer á sus amigos y camaradas una distracción en común; si se sienta á la mesa, no es para beber sólo aguardiente ó ginebra, sino para hacer ó recibir los honores de una conversacion sazonada con mutuas ofertas y finezas recíprocas; en resumen, «para hablar bebiendo». La taberna es el salón del pobre y, por desgracia, no puede menos de corromperse en ella (1).

(1) Nuestros diputados han sacrificado la salud y la moralidad del pueblo á sus ambiciones y á su espíritu de partido. Para fundar la República han dejado plena libertad al alcoholismo y la orgía. La odiosa ley de 1880 ha suprimido todas las condiciones para la apertura de establecimientos de bebidas. Basta que el interesado

Se ve, felizmente, dibujarse una considerable reacción de la opinión pública contra las tabernas y las leyes infames que las protegen. Se comprende más y más que la única salvación está en restringir progresivamente su

---

no haya sufrido condena «superior á un mes de prisión». Con esto puede hacerse comerciante de drogas alcohólicas. En cuanto á la clausura de los establecimientos, ninguna disposición ha sido dictada. ¿Es para admirarse de que en dos ó tres años la cantidad de tabernas haya aumentado en 80.000, de que el territorio entero esté infestado por el azote del alcoholismo? Por ninguna parte puede darse cincuenta pasos sin tropezar con un establecimiento de bebidas.

—El alcalde, dícese, tiene derecho á vigilar.—¡El alcalde! Está *elegido* por los habitantes; elegido para obedecerles, no para mandarles. Este supuesto representante de la autoridad soberana no es, con demasiada frecuencia, sino humilde servidor de los que le han nombrado. ¡Tocar al arca santa de las tabernas! guárdase bien de hacerlo ¡Sería tocar los más firmes sostenes de la República! Los taberneros reconocidos han llegado á ser padrinos y apóstoles del régimen que asegura su irresponsabilidad y enriquecimiento.

En 1860, Francia sólo producía 873.000 hectolitros de alcohol; en 1870, la cifra de producción sube á 1.237.000. A partir de 1871, la progresión continúa siempre en aumento; en 1878, se anota la cifra de 1.309.000 hectolitros; en 1887, la producción no es inferior á 2.005.000; en 1895, es de 2.166.000; en 1898, como acabamos de ver, alcanza la hasta entonces desconocida de 2.412.000 hectolitros, 4,72 litros por habitante. Con relación á 1850, la producción de alcohol casi se ha cuadruplicado en Francia. La producción del país no basta á las necesidades de los consumidores, y hay que acudir, cada vez más, al extranjero. En 1850, Francia importaba 5.555 hectolitros; en 1898 ha importado 133.980. Todavía estas últimas cifras no indican más que el alcohol puro; hay que añadir á ellas la importación del alcohol en forma de licores, que ha pasado de 99 hectolitros, en 1850; á 1.370, en 1898. En Alemania la producción de alcohol, sin haber permanecido estacionaria, no ha seguido la misma progresión que entre nosotros: de 3.058.025 hectolitros, cifra de 1887, ha pasado á 3.287.890, en 1898. En cuanto al consumo por habitante, ha disminuído algún tanto. En 1898 la proporción era en Alemania de 4,05 litros por cabeza, ó sea 67 centilitros menos que en Francia. Se ve el resultado del *laissez faire* inaugurado por la República. Todos los diques han sido rotos so pretexto de libertad; hemos tenido la libertad de envenenar y el reinado de los envenenadores públicos. ¿Es cierto que un candidato socialista haya hecho repartir entre sus electores *bonos de ajenjo*? ¡Ha comprendido bien las relaciones entre la copa y el voto, es un diputado progresivo!

número, en llegar á suprimirlas; cargar los mayores derechos sobre el alcohol de bebidas, como en Inglaterra y otros países; reforzar y apoyar las leyes contra la embriaguez; suprimir los derechos políticos á los borrachos recalcitrantes, desde la segunda reincidencia; desembarazar así el terreno electoral de una plebe indigna y desvergonzada; alentar, en fin, oficialmente y por todos los medios las sociedades de templanza; esparcir por todas partes la enseñanza antialcohólica (como ya se hace en las escuelas primarias y en los liceos); extirpar, poco á poco, el absurdo prejuicio de «que el vino da fuerza»; hacer venir, por último, de arriba lecciones y ejemplos de templanza. Si nuestros diputados no estuvieran sugestionados por los comerciantes de vinos, se habrían obtenido ya en Francia leyes severas y eficaces.

Al alcoholismo y estacionamiento de la población puede unirse el tercer mal que aflige á Francia: la licencia de la prensa. Los diputados republicanos han establecido la absoluta libertad de los periódicos, sin organizar su responsabilidad; es admirable que una prensa absolutamente abandonada á sí misma y segura de la impunidad no sea todavía peor. Pero, lo repetimos, nada más injusto que juzgar á Francia por sus periódicos, por sus novelas, por las piezas de teatro, que tienen por fin en París atraer á la muchedumbre, muchas veces hasta á la muchedumbre de extranjeros de paso. París da una muy falsa idea de Francia. Gracias al régimen de libertad é irresponsabilidad absoluta, todo «escándalo» toma en París, y por extensión en Francia, proporciones extraordinarias, llega á ser medio de vida para la prensa, máquina de guerra para los partidos políticos, ocasión de calumnia para la prensa extranjera. El asunto Dreyfus, que fué para tantos periódicos *de fuera* ocasión para injuriar á Francia y minar su crédito internacional, ha probado, en realidad, dos cosas importantes: la primera, la profunda y obstinada preocupación por la justicia que existe en la nación

francesa, y que la ha hecho olvidar, por una cuestión de justicia pura, hasta sus más graves injusticias, suspender casi su vida nacional, para no ocuparse más que de saber quiénes eran los inocentes, quiénes los culpables. En unas ú otras naciones vecinas, de las que han acusado á Francia por mandamiento de sus gobiernos, un asunto semejante de justicia *militar* hubiera sido inmediatamente sofocado en nombre de la disciplina, del ejército, de la razón de Estado, etc. Es ya un honor para el espíritu francés esta necesidad indomable de verdad é igualdad que ha hecho irresistible el movimiento revisionista. Pero no creáis que en el campo opuesto no se hayan cuidado de la justicia; en él había la persuasión de que los jueces militares habían tenido razón, de que «el oro judío» había podido solamente despertar cuestión semejante, de que para complacerá los poderosos del dinero se llegaba á comprometer injustamente ya el honor del ejército nacional, ya su organización y prestigio, ya su fuerza, en el caso de un peligro común. En resumen, cada cual se creía en lo justo y, en definitiva, combatía por lo que creía mejor. Que pasiones menos nobles hayan concluído por mezclarse, ¿qué tiene de extraño? Que el extranjero haya, por su parte, fomentado con dinero nuestras discordias, ¿qué más conforme con la tradición? No por eso es menos verdad que en este país de Voltaire y de Calas es todavía uno cuestión de humanidad la que apasionó á la nación entera. Esto nos conduce al segundo punto: es que, como ha ocurrido muchas veces en nuestra historia, nuestro proselitismo contagioso ha concluído por interesar al mundo entero en un asunto de justicia militar francesa. Con este impulso, en algún modo desinteresado, han venido seguramente á mezclarse cuestiones de interés personal, animosidades é intrigas internacionales; pero, en definitiva, Francia y todo el mundo civilizado se han encontrado unidos en una misma ansiedad final, con respecto á la suerte de un hombre que, según graves apa-

riencias, era inocente. Así, en medio de tristes discusiones y vergonzosas querellas, se ha visto toda la intensidad de la fuerza interior y de contagio internacional que puede adquirir una idea de justicia ó de humanidad. Se ha visto á los mismos enemigos de Francia concluir por simpatizar de hecho con Francia, unirse á sus ideas y sus pasiones, mezclarse en sus asuntos como si fueran los suyos, cuando no hubieran soportado por su parte la menor ingerencia nuestra ni en los arcanos de *su ejército* ni en los misterios de *su justicia*.

Uno de los caracteres del espíritu francés es la afición y la costumbre de la vida á plena luz, como en una casa de vidrio, la falta de secreto, de disimulo, de hipocresía. Es también, al propio tiempo que una enojosa ostentación de sus propias faltas, «como si fueran buenas cualidades» (la observación es de Maquiavelo), una no menos enojosa costumbre de denigrarse ante los demás, de educar las naciones extranjeras á expensas de Francia; en resumen, de mezclar á todo el mundo en sus asuntos como ella misma se mezcla gustosa en los asuntos de todos. Estas costumbres de acción al descubierto y palabras indiscretas dependen del furor de vida social ilimitada de que está el francés como poseído. Suponen una falta de prudencia, una falta de sentido político y de habilidad internacional que fueron muchas veces perjudiciales á Francia. ¡Cuán poco, en este respecto, se nos asemejan los supuestos neolatinos, la mayor parte de los cuales, como ya hemos visto, no son, en modo alguno, latinos! ¡Comparad una vez más la reserva y habilidad italianas con la indiscreción é imprudencia francesa!

Para ser justo con Francia es preciso preguntarse, como lo hemos hemos hecho en un libro precedente (1), ¿qué otro país, sometido á un régimen tal de libertad irresponsable—y esto falto de toda educación previa democrá-

(1) Véase *La France au point de vue moral.*

tica—, se habría mostrado y se mostraría más discreto que el pueblo francés? Este último, es verdad, dice y escribe muchas tonterías, pero, en suma, en los últimos treinta años no ha hecho tantas como dice. Su Gobierno mismo, á pesar de tantos defectos como presenta á la vista y le desacreditan, se ha mostrado, en definitiva, más discreto que todos los Bonapartes y Borbones: la enorme extensión del imperio colonial, la lucha enérgica contra las enfermedades de la vid que nos amenazaban con la ruina, la alianza con Rusia, la actual aproximación con Italia, obras son de gran previsión realizadas por un Gobierno que parecía la imprevisión misma y en el que, seguramente, no abundaban los Richelieu.

Los males que aún sufre Francia proceden, en gran parte, de que en muchos puntos, principalmente en la descomposición de las antiguas creencias ó en la ruina de las tradiciones del pasado, se ha anticipado á la mayor parte de los demás países europeos; ¿no tenía ella misma una mayor antigüedad relativa, una vida más larga, destinos más agitados, un carácter más variable? En Francia, lo hemos visto, la fe *social* al propio tiempo que racional es la única, ó poco menos, que aún subsiste; situación peligrosa que, sin embargo, indica más bien un avance intelectual que una decadencia moral. El pueblo francés está en camino de formar una Francia enteramente nueva, sin verdadero enlace tradicional con la antigua, al menos en el respecto político y aun en gran parte en el social. Se dispone á dar al mundo (en parte quizás á sus expensas) el espectáculo anticipado de lo que será algún día, en el seno de la humanidad, la fe moral, racional y puramente humana.

CONCLUSIÓN

Neo-latinos y anglo-sajones.

Hay paradojas que, por su difusión en la prensa diaria tienden á hacerse lugares comunes: no por esto llegan á ser verdades. Que los pueblos que se intitulan anglosajones hayan tratado de ennoblecer sus éxitos industriales y sus conquistas militares pretendiendo ensalzar su raza, que se hayan atribuído no sé cuál superioridad natural ó providencial, nada más conforme con los hábitos de todos los que triunfan; en todo tiempo, éstos han sentido la necesidad de hacer adorar intelectualmente sus triunfos materiales. A la consagración religiosa ha sucedido en nuestros días otra seudocientífica, tomada de las teorías reinantes y principalmente de las menos demostradas, que por su misma incertidumbre adquieren un aire misterioso y sagrado. Por ser más dudosa la doctrina de las razas resulta más apropiada para el culto de la victoria. Los ungidos del Señor se han sustituído por los ungidos de la Ciencia. Pero es curioso para el psicólogo ver á ciertos pueblos que habían sido no menos orgullosos que otros en el momento de su supremacía, que hasta trataban de «bárbaros» á sus vecinos, consentir por su parte en nuestros días en su supuesta inferioridad de raza, inclinarse ante los nuevos prejuicios nobiliarios de los pueblos favorecidos por la fortuna.

Entre las diversas naciones llamadas neolatinas hemos encontrado una comunidad de tradiciones religiosas, un parentesco de lenguas, analogías, en fin, de cultura clasica y un común amor á las artes; es el origen de las más naturales simpatías y más preciosas para la civilización.

Es preciso, sin embargo, tener también en cuenta las inevitables diferencias de temperamento, carácter, medio social que la psicología y la sociología nos han hecho reconocer. Es lo que olvidan los partidarios de las doctrinas corrientes sobre las pretendidas «fatalidades» inherentes á los pueblos todos neolatinos (1). ¿Hay que admitir, como conclusiones científicas, estas audaces profecías que quieren imponer de antemano á todos los pueblos de lenguas romances un destino semejante, inferior á la elevada misión que se atribuye el orgullo de las razas germanas y anglosajonas? Resulta de este libro que es absolutamente imposible hacer solidarias á España, Italia y Francia. Italia, por otra parte, prototipo de las naciones latinas, nos ha presentado, á pesar de las dificultades que atraviesa, un brillante ejemplo de todos los recursos morales y sociales ocultos en el seno de naciones que habían parecido borrarse ó dormir. Ha subido en este siglo y continúa progresando á nuestra vista. Nos hace ver que todo gran pueblo tiene su profunda vitalidad y su carácter propio, que es él mismo, en la mayor parte, autor de este carácter, y que puede en lo porvenir, con prudencia ó con locura, hacer que produzca buenos ó malos frutos para la humanidad entera.

I

LA SUPUESTA DEGENERACIÓN FÍSICA DE LOS NEO-LATINOS

Y, en primer lugar, ¿la hemos visto en alguna parte esta «raza latina» de que se habla sin cesar y cuya suerte futura se quiere deducir *à priori*, según el método geo

(1) Se hallan estas doctrinas en la interesante obra de M. G. Ferrero sobre *La Europa giovane*, que hemos citado varias veces. El autor divide, con mucha sencillez, Europa en dos campos: las razas del Norte y las supuestas razas latinas. M. G. Sergi, más recientemente aún, ha estudiado las causas de «degeneración» de los neolatinos.

métrico tan querido por Taine? El verdadero pueblo latino fué, sin duda, el antiguo pueblo romano; si entre los latinos como tales existía una inferioridad de «raza», la hubiéramos debido hallar en los romanos. ¿Cómo se explica, pues, que hayan conquistado, organizado, reformado el mundo? Para Nietzsche, el germano es la «noble bestia carnicera de pelo rubio» que echa sus «garras» sobre pueblos más pacíficos, más serviles. Y, sin embargo, es un latino quien, resumiendo la historia de otra raza conquistadora, ha pronunciado el *debellare superbos*, añadiendo un correctivo que Nietzsche no hubiera admitido: *parcere subjectis*.

En cuanto á Francia, que sirve de tema á las declamaciones en contra de los pueblos neolatinos, hemos visto que no tiene de latino más que la lengua y una parte de sus tradiciones. Celta á medias, es germánica en cuarta parte, y en la otra cuarta mediterránea ó, si se quiere, latina. En otros términos, presenta una proporción superior de cráneos cortos de pelo negro, mezclados con cráneos alargados de la raza morena mediterránea. ¡Es una manera admirable de ser «latina»! En España domina, como hemos visto, el tipo moreno dolicocéfalo de las razas mediterráneas, con mezcla de celtas y germanos; nada menos parecido á la proporción de la mezcla francesa, en que el orden de los elementos está invertido. ¿Hemos hallado, al menos, la raza latina en el país de los latinos? No; lo que ha concluído por dominar en Italia, etnográficamente, no es el elemento latino, sino el celtoeslavo de cráneo ancho en el Norte, con numerosos mediterráneos de cráneo alargado en el Mediodía. De la «sangre» de los quirites hemos visto que casi nada queda. Por tanto, el elemento latino es precisamente el que más falta en las llamadas razas latinas, trátese de los italianos, los españoles ó los franceses.

Los antropólogos nos dicen que los braquicéfalos de Francia son idénticos á los badenses, piamonteses, sui-

zos, bávaros, albaneses y polacos; ahora bien, no sólo las lenguas difieren entre cada uno de estos pueblos, el carácter, al menos, es también distinto; un bretón ó un auvernés, ¿se parece á un albanés ó un bávaro? Hemos reconocido que la raza es secundaria cuando se trata sólo de una diferencia de pocos grados en el índice cefálico.

El temperamento, que tiene tan grande influjo en el carácter, nos ha parecido diferir mucho en los diversos pueblos que se reúnen bajo la denominación común de neolatinos. En tanto que en Francia dominan los nervioso-sanguíneos, son más bien los nervioso-biliosos los que abundan al otro lado de los Alpes y de los Pirineos, como en todas las comarcas meridionales y entre todas las poblaciones morenas de cráneo alargado. Hemos observado este temperamento en Italia, sobre todo en la meridional; lo hemos visto también en España, donde dominan los mediterráneos morenos de cráneo largo. No se encuentra mucho en Francia, ni aun entre nuestros meridionales y mediterráneos, que tienen, sí, vivacidad impulsiva, pero que son más expresivos que concentrados, que no ocultan su interior como los italianos ó los españoles.

El temperamento también depende en gran parte del clima. No nos ha parecido el clima más idéntico que lo demás en las naciones neolatinas. Tienen un solo carácter común, el ser más bien templados, con alternativas de calor y de frío, que son sensibles cuando se pasa de Nápoles á Turín, de Granada á Madrid, de Marsella á París. Si los neolatinos son poco pesimistas, cáusalo en gran parte su clima templado. No puede verdaderamente exigirse, que bajo un cielo lleno de sol, el italiano, el español y el francés mismo, tengan el humor sombrío de las brumas anglosajonas. Un clima más dulce no opera como selección tan rigurosa en favor de las constituciones y de las voluntades fuertes, como otro en que la lucha incesante y penosa elimina á casi todos los débiles; este es, como hemos dicho, el secreto de ciertas superioridades atribuí-

das á las razas del Norte, así como de una cierta molicie en las del Mediodía. El clima cálido es causa de la precocidad de los jóvenes, les hace llegar más pronto á la pubertad, les despierta y excita más, de donde se sigue que la educación es menos larga y tiene menor influjo, que existe una cierta fermentación en la sangre, que hace más difícil la prudencia. M. Ferrero ha querido deducir de esto consecuencias innumerables. Toda la escuela de Lombroso tiene el hábito de fijarse en un pormenor y exagerarlo sin medida, á fin de que se tome la rana por buey. Sin negar el influjo del clima y el de la precocidad juvenil en las «pasiones amorosas», no hemos podido hallar en el «erotismo» crónico el secreto de los destinos neolatinos.

Por la sobriedad y templanza, que es también una de las grandes virtudes, á la vez físicas y morales, cuya acción es profunda en los pueblos, los verdaderos latinos nos ha parecido dan hermosas lecciones á los falsos latinos como nosotros, así como á los anglosajones ó germanos. ¡Qué poco sobrios somos comparados con los italianos y españoles! La sobriedad es una de las fuerzas vivas que aseguran la salud y energía de un pueblo. Inútilmente M. Ferrero lamenta las costumbres amorosas de los latinos; el erotismo mismo está muy lejos de producir los destrozos del alcoholismo, sin contar con que no sería necesario profundizar demasiado las virtudes de castidad que parecen pertenecer á ciertas naciones más cuidadosas que nosotros del *decoro* exterior. Este cuidado, muy honroso y necesario, no deja nunca de ir acompañado de algo de hipocresía. No es en modo alguno en las naciones neolatinas donde se encuentran más fariseos dando gracias al cielo por no tener ninguno de los vicios de sus vecinos.

Después del clima y el temperamento, se invoca contra los neolatinos el desgaste de los siglos. Pero cuando se dice que tales pueblos ó razas han llegado á la vejez, por ejemplo los neolatinos, se hace una metáfora que no

hay que tomar por realidad. Un pueblo se renueva incesantemente, á decir verdad; por lo tanto, siempre es joven. La cuestión magna es saber qué elementos lo componen en tal ó cual momento de su vida. Se produce sin cesar, en efecto, una selección entre ellos, unas veces con excedente de los mejores, otras en provecho de los más malos; en el primer caso, resulta progreso; en el segundo, retroceso. Es un juego complicado de fuerzas sociales, en que muy felizmente para los pueblos «intelectuales», la inteligencia desempeña papel cada vez más considerable. Francia es infinitamente más intelectual que España, por ejemplo, y no es una desgracia. Europa misma, ¿es «vieja»? ¿No es más bien, en más de un respecto, demasiado joven y retrasada? No resolveremos un problema con figuras retóricas, aun cuando estuvieran vestidas á la moda científica del día.

La población desempeña papel capital en la fuerza industrial de un pueblo, como en la militar, cuando, por lo demás, no es la raza en sí inferior ó retrasada. Ahora bien, los anglosajones, los germanos, los eslavos, tienen hoy en favor suyo el número; esta es su verdadera «superioridad». Los neolatinos, en relación á ellos, nos han parecido notablemente reducidos. Pero la «latinidad» no entra para nada en esto, porque si Francia permanece estacionaria, Italia y España aumentan muy rápidamente su población; Italia aún tiene una cifra de aumento superior á la del resto de Europa. En este punto hay, pues, progreso y no decadencia.

Por otra parte, el movimiento de la población tiende en todas partes á decrecer á medida que las naciones hacen una vida más intelectual, industrial y democrática; es decir, más moderna. La inteligencia más desarrollada, lo hemos visto, aumenta la prudencia respecto al porvenir de la familia, al mismo tiempo que la ambición; las necesidades crecen también en medios más industriales; finalmente, repetimos que la democracia, al extender la igual-

dad, generaliza la ambición, que trae consigo la necesidad de restringir las cargas de familia para aliviar la marcha. ¿En todos estos respectos, hay que acusar á las naciones neolatinas? Si Francia sirve en este punto de ejemplo á las quejas de despoblación, pensad que la cifra de nacimientos disminuye de un modo semejante en Inglaterra y los Estados Unidos. Mientras que Francia, por ejemplo, pasaba en diez años de la cifra de 22,6 por 100 á la de 21,1, Inglaterra pasaba de 36,3 á 30,8, disminución enorme. Inglaterra tiene todavía una superioridad adquirida, pero va ésta disminuyendo más de prisa que en otras partes. ¿Cómo admitir, pues, que los anglosajones nos dan ejemplo en este particular? ¡De preceptos sí son pródigos! Pero sus acciones, como ocurre con demasiada frecuencia, contradicen sus palabras, y son precisamente los italianos, los españoles y los griegos los que dan en esto buen ejemplo.

Lo mismo ocurre con otro síntoma reputado enojoso, el éxodo hacia las poblaciones, que despuebla los campos, amontona confusamente á los trabajadores en un medio malsano, desde el punto de vista físico y moral, les da aficiones al placer y la vida mundana, despierta sus ambiciones á expensas de su sobriedad, de su fecundidad, de su salud. ¿Dónde es más considerable este éxodo? En Inglaterra, en Alemania. En esto todavía los detractores de Francia la dejan muy detrás. Por lo demás, la vida urbana tiene sus ventajas é inconvenientes, y hemos visto darse sobre el particular las más opuestas teorías.

Otro orgullo de los anglosajones, es que colonizan. Pero los romanos han sido los primeros colonizadores del mundo, por muy latinos que fueran; los franceses han sido antes grandes colonizadores, por muy latinos que se pretenda que sean. ¿Es de pensar que el Canadá hubiera dejado de prosperar si hubiera permanecido en nuestro poder, y se ve hoy que los viejos franceses se muestran en él inferiores á los anglosajones? Los españoles y los portu-

gueses se han anticipado á los ingleses. Es inútil que los alemanes sean de raza germánica, no colonizan todavía, pero esperad en el porvenir! Todo pueblo cuya población desborda, emigra, y si puede conquista los países adonde emigra. Es inútil que la Francia actual no emigre, sintiéndose satisfecha en su país, ha conquistado un vasto imperio colonial; ¿y no sería ésta una de los razones por las que los anglosajones la miran con malos ojos?

Entre los sistemas relativos á la inferioridad de las naciones latinas, hay que considerar todavía el que atribuya toda decadencia á la «inmovilidad». Estando hoy en auge la biología, los sociólogos toman de ella comparaciones que dan fácilmente como razones; ahora bien, la biología erige en ley la adaptación de las especies al medio. Cuando el medio físico cambia, la especie misma ha de trasformarse ó desaparecer. Del mismo modo, el medio humano se modifica á través de los siglos, gracias á los progresos de la civilización, de las ciencias y de las artes, y cada nación, cada raza, debe adaptarse al nuevo medio ó desaparecer. Su falta de flexibilidad y de adaptación progresiva es lo que Sergi llama inmovilidad. Según él, hay una paleontología social, en que vemos subsistir monstruos de otra edad, razas retrasadas que no han sabido adaptarse á las nuevas condiciones de existencia. A creerle, por inmovilidad caen todos los imperios, desde el chino al romano, y si las razas latinas están hoy en decadencia, es porque se duermen en la inmovilidad. Pero puede responderse que si la inmovilidad es un peligro, la «movilidad» exagerada lo es también. Además, si ciertas naciones llamadas neolatinas no brillan por su extrema flexibilidad, como España, ¿se ve que Italia sea por su parte tan inmutable, incapaz de una fácil acomodación á las circunstancias? En todas partes en donde se instruye á los italianos, se aprovechan con gran habilidad de su instrucción. En cuanto á los franceses, más les ha hecho sufrir el exceso de movilidad gala que la inmovili-

dad «latina». Habríamos podido, sin inconveniente, ahorrarnos no sé cuántas revoluciones, guerras, cambios de política, caídas de ministerios, etc., etc. ¿Cómo pretender que Francia sea, como España, un país retrasado, perdido en su pasado, ignorante del presente, poco cuidadoso del porvenir? Todas estas generalizaciones son puras fantasías, todas estas fórmulas estrechas dejan escapar la realidad. Cuando se ha dicho que el progreso está juntamente formado de elementos permanentes y variables, de «estática» y de «dinámica», no se ha enunciado con formas científicas, sino el más vulgar de los lugares comunes.

En suma: al ver todo lo que supuestos sabios atribuyen, quién al clima, quién á la raza, quién al temperamento, quién á la madurez ó juventud de los pueblos, pónese uno á dudar de los sistemas y palabras sonoras en que vienen á resumirse. Se sospecha que la grandeza y decadencia de las naciones dependen de causas demasiado complejas para poder encerrarse en una fórmula étnica. De la fisiología de los pueblos hemos debido, en este libro, pasar á su psicología.

II

EL SUPUESTO TIPO PSICOLÓGICO DE LOS NEO-LATINOS

El *tipo* francés—porque no existe *raza* francesa—, ¿nos ha parecido moralmente más próximo al tipo italiano ó al español, que al inglés ó al alemán? Sensibilidad viva y pasiones intensas; inteligencia sutil, penetrante y astuta; gran memoria y largos rencores; desconfianza mutua, actividad impulsiva é impetuosa, aunque ordinariamente prudente y circunspecta; paciencia y perseverancia, con alternativas de largos períodos de apatía, tal nos ha parecido el carácter común de los mediterráneos meridiona-

les (1). Con la nación latina y mediterránea por excelencia, Italia, con su agilidad, su flexibilidad, su ductilidad, su sentido positivo, el menos soñador del mundo, su arte de contemporizar y preparar resultados para tiempo lejano, comparad el genio quimérico de los Don Quijote de uno y otro lado de los Pirineos, la España semiafricana, con su carácter romántico y caballeresco, su idealismo nebuloso y con demasiada frecuencia extraño á las cosas positivas, su inflexibilidad altanera y su falta de condescendencia, su indomable obstinación, su insociabilidad, voluntad áspera, dura y cruel (2); Francia, con su vivacidad de reacción, sus arrebatos, sus resoluciones repentinas, sus ligerezas, aturdimientos, ingenuidades; su falta de tradición y continuidad en los designios, su movilidad, impaciencia traviesa, su inteligencia sencilla y clara, que concibe siempre repentinamente, su voluntad muy poco tenaz, grandes esperanzas seguidas de grandes desfallecimientos, su resorte final y sus inagotables recursos, que reservan sin cesar sorpresas al mundo; su confianza propia, en todo, en el mundo entero; su ignorancia respecto al extranjero, facilidad para juzgar por sí á los demás, humor alegre, despreocupación dispuesta al olvido, optimismo nativo, tendencias simpáticas, pasión contagiosa, genio de proselitismo, idealismo filantrópico, falta de sentido político; su amor á las abstracciones, su lógica sin lógica; su naturaleza difusiva, expansiva, comunicativa; su afición á comunicarse ideas y sentimientos, como si lo que cada cual guarda estuviera perdido para él y para los demás; su amor á la igualdad, que excluye la subordinación, dejando subsistir la fraternidad y refrenando la originalidad individual; su «humanitarismo», que Gioberti ridiculizaba tan amargamente; en fin, en una palabra, su arraigada sociabilidad! Con la concentración, la

(1) Véase el libro II.
(2) Véase el libro III.

circunspección, la reserva del verdadero latino, ¿puede asimilarse nuestra imprudencia, nuestro aturdimiento galo, nuestra naturaleza abierta y sin segunda, que se deja engañar por todas las protestas de amistad y toma las buenas palabras por dinero contante? Si el italiano nos ha parecido amigo de los términos medios y los acomodamientos, si tiene el genio de las dificultades, si en este respecto rivaliza con el inglés, ¿puede decirse otro tanto del francés, matemático en todas las cosas, dialéctico por el placer de llevar los razonamientos hasta ponerlos en contra de la razón, radical intransigente, que quiere todo ó nada á la vez y de un golpe? Con el pueblo italiano, con excesiva frecuencia escéptico, que respeta los hechos, y de ordinario no respeta más que los hechos, comparad nuestra fe en las ideas, nuestra credulidad en los sistemas, el olvido frecuente de la realidad, nuestro fondo de entusiasmo mal contenido por las duras lecciones de la experiencia. Claro es que cualidades y defectos instintivos difieren profundamente á uno y otro lado de los Alpes, como también de los Pirineos. Aun puede decirse que las cualidades nativas de las tres naciones son complementarias. ¿Cómo, pues, podía el psicólogo reunirlas bajo una misma apelación y en una apreciación común?

III

LA INTELIGENCIA Y LA VOLUNTAD EN LA EVOLUCIÓN DE LOS PUEBLOS

Hemos visto que el racionalismo, tan querido del espíritu francés, provocó, en el siglo XIX, una violenta reacción en los demás pueblos y hasta en Francia. Entre los germanos y anglosajones las objeciones al intelectualismo y al racionalismo han tomado todas las formas. Reciente-

mente aún, en Inglaterra, ha tenido lugar una verdadera cruzada contra el racionalismo y en favor de la fe religiosa. No deja de tener interés tomar un ejemplo y un motivo de discusión del libro muy conocido de Benjamín Kidd, que ha tenido el mérito de resumir de modo excelente la argumentación de los antiracionalistas. El autor no teme mezclar pronósticos relativos al porvenir de la Francia y de los países anglo sajones ó germanos.

Kidd es de los que creen que Francia representa, probablemente desde el punto de vista del carácter, el elemento celta entre los pueblos que dirigen la Europa occidental. Las consideraciones sobre el celtismo son también muy atrevidas, pero, en fin, es claro que el elemento celta predomina en Francia. Según Kidd, todo observador imparcial se ve obligado á reconocer que «ciertos rasgos característicos colocan á Francia á la cabeza de las naciones intelectuales de Occidente». Una vez que se ha dado lo suyo «á ciertas susceptibilidades nacionales», se reconoce generalmente en todos los países «lo que se debe á Francia en el respecto intelectual». El enorme influjo francés se hace en realidad sentir «en toda nuestra civilización, en la política, en casi todas las ramas del arte, en cuantas direcciones sigue el pensamiento especulativo». Aun en el momento en que los pueblos teutónicos ó germánicos llegan á los más altos resultados intelectuales, Kidd encuentra que entre ellos y los pueblos celtas hay siempre cierta diferencia que establecer en las cualidades de la inteligencia (1). «Los pueblos teu-

(1) A este punto de vista puede también referirse la opinión expresada por M. Grant Allen (El celta en el arte inglés, *Fornightly Review*, 1891). Si en la literatura inglesa el elemento celta es innegable, en arte basta señalarle para descubrirle. M. Grant Allen afirma tambien que el idealismo que anima el arte y la literatura en Inglaterra, y hasta la religión y la política, es ante todo producto celta. Creemos que hay en esto una notable exageración; los germanos y los sajones tienen también un idealismo á su modo, diferente por lo demás del de los celtas y franceses.

tónicos obtienen, por lo general, los más elevados resultados intelectuales allí donde se necesitan investigaciones profundas, laboriosas, concienzudas, donde hay que reunir pieza por pieza los elementos de la obra. Pero falta á estas investigaciones el idealismo del espíritu francés. Este modo ligero y, sin embargo, firme de comprender los principios y las ideas, que caracteriza el espíritu francés, falta muchas veces á los pueblos teutónicos.» Kidd añade—y creemos que tiene razon—, «que ciertas cualidades particulares del espíritu antiguo griego vuelven á encontrarse en el pueblo francés más que en ningún otro». Los pueblos teutones carecen de ellas hasta en las artes, lo que ha hecho decir que entre ellos el sentido ético se anticipaba al estético. Todo observador concienzudo que se encuentra por primera vez en relación íntima con el espíritu francés, debe sentir inmediatamente algo indefinido, pero de un orden intelectual elevado, que no se halla en estado *natural* ni en los alemanes ni en los ingleses. Este algo se siente en el arte, en la literatura corriente de la época, no menos que en las producciones superiores del genio nacional en el pasado. En las calles de la capital, en las ciudades de provincia, en los edificios públicos, iglesias, templos, galerías, hasta en los escaparates de los libreros, se ve algo de este noble sentimiento de lo ideal y de las proporciones, que era una de las características del genio griego.»

Una vez reconocido esto con notable sinceridad, Kidd añade que los pueblos teutones poseen á su vez ciertas cualidades características «no intelectuales en sí», pero que contribuyen más al poder social, y que son, en consecuencia, «más importantes que las simples cualidades intelectuales, dado el modo como se opera la selección natural y la dirección en que se realiza la evolución de la raza». Un día, dice Kidd, cuando se escriba la historia del siglo XIX, con el sentimiento de las proporcio-

nes que sólo trae la lejanía de los tiempos, se percibirá que «dos cosas dan á esta historia tinte particular» y dejan en la sombra los demás acontecimientos. La primera es «el triunfo completo y absoluto, en nuestra civilización occidental, de los principios del idealismo político que ha tenido por principal expresión la *Revolución francesa*. La segunda es la expansión material, igualmente triunfante, de los pueblos de raza teutona, «su victoria final en la lucha por la existencia sobre los demás pueblos vecinos (Francia sobre todo), cuyo influjo intelectual había caracterizado al siglo». En otros términos, en el siglo XIX Francia ha reinado intelectualmente, haciendo aceptar al mundo sus principios, de un derecho igual para todos, de justicia y fraternidad, pero no ha dejado por eso de ser vencida por pueblos militar ó industrialmente más fuertes y numerosos. Es que, según Kidd, no es el elemento intelectual el que produce ante todo la selección natural; otros elementos, sobre todo de voluntad y energía, contribuyen más eficazmente á la actividad social y tienen mucha mayor importancia en la evolución de la humanidad. Si los pueblos teutónicos, dice, han adquirido y siguen adquiriendo puesto predominante en el mundo, débese principalmente al gran desarrollo que han alcanzado en ellos las cualidades de la voluntad Kidd añade que las mayores capacidades intelectuales no pueden compensar la falta de ciertas cualidades; estas capacidades mismas, si no van acompañadas de cualidades sociales propias para darles empleo, llegan á ser causa de inferioridad para un pueblo. Nada más verdadero; pero el pueblo francés, precisamente, tiene por originalidad la unión estrecha de las cualidades intelectuales y las sociales; lo que le falta son las individualistas, de robustez física y mental, de energía, pertinacia, paciencia obstinada y tenaz, egoísmo, voluntad fuerte hasta la brutalidad, un no sé qué de romano ó de inglés. Y si estas cualidades, en la lucha entre las naciones,

tienen la importancia de todo cuanto puede asegurar el derecho del más fuerte, si aun en el orden moral pueden producir muy felices resultados de firmeza de alma y vida regular, no constituyen, sin embargo, las solas y únicas cualidades humanas, ni, sobre todo, las únicas cualidades «sociales».

Con la escuela antiracionalista, Kidd dice en un último término: 1.°, que las razas adelantadas, como la nuestra, no conservarán, por la sola virtud de la inteligencia, la posición preponderante que han adquirido en el mundo; 2.°, que la evolución que se realiza lentamente en la sociedad humana presenta ante todo «un carácter religioso más que intelectual», y que la raza humana, por efecto de la selección natural, debe hacerse «más y más religiosa».

La escuela antiracionalista olvida en estas apreciaciones y pronósticos dos puntos de capital importancia. El primero es que el desenvolvimiento de la humanidad concede una parte cada vez más preponderante á la ciencia, y que llega á ser la gran fuente de potencia industrial, comercial, militar y hasta política. Ahora bien, la ciencia es de naturaleza intelectual, y de aquí resulta que, lejos de disminuir, la importancia de la inteligencia va en aumento.

El segundo punto que desconocen ó que comprenden mal los antiracionalistas, es el influjo y el papel de la religión. Pretenden que este influjo aumenta; pero para sostener paradoja tal, se ven obligados á confundir la religión con la moral, con la «subordinación de los intereses presentes y egoístas á los futuros de la sociedad». Tal confusión no podría admitirse. A decir verdad, el elemento teológico y dogmático que caracteriza propiamente las religiones, por oposición á la filosofía y las ciencias, pierde cada más su fuerza é influjo. Sólo el elemento intelectual y racional, al propio tiempo que social, de las religiones, á saber, la moral, y sobre todo la

moral social, se desprende poco á poco y va sobreponiéndose á todo lo demás. ¿Es la teología ó la ética la que constituye todavía la fuerza del protestantismo, lo mismo que del catolicismo? Sin duda los dos elementos, el uno propiamente religioso, el otro propiamente moral y social, están todavía enteramente unidos en la mayor parte de los pueblos; pero ¿sucederá así siempre? ¿No es manifiesto que del mismo modo que el empeño de la ciencia va creciendo en las relaciones del hombre con la naturaleza, del mismo modo también aumenta en las de los hombres con sus semejantes? Es la parte científica y social de las religiones; quiero decir su parte moral, la que subsiste bajo las ficciones de la fe imaginativa y sentimental, y es esta parte la que irá siempre desprendiéndose y creciendo hasta absorber todo el resto. Ahora bien, este fenómeno es ya cada vez más visible en Francia.

Hay que prevenirse contra las profecías. La evolución de los pueblos es imposible de predecir, porque elementos nuevos se introducen sin cesar en el cálculo. Hay notablemente en los pueblos modernos dos *incógnitas* de primer orden: 1.ª, los descubrimientos futuros de la ciencia, que reservan sorpresas de que no podemos tener idea; 2.ª, las modificaciones sociales producidas por la marea creciente del socialismo en todos los pueblos. Este elemento intelectual y este elemento social encierran problemas de tal modo insolubles para nosotros los que vivimos hoy, que no podríamos enorgullecernos de profetizar el porvenir de las naciones.

Todo lo que puede hacerse es atestiguar el *ideal* que cada pueblo se forma de la humanidad, y lo que es más, de sí mismo, la función y misión que se atribuye, la fe que tiene en determinadas ideas dominantes; en una palabra, la intensidad de conciencia colectiva de que dispone. ¿Basta, en efecto, que la nacionalidad se *objetive* en la lengua, en la religión, el arte, la poesía, la industria, el

gobierno, en todas las manifestaciones de la vida social, económica y política? No; hace falta también, y cada vez más, á medida que la civilización avanza, que la nacionalidad se haga *sujeto* por sí misma y tenga conciencia de sí. No basta que sea una realidad; es preciso que sea una idea. Mediante esto, adquiere una realidad superior; la idea tiende á realizarse por sí misma, á sostener contra los obstáculos y á desarrollar sin cesar la realidad de que es forma consciente y fin consciente. La idea que una sociedad tiene de sí misma y de su fuerza, es, pues, una fuerza para esta sociedad. La idea que tiene de su función ó misión, es también una fuerza informadora, funcional y directora.

En este respecto, el pueblo francés es de aquellos en que la conciencia social ha adquirido mayor desarrollo. ¿Cómo, por otra parte, la acción de los ciudadanos dejaría de reflejarse con claridad en un pueblo tan intelectual, cuya comunidad de conciencia ha desarrollado una larga historia? Uno de los caracteres sociológicos de un pueblo es la confianza que tiene en la «pequeña sociedad» que constituye en el seno de la gran sociedad humana. El francés tiene esta inquebrantable confianza. En las desgracias son profundos sus desalientos, pero la tristeza no forma parte de su naturaleza: su sensibilidad hostil á las emociones depresivas le hace muy pronto recobrar la superioridad. De aquí ese resorte, esa elasticidad de que tantas veces ha dado pruebas Francia, en el momento en que se la podía creer perdida. El valor de todo francés está formado, en gran parte, de su confianza en los demás como en sí mismo; todos, en las desdichas, cuentan con sus «camaradas», con sus «compatriotas»; todos están persuadidos de que, si todo el mundo pone manos á la obra, todo el mundo saldrá del mal paso. Por otro lado, el francés cree en la necesidad de su país para la humanidad, en que la Francia representa no tanto un interés particular como un interés universal y humano; cree,

pues, en el porvenir de la Francia. Su persuasión íntima es que los pueblos de corazón valen tanto como los pueblos de cabeza; que las naciones que tienen hambre y sed de verdad y de justicia, no sólo para ellas mismas, sino para la humanidad entera, acabarán por verse satisfechas; que la verdadera ley de las sociedades humanas no es la selección natural y la lucha por la vida, sino la elección racional y la unión para la vida, y que, por consiguiente, sobre los grandes y eternos principios del derecho humano, la Francia de 1789, á pesar de sus errores, á pesar de sus faltas, á pesar de sus reveses, terminará por vencer.

IV

LAS RAZAS LATINAS Y GERMÁNICAS DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA RELIGIÓN

Uno de los principales temas de declamación contra las razas latinas es su «inferioridad religiosa». Para sostener esta tesis, se comienza por hacer del catolicismo una especie de propiedad común de los neolatinos. Los católicos de Bélgica, los de Colonia, de Aquisgran y de las orillas del Rin, los de Baviera y Austria, y, finalmente, los de Nueva York y los Estados Unidos, ¿son, entonces, neolatinos? ¿Se parecen entre sí y se parecen á los católicos de Nápoles, de Sevilla ó de París? Nada más ilusorio que alistar bajo una sola bandera á pueblos muy diversos. Lo que sí es cierto es que, en su interpretación del sentido íntimo de la religión, los pueblos latinos y neolatinos han modificado siempre su primitiva idealidad y tendencia mística; han suavizado su sublime pesimismo moral por un sereno instinto del arte y de la vida social, por la euritmia de una naturaleza que repugna todo idealismo excesivo.

Es injusto no ver en la religión de los pueblos neolatinos más que la santificación de las prácticas exteriores. Las «obras» no son sólo ceremonias litúrgicas, sacrificios, penitencias impuestas al creyente; son también, esencialmente, actos de justicia y de amor; se elevan en el cristiano, hasta el «ascetismo heroico», la pobreza voluntaria, la perfección del sacrificio. Si los excesos de la justificación por las obras pueden conducir, en los latinos, al culto maquinal, los de la justificación por la fe, ¿no producen, en los teutones y anglosajones, el desdén místico de la moral concreta y viva? Inclinándose sobre todo á las obras, las naciones católicas no han descuidado la obra más alta y más verdaderamente social, así como la más divina: la caridad. Constituye uno de los honores de Francia y de Italia el desarrollo de las instituciones benéficas en su seno, y no sólo de las que tienen un carácter religioso, sino de las que son puramente civiles y laicas.

No hay medio de sostener que, con sus buenas cualidades y con sus defectos, la poderosa organización católica, cuya gran misión civilizadora á través del mundo entero ha mostrado tan admirablemente un Augusto Comte, sea una obra de razas inferiores. En la misma Inglaterra y en los Estados Unidos, el catolicismo ha tenido un influjo feliz sobre el protestantismo suavizándolo, suavizando las costumbres públicas, dulcificando en una minoría y después, por contagio, en la misma mayoría, lo que había de áspero y de insociable en el individualismo protestante, ese culto del yo al servicio de Dios, ese culto de Dios en el yo, que confinaba con la divinización de éste. Un eminente crítico ha dicho que el protestantismo fué la «protesta del individuo contra el carácter social del catolicismo», y lo cual no es, seguramente, una definición completa ó adecuada de la Reforma; pero se puede conceder que la Reforma fué una sublevación del individualismo y una victoria de la personalidad, que com-

prendía por otra parte una justa exaltación de la conciencia individual, de la fe individual, de la religión individual, demasiado ahogadas bajo las formas, las obras y la organización colectiva del catolicismo. Hay, pues, en esto dos tendencias igualmente elevadas, una hacia la diversidad individual, la otra hacia la unidad social, y ninguna de las dos constituye una verdadera «inferioridad» de raza ó de valor moral.

V

TENDENCIAS SOCIALES Y POLÍTICAS DE LOS NEO-LATINOS

Uno de los más hermosos ejemplos de confusión de ideas que ofrece la teoría de las razas «neolatinas», es la costumbre de atribuirlas no sé qué socialismo innato, por oposición al «individualismo anglosajón ó germánico» (1). Se puede responder que el individualismo se encuentra por todas partes en dosis diversas y en diversas formas: los italianos, los españoles y los franceses, nos han parecido, desde diferentes puntos de vista, demasiado individualistas. El español, sobre todo, nos ha ofrecido un individualismo replegado sobre sí mismo, y un asombroso espíritu de rebelión contra la disciplina social. La raza, dice la Sra. Pardo Bazán, tiene un instinto de anarquía individualista que «impide toda obra colectiva» y que no se debe confundir con el instinto de independencia (2). Análogas censuras se dirigen al italiano. En el francés hemos visto la indisciplina y el individualismo de humor compensados, en parte, por la extraordinaria sociabilidad, por

(1) Así razona, por ejemplo, M. G. Le Bon, uno de los admiradores insensatos de la raza anglosajona; así razonan M. de Lapouge y M. Demolins.

(2) Si este instinto ha contribuído á veces á la defensa del suelo, con más frecuencia ha «hecho ineficaz la ley, ha encendido la discordia y ha dispersado las fuerzas nacionales».

el espíritu de consecuencia y aun de imitación. En la sociedad francesa, el individuo tiene siempre menos importancia que las relaciones de los individuos entre sí. Hasta hemos sustituído de buen grado la individualidad libre por la sociedad anónima é irresponsable. ¡Se nos declara, por consiguiente, socialistas de instinto y por fatalidad «latina»! Se olvida cuántas variedades individuales, muy á menudo indisciplinadas, se ocultan bajo la aparente uniformidad de las maneras y bajo la impersonalidad de la cortesía. Lo que es indiscutible, y ya lo hemos recordado anteriormente, es que, como el sentimiento de sociabilidad está muy desarrollado en Francia, la justicia ha terminado por parecer á los franceses de naturaleza eminentemente social. Esto no es, seguramente, una inferioridad: para el filósofo, la justicia social es la única verdadera.

Para los romanos, el Estado era todo; el individuo tomaba su valor del Estado, no había, en cierto modo, más que un valor social. En el cristianismo el individuo adquiere un valor infinito, pero es al mismo tiempo un simple miembro de la ciudad espiritual. Si esta ciudad, en el catolicismo, se convierte en una monarquía absoluta, con el Papa á la cabeza, la obediencia demasiado pasiva á las reglas comunes y á los mandamientos de la Iglesia tenderá á convertirse en el verdadero medio de asegurar la tranquilidad de la conciencia, el individuo perderá el sentimiento de sí mismo en su sumisión al poder religioso. Si los pueblos del Mediodía y Francia han mostrado amor por la centralización política y religiosa, no lo deben tanto á su genio de raza como á su educación latina, al doble yugo que les impusieron la Roma de los Emperadores y la Roma de los Papas. Tampoco en esto se puede ver una inferioridad, porque el porvenir no es del puro individualismo ni del socialismo exclusivo; sería la antítesis de la dignidad individual y de la subordinación social, de la libertad personal y de la centralización.

Se atribuye también á los latinos, como cualidad íntima, la sumisión voluntaria al poder de uno solo, la «necesidad innata de tutela gubernamental». Pero esta necesidad, si existe, proviene de una larga costumbre de ser gobernado. En Francia los excesos del poder absoluto han producido una costumbre de este género, que persiste y hace que no sepamos todavía gobernarnos. Un defecto, no ya de la raza, sino de la educación latina, es el hábito de contar siempre con un individuo, un salvador, un héroe, como los de Carlyle, que, sin embargo, no era latino. Se confunde demasiado la moralidad con el heroísmo y se cuenta con el heroísmo de los demás más bien que sobre el esfuerzo propio personal. Esto es una reminiscencia persistente de los tiempos heroicos de Grecia y Roma. Pero si se piensa que el progreso de la libertad no impide en modo alguno el de la acción colectiva y de la intervención gubernamental, se reconocerá que tampoco hay en ello una señal de verdadera decadencia: es más bien la anticipación de un porvenir todavía demasiado lejano.

El sentimiento de la igualdad, como hemos podido ver, tenía que desarrollarse particularmente en las naciones de cultura latina, porque la ley y las instituciones romanas tenían un carácter de generalidad y aun de universalidad ante la cual se borraban las irregularidades individuales. En Francia, sobre todo, ha concluído por difundirse el amor á la uniformidad. Por el contrario, es una tendencia de los anglosajones la de distinguir y diferenciar para establecer un reparto y una jerarquía de las ocupaciones. División del trabajo: este es el gran secreto, señalado más de una vez, de la prosperidad inglesa. En la industria esta división, acompañada de la cooperación, ha producido los resultados que ya se conocen. El obrero inglés no tiene la pretensión de saberlo hacer todo, como el obrero francés ó italiano, que tiene conciencia de su extraordinaria flexibilidad intelectual; se reduce á una tarea especial y la lleva á cabo con una perseverante te-

nacidad. Si pasa de una ocupación á otra, no pretende nunca hacer dos cosas á la vez. El comerciante inglés no trata de extender sin cesar los objetos y la naturaleza de su comercio, de añadir sin cesar ocupaciones nuevas á las antiguas: aumenta su clientela y la cifra de sus negocios en un objeto determinado, al cual se dedica de un modo exclusivo y que perfecciona animosamente. La política inglesa descansa igualmente sobre la división del trabajo; pone de un lado, para los intereses de la nación, una dinastía encargada siempre de estos intereses; pone, de otro lado, una Cámara de los Lores encargada de mantener las tradiciones gubernamentales y de constituir una aristocracia con su tarea política. No confiará todo á la realeza, ni á la Cámara de los Lores, ni á la de los Comunes; separando los poderes, distribuirá á cada uno su ocupación especial para el bien general. La manía de hacerlo todo, de mezclar todo, de igualar todo, de reducir todo á la uniformidad, no indica en los neolatinos una inferioridad intelectual, sino más bien el sentimiento de aptitudes intelectuales muy variadas, con una mayor movilidad de los gustos, de donde resulta una falta tradicional de concentración. El anglosajón y el germano son mejores obreros; el neolatino es más artista. En nuestro mundo de industria mecánica, que no es ya la era de los artesanos, de las herramientas y de los modelos de maestría, el arte importa menos que una aplicación continuada: aquí el genio se convierte en una larga paciencia. ¿Es que, sin embargo, no hace falta que haya pueblos más inclinados á mantener y desarrollar en todas las cosas las cualidades de gusto, de arte y de inspiración?

VI

LA CRIMINALIDAD EN LOS NEO-LATINOS Y EN LOS ANGLO-SAJONES

Una de las mayores piezas de acusación contra las «razas latinas» es la proporción de su criminalidad. Considerad á España, menos Cataluña, á Cerdeña, Sicilia, Córcega, y, por último, á los antiguos Estados romanos y napolitanos, y observaréis, con los estadistas, una enorme proporción de criminalidad, poco más ó menos, semejante. ¿Hay, pues, que acusar á la raza latina ó mediterránea de ser «impropia» para una civilización elevada? Pero en la Edad Media, de la mayoría de estas comarcas es de donde venía la luz: ellas son las que iniciaron á la Europa septentrional «en las artes, las ciencias, el comercio y el derecho» (1). Hay, pues, que buscar aquí también otras causas que la raza.

Si se divide á Italia en tres zonas, Lombardía, Centro y Mediodía, se encuentra en la primera tres homicidios por cada 100.000 habitantes; en la segunda, 10; en la tercera, 16 (2). Cuestión de cultura social, no de clima ó de raza, porque en los tiempos de la Magna Grecia la proporción estaba, seguramente, invertida. El aumento de la criminalidad italiana nos parece que se ha debido, sobre todo, á los factores morales y sociales. M. Tarde dice con mucha razón: «La moralidad de un pueblo está tan íntimamente unida á la *fijeza* de sus *costumbres* y de sus *hábitos*; como en general la de un individuo en la regularidad de los suyos, que no hay que extrañarse de ver, en las épocas perturbadas por grandes crisis, las naciones

(1) V. sobre este punto, M. G. Richard, *Année sociologique*, 1899.

(2) En Como, según se ha visto, no hay más que dos homicidios al año por cada 100.000 habitantes. En Agrigento hay 50. V. libro II.

revueltas por la larga lucha de dos *cultos*, de dos *civilizaciones*, de dos *partidos*, de dos *ejércitos*, señalarse por su criminalidad excepcional» (1). Todas las revoluciones producen un aumento de inmoralidad. Desde la revolución de 1789 y las que la han seguido, el resultado fué visible en Francia. En Italia no sólo las revoluciones han removido, como era inevitable, los elementos fangosos que contiene toda sociedad, sino que la unidad italiana se ha realizado en antagonismo directo con el papado y el catolicismo, es decir, con los educadores morales de una nación en que moral y religión habían estado siempre fundidas; de aquí, en la península, esa disminución simultánea del sentimiento religioso y del sentimiento moral que ya hemos consignado (2). Entre los factores de la *delinquenza*, las estadísticas oficiales señalan, entre otros: «el debilitamiento del sentido moral en las poblaciones». *(Atti della commissione per il riordinamento della statistica giudiziaria.)* Reconocen también como uno de los orígenes del aumento actual de la criminalidad la *miscredenza*, la incredulidad. Se han observado justamente en la historia del *risorgimento* dos corrientes paralelas: una conservadora y cristiana, que tuvo sus representantes, sobre todo en el Norte: Silvio Pellico, Balbo, Manzoni, etc.; la otra, anticatólica: Cavour, Garibaldi, Mazzini, Crispi, etc., y que ha triunfado finalmente. La «fibra del temperamento nacional», hasta hace poco tan tensa, se ha aflojado en seguida, la desproporción entre las esperanzas concebidas y las realidades á que se había llegado ha contribuído á producir la desmoralización. En España, y hasta en Francia, se podrían observar resultados análogos que no dependen en nada de la latinidad; ya hemos visto que los factores más decisivos son económicos. Con la mayoría de los criminólogos hemos demostrado que si la criminalidad

(1) *Criminalité comparée*, París, Alcan., 1895.
(2) V. libro II.

es más grande en Italia, es porque este país reúne en el momento actual los delitos ó crímenes de la civilización á la europea, que ha hecho irrupción allí, con los de un estado social más retrasado.

Pero, ¿cuál es la nación de Europa que podría tirar la primera piedra á Italia y á España? Por cada millón de habitantes hay en Italia 45 suicidios, contra 392 en Sajonia, 198 en Wurtemberg, 166 en Prusia; 2.444 robos contra 2.608 en Inglaterra y el País de Gales, y 4.236 en Escocia. De cada 1.000 nacimientos, Italia cuenta 73 ilegítimos; Sajonia, 127; Suecia y Dinamarca, 101. En 1885 hubo en Prusia 230.707 matrimonios y 3.902 divorcios; en Italia, 233.931 matrimonios, y 556 separaciones. Si los asesinatos son más numerosos en Italia que en otras partes, hemos visto que una de las causas principales está en el ardor del temperamento y en la antigua costumbre de la venganza, que acaba por ser considerada como un deber.

No sólo en Francia ha aumentado también la criminalidad—ya se sabe en qué proporciones tan inquietantes—sino que ha aumentado igualmente en los pueblos germanos y anglosajones. En Holanda los delitos cometidos por niños menores de diez y seis años se han duplicado desde hace veinte años. En Alemania, según la estadística del Imperio, de 1888 á 1893, el número de los condenados de todos las edades se ha elevado en un 21 por 100 y el de los adolescentes, entre doce y diez y ocho años, en un 32 por 100. Mientras que el aumento de la población alemana era de 25 por 100, el del crimen juvenil era de 50 por 100. En cuanto á los ingleses, tienen una categoría de criminales jóvenes, á quienes se trata de corregir por la pena de azotes. Ahora bien, los jóvenes ingleses *azotados* por condena judicial, de 1868 á 1894, han pasado, de 385 por año, á 3.192 (1). El autor de la más reciente estadísti-

(1) Véase nuestro libro, *La France au point de vue moral*.

ca oficial inglesa (1896), después de haber consignado la buena opinión que tiene el continente sobre la excepción que constituye Inglaterra en «el aumento de la criminalidad entre los mineros», expresa el temor de «que esta exclusión hecha en favor de Inglaterra se deba á una falsa interpretación de las estadísticas penitenciarias inglesas»; después, con las cifras en la mano, deduce «un aumento considerable». En los Estados Unidos, el aumento es todavía más inquietante. Las diversas razas, no tienen, pues, motivos para lanzarse el anatema. Las condiciones morales y económicas tienen en todas partes una acción dominante; el temperamento nacional y el clima no determinan más que la forma general de los crímenes, en que prevalece, ya la violencia, ya la astucia. En lugar de echar la culpa á las razas, más vale, pues, echársela al estado psicológico y social de los pueblos.

VII

LA CRISIS SOCIAL Y POLÍTICA EN LOS NEOLATINOS

A la crisis moral, en los neolatinos como en los germanos y aun en los anglosajones, va á unirse la crisis social. Si Italia y Francia ven aumentar incesantemente el partido socialista están, sin embargo, en este respecto, muy lejos de la germánica Alemania, en que el mismo M. Ferrero nos ha mostrado el colectivismo elevándose á la altura de una iglesia, al mismo tiempo que al de un ejército poderosamente disciplinado y cada día más numeroso (1). La estadística alemana, como la francesa y como también la italiana, muestra una plétora de médicos, de abogados, de ingenieros, de arquitectos, cuyo número aumenta cada año y que está lejos de toda pro-

(1) Véase el libro V.

porción con el número de destinos disponibles. El desarrollo de la enseñanza superior y aun el de la secundaria produce una suma enorme de actividades desocupadas, y este proletariado intelectual, abierto á todas las utopias sociales, acaba por constituir por sí mismo un verdadero peligro social.

En Italia, como en Francia, el régimen parlamentario, tomado de los anglosajones, ha producido, por los abusos que lleva consigo, la invasión y el reino de los políticos, su acción disolvente sobre los ministerios, esclavos de sus votos y entregados á la inestabilidad: su ingerencia continua en la administración y hasta en la justicia, todos cuyos resortes falsean; su intervención en los negocios de dinero más bajos; su influjo desmoralizador sobre una prensa desenfrenada é impúdica, con la impunidad asegurada en los jurados populares; por último, su costumbre de trasformar en beneficio de sus ambiciones personales las tendencias sociales del pueblo, de fomentar las huelgas y las discordias, de hacer que las más hermosas asociaciones para el trabajo y el ahorro degeneren en instrumentos de revolución contra la sociedad entera. Se necesita toda la cordura italiana y francesa para haber resistido á una fuerza tal de disolución y de depresión, y esto en medio de las dificultades económicas. ¿Se dirá que el parlamentarismo pierde sus virtudes cuando se le trasplanta al suelo latino? No vemos que sea más impecable en Austria ni aun en Alemania. En cuanto á la tierra bendita de los políticos, ¿no es precisamente la América anglosajona? La corrupción, ¿no existe más que en Francia ó en Italia? ¿No es más enorme todavía en los Estados Unidos, en que se hace cada vez más desvergonzado el tráfico de los votos y el de la justicia? ¿Y se ve que bajo el régimen autocrático los eslavos estén más exentos de corrupción que los latinos bajo su régimen democrático?

Considerad un político que ha tenido éxito y ved su desprecio por los que no están «en el movimiento». «Cro-

ker y Platt, y Quay y Hanne y toda su vulgar especie, grande ó pequeña, esos son los anglosajones prósperos, favorecidos por el cielo; y todos los que trabajan contra ellos en favor de una política honrada son una raza decadente; ¡su fracaso prueba que están *condenados!!*—Así habla, con amarga ironía, un americano de buen sentido.

VIII

LATINOS Y ANGLO-SAJONES EN AMÉRICA

No es tan prudente como creen MM. Ferrero y Sergi excitar á las naciones latinas á la servil imitación de las anglosajonas y las germánicas. Si es indiscutible que considerado el menor número de sus habitantes y el estado de su industria ó de su comercio, las naciones del Mediodía no pueden extender sus conquistas y su tráfico lo mismo que las naciones del Norte y Oeste, esta es una razón más para que no abandonen ni su cultura latina ni su genio en las artes. Aquí es donde podrá Italia decir: *Yo haré por mí misma* y, sobre todo: *Existiré por mí misma.* Francia también *farà dà se.*

Un inglés que ha vivido mucho tiempo en Francia, que conoce á fondo nuestro país, que le ha consagrado dos grandes volúmenes nutridos de hechos y que, finalmente, no la niega ni su estima ni su simpatía, M. Bodley, decía haçe poco á los franceses: «Cultivando vuestro genio nacional, formado por vuestros antepasados, es como mantendréis la grandeza de vuestra raza; no trasformándolo según las ordenanzas de vuestros empíricos anglómanos. Por otra parte, la imitación, ¿no es una señal de inferioridad?» (1).

(1) Discurso en el Congreso de economía social.

Cuando á los españoles se les propone por modelo los anglosajones, preguntan si en la escuela de éstos no aprenderán el «afán de adquirir» y «el instinto de apropiación» más bien que «la lealtad y la humanidad».

Si seguimos hasta América á los anglosajones, es indiscutible que esta raza ó esta nacionalidad ha tenido allí el principal honor. Ha suministrado, con las instituciones esenciales, el primer fondo psicológico y moral del carácter americano. No es menos cierto que el americano, cada vez más, se hace múltiple y multicolor según el país, la raza, la religión, aun cuando se atribuye el título honorífico de anglosajón. Desde ese momento tal título no tiene ya ningún valor científico ni histórico. Los Estados Unidos, que contaban cuatro millones de almas en 1790 y tienen hoy más de 70, están compuestos de Estados que tiene cada uno su fisonomía propia y sus centros de actividad; la inmigración lleva allí 50.000 habitantes al mes, de los cuales los mejores proceden de Inglaterra, de Francia, de Escandinavia y de Alemania, y los más peligrosos de Rusia, de Italia, de Polonia y de Hungría. El 60 por 100 de estos últimos no saben leer. En la población entera de los Estados Unidos, hay un 29 por 100 de habitantes de origen extranjero. Dejando á un lado los criminales negros, las prisiones penitenciarias ofrecen, de cada 100 prisioneros, 51 de origen extranjero; las casas de asistencia, el 60 por 100. Los chinos son numerosos, á pesar de las leyes restrictivas. En tales condiciones se produce necesariamente en los Estados Unidos la mezcla más singular de razas, que da á los caracteres algo de inestable, que impide toda definición general, toda calificación común. Agréguese que en 1890 la población de color, en los Estados Unidos, era de un 20 por 100. El gobierno americano ha prohibido la importación de esclavos, y después ha estimulado la inmigración de los blancos hasta el punto de que la población de la gente de color ha bajado á un 15 por 100. A pesar de esto, au-

menta de una manera muy inquietante en los Estados del Sur. En los antiguos Estados de esclavos, los negros estaban en la proporción de dos á uno, hacia 1820. Si por diversas enmiendas á la Constitución federal los negros han conseguido la igualdad política, están lejos de la igualdad social. Los matrimonios mixtos están prohibidos por la ley. Una barrera moral separa siempre á las dos razas. ¿No lee el viajero en muchas estaciones de ferrocarril: «Sala de espera para los blancos, sala de espera para la gente de color»? En el fondo, los blancos conservan el sentimiento del peligro que corre la raza blanca al absorberse en una raza inferior; pero llevan este sentimiento hasta la injusticia y la crueldad.

Los Estados Unidos han rechazado á los negros con una dureza que no tenían nada que envidiar á los españoles, y continúan mostrándose hostiles. A cada instante los negros sufren la ley de Lynch. Se han visto con frecuencia algunos de estos últimos, que habían perseguido mujeres blancas, cogidos por la multitud, untados de alquitrán y encendidos como candelabros. Los periódicos se callan acerca de estas escenas, la estadística no registra más que una parte de estas ejecuciones; sin embargo, no ha dejado de anotar 1.100 durante los siete últimos años. Esta manera de mantener en respeto la criminalidad de los negros por una forma de justicia que es á su vez criminal, demuestra que los anglosajones y los españoles se igualan á veces en punto á barbarie.

Cuando se opone la América colonizada por los españoles á la América colonizada por los anglosajones, se pone en la cuenta de los latinos lo que es obra de los negros y los pieles rojas; testigo M. Le Bon, que nos presenta el espectáculo de «la decadencia de las razas latinas» en América del Sur, cuando las razas dominantes y absorbentes, con mucho, son la india y la negra. Además, en las repúblicas hispano-americanas, las condiciones climatológicas y económicas son diez veces peores

que en el Norte. M. Child, en un libro célebre, censura á estas repúblicas por estar bajo la férula de presidentes que ejercen una autocracia no menos absoluta que el zar de todas las Rusias, hasta más absoluta, porque están al abrigo de todas las importunidades y del influjo de la censura europea. «El personal administrativo está compuesto únicamente de creaciones suyas; pero no se tiene en cuenta para nada sus sufragios.» Cada república, lo más á menudo, «no es república más que de nombre; en realidad, es una oligarquía de gentes que convierten la política en comercio». Respecto de una de las menos degradadas entre estas repúblicas, dice M. Child: «Desde el punto de vista comercial se queda uno confundido por la inmoralidad que se muestra por todas partes». Pero ¿hay que acusar por esto á las razas neolatinas? Si es cierto que la misma madre patria española es difícil de gobernar, ¿cómo no han de manifestar el mismo seudoindividualismo, próximo á la anarquía, las colonias en que hay mezclados elementos tan diversos, la mayoría negros ó indios, y bajo un clima desfavorable?

Las repúblicas sudamericanas no por eso dejan de tener sus apologistas. En opinión de éstos, si los Estados Unidos no tienen revoluciones es porque, desde el comienzo de su vida política, se vieron arrastrados por una verdadera tormenta de negocios materiales. Los americanos del Sur disculpan su régimen de trastornos pretendiendo que están, como Europa estaba en otro tiempo, en su período de revoluciones y guerras; declaran que si las luchas europeas no han tomado con más frecuencia la forma de guerras civiles y sociales, es porque estaban mantenidos en la unión por el temor al extranjero y ocupados sin cesar en las discordias internacionales. Todavía hoy, ¿no están los europeos armados de todas sus armas, gastando lo mejor de sus recursos en atención á exterminios futuros? ¿No gastan, en suma, más sangre y no prodigan más dinero en estas luchas insensatas que las re-

públicas americanas en sus revoluciones interiores, fenómenos superficiales, á los cuales permanece indiferente en el fondo la generalidad del país?—Es cierto que algo hay de verdad en estas censuras que nos dirigen; lo cual no impide que también la haya en las censuras dirigidas por Europa á los americanos del Sur y aun del Norte. Si se recorren, pues, los diversos países de Europa y de América, se encontrará por todas partes una indestructible mezcla de bueno y malo, en que nada tiene que ver la latinidad, en que es muy difícil distinguir la decadencia social del estado de infancia ó de simple crecimiento.

IX

INCERTIDUMBRE DEL PORVENIR

En resumen, no hemos podido encontrar nada verdaderamente científico en las teorías que sostienen la inferioridad nativa ó la degeneración de los llamados neolatinos. Estas teorías no son más que una de las innumerables trasformaciones del culto secreto de la humanidad por la fuerza y el éxito. «Acab extendió sus manos violentas sobre la viña de Naboth; esta gloriosa expansión, ¿era una prueba de naturaleza superior? ¿Hubiera podido justificarse Acab diciendo á Naboth que la pérdida de sus posesiones probaba que estaba condenado?» En el fondo, los corifeos de la gloria anglosajona ceden á un sentimiento de utilitarismo más ó menos disfrazado, á la admiración por el «industrialismo», por el «comercialismo» y, hablando claro, por el dinero. Bajo el nombre de «voluntad», análogamente, los aduladores de Inglaterra, de América y de Alemania, ¿no adoran con demasiada frecuencia la fuerza individual, la fuerza que triunfa del derecho, en los individuos como en los pueblos, ya sea «anglosajona», ya «germánica»? Repiten á los jóvenes: «¡Sed

prácticos! ¡sed enérgicos!» Tradución muy frecuente: «¡Sed brutales! Enriqueceos por todos los medios. El éxito lo justifica todo.»

Entre los pretendidos neolatinos, hemos reconocido que los franceses son los que se acusan con más facilidad á sí mismos. Hay en todas partes «fanfarrones de virtud» y también «fanfarrones de vicio»; los primeros son los hipócritas, y no es en Francia ni entre los neolatinos donde son más numerosos; quizás se encontrarán más allá de la Mancha y aun del otro lado del Rhin más fanfarrones de virtud que en las costas del Mediterráneo. En cambio, los fanfarrones del vicio abundan entre nosotros y hacen una extraña ostentación de «decadentismo» que aprovechan nuestros vecinos, que están sobre la rueda de la fortuna, para exclamar: *¡Habemus confitentem reum!* Los italianos hoy se ponen á hacer alarde, como nosotros, de vicios neolatinos. No hagamos el juego á nuestros competidores y á nuestros rivales. En el extranjero, los que hablan tanto de la decadencia de las naciones latinas, son sencillamente los que están en rivalidad con ellas y no desean otra cosa que recoger su herencia. Pongámonos en guardia contra el desaliento que quieren inspirarnos. El pesimismo, por sus efectos de autosugestión depresiva, es como los celos de que habla Otelo: «El monstruo de ojos verdes que fabrica él mismo el veneno de que se alimenta».

Las condiciones económicas son las que, en nuestro siglo, han perjudicado más á los países llamados neolatinos; pero, por el progreso de la ciencia, cuyos resultados se extienden siempre de una nación á otra, las condiciones industriales, agrícolas, comerciales, irán mejorando en todas partes, y la solidez de los pueblos se fortificará con esto. No midamos, pues, todo por el grado de potencia presente; no evaluemos únicamente á los pueblos según sus éxitos materiales.

En cuanto á nosotros los franceses, la mayoría de los

males que se atribuyen á nuestra «latinidad», provienen de un régimen democrático todavía mal concebido, amorfo, inorgánico. Recientemente en la joven y confiada América, algunos profesores han creído que debían poner como tema á sus discípulos: «¿Por qué Francia y las naciones neolatinas están en decadencia?» Pero otros profesores, igualmente en América, llaman de buen grado á los escritores franceses para pedirles conferencias y lecciones. Si se trata de un concurso para construir una nueva Universidad, por ejemplo la de San Francisco (en que se disponía de una suma de cuarenta millones), el jurado internacional califica en primer término á catorce concurrentes, nueve de los cuales son franceses, y los demás de diversas nacionalidades, pero todos alumnos de nuestra escuela de Bellas Artes; después, entre estos catorce, el jurado termina por dar el premio á un francés. ¡En cuántas otras ramas nos han de ser favorables los concursos! Dejen los admiradores exclusivos de los anglosajones de condenar á los demás pueblos á la inferioridad y á la decadencia: cada uno de estos pueblos tiene su valor, sus méritos, su misión útil en el presente, sus esperanzas para el porvenir.

¿Eran de raza anglosajona los italianos de Génova y de Venecia, tan poderosos en otro tiempo por la banca (invención italiana que ha florecido maravillosamente en tierra anglosajona), por la letra de cambio, por la generalización del crédito, que los ingleses de entonces apenas conocían? ¿Eran de raza sajona los portugueses que doblaban el Cabo de Buena Esperanza y abrían con sus establecimientos las Indias hoy inglesas? Se ha recordado con este motivo, para mostrar las vicisitudes de la historia, que Malacca era entonces el Singapoore de los neo latinos; se han citado las puertas monumentales de la ciudad y, sobre todo, el grandioso cementerio construído por los conquistadores para cubrir toda una colina con una muralla de cuatro metros de alta y cuya solidez, dig-

na de los antiguos latinos, no ha podido conmover el tiempo. En este cementerio, edificado para servir de abrigo durante mil años á los restos de cincuenta generaciones, un viajero ha hecho observar que en la primera línea de las tumbas, y en parte en la segunda, se leen los nombres de los grandes navegantes portugueses: Gama, Mascarenhas, Pinto, Da Silva, etc.; después, de repente, sin cambio en el color ni en la forma de las piedras, los nombres portugueses ceden el puesto á los holandeses; pero la línea de sus tumbas se detiene á su vez, y se ve comenzar la serie de los Robinson esq., Gordon esq., Smith y otros hijos de esa Albión que hoy se cree en posesión definitiva de la supremacía terrestre. ¿No se ha tenido razón al ver en este cementerio una «severa lección de la historia»? (1).

Antes que Inglaterra, España se había vanagloriado también de que el sol no se ponía en sus dominios; la misma Francia, á quien se cree incapaz de la colonización, tenía posesiones mucho más vastas que las de la Gran Bretaña en aquel tiempo; con los despojos de Francia, de España, de Holanda, es con lo que los ingleses han terminado por formar su inmenso imperio colonial. Ya hemos hecho notar que la grandeza exagerada de sus posesiones actuales puede hacer un día difícil el sostenimiento de una acumulación tan fabulosa de territorios al abrigo de los desórdenes interiores y de las ambiciones del exterior; la seguridad de los mares, necesaria á Inglaterra, hasta puede verse comprometida por marinas menos fuertes que la suya. En una palabra: el porvenir es inseguro para los anglo-sajones, lo mismo que para los neo-latinos; ninguno puede lisonjearse de ser depositario de la virtud ni del poder perpetuo. «Hay lugar para todos, decía Espinosa, en la casa del Señor»; hay lugar también para todos los

(1) G. de Contenson, *Revue politique et parlementaire*, 1898, pág. 476.

pueblos en los destinos de la gran familia humana y nadie está, por naturaleza ni por raza, destinado á la decadencia. Además, como hemos demostrado á través de este volumen, que es una ley de la historia el hecho de que los factores científicos y sociales y, por consiguiente, intelectuales ó morales, triunfan cada vez más con el progreso de las civilizaciones modernas, sobre los factores étnicos, geográficos y climatológicos. El movimiento vertiginoso de las ciencias y de los descubrimientos industriales trasforma cada vez más rápidamente las condiciones de la vida social y del trabajo, así como las relaciones mutuas de las diversas clases. Ningún pueblo puede ya vanagloriarse de una eterna preeminencia; ninguno puede tampoco estar condenado á una decadencia irremediable, aprovechando cada uno, por la solidaridad universal, los descubrimientos y las experiencias de los demás. Esta ley de solidaridad en el medio social triunfa cada vez más sobre las condiciones de originalidad propia debidas al temperamento de la raza y al medio físico. El porvenir no es de los anglo-sajones, de los germanos, de los griegos ni de los latinos; es de los más sabios, de los más industriosos y de los más morales.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

PREFACIO.—*Posibilidad y dificultad de una psicología de los pueblos* 1

INTRODUCCIÓN.—BASES DE LA PSICOLOGÍA DE LOS PUEBLOS

I.—El deseo de vivir colectivo y los caracteres nacionales 11
II.—Elementos étnicos de los caracteres nacionales 13
III.—Elementos sociológicos de los caracteres nacionales: su importancia creciente 17

LIBRO PRIMERO.—El pueblo griego.

CAPÍTULO PRIMERO.—LA GRECIA ANTIGUA

I.—La Grecia desde el punto de vista de las razas y del clima 25
II.—El carácter griego 38
III.—La religión griega 43
IV.—La filosofía y la ciencia griegas 51
V.—Defectos sociales de los griegos 57

CAPÍTULO II.—LOS GRIEGOS MODERNOS 65

LIBRO II.—El carácter italiano.

CAPÍTULO PRIMERO.—EL PUEBLO ROMANO

I.—Razas, temperamento y carácter de los latinos 79
II.—Los influjos sociológicos entre los romanos 86
III.—La religión romana 95

CAPÍTULO II.—EL CARÁCTER ITALIANO

I.—Influjo de las invasiones de los bárbaros y del catolicismo 99
II.—Influjo del Renacimiento en el carácter italiano 110
III.—Temperamento y carácter italiano 118
IV.—Tendencias psicológicas de la nación italiana 138
V.—Las ciencias, la filosofía, la moral, la ciencia social en Italia 143
VI.—La crisis moral en Italia 147
VII.—La crisis económica en Italia y su influjo 154
VIII.—La crisis social en Italia 165
IX.—La criminalidad y el carácter italiano 169
X.—Los recursos y el porvenir del pueblo italiano 177

Páginas.

LIBRO III.—El pueblo español.

I.—El carácter español..... 184
II.—La religión española..... 199
III.—Lengua, literatura, arte y filosofía en España..... 203
IV.—La degeneración del carácter español y sus causas... 207
V.—Estado moral y social de España..... 216
VI.—El genio español en América: influjo de la raza, del clima y de las condiciones sociales..... 229
VII.—Porvenir posible de España..... 233

LIBRO IV.—El pueblo inglés.

I.—Las razas y el clima..... 245
II.—El carácter inglés..... 253
III.—El individualismo inglés y las instituciones sociales... 264
IV.—La literatura inglesa..... 270
V.—La filosofía inglesa..... 280
VI.—Trasformaciones del espíritu inglés y de las instituciones inglesas..... 284

LIBRO V.—El pueblo alemán.

CAPÍTULO PRIMERO.—El pueblo alemán y la vida ideal,.. 309

I.—Razas y climas.—Los antiguos germanos..... 310
II.—El carácter germánico..... 319
III.—El espíritu alemán y la lengua alemana..... 331
IV.—El espíritu alemán y la religión..... 332
V.—El espíritu alemán y la poesía..... 338
VI.—El espíritu alemán y la filosofía..... 343
VII.—El espíritu alemán y la historia..... 349
VIII.—El espíritu alemán y la filosofía del derecho..... 357
IX.—El carácter alemán y la historia de Alemania..... 366
X.—El espíritu alemán y la teoría de los grandes hombres.. 386

CAPÍTULO II.—El pueblo alemán y la vida real... 393

I.—El espíritu alemán y el desarrollo de la industria científica..... 395
II.—El movimiento de la población y el aumento de las ciudades en Alemania..... 407
III.—El espíritu alemán y la instrucción pública..... 410
IV.—Militarismo, capitalismo y socialismo..... 411

APÉNDICE.—Austria, suiza, holanda, bélgica y países escandinavos

I.—Austria y la lucha de las nacionalidades..... 464
II.—Suiza..... 474
III.—Holanda..... 479

Páginas.

IV.—Bélgica 478
V.—Países escandinavos 480

LIBRO VI.—El pueblo ruso.

I.—El clima y las razas en Rusia 484
II. —Carácter primitivo de las principales razas componentes 489
III.—Carácter actual de los rusos 500
IV.—Variedades del carácter ruso.—Grandes rusos y pequeños rusos 509
V.—El carácter ruso y la religión 512
VI. —El espíritu eslavo y la literatura 521
VII.—Estado social de la Rusia actual 525
VIII.—Porvenir de Rusia 535

LIBRO VII.—Bosquejo psicológico del pueblo francés.

I.—La sociabilidad en Francia 553
II.—La ley social de la imitación y la de la invención en el pueblo francés 569
III.—Las leyes sociales de competencia y cooperación en el pueblo francés 573
IV.—Las formas sociales en Francia: volumen, densidad, movilidad, diversidad y unidad 575
V.—Los fines sociales en Francia.—La libertad, la igualdad. 579
VI.—El espíritu de fraternidad en Francia.—La idea de solidaridad 587
VII.—El espíritu social y la literatura 593
VIII.—El espíritu social y la ciencia 599
IX.—El espíritu social y la religión 601
X.—El espíritu social en la filosofía y la sociología 606
XI.—Intervención y porvenir del espíritu social en Francia. 611

CONCLUSION.—Neo-latinos y anglo sajones.

I.—La supuesta degeneración física de los neo-latinos 622
II.—El supuesto tipo psicológico de los neo-latinos 629
III.—La inteligencia y la voluntad en la evolución de los pueblos 631
IV.—Las razas latinas y germánicas desde el punto de vista de la religión 638
V.—Tendencias sociales y políticas de los neo latinos 640
VI.—La criminalidad en los neo-latinos y anglo-sajones ... 644
VII.—La crisis social y política de los neo-latinos 647
VIII.—Latinos y anglo-sajones en América 649
IX.—Incertidumbre del porvenir 653



B.P. de Soria

61163456
DR 441

FOUILLÉE

PSICOLOGIA DE LOS PUEBLOS EUROPEOS

DR
441